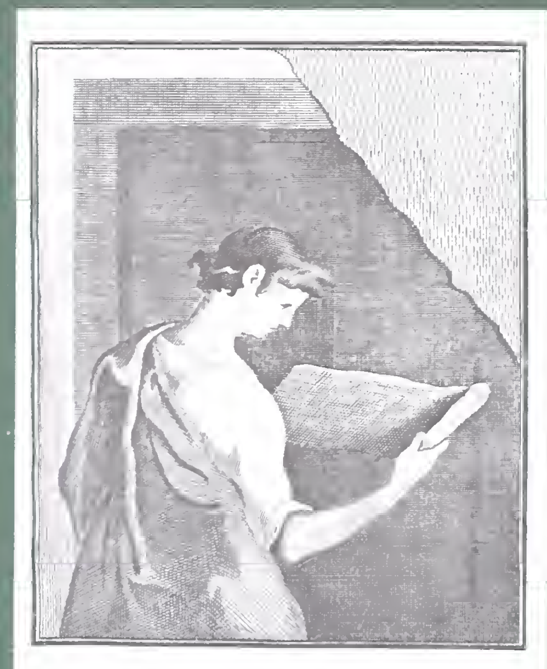

HISPANIA
:LITERATURA:
Y
:ARTE:
CRONICAS:
QUINCENALES
HERMENEGILDO:
MIRALES:
59:
BAILÉN:
BARCELONA:



THE J. PAUL GETTY MUSEUM LIBRARY

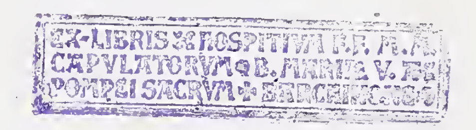
Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Getty Research Institute

https://archive.org/details/hispania01unse

HISPANIA

LITERATURA Y ARTE. - CRÓNICAS QUINCENALES

Tomo I. - Año 1899



Típ. de HISPANIA

Hermenegildo Miralles: Calle de Bailén, 59

BARCELONA

ÍNDICE

por orden alfabético, de los ARTÍCULOS contenidos en este tomo

	Páginas
Á un [illegible], por E. Menéndez Pelayo	121
Al Doctor Morgades, bisbe de Vich, por Jacinto Verdaguer	pág. 9 del n.º extraordinario
Amores, por Rafael Altamira	211
Arcones italianos del Renacimiento, por José Ramón Melida	220
Cantares, por Melchor de Palau	252
Capa pluvial del Obispo Bellera, por Francisco Miquel y Badía	Suplemento n.º 2
Caza mayor, por Vital Aza	n.º 1, pág. 10
Cinematógrafo para ciegos	207
Composición del aire	207
Costumbres africanas	159
Desarrollo del teléfono	207
Desvarío final, por Manuel Lassala	106
Dos épocas, por Manuel del Palacio	179
El alto del centinela, por Francisco Barado	195
El conocido publicista..., por R. Casellas	141
El cuadro de la Santísima Virgen y los Concelleres	n.º 1, pág. 14
El cuadro de las Meninas, por José Ramón Mélida.	87
El derribo de la Bastilla	143
El estorbo, por Manuel Lassala	n.º 2, pág. 12
El Excmo. é Ilmo. Dr. Morgades en la intimidad.	pág. 11 del n.º extraordinario
El Guadarrama, por Rodrigo Soriano.	n.º 3, pág. 10
El Guadarrama, por Rodrigo Soriano.	n.º 4, pág. 10
El Guadarrama, por Rodrigo Soriano.	22
El impresionismo de Velázquez, por R. Casellas.	51
El incunable, por el Conde de las Navas.	122
El Manzanares, por F. Gras y Elías	76
El pan de la guerra (página viva), por Blanca de los Ríos de Lampérez	100
El piso (costumbres leonesas), por J. Puyol	26
El rayo y sus caprichos	127
El realismo de Velázquez, por F. Miquel y Badía.	55
El reo de P... (Apuntes de mi cartera), por José M.ª de Pereda	n.º 1, pág. 1
El rey artista, por Juan Buscón	61
El viaje á la muerte	248
El viudo sin consuelo ó la enferma por encargo, por Ramón Casellas	186
En la corte de Luis XV, por C. R. y Salamero	182
Episodios de la Historia del Teatro Español, por Emilio Cotarelo	132
¡ Esta es !, por Pedro Gay	157
Ida y vuelta, por Daniel Ortiz	n.º 2, pág. 6
Impasible bondad, por A. Riera	202
Impresiones del desastre, por E. Ferrari	n.º 2, pág. 10
La astilla del Cristo, por el Conde de las Navas.	287
La fecundidad de los peces	175
La fiesta del arbol	44
La missatjera mes segura, por Joan Maragall	40
La mujer en las novelas de Pérez Galdós, por Rafael Altamira	116
La novela de una noche, por J. O. Picón.	n.º 2, pág. 1
La novela de una noche, por J. O. Picón.	n.º 3, pág. 1
La partitura.	236
La primera condecoración que hubo en España.	274
La Santísima Virgen leyendo, Busto de Amadeu, por Francisco Miquel y Badía	n.º 4, pág. 7
La serpiente de ocho cabezas, cuento japonés	265
La Virgen María y S. Vicente Ferrer, por R. Casellas	109
Las aves coleccionistas	143
Las de López, por S. Sánchez Mora	68
Lo que no se ve en Toledo, por S. Sanpere y Miquel	243
Los baños de luz eléctrica	207
Los conductores eléctricos como causa de difusión de enfermedades.	207
Los peces cantores	159
Los peces trepadores	175
Los sabios enemigos, por X.	126
Los tres príncipes, por Juan Buscón	279
Los tres viajeros, por Enrique Nicolle	71
Luces de bengala gigantescas	207
Madame Réjane.	254
Magia celestial (Cuento de Noche buena), por Juan Buscón	259
Mater dolorosa, por M. Morera y Galicia	n.º 3, pág. 8
Miguel M. Medalla, pintor especialista, por Ramon Casellas	n.º 4, pág. 4
Moreno, el de Zalamea, por Blanca de los Ríos de Lampérez.	147
¡ Naturalmente !, por Pedro Gay	157
Oller, traducido. Notas literarias, por P. Sánchez.	173
Origen de los principales metales	175
Pagando unos pensamientos, por E. Menéndez Pelayo	n.º 4, pág. 13
Paisaje, Tarde de Noviembre, por C. de Castro.	222
Pesca de esquilas en Candás (Marina), por el Conde de las Navas	35
Poesías inéditas, por E. C.	20
Programa al Preludio de Tristán é Isolda. R. Wagner	239
Prólogo de un libro, por Juan Buscón	42
Puesta de sol, por E. Menéndez Pelayo	120
Ráfagas (apuntes de mi cartera), por Angel Avilés.	199
Ricardo Wagner, notas biográficas	227
Sentencia jurídica curiosa	143
Sin sesos, por Juan Buscón	n.º 1, pág. 12
Su cumpleaños, por Claudio Omar y Barrera	172
Tímpano de madera en la Puerta de la Piedad en la Santa Iglesia Catedral	n.º 1, pág. 15
Tirititainas paremiológico-musicales, por F. P.	155
Tristan é Isolda. Poema dramático	230
Un genio incipiente, por Narciso Oller	164

THE J. PAUL GETTY CENTER
LIBRARY

ÍNDICE

por orden alfabético, de los GRABADOS contenidos en este tomo

Páginas

Alegoría, por J. Sorolla 24
Amor y trabajo, por J. Monserrat 86
Apunte callejero, por J. Borrell 18
Apuntes, por Roberto Domingo 198
Apuntes del natural, por J. Sardá 253
Arcones italianos del Renacimiento, 2 grabados . 220
Balzac. Estatua, por Rodin 136
Balzac. Estatua, por Falguière 137
Batalla de nieve, por Carlos Vázquez . . . 184
Bayreuth.— Antiguo teatro de los Margraves . . 226
Blanco y Negro.— Fachada del edificio recientemente inaugurado 66
Boceto, por Serafina Ferré 258
Bosquejos barceloneses, por Joaquin Mir. n.º 4, pág. 3
Bretones orando, por E. Buland 151
Cabeza de estudio, por Julio Borrell 34
Cacería, por A. Odry 178
Cantares. Ilustración de Triadó 252
Capa pluvial. (3 grabados) . . . Suplemento n.º 2
Capilla particular del Palacio Episcopal . . . pág. 12 del n.º extraordinario
Cárcel de Barcelona. 242
Casa Wahnfried de Wagner, en Bayreuth. . . 227
Caza mayor. Ilustraciones de José Pascó . n.º 1, pág. 10
Cita de caza, por F. Domingo . . . n.º 3, pág. 16
Composición de Julio Borrell . . . . n.º 4, pág. 14
Consuelo, por A. Parera. 82
Cosiendo la vela, por J. Sorolla 84
Cotillón, por D. U. Vierge . . . . n.º 4, pág. 8
Defensa de la escalera del Palacio Real por los Alabarderos, por Víctor Morelli 94
Despacho de S. E. I. del Palacio Episcopal . . pág. 14 del n.º extraordinario
Después de la nevada, por D. U. Vierge. Suplemento n.º 1
Después de la tempestad, por Charpentier . . 218
Desvarío final. Ilustraciones de Garnelo . . . 106
Diego de Silva Velázquez, por A. Clapés. Regalo del n.º 7
Diógenes, por E. Boisseau 250
D. Francisco Miquel y Badía 51
D. José M. de Pereda. Croquis, por A. Clapés . 131
D. Juan Valdés Rubio, un grabado 206
D. Narciso Oller. Carbón, por R. Casas . . . 163
Dos épocas. Ilustración de Triadó 179
El alto del centinela. Ilustraciones de Navarro . 195
El cuadro de la Santísima Virgen y los Concelleres, un grabado . . . . n.º 1, pág. 14
Elemento oficial aguardando la llegada á Barcelona del Sr. Obispo . . pág. 7 del n.º extraordinario
El estorbo. Ilustraciones de J. Mir . . n.º 2, pág. 12
El éxtasis de S. Francisco, por A. Clapés. Suplemento n.º 1
El Guadarrama . . . . n.º 3, pág. 10
El Guadarrama . . . . n.º 4, pág. 10
El Guadarrama. Ilustraciones de J. Morera Galicia. 22

Páginas

El huerto de la ermita, por J. Mir 91
El impresionismo de Velázquez. (3 grabados). . 51
El incunable. Ilustraciones de García Ramos . . 122
El Manzanares. Ilustración de Triadó . . . 76
El Obispo y el Cabildo Catedral en el patio del Palacio Episcopal. . pág. 11 del n.º extraordinario
El pan de la guerra. Ilustración de Mas y Fondevila. 100
El perdón, por E. Dubois 153
El perro «Marke» 228
El «piso.» Ilustraciones de O. Junyent . . . 26
El precio de una madre, por M. Santa María. . 93
El primer paso, por Bruynel. 190
El realismo de Velázquez. (3 grabados) . . . 55
El regalo del novio, por Salvador Viniegra . . 215
El reo de P... Ilustraciones de Mas y Fondevila, Pascó y Pedrero. . . . . . . n.º 1, pág. 1
El rey artista. (2 grabados) 61
El viaje á la muerte, por D. U. Vierge. . . . 248
El viudo sin consuelo. Ilustración de Vierge . . 188
En el baño, por A. Calbet 135
En la corte de Luis XV. Ilustración de Vierge . 182
Entrada solemne en la Santa Iglesia Catedral. . pág. 10 del n.º extraordinario
Episodios de la Historia del Teatro Español. Ilustraciones de R. Lorenzale 132
Estudio, por L. Bonnin . . . . n.º 4, pág. 2
Estudio, por L. Bonnin 98
Estudio, por J. Mir 114
Estudio, por S. Rusiñol 130
Estudio, por A. J. Chantrón. 154
Estudio, por J. Llimona. 278
Estudio para «Noticias de la Guerra», por Baixeras. 283
Estudio para «Noticias de la Guerra», por Baixeras. 286
Estudio Javea. Algarrobo, por J. Sorolla . . . 84
Estudio para un cuadro. Tipos segovianos, por I. Zuloaga . . . . Suplemento n.º 1
Excmo. Ilmo. Dr. D. José Morgades Gili, Obispo de Barcelona . . . Número extraordinario
Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas. Carbón, por Ramón Casas . . . . n.º 3, pág. 15
Fachada de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona. pág. 2 del n.º extraordinario
Fauna flamenca, por R. Canals . . . n.º 2, pág. 16
Gitana granadina, por R. Pichot. 19
Granadinas, por R. Pichot 119
Granadina, por R. Pichot 146
Ida y vuelta. Ilustración de R. Casas. . n.º 2, pág. 6
Impasible bondad. Acuarelas de Mas y Fondevila. 202
Impresiones del desastre. Ilustraciones de Clapés y de J. Pascó . . . . n.º 2, pág. 10
Instalación de la casa de Hermenegildo Miralles, de Barcelona, en la Exposición de Industrias Artísticas en Madrid. . . . Suplemento n.º 3

Páginas

Interior del teatro Wagner 237
La astilla del Cristo. Ilustraciones de Llimona . 287
La fiesta del arbol. (6 grabados) 44
La glorieta del Delfin, por Carlos Vázquez . . 181
La lechera del cuento, por Carlos Vázquez . . 189
La merienda de los patos, por J. Mir. Suplemento n.° 2
La missatjera mes segura. (1 grabado) . . . 40
La mujer en las novelas de Pérez Galdós. Ilustración de Carlos Vázquez 116
La naturaleza descubriéndose, por E. Barrias. . 152
La novela de una noche. Ilustraciones de Vázquez, Mas y Fondevila y Pascó. . . . n.° 2, pág. 1
La novela de una noche. Ilustraciones de Vázquez y Mas y Fondevila . . . . . n.° 3, pág. 1
La orquesta invisible, en el teatro de Bayreuth . 239
La partida de los reclutas, por G. Clairin . . 138
Lápida sepulcral. Proyecto de D. José Puig . . 211
La Stma. Virgen leyendo. Busto de Amadeu. n.° 4, pág. 7
La serpiente de ocho cabezas. (11 grabados) . . 265
La siega, por J. Mir. 171
La Virgen María y S. Vicente Ferrer. (2 grabados). 109
Las de López. Ilustración de L. Bonnin . . . 68
Las Hilanderas, por Diego de Silva Velázquez . 56
Las Meninas, por Diego de Silva Velázquez . . 89
Las nodrizas, por Etcheverry 264
Las uveras, por E. Chicharro 85
Las verbenas, por R. Marín 204
Lo que no se ve en Toledo. Ilustración de Manuel González Simancas 243
Los cuentos de la abuela, por Brull 67
Los Iris, por J. Triquet 170
Los sabios enemigos, por Ramon Casas . . . 126
Los tres príncipes. Ilustración de Mirabent . . 279
Los tres viajeros. Ilustración de J. Mir . . . 71
Ludwig Schnorr. 228
Magia celestial. Ilustraciones de Mas y Fondevila. 259
Mar de levante, por Gonzalo Bilbao 83
Margaritas á puercos, por Carlos Vázquez . . 104
Mater dolorosa. Ilustración de A. Clapés. n.° 3, pág. 8
Miguel M.ª Medalla. Ilustraciones de A. Mas y Fondevila . . . . n.° 4, pág. 4
Mime, por Mariano Fortuny. 194
Moreno, el de Zalamea. Ilustración de G. Bilbao . 147
Noche buena en Salamanca, por D. U. Vierge . 263
Nota ciclista, por Ramon Casas 77
Noticias de la Guerra, por D. Baixeras . . . 284
Orillas del Ter, por J. Pahissa . . Suplemento n.° 3
Pagando unos pensamientos. Audouard, fot. n.° 4, pág. 13
Paisaje, por C. de Haes 82
Paisaje, por C. de Haes 92
Paisaje, por J. Mir 115
Paisaje. Ilustración de Llimona 222
Palacio episcopal. Dormitorio de S. E. I. . . . pág. 14 del n.° extraordinario
Parsifal, por Mariano Fortuny 210
Pascua florida, por A. Guinea 93
Paso del landau ofrecido por la Sra. Marquesa de Moragas al Sr. Obispo. pág. 7 del n.° extraordinario

Páginas

Pesca de esquilas en Candás. Ilustración de Baixeras 35
Pintores de brocha gorda, por S. Martínez Cubells. 72
Pláticas de familia, por Ramón Casas . . . 30
Primera comunión, por J. Sardá 39
Procesión de la buena muerte el miércoles de ceniza, por A. Mas y Fondevila 217
Puerta de la Basílica de Santa María de Ripoll . pág. 5 del n.° extraordinario
Puerto de Canencia, por J. Morera Galicia . . 21
Puesta de sol. (1 grabado) 120
Recepción y acompañamiento de S. E. I.. . . pág. 10 del n.° extraordinario
Recuerdo de una catástrofe, por Julio Borrell. . 103
Recuerdo, por P. Dubois 174
Retozos primaverales, por E. Sala 180
Río Tormos. Salamanca. Acuarela de O. Junyent. 219
Salida del Sr. Obispo de la Santa Iglesia Catedral. pág. 9 del n.° extraordinario
Salomé, por J. Romani 251
Salón del trono del Palacio Episcopal . . . pág. 13 del n.° extraordinario
Salus infirmorum, por L. Menéndez Pidal . . 85
San Agustín, pintura sobre tabla del Siglo XV, existente en el Museo Episcopal de Vich . . pág. 6 del n.° extraordinario
Semana de Pasión. Mercado de Palmas en Barcelona, por A. Mas y Fondevila . Suplemento n.° 3
Senado del Corral de la Pacheca á principios del siglo, por F. Domingo . . . . n.° 2, pág. 8
Serenidad, por Henri Martin 273
Sin sesos. Ilustraciones de Casas y Pascó. n.° 1, pág. 12
S. E. I. bendiciendo por primera vez al pueblo de Barcelona. . . . pág. 8 del n.° extraordinario
Suerte de varas, por S. Matilla 78
Teatro Wagner en Bayreuth 236
Tímpano de madera en la Puerta de la Piedad en la Santa Iglesia Catedral. (1 grabado). n.° 1, pág. 15
Trasegando, por J. Mir 200
Tristan é Isolda. Acto 1.°, por F. Soler y Rovirosa. 231
Tristan é Isolda. Acto 2.°, por F. Soler y Rovirosa. 233
Tristan é Isolda. Acto 3.°, por F. Soler y Rovirosa. 235
Toda la cara de su padre, por Sancha . . . 162
Tumba de R. Wagner, en el jardín de su casa . 229
Una casera de rompe y rasga, por I. Zuloaga. . 99
Un genio incipiente. Ilustración de Mas y Fondevila 164
Velázquez, por A. Mariñas 92
Vendimia, por J. Mir 201
Villafranca del Panadés. Casa donde nació el doctor Morgades . . . pág. 4 del n.° extraordinario
Villafranca del Panadés. Iglesia Parroquial donde el Dr. Morgades fué bautizado . . . . pág. 4 del n.° extraordinario
Villafranca del Panadés. Portada de la Iglesia Parroquial de Sta. María. pág. 4 del n.° extraordinario
Vista general de Santa María de Ripoll . . . pág. 5 del n.° extraordinario



(APUNTES DE MI CARTERA)



La mañana era brumosa y fría, y escaseaba la luz porque aun no había traspuesto el sol las lomas del Oriente. Se me habían «pegado las sábanas» aquel día, y llevaba muy contados los minutos cuando salí de casa; temía llegar tarde y apretaba el paso, con lo que doblaba el empuje y la frialdad del terralillo madrugador que me daba de frente.

Al entrar en el espacioso vestíbulo de la estación, observé que salía de él bastante gente de pueblo, en la que predominaban las mujeres. Nada tenía esto de particular á aquellas horas y en aquel sitio; pero sí lo tuvo para mí el que todas las frases que iba sorprendiendo al pasar rápidamente para llegar al despacho de billetes antes de que le cerraran, fueran la expresión de una misma idea, de un mismo sentimiento; del mismo, precisamente, como recordé de pronto, que las de unos chicuelos que se habían cruzado conmigo en las inmediaciones de la estación: frases compasivas, exclamaciones de pena, dedicadas á alguien que no se nombraba terminantemente. Lo apurado del tiempo me impidió enterarme allí mismo de lo que ocurría; tan apurado, que no sé cuál fué antes, si el dar yo el primer paso en dirección al andén, con el billete comprado, ó el oir el golpe del ventanillo que se cerraba.

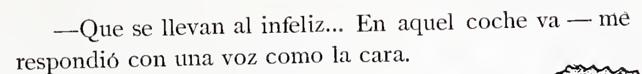
Ilustraciones de Mas y Fondevila, Pascó y Pedrero

Instalado al fin, tranquilamente, y sólo por añadidura, en el departamento que me correspondía, me asomé á la ventanilla, tentado de la curiosidad que se me había despertado en el vestíbulo; pero nadie pasaba por allí: todas cuantas personas quedaban en el andén después de cerradas las portezuelas de los carruajes, estaban agrupadas enfrente de uno de ellos, muy alejado del mío. De pronto se separó del grupo un hombre á quien yo conocía mucho: cierto barbero muy popular en la ciudad, el cual prestaba tiempo hacía sus servicios en la cárcel, con derecho al uso de la gorra galoneada con que cubría su cabeza voluminosa. Le llamé con una seña; y él, que era la despreocupación y el regocijo andando, se vino á mí con la faz angustiada y el color ceniciento.



—¿Qué ocurre aquí de extraordinario?—le pregunté.

—Que se llevan al infeliz... En aquel coche va — me respondió con una voz como la cara.



—¿Quién es ese infeliz?

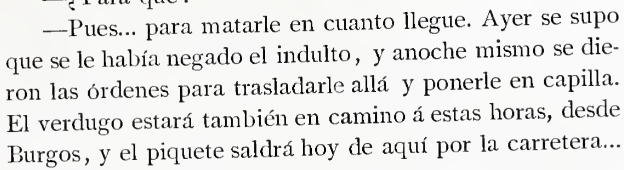
—El reo de P.....

—Y ¿adónde le llevan?

—Á su pueblo.

—¿Para qué?

—Pues... para matarle en cuanto llegue. Ayer se supo que se le había negado el indulto, y anoche mismo se dieron las órdenes para trasladarle allá y ponerle en capilla. El verdugo estará también en camino á estas horas, desde Burgos, y el piquete saldrá hoy de aquí por la carretera...



—Y ¿sabe él todo eso?

—Como saberlo fijamente, creo que no; pero temérselo... Le hemos dicho que, como lo del indulto puede ir por largo y está la cárcel de aquí llena de presos, se ha mandado que le trasladen á él á la de su partido para que cada palo aguante su vela... Con esto se conformó anoche; pero esta mañana, al ver que eran cuatro los guardias que le acompañaban, y no dos como cuando iba á la Audiencia, se le cambió de pronto el color y nos pidió, por todos los Santos del cielo, que le dijéramos la verdad si le teníamos engañado. Juramos y perjuramos que era cierto lo que ya sabía... sólo que como al que más y al que menos de los que estábamos presentes no nos sobraba el arte para fingir, aunque él no peca de listo... ¡qué sé yo! á mí se me figura que en el cuerpo la lleva... Hasta aquí le hemos acompañado, y en el coche le dejo, sin atreverme á estar más tiempo delante de él, por si me descubre en la cara lo que no quiero que sepa por mí.

—Ya veo que te ha impresionado mucho la despedida.

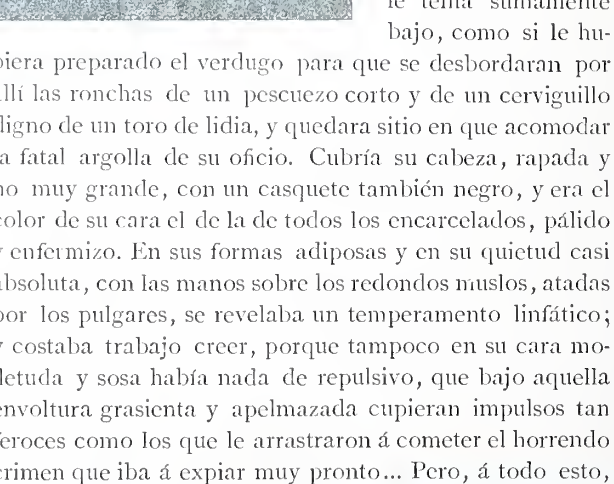
—¡Qué quiere usted!... Gorda fué la que hizo y bien merecido tiene en ley lo que le cuesta; pero llevo muchos meses tratándole y observándole en la cárcel; es un simplón que hasta los niños le engañan; tiene uno su corazón correspondiente, y... en fin, no se puede remediar.

En esto arrancó el tren, se descubrió *Nisio* para saludarme, y yo me dejé caer en el cojín de mi asiento, con el corazón oprimido y la cabeza llena de pensamientos y de visiones.



Lleva consigo el reo de muerte mucho de lo que es peculiar á la corriente mansa del río profundo, á la mar tranquila, al bosque silencioso; á cuanto es misterio, abismo y soledad. Un impulso desconocido nos arrastra hacia ello, y otra fuerza más poderosa aun nos detiene allí y nos obliga á contemplarlo, a meditar, a penetrar lo que es impenetrable, á fundir el pensamiento y el espíritu en lo invisible. No parece sino que por el camino de aquellos misterios se llega más pronto á descubrir ese *algo* que es el anhelo constante del alma humana.

Pues de esa misma fuerza me sentí yo esclavo tan pronto como supe que en el mismo tren que yo, iba el reo de P...: yo con propósitos de pasar un alegre día de campo, y el destinado á morir en un patíbulo. No me era aquel hombre enteramente desconocido: le había visto una vez en la calle, maniatado, entre dos guardias civiles que le conducían a la Audiencia, seguido de una turba de muchachos vagabundos. Recordaba algo de su fisonomía, de su estatura, de su vestido; pero eso, que entonces me pareció hasta demasiado, en la nueva ocasión no era ni siquiera lo suficiente. La primera vez se trataba de un hombre aún no juzgado, que podía ser ó no ser condenado á muerte y ejecutado en día y lugar determinados por la justicia humana; de un ser que estaba *expuesto* á morir á manos del verdugo, como lo está cualquier hombre de bien, en cada instante de su vida, á perderla por obra de una enfermedad ó de fortuito accidente; era, en suma, *uno más* de los condenados á muerte, que á todas horas andan por el mundo y pasan á nuestro lado con mayor ó menor derecho á nuestra curiosidad; pero en la segunda ocasión, ese mismo hombre tenía ya contadas las horas de su vida; estaba condenado á morir en día fijo y muy cercano. Si tenía dudas, iba á aclarárlas de un momento á otro; si poseía la certeza que infunde la luz de la fe, ¡qué espanto el suyo con una conciencia tan cargada de culpas! De todas suertes, y sin contar su natural apego á la vida, ¡qué estado el de su espíritu!



Ya no inspiraba repugnancia por el recuerdo de su crimen, sino profunda compasión por la certeza del suplicio con que iba á pagarle; ya era la corriente mansa, la mar tranquila, el bosque silencioso, que atraen y subyugan y obligan á meditar y á sentir. Por eso se despertaron en mí tan fuertes deseos de verle y de contemplarle de cerca.



Y los satisfice en la primera estación en que hizo el tren una de sus interminables paradas. Comencé por pasar y repasar muchas veces por delante del coche que le conducía: temía mortificarle si notaba el empeño que me mortificaba á mí. Estaba de perfil, en el centro del banco y con la cara vuelta al lado opuesto al andén; y como supuse que hacía esto por apartar sus ojos de las miradas con que muchos le perseguían no sólo desde la estación, sino desde los otros compartimientos del coche, separados por vallas de poca altura, me detuve, me acerqué, y hasta me subí al estribo... y hasta se retiró hacia el respaldo de su asiento, leyéndome los deseos en la cara, un Guardia civil que tapaba con su busto media ventanilla.

Era el reo un mocetón grandote y de muchas carnes que apenas cabían en su vestido, negro y resobado, cuya chaqueta, ó no tenía cuello, ó le tenía sumamente bajo, como si le hubiera preparado el verdugo para que se desbordaran por allí las ronchas de un pescuezo corto y de un cerviguillo digno de un toro de lidia, y quedara sitio en que acomodar la fatal argolla de su oficio. Cubría su cabeza, rapada y no muy grande, con un casquete también negro, y era el color de su cara el de la de todos los encarcelados, pálido y enfermizo. En sus formas adiposas y en su quietud casi absoluta, con las manos sobre los redondos muslos, atadas por los pulgares, se revelaba un temperamento linfático; y costaba trabajo creer, porque tampoco en su cara mofletuda y sosa había nada de repulsivo, que bajo aquella envoltura grasienta y apelmazada cupieran impulsos tan feroces como los que le arrastraron á cometer el horrendo crimen que iba á expiar muy pronto... Pero, á todo esto, ¿lo sabía él? ¿lo sospechaba siquiera? ¿Era creíble que sospechándolo, nada más, pudiera guardar aquella actitud tan sosegada y tranquila? ¿Será que el organismo físico y moral de los criminales se rige por leyes singularísimas é impenetrables al juicio, á la lógica y al sentimiento de los hombres de bien?







Por aquí andaba con mis reflexiones cuando un rapaz que se había encaramado también en el estribo, y se empinaba sobre los pies, inquieto, desconcertado y nervioso, para ver al reo á todo su gusto, exclamó de pronto, enderezándose á mí la pregunta:

—¿Es verdá-usté que van á matarle en cuanto llegue?

Me espantó la pregunta temiendo que la oyese el aludido; tapé la boca con una mano al rapaz, que saltó de un brinco al anden, y respondí al propio tiempo en voz alta, con intento de que lo oyera el desdichado:

—¡No es cierto eso! Le llevan á *su* cárcel, porque no cabe en la de Santander.

Pero ni á la pregunta del rapaz ni á mi respuesta volvió la cara, ni en todo su cuerpo se notó la menor señal de haberse enterado de ellas. Más valdría así; y mejor para los que le compadecíamos si las había oído y no daba importancia á la primera por ser la confirmación de lo que ya sabía, ni á la segunda por no creerla...

Descendí del estribo porque se oyó la señal de que se acababa el tiempo de parada allí; entré de nuevo en mi departamento, volvió el tren á deslizarse sobre sus carriles, y volví yo á pensar en lo que pensaría aquel hombre que iba aproximándose poco á poco al término de su viaje y de su vida. Haríamos el mismo camino hasta la estación de T... Allí tomaría yo el de mi lugar, hacia el Nordeste: el más largo, ó el más corto; el que me conviniera más; y él... el que le señalaran, hacia el Oeste, para llegar cuanto antes á su triste paradero... ¡Y hasta la eternidad!

En la estación de T... podría yo verle y contemplarle á todo mi gusto, pues habría tiempo y comodidad para ello: era ocioso bajar en las otras dos intermedias, y encaramarme en el estribo y mortificar tantas veces al desgraciado con la impertinencia de mi fisgoneo. Sin embargo, en ambas me bajé, y en ambas hice lo mismo que en la primera, y siempre encontré al reo en la misma postura, con las manos atadas descansando sobre los muslos, y la cara vuelta al lado opuesto al andén. No había duda: me arrastraba el misterio y me atraía el abismo.

Al fin llegamos á la estación de T..., donde quedó casi desocupado el tren, que era, según la jerga de la Compañía, *corto*, es decir, de los que no pasan de los límites de la provincia, con un andar de carromato. Por eso invirtió dos horas en un trayecto de cuatro leguas; y cuando llegamos á su término, se había elevado el sol por encima de los montes; y desde un cielo limpio, azul, barrido de toda señal de nube, alumbraba con su luz esplendorosa cuanto abarcaba la vista desde aquellas alturas: uno de los panoramas más hermosos que pueden admirarse en la Montaña, la tierra de las grandes maravillas de la Naturaleza. El coche en que iba el reo había quedado fuera del andén contiguo á la estación y enfrente de un jardincillo muy cercano de ella; y no hubo viajero que no desfilara por delante de él antes de entregar su billete en la puerta de salida. Esta peregrinación, que tenía no poco de solemne, duró algunos minutos. Yo no tomé parte en ella porque me reservaba para ver á mi hombre fuera del carruaje... como le vi poco después.

No sé cuándo ni cómo bajó ó le bajaron, porque, al volverme hacia aquel lado en uno de los maquinales paseos que me daba por delante del coche en que había

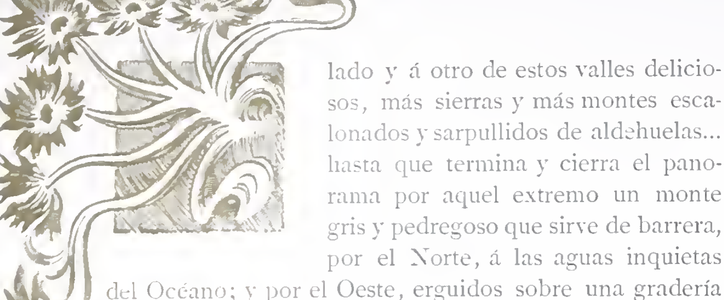




Torrelavega

llegado yo, toparon mis ojos con él, encarado á mí, de pie y como clavado en el suelo, como tronco de árbol desmochado que hubiera nacido allí; fijo, inmóvil, en una actitud y con una expresión en la cara imposibles de olvidar. Le daba el sol un poco de soslayo; y sobre el suelo arenoso, casi dorado, en que se alzaba la masa negra de su cuerpo, se dibujaba su sombra, que iba á perderse entre la hojarasca verde y las flores olorosas del jardín. Los cuatro Guardias iban y venían y andaban á su lado de acá para allá; y no faltaban curiosos, como yo, que le contemplaban desde cierta distancia respetuosa; pero de nada de ello parecía enterarse él, cuya mirada, profundamente melancólica, se desvanecía en lo invisible... Ni un gesto, ni la contracción más ligera de un músculo de su cara lívida, algo inclinada al pecho; ni la más leve señal de que latiera la sangre en sus arterias. Era la verdadera estatua del desconsuelo, de las grandes melancolías, del mayor de los desamparos. En esto cayó á sus pies un saco á medio henchir, con la boca amarrada con un cordel. Era su *petate:* los cuatro guiñapos de su equipo. Tampoco se fijó en ello. ¿Para qué, ni aunque el saco hubiera estado lleno de perlas y diamantes? Porque era indudable que aquel hombre conocía entonces la terrible verdad, ó por habérsela revelado en el camino indiscreciones como la del muchacho de marras, ó porque la adivinaba ó la presentía. Era incompatible con la menor esperanza de vivir, aquella su imponente expresión de desconsuelo: sólo la certeza de que le conducían á la muerte, y en un cadalso afrentoso, podía imprimir en su naturaleza medio salvaje aquel sello de acerbísimo dolor moral, devorado por la conciencia de merecerle... Y en derredor del desdichado, como dispuesto por la crueldad de su mala fortuna, si es que no lo disponía la justicia de Dios para mayor castigo suyo, ¡qué espectáculo! Nunca he pasado por allí sin detenerme largo rato para dársele á mis ojos por recreo; pero no recuerdo haberle visto jamás tan admirable como le vi en aquella tan señalada ocasión; y es que rara vez se logran, en esta tierra de los celajes grises y de los húmedos vendavales, un cielo tan limpio, tan azul; un sol tan vivo y resplandeciente, y una tranquilidad y un reposo en la Naturaleza, como aquel día. Abajo, en el llano, empalmando con el breve recuesto que da acceso á la estación, el largo arrecife entre alamedas, robledales, praderas y caseríos; más allá, al fin de la alameda, la masa roja de los primeros tejados de la villa que da nombre á la estación, la segunda capital de la Montaña, no sólo por su riqueza, sino por su hermosura: la reina y la señora de la admirable vega en uno de cuyos contornos asienta el trono de su señorío; después de la vega, que se pierde de vista á derecha é izquierda entre montes y cerros, la cuenca del río entoldada de espesa vegetación, entre la cual se destacan las notas blancas de los pueblecillos ribereños; luego otro valle, más bien adivinado que visto á través de las manchas diáfanas del arbolado desnudo y de las veladuras del humo blanquecino arrojado en espirales por las chimeneas de las barriadas; y á un





lado y á otro de estos valles deliciosos, más sierras y más montes escalonados y sarpullidos de aldehuelas... hasta que termina y cierra el panorama por aquel extremo un monte gris y pedregoso que sirve de barrera, por el Norte, á las aguas inquietas del Océano; y por el Oeste, erguidos sobre una gradería de altos y negros montes, los dos colosos de la cordillera cantábrica: Peña-Sagra y los Picos de Europa ya cubiertos de nieve, iluminados de frente por el sol y recortando los gallardos florones de su corona en el intenso azul del cielo.

Pues en este espectáculo, siempre nuevo y admirable para mí, hallaba yo aquella mañana un atractivo singular, que, en definitiva, me mortificaba mucho: por de pronto, el contraste que formaba su hermosura, convidando á regocijarse y á vivir, con el estado moral de aquel hombre que le tenía tan cerca, sin reparar en él, ó sin atreverse á mirarle; pero singularmente porque en lo más grandioso del cuadro, en uno de los repliegues de la falda de los Picos, estaba el término de su viaje: allí había nacido, allí había cometido el crimen, y allí había de expiarle por la mano del verdugo. Por embrutecido que tuviera el entendimiento, era imposible que no le hubieran entrado en él estas reflexiones al fijar la vista un instante en aquel lado del panorama, ó al saber que, desde el punto en que se hallaba, le tenía delante de los ojos; y á poco que se le fueran eslabonando las ideas en el cerebro, había de asaltarle la visión de su hogar y de los seres que le habitaban; pensaría que eran sabedores de su viaje y de lo que había de acontecerle en cuanto le terminara, y los vería á todos huyendo en busca de un escondite fuera del lugar, un agujero, una caverna en el monte, para ocultarse y morir allí de dolor y de vergüenza. Si no pensó entonces de este modo aquel criminal, yo lo leí en su cara, cuya expresión se acomodaba exactamente á estos pensamientos; y por eso, por lo que padecería él pensando de ese modo, padecía yo al poner los ojos en lo que tantas veces me los había recreado; y hubiera preferido a aquella luz tan brillante, á aquella augusta placidez de la Naturaleza, á aquellos aromas vivificantes de la húmeda tierra acariciada por el sol, á aquel cuadro, en fin, tan despertador de todos los alicientes más nobles de la vida, un día ceniciento y borrascoso, de los que menos influyen en las imaginaciones adormiladas y en los entendimientos incultos. ¿Quién duda del poder que ejercen los agentes externos en el ánimo de ciertos hombres... y aun en el de toda casta de ellos?...

Andando en estas y otras meditaciones análogas y sin apartar la vista del reo, que tan profundamente me iba contaminando de sus tristezas, enderezóse de pronto, como si saliera de un letargo, y, al mandato de los Guardias que le custodiaban, rompió su marcha con paso firme hacia la puerta de salida, á la cual me arrimé yo para verle más de cerca.



Fuera ya de la estación, no le condujeron por la carretera que de ella arranca en dos ramales curvos, sino á campotravieso por el serrato intermedio, que entonces estaba en abertal. Desde mi observatorio le vi bajar á buen paso y saltando matorros alguna vez, y le seguí con la vista hasta que desapareció entre los edificios y bardales del entrellano. Entonces recordé que me esperaba el carruaje; monté en él, con el pensamiento fijo tenazmente en aquel desdichado; y al cabo de media hora llegué á mi casa sin perder la visión del criminal con las manos atadas, pálido y angustiado el semblante, y de pie é inmóvil entre el jardincillo de la estación y el tren que nos había conducido á los dos.

¡Cosa rara! Desde que supe que viajaba con él hasta que desapareció de mi vista en el camino de T..., ni una vez sola puse la consideración en el crimen que había cometido: siempre fueron sentimientos de lástima los que me inspiraron su recuerdo ó su presencia. El corazón humano es así, más propenso á compadecerse que á castigar, delante de un delincuente arrepentido. Y lo cierto es que, en la necesidad de que flaquee en algún sentido ese órgano, que, en opinión de un grande hombre que fué á la vez un gran tirano, es el que gobierna el mundo, más vale que flaquee de ese lado. Digo esto porque precisamente por ello, ó por algo semejante, comencé yo, al cabo de algunas horas y en las soledades de mi huerto, á ingerirme en otro orden de ideas para descargar el espíritu de aquella fatigosa obsesión compasiva.

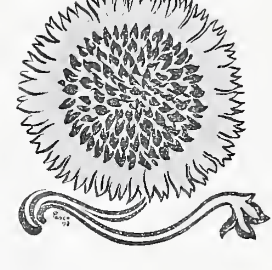
¿Merece ese hombre — llegué á preguntarme — los malos ratos que me está dando? ¿Puede concebirse nada más abominable ni más merecedor del castigo que le aguarda, que el crimen que cometió? Bien está la misericordia y hasta es de ley divina en todo corazón cristiano; pero ¿y la justicia? ¿y aquella pobre víctima tan bárbaramente sacrificada? ¿y aquella alevosía y aquella ferocidad más propias de un tigre que de un hombre? ¿Qué derecho tiene á la vida el que mata á sangre fría y por lujo de maldad? ¿No se persigue hasta el exterminio á las fieras que hacen eso? ¿Y no son fieras los hombres en tales casos? ¿Y la ejemplaridad del patíbulo, y...? En fin, que insensiblemente me fuí colando en las sinuosidades de la sempiterna disputa sobre la pena de muerte; cosa que no era de mi gusto, y por eso torcí de rumbo en cuanto caí en ello; porque lo que yo necesitaba entonces con urgencia no había de hallarlo entre la seca y fría argumentación del raciocinio, sino en las fuentes

espontáneas y generosas del sentimiento. Con esta bien fundada esperanza, me puse á reconstruir en la imaginación el crimen *de autos*, tal como le conservaba en la memoria y constaba en ellos bien comprobado, y hasta referido por el mismo criminal.



Cierto día, un convecino suyo, hombre ya muy entrado en años y padre de varios hijos, fué á vender no sé qué frutos en su carro de bueyes á una feria que se celebraba en otro pueblo de la misma comarca. Un camino solitario y muy *asomado* con frecuencia á grandes precipicios, separaba á los dos pueblos. De vuelta de la feria este hombre, al anochecer y con el carro vacío, le salió al encuentro, en uno de los parajes más desamparados del camino, el mocetón de mi historia, su amigo y convecino, nunca sospechoso á nadie, y muy á menudo objeto de las zumbas de muchos, porque, si pecaba de algo, era de bobalicón y de zángano. El caso fué que los dos convecinos se saludaron á su modo, y hasta empezaron á entrar en conversación, á carro parado. De pronto el mozallón descarga un tremendo garrotazo en la cabeza del feriante desprevenido y le tiende en el suelo, donde acaba su labor machacándole el cráneo con dos piedras. Después le registra los bolsillos; encuentra en uno de ellos el puñado de dinero que le había valido «su pobreza», y por último arroja el cadáver, sangriento y palpitante aún, al precipicio inmediato. En seguida se encarama en la *pértiga* del carro, husmea y rebusca con los ojos y las manos entre la yerba esparcida sobre el tablero, y no halla otra cosa que los restos de la merienda de su víctima: unos míseros fiambres y unos mendrugos de pan envueltos en un pañuelo; apodérase también de estos relieves mezquinos, y se los come tranquilamente, sentado, á su comodidad, en la *rabera* de la *pértiga*. Cuando no queda ni una hebra ni una miga de todo ello, se endereza, arrea á los bueyes para arrimar al *asomo* el carro; y después que lo ha conseguido, aplica á la rueda del otro lado todas las fuerzas de su corpazo, y le vuelca sobre el precipicio. Con esta precaución, considera borradas las huellas de su crimen. Un carretero despeñado en el fondo de un derrumbadero, y su carro volcado en lo alto y pendiente del yugo de los bueyes parados á la orilla, no son cosa del otro jueves en aquellas regiones escabrosas: el espanto repentino de una bestia, yendo dormido su conductor, basta y sobra para ocasionar una desgracia semejante. Y con esto se volvió, libre de toda intranquilidad y de toda pena, á su pueblo y á su casa.





¿Cuándo ni por qué había surgido en su mollera brutal el pensamiento de aquella salvajada espantosa? Porque tras de no tener agravio alguno que vengar en su infortunado convecino, no ignoraba el escaso valor de lo que éste había ido á vender, ni tenía la menor necesidad de apoderarse de ello, porque era hijo de familia y no carecía de lo indispensable en su casa. ¡Tenebroso misterio, bien digno, ciertamente, de ejercitar en él todas sus fuerzas inductivas esos señores que tanto saben de pesos y medidas de cuerdos y desequilibrados! Á mí nada se me alcanzaba en tan abstrusa materia, y todo me volvía buscar términos de comparación fuera de la especie humana, porque dentro de ella no recordaba uno solo.

¡Pues ni por esas! El horror de estas cosas, la impresión de estos recuerdos, aunque templaron en mi fantasía el colorido deslumbrador de los otros, al fin y al cabo, la máquina de mis reflexiones fue haciendo insensiblemente un cambio de dirección, y volvió á encajarme en la memoria el suceso más reciente, la figura patibularia del hombre melancólico, con la cabeza inclinada, inmóvil y como clavado en el suelo, con el mísero *petate* á sus pies, inundado por la luz del sol, como para hacer más patente su vergüenza y su ignominia. Era mucho más *sugestivo* aquel cuadro, para mí, que la corriente profunda, que la mar en calma y que el bosque silencioso; era un libro cerrado en que, indudablemente, había mucho que leer. Y empeñado en leerle, volví á buscarle con el pensamiento al punto en que le habían perdido mis ojos; y le vi siguiendo el arrecife hacia la villa, entre el horror y la compasión de los transeuntes que se cruzaban con él; acomodarse, es decir, dejar que le acomodaran, en el vehículo que había de conducirle hasta *allá*, porque ya no tenía derecho á desear ni á pedir cosa alguna: era una propiedad de la ley, del verdugo; dejando atrás valles, pueblos y santuarios, por donde tantas y tantas veces habría pasado libre y señor de sí mismo; contando cada trozo de camino andado, con la congoja del avariento forzado á entregar, uno á uno, al ladrón que le sorprende, los cartuchos de las monedas de su tesoro; viendo, por término de su jornada, el cuadro aterrador de su propio suplicio, y, lo que sería más angustioso que la visión de la hopa y del garrote: la del pobre labriego, honrado hasta aquel día, hundiendo en el polvo su cabeza y maldiciendo la hora en que tal monstruo fué engendrado.



Aquí se detuvo la máquina de mis reflexiones, y ya no fué el hijo el tema principal de las que fuí acumulando en mi cerebro, sino el padre, el hombre de bien, el honrado campesino; y después el pueblo entero, cerrando puertas y ventanas mientras se alzaba el patíbulo afrentoso y se congregaban al pie de él las multitudes extrañas que descendían en hileras por todos los senderos de los montes inmediatos. ¡Día de espanto y de vergüenza para un pueblo montañés, cristiano y laborioso!

De esta casta fueron mis pensamientos mientras volvía á la ciudad aquella misma tarde y durante las primeras horas de la noche, y creo no mentir si afirmo que también mientras dormía. Yo no sé cuántos de aquellos fatídicos cuadros vi y tracé entonces, pensando, hablando y soñando.

De boca de los que oían mis relatos y comentos y llegaron á calificar de *chifladura* mis preocupaciones supe que se había intentado nuevamente el indulto aprovechando la ocasión de no sé qué aniversario, muy próximo ya, obra de dos ó tres días, y que, con objeto de que no pudiera ser ejecutado el reo antes de esa fecha, se había ordenado que no utilizara el piquete el ferrocarril hasta T..., y se fuera por la carretera, á pie y en tres jornadas. Para dar cumplimiento á esta orden había salido por la mañana. «¡Dios haga que tan caritativos propósitos se realicen!» me dije, acordándome entonces, más que del reo, de su infeliz padre, fugitivo quizás, á aquellas horas, por los riscos y quebradas del monte.

El día siguiente á aquel tan risueño y esplendoroso, amaneció invernizo, destemplado y como los más crudos del invierno montañés: nevó por la tarde y continuó nevando por la noche; y cuando el nuevo sol alumbró la tierra de este pedacito de mundo, había sobre ella una nevada de más de un palmo de espesor: eso en los valles. ¿Qué menos de una vara en las alturas? Y así fué; con lo cual el piquete no pudo pasar de las gargantas del Deva; y en un pueblo de ellas estuvo detenido dos días. Llegó en tanto el del aniversario palatino, se concedió el indulto solicitado, salió el reo de la capilla en que ya le habían metido, y con ello sentí yo que me aliviaba el espíritu de un gran peso.

Pero ¿qué efecto había causado *allá* el indulto? ¿En qué forma había manifestado el reo su natural regocijo? ¿Llorando, rezando?... ¿Y su padre? ¿Quién fué á buscarle al monte para enterarle de la buena nueva? ¿Le habían hallado vivo en su escondite? ¿Le quedaba, en caso de vivir, algún lado sensible en su ser moral, tan macerado por la crueldad de su dolor? ¿Se le había podido convencer de que no es lo mismo tener un hijo criminal que ser padre de un criminal ajusticiado, porque, más que en el crimen cometido, está la ignominia en el patíbulo en que se expía? ¿Se había logrado reducirle á que volviera al pueblo y á su casa, en la que, quizás, hallaría ya á su familia llorando de gratitud y alabando á Dios por la merced recibida? ¿Vería á su hijo después? ¿Cómo sería aquella escena entre ambos?...

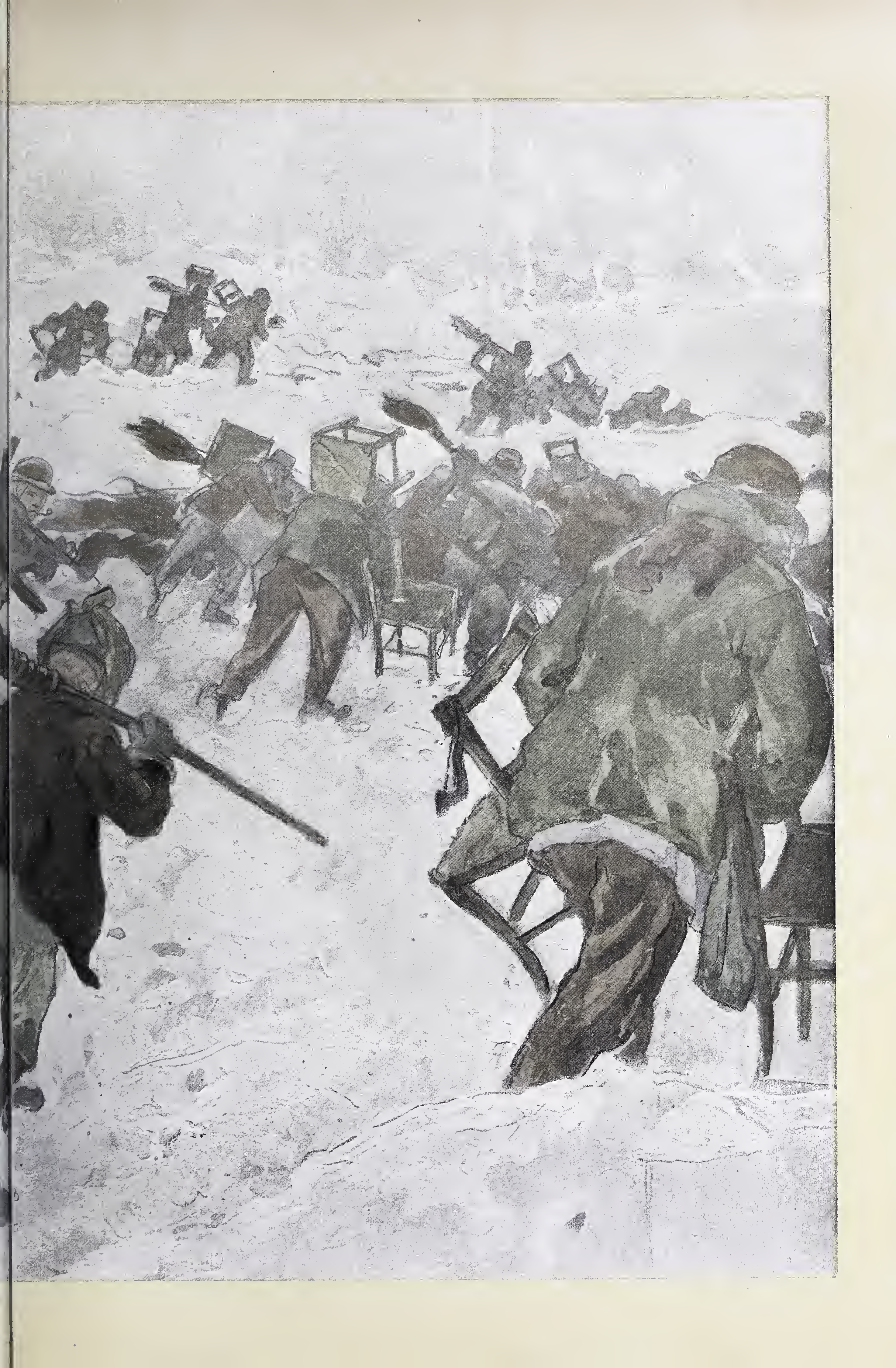
No caben en números las reflexiones de este género que me hice durante aquel día y el siguiente;



ESTUDIO PARA UN CUADRO. TIPOS SEGOVIANOS
COMPOSICION DE I. ZULOAGA



DESPUES DE LA NEVADA
COMPOSICION DE D. U. VIERGE





EL EXTASIS DE SAN FRANCISCO
COMPOSICION DE A. CLAPES

porque es la pura verdad que, al curarme de una gran preocupación el suceso del indulto, me había metido en otra, no tan desagradable como ella, pero, en cambio, mucho más vehemente.

Al fin se franquearon las comunicaciones entre P... y la capital, y publicó un periódico de ésta una correspondencia de *allá,* recibida por el último correo. Según ella, los primeros efectos del perdón dieron motivo á una escena singularísima entre el reo y el verdugo. Éste afirmó, entre chanzas y veras, que el pescuezo del otro era, de los ya «metidos en capilla», el primero que *le fallaba* desde que ejercía *la profesión*. Y ¡qué pescuezo!... Y de aquí el palpársele y el medírsele con ambos manos, y el apretarle el gañote con los dedos, y el reirse el otro bestia para celebrar la farsa, y el sacar la lengua y temblar de pie y mano, y hacer toda casta de visajes para remedar á un ajusticiado; y hasta el entrar en ganas de conocer *la herramienta* y su modo de funcionar; y el apoyarle en la brutal demanda los espectadores de la escena; y, por último, el prestarse á ello el verdugo y dar allí mismo una larga *conferencia* sobre el manejo del tornillo y de la argolla, sirviéndole de modelo *justiciable* su propia víctima *fracasada*.

Se me cayó el periódico de las manos, y no quise leer más ni meditar sobre lo leído, por no mezclar las tintas del nuevo cuadro con el recuerdo del otro, del hombre melancólico de la estación de T..., y mucho menos con el de su padre, el infeliz, el sencillo, el honrado labriego que volvería á ponerse á punto de morir de indignación y de vergüenza si se enteraba de aquella infame comedia representada en la cárcel de P...

Pasaron unos cuantos días, y con ellos se fué borrando en mi memoria lo más saliente de los recuerdos del hijo; pero no me sucedió lo mismo con los trazos de la imagen que yo había formado de su padre: nada más venerando para mí que la vejez de un pobre honrado, abatido por las pesadumbres; y en este concepto, lejos de achicárseme la idea que tenía de aquel viejo campesino, cristalizada en mi cerebro, se iba agrandando á medida que pensaba en él; y pensaba muy á menudo.



Un día, cuando aun se hablaba mucho de los sucesos referidos, oí llamar á la puerta de mi casa y se me dijo que preguntaba por mí «un aldeano ya *de edad*.»

—¿Cómo se llama? — pregunté yo á mi vez y sin gran curiosidad, porque á las visitas de este linaje estoy bien acostumbrado.

—Dice que es el padre del reo de P...

—¡El padre del reo de P...! — exclamé estremeciéndome. — Y ¿para qué pregunta por mí? ¿Qué se le ocurre á ese buen hombre? — añadí muy dispuesto á mandarle entrar para conocerle y echar un párrafo con él.

—Ya se lo he preguntado, y me ha respondido que «á ver si le da usted algo»...

—¿Algo de qué?

—De dinero... de limosna...

—¿Á qué santo?

—Pues, también me lo ha dicho: á santo de que es «el padre del reo de P...» Por lo visto, anda así de puerta en puerta.

Algo como luz de pajuela que alumbraba en un rinconcito de mi cerebro á una figura de patriarca venerable, se apagó de repente dejando á obscuras el *santo* y la hornacina.

— ¡Dile que no estoy en casa! — respondí con intención de que lo oyera el postulante.

«¡El padre del reo de P...!»... ó como si dijéramos: el verdadero, el auténtico Delfín de Francia.

¡El bendito de Dios se había dedicado á explotar de aquel modo la negra fama de su hijo!

No hago comentarios, lector pío y justiciero: hazlos tú si gustas y eres de esos ya citados linces que se pasan la vida aquilatando cerebros y corazones, para distinguir entre cuerdos, imbéciles y desequilibrados; en la seguridad de que todo lo referido en estas cuartillas es exacto y rigurosamente cierto y de fecha no remota.

J. M. DE PEREDA

Santander, Enero de 1898.





En Asturias, hace un mes,
recibí una invitación
de unos amigos que son
cazadores *enragés*,
diciéndome: «Se te emplaza
«para que te hagas presente
«en casa del Presidente
«del *Círculo de la Caza*,
«donde se hablará este día
«de una excursión en proyecto
«y poder llevar á efecto
«mañana una cacería.»
Agradeciendo el favor
(que era muy de agradecer),
pero haciéndoles saber
que yo no era cazador,
á aquella cita acudí
y en la cita me encontré
con una idea que fué
poco grata para mí.
Ellos, dichosos, felices,
ya su triunfo aseguraban.
Yo creí que me invitaban
á matar unas perdices,
y (¡oh, desengaño espantoso!
¡llevé un susto de los buenos!)
se trataba nada menos
que de ir á matar un oso.
Comprendieron (¿cómo no?)
mi escozor... ó lo que fuera,
y no faltó quien dijera:
—¿Tienes miedo?
—¿Miedo yo?
¡Que salga y le suelto un tiro!
¡Nunca un oso me ha asustado!
Estoy muy acostumbrado
á verlos... en el Retiro.
—¡Basta! —dijo el Presidente.—
No hace falta discusión.
Ya veis lo que escribe Antón,
que es un montero excelente.
En Peña-Ruda vió ayer
al oso, y sigue su pista.
Esté, pues, la gente lista,
que no hay tiempo que perder.
Mañana todos aquí
antes que salga la aurora.
¡Ea! Á descansar ahora.
¿Contamos contigo?
—¡Sí!
Aquí me tendréis montado
en mi jaco.
—¿Para qué?
¡Nada de caballo! ¡A pie!

Caza Mayor

El terreno es muy quebrado.
El cazador necesita
ser andarín.
—¿ Quién lo duda ?
Y ¿ está lejos Peña-Ruda ?
— Tres leguas.
—(¡Virgen bendita!)
Y ¿ hay comida ?
— Es de cajón.
Cada cual, en su bolsillo,
que se lleve un panecillo
y un poco de salchichón.
¡Será un día delicioso!
Á dormir quien tenga gana,
y á Peña-Ruda mañana,
que allí nos espera el oso.

Di mi palabra formal.
Fuí á mi casa y me acosté.
Aquella noche soñé
con un oso colosal.
¡Fué una pesadilla horrible!
La fiera me perseguía.
Fuí á gritar... y no podía.
Quise huir... pero imposible.
Ya iba el animal *feroche*
á matarme de un zarpazo,
cuando... me pegué un trastazo
contra la mesa de noche.
Me desperté; me vestí.
Ya empezaba á clarear.
No quise hacerme esperar
y al punto de cita fuí.
Mis compañeros, valientes,
á la lucha preparados,
iban todos muy armados,
armados hasta los dientes;
pues llevaba cada cual
su canana muy repleta,
su revólver, su escopeta,
su cuchillo y su puñal.
Yo, como iba de *mirón*,
salí casi desarmado:
sólo me había cuidado
del pan y del salchichón.

Juntos echamos á andar.
¡Qué cuatro horas, Virgen mía!
La mañana estaba fría,
pero sudamos... la mar.
¡Qué fatigosa ascensión!
Por fin, suda que te suda,
llegamos á Peña-Ruda
y allí encontramos á Antón.

— ¡Pronto! Ese oso ¿ dónde está ?
le preguntó el Presidente.
— Pues... mire usted... francamente,
no sé por dónde andará.
Aquí cerca estuvo ayer:
en el robledal entró;
le seguí, se escabulló
¡y ya no le he vuelto á ver!
Para mí que debe estar
allá abajo, junto al río.
— Dices bien. Pues ¡al avío!
No debemos descansar.

Y ¡vuelta á andar! ¡Qué trabajo!
Y ¡vuelta á tragar saliva!
Me cansé en la cuesta arriba
menos que en la cuesta abajo.
Llegamos al río, y ¡nada!
el oso no pareció.
— Señores, —les dije yo—
comamos aquí.
— ¡Bobada!
¿ Quién piensa en comer buscando
en los montes á una fiera ?
Á ver si en esta ladera...
Mucha prudencia... y andando.
De pronto, en un matorral,
vimos algo sospechoso.
Todos dijeron: —¡El oso!—
Yo sentí un frío glacial.
— Aquí está. Calma, valor
y silencio: ¡os lo suplico!
. . . .
Asomó el oso el hocico...
¡y era el perro de un pastor!

¡Y vuelta á andar otra vez!
Yo les dije: —¡Por Dios Santo!
¡Señores, no andemos tanto!
¡Esto es una insensatez!
— ¡Cómo demuestras en eso
que tú no eres cazador!
— ¿ Qué he de serlo ? ¡No, señor!
Pero soy de carne y hueso.
Dadme un respiro siquiera.
— ¿ Descansar ? No puede ser!
¡Ó poco hemos de poder
ó ha de parecer la fiera!
¡Andando! —
Y dijo el borrico
de Antón, dándose en la frente:
— El oso seguramente
está arriba, en aquel pico.—

Fuimos, del montero en pos,
subiendo, y al fin llegamos
al pico, y no reventamos
por un milagro de Dios.
Tampoco el oso maldito
por allí se dejó ver;
como que llegué á creer
que lo del oso era un mito.
¡Vuelta de nuevo á bajar!
¡Vuelta otra vez á subir!
Y ellos, nada, sin sentir
deseos de descansar.
Con andar tan fatigoso,
¡cuál mi cansancio sería
que ya al cielo le pedía
que se presentara el oso!

— Nos es contraria la suerte,
— dijo el Presidente — pero
Antón vió al oso y espero
que al fin le daremos muerte.
Dentro de cuatro ó seis días
volvemos, y se acabó.
— Volveréis vosotros: yo
no quiero más cacerías.
— No es cazador (lo repito)
quien las fatigas no afronte.—
¡Y seguimos por el monte
sin descansar ni un ratito!

Cuando ya su luz escasa
enviaba el sol poniente,
dijo, al fin, el Presidente:
— ¡Señores, vamos á casa!—

Y hacia el pueblo nos volvimos
con un cansancio horroroso,
¡sin haber visto más oso
que el que nosotros hicimos!

Vital AZA.

Madrid Noviembre de 1898

SIN SESOS

Pues, señor,—dijo una mañana el Diablo, —voy á huronear un poco por allá arriba y ver lo que ÉL hace.

Y después de acicalar un poquito sus garras, sus cuernos y su cola, Satanás extendió las alas y, echándose á volar por los espacios, fué á posarse, como gigantesca é infernal mariposa, sobre un astro sin luz ya, cuerpo sideral sin vida, cadáver petrificado, que continuaba rodando eternamente por los espacios.

Una vez colocado sobre su observatorio, examinó el Ángel caído lo que pasaba en varios millones de millones de leguas en derredor, y pudo ver cómo el Supremo Hacedor de todo lo creado mataba el tiempo elaborando seres humanos de nuevo modelo ó, mejor dicho, de un modelo que no era nuevo, sino modificado en ciertos detalles.

Picóle la curiosidad al Príncipe de las Tinieblas por ver más de cerca el trabajo del Eterno, y, emprendiendo de nuevo el vuelo, fué aproximándose poco á poco, dando vueltas y más vueltas en la inmensidad etérea, describiendo círculos y más círculos, entre intimidado y atrevido; hasta que al fin, molestada Su Divina Majestad por un olor endemoniado, levantó la cabeza y distinguió á su rebelde vasallo maniobrando á poca distancia.





No le hizo maldita la gracia al Señor la vista de aquel siniestro pajarraco. Así es que con áspero acento preguntóle qué malos vientos le traían por tales sitios sin que nadie le llamase.

— Pues nada de particular...— repuso Satanás procurando sonreir agradablemente y con dulzona hipocresía; — pero, como el día está tan rico y tan hermoso, me vino la idea de dar un paseíto por estos mundos y ofrecer, de paso, mis humildísimos respetos á vuestra Excelsa Divinidad.

— Tus respetos no me hacen ninguna falta: ¿ entiendes tú, mala sombra ?... Y lo mejor que puedes hacer es largarte : ¿ sabes ?... — replicó el Creador severamente y reanudando la tarea un momento interrumpida.

Pero no se dió el tipo por enterado, y, buscando un pretexto para quedarse y seguir husmeando, exclamó de pronto con entonación admirativa y juntando las manos :

— Pero ¡qué manos de oro tiene Vuestra Majestad y qué primorosamente trabaja!... ¡Vaya unos hombrecicos tan bien hechos, esos!... Y ¡qué moninos son y cómo se los comería uno á besos!... Sin lisonja

ninguna puede decirse que Vuestra Majestad se pinta sola para hacer obras de arte...

Encogióse de hombros el Altísimo, desdeñando la diabólica adulación, y se puso á trabajar en otro modelo, que á poco quedó concluído y acabado. Mas hétete que en el momento de darle la última mano estalla en los aires una tremenda é irreverenciosa carcajada, cuyos ecos repercutieron los inmensos espacios.

—¿De qué te ríes, majadero?...—preguntó enojado el divino artífice.

—Pues me río de la graciosísima distracción que ha padecido Vuestra Majestad,— dijo Satanás con maligno regocijo y apretándose los hijares.— ¡Vaya un caso chusco!

—¿Qué distracción, si se puede saber?...—interrogó el Todopoderoso frunciendo las cejas.

— Pues ahí es poca... Con algunas más de ese calibre, aviada estaría esa humanidad que, según oigo decir, es la obra más perfecta que ha salido de vuestro sublime poderío...

— ¿ Te explicarás de una vez ?

— Me explicaré, tomándome la libertad de hacer observar á Vuestra Omnipotencia que ese último modelo que acaba de fabricar es indudablemente muy vistoso, muy bonito, muy gallardo; pero... y ahí está el *quid*... pero le falta lo principal.

—Y ¿ qué es lo que le falta, señor criticón ?

—Le faltan los sesos... que quedaron ahí á un lado, sobre la mesa, y que Vuestra Majestad olvidó meter dentro del cráneo. De modo que, á no deshacer lo hecho, no veo cómo se las compondrá ese pobrete para ir por el mundo y hacer algo de provecho.





Mordióse los labios el Eterno, ante la justicia de la observación y advirtiendo su olvido. Pero midiendo, al instante, con una mirada de abrumadora superioridad al *Maligno,* que continuaba riendo irónicamente, replicó con voz pausada :

—Pues sábete que, sin deshacer una partícula de lo que hice, enviaré este hombre allá abajo para que sea uno de los privilegiados y venturosos de la tierra. No tiene sesos, y alcanzará, sin embargo, fácilmente lo que más ansían los humanos : gloria y riquezas. No será ni rey, ni general, ni sabio, ni poeta, y paseará como triunfador por las naciones. Los hombres le colmarán de aplausos y de oro; las mujeres, de sonrisas y de flores. Su fama será efímera y baladí, pero gozará plenamente de ella y, con todo y ser un pigmeo, le proporcionará la ilusión de ser un coloso. ¿ Quieres más dicha para un simple mortal ?

—¿Qué haréis, pues, de él?...—interrogó Satanás, riendo ya con la risa del conejo.

— Haré de él... un tenor.

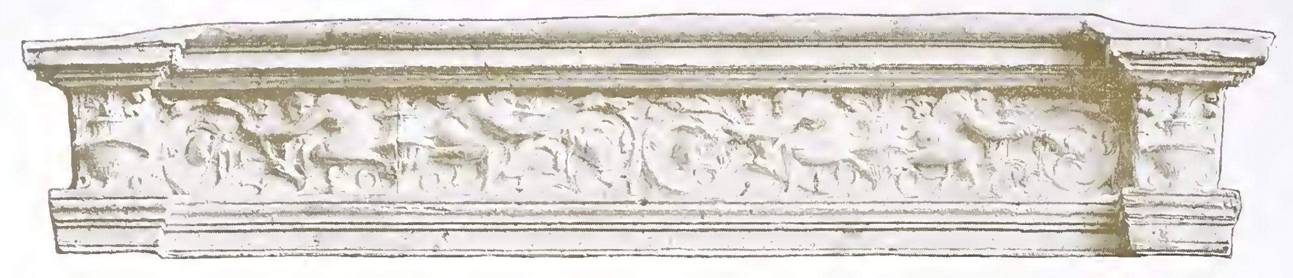
Pegó el Rey del Averno un bufido rabioso al sentirse una vez más humillado por aquella incontrastable omnipotencia, bajó mudo y confuso la cabeza, batió las negras alas y salió por los infinitos espacios, disparado.

—¡ La del humo !... murmuró el Señor restregándose alegremente las manos.

Luego cogió la figurina de carne y hueso acabada de elaborar, sopló con suavidad, y al punto el hombrecillo se irguió altanero, movió piernas, brazos y cabeza, puso los ojos en blanco y soltó un *do* de pecho esplendoroso.

— Anda, hijo, que con eso tienes bastante para medrar más que los sabios y no necesitas el entendimiento para nada.

Juan BUSCÓN



Catedral de Barcelona: Detalle del Coro

EL CUADRO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN Y LOS CONCELLERES

Autor catalán fué el de esta interesantísima pintura que se conserva en el Archivo Municipal de Barcelona, habiendo figurado antes en la capilla de la Casa Ayuntamiento. Tiene valor esta pintura por su subido mérito artístico y por ser evidente prueba de la influencia que en Cataluña ejercieron en el siglo XV los grandes maestros de la Escuela Flamenca. El estilo de los Van-Eick y de los Van der Weiden aparece evidentemente en la composición del cuadro y en sus detalles, lo propio que en la manera de estar tratados la Virgen y los Concelleres. Las testas de éstos pregonan que son retratos de gran fidelidad: el aire catalán más decidido se encuentra en aquellas severas cabezas. En la Virgen hay nobleza é idealidad, dentro de rasgos de una verdad extraordinaria. La excelente reproducción que damos de esta obra lo dirá claramente á nuestros lectores. Pintóse por Luis Dalmau, quien la dejó acabada en 1445, leyéndose su nombre y la fecha en la inscripción

puesta en el pedestal del trono, según usanza de entonces. La Virgen se halla sentada en el trono, sosteniendo al Niño Jesús, una de las figuras más desmedradas del cuadro, y teniendo á sus lados dos grupos de los Concelleres puestos en oración. Sobre estos varones se ven las imágenes de Santa Eulalia y San Cucufate en actitud de presentarlos á la Soberana Reina de Cielos y Tierra. Á 6 de Junio de 1443, según nos lo dicen los registros municipales, se propuso hacer un cuadro para la Capilla, y la propuesta se aprobó más adelante, encargándose el trabajo al pintor más hábil, que fué el citado Luis Dalmau. *Sub anno 1445 per Ludovicum Dalmau fuisse pictum,* reza la inscripción á que antes nos hemos referido. Es opinión de personas doctas en la historia que los Concelleres allí pintados son los que se eligieron en 30 de Noviembre de 1442, esto es: Juan Llull, Ramon Savall, Francisco Llobet, Antonio de Vilatorta y Jaime Destorrent. Poco ó nada se sabe de Luis Dalmau, mas sí puede afirmarse que fué el sucesor y en parte compañero de aquellos insignes pintores, tan hábiles como modestos, que ejecutaron las tablas de la misma centuria décimaquinta que se encuentran en iglesias y conventos del Principado, de Aragón y de Valencia, y que existen igualmente en nuestra Santa Iglesia Catedral. Constituyeron una generación, ó generaciones, que formaron escuela hasta cierto punto, inspirándose en los sentimientos más genuinos del país y recibiendo y acogiendo la influencia que les vino de lejanas tierras, merced al espíritu abierto y al aliento mercantil de los antiguos catalanes.

TÍMPANO DE MADERA EN LA PUERTA DE LA PIEDAD
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL



Esta obra, que todo el mundo ve al pasar por la calle de la Piedad y que pocos examinan detenidamente y menos la estudian, merece ser reproducida cuidadosamente, conforme lo hacemos en este número, á fin de popularizarla. Diríase que se debe á un escultor de Alemania por el aspecto de los rostros y por el plegado de los ropajes. ¿Fué alemán quien la hizo, ó por lo menos oriundo de aquellas regiones? No sabemos que hasta ahora se haya averiguado. Es bien sabido que en la Catedral de Barcelona trabajaron entalladores é imagineros alemanes. El insigne Miguel Loquer, que talló los primorosos chapiteles de las sillas del coro, alemán fué, y probablemente del mismo país vinieron, ó de él procedían, el Francisco Muler—Muller quizás — y el N. Alamany que por los años 1388 y 1389 esculpían claves, capiteles y basas. Posterior á estos parece ser el bajo relieve á que nos referimos: tal vez de los tiempos de Miguel Loquer, allá por los años 1480; pues en sus rasgos capitales más se descubre el arte del siglo XV, con sus ribetes de refinado y delicado, que el del siglo XIV, más sobrio y severo en todas sus obras. Sea cual fuere la fecha de esta notable talla, es evidente que hay en ella un sentimiento religioso que enamora y que se descubre especialmente en el rostro y en toda la figura de la adolorida Virgen. Hay dolor intenso en aquella cara nobilísima, dolor de madre que tiene en el regazo á su hijo víctima de los pecados de los hombres. Con la misma nobleza aparece modelada la imagen del Salvador, realista en el estudio del desnudo, por reclamarlo el asunto, mas sin pormenores que ofendan la vista ni siquiera empañen la elevación que resplandece en el conjunto de la obra. En las vestiduras, en el plegado, en diversos accesorios, revélase una mano peritísima y una inteligencia potente. Nuestos lectores juzgarán por ellos mismos si fijan la vista en la reproducción que encabeza estos párrafos.



JIMENEZ & LAMOTHE





DE VENTA EN TODAS PARTES

OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º,* 3 pesetas

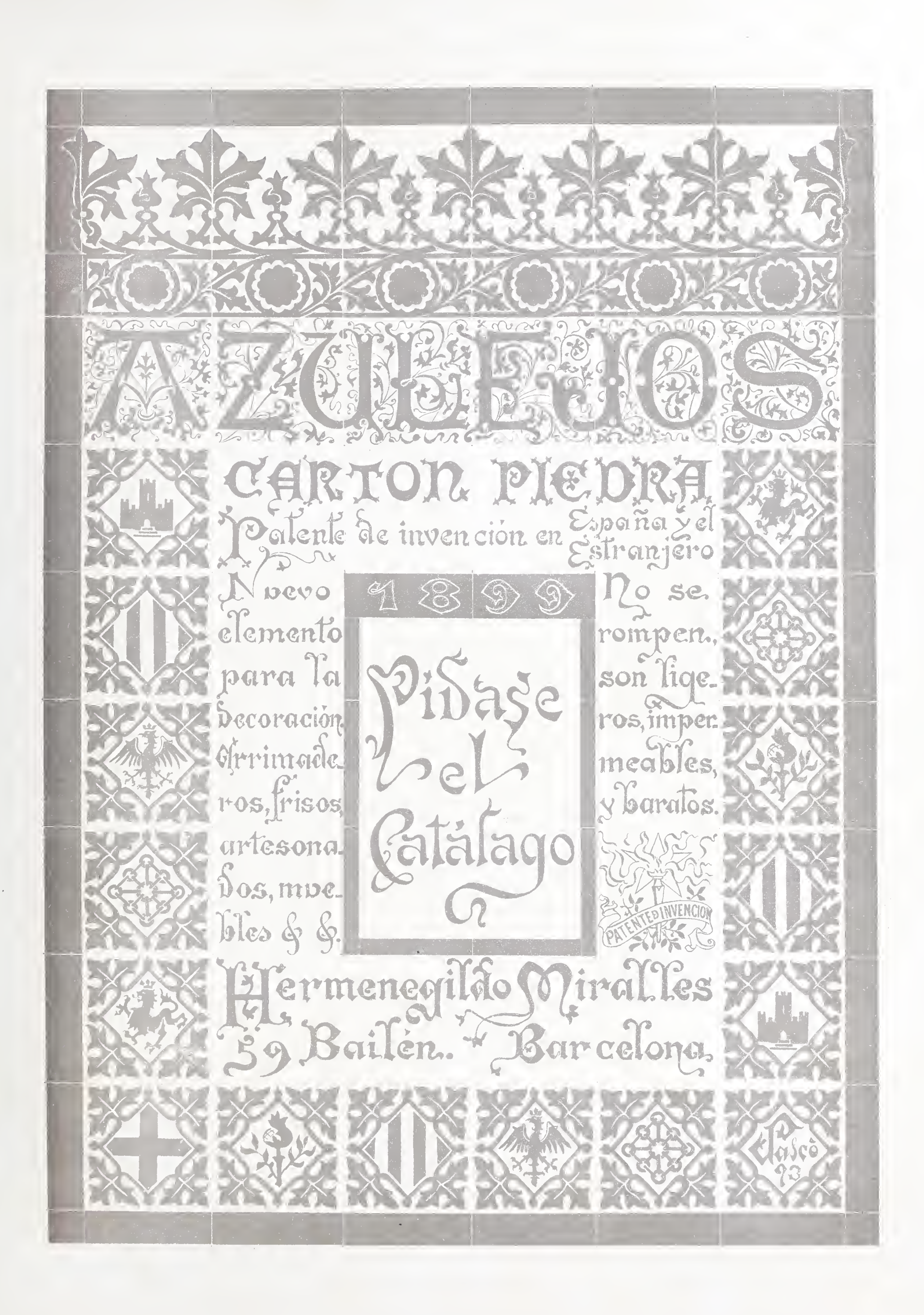
TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º,* 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º,* 2 pesetas

LITOGRAFÍA montada con todos los adelantos modernos

ESPECIALIDAD en etiquetas de relieves para fábricas de tabacos y de tejidos
JUGUETES de cartón recortados para fábricas de chocolate, galletas, etc., etc.
CARTELES y CALENDARIOS anunciadores
ESTAMPERÍA; IMÁGENES en hojas recortadas y caladas
ETIQUETAS para vinos, licores, farmacia, perfumería, etc., etc.
ENCUADERNACIONES industriales y artísticas

HERMENEGILDO MIRALLES: 59, Bailén, 59.—BARCELONA


AZULEJOS
CARTON PIEDRA
Patente de invención en España y el Estranjero
1899
Nuevo elemento para la decoración. Arrimaderos, frisos, artesonados, muebles & &.
Pídase el Catálogo
No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.
PATENTE DE INVENCION
Hermenegildo Miralles
59 Bailén. Barcelona.
Pascó 93



H:I:S:P:A:N:I:A
LA ILUSTRACION
ARTISTICA
LA SAGRADA BIBLIA
Encuadernaciones y Tapas
para las obras editadas
por los Sres. Montane
y Simon.
DON
QUIJOTE
MANCHA
Fábulas de La Fontaine
ilustradas
por
G. Doré
Talleres de Encuadernación
de Hermenegildo Miralles. Barcelona.
TINTAS DE CH. LORILLEUX & CA



HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

HISPANIA N.º 2. - FEBRERO 1899



REVISTA MENSUAL LITERARIA Y ARTÍSTICA

Editor - propietario:
HERMENEGILDO MIRALLES

Director literario:
EZEQUIEL BOIXET

Directores artísticos:
FRANCISCO MIQUEL y BADÍA; JOSE PASCÓ

SUMARIO

LA NOVELA DE UNA NOCHE. . . . . por J. O. Picón; ilustración de Vazquez, Mas y Fondevila y Pascó
IDA Y VUELTA . . . . por Daniel Ortíz; ilustración de R. Casas y Pascó
SENADO DEL CORRAL DE LA PACHECA . por F. Domingo
IMPRESIONES DEL DESASTRE . . . . por Emilio Ferrari; ilustración de A. Clapés y Pascó
EL ESTORBO . . . . por M. Lassala; ilustración de J. Mir
FAUNA FLAMENCA . . . . por R. Canals

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA MERIENDA DE LOS PATOS . . . . por J. Mir
ARTE ANTIGUO. . . . . por Francisco Miquel y Badía

LA NOVELA DE UNA NOCHE

I

Cuando Juan quedó huérfano tenía veinticinco años. Sus padres, los condes de Plateruela la Real, que murieron durante una epidemia con diferencia de pocas semanas, le dejaron muy rico, más que medianamente ilustrado y con esos hábitos de gran señor, casi siempre ridículos en quien los improvisa y, muchas veces, respetables en quien los hereda.

Pasado algún tiempo, Juan, que era aficionado á las artes, creyendo tener ultimados todos los asuntos de la testamentaría, resolvió hacer un largo viaje para estudiar los principales museos de pintura y las mejores colecciones de Europa, cuando de pronto un pariente lejano le disputó la posesión de dos casas. obligándole á litigar. Pensó en un principio aplazar su proyecto; mas, convencido de que el pleito sería largo, determinó confiar su encarrilamiento y dirección á un abogado con quien tenía gran amistad, y, encargándole también la administración de otras muchas fincas, emprendió la deseada expedición, fijando su residencia en París, desde donde hacía excursiones á Italia, Holanda é Inglaterra. Satisfaciendo esta inclinación de su espíritu, y otras menos puras á que le daban derecho su juventud, su gallarda figura y su riqueza, dejó pasar algunos años sin volver á España, durante los cuales y en virtud de tan prolongada ausencia, quedaron las amistades y relaciones que en Madrid tenía unas como en suspenso y otras olvidadas: únicamente se carteaba con su abogado y administrador, ya para pedirle fondos, ya para saber noticias del malhadado pleito, que se había hecho crónico. Así vivía entretenido en sus estudios de arte y amores de fácil logro, cuando recibió un telegrama que hizo indispensable su regreso. La mujer del abogado le participaba que su esposo había muerto de repente. Pudo entonces Juan encomendar á otra persona la prosecución del litigio; mas, dudando entre elegir administrador ó encargarse de gobernar su hacienda, determinó venir á Madrid, y á los cuatro días de recibida la noticia, acompañado de su ayuda de cámara, se apeaba del exprés en la estación del Norte.



Imaginando que arreglaría pronto sus asuntos, se alojó en una fonda, pero presto se convenció de que las cosas iban para largo: el pleito estaba enmarañadísimo, y la elección de administrador, tratándose de un hacendado que como él había de seguir acaso viviendo en el extranjero, era verdaderamente peligrosa: además, todas las dificultades aumentaban con la falta de aquellas amistades y relaciones que por su ausencia tenía descuidadas ó perdidas. Comprendiendo que su permanencia en Madrid no podía ser muy corta y no conviniéndole despedir á ninguno de los inquilinos que tenían arrendadas sus mejores fincas, determinó acomodarse provisionalmente en un caserón viejo, también suyo, el cual, al emprender el viaje, había

convertido en depósito de los muchos muebles y objetos artísticos que sus padres le dejaron.

Estaba este caserón situado á un kilómetro de Madrid, en una de esas carreteras cuya parte inmediata á la población se ha ido convirtiendo en calle con honores de paseo por la construcción de grandes centros de vecindad y *hoteles* de aristócratas de menor cuantía que pretenden vivir como potentados extranjeros. De los dos pisos que el vetusto caserón tenia, Juan dejó el alto para la servidumbre que hubo de tomar; y en la planta baja, cuya fachada principal tenia delante un pequeño espacio ajardinado, hizo su dormitorio, el comedor y un gran cuarto de trabajo á modo de estudio, que en un principio pensó no adornar, pero que luego, por ese horror á la desnudez de paredes que tiene toda persona de buen gusto, fué poco á poco llenando con los muebles, tapices, armas y pinturas que en la misma casa conservaba guardados.

Ello fué que, como sus ocupaciones, aunque importantes, eran pocas y le sobraba tiempo, se entretuvo en alhajar la habitación, convirtiéndola en un pequeño museo.

Hasta entonces no había podido darse exacta cuenta de lo mucho y bueno que sus padres le dejaron. Claro está que mientras anduvo errante por naciones extrañas se acordó de la media docena de obras de valor excepcional que poseia: el *Nacimiento de Cristo,* del *Grecco,* la cabeza sin concluir de Felipe IV, que parecia de Velázquez, la *Magdalena,* de Zurbarán, y los dos retratos de sus abuelas, hechos por Goya, no habian de borrársele de la memoria; pero aquel aluvión de cuadros buenos italianos, españoles y flamencos que en presencia suya se fueron sacando de cuartuchos y desvanes; los tapices, grabados, libros y dibujos que por todas partes surgieron, pareciéndole, de puro olvidados, nuevos, le sirvieron de tan grato entretenimiento que se entregó en cuerpo y alma á la ocupación de revisarlo, ordenarlo y colocarlo todo, hasta crear un conjunto superior al de colecciones que en el extranjero le habian hecho sentir la amargura de la envidia.

Por los menestrales que empleó y las habladurías de los vecinos se supo en Madrid que el conde de Plateruela habia vuelto de su largo viaje y que estaba arreglándose para vivir aquel destartalado caserón donde en antigüedades y pinturas tenia una fortuna, comentando cada cual la noticia según su entendimiento. Unos afirmaban que el no haber desalojado á los inquilinos de alguna de las hermosas fincas que poseia en el centro de Madrid, para habitarla, era prueba de tacañeria y mezquindad; mientras otros, más discretos, sostenian que para no residir fijamente en Madrid no habia menester más suntuosa morada, amén de parecerles muy señoril y castizo aquel modo de disponer y alhajar su casa á la antigua usanza española, en un edificio sencillo y modesto en lo exterior y dentro lleno de preciosidades y riquezas.

Realmente, Juan dispuso las cosas de modo que, entre el deseo de hacer investigación y recuento de lo que iba descubriendo y el agrado de gozarlo, fué poco á poco encariñándose con la idea de tener casa puesta en Madrid, hasta que acabó por amueblarla y engalanarla toda. Lo más notable era su cuarto de trabajo. Quien fuese poco observador no experimentaria al verlo sino la vulgar impresión que causa la riqueza; mas quien supiese penetrar el alma de las cosas, acertando á colegir y apreciar lo que puede ser un hombre deduciéndolo de aquello con que se rodea y complace, fácilmente comprenderia que el dueño y ordenador de cuanto habia en aquella estancia era de los elegidos que sienten el influjo de la belleza, gozan con ella y le conceden parte tan grande de su vida que no dejan lugar al mal ni resquicio libre á la ruindad. Lo de menos era el valor de lo coleccionado: lo interesante, la inteligencia que habia presidido á la elección de cada objeto, el tino en designar el lugar







que ocupaba, y el aspecto de la totalidad, donde hasta las piezas más opuestas parecían hermanadas y armonizadas en un conjunto de tan sin igual primor, que las cosas plebeyas parecían aristocráticas y las demasiado suntuosas pasaban por sencillas. Pinturas, estatuillas, relieves, tejidos, tablas, mármoles y dibujos, prodigios de la paleta, del cincel, del telar y de la forja, declaraban que quien los había juntado y en ellos se deleitaba no podía ser un rico cualquiera, sino alguien que supiese y mereciese serlo.

Juan dispuso también que arreglaran el pequeño jardín, conservándole aquella frondosidad consecuencia de algunos años de libre crecimiento; y en su centro, entre recuadros de rosales, mandó colocar una fuentecilla de la cual surgía un surtidor que, subiendo al aire con violento empuje, luego en lo alto se encorvaba y rompía, cayendo desgranado al pilón en ruidosas y cristalinas gotas.

En un ángulo de este jardinillo y al borde de la carretera se alzaba un cenador de hierro cubierto de plantas trepadoras y guarnecido de persianas pintadas de verde, dispuestas con tal habilidad que permitían ver todo lo que pasaba por el camino sin que desde fuera pudiese ser descubierto quien estuviere dentro. Á este cenador bajaba Juan á tomar café y leer siempre que el tiempo se lo permitía, permaneciendo allí largos ratos, ya entretenido con libros y periódicos, ya dejando correr esas horas de tristeza alegre y de alegría triste en que gusta al hombre quedarse con su pensamiento á solas.

Así estaba una tarde de las últimas de otoño, mirando distraídamente la gente que pasaba por la calle, cuando de la parte opuesta á Madrid y en dirección á éste vió venir, andando lentamente, una señora sola seguida á corta distancia por una berlina cuyos caballos caminaban al paso. Como iba muy despacio, pudo verla bien. Era rubia, la tez blanca, las facciones delicadas, los labios finos y algo pálidos, los ojos grandes y azules; el pelo, tirando á rojo caliente, entremezclado de hebras de oro, parecía pintado y ondulado con habilidad suma. Lo verdaderamente hermoso era el cuerpo: se conocía que no lo llevaba oprimido por el corsé: el pecho, firme y sobriamente modelado, debía de ser precioso y al andar, por el sitio en que bajo la falda se le marcaba la rodilla, indicaba á cada paso la proporción admirable de sus piernas. Sus movimientos tenían más de lánguidos que de airosos: en el gusto que daba verla entraba por más la elegancia que la gracia: su aspecto era el propio de esas beldades serenas que, seguras de imponerse, se cuidan poco de agradar. Estaba vestida con estudiada sencillez: su traje de lanilla gris claro y liso no tenía adorno, lazo ni pliegue que pudiera desviar la mirada de las líneas del cuerpo; los guantes y el sombrero eran negros; la sombrilla de seda roja muy brillante, así que, cuando la ponía contra el sol para resguardarse de sus rayos, que ya venían casi horizontales, la luz tamizada al revés de la tela le coloreaba la cabeza con un arrebol delicadísimo, y entonces su rostro, impasible y pálido, parecía una flor blanca sobre la cual pasara muy alto una nube de fuego. Tenía más de estatua animada que de vulgar criatura humana. Aquella mujer debía de hablar despacio, como andaba; su voz debía de ser suave, pero acaso poco timbrada; y, á juzgar por la íntima relación que suele existir entre lo físico y lo espiritual,



no prometía ser de las que se impacientan cuando esperan y sufren cuando sienten.

Juan la siguió con la mirada hasta perderla de vista. Era indudablemente hermosa, pero á él se lo pareció más porque hacía tiempo que no se fijaba en ninguna.

Durante varios días pasó casi á la misma hora, llevando siempre detrás el coche. Juan la esperaba ya con afán de verla, persuadido de que ni en Viena, ni en París, ni en Roma había encontrado beldad igual. Su esbeltez, su elegancia, le cautivaban: debía de tener el cuerpo algo largo y no muy carnoso, semejante á los de las ninfas y diosas creadas por los artistas franceses del siglo pasado: en los techos de Versalles recordaba haber visto figuras semejantes, y en el Louvre miniaturas y pasteles con rostros iguales, donde la altivez está hermanada con la gracia: así debían de ser, así fueron indudablemente, aquellas damas de la camarilla de María Antonieta en quienes el tipo, el traje, los modales y hasta las ropas eran formas distintas de la tentación y aperitivos del pecado. Y Juan se complacía en la vaga sensualidad de que venían bañadas sus impresiones, esforzándose en convencerse de que aquello no era más que la influencia de la hermosura en la existencia de un hombre que llevaba algún tiempo sin hacer caso de mujeres, algo como el desquite, la venganza de la belleza viva y humana por él humillada y postergada á la belleza artística.

Pero, si no era más que esto, ¿por qué experimentaba simultáneamente otras impresiones de distinta índole? ¿Por qué, cuando estaba solo de noche en aquel cuarto que arregló con tanto primor, se sorprendía á sí mismo triste sin causa y pensando en ella con intención limpia de toda impureza? Entonces se daba cuenta de que había estado leyendo maquinalmente sin enterarse; y otras veces, sufriendo la secreta sugestión de las cosas que despiertan ideas y espolean sentimientos, se quedaba mirando un diván, un cojín, un espejo, ocurriéndosele que allí debía ella estar reclinada, apoyados los pies en aquel almohadón, reflejándose en aquella luna su gentil figura, mientras la lámpara colocada á su espalda pusiera reflejos de oro en los rizos de su peinado deshecho; y, al creer verla así y tenerla á su alcance, no le parecía turbadora ni provocativa, antes al contrario la contemplaba quieta y pacíficamente, cual si ya le hubiese pertenecido, con ese placer reposado y apacible en que la pasión deleita sin consumir, como fuego que calienta y no abrasa.

Finalmente, por gestiones de su ayuda de cámara, en quien tenía el Conde grandísima confianza, averiguó antecedentes que le importaba saber. Aquella señora tenía veintiocho años y era viuda de un diplomático. Á pesar de su elegancia y su carruaje, andaba lejos de ser rica; vivía con forzada y relativa modestia en un *hotelito* de aquella misma calle, finca de poquísimo valor, pero mediante la cual podía sin mentir afirmar que tenía casa propia; pagaba á plazos á costureras y modistas; y, según la gente de escalera abajo, los gastos de tocador y coche eran para ella más importantes que los del comedor y la cocina; se trataba con lo mejor de Madrid, no se la conocía amante y se llamaba Luisa.

De todas estas circunstancias, la única á que Juan dió importancia fué la referente á su virtud; el gran disgusto hubiera sido que fuese casada: la gran alegría consistió en saber que era honrada. Los veintiocho años le tenían sin cuidado, porque apenas representaba veinticuatro y estaba en plena hermosura. Los defectos de vanidad le parecían disculpables. Pues si una mujer joven y bonita no es algo vanidosa ¿quién va á serlo? Juan

pensó además que él la corregiría, y, en último caso, ¿qué necesidad tenía de corregirla si aquella vanidad era de esa inocente y trivial que sólo estriba en engalanarse para agradar?

Estos quebraderos de cabeza le preocupaban, cuando cierto día, paseando por las calles céntricas de Madrid, vió en la muestra de un fotográfo un retrato de Luisa: sin duda debió de hacérselo para un baile de disfraces en alguna fiesta aristocrática, porque estaba formando grupo con otra señora que sería su amiga; esta también muy guapa, y ambas vestidas según la moda francesa del primer imperio: peinado alto con diadema y plumas, zapatos y medias de seda, falda tan estrecha y ceñida que de cintura para abajo no quedaba en su persona línea que no se revelase, y el cuerpo tan corto y escotado que mostraba casi desnudos pecho y espalda. Aparte la elegancia y color de época, la verdad era que no parecían señoras, sino comiquillas de esas para quienes el teatro es tercero y la escena escaparate. El escote de Luisa era aún más descarado que el de la otra. Juan recibió con esto impresión muy triste: la hermosura de lo que su adorada enseñaba no indemnizaba del disgusto producido por su poco pudor. Subió con pretexto de retratarse, trabó conversación con un dependiente, y, mostrándose generoso, al principio con un cigarro y luego con veladas ofertas, consiguió de él, primero, la promesa de que procuraría con maña que su amo quitase del portal el doble retrato, y, segundo, que aquella misma semana le haría secretamente y le mandaría una prueba de la fotografía, pero con sólo la figura de Luisa, desvaneciendo y suprimiendo la de su amiga con el mayor cuidado.

Como dádivas quebrantan peñas, aquel hombre cumplió ambas promesas: á los ocho días la fotografía de las dos señoras escandalosamente escotadas había desaparecido de la muestra, y el conde tenía sobre su mesa de despacho una prueba primorosamente tirada en que la figura de Luisa estaba sola. Primero la puso sobre un mueblecillo de ébano; después la mudó de sitio varias veces, deseoso juntamente de tenerla al alcance de la mirada y de que no llamara la atención de quien allí entrase. Por fín la colocó á un extremo de la habitación, en una mesita de mosaico, detrás de un marco de plata que encerraba un esmalte italiano del Renacimiento.

Entre contemplar aquel retrato y estarse horas enteras en el cenador del jardín esperando que el original saliera de su casa ó volviera, se le pasaba el día, aunque no lograra verla más que un instante. Nunca intentó seguirla, como si temiese hacer un descubrimiento amargo; y aquel hombre, que había corrido media Europa, acostumbrado á ver y lograr mujeres de extraordinaria hermosura; él que á ninguna rindió más tributo que el de la generosidad; él, á quien ninguna quitó el sueño, vino á estar respecto de ésta en la más extraña situación de ánimo; porque unos días se suponía realmente enamorado y otros creía ser juguete de un capricho medio sensual, medio platónico, sin que pudiera arrancársela del pensamiento, pues cuando no andaba haciendo conjeturas sobre sus excelencias morales tenía ocupados torpemente los sentidos en la terca visión de sus encantos, y tan pronto imaginaba satisfacer en ellos lo menos espiritual de la pasión como presumía haber topado con la compañera para toda la vida, dulce y severa, comunicativa y discreta, inteligente y mimosa, sensual y púdica, la ideal, la soñada, la que, al par que lo calma, purifica y perpetúa el desordenado amor que inspira.

Por fín, con tales fantaseos dió en melancólico y tristón, apoderándose de él ese aburrimiento terrible que es consecuencia de no saber el hombre á punto fijo lo que quiere ni cómo lo desea.

J. O. PICÓN

(Concluirá en el próximo número)

ILUSTRACION
DE R. CASAS



I

Dos muchachos elegantes,
al *sport* aficionados,
ricos, feos, ignorantes,
y hasta desequilibrados,
con grato placer se dieron
á la amistad más completa
en la pista en que aprendieron
á montar la bicicleta.
Siempre entusiastas del *velo*,
con las máquinas rodaron
de cabeza por el suelo,
y ¡es claro! simpatizaron.
Y fué tanto su rodar,
y caerse haciendo el bú,
que llegaron á intimar
y á llamarse tú por tú.
Uno de ellos era flaco...
¡un cerrado parasol!
que detestaba el tabaco,
las mujeres y el alcohol.
Como un charlatan hablaba
dando pena al que le oía,
pues las *erres* desterraba
y en *eles* las convertía.
El otro, gordo y sencillo,
de igual manera que el flaco,
no fumaba ni un pitillo,
y odiaba á Venus y á Baco.
Eran dos que echaban pestes
contra el vicio en general.
¡Eran Pilades y Orestes
unidos por el pedal!
Cuando, tras mucho aprender,
pudieron los dos al fin,
sin peligro de caer,
sostenerse en el sillín,
á la calle se lanzaron
con espíritu valiente...
¡y todo lo atropellaron!
¡perros, carruajes y gente!
Siendo los dos detenidos,
á la prevención llevados,
y después de apercibidos,
debidamente multados.
Y cuantas veces salían
por las calles, es lo bueno
que otras tantas repetían
las hazañas del estreno.
Asi es que para evitar
cosas poco lisonjeras,
resolvieron pedalear,
en *tandem*, por las afueras.

II

Al hacer la exposición
olvidaba ¡voto á San!
que el ciclista gordinflon
tiene por nombre Cenón;
el otro se llama Juan.

III

Por fin les llegó el momento
en que montados los dos
salen llenos de contento
en paz y gracia de Dios.
Y con los ojos cerrados,
dando con fuerza al pedal,
se metieron disparados,
con torpeza sin igual,
que al mismo cielo clamaba,
de un *carri-cuba* en la popa
que los paseos regaba...
y les puso como sopa.
Al ver aquel chapuzón
imposible de evitar,
el irascible Cenón
no hacía más que gritar;
mientras Juanito decía
lleno de candor.—«¡Dios mío!
¡que fuélamos no sabía
dos plantas de legadío!
Cenón muestra buen talante
polque esto ha pasado ya,
y sigamos adelante,
el aile nos secalá.»
Vuelta al *tandem* con gran priesa,
hasta dar, á la ventura,
con un paso que atraviesa
varios campos de verdura,
donde están los aldeanos
que tiran á cosecheros
manejando con las manos
aromosos pebeteros.
Aquel ambiente letal
envuelve á los infelices
que, por miedo á hallarse mal,
aprisionan sus narices;
diciendo el bueno Cenon
en medio de su quebranto:
—«¡Ay, Juan de mi corazón,
esta es la peste de Otranto!
Si este riego mucho dura,
tendremos la gran chiripa
de salir de esta aventura
culottados como pipa.»

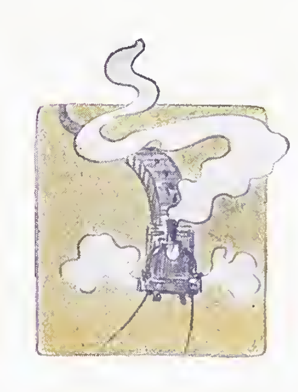


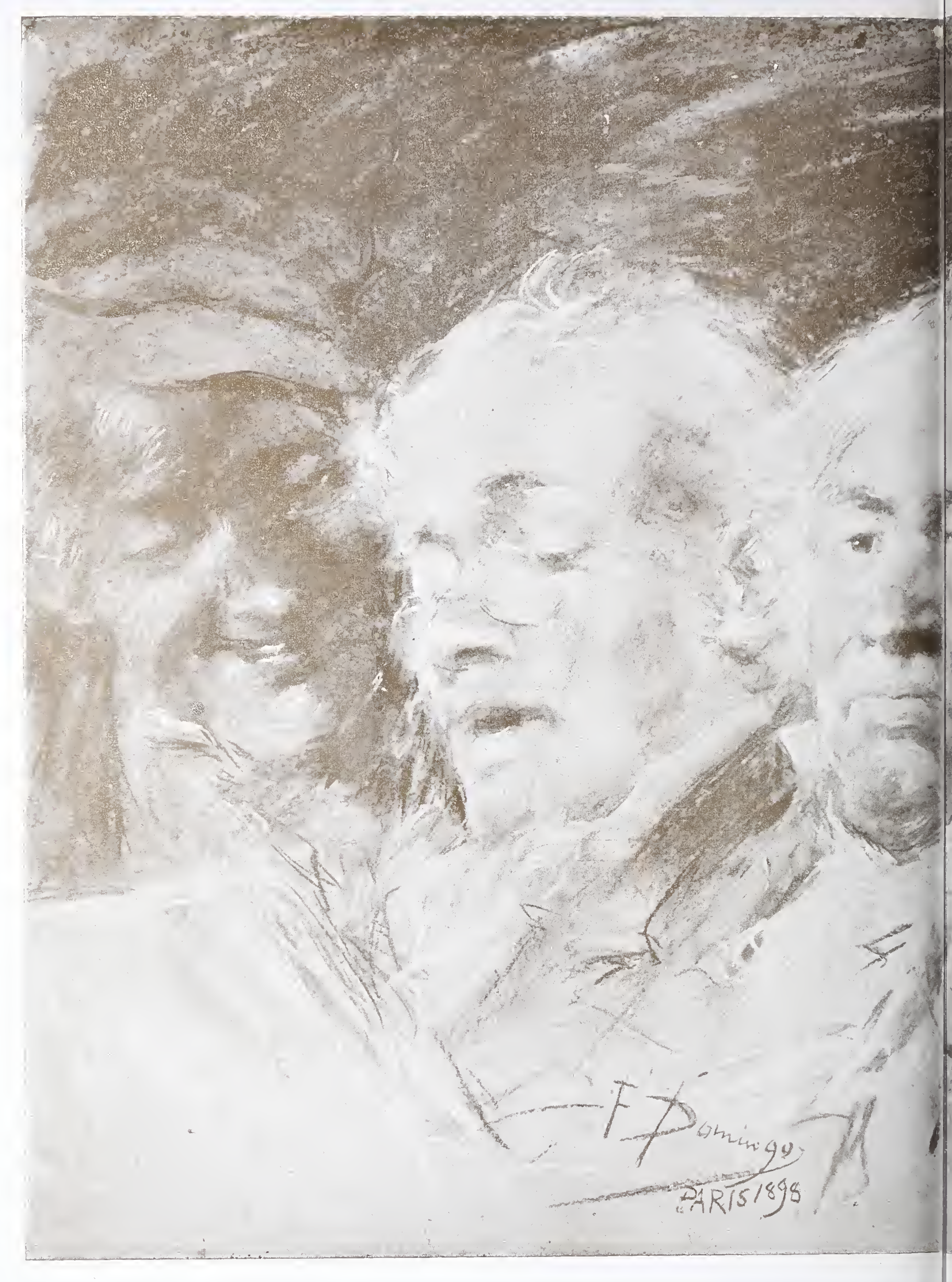




—«No me hables, dijo Juanito,
polque de cólela estallo.
Este aloma, te lepito,
es mejol no meneallo.
Huyamos sin más lecato,
quelidísimo Cenón.»
—«Yo he perdido ya el olfato.»
—«Y yo la lespilación.»
Y con brío, á la carrera,
por el olor empujados,
al tomar la carretera
se conceptuaron salvados.
Pero esos fueron sus yerros,
porque allí los aldeanos
les azuzaron los perros
de los pueblos comarcanos.
Y una lucha se empeñó
de aullidos y maldiciones
que prontamente tomó
colosales proporciones.
Siendo los dos desgraciados
en esta perruna guerra
mordidos y desmontados,
y revolcados por tierra.
Cuando los perros se fueron,
después de haberse ensañado,
y los ciclistas se vieron
ante el *tandem* destrozado,
murmuró Cenón con hiel:
—«Habrá que ejercer de potros.
Hemos venido sobre él;
volverá sobre nosotros.
Que por suerte ó por trabajo
dice una ley soberana
que lo que hoy está debajo
encima estará mañana.»
Y después de este compendio,
con la máquina cargaron,
y llenos de vilipendio
á la ciudad regresaron.

Daniel ORTIZ





SENADO DEL CORRAL DE LA PACHECA A PRINCIPIOS DEL SIGLO
COMPOSICION DE F. DOMINGO





IMPRESIONES DEL DESASTRE

SONETOS

I

En defensa de Don Quijote

Oigo, tiempo hace, al interés grosero
culpar de nuestra ruina y desventura
á aquella tu romántica locura,
¡oh! audaz y asendereado caballero.

Por ti desenvainamos el acero,
sin medir del contrario la estatura;
y por ti nos ceñimos la armadura
frente á la sinrazón y al desafuero.

No. ¡Voto á Dios! Ya es tal nuestra mudanza
que nadie habrá tan sandio que no note
donde la ruin superchería alcanza;

pues tras el yelmo y con tu empresa y mote,
hoy en parodia vil es Sancho Panza
quien empuña el lanzón de Don Quijote.

II

Derrumbamiento

Al ver, de pronto, el ideal sublime
de todo el siglo á nuestros pies deshecho,
mientras el diós de la barbarie, el hecho,
ciego y brutal, el universo oprime;

Cuando no hay ya quien su opinión estime
ni tenga en más la fama que el provecho,
cuando la fuerza triunfa del derecho,
y la razón amordazada gime;

Cuando al golpe que mata y envilece
no mana sangre, sino pus la herida
de esta España que España no parece,

ante la patria, sin luchar vencida,
en el semblante el deshonor escuece,
y da vergüenza conservar la vida.

ILUSTRACION
DE A. CLAPES
Y DE J. PASCO

III

Protesta

Descendencia de Eróstrato, insensata,
rrastrada al suicidio ciegamente
or el furor de un vértigo creciente
ue su senil degradación delata,

con la audaz negación que nada acata,
on la cínica burla disolvente,
on el sofisma, que corrompe y miente,
on el sarcasmo, que denigra y mata,

el edificio de la patria historia
ainando fuimos á la luz siniestra
e una infecunda Crítica irrisoria;

si hoy cae al golpe de enemiga diestra,
o atribuyais al vencedor tal gloria:
a catástrofe horrible es obra nuestra.

IV

El ambiente

¿ Quién no es culpable ? La corriente clara,
hora ya río desbordado y lleno,
e enturbió con el fango que en su seno
ada cual de nosotros arrojara;

y hoy mientras nos arrolla y nos separa,
n lugar de atajar su desenfreno,
ozamos en lanzarnos ese cieno
os unos á los otros á la cara.

Cuando rotos los vínculos humanos
odo se prostituye y se falsea,
el bien y la virtud son nombres vanos,

¡oh! corruptora sociedad atea,
con qué derecho acusa á los gusanos
a misma podredumbre que los crea ?

V

Noche en la conciencia

Astro del siglo, que á su vez declina,
también el sol de la razón se apaga,
y la desolación de esta hora aciaga
con su triste crepúsculo ilumina.

Nueva Babel, la cólera divina
las lenguas confundió; todo naufraga,
y el hombre, á tientas, y entre sombras vaga
por los escombros de la inmensa ruina.

No extrañéis, pues, que con la noche obscura
que sigilosa impunidad procura
los siniestros peligros se aproximen ;

no, no extrañéis si las maldades crecen,
que esas tinieblas la ocasión ofrecen,
y hermanos son la obscuridad y el crimen.

VI

Surge et ambula

Más que esa España que en despojos yace,
más que la ruina y que el desastre mismo,
aterra el silencioso cataclismo
de otra España moral que se deshace.

Ni una voz indignada que rechace
tamaña humillación, sólo egoísmo,
que aletargado al borde del abismo
sus instintos de bestia satisface.

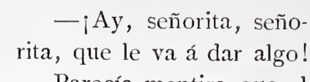
Crítico y angustioso es el momento;
despiértese al peligro la conciencia,
ya que no al salvador sacudimiento.

Que en la lucha á que Dios hoy nos sentencia
es una deserción el desaliento,
y una complicidad la indiferencia.

EMILIO FERRARI



EL ESTORBO



A eso de las nueve, mientras D. Tadeo Salazar comenzaba á dar rienda suelta á su grandilocuencia en el «Centro de la Derecha Dinástica» á propósito del «Régimen de las Colonias,» hubo una alarma repentina en su domicilio. El padre de Salazar, ex empleado de Fomento, había decaído mucho últimamente, y de dos meses á aquella parte mostraba claras señales de demencia. Amalia, la nuera, sobrellevaba con resignación y buen ánimo todas las incomodidades anejas á una situación tan penosa; mas aquella noche empezó á sobrecogerse: el buen señor se disparaba.

Pocos momentos después de haber entrado el anciano en su habitación para acostarse, se oyeron grandes gritos y la voz de Julián, el camarero, que llamaba á las muchachas. Entraron las doncellas seguidas de Amalia y vieron al enfermo sentado en el borde de la cama, á medio desnudar, dando aullidos, con las manos levantadas al cielo y el agujero negro de la boca rugiendo entre la barba blanca. La sombra del cuerpo y de los brazos se proyectaba en la pared, se alargaba hasta el techo con una elasticidad mareante, y D. Diego Salazar, con la calva ebúrnea, los ojos fosforescentes, el pelo revuelto y la actitud trágica, era la viva imagen del rey Lear.

—¡Por Dios, papá; no grite V. así! ¿Qué van á decir los vecinos?

—Señor, —decía Julián;— tome V. un sorbo de la medicina para que se le calmen los nervios.

—¿Qué le duele á usted?— preguntaban las chicas.

No le dolía nada, no se quejaba de nada: aquella era una vociferación automática, enteramente hueca, sin ideas ni palabras.

—Señorita: ¿voy por el médico?— insinuaba el camarero.

—Eso habrás de hacer. Pero no, no nos dejes solas: trae acá el cordial, á ver si logramos dárselo. Pero ¡papá, por Dios, no grite usted! Vaya, tómese un sorbito.

El loco cesó bruscamente de bramar y, con la mano, rechazó la pócima.

—¡Fuera, fuera, fuera! ¡La copa florentina! ¡Arsénicooo!

Y otra vez retemblaron las paredes con los gritos estentóreos: las vidrieras vibraban, se llenaba la casa del alboroto, Julián estaba azoradísimo y las mujeres indecisas y medrosas.

—¡Ay, señorita, señorita, que le va á dar algo!

Parecía mentira que el pobre señor tuviese tan colosales pulmones.

Súbitamente, la acción tomó un nuevo rumbo: á la vociferación siguió un intento de suicidio: con las flacas manos crispadas, el viejo se atenazaba el cuello entre los mechones de la barba, y en voz baja y sorda repetía incesantemente:

—¡Quiero morir! ¡Quiero moriiir!...

Julián le separó las manos de la garganta á viva fuerza, pero al punto volvió á agarrarse.

—¡Que se mata! ¡Que se mata!— chillaba una doncella.

Pero no: á poco el insensato dió un gran bostezo y, juntando las manos entre las rodillas, quedóse en una actitud de honda pena: los ojos mortecinos, las facciones lacias, el cuerpo encorvado, la cabeza pendiente.

Respiraron con desahogo las tres mujeres, y Julián, cariñosamente, rogó al enfermo que se acostara. Lo arroparon bien, y á los diez minutos dormía como un bendito.

No bien repuesta del susto, Amalia decidió aguardar á su marido, aunque volviese tarde, para contarle lo que había pasado, y entró en el despacho del distinguido hombre público, donde la chimenea estaba siempre encendida. Tenía una predilección especial por aquel templo ó tabernáculo de la sabiduría de su esposo, adornado con retratos de todos los ambiciosos célebres, vestido de libros seriotes y compactos.—¡Cuánto talento se necesita—pensaba ella— para saberse todo eso!

Menos de tres años antes Amalia era todavía soltera. El elocuente letrado tuvo el acierto de mezclar lo útil con lo agradable, y, muy ceremonioso, elevó hasta las alturas de su tálamo á una rica heredera, mucho más joven que él, bonita y de un carácter jovial y expansivo. Como hombre superior, no estimó en desdoro de su fresca consorte las formas algo macizas del cuerpo, la demasiada rubicundez del cutis, la penuria de conocimientos clásicos ni el robusto apetito que alimentaba su lozanía, aunque esto último fué siempre materia de asombro para Salazar, que desde muy joven padecía de dispepsia.

Amalia, á pesar del cariño y del respeto que profesaba á su marido, no acababa de aclimatarse en el jardín retórico del abogado: sentía por instinto la inutilidad de su

retozona juventud entre un hombre hecho que dedicaba todos los minutos del día á trascendentales ocupaciones, que hablaba como un libro y se acostaba con guantes, y un suegro ido y machacón con el que tenía deberes filiales que cumplir y de quien ninguna caricia podía esperar en retorno. El pobre señor se había convertido por su enfermedad en una molestia constante: si le daba por no comer, Amalia tenía que discurrir para instarle y disuadirle de su empeño, temerosa de que por falta de alimento se pusiese peor: era menester ponerle la cuchara en la boca, repetir la intentona al poco rato si se enfadaba, cuidar de que se cumpliesen las prescripciones de los facultativos, variar de condimentos, sacarlo á paseo, rezar horas enteras. Si no dormía, Amalia le había de dar conversación, muerta de sueño, porque ella sentía imperiosamente las comunes necesidades del organismo. Otras veces se ponía majadero, lloraba sin lágrimas toda una tarde y oprimía el corazón ver tan afligido al buen hombre y no saber cómo consolarle. Si le daba por hablar y referir historias fiambres era un sufrir, porque perdía el hilo, no daba con las expresiones, y Amalia se las había de adivinar, y presto, si no quería que se enojase. Por la mañana, muy temprano, ya estaba dispierto (los locos son muy madrugadores), y en cuanto abría los ojos se lamentaba acerbamente de su abandono y Amalia tenía que echarse un peinador y correr al lado del enfermo. Durante las primeras semanas la nuera hizo todo esto con gusto: más adelante lo tomó con resignación: ahora ya le faltaba la paciencia, y la escenita de aquella noche le había descubierto una perspectiva algo semejante á una cuesta muy empinada.



La señora de Salazar se decía, allá en lo íntimo de su alma, que dentro del hogar del hombre parlamentario faltaba una compensación al tedio de la mujer amante pospuesta á los grandes intereses de la patria y ocupada en menesteres de enfermería: la dulce y suficiente compensación tomaba en su deseo la forma de un niño panzudito, tragón, sonrosado, en quien demostrar los grandes alientos que tenía para nodriza. Pero no le cabría tanta suerte.

Antes de media noche, D. Tadeo entró en el despacho. Dejó el abrigo sobre una silla y perfiló el cuerpo enlevitado y recto. Era de alta estatura, enjuto de estómago, con hermosa frente reflexiva, nariz aguileña y barba negra. No traía la palidez solemne y el gesto tribunicio con que se presentó en el Centro, cuando todavía llevaba entre el pecho y la espalda el substancioso discurso: se había desahogado ya, los nervios no le tiraban, y el rocíon de aplausos y felicitaciones, como una aspersión benéfica, le había dejado frescura en el cerebro, suavidad en el corazón y color en las mejillas.

— Amalia, hija mía: ¡tan tarde y aun estás aquí!

Ella refirió menudamente el susto que les había dado el pobre papá y cómo, á su parecer, podía ocurrir una atrocidad si aquello se repetía.

— Por el tono y por la timidez con que te expresas—replicó Salazar — conjeturo que no das á la noticia los vuelos que necesita la aprensión en que estás. ¿Es que te cansa la enfermedad de mi padre?

— Cansarme no, pero he oído decir á los médicos que quizá sería bueno para él variar de... vamos, algo así como una casa de campo.

—Comprendo: un manicomio. Nunca seré tan ingrato, Amalia. Á sus desvelos y sacrificios debo todo lo que soy, y el corazón me sangra al pensar que mi padre pueda hallarse entre gente mercenaria, lejos de nuestro hogar, deshaciéndose día tras día en el olvido, como un trasto que ya no sirve.

— Sí, tienes razón.

— Claro que la tengo: no se echa de casa á un demente inofensivo que á nadie molesta y que apenas da que hacer.

—¡Pobre papá! Hasta ahora no se había alborotado; pero mira, Tadeo: aunque yo lo hago con mucho gusto, la verdad, sí que da que hacer: tú no lo sabes porque no estás nunca en casa.

Salazar reprimió un movimiento de enojo.

—Justa es tu insinuación,—replicó con calma;—procederé en lo sucesivo de otra manera... para que no te aburras tanto.

— Tadeo, no te molestes: no he querido decir eso.

— Anda, vámonos á acostar.



Desde el día siguiente, el jurisconsulto aplazó todos los asuntos que no eran de urgencia y, á la hora de comer, Amalia y él se reunían en el cuarto de D. Diego para dar cima á la engorrosa tarea de alimentarle, pues no quería

tomar nada de manos de los criados. Junto al balcón, en su poltrona de gutapercha, con las rodillas envueltas en una manta y el casquete desnivelado, el padre de D. Tadeo balanceaba su testa druídica encima de un plato de sopa, con la mirada opaca, la faz inmóvil y el pulso temblón.

— Que se enfría, papá,— avisaba Amalia.

— ¿ Era Gonzalito ? — preguntaba el viejo.

— ¿ Quién ?

— El de la pagaduría. ¡Vaya, vaya! Había ido para cura, cuando la... cuando el... Dilo tú.

— Cuando la *jamancia,*— saltaba prestamente Salazar.

— Eso es. ¡Qué Gonzalito!

— Ánimo, papá: adentro con la revalenta.

Cuando la cuchara había recorrido la mitad del trayecto desde el plato á la boca, entraba precisamente Julián con el recado de que el señor Marqués de Urce quería hablar dos palabras por teléfono con el señorito. Salazar se levantaba nervioso, y el demente volvía al plato la cuchara y se echaba á llorar como un niño.

— No, si no me voy, papá. Adentro con la revalenta.

— Ya está casi fría, — observaba Amalia.

Y el distinguido hombre público, reprimiéndose, íbase á ver qué tripa se le había roto al señor Marqués de Urce: los políticos no saben lo esclavos que son hasta que necesitan disponer de su persona.

Los primeros ocho días aguantó D. Tadeo filosóficamente, por un esfuerzo de voluntad, aquel proceso doméstico de menudencias que bruscamente le hacían descender desde la cima de sus altas ideas hasta la pobre realidad que encarnaba D. Diego en su estado de chochez y desvarío; mas la lucha de ambiciones, de la cual estaba apartado momentáneamente, le mandaba por cien conductos su eco apasionado: costábale ya trabajo contener el ansia de mezclarse en la pelea, y la nostalgia del aplauso teníale nervioso y cejijunto.

Se buscaron enfermeros: se tomaron los mejores entre la multitud de hambrientos que solicitaban la plaza, hombres de corazón amargo que se agarraban á la colocación con tristeza; los humillados, los desposeídos, los incolocables. Uno tras otro era preciso despedirles, cada uno por un motivo diferente, y de ninguno de ellos recibió en tanto el anciano la atención afectuosa que necesitaba.

Salazar hizo un esfuerzo desesperado. ¿ Era realmente posible que la ciencia no tuviese medios de aliviar á su padre ? Y dió comienzo el rápido desfile de médicos: las notabilidades campanudas y las medianías discretas; vino la fiebre de consultas, y el mareo de tanta opinión ambigua envuelta en terminachos, y los planes curativos tan pronto puestos en planta como abandonados por ilusorios. Y entre tanto doctor (¡qué lástima!) ninguno había que supiese la píldora maravillosa que convierte á un anciano degenerado en un ser nuevo y razonable.

Á mediados de invierno era ya visible el desaliento del prohombre. En la casa todo respiraba mal humor y cansancio. En las comidas silenciosas, D. Tadeo, más inapetente, agravado en su dispepsia, se fijaba en Amalia, que iba perdiendo los colores. Una opresión lenta, irremediable, se hacía sentir á todas horas; y cuando, por la tarde, Salazar ó ella sacaban á paseo al inválido, una porción del mismo ambiente se metía con ellos en el coche.

De esta suerte transcurrieron los meses fríos, los tristes y lluviosos, largos y uniformes. El demente exigía mucha asiduidad, porque estaba lleno de aprensiones: sentía en el estómago bichos, pajarracos, personas, y preguntaba sin cesar en qué pararía todo aquello. Una y mil veces era menester repetirle que no hiciese caso, que era cosa del momento, figuraciones de escrupuloso.

Luchaba Salazar contra la displicencia engendrada por la continuación implacable de aquellas insignificantes



molestias, esforzábase en robustecer su voluntad; pero conocía que el tejido de la vida se le iba escapando así estérilmente, hilo por hilo. Para poder atender á los más precisos asuntos sin echar sobre Amalia toda la carga doméstica, robaba al descanso las horas de la noche, y, cuando más enfrascado estaba en sus lucubraciones y más distante de la prosa, surgía de pronto el zipizape de los aullidos:

— ¡Arsénicooo! ¡Arsénicooo!...

Los nervios del grande hombre no podían soportar tanto.

En Abril, los partidos se aprestaban á reventarse en los comicios: vino escuetamente la noticia, el choque eléctrico que desbarató de golpe la entereza del jurisconsulto. Gardúñez, el desvergonzado Gardúñez, lucharía con Salazar en el mismo distrito. Ya podía D. Tadeo aguzar la lengua, sacudir toda traba, multiplicarse, dejarse de historias, si no quería que el enemigo implacable cuyo solo nombre le encendía en ira, aprovechase aquella ocasión para derrotarle.

Amalia conoció el estrago que la noticia había causado en su marido y presintió algo terrible que se cernía en el aire.

La víspera de la cosa, el hombre superior comunicó á su consorte lo que había resuelto. Amalia no pudo pegar los ojos en casi toda la noche, y un momento que se quedó traspuesta le pareció hallarse en un valle muy hondo, dantesco, donde todos los árboles tenían rostro humano y todos los rostros barbas blanquísimas, y que las ramas eran brazos desnudos y que de las bocas negras salían gritos desesperados:

— ¡Quiero morir! ¡Quiero moriiiir!...

Amaneció por fin. Nada parecía haber cambiado. D. Diego tomó su desayuno en la cama con muchas alusiones al célebre Gonzalito, el de la *jamancia*. Julián lavó y aseó al señor. D. Tadeo, muy pálido y cerrado, atendió á los pormenores del traje y, por su mano, le anudó el lazo de la chalina. Después Amalia abrazó silenciosa al pobre abuelo y fué á ponerse detrás de los cristales con el corazón desasosegado. Abajo, en la calle, esperaba un cupé, y dentro del cupé venía un caballero, pero no se le veían más que las piernas.

¡Oh! ¡Qué pena daba, qué lástima, ver al viejo arrastrando los pies, encorvado, del brazo de su hijo, yéndose á acabar la vida á donde no hubiera hogar que entristecer! ¡Qué medrosa quietud dejaba en la casa! Cuando el cupé hubo doblado la esquina, Amalia se volvió atontada hacia la butaca de gutapercha.

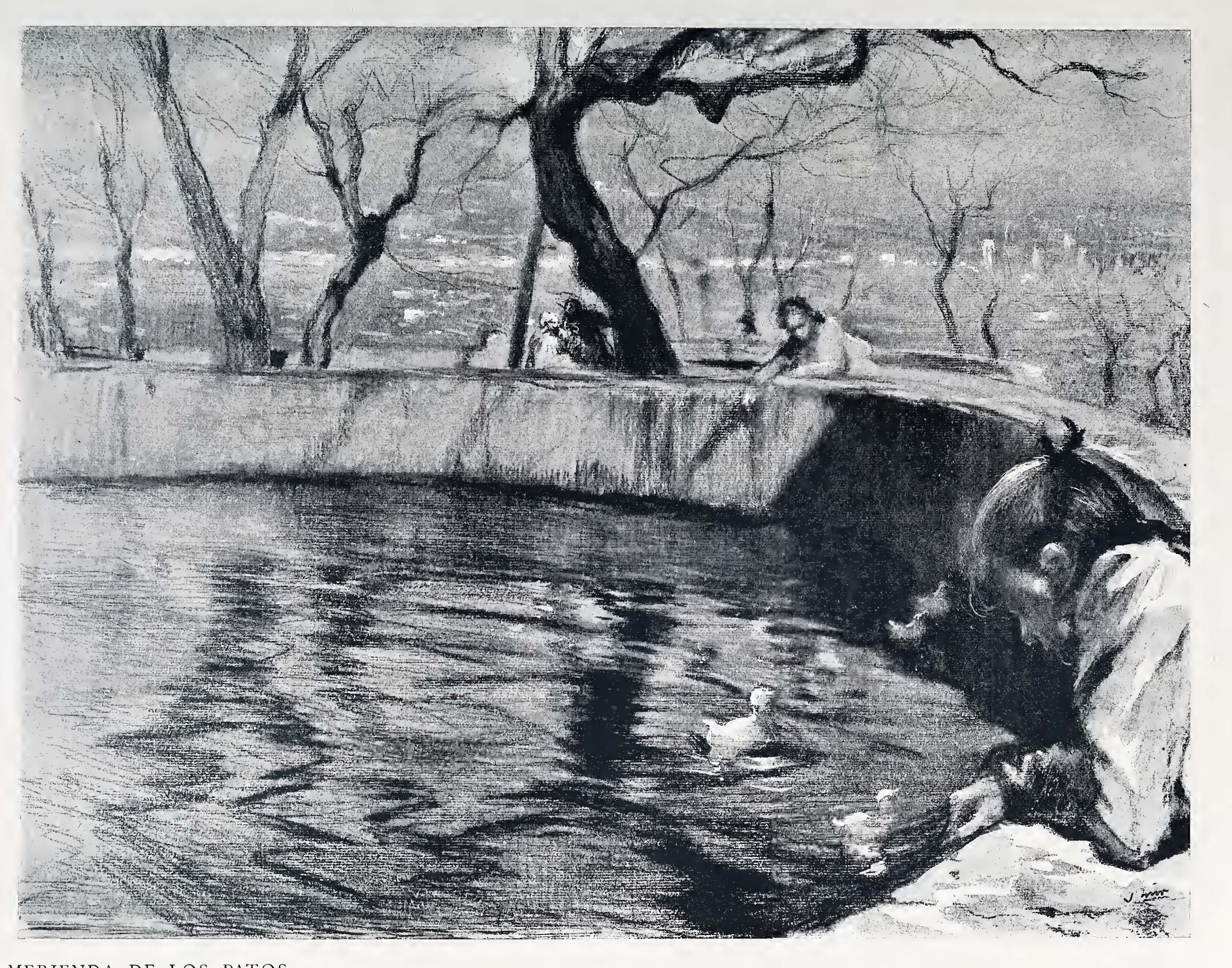
— Ya no se sentará más... nunca más...

Manuel LASSALA

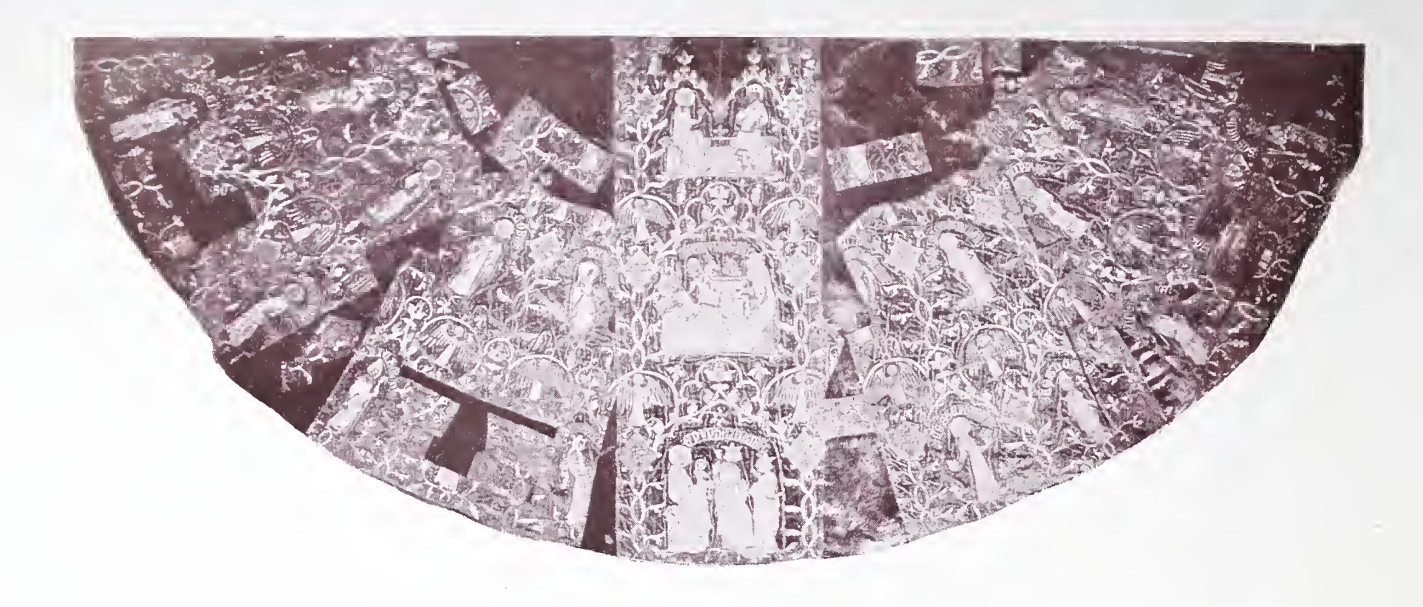




FAUNA FLAMENCA
COMPOSICION DE R. CANALS



LA MERIENDA DE LOS PATOS
COMPOSICION DE J. MIR



CAPA PLUVIAL

del Obispo Bellera en el Museo Episcopal de Vich

Es la capa que reproducimos en este número una admirable joya del arte del bordador en el matizado de seda y oro. Su riqueza la adivinarán, quienes no la hubiesen visto, con el solo examen del conjunto de dicho ornamento eclesiástico y de los dos fragmentos que damos separadamente. Sobre fondo de rico tejido resplandecen los pasos sacados de la vida de Jesucristo Señor Nuestro y las imágenes de los Príncipes, Apóstoles, Mártires y Vírgenes de su Iglesia, hábilmente combinados todos y enlazados con soberbias representaciones de las milicias angélicas. En todo hay una severidad que se impone al ánimo; en todo reina un arte purísimo, el arte que á tan prodigiosa altura llevaron los maestros de los siglos XIV y XV en todos los órdenes.

En Junio de 1377 murió el Obispo Raimundo de Bellera, de quien se sabe por un necrologio que guarda el Museo Episcopal de Vich, propiedad del Cabildo Catedral, que había donado á la Iglesia Vicense *dues pulcres capelles unam de velluto vermilio et altram de diaspra nigro cum pulcherrimis frisaturis,* ó dígase «dos hermosas capas, una de terciopelo encarnado y otra de diaspra — nombre de un tejido medioeval — negro con hermosísimas bordaduras». La capa de terciopelo encarnado á que se refiere el necrologio es la misma de que hablamos en estos párrafos. Parece que en 1368 no había hecho aún el Obispo Bellera donación de aquel soberbio ejemplar del arte textil, pues no se le cita en un inventario del referido año. Entraría á formar parte de las joyas de la Catedral Vicense entre el año 1368 y el de 1377 en que murió el Obispo donador. En un inventario del siglo XV se menciona entre las preciosidades de la Catedral: *Item una capa gran e bella de velut vermell tota obrada d'aur ab imatges, folrada de taffeta verd la qual fo de Mossen Ramon de Bellera apellada capa bisbal;* y en otro inventario de principios del siglo XVII se añaden estos pormenores: *Item altra capa dita la gascona la qual es de vellut carmesí tota brodada de fullatges y ab algunes Imatges de Sancts y Angels entre dits fullatges ab son fres ab sinch Imatges á cada part ab la capella molt xica ab dos Angels al entorn ab uns incensers al peu.*



Esta magnífica obra de imaginería cristiana y de bordura fué hecha pedazos á mediados del siglo XVII con el intento de hacer con ellos, según se realizó, un paño de atril, un cubremisal y dos dalmáticas pequeñas para los acólitos, añadiéndoles paramentos verdes y aplicaciones sacadas de otros ornamentos litúrgicos; con todo lo cual se hacía difícil poder deducir el primer destino de la fastuosa prenda confeccionada con tales fragmentos. Personas peritas en la historia de los ornamentos cristianos lo adivinaron empero, hallándose la confirmación de sus suposiciones en los textos de los inventarios mencionados. Adquirida esta convicción, era asunto de intentar la manera de llevar á feliz término la restauración de la capa del Obispo Bellera. En todo esto intervino y lo llevó á feliz



realización, con una paciencia de benedictino y con una inteligencia de arqueólogo consumado y de artista, el joven sacerdote Rdo. D. José Gudiol y Cunill, Pbro., adscrito al Museo por acertadísima disposición del Excmo. é Ilustrísimo Dr. D. José Morgades y Gili, que hoy tan sabiamente gobierna la diócesis de Vich. Cuanto dijéramos en elogio del Rdo. Gudiol sería poco: lo comprenderán nuestros lectores con sólo contemplar los grabados de la capa; se convencerán plenamente de ello cuantos visitaren el Museo Episcopal Vicense, emporio del arte cristiano debido á la ilustración, al buen gusto y al celo nunca bastantemente ponderados del Ilmo. Morgades. Al reverendo Gudiol, solícito siempre en procurar el enaltecimiento é incansable en favorecer á cuantos acuden á él, debemos igualmente las interesantes notas que constituyen lo más sustancioso de estas líneas.

Entre los asuntos que más descuellan en la capa del Obispo Bellera ocupan lugar privilegiado *La Epifanía, El nacimiento de Jesús* y *Jesucristo después de haber coronado á su Santísima Madre*; donde brillan por modo admirable la sencillez más encantadora y á la vez la mayor grandiosidad. Son obras típicas de la imaginería medioeval, que se completa con el ornamento litúrgico (materia de estos párrafos), con las diversas imágenes de Santos y Santas que en él aparecen asimismo, todas severamente concebidas, y con los ángeles y arcángeles, príncipes de las milicias celestiales. El dibujo de éstos, la disposición de la imaginería en la capa, y la misma índole del bordado, ha sido causa de que arqueólogos reputados (entre ellos el arquitecto Mr. Luis de Farcy, de Angers, gran conocedor de cuanto se refiere á la historia del bordado) hayan puesto la capa del Obispo Bellera entre las llamadas *Capas inglesas* ó *de opus gallicum* al lado de la capa llamada *de Sión*, en el Museo de South Remington, y de la que existe en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, de idéntico carácter. Confirma esta opinión, digna del mayor respeto, el que se la designe por *capa gascona* en el inventario hecho en los principios del siglo XVII y el que sean ingleses muchos de los Santos bordados en ella. Es muy cierto, además, que las figuras de ángeles esparcidas en la capa, y bordadas en oro, plata y seda, traen enseguida á la imaginación las imágenes de igual categoría que se ven en las capas de los Museos de South Remington y Arqueológico Nacional, admitidas ambas como productos de *opus anglicum*. Entre los Santos y Santas se encuentran San Eduardo, San Clemente, Santa María Magdalena, San Nicolás, Santa Margarita, Santa Catalina, San Tomás de Cantorbery, Santa Águeda, San Albano, San Edmundo, San Mateo y otros santos apóstoles. La restitución á su pristino estado, en lo posible, de la capa del Ilmo. Bellera, que extendida mide 3'20 metros, es, por lo tanto, una obra digna del más caluroso elogio y que no hubiera podido acometerse sin el decidido apoyo del Obispo Dr. Morgades y la permisión del Cabildo Catedral, que dió, al otorgarla, prueba evidente de amor al arte cristiano y á las glorias de la Religión Católica.

F. MIQUEL Y BADÍA



En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Théófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faença, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geográfo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reune excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.— Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística,* EDUARDO de ADARO.—Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

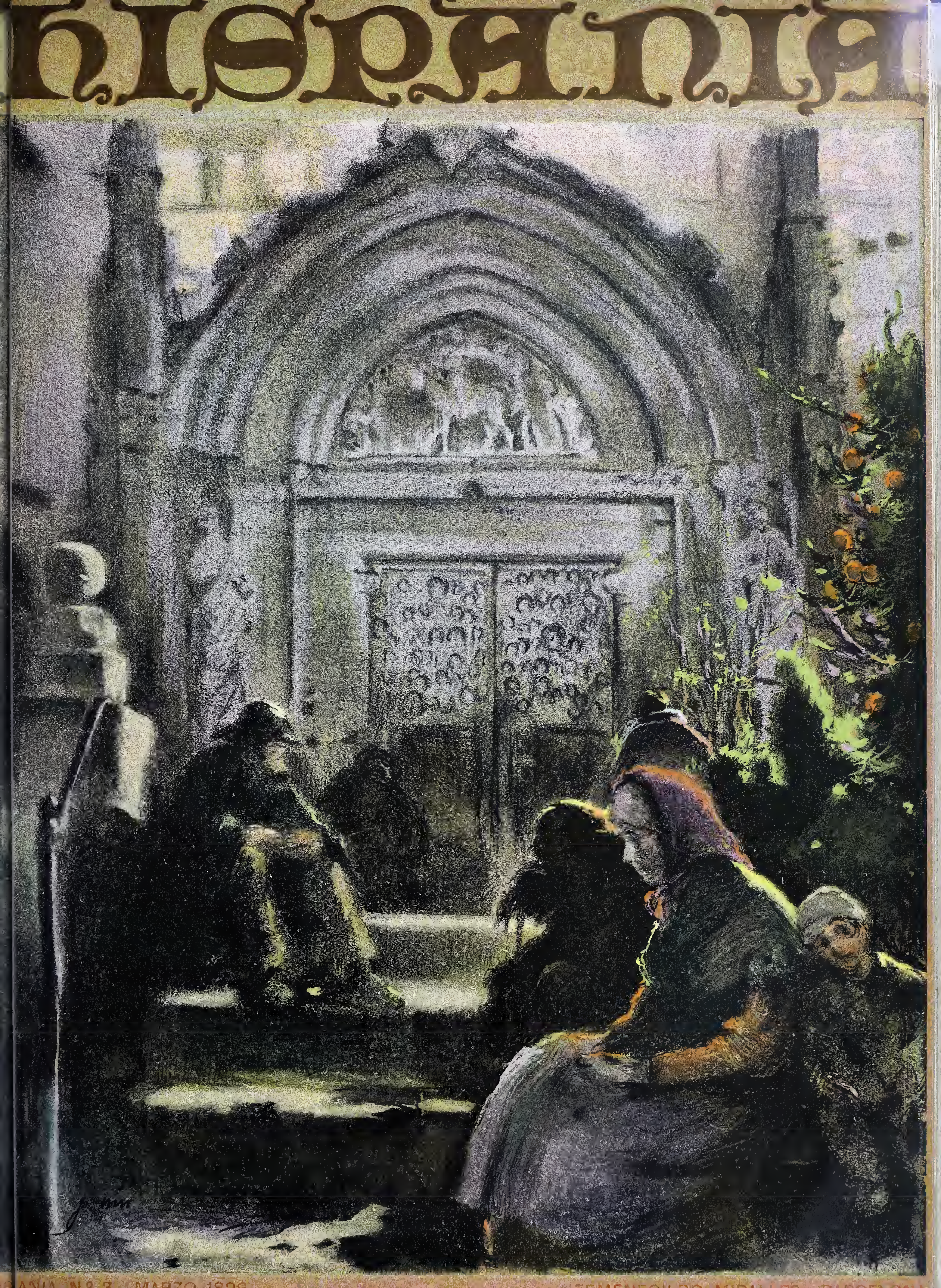
Madrid 10 de Diciembre de 1898

El Secretario General,
(Rubricado)
Luis M.ª Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*



Papel de los Sucesores de Torras hermanos


ATLAS GEOGRÁFICO
SEGUNDA EDICIÓN
aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.
Mapa de Cuba, doble tamaño
Mapa de Puerto Rico y de la Bahia de Manila
Completo y encuadernado, 12 PESETAS
LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES
Hermenegildo Miralles, Editor
59, Calle de Bailén, 70
·BARCELONA·


HISPANIA



REVISTA MENSUAL LITERARIA Y ARTÍSTICA

Director - propietario:
HERMENEGILDO MIRALLES

Director literario:
EZEQUIEL BOIXET

Director artístico:
FRANCISCO MIQUEL y BADÍA

SUMARIO

LA NOVELA DE UNA NOCHE . . . . . . por J. O. Picón; ilustración de Vazquez y Mas y Fondevila
MATER DOLOROSA . . . . por M. Morera y Galicia; ilustración de A. Clapés
EL GUADARRAMA . . . . por Rodrigo Soriano; ilustración de J. Morera y Galicia
Excmo. Sr. D. MANUEL DURAN Y BAS . . . por Ramón Casas
CITA DE CAZA . . . . por F. Domingo

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ORILLAS DEL TER . . . . por J. Pahissa
MERCADO DE PALMAS EN BARCELONA . . . . por Mas y Fondevila

LA NOVELA DE UNA NOCHE

II

Noche crudísima de invierno. El viento gime entre los hilos del telégrafo, azota con furia los árboles y arranca de los tejados los cañones de las chimeneas. La nevada es espantosa. El piso va blanqueando rápidamente á pesar de la violencia del viento. Las puertas de las casas están cerradas, y apagada la mitad de los faroles del alumbrado público. No se ve un sereno ni un agente de policía, ni se escucha rumor de pisadas: sólo interrumpen el silencio á intervalos desiguales los horrendos bramidos del vendaval: parece haberse desencadenado sobre Madrid un ciclón terrible.

Juan está solo en su despacho, aquel cuarto que adornó con tantos objetos de arte y maravillas de las industrias antiguas. En la chimenea, guarnecida de unos morillos góticos de hierro formados por enormes sierpes y hojarasca de cardos retorcidos, arden tres ó cuatro trozos de leña cuyas llamas se reflejan en las armas bruñidas, en los cristales de los cuadros y en los vidriados de las vasijas orientales. Juan, sentado junto á la chimenea, delante de una mesita, se ocupa en ordenar varias aguas fuertes, alumbrado por la luz de una lamparita que, arrojando la claridad sobre el tablero, deja en medrosa penumbra el resto de la estancia. El viento parece quejarse dolorosamente en los resquicios del maderamen de los balcones, y en el cañón de la chimenea lanza pavorosos rugidos, como si allí hubiera un monstruo prisionero. La nevada sigue con tal fuerza que desde dentro de la habitación se oye el chasquido que producen las masas de copos al estrellarse contra los cristales.

. . . .

De repente suenan, casi juntos, varios ruidos y voces que forman breve y horroroso estrépito: galopar desenfrenado de bestias que hieren desigualmente el suelo, gritos de hombre, alaridos de mujer... enseguida el roce de algo grande y hueco que parece arrastrado, vidrieras que se hacen añicos, patear de bestias que cocean contra tablas y crujir de maderas que se astillan. Luego todo calla de repente, menos la mujer, que entre chillidos largos, guturales y agudos grita en el colmo del espanto:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

El Conde se abalanza á la ventana, la abre, y, á favor de la claridad escasa que parece resbalar sobre la nieve, ve una berlina medio volcada, dos caballos pataleando, un hombre esforzándose por contenerlos, desde el pescante, y otro pugnando por sacar del coche á una señora que va dentro. Entonces, como la ventana es muy baja, Juan salta al jardinillo, abre la verja que lo separa de la calle y se acerca al grupo. De los dos faroles del coche, uno está apagado; la luz del otro, cayendo sobre el rostro de la dama, gracias á un movimiento de ella, lo ilumina de lleno. Es Luisa. Asombro de Juan, que, con ayuda del lacayo y después de algunos empujones para mover la berlina, consigue sacar á su ídolo sin más daño que un ligero arañazo en una mano, hecho con un vidrio roto. Enseguida, sujetándola por el talle, pues de puro emocionada no puede sostenerse, la entra al jardinillo.

—Señora, no se ha hecho usted nada... está usted en salvo.

Ella, estremecida de terror y de frío, se deja llevar casi en vilo por el lacayo y por Juan. Éste la suelta un momento y, temeroso de que sus criados tarden, en vez de llamar, salta de nuevo la ventana para abrir desde dentro.

Entretanto la dama pregunta al lacayo:

—Pero ¿cómo entro yo aquí? ¿Qué casa es esta?

—Este es el amo,—responde el lacayo;— es este mismo; no sé cómo se llama, pero sé que es el amo: y, como el carruaje está roto y no podemos seguir, la señora no tiene más remedio que entrar; porque ya comprende la señora que no se ha de quedar en la calle... Nosotros iremos á casa y vendremos por la señora con el otro coche...

Juan, seguido ya de un criado, abre la puerta diciendo:

—Aquí podrá V. reponerse del susto y esperar. Es imposible que continúe V.; el carruaje está roto... el huracán es terrible.

Como dándole razón, el viento arrecia y la nieve cae á puñados. Ella se vuelve al lacayo y le dice:



— Bueno... pues levantad esos pobres animales y volved por mí en cuanto podáis: esto no puede durar.

La dama y el caballero entran en el cuarto de éste. Juan toca, al pasar, una llave de la luz eléctrica, y la estancia queda inundada de intensa claridad. Luisa intenta dejarse caer en la primer butaca que encuentra; pero él, sin soltarla del brazo, la lleva hasta el centro. Ella, al sentir la grata tibieza de la atmósfera, se quita el largo abrigo de raso verde mirto forrado de pieles blancas con que viene cubierta, y aparece elegantísimamente vestida, aunque toda arrugada y con algún que otro desgarrón. Traje amarillo, muy claro, de gasa, adornado con racimos de flores y hojas de acacia; nada de alhajas; maravillosamente peinada á grandes ondas; el escote, aunque de forma moderna, tan abierto como en el famoso retrato. Juan acerca una butaca á la chimenea y hace ademán de ofrecérsela á Luisa. Esta, tiritando todavía y temblorosa del susto, se sienta: Juan permanece de pie á su lado, y entablan el diálogo siguiente:

Ella.— ¡Aun me tiemblan las carnes! ¡Creí que era el último instante de mi vida!

Él.—Ya pasó. Afortunadamente V. no se ha hecho nada. El coche es el que ha quedado mal parado.

Ella.—Eso es lo de menos. Lo que á mí me azora es esto... este modo de meterme aquí, de causarle tanta molestia, á estas horas... su familia... Por Dios que no se despierte á nadie... Pronto vendrán á buscarme.

El.—Señora, vivo solo; y, aparte el susto sufrido... yo doy gracias á Dios...

Ella.— No sé cómo no me he matado... Venian muy de prisa, y de pronto han echado á correr, locos... No habia modo de parar, y de repente choca el coche contra el farol, vuelca... (yo creo que ha debido venir arrastrando más de cuarenta pasos)... y esos pobres... ¡Jesús, qué miedo!

Suena un golpe en la puerta y aparece el criado de Juan diciendo:

— Señora: los muchachos no se han hecho nada y los caballos muy poco, unas rozaduras. Ya se los llevan paso á paso. El coche hay que dejarlo ahí. Dice el cochero que en cuanto calme el tiempo, que está peor que antes, vendrá por la señora con el otro coche, con la victoria; pero que, como es abierto, teme que la señora tenga frio.

Ella *(riendo)*.—Nada... voy á tener que quedarme.

El.—Ya lo ve V., señora: no hay remedio. Pero veo que está V. todavia nerviosa... ¿Quiere V. tila, te?... ¿Desea V. descansar? No puedo ofrecerla más que mi propio dormitorio, un cuarto de hombre solo.

Ella.— Nada, nada más que estar aquí al calor de la lumbre. Esperaré lo que sea preciso. Lo que siento es molestar. Hoy se queda V. sin dormir.

El.—Señora, la situación haria ofensiva toda galanteria excesiva; pero... V. no puede molestar. La noche ha sido cruel con todo el mundo, y á mí me trata como á un hijo mimado.

Ella *(comenzando á sentir calor y retirando hacia atras la butaca, al mismo tiempo que pasea la mirada por el cuarto, lleno de preciosidades artísticas)*.—¡Jesús bendito! ¡Cuánta cosa aquí!... ¡Si parece esto un almacén de antigüedades!

El *(sorprendido ante la simpleza que acaba de oir y procurando disimular el mal efecto que le produce aquella muestra de poco tacto y de ignorancia)*.—Me gusta todo lo antiguo... cuando es mejor ó tiene más carácter que lo moderno.

Ella.—Es que los hombres son ustedes muy raros: no les gustan á ustedes las mujeres de medio siglo y buscan muebles y cacharros de quinientos años. ¡Si esto debe de valer un dineral!

El.—Algo: en mis viajes he comprado bastante, y, además, anejo á la casa y titulo de mis padres habia también mucho de lo que V. ve.

Ella *(cogiendo al vuelo lo del título)*.—¡Ah! ¡Vamos! Usted es el Conde de Plateruela. Ha venido usted á Madrid para un pleito... y no se trata V. con nadie. He oido hablar de V. á mucha gente. Todo el mundo se sorprende de que haga V. vida tan retirada.

El.—Es verdad: no voy á ninguna parte. ¡Es tan difícil reanudar relaciones al cabo de cierto tiempo! Casi no me he tratado, desde que llegué, más que con anticuarios y prenderos.

Luisa permanece callada unos instantes, sin saber dar el giro que quiere á la conversación. Luego, levantándose como cansada del asiento, se acerca á la pared, mira un cuadro y pregunta:

Ella.—Y ¿qué representa esto?

El.—Lucrecia.

Ella.—Pues en la ópera no salen así: estos trajes parecen los que sacan en *Polliuto.*

El.—Es que esta Lucrecia es la antigua: la de la ópera es del siglo quince.

Ella.—Lo mismo da. Tiene V. muchos cuadros. Y ¡cuántas mujeres desnudas!

El.— Pero no verá V. una sola que sea... así, vamos, indecorosa.

Ella. — ¡Qué afición tienen ustedes todos los hombres á esto!

El.— Como que el desnudo de mujer es la expresión suprema de la belleza....

Ella.— Sí: con eso de que es arte llenan ustedes las casas de... (En este momento se le cae el pañuelo de encaje que llevaba en la mano, y ambos se inclinan para cogerlo. Á ella, por el movimiento que



hace al bajarse, se le sube mucho el pecho. El lo nota, Luisa adivina la mirada de Juan, y, sin embargo, ni se sonroja ni se turba, haciéndole experimentar una impresión doble y contraria: lo que acaba de descubrir le parece propio de una diosa, pero su impudor le hace daño: con poco que se hubiese ruborizado, el efecto hubiera sido mayor.)

Ella *(acercandose a un balcon del cual levanta un visillo, quitando con los dedos el vapor acumulado sobre los cristales)*. — Sigue nevando. Afortunadamente, no tengo padre por quien sentir inquietud ni desasosiego; pero me da miedo serle á V. molesta.



El. — Por Dios, señora, que no se ocurra á usted eso. Más triste es lo otro.

Ella. — ¿ Qué ? ¿ Vivir sola ? Se equivoca V. Si á los hombres les gusta tanto la libertad, ¿ por qué no ha de gustarnos á nosotras, sobre todo á las que ya sabemos lo que es la vida ? La soledad no me pesa: quien está solo escoge la compañía que quiere, y quien está acompañado sufre la que tiene.

Juan va de sorpresa en sorpresa: cuanto sale de labios de Luisa le parece señal de espiritu frio y poco femenino. Sin saber sobreponerse á la mala impresión que le preocupa, y casi sin pensar, dice:

— Claro es que hay situaciones... esta por ejemplo... en que vale más ser libre. Si ahora estuviere usted casada no mostraria tanta tranquilidad. Esto que ha sucedido, aunque no tiene nada de particular, podia no gustarle á su marido.

Ella. — ¡ Ay, hijo mio ! Usted no me conoce. Si estando casada me hubiere sucedido esto, me veria usted tan tranquila: tenia yo bien acostumbrado á mi difunto... y si se impacientaba ó se enfadaba... pues... yo, tan fresca.

El *(procurando que siga dandose a conocer)*.— Bueno... con el marido se puede ser algo dura... pero si tuviere V. hijos no pensaria lo mismo.

Ella. — ¡ Niños ! No hable V. de eso: nada más que de pensarlo se me pone carne de gallina.

El. — ¿ Por qué?

Ella.—Será todo lo natural y hasta poético que usted quiera: la maternidad... ¡ un sacerdocio!... corriente; ustedes que... no sufren las consecuencias; pero ¡nosotras ! Lo primero que le sucede á una es que se le desfigura el talle, que no puede vestirse como quiere, que tiene que pasar una temporada larga alejada de toda clase de diversiones ó presentarse hecha un mamarracho, luego ponerse á punto de muerte... Y no hablemos de las que tienen el mal gusto de criar y se les estropea el pecho, y engordan hasta ponerse como un bombo ó adelgazan hasta quedarse en los huesos...

El desencanto de Juan sigue creciendo. Hay momentos en que no sabe lo que le hace más daño: si la enormidad de las ideas ó el desenfado y la repugnante naturalidad del lenguaje. Luisa sigue hablando refiriéndose á una de las últimas frases de Juan.

Ella. — Ha dicho V. antes que si *ahora estuviere casada*: luego sabe V. que soy viuda, luego me conoce V.

El *(comprendiendo que no puede negar, y al mismo tiempo hablando con un poquillo menos de temor y*

respeto).—La conozco á V. mucho: acaso más de lo que conviene á mi tranquilidad.

Ella.—Eso es poco galante. Y ¿donde nos hemos encontrado?

El.— En ninguna parte. La he visto á V. pasar por delante de estas ventanas, desde hace seis meses, todos los días á las mismas horas. Por la mañana á las once va V. hacia Madrid: á la una está V. de vuelta; por la tarde sale V. á las cinco y media ó las seis, y vuelve V. á las ocho; por las noches... también sale V. mucho.

Ella.— ¡Como que la casa se me viene encima! No sé cómo hay mujeres que puedan vivir metidas en casa. Pero vamos á cuentas: para saber todo eso... señal de que se pasa V. la vida en la ventana espiándome.

El *(recogiendo velas)*. — Es que trabajo en este cuarto y tengo siempre las ventanas abiertas.

Ella.— Y ¿trabaja V. en esta mesa?

El.— Aquí mismo.

Ella.— Pues, amiguito, desde aquí no se ve la calle.

Turbación de Juan: mirada indefinible de Luisa: momentos de silencio embarazoso para ambos.

Ella *(de pronto y con la mayor frescura)*.—Vaya, esto es capítulo de novela: ahora vamos á salir con que... No sé cómo decirlo... y para hacer que lo ignoro es tarde.

El *(bromeando)*.—Atrévase V.

Ella.—Yo no tengo que atreverme: usted es quien acaba de confesar que se pasa el día en la ventana para verme pasar. Y ¡poco que se habrá usted alegrado de la nevada y de que se me haga trizas el coche!

El.—Yo no he dicho que me asome para eso.

Ella.— Pero lo ha hecho V.

Juan calla: Luisa mira de nuevo hacia la calle, ve que el temporal no ceja, y dice suspirando con mucha coquetería y monada:

Ella.—¡A que tengo de quedarme aquí!

Juan hace movimiento de ir á hablar y se contiene.

Ella.—Iba V. á decir... «ojalá».

Juan se queda enteramente desconcertado. Cree que en su propia casa no debe permitirse la menor osadía, y al mismo tiempo está ya convencido de que Luisa no es la que él imaginó. Al cabo de un rato habla, por no parecer tonto, comprendiendo que no galantearla es casi una grosería.

El.—Lo principal es que no se ha hecho V. daño y que yo he tenido esta grandísima suerte.

Ella *(afectando modestia)*. — Á cualquier cosa llaman suerte los hombres: suerte sería si yo le importare á V. algo y sin saberlo me hubiere metido en la boca del lobo.

El.—Pero ¿V. me supone capaz de devorarla?

Ella.—Y ¿V. cree que hay *devoradas* si ellas no quieren?

Juan ve que puede llevar la conversación al terreno que le convenga. Luisa no es de las que se asustan, pero él siente invencible repugnacia á convertir en aventura vulgar lo que había comenzado en su pensamiento con tanta poesía. Luisa le parece ya una de dos cosas: conquista de fácil logro, y por consiguiente sin grandes atractivos, ó mujer de esas que, aunque por frialdad natural no se rinden nunca, tienen particular vanidad y deleite en trastornar á los hombres dejándoles desear mucho para no conceder nada. Sigue gustándole físicamente. Repuesta del susto, con la fisonomía animada después de haber entrado en calor junto al fuego de la chimenea, algo descompuesto el peinado por el desorden y luciendo desnudos los brazos y gran parte del pecho y la espalda, está preciosa; además, sus movimientos y ademanes tienen cierta languidez que sin ser francamente provocativa, aleja todo temor de fiereza ó esquivez; y esto, que bastaría para seducir á otro hombre, á Juan, que se había fingido distinto tipo moral, le deja pensativo. El desencanto es en él más poderoso que la voz de Luisa, que anda por el cuarto mirándolo todo, se acerca al mueblecillo de mosaicos donde, medio oculto por un esmalte italiano, habrá puesto Juan el retrato que le mandó el fotógrafo: lo ve y se sorprende hasta lo infinito. El asombro que experimenta y la expresión que adquiere su fisonomía son de imposible descripción. Coge el retrato, se pone con él en la mano bajo la lámpara que hay en el centro de la habitación, y exclama:

—¡Ave María Purísima! ¿De dónde ha sacado usted esto? ¿Quién se lo ha dado...? ¿Con qué derecho? Y, sobre todo, lo absurdo, lo incomprensible, lo criminal... ¡Si yo me retraté con Pepita...! porque fuimos juntas. ¿Cómo estoy aquí sola? ¿Qué explicación puede tener esto sino que V. ha sobornado al fotógrafo? ¡Dios mío, á lo que estamos expuestas!

Juan *(humildemente, comprendiendo que es inútil negar)*.— Es verdad: no quiero mentir.

Ella.—¡Y decía V. que no se asomaba para verme pasar! Razón tuve al sospechar que me había metido en la boca del lobo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué diabluras habrá V. hecho y cuánto le habrá dado al fotógrafo para que borre del *cliché* á Pepita! Por supuesto que cuando ha suprimido V. á mi amiga es que no podía oir nadie lo que dijese V. á mi retrato. Le aseguro á usted que no espero que me ocurra en la vida nada parecido. ¡Sea V. señora, viva V. en su rincón, para que luego vendan el retrato como si se tratare de una cualquier cosa!

Juan, aunque desilusionado, para aprovechar la ocasión no tiene más remedio que mostrarse á la altura de las circunstancias.

El.—Señora, y ¿yo qué culpa tengo de que la pusieran á V. allí tan elegante y tan... Quizás no le falte á V. motivo para enfadarse, pero ya supondrá V. que cuando un hombre ve una cosa así, lo primero que se le ocurre es llevársela á su casa... á falta de...

Ella *(deseando que acabe)*. — Eso no quiere decir nada. Hay quien colecciona retratos de mujeres, hasta de las cajas de fósforos. Lo que no se ha visto nunca es lo que V. ha hecho. Y... ¡luego para meterme detrás de un cuadro viejo!

El. — Señora, no lo desprecie V.: ¡es un esmalte florentino del siglo diez y seis... como no lo tiene el Louvre!

Ella.—Pero, hombre de Dios, ¿cree usted que yo puedo permanecer aquí ahora, aunque nieve más que en Suiza?

Sin soltar el retrato, se dirige al balcón, ve que el temporal ha calmado mucho, y contrariada vuelve al centro de la habitación sin decirlo, obstinada en seguir manifestando gran enojo y fruncido el entrecejo. Su mirada se esfuerza en ser severa, y en el fondo del alma piensa con envidia en las que se ponen coloradas cuando quieren.

Comienza á amanecer, no nieva y ha parado el viento.

El. — En fin... estoy dispuesto á desenfadarla á V. en la forma que mande: usted es el cuchillo y yo la carne... Pero acuérdese V. de que la carne es pecadora... Resuelva V. la penitencia mientras dispongo que nos traigan unas tazas de te.

Ella.—No, por Dios... ¿Le parece á V. que yo puedo quedarme *en tête à tete* con un...

El.— Dígalo V., señora *(bromeando)*... con un ladrón. Este ladrón es capáz de robar un retrato, pero sabe que el original es sagrado, mientras la interesada no dispone otra cosa.

Juan sale del cuarto. Luisa entonces abarca de una mirada rapidísima cuanto le rodea, como si con los ojos quisiera tomar posesión de todo aquello. Los bronces, muebles, tapices, cuadros y sedas crean un conjunto que respira bienestar y riqueza. Todo lo que hay allí denota que Juan es un hombre acostumbrado á vivir como un gran señor.

Sobre la chimenea hay dos miniaturas encerradas en un solo marco, retratos de una señora y un caballero ancianos. Basta verlos, sobre todo á ella, para comprender que son los padres de Juan. En la parte superior del doble marco hay una coronita condal de bronce dorado. Luisa se fija en ellos, en su parecido con Juan... en la corona. En seguida espacia y derrama de nuevo la mirada por la habitación, y rápidamente, como obedeciendo á un impulso súbito é irresistible, coloca su propio retrato, que no había soltado ni suelta de la mano, tapando el de los dos ancianos, de modo que encima de él viene á quedar la corona. Entonces sonríe á flor de labio, de un modo casi imperceptible; cierra un punto los ojos, y siente que sobre su alma toda pasa una deliciosa llamarada de orgullo. Aquello no dura mas que un segundo: es la visión fugaz con que la ambición halaga á la vanidad.

Luego se sienta en una butaca muy baja, presentando los pies, y algo más, al calor del fuego; se queda con el retrato en la falda, y, echando hacia atrás la cabeza, deja caer lentamente los párpados, mientras el enorme espejo colocado sobre la chimenea reproduce entera su figura. Al sentarse, la falda se le ha quedado ceñida, modelando como un paño húmedo lo que oculta. Tapándose pudorosamente el escote, cual si tuviere frío, se ha puesto el tenue pañolito de encaje bajo el cual se transparenta la carne. Sobre su rostro deja flotar la expresión de una serenidad dulcísima.

De pronto entra Juan, la ve, hace un esfuerzo para dominar

la impresión que recibe, y dice refiriéndose al te:

—Ya lo traen.

En seguida alarga la mano para coger de la falda el retrato. Luisa lo sujeta fuertemente y procura fingir una turbación que no experimenta.

— No, no puede ser: es mío.

El.— Por eso lo quiero.

Ella *(con triste severidad)*.—¿Qué mujer imagina usted que soy yo? Si no me lo deja usted llevar déjeme V. que lo queme. *(Hace ademan de tirarla a la chimenea, y Juan lo estorba cogiéndole un brazo suavemente).*

En aquel instante un criado golpea discretamente la puerta y, obtenida la venia de su amo, entra sosteniendo en ambas manos un magnífico servicio de te, de plata. Luisa se queda con el retrato. El criado deja la bandeja en un velador y dice al retirarse:

— El cochero de la señora acaba de llegar: trae una berlina de unos señores vecinos de la señora, que la mandan porque se han enterado de lo ocurrido.

Ella *(cuando se quedan solos)*.—¡Qué vergüenza! ¡Lo va á saber todo Madrid! ¡Estoy perdida! ¡Cualquiera convence á las gentes de cómo y por qué he entrado aquí! ¡Dios mío!

Parece presa de una emoción intensa: su pecho se alza y se deprime por una respiración de fatigosa intranquilidad admirablemente fingida. Sin soltar el retrato, se dirige rápidamente á la butaca donde al entrar dejó el abrigo, se lo hecha sobre los hombros, y se dirige hacia la puerta exclamando:

— Ni un minuto más... El te lo tomaremos otro día, en mi casa. De algún modo he de darle á usted las gracias por su hospitalidad.

Juan, sin procurar detenerla, abre la puerta é inclinándose respetuosamente le ofrece el brazo para acompañarla. Luisa se arrebuja en las pieles, y salen al recibimiento. Juan, sintiendo el contacto de su brazo tembloroso y desnudo, la lleva hasta el carruaje; y ella, una vez dentro, señalando al retrato oculto bajo las dobleces de la falda, con una coquetería pudorosa, fina, que contrasta con su lenguaje de hasta entonces, dice:

— Si hace V. méritos puede que se lo devuelva... Y para el te yo quedo en avisarle.

El.— Me ha pagado usted la hospitalidad despojándome.

Ella *(mimosamente)*.— De los arrepentidos es el reino de los cielos.

El coche arranca. Juan, aunque está sin abrigo, se mete despacio en casa, y desde la puerta, al través de los huecos que el ramaje seco y nevado deja en el cenador, donde había pensado tanto en ella, ve alejarse el coche que se lleva sus ilusiones. La mujer soñada era vulgar, frívola y egoista, incapaz de ser amante é indigna de llegar á madre... La luz del alba, blanquecina y difusa, parece envolver la calle en una niebla triste y sucia que no puede rasgar el sol.

Juan entra y se queda un instante pensativo en medio de su cuarto:

—¡Qué hermosa es... y qué poco vale! ¡Pobre de quien caiga en sus manos! . . . .
. . . .

No, no irá jamás á recoger el retrato.

Á lo lejos se oye el trotar de los caballos. En la chimenea sólo quedan brasas menudas cubiertas de ceniza. Juan manda al criado que encienda luz en su dormitorio. El frío de la madrugada es intenso... pero aún mayor el de su desencanto.

J. O. PICÓN







Se sabe que y
se sabe que está
y, aunque se sab
que si vuelve es
á su madre la al
no le coge en to

Triste cosa es
de que el chico
que la fiebre se
que la tisis lo ha
que no es sombr
la sombra que v
mas la madre n
sino al pensar q
pues así que pue
y abrazarle... ¡ s
ya habrá hecho
lo demás lo hará

Así llega el dí
de saberse que á
toca ya el buque
de las madres, c
enturbia trágican
el vapor que tra

Composicion de A. Clapés.

Mater Dolorosa

arcó,
ndo,
nbién
nfermo.

cuerpo.
e cuentan;
n los huesos,
ne,
echo,
su sombra
al pueblo;
flige
n va lejos,
rle
cielo !...
bastante :
besos.
iado
puerto
asma
sueños

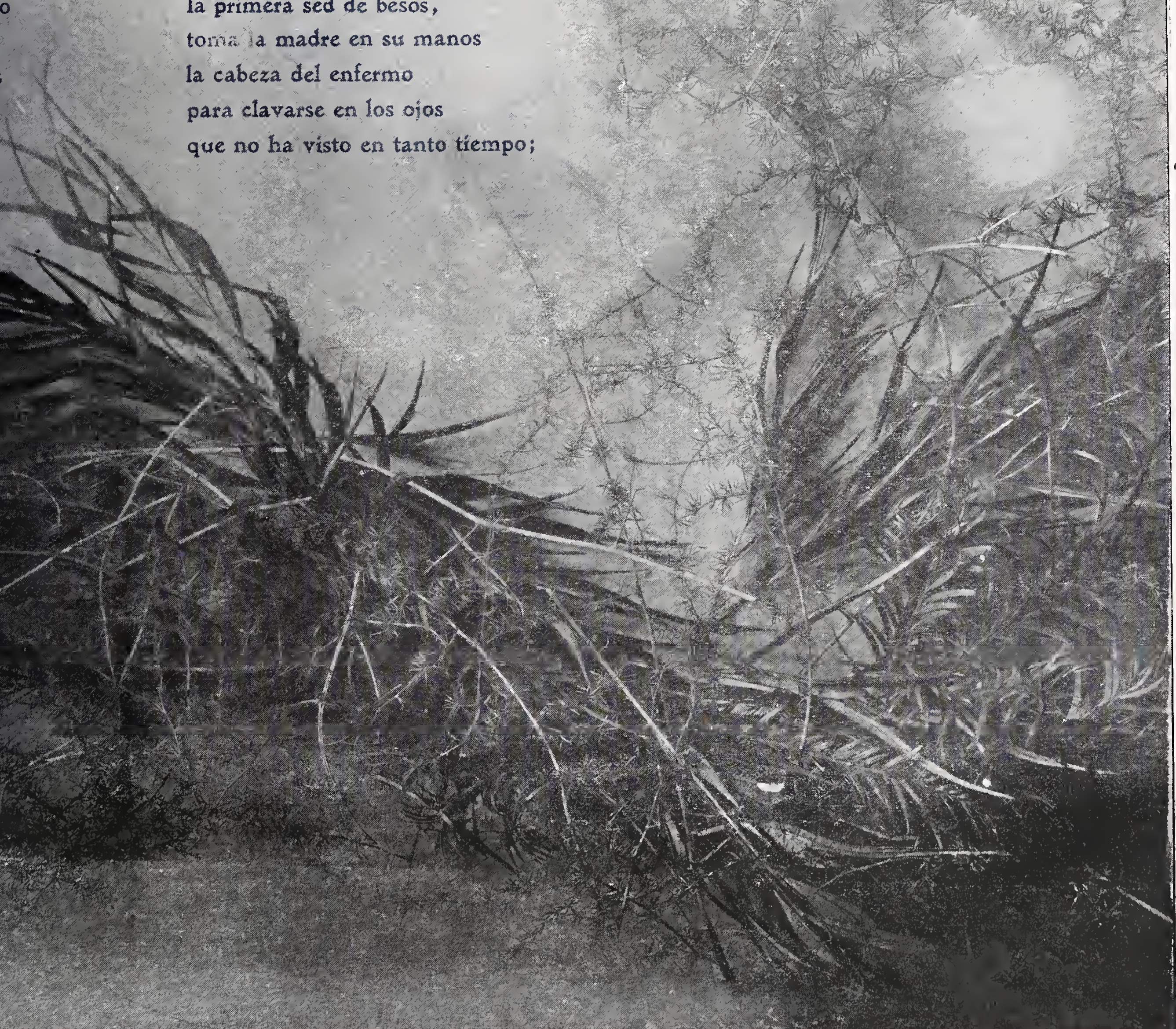
rmos.

Y al fin, tras de espera tanta,
se oye un tren, retumba el eco
del rodaje que entre sombras
se acerca rugiente al pueblo,
y, con torva magestad,
llega, silba y para en seco.
Dos gritos de amor, al punto,
con sublime llamamiento,
brotan á la par, se encuentran,
y en un abrazo supremo
se confunden hijo y madre,
boca á boca y pecho á pecho.
El tren, otra vez en marcha,
silva y huye sombra adentro,
y en el andén solitario,
de tibia luz al reflejo,
aun sigue aquel grupo inmóvil,
como un retablo del cielo.
Pero al cabo, ya saciada
la primera sed de besos,
toma la madre en su manos
la cabeza del enfermo
para clavarse en los ojos
que no ha visto en tanto tiempo;

y', así que la aparta un poco,
se le hiela el movimiento
al sentir que se le escapa
de las manos aquel cuerpo...
que ni mira, que ni habla,
¡ que ni alienta, Dios eterno !

Y, en los brazos delirantes
que lo recogen del suelo,
forman religioso grupo
la madre y el hijo muerto.

M. Morera y Galicia





Ilustraciones J. Morera Gali

EL GUADARRAMA

I

(Diario de un Pintor)

Diciembre de 189... Madrid.—Asisten á la escena varios amigos: dos pintores, un poeta, un crítico que concurre á todos los estrenos y silba en todos... Se ha discutido el impresionismo, el academicismo, Velázquez, el Greco, Goya, la pintura de venta, la fotografía instantánea, las últimas medallas de la Exposición, Wagner, Lagartijo, Frascuelo, la luz, el sol, la luna y el firmamento!

Nieva desde anoche... De tejas arriba el espectáculo es admirable. Los campanarios y torres desbordando blancuras, que la nieve ha enmascarado con caprichosos antifaces y caretas... La cúpula de San Francisco le parece al crítico de nuestra tertulia, una cofia enorme ó papalina recién planchada... En cambio un pintor quiere ver en las torres de los Jerónimos dos bujías gastadas por las cuales se desborda y resbala la nieve como agarradiza y untosa esperma... Más lejos y entre el continuo mariposeo de los copos, adivinamos ventanucos y gateras de campanarios y casas, vendados por la neviza, hinchados algunos como si les hubiesen saltado un ojo... Y una ciudad nacida espontáneamente en los tejados y compuesta de guardillas de «Nacimiento», de temblorosos y encapuchados tiestos, de cuerdas tendidas por el tejado que lloran á lágrima viva chorretones blancos..., algunas jaulas de cañas, terrazas, perfiles caprichosamente recortados, fundidos en un cielo blanco, suave, que se desploma perezosamente sobre Madrid... Y oimos el silbido estridente de los trenes que nos trae en sus remolinos el viento como prolongada queja, el barullo que cocheros y mayorales mueven en la calle para sacar del barro, atascados coches, barridos de escoba, lejanas voces...

Admiramos, en fin, ese Madrid dormido en la nieve, único Madrid que puede hacer soñar al trabajador artista. Porque ¡cuán tristes para él las ciudades modernas, jaulas doradas cuando no presidios á que se ata con la diaria cadena de la monotonía! ¡Qué majestuosa en cambio esta soledad de sí mismo, el mundo en blanco, lienzo vastísimo en que nadie ha trazado la primera palabra ni pintado la pincelada primera!

Algo muy parecido á esto pensábamos los artistas, cuando Darío, pintor impresionista y feroz enemigo del arte oficial, gritó con ademanes descompuestos: —¡Gracias á Dios que no nos infesta ese olor de figón greco-clásico con que apestáis los estudios! ¡Huele á naturaleza! No á tumba, á pergamino roído, á polvo de momia como en las Academias...

Conforme iba cayendo la tarde azulábase como



país de sueño el Guadarrama, con su blanquísimo y gallardo alquicel, erguido bajo un cielo de estaño.

—Apuesto cualquier cosa á que no os atrevéis con él — gritó el impresionista—¡Mirad! Ahí tenéis la Suiza de Madrid... ¡Ahí la tenéis, encanijados madrileños! Y el paisaje ¿que es?... ¿no me silbaréis si lo digo?... pues un mundo con almas y seres en que las plantas sienten y los árboles hablan y ¡ah señores! (imitando el gesto de un célebre orador), y los crepúsculos sueñan.

Un bravo ensordecedor acogió estas palabras.

—Supongo, señores paisajistas, que en vista de este discurso decidiréis acabar de una vez con las piedras falsificadas, los arroyuelos de *Chantilly*, los montes de azúcar y los árboles de guirlache... Mirad, cuatro ó cinco horas nos bastan para plantarnos allí (señalando el Guadarrama). ¿Cómo? Coche, caballo, carne de cabra, ¡demonios fritos! ¿Dinero? Se roba. ¿Salud? Se conquista. De allí vienen las pulmonías... Allí voy yo á curarme los constipados... ¡Guerra á la rutina! ¡Quien quiera que me siga! ¡Mañana salimos para Colmenar Viejo! ¡De allí al Guadarrama! ¡De allí á las nubes!

Diciembre... ¡Y sólo tres de nosotros, embutidos en un carricoche, salimos de Madrid!

Muy luego atravesamos junto á las tapias del Pardo y dirigimos una mirada al adormilado campo madrileño... de un azulado pizarroso. Es aquella misma tonalidad que deleitaba al primer paisajista madrileño y *guadarrameño*, á D. Diego Velázquez de Silva, nuestro precursor; eran los mismos solemnes y tétricos fondos velazquescos, sus ceñudos y ásperos arbolotes, sus imponentes montañas de un azul verdoso aceitunado.

Era la melancólica campiña madrileña sembrada de pueblucos y casuchas de abotijados tonos ó de barro cocido...

De pronto se pararon nuestros ruines jamelgos. Un vago temblor les sacudió... No nos explicábamos parada tan súpita. ¡Era que entrábamos en el territorio de Colmenar Viejo, cuna y linaje de los toros más hidalgos de España, terror de todo caballo ó penco que no sea gallardo y fuerte! No vimos los toros, pero un enjuto serrano que viajaba con nosotros contó sabrosos lances taurinos por que había pasado allí mismo.

—*¡Cuarquiea se orvía!* repuso el mayoral.—¡Anda qué buena le dió *Frascuelo* en la plaza! *¡Arri! ¡Arrrri! ¡Maceo!*—Y nos refirió una de tantas hazañas de los toros colmenareños, de aquellos monumentales torazos que acometían locomotoras y coches, por no ser menos que los salamanquinos y andaluces, y manifestaban su desprecio por la civilización á cornadas... Tumbado en el camino nos pareció ver el coche con las ruedas vueltas hacia arriba, caballos relinchando de terror, viajeros subidos á los árboles ó parapetados en la caja del carretón; señoras gritando, el toro corneando cristales, hierros y pencos..., un aficionado citándole desde respetable distancia con la manta zamorana de mil colores...

El silencio era solemne: tan sólo el hambriento graznido de aguiluchos y milanos lo interrumpía, ó el frío «adiós» de algún caminante, arrebujado en su manta, como esos viejos venerables, anunciantes del invierno en los calendarios.

Habíamos pasado á un relativo galope por el pueblo de Colmenar, con su severa y grandísima iglesia alzada quizás por algún pomposo discípulo del magnífico Herrera... y salimos de los callejones en cuesta,





á que se agarran las casucas como el caracol á la tapia; vímonos ya en pleno campo guadarrameño.

—¡Salve, oh sierra! —gritamos. Porque la gozábamos, no ya como lejano sueño, desde la terraza del estudio ó más cerca, en los alegres domingos madrileños del Pardo, recortando el limpio cielo azul con la dentadura blanquísima de sus picos y muelas, sino como verdad y realidad. ¡Y qué hermosa estaba, blanca, como transparente y colosal cimera de un cristal raspado en que la nieve había formado platerescos caprichos!

Á todo esto, por su falda y laderas asomaban enormes lomos de castillejos y pedruscos, algo como inmenso *Coloseo* derrumbado y esparcido. Y allá, muy, muy lejos, el pueblecillo de *Chozas,* lo más serrano y agreste de la Sierra, pálidamente se esfumaba.

Ya la luz iba declinando. Aparecíase el paisaje torvo, ceñudo. Aquellos plácidos paisajes adormidos en su mortaja de nieve, que se nos aparecían en su impasible reposo cual un mundo petrificado, adquirían de pronto como vida y voz y transformábase en horrísonas negruras, en resplandores infernales y blancas caricias de luz. Una gasa azulada, así como grosera estampa de terremotos y tinieblas, iba agostando los campos... En medio del camino, daba la nota del paisaje serrano un carro parado del que tiraban dos colosales, negros, bueyes y del que se desprendía olor de silvestres plantas y rústicos jaramagos. En aquel artefacto primitivo, hubieran podido viajar los hombres de la raza de Cormón, el pintor de las cavernas.



Ya estábamos en el hoy llamado *Miraflores de la Sierra, Porquerizas* ayer. *Porquerizas* era y debía serlo, si un día la Reina D.ª Isabel la II (aquella en cuya realeza y gobierno creen aún los agrestes serranos cuando reciben en las elecciones escudos y duros), encantada de la multitud de las flores desparramadas por aquellos prados, no hubiera perfumado al pueblo dándole un nombre que huele á frescura, á tembloroso rocío, á ese sabroso y húmedo requesón que parece la nieve del Guadarrama hecha dulzura y gusto! Llámese *Porquerizas* ó titúlese *Miraflores,* de su historia sabemos tan sólo que perteneció á D. Alfonso de la Cerda y luego á D.ª Leonor de Guzmán, de aquella *Favorita* que inspiró á Donizzetti y pone coloradas á las mamás cuando las niñas del Paraíso del Real les preguntan su vida y milagros.

Hoy el pueblo pertenece por derecho propio al simpático secretario del Ayuntamiento D. Rufino Osete, á quien vamos á buscar á la *Audiencia.* Y ¿qué es la *Audiencia?* Pues el Ayuntamiento, como quien dice la Presidencia del Consejo, el Congreso, el Ministerio de la Gobernación de estas soledades.

D. Rufino y su amabilísima esposa nos obsequiaron á porfía. ¡Díganlo, si no, aquel ir y venir de marmeladas y compotas, de



tarros y dulceras, con que se nos llevó el gusto y el hartazgo al estómago; dígalo en fin, la tradicional llama del hogar asaetado de continuo por el Ventarrón de la Sierra...!

Medio entornados los ojos oimos vagamente el plan del día siguiente. ¡Ir á la Najarra! ¡Escalar las cimas del Guadarrama! Un hombre robusto y erguido, vestido de zajones y pavero, estaba ante nosotros explicando sus planes guerreros. Era nuestro guía.



—¡Con ustés, hasta el infierno!—dijo.

Y nos dormimos en las lejanías de un mundo soñado, recordando el escandaloso y molesto trajín de las calles madrileñas, acariciados por la augusta paz de estas montañas, en el silencio del trágico y negro pueblucho, oyendo muy lejos recias pisadas de zapatones, angustiosos ladridos de perro...

Diciembre... — ... Y ocurrió que dos jinetes malamente montados preguntaron al revolver de un sendero de nieve á tres mujeres que cruzaban por allí, arrebujadas en sus sayaguesas verduzcas.

— ¿Por aquí se vá á la *Morcuera?*

— ¡Anda, no saben por dónde!—dijo una.

— *¡Pús* no lo sabe!—añadió la otra.

— *¡Mia tú* que no saber eso!—remachó la tercera.

— *¡Pá* chasco! ¡No lo saben! *¡Pús* quien no lo sabe! — confirmaron las tres á un tiempo soltando la carcajada.

Emeterio, nuestro sin par guía, se encargó de conducirnos. Era éste Emeterio el *guadarramista* más jovial de la sierra. Cuando le vimos nosotros parecía una ruína ya; pero soldado, en sus mocedades, fué terror de criadas y Menegildas... Muchas seducciones contaba en su historia, acaecidas bajo las estatuas de los malhumorados reyes de piedra de la plaza de Oriente.

Era un desengañado: un *guasón* serrano y astuto para quien la nieve con sus perfidias y los barrancos y *canchos* con sus traiciones y celadas no tenían poder, ni las alimañas guarida segura.

—*Misté, señorito ¡Vesté! Fuente el Cura.*

Y á la *drecha* aquel mocetón de montaña *Cancho el Águila. ¡Conchi!* ¡Y cómo gruñen las *condenás* de ellas... Misté allá las *lajas* y la nevera. Y *aluego* la *Najarra!* ¡Juy! ¡Y qué mal morro tiene hoy! *¡Aluego* la *Morcuera*, y *dende* allí, *á unos jaralitos, toá* la Sierra, *toá,* verán ustés si no les *ajinda* la *nevesca!*

Y aquel colosal explorador de la nieve trazaba con el dedo caminos y rayas en el fantástico país helado, inmenso mapa en blanco, cuyos rincones conocía y olfateaba, cuyos peligros y trampas eran para



él pura broma, cuyos misteriosos bajíos y escollos burlaba como piloto habilísimo que navegara por onduloso y brumoso mar de blancuras.

¡Fantástico he dicho! Habría que inventar palabras que expresaran con mayor relieve aquellas grandezas... No sé yo, ni me importa, si esta virgen nación de la nieve tiene historia como los demás países. Devánense los sesos, historiadores y eruditos, geógrafos y geólogos, para descubrir la raza, tradiciones, fauna y flora, límites y riquezas de esta caprichosa región. Para nosotros, su mayor encanto está en su soledad misma, en lo pobre de su historia, escrita sobre aquel inmenso libro en blanco, por las raras pisadas de acosadas ó hambrientas alimañas, ó de errabundos caminantes; en lo reducido de sus monumentos artísticos, pero en lo gigantesco y caprichoso de sus moles, en que se juntan todos los estilos, porque se alza el estilo supremo, el del Creador; en lo deshabitado de hombres y animales, ruidos y voces, pero en lo lleno de músicas nuevas, de soñados seres, de animados fantasmas, de apagadas orquestas en que los remolinos y vientos ejecutan salvajes y ásperas sonatas al chocar con las rocas y entrarse por las hendiduras; en la monotonía del color y de las líneas, si se las compara con el movimiento fascinador y vertiginoso de las capitales, pero en el caprichoso crear de aquella nieve, que con un mismo color engendra continuamente variadísimos y enloquecedoras formas y funda de continuo ciudades y derriba otras, y se entra y se sale con sacudidas de mar y zalameros caprichos de ola: mundo, en fin, que se hace y se deshace con el polvillo de la nieve, como para satisfacer los nervios de un caprichoso tirano del arte sediento de formas nuevas y harto de vulgaridades rutinarias!

Tal fué nuestra primera impresión de silencioso asombro cuando empinados en nuestros jamelgos, íbamos entrando por el Guadarrama. Revueltos arroyuelos nos detenían y jugueteaban con los caballos; lo duro de la nieve sitiábanos á veces; y el mariposeo continuo y revoloteador de los copos danzaba ante nuestros ojos como insectos de blancura purísima que nos asaltaran furibundos... Á la mano derecha el *Cancho del Águila* se dibujaba tosco y siniestro como ciudad y mansión de imperiales voladores que tuvieran su *Wallhala* en aquellas alturas: á la derecha la *Najarra* como un mineral gigante que se hubiese cristalizado conglomerándose en una maraña de piedra, de reflejos cenicientos, de murallones negros y esquinosos en que la nieve parecía estrellarse furibunda.

Eran *Cancho del Águila* y la *Najarra*, los dos primeros modelos de la arquitectura de montañas que admirábamos: dos grandes fortalezas de nieve colocadas enfrente como para embestirse, ¡pero tan trágica, tan meditabunda, la primera! ¡tan luminosa, espumante y soñadora, la segunda! ¡Y aun no habíamos llegado á las eminencias de la sierra! Mi caballo se adelantó unos pasos: la vista enterrada en blancuras se iba enturbiando como si aquella venda blanca de leguas y leguas de extensión la enmascarara...

RODRIGO SORIANO

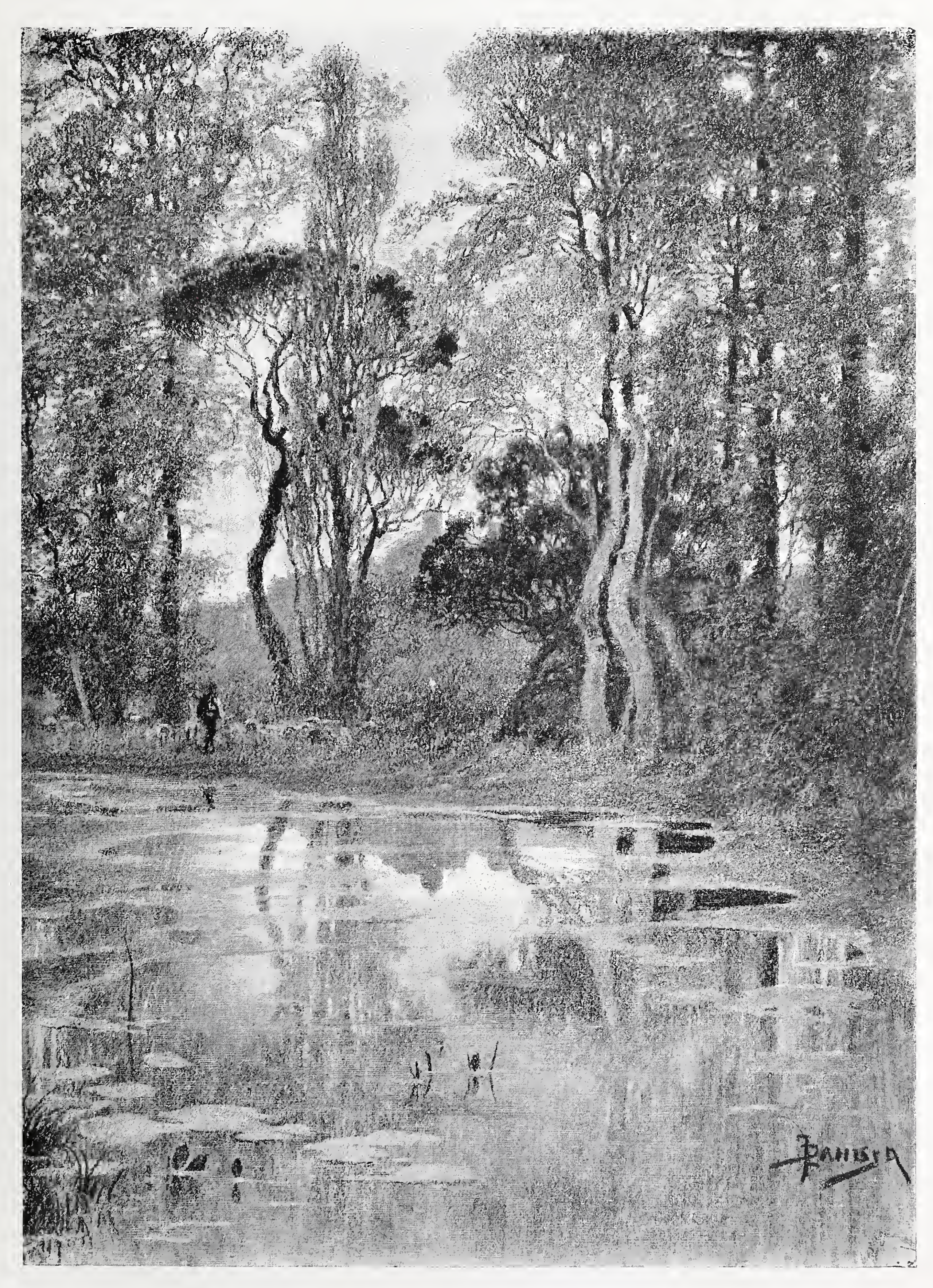
(Continuará)



Excmo. Sr. D. MANUEL DURAN Y BAS
CARBON POR R. CASAS



CITA DE CAZA
COMPOSICION DE F. DOMINGO



ORILLAS DEL TER
COMPOSICION DE J. PAHISSA



SEMANA DE PASION. MERCADO DE PALMAS EN BARCELONA
COMPOSICION DE MAS Y FONDEVILA





Instalación de la casa de Hermenegildo Miralles, de Barcelona, en la Exposición de Industrias Artísticas en Madrid 1897





JIMENEZ & LAMOTHE

OLD BRANDY
COGNAC
PURO DE VINO

TRADE MARK

MALAGA
MANZANARES

DE VENTA EN TODAS PARTES

OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º,* 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º,* 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897.* *Un tomo en 8.º,* 2 pesetas

PANORAMA NACIONAL

BELLEZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS



Lo forman 2 preciosos albums, lujosamente encuadernados,
que contienen cada uno más de 300 vistas,
fotografías grabadas é impresas con esmero

CADA TOMO **20** PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES
Hermenegildo Miralles, Editor
59, Calle de Bailén, 70
·BARCELONA·

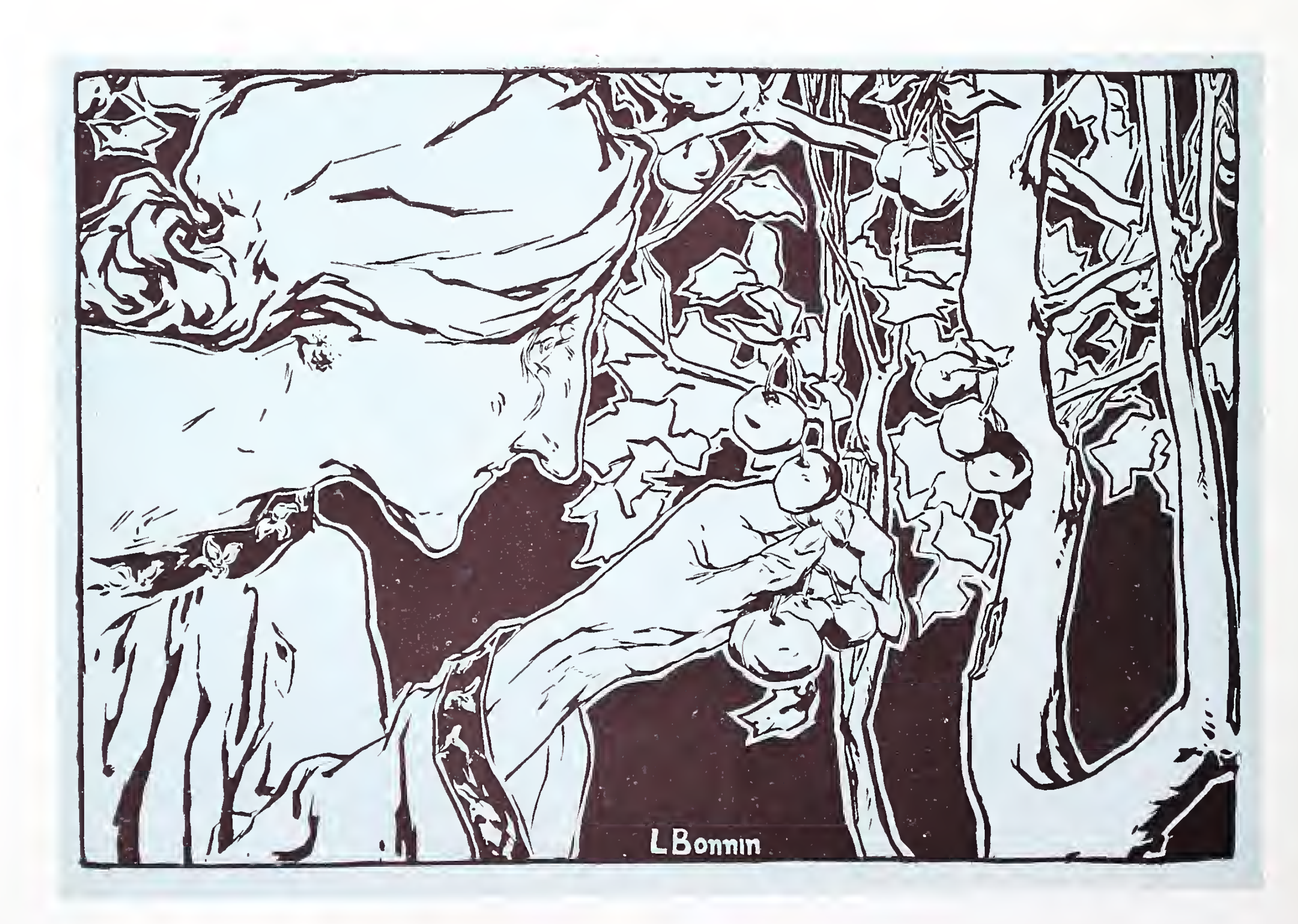

HISPANIA
R. Casas
HISPANIA N.º 4. - 15 ABRIL 1899
HERMENEGILDO MIRALLES.

SUMARIO

COQUETERIA	Portada por Ramón Casas
ESTUDIO.	por L. Bonnin
BOSQUEJOS BARCELONESES . . .	por J. Mir
MIGUEL M. MEDALLA	por R. Casellas; ilustración de A. Mas y Fondevila
ARTE ANTIGUO	por Francisco Miquel y Badía
COTILLON	por D. U. Vierge
EL GUADARRAMA	por Rodrigo Soriano; ilustración de J. Morera y Galicia
PAGANDO UNOS PENSAMIENTOS . .	por E. Menéndez Pelayo
AL SALIR DE LA IGLESIA	por J. Borrell

A NUESTROS LECTORES

Á contar desde este número, HISPANIA saldrá á luz quincenalmente en vez de mensualmente, como hasta hoy. Nos ha movido á adoptar esta modificación el deseo manifestado en este sentido por muchos de nuestros favorecedores y de nuestros corresponsales, asi como la convicción en que estamos de que haciéndolo de esta manera podremos dar mayor interés á nuestra publicación, abreviando el espacio de número á número. Para facilitar el éxito de esta combinación hemos resuelto también reducir á 16 páginas las 20 que hasta ahora formaban la revista, reduciendo el precio del número á 2 REALES. Por lo demás las condiciones materiales, artísticas y literarias de HISPANIA seguirán siendo las mismas, esforzándonos conforme ofrecimos ya á nuestros lectores la mayor bondad y variedad en nuestros trabajos.





BOSQUEJOS BARCELONESES. A EXTRAMUROS
COMPOSICION DE J. MIR



MIGUEL M.ª MEDALLA

PINTOR ESPECIALISTA

Su verdadero apellido no era Medalla sino Medrana, segun podía hacerse constar con documentos fehacientes, sacados del Registro Civil y de libros parroquiales.

El mote se lo habían puesto los cofrades envidiosos, los rivales maldicientes y, sobre todo, los amigos del gremio, si es que pueden darse amigos entre gentes del mismo oficio. Claro que no se lo decían en sus barbas ó mejor dicho en su perilla—porque perilla á la española era el adorno capilar con que el pintor decoraba su rostro, gallardamente sombreado por las anchas alas de un chambergo... Pero se lo decían sin perder ripio en la peña, en el Círculo, en la tertulia, cuando no podía oirlo el interesado. El voquible había caído en gracia, y por Medrana que fuese nuestro hombre, Medalla y nada más que Medalla le llamaban todos en caso de ausencia y... enfermedad.

Cierto que el alias le venía al pintor que ni pintado, porque artista que pudiese lucir más quincalla de honor, de todas clases y tamaños, no se había visto en parte alguna desde San Lucas acá. Bastaba hojear cualquier Catálogo de Exposición para dar al punto con un largo inventario de méritos y servicios, que á la letra decía así: —MIGUEL MARÍA MEDRANA; *discípulo de la Escuela de Bellas Artes, de Barcelona y de M. Vollon, de París; condecorado con las cruces de Carlos III y de María Luisa; premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de Filadelfia, con primera medalla en la Nacional de Madrid; con medallas de plata en Munich, en Bruselas y en Burdeos; con medallas de tercera en París, en Lyon, &., &.*

Y no se piense que fuesen inmerecidos tales honores. Medrana había llegado al más legítimo de los renombres cultivando una especialidad, una bienhechora especialidad, que es la manera más socorrida para salir triunfante en la lucha por el arte y en la lucha por la vida. ¡Han sido tantos los pintores que ganaron honra y provecho recopiando eternamente la misma calle á mediodía ó el mismo paisaje á buenas noches!

Pues bien, nuestro hombre, que quería á toda costa abrirse paso, se dedicó á la pintura que llaman de bodegón ó de *naturaleza muerta*, por extensión abusiva.

Su vocación de bodegonero, como acontece con todas las grandes vocaciones, ya la sintió Medrana desde el primer instante, apenas salido de la Academia. Más de dos veces creyó el adolescente oir una voz que le decía al oido: —«Miguel, tu serás rey, el rey de la pintura en el ramo de bodegones.» Pero el chico divagó algun tiempo, turbado acaso por hondas agitaciones de la pubertad artística, y en vez de seguir el camino pictórico que le aconsejaba la voz interior, no se decidió por de pronto, dudando entre abrazar la «historia» ó la «marina.»

Su destino no quedó fijado hasta que hizo su anhelado viaje á París y tuvo ocasión de concurrir durante algunas semanas al taller famoso de M. Vollon.

Una vez allí, dentro de aquel Santuario del arte que, por las cacerolas, los pollos y tasajos que albergaba, mas bien parecía cocina de convento que estudio de pintor, Miguelín hizo voto de consagrar por siempre más sus facultades á género tan sustancioso. Puso sus cinco sentidos en apropiarse la manera del maestro, estudiando la pasta abundante, los tonos profundos y el vigor de ejecución que estilaba el gran bodegonero francés en sus cuadros pantegruélicos. Y se descrismó imitando los maravillosos toques de luz que veía poner en el fondo de los calderos de cobre recien fregados que, relucientes como un ascua, formaban parte de la composición al lado de legumbres, volatería y pescados.

Cuando volvió á la ciudad natal, no pensó el chico en otra cosa que en aplicar los conocimientos adquiridos, inventando un asunto que, dentro siempre del género culinario, llegase á adquirir una significación bien castiza, bien genuina y nacional.

—Si, para la próxima Exposición pudiese yo encontrar un tema que, desposeído de todo sabor francés, sugiriere al instante la idea del bodegón clásico, del bodegón español!...

Y puesto á discurrir, no tardó en ocurrírsele una composición en que, junto á un puñado de garbanzos, un manojo de acelgas y otras hortalizas no menos indígenas, figurasen como principales motivos una chocolatera de cobre y un besugo de Laredo. La idea, además de patriótica, era hermosa, casi genial... porque, en clase de pescado, ¿qué podía pintarse más clásico que un besugo? ¿Y los garbanzos...? ¿Y la chocolatera...? ¿Habría nada más nacional?

Instalado mañana y tarde frente á los artefactos y comestibles que le servían de modelo, hizo Medrana tales habilidades de claro-obscuro, tales prodigios de «calidad» que, cuando el *Bodegón Clásico* fué presentado en la Exposición de Bellas Artes, todo el mundo se quedó turulato, bizco de admiración. Legos y entendidos ponderaban la exactitud pasmosa de la chocolatera, en cuya bruñida superficie parecía resbalar la luz ó detenerse, como cuajada, en alguno de los puntos más salientes. Todos se hacían lenguas de la humedad viscosa que rezumaba el besugo, vivo y coleando como al salir del agua, tan azul por el lomo, tan blanco por el vientre y con aquella pinta negra en cada aleta, que parecía decir: comedme.

Los padres graves de la crítica no se mostraron menos entusiasmados que el común de los mortales.

—¿Puede darse nada más intencionado y expresivo que aquel besugo? — escribía un crítico de los más eximios y autorizados, puesto en el colmo de la fruición estética.— Pues, y la chocolatera...? ¿No parece propiamente que esté hablando?

La verdad es que el cuadro tenía pelendengues, y si bien la chocolatera no hablaba ni decía siquiera esta boca es mía, como pretendía el crítico en un momento de lirismo, estaba la cosa tan bien sacada, se salían del marco con tal fuerza los objetos, producía el conjunto tal ilusión, que la ficción del arte se confundía, ó poco menos, con la misma realidad

Justo es consignar que el público, de acuerdo por esta vez con el dictado de la crítica, respondió en un todo á los esfuerzos del pintor, encargándole un sin fin de reproducciones del cuadro tan celebrado. Como la cosa les cojiese con algún dinero, todas las personas de gusto querían un ejemplar y se disputaban su adquisición con un fervor, bien comprensible si bien se mira. Tener en casa alguno de aquellos bodegones, era como proveer la despensa de pescado, era como enriquecer el ajuar con nuevos utensilios de cocina. Al que compraba un lienzo con comestibles tan reales y cachivaches tan auténticos, le parecía que, además de una obra de arte, adquiría una chocolatera de recambio y un besugo de repuesto. Así fué como en todo comedor que se preciase de decente apareció desde luego el consabido cuadro del besugo como un artículo de primera necesidad, tan indispensable por lo menos al juego del mueblaje como el trinchero y el aparador, la mesa de roble y la sillería de baqueta.

Manos le faltaron desde aquel punto á Medrana para dar abasto á los pedidos de bodegones, pues le caían los encargos como llovidos del cielo. Por dulces vientos de popa se sentía mecido el gran pintor de naturaleza muerta, y á sus solas se decía:

—¡Tate, Miguel! Ya diste con tu estilo, con tu manera, con tu nota personal. Para nada necesitas devanarte los sesos andando en busca de novedades, como estos que beben los vientos, para vestir su arte á la moda del último figurín. Tu ya tienes cosecha asegurada para todos los días de tu vida, como trabajes con ahinco el coto de tu especialidad...

Y lo que es trabajar, hay que decirlo, ni el propio Rubens cubrió más tela que Miguel. Por docenas, por



gruesas, por millares, salieron los bodegones fabricados por sus manos. Los chismosos é impotentes, los roedores y envidiosos murmuraban que del taller del maestro salían más peces que del Cantábrico y más enseres de cobre que de una calderería. Mas él volaba con desdén olímpico por sobre las cuchufletas, atareado siempre en la creación de aquellas obras que extendían su fama por los mundos.

El nombre de Medrana andaba á todas horas por la prensa, y las publicaciones ilustradas estampaban sin cesar la interesante efigie del maestro, tocada con sombrero á la chamberga, decorada con la elegante perilla y circuida con una orla simbólica, compuesta de besugos y chocolateras. En cuantas Exposiciones se dignaba figurar, sus pinturas eran acogidas con delirante aplauso, y de todas partes empezaron á llover aquellos chaparrones de diplomas, recompensas, cruces y condecoraciones que habían de valerle el significativo apodo de *Medalla*.

¿Pero qué podían importarle los dicharrachos al grande hombre, cuando veía sancionado su arte por la admiración universal; cuando veía á sus bodegones invadir la ciudad y las afueras, y de la ciudad pasar á la provincia y de la provincia esparcirse por la región y de la región propagarse por todo el reino? Años de gloria, de triunfo, de apoteosis, fueron aquellas para el pintor...

Mas, como no hay bienandanza que no tenga término en este bajo mundo, vino un día en que Miguel notó con desagrado que escaseaban los pedidos y que sus obras maravillosas se cotizaban á la baja, como obligaciones de ferrocarril en suspensión de pagos.

— ¡Hola! ¡Hola! ¿Qué será esto? — se preguntaba el hombre con extrañeza.—Yo pinto las mismas chocolateras y los mismísimos besugos de siempre... ¿He desmerecido acaso en la factura? No. ¿No son tan vivos y frescos mis pescados de ahora como los de un tiempo? Sí. Pues, entonces...

El artista no acertaba á comprender que, gracias á la propia fecundidad y á la repetición del asunto, el consumo quedaba ya, más que satisfecho, ahito. Todo el mundo estaba de chocolateras hasta el copete, pues los que no la tenían en casa se la sabían de memoria por haberla visto mil veces en el comedor del vecino, del amigo ó del pariente. Así es que, cuando se ponía á la venta un bodegón de Medrana, las gentes pasaban sin detenerse y apartaban la vista del pescado, como diciendo: «¡Te veo, besugo!»

¡Qué horas más tristes fueron aquellas para Miguel! En una hora veía ocultarse para siempre aquel sol que no se había puesto en sus dominios culinarios...

— ¿Con qué... ni encargos, ni ventas, ni medallas...? ¡bien, bien! — se dijo un día el pintor, dispuesto á sacar fuerzas de su misma desesperación.—¿Con qué no queréis besugo...? Pues bien, os daré otro plato. Romperé los antiguos moldes, renovaré mi arte, haré lo que llaman una evolución.

Y como lo dijo, lo hizo. En lugar de la chocolatera de cobre, tomó una cafetera de nikel; en vez del besugo, puso un salmón, y reemplazó las acelgas por un manojo de espárragos. Y lo que sucede siempre... colocado ya en la pendiente harto peligrosa de las innovaciones, no se contentó con cambiar el motivo, sino que quiso además modernizar el procedimiento. Iluminó, al efecto, á plena luz los utensilios de cocina y las provisiones de boca, y ensayó luego una factura más simple, más ligera, más en consonancia con lo que los antiguos llamaban pintar *abreviado* y los modernos llaman *sintético*, entendiendo muchos que quiere decir, salir del paso de cualquier modo.

Pero... ¡oh rigor de los hados! Lo mismo fué presentar al público el modernísimo bodegón que estallar entre los espectadores una rechifla general.

— Este señor nos toma el pelo...

— ¿Nos cree tontos don Miguel?

— ¡Un bodegón impresionista!

— ¡Qué guasa!

— ¡Qué atrocidad!

¿Y la crítica? ¡Oh! La crítica, que tantos arrumacos había tenido en otros tiempos para el pintor, vino severa y justamente indignada:

— ¿Cree el maestro Medrana que puede impunemente un artista cambiar de rumbo, así como quiera? ¿Por qué ha desentado el maestro sus antiguos ideales? ¿Por qué ha abandonado sus clásicas chocolateras? ¿Como ha consentido, tras una carrera gloriosa consagrada al Arte en lo que éste tiene de más serio y más patriótico... como ha consentido en rendir tributo á perniciosas tendencias impuestas por la moda y el extranjerismo?

Desde aquel nefasto día, Medrana ya no supo nunca más ni á que carta quedarse ni á que ideal acogerse. Alicaído y desorientado, abandonó los pinceles, guardó bajo llave los chismes de cocina y, empezando por afeitarse la perilla, que era como cortarse la coleta del arte, acabó ¡oh trágicos destinos! por establecer una Academia de pintura para señoritas. Y las medallas famosas, aquellas medallas que constituyeron un día el más alto timbre de gloria universal, colocadas desde entonces en el fondo de una vitrina, sirven como espejuelos de reclamo para atraer á incautas niñas cloróticas que quieran dedicar sus ocios al noble arte de la pintura.

¡Cuánta desolación!

Pero, cuando el azar reune á algunos de los antiguos *amateurs*, de los entusiastas aficionados que alcanzaron los buenos tiempos del gran pintor, muchos de ellos recuerdan todavía con emoción aquella pasta, aquellos tonos, aquel claro-obscuro, aquella calidad...

— Quien no ha conocido la «primera manera» de Medrana, no sabe lo que es pintura ni Cristo que lo fundó.

— ¿Se acuerda V. de los besugos?

— ¡Oh! sí... ¿Y aquellas chocolateras?

R. CASELLAS



Ilustraciones de Mas y Fondevila

LA SANTÍSIMA VIRGEN LEYENDO

Busto de Amadeu



Poquísimo se sabe del escultor catalán Amadeu. En general se le cree hijo de Vich ú oriundo de aquella comarca pero no falta quièn le supone nacido en Mataró. De lo que parece no haber duda es de que fué catalán y de que vivió en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del actual. Amadeu no estudió en ninguna escuela ni á ninguna estuvo afiliado. Fué un artista del todo independiente, algo á la manera del pintor Viladomat, quien en medio de las pompas que el arte barroco iba desplegando asi en la arquitectura como en la escultura y pintura se mantuvo fiel á la naturaleza y guardó una sencillez y hasta simplicidad que han admirado todos los inteligentes. Amadeu se presenta con caracter semejante. Ni la riqueza y exhuberancia del Bernini y de sus secuaces, ni la reacción neoclásica que ya se dejaba sentir en sus días influyeron para nada en su talento. Fué un imaginero chapado á la antigua. Encerrado en su estudio, que hubo de ser modestísimo, su norma en todas las esculturas que ejecutó, su guía en ellas se redujeron á los sentimientos religiosos que dominaban por completo en su corazón y al estudio de la verdad real, que imitó de la misma manera que lo hicieron los viejos escultores en todos los Reinos de España. No de otro modo trabajó el murciano Salcillo al tallar los famosos pasos de Murcia.

Muchas debieron ser las esculturas que talló Amadeu para distintas iglesias de Cataluña y para oratorios de particulares, pero como es de suponer no en todas brillaría por modo idéntico su natural ingenio ya que muchas las trabajaría cobrando poquísima remuneración y por lo tanto empleando en ellas escasos esfuerzos y escaso tiempo. Apesar de esto raras serán las que debidas en realidad de verdad á su mano no contengan algunas marcadas bellezas. La Virgen, Santa Ana, San José, San Mariano fueron los temas sacros en que principalmente reveló su mérito como artista escultor. En estas imágenes resplandecen en primera línea la sencillez á que hemos aludido antes, mejor diríamos la ingenuidad, junto con el profundo sentir del fiel creyente católico. Aquellos rostros, en los cuales se descubren las líneas del natural, trasladadas con exactitud á la madera, aparecen sin embargo, transfigurados sobre lo terreno merced á los sentimientos que vivificaban la inteligencia y el corazón del modesto maestro imaginero. El misticismo más acendrado se advierte en el penitente San Mariano, obra suya; la Fé resplandece en las hermosas testas de Santa Ana y San José que inspiran vivo respeto y mueven á devoción á quienes las contemplan; en los rostros de sus Vírgenes puso todavia mayores excelencias y acrecentó las delicadezas de concepto y de modelado.

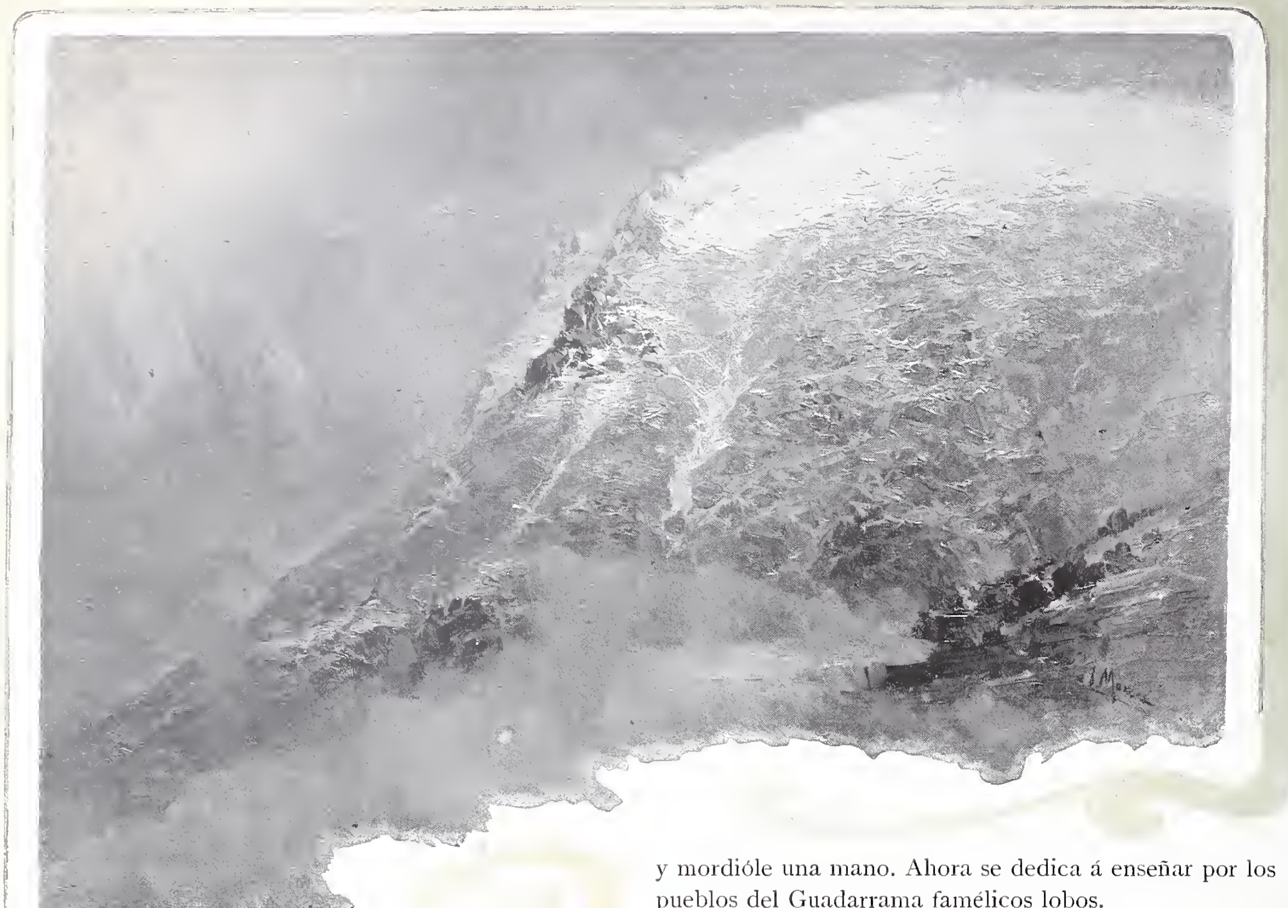
Una de ellas es la que reproducimos en este número y que figura en la colección del Sr. D. José Antonio Brusi, de esta ciudad. Representa *La Virgen leyendo*. Es de madera tallada, encarnada y pintada, como encarnaron, pintaron y estofaron sus imágenes los antiguos escultores de nuestra España. La pintura recuerda la realidad pero no la sigue escrupulosamente, con lo cual se aumenta la idealidad que se descubre en la media figura de que hablamos. Quien la vea por vez primera reparará enseguida que las facciones traen á la memoria las de una bella campesina catalana, de una jóven de nuestra montaña, de rasgos enérgicos y á la par de expresión suavísima. Lee atentamente la Virgen, sigue las líneas del libro que tiene abierto: todo esto reune los pormenores de la verdad, tal como podemos descubrirla en el mundo, pero lo que no encontraríamos en este es el candor que baña el rostro y que difunde por él y por todo el busto un aroma de inmaculada pureza. Es la Virgen que lee la imagen tallada por Amadeu; no el retrato suplemente de una hermosa campesina. Hay verdad é idealidad en toda la escultura; un modelado valiente que acusa una mano peritísima sirviendo á un corazón sinceramente católico, fervorosamente creyente, cual debió serlo el de nuestro Amadeu, entre cuyas obras, más sentidas y más redondeadas ha de ponerse sin duda alguna el busto de *La Virgen leyendo*.

F. MIQUEL y BADÍA



COTILLON
COMPOSICION DE D. U. VIERGE





Ilustraciones de J. Morera Galicia

EL GUADARRAMA

II

(Diario de un Pintor)

Conforme la soledad se hacía mayor y más profunda, nos sentíamos más contentos de hallarnos lejos del mundo... En esto, ¡oh! en esto, mi caballo relinchó alegremente... Un bulto negro se dibujó en la nieve que alfombraba todo como con espeso tapiz. Y acurrucada en sus andrajos, con un largo palo en la mano, seca y arrugada como las encinas que amueblaban aquellos bosques desiertos, se apareció una horrenda vieja.

Ya estábamos en camino otra vez, cuando en lo más alto de la *Morcuera*, saltando y derrumbándose por los bloques de nieve, vino hasta nosotros otro personaje que dijo airadamente:—*¡Buenas tardes!*—y siguió su camino. ¿Era el marido, el ogro, el trasgo que acompañaba á la vieja? No: era ser real, y de los más temibles de la sierra...

— ¡Ese — dijo el guía,— es mi suegro! Caza lobicos y zorricas.

Era con efecto un cazador famosísimo. Allá en las noches de temporal espantoso, cuando los lobeznos llaman á sus madres y éstas buscan anhelosas comida, el bárbaro, se metía en las madrigueras. Cierta noche, al tratar de coger á los hijuelos, se arrojó, hirviente de furor, la loba, y mordióle una mano. Ahora se dedica á enseñar por los pueblos del Guadarrama famélicos lobos.

Muy poco nos faltaba de ascensión después de haber atravesado rápidamente por unas *Carboneras* ó *Chozas*, especie de vivienda polar ó lapona, defendida del viento por barbudos y selváticos matorrales y en la cual se calentaban, á los resplandores de pobre hoguera, unos carboneros negros, negros, sí. Vímonos ya en lo más alto de la *Morcuera*. Es lo más alto del *Puerto*.

¡Estábamos en la cima soñada! Y ¿cómo, cómo describir aquélla magnificencia? Libres de estorbos, el gran panorama abríasenos de par en par. El monte que antes se nos aparecía gigantesco, era menudo y hasta enano ahora... Juzgad lo que vimos... En el fondo del panorama apareciósenos el *Mont Blanc* del Guadarrama, venerable abuelo de todos, el monte *macho...*, *¡Peñalara!*, en fin... Allí saludamos la apoteosis de las montañas, el rey del Guadarrama sentado en el colosal trono de piedra y nieve y dirigiendo como cariñosas miradas de luz, desde su cima, á los príncipes y principillos de la sierra acurrucados en su rededor con adoración fervorosa, *Cabeza de Hierro*, *Cancho*, la *Najarra*.

Pero así como éstos nos ofrecían en sus cimas murallas blancas ó negras de duro mármol ó de indomable hierro, dientes y torreones, accidentadas y torcidas líneas de un edificio ruinoso, *Peñalara*, gigantón impasible, lucía á los vientos su lomo y sus encrespadas cimas, sus calvas cargadas de níveos pelucones á modo de venerable abuelo. Su vestido caía en anchísima clámide de blancura jamás hollada; su base y cintura sentíanse oprimidas y abrigadas por el espeso vello de seculares bosques que desordenadamente trepaban y parecían volver á retroceder como

ejército asustado de subir hasta allí... Allá en el fondo, la *Cartuja del Paular* apenas brillaba en el confuso crepúsculo ahogado en un seco mar de negruscas selvas... Los campos exhalaban un vaho gris transparente y fumoso de frío, de respiración fatigosa; alfombras de virgen nieve se azulaban como oleada finísima y acariciadora; la nevizca mate enmascaraba las alturas con su antipático brillo de almidón, compensado por transparencias de otra nieve exquisita y afelpada que modelaba voluptuosamente el seno de las rocas...



Las últimas luces se llevaron el mundo soñado. No vimos más.

. . . .

Todos los furores é inclemencias de la sierra se habían desatado contra nosotros. Remolinos de nieve nos envolvían, y como heladas flechas clavábanse finas estalacticas de nieve en nuestros rostros. Los caballejos, con ser muy prácticos en tales danzas, helados de terror se agitaban lanzando á los vientos espantosos relinchos de agonía. El lúgubre anochecer en aquel mil y mil tinieblas se agolpaban para hacerlo más trágico y medroso; los mugidos de la cellisca; el hielo, la nieve... el horror de lo desconocido, hubieran quizás espantado á otros que no á nosotros. Por el contrario, cuando descansamos en el casucho que nos servía de hotel, estábamos tan alegres que apenas si nos distrajo un momento el angustioso gemir del ventarrón que apagó el candil y los bufidos de la tempestad aulladora como manada de lobos.

Y era porque de la nieve, de la soledad, del desamparo, nacía para nosotros como nueva y robusta vida, perfumes de penetrante aroma, visiones artísticas, fecundas en salvaje é ilimitada inspiración... Á la misma hora en que nos helábamos en el desierto del Guadarrama, los madrileños se dispondrían á ir al teatro, el crítico á escribir vulgares y fríos renglones, el artista á marchitar su inspiración en la vida bohemia y trasnochadora de Madrid.

¡Y nosotros dormiríamos entre ásperas sábanas de cartujo y comeríamos carne de cabra!



Pero ¡qué bríos para el siguiente día! Emprenderíamos la batalla con la naturaleza bravía. ¡Qué tesoros descubríamos en aquellas solitarias cimas á que no llegaron nunca los holgazanes, flores de la estufa cortesana, hartos de pintar con receta naturalezas de pacotilla inspiradas en tísicas plantas y amparadas por la estatuilla de algún afeminado paje de Venecia!... Esa pintura de paisaje, considerada por cierto crítico como *arte de tocar la guitarra con cifra*, es la más sublime de todas cuando fija las grandezas del tornadizo natural tan vario, tan rico.

Los Corot, los Daubigny, los Toppffer, los Türner, fueron como nuevos Hacedores de mundos y por crearlos sufrieron el martirio de los exploradores, sufrieron muchas lluvias y nieves, tremendas batallas con su conciencia, con el aprendizaje rutinario y las creencias tradicionales de su época; fueron esclavos de esa jornalera implacable llamada la Inspiración, tan caprichosa, tan casquivana, que huye de los abrigados estudios del pintor y se pasa entre la nieve y la lluvia la mitad del año...

Diciembre... — Trotábamos en dirección del puerto de *Canencia*, en donde debíamos pintar de firme, para lo cual iban empaquetadas cajas, caballetes y otros artefactos... Rota la niebla, nos vimos en un terreno para nosotros nuevo, porque á la estepa nevada había sucedido un bosque de esbeltos troncos en que el invierno hizo de las suyas. Y estos árboles, cara á cara con la naturaleza, lograban, á costa de rechupada sangre, lindos brotes y aun frondosos trofeos de verdura en la primavera. Por lo menos en aquella soledad hallábamos árboles á falta de hombres... ¡Los hombres! ¡Los árboles! Y también, asombraos, ¡las perdices! Las oíamos cantar libremente con cierta no recatada desvergüenza que significaba:

—¡Cazadores frioleros! ¡Temerosas escopetas! ¡Venid si os atrevéis!

Las oímos, sí, y confiadas nos dejaron paso, porque sin duda en el reino de la pluma ocupaban parecido lugar al que nos distinguía á nosotros en el imperio del pincel, es decir que eran perdices *bohemias*, las cuales, libres de trabas, se habían venido á pasar el invierno en amor y compaña, riéndose de aquellas sus compañeras las perdices cortesanas, que lo pasan en jaulones cubiertos de paño verde ó tras del empañado escaparate de Llardy... amortajadas en gelatina. Y esto sirvió de discusión mientras atravesábamos el bosque sombrío.

— ¡Parece mentira que á las puertas de Madrid se vea esto!

— Que hablen de Suiza y de Mont Blanc y de... ¡Cuidado, penco!

—Yo quisiera ver aquí á esos señoritos de calzón corto, á

esos turistas... ¡Arre! ¡Arre!

—Y á las Mises inglesas y á todos los cursis que beben champagne en la cima del Yungfrau.

— Y ayer comimos cabra... Y hoy carne de guadarrameño... Señores, esto es un caso de antropofagia... ¡ Eh, ojo con ese caballo !

— Pero ¡y el arte! *¡ Evivva el arte!* gritó con estentórea voz un expensionado en Roma.

— *¡ Per troppo variar natura e bella !* ¡Cuándo te pararás, penco condenado!



—¡Señores, da vergüenza pensar á qué estado de rutina y de... tontería hemos llegado en cuanto al paisaje! *¡Anda, mi Walkyria!* gritó un pintor que había vuelto entusiasmado de Bayreuth el año anterior.

— Hay paisajistas verdes, azules, amarillos, rojos, blancos, azul cobalto.

—¡Por todo lo alto! como nos decían en la Academia. La verdad es que hace fresquito.

—¿Y las medallas? ¿Y las Exposiciones? Los pintores son empleados... y las escuelas centros de corrupción.

Una sacudida de risa invadió á todos. Y otra de nieve nos hizo callar. Porque aquella ligera lluvia de papelitos ó mariposas blancas que lloviznó el amanecer, ya por entero abierto el día se convirtió en nieve de verdad, que á veces parecía aleteo de pájaros blancos que se acometían confusamente.

Había comenzado la penosa ascensión del *Puerto de Canencia*, otro de los *huesos* de la jornada... ¡ Vosotros, madrileños, gente egoísta y regalona, no tenéis perdón de Dios, ni del arte, ni de la medicina, ni de la higiene, al gastar toda vuestra existencia pudriéndoos, helándoos ó retostándoos en cuchitriles más ó menos aparatosos y más ó menos pobres, en donde el aire llama á la puerta y no entra y la muerte se cuela de rondón! ¡Vosotros, cursis veraniegos que gastáis vuestro dinero y tiempo en ascender á montañas extranjeras de empingorotados nombres! ¡ Vosotras, jóvenes de color amarillo limón, lectoras de noveluchas y eterna molestia de los vecinos que no se deleitan con vuestros insípidos valses y polkas! ¡Vosotros, burócratas enterrados en los nichos del vasto cementerio ministerial ! ¡ Vosotros jóvenes y viejos, niñas y madres, cursis y elegantes! ¡No, no tenéis perdón de Dios al sentir la vida tan cerca y despreciarla, al huir del aire puro y gastarlo maloliente como el pertróleo ó el sahumerio ! ¡Venid á estas montañas, subid y trepad por estas eminencias en donde la salud moral y la corporal tienen su asiento! ¡Vosotros, elegantes que sabéis hacer estas cosas: bautizad el Guadarrama con los nombres que más estrafalariamente os choquen, y añadidles cuantas *erres*, *effes* y *kkas* os vengan en gana... pero venid !

Venid, sí, y subid con nosotros como ahora vamos á hacerlo. Porque, tras un breve descanso debido á las impaciencias artísticas de Darío, hénos otra vez á caballo.

Darío ha hecho rápidamente su croquis. Figuraos uno de nuestros caballos, espantado por la nieve, con su crin como despeinado abanico al aire, relinchando de terror, en la llanura de un tono cárdeno azulado.

Lo primero que se ve al subir el *Puerto de Canencia* es una serie de frescas extensiones de nieves, tan puras, tan suaves, tan fragantes, que parecen una eflorescencia de la verdura misma. Á poco de subir, aquellos blandos aposentos se inundan de lentiscos y menudos *piornos*, matajos verduzcos y afilados como espadas ó arrugados y contrahechos cual extraños pulpos, ó ya plantas acuáticas que surgieran en el mar de la nieve. De los matajos en que se cuelgan como diademas ó broches agujas y joyas de hielo y nieve, se pasa á las rocas, y son éstas chatas ó monstruosas, ó deformes, si bien muestran en sus esquinas y chaflanes preciosos copetes de blancura... Cuando nuestros caballos se adelantan escurriéndose por el borde de barrancos á veces como en el filo de un sable, novísimos é inexperados espectáculos se nos ofrecen. ¡ Mirad que horrenda es aquella cueva de osos, de salvajes primitivos que se advierte en un repliegue del monte! La luz no ha penetrado jamás allí, porque los enanos misteriosos de la leyenda forman quizás en el fondo de la caverna á cachiporrazos el «oro maldito.» Contemplad luego como una caricia de luz aquel barranco y vedlo festoneado de verdura de la que cuelga, como tisús ó encaje, la nieve. Observad esta tremebunda revuelta del camino en que el almohadillo de las rocas no evita que parezcan éstas dos tremendas dentaduras dispuestas á tragarse al osado que intente penetrar por allí. En cambio ¡qué puras, qué plácidas esas dormidas cimas blanquísimas de la derecha ! ¡Qué ceñuda esa frente de rocas negruzcas de la izquierda, frente preñada de pensamientos feroces en que las hendiduras parecen terribles y fruncidos pliegues !

RODRIGO SORIANO

(Continuará)





PAGANDO UNOS PENSAMIENTOS

Pensando al ausentarme
en ese dueño hermoso
de quien son, flor ó idea,
mis pensamientos todos,

la frase recordaba
con que, turbado el rostro,
cuando en mi ojal los prendes
prendísteme los otros:

« Es el camino largo
y marchitarse han todos;
de cuantos van contigo
llegará el mío solo...»

Era el camino largo
aunque le anduve pronto:
¿ cuál, volviendo de verte,
parecería corto?

A par de mí corrían,
sumiendo el blanco polvo,
las aguas de aquel río
que ven nacer tus ojos,

y en blando movimiento
los árboles del soto,
cual si también corrieran,
sucédense en cien troncos...

Mi pensamiento triste,
del tuyo codicioso,
así por el camino
les preguntaba á todos:
« Decidme, árboles y aguas,
si viene con nosotros.»

. . . .

Marchitos, cual temías,
acá llegaron todos:
¡ quién me dirá si, vivo,
con ellos llegó el otro!

Marchitos, aún los guardo,
que sus misterios hondos
no celan flores muertas
á quien los busca ansioso.

Así mi pensamiento,
con tu promesa loco,
á los que guardo mustios
pregunta un día y otro:
« Decidme, pensamientos,
si se quedó en vosotros...»

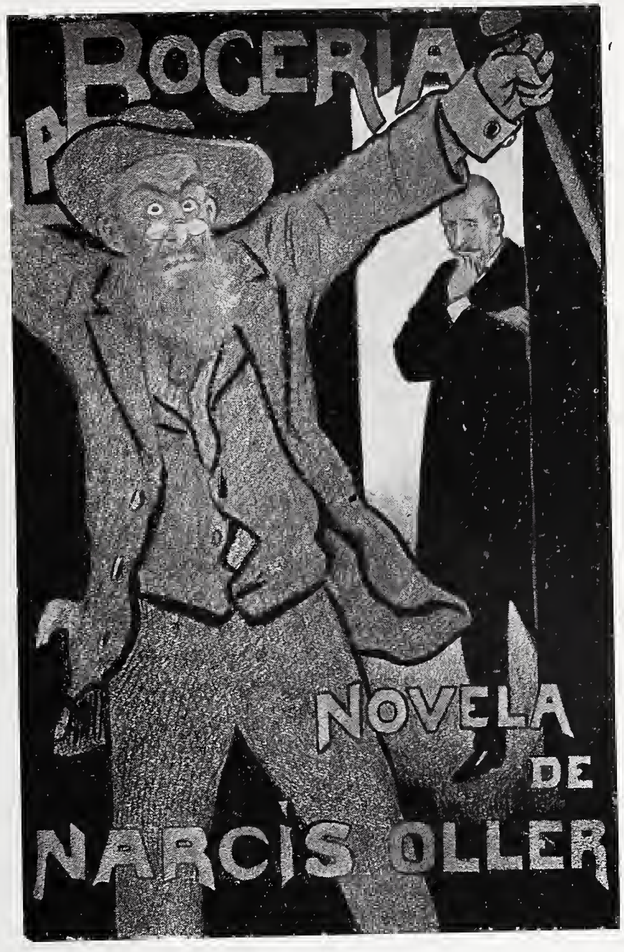
E. Menéndez Pelayo



—¿Por qué me rio?... pués, me rio, porque estoy loco de alegría, porque eres ya mi mujercita y yo soy tu maridito, y... porque pienso en la cara que pondría tu difunto si pudiera ver que me quedo con su viuda, su droguería, su reloj de oro y su sombrero de copa. ¡El que no podía verme ni en pintura!...

COMPOSICION DE J. BORRELL

OBRA DE SENSACIÒ



Un hermòs tomo d'unas 200 páginas **3 PESSETAS** De venda en las principals llibrerías

OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

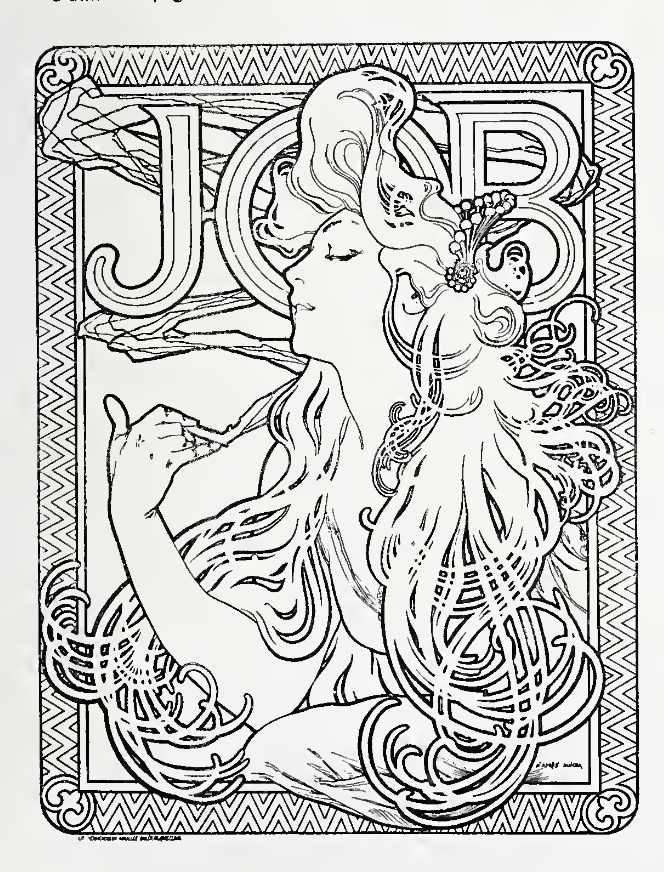
1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio critico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º,* 3 pesetas

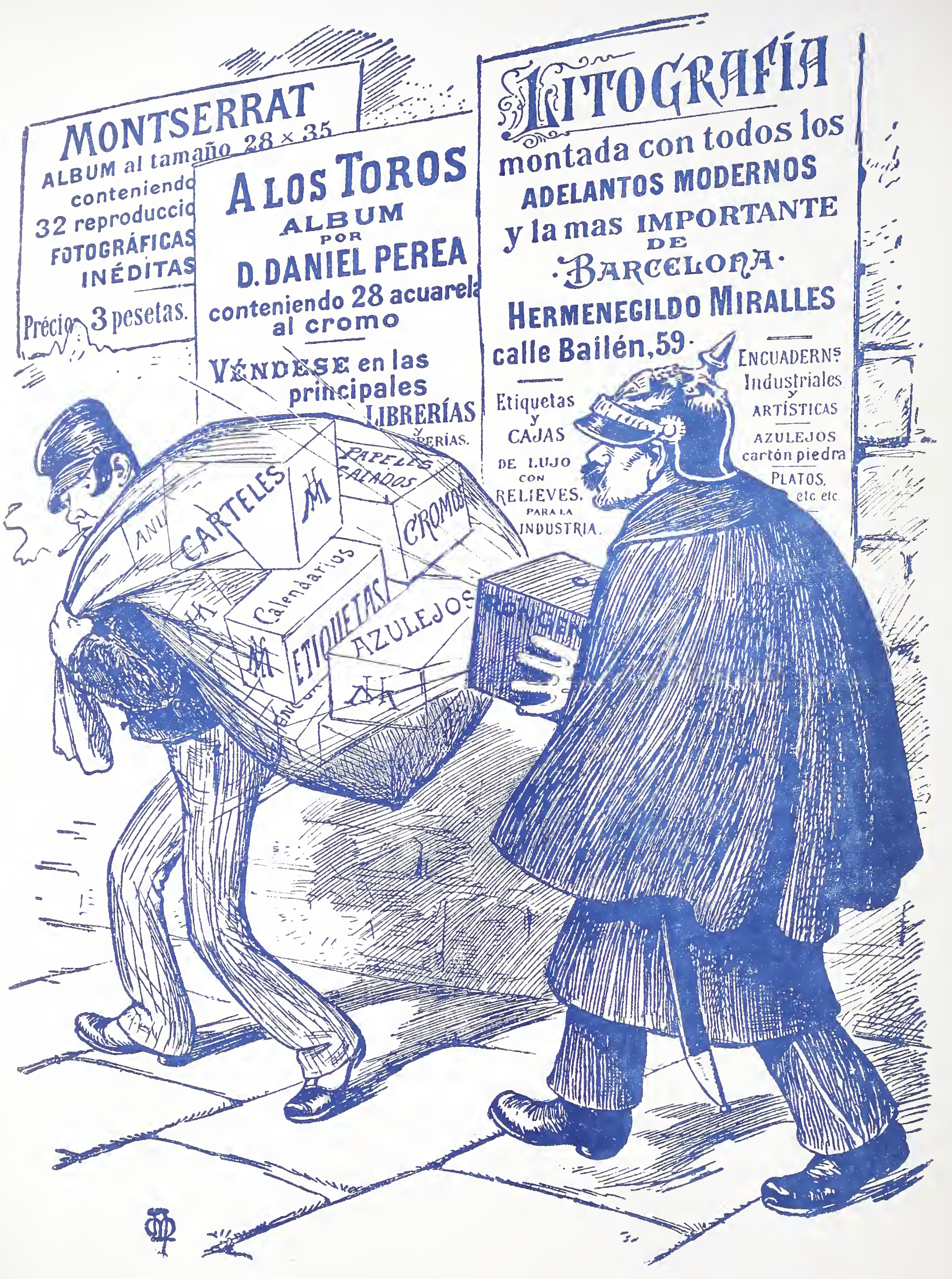
TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º,* 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º,* 2 pesetas





LA CIENCIA APLICADA Á LA SEGURIDAD PÚBLICA



¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ...¡Poder ver lo que lleva ahí dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!

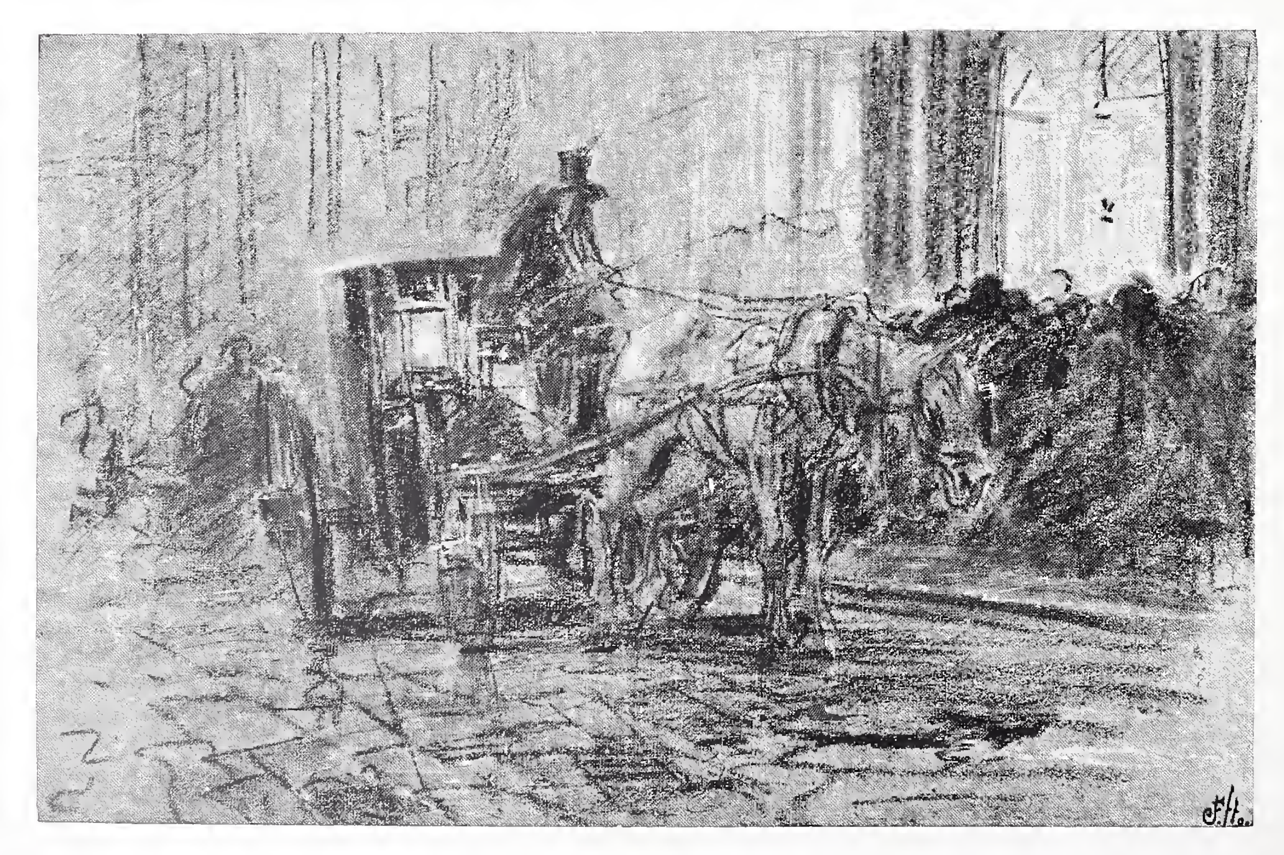

HISPANIA
Brull
HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA
N.º 5.- 30 ABRIL 1899

SUMARIO

PORTADA.	por Brull.
APUNTE CALLEJERO	por J. Borrell.
GITANA GRANADINA	por R. Pichot.
POESIAS INÉDITAS.	por E. Cotarelo.
PUERTO DE CANENCIA	por J. Morera y Galicia.
EL GUADARRAMA	por Rodrigo Soriano; ilustración de J. Morera y Galicia.
ALEGORIA	por J. Sorolla.
EL PISO	por J. Puyol; ilustración de O. Junyent.
PLÁTICAS DE FAMILIA.	por R. Casas.

A NUESTROS LECTORES

De aquí en adelante, **HISPANIA** saldrá á luz quincenalmente, en vez de mensualmente, como hasta hoy. Nos ha movido á adoptar esta modificación el deseo manifestado en este sentido por muchos de nuestros favorecedores y de nuestros corresponsales, así como la convicción en que estamos de que haciéndolo de esta manera podremos dar mayor interés á nuestra publicación, abreviando el espacio de número á número. Para facilitar el éxito de esta combinación, hemos resuelto también reducir á 16 páginas las 20 que hasta ahora formaban la revista, reduciendo el precio del número á **2 REALES.** Por lo demás, las condiciones materiales, artísticas y literarias de **HISPANIA** seguirán siendo las mismas, esforzándonos, conforme ofrecimos ya á nuestros lectores, en dar toda la bondad y variedad posibles á nuestros trabajos.



APUNTE CALLEJERO
COMPOSICION DE J. BORRELL



GITANA GRANADINA
COMPOSICION DE R. PICHOT



I

No son muchas, ó por mejor decir, son rarísimas las poesías líricas que se conocen del célebre escritor dramático del siglo XVII y novelista, autor del *Diablo Cojuelo,* Luis Vélez de Guevara. Todo su ingenio y agudeza, que eran grandes, los empleó en su célebre novela satírica y en sus cuarenta comedias, que se distinguen por el rumbo, boato y tropel, como le decían sus contemporáneos; pero no sin que alguna parte de aquella sal andaluza suya, se perciba en tal cual poesía lírica que ha llegado á nosotros. Creemos, pues, que los lectores leerán con gusto el siguiente epigrama, hasta ahora inédito del autor de *La niña de Gómez Arias,* y que se halla en un tomo de varias poesías de la época. Con su encabezado y todo dice así:

« Por hallarse en necesidad Luis Vélez, *el Poeta,* envió á pedir á un portugués judio y muy rico, cincuenta escudos y él le envió *treinta* reales á lo cual escribió esta décima:

Por un papel en que os pido
dineros, necesitado,
con treinta volvió el criado...
¡ Notable número ha sido !
Pero, dime, fementido
tesorero de Israel:
mi mal escrito papel,
¿ qué talle ó fisonomía
de Jesucristo tenía,
que diste *treinta* por él ?

II

Otro poeta famoso de aquel tiempo, fué el Padre Fr. Damián Cornejo, de quien algunos curiosos conservan una colección de versos, bastante impropios del estado de aquel poeta. La licencia de algunas composiciones es extremada, y aunque la libertad de la época pasaba por tales cosas, sin que las personas fuesen mejores ó peores que las de nuestros días, creemos imposible que puedan ver la luz pública la mayor parte de las composiciones burlescas del P. Cornejo, poeta por otra parte, muy agudo, fácil, ameno y correcto. Murió hacia 1660.

Elegimos entre sus poesías, hasta hoy no impresas, el siguiente « *Soneto á una dama beata que se llamaba Cruz y perseguía mucho á un fraile:*

Cruz: si cristiano soy, ¿qué me persigues ?
Cruz: si diablo no soy, dí: ¿qué me quieres?
Si yo soy bautizado y tú Cruz eres,
cuando de ti me escondo ¿qué me sigues?
Cruz: á que yo te diga no me obligues
Mi parecer y aun treinta pareceres;
No tan mal uses, Cruz, de tus poderes,
Porque haré que de mí, Cruz, te santigües.
Tienes de Cruz el nombre solamente,
Y sin razón á todos nos molestas;
Así que ha de llevarte es evidente
El demonio por otras y *por éstas.*
¡Oh, quién le viera al diablo penitente,
Ir al infierno con su *Cruz* á cuestas!

E. C.





PUERTO DE CANENCIA
COMPOSICION DE J. MORERA GALICIA



Ilustraciones de J. Morera Galicia

EL GUADARRAMA

III

(Diario de un Pintor)

—¡Aquí! ¡Por aquí! ¡Mirad!—grita uno. Y nos dirigimos hacia una extensión azulada en que las patas de los caballos se escurren, y un anfiteatro de montañas de plata azulada se despierta á la luz blanda de la mañana, mientras que al otro lado los nubarrones feroces del cielo inundan de pliegues sombríos las montañas! Y luego graciosas incrustaciones de nieve, dijes primorosos allá, fajas guarnecidas de plumaje sedoso, mantos de blancura con pliegues clásicos más lejos, limpideces de concha junto á bárbaros *piornos*, tonos de acero empañados, pero de acartonada rigidez, castillos feudales en que la nieve dibuja torreones, catedrales rematadas por agujas finísimas, cresterías y alhambrescas labores, tracerías y rosetones, pirámides y machones, gárgolas y dólmenes, toda una historia de la arquitectura, hecha nieve. Abajo, el negruzco, lanudo y apelmazado rebaño de *piornos* como una piara en desbandada; aquí, más cerca, un misterioso camino en que las azules pisadas de caminante, ó de alimaña, marcan quizás una catástrofe ó una celada, caprichosos vericuetos de cabras ó de seres que por allí viven... ¡Qué sé yo! El caso es que cada resplandor de luz era para nosotros un espectáculo nuevo, y que nuestros caballos iban y venían nerviosamente y que ya cajas y pinceles rodaban por la nieve... Mientras, el lloroso paisaje, desbordando chorretones, desprendiendo como una lejía humosa ó un sebo sucio, se iluminaba ó apagaba según el Supremo escenógrafo quería.

En el *Puerto* las águilas lanzaban su magnífico y ronco graznido, saludando á la libre naturaleza y ofendiendo la pequeñez del hombre. ¡Las sentíamos revolotear sobre los peñones y remontarse luego en lo profundo y cárdeno del cielo, dueñas del mundo!

Aún sentíamos sus graznidos en aquella mansión, por ellas habitadas tan sólo, cuando entramos á descansar en un cobertizo llamado *Las Casillas*.

Habíanse juntado allí unos bueyeros y pastores.

Nuestra presencia les intimidó un tanto.

Las cajas de pinturas y demás trebejos no podían menos de hacernos sospechosos. ¿Seríamos dentistas, buhoneros ó *cosa de la justicia?* Les oíamos cuchichear por lo bajo y discutir y hacer aspavientos. Llamaron á nuestro guía, habláronle. Escuchábamos frases entrecortadas como de una conversación interesantísima.

— *Aluego.*— *¡Pus eso vale mucho!*

— *¡Di aquí aluego, lo venderá el señorito!*—decía uno.

— *¡Y si nus dan pa lo que se coman las granizás!*

— *¡Pús no m'atrevo!* Y *¿con quí pintan eso? ¡Concho!...*

Por fin, uno de ellos se vino á mí derecho y me soltó esta pregunta:

— *¿Quisiea osté pintá los bueyes! Mielos que crecíos?*

Junto á la puerta veíamos un enorme carro parado del cual tiraban dos cachazudos y huesosos bueyes.

—*¡Ya sabusté*—añadió receloso;—*quien lo hace lo cobra y fíate e la Virgen y no corras. Conque lo que se gane á partir... Y menudo nigocio!*

Yo miraba de hito en hito á aquel marchante guadarrameño, salido de las nieves como para recordarnos la esclavitud del arte. Sin duda, nuestro guía le fascinó con el valor que la pintura podría tener y ya el pobre serrano con-



taba con enriquecerse. ¡Fiaos de la inocencia! ¡Inocente era, sin embargo, suponer que la pintura da dinero en España!

— Pero ¡ hombre de Dios! ¿Y si no vende los bueyes?

— *¡Pús lo que dén! ¡Yo lo vendo! A partir. Con que ¿le conviene usté ú no? Y véngase aluego, que cuando esté la cosecha d'aquí siete meses tendremos trigo... d'aquí luego verá usté las judías, coles y cebada verdear y entonces haremos negocio...*

Se fué el buen hombre con su carro y nosotros no pudimos menos de convenir en que para la explotación del arte no hay clases. ¡Más honrado y franco era al fin aquel serrano astuto que los explotadores y marchantes con escaparate puesto! Pero ¿quién se acordaba de esto cuando tan grandes emociones pictóricas nos espoleaban? De la mañana á la noche, subiendo y bajando por montes y riscos. ¡Con qué impaciencia aguardábamos el momento de clavar el bastón ó el tenderete en la nieve y pintar!

El *Puerto Canencia* nos enamoraba.

Pintamos mucho, recorrimos aquellos andurriales sin parar, y otros mas nuevos, como *Cabeza del Hierro* y los más conocidos de la Sierra, *Valle de Chozas* entre ellos, de nuevo *Cancho del Águila,* resguardado por hermosas selvas. ¡Un día contemplamos desde las cúspides de nieve el sitio en donde suponen algunos existe esa *fábrica de pulmonías* que almacena la muerte para enviarla á Madrid! ¡Sabed, madrileños, que desde esos torreones de nieve dispara el Guadarrama, todos los días, envenenadas flechas que acosan á la corte, que sorprenden al desabrigado, esperan á la salida de los teatros, matan al *dandy,* se cuelan en los más abrigados salones y desdeñan las casas pobres, puestas á la intemperie!

Aquellas gigantescas ciudades de nieve en que habitábamos, si mal servidas de hoteles y comodidades, augustas y solemnes como eran, no conseguían aburrirnos, y eso que nuestra soledad era absoluta. Alguna vez, sin embargo, notábamos la ausencia de voces gentiles y de femeninas risas que alegraran nuestro desierto. Y hasta entreveíamos la buena chimenea, el último libro, el estreno, el caliente estudio. Tan sólo mujeronas hombrunas arrebujadas en seis ó siete sayas, con más hojas que puede tener una alcachofa, pasaban de cuando en cuando por nuestra ciudad, hoscas y silenciosas... Pero un día en que la tristeza nos embargaba ya y estábamos de un mal humor positivo, al regresar de lo más alto de la nevera, algo como piar de avecillas tristes despertó músicas de otros días en nuestros oídos. En la fresca extensión de blancuras, descubrimos, acurrucadas como asustados gorriones, unas niñas que se calentaban á mortecina hoguera. ¡Eran sus píos tan flacos y sus risas tan melancólicas en aquella soledad feroz! ¡Oh, sí! Nos supo á mieles aquel dulce encuentro de los infantiles habitantes de la nieve, pálidas flores brotadas allí, entre el frío y los ventisqueros, marchitas en sus miserables andrajos gitanescos...

Su presencia nos alegró durante algunos días. Tomámoslas de *modelo,* pero las copiábamos con el temor de profanar tan delicada y oculta belleza...

Una tarde triste contemplamos por última vez el Guadarrama azul, torvo, preñado de nubes y meditabundo como siempre: un grito triste nos despertó de nuestros pensamientos. Eran las niñas que se despedían de nosotros, de nosotros que abandonábamos la sierra para entrar de nuevo en la capital temida. Habían subido á la cima y recogido de entre la nieve un montón de violetas. Era de esas violetas ásperas y fragantes, de penetrante perfume y color morado intenso, criadas á la sombra de los peñascos en el *tisú* de la nieve. Á su lado, las coquetuelas violetas de la Corte parecían cloróticas y mustias. Las pobres niñas temían hacernos aquel tan insignificante regalo..... Pero nosotros, ¡oh gentiles serranas, ninfas de la blancura, benditas seáis! nosotros acogimos con regocijo el regalado fruto de las nieves... Su perfume no se alejará de nosotros jamás... ¡Mustias flores, nunca moriréis, porque sois como la flor áspera y viril de las felices montañas donde Dios y el arte viven! ¡No os marchitaréis jamás, porque os cultivamos en nuestro corazón, regadas con el llanto de los crepúsculos melancólicos, remozadas con el sol de los alegres días de la vida!»

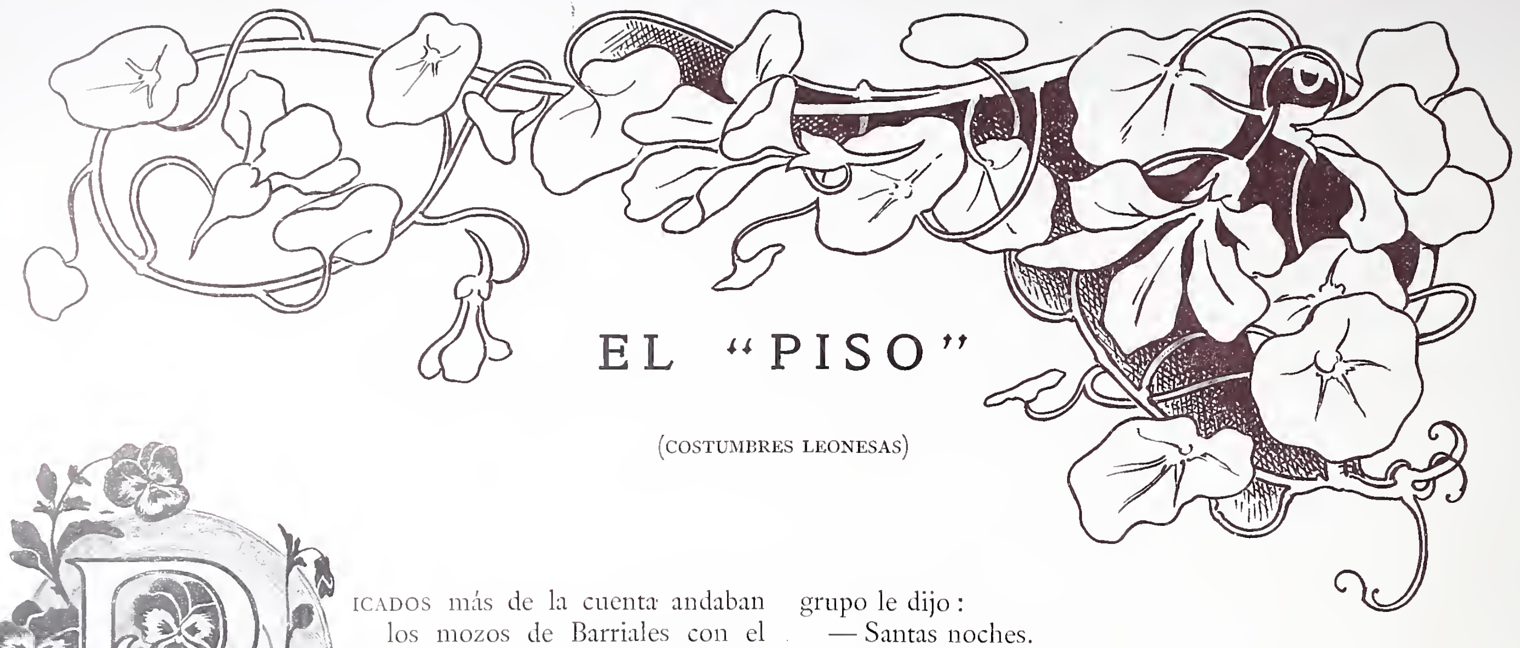
RODRIGO SORIANO





ALEGORIA
COMPOSICION DE J. SOROLLA


PAVIA
S.n QUINTIN
PATRIA
Thomasse



EL "PISO"

(COSTUMBRES LEONESAS)

PICADOS más de la cuenta andaban los mozos de Barriales con el nuevo criado que *don Eulogio, el deputao,* trajo de Madrid: primeramente, porque era un fantasioso, un *mainate* que nunca daba, ni los buenos días, ni las buenas tardes, ni las buenas noches, aunque pasase al lado del señor Cura, y después (y esto es más grave), porque á poco de haber llegado á la aldea comenzó á cortejar á Bernardica, cuya fama de real moza era proverbial en todos los pueblos de seis leguas á la redonda. Claro que á ninguno de ellos le quitaban el sueño estos amores, si bien más de dos envidiasen la suerte del forastero, pero, en cambio, les importaba, y mucho, que durante tres semanas largas hubiera campado el galán por su respeto, libre y horro, sin hacer la más leve indicación de querer pagar *el piso,* segun costumbre antigua y siempre de todos acatada.

Lo que es de aquella noche no escapaba sin pagárselo; para eso se habían reunido al volver del campo y acordado en pocas y rústicas palabras lo que llamáran su *línea de conducta,* si no aciertan á tener la suerte, bendito sea Dios, de ignorar la frasecilla. Irían *de ronda* como todas las noches á tiempo que él estuviera hablando con la novia; y así que le echasen la vista encima ¡zás! le afrontaban resueltamente y asunto concluído. Era ya cuestión de honra y de vergüenza.

Dicho y hecho. Después del toque de oraciones salieron en pandilla, batiendo el parche del tamboril y atronando con sus cantares las solitarias calles del pueblo, y, á lo tonto, á lo tonto, fueron aproximándose hasta llegar frente á la casa de Bernardica. Allí estaban los dos: ella en la ventana, él en la calle, charlando á más y mejor y diciéndose sabe Dios cuantas ternezas. Bernardica, cuando vió que los mozos recalaban en aquel paraje, cerró la ventana, dejando de improviso interrumpido el coloquio y al *madrileño,* (que así en el lugar le llamaban), con la palabra en la boca y un tantico sorprendido de la importuna visita; sorpresa que fué en aumento al advertir que los rondadores se le acercaban y que uno de ellos, de nombre Taguicos, alto como un castillo, adelantándose del grupo le dijo:

— Santas noches.

— ¿Qué ocurre? — preguntó el saludado con aire de jaque.

— ¿Nus pués oir dos palabras... en paz?

— Y trés también; pero cuando uno está hablando con una mujer, *mayormente,* (estilo madrileño puro) se le debía *de* dejar hablar, aunque no fuera más que por prudencia, y guardar, *mayormente,* las palabras para luego: ¡digo, me parece!

— Como vimos que Bernardica trancó la ventana, por eso habemos allegao, — dijo el barrialense.

— *¡Esa mujer,* (estilo *ut supra)* cerró porque os ha visto!

— Ú porque la diá la gana, bobo.

— ¡Bobo lo serás tú! *¿sabes?*

— ¡Ávate, no lo seas tú más!

— Y mejor fuera, añadió el madrileño, que echaseis por otro lado que venir sin *nesecidad* á jorobar al prójimo.

— Nusotros á naide jorobamos — replicó el mozo — porque la calle es de tóos.

— ¡Pues yo digo que sí jorobais, ea!

— Pus yo digo que perdones, home,—dijo Taguicos, — que no lo hicimos con malicia, y esto es ya mucho palrar, y vamos al auto.

— Pero, vivo, ¿eh? que tengo prisa.

— Bueno, — continuó el zagalón. Pus t'hablamos porque tú, si á mano viene, eres un mozo como yo, y como éste y como los demás que mus oyen.

— *¡Me parece!* ¿Y qué hay con eso?

— Que, en siendo un mozo, naide pué'icirte naa porque rondes á las mozas, ¡qué cutre! que pa eso están, y si tú, pinto el caso, quiés á Bernardica, ¿eh? y ella te quié á tí, andai á la pá é Dios y que buen provecho vos haga...

— Pero, ¿qué es lo que *queris* decir?—interrumpió el madrileño impacientado.

— Home, pus á la vista salta, no t'hagas el modorro. Queremos decir que tú rondas á Bernardica y, como no eres d'este pueblo...

— ¡Anda la osa! — exclamó el cortesano.

— ¿Cuála osa? — preguntó Taguicos.

— ¡Anda la osa!—volvió á exclamar aquel— ¿y era

todo eso lo que me teniais que decir? De modo que, como yo no soy de este pueblo ¿no puedo hablar con la mujer que me dé la gana? ¡Tendría gracia!

— En queriendo ella, claro que pués hablar hasta que te descuajaringues, pero el toque está en que Bernardica es de Barriales y nusotros semos los mozos de Barriales y... entuavía no nus has pagao el piso.

— El *pi*... ¿qué?

—¡El piso, hum, el piso! ¿ú yo no hablo en cristiano?

— Y ¿qué es el piso? si se puede saber.

Nadie imaginará, por mucho que discurra, gedeónica patochada capaz de producir iguales carcajadas á las que salieron de aquellas gargantas lugareñas cuando el enamorado mancebo hizo la pregunta. ¡No saber lo que era *el piso!* ¿De dónde venía aquel hombre? No podía menos de ser gabacho ó alguna cosa peor: sí; alguna cosa peor sería.

Amostazado el madrileño por una risa que juzgó lanzada con insólito descaro á sus propias barbas, dijo:

— *Me se* figura que me *queris* tomar el pelo, y lo que os digo es que no ha nacido el que á mí me lo tome.

— ¡No t'amontones, home!—respondió Taguicos con tono conciliador,—que náa t'habemos dicho hasta la presente que puá joringáte, y... ¡atiende, si quiés, ¡cutre! y no hagas esos paragismos, que paés el birrio! De paz venimos y por tu bien es. Ascucha. ¿Tú quiés entrar en compaña con nosotros? ¿Tú quiés que no volvamos por aquí en siempre jamás, mientres y cuanto qu'estés palrando con la tu corteja? ¿Tu quiés que si vien algun mozo d'otro pueblo y te la ronda le carguemos de leña en sin dir al monte, pá que no se meta onde no l'importa? ¿Tú quiés que te guardemos las espaldas por lo que puá llover? Pus nos pagas el piso y alabao sea Dios.

—Pero ¿que es el piso?—volvió á preguntar el madrileño—porque, aunque para todo eso que has dicho me basto yo solo, me gustaría *de* saberlo.

—Home, el piso es una ú dos cántaras de vino pa tóos los mozos, y en cuanti que nus lo pagues, cata que ya eres como cualsiquiera de nusotros, ni más ni menos; y por mozo de Barriales t'hemos contar mesmamente.

— De modo, que si yo no os pago eso que decís ¿me vais á quitar de hablar con la novia?

— ¿Pus luego, cutre? Y entiéndelo bien, si quiés entendélo, bobo. Las mozas d'un pueblo son pá los mozos del pueblo, que pa eso han nacido en el mesmo pueblo, y dicir á Dios que venga un forastero y corteje á una y se la lleve, asina de balde, ¡vamos, home qu'enrita! El que lo quiá que lo pague y, sinó ¡jopo d'aquí!

— Pero, puede suceder — dijo el madrileño con retintín — que al forastero no le dé la real gana de pagar ni una cántara, ni media ni siquiera *dier* céntimos pá un chico; y entonces ¿qué?

— Pus entoncias...—contestó Taguicos rascándose la cabeza,—vamos... no es más qu'una figuranza ¿eh? porque naide pué ser tan roñoso que vaiga á embarráse en una triste cántara de vino..., entoncias, sin ofender á naide, ¿eh?... dicimos una misa cantata á *San Benito Palermo.*

Al madrileño, nervioso y polvorilla como todos sus paisanos, se le acabó la poca paciencia que le cupo en suerte, cuando esta apreciable virtud hubo de repartirse entre los hombres, y dejando á un lado las razones... *tric-tric, trac,* tiró de una descomunal navaja de tres muelles, vil herramienta construída en Albacete, cuyas fábricas parece que trabajan en competencia, á fin de acreditar sus marcas en las tabernas y en los burdeles, en los presidios y en los Juzgados de instrucción.

— ¡ Ea ! ¡ El que quiera cobrarme el piso que venga á buscarlo, si se atreve ! — exclamó el valiente.

Quedáronse estupefactos los mozos, quienes en su vida habían visto arma semejante, pues en Barriales nunca se usaron otras navajas que las que sirven para los domésticos menesteres. Taguicos se retiró ocho ó diez pasos y cogiendo un *morrillo* ó canto rodado, (que bien pesaría sus cuatro libras corridas) y levantándole en alto, le dijo al madrileño.

— Ú guardas la navaja ú t'estrello la sesera d'un cantazo. ¡Cutre, eso si qu'es una traición! ¡una mala traición, recutre!, ¡porque yo y estos no traemos con nusotros más que los puños; pero tírala y vien, si quiés, contra mi solo, que siempre que no te sorba las puercas entrañas que tiés ahí drentro 'l arca, me dejo hacer cachos!

Los demás mozos tomaron también una actitud hostil, y Dios, Dios solamente sabe á que punto llegara aquella zalagarda, si Bernardica, que toda la conversación había estado escuchando detrás de la puerta, no acierta á salir en aquel instante y á ponerse entre su novio y los barrialenses, suplicando á entrambas partes contendientes, con angustiadas y lacrimosas palabras, que hubiera paz y que no armasen camorra junto á su casa.

Los mozos, en cuanto vieron á Bernardica hicieron como que nada había pasado; cuchichearon un momento y volviendo á redoblar el tamboril



se alejaron de la casa. Al marchar cantó uno de ellos la siguiente copla:

Esta noche va á llover,
que la luna tiene nublo;
esta noche va á tronar
en las espaldas de alguno.

* * *

Cerca de media hora estuvo el madrileño hablando con Bernardica después del lance que queda referido. Acabado el palique, despidióse de ella y se encaminó á su casa, no olvidándose, por supuesto, de *empalmarse*, por lo que pudiera ocurrir, pues la copla del mozo ¿á qué negarlo? le había dejado cierto amargor de boca. Y en verdad que no carecían de fundamento sus sospechas, pues al final de una calle le salió al encuentro Taguicos, diciéndole:

-¡No se pasa!

-¿Que no paso yo?-contestó el otro.

- Home, he dicho que no pasas, como aquí mesmo no nus pagues el piso.

- ¡Ahora lo verás, aunque se pierda un hombre! Y diciendo y haciendo se arrojó, navaja en mano sobre Taguicos.

No se sabe que fué más pronto, si disponerse el galan á salvar la distancia que le separaba del mozallón ó caer como un sapo, dándose contra el santo suelo la más estupenda *zamarrada* que registran las crónicas de Barriales, y obra también de un instante fué verse rodeado de todos los mozos, que celebraban la caída con campesinas y por tanto estrepitosas risotadas.

¿Qué había sucedido? Pues nada; que irritados los mozos con los fueros del madrileño, decidieron *armarle la cuerda* y, al efecto, provistos de una maroma fueron á disponer la burla á la desembocadura de una calle por donde forzosamente había de pasar para ir á su casa. Cuando le vieron de lejos, dos de ellos cogieron cada uno un cabo de la cuerda, cerraron con ella la calle, dejándola á una altura del suelo como de media vara y, manteniéndola en tensión, se ocultaron bonitamente detrás de las dos opuestas esquinas, de modo que del que venía no podían ser vistos. En cuanto á la cuerda seguro era que no la echara de ver el transeunte, si se considera que los habitantes de Barriales no conocen otro alumbrado público que el de la luna, cuando hay luna. Los demás mozos se escondieron tambien y solo Taguicos quedó en campo abierto para entendérselas con el forastero. El cual, en tierra y maltrecho, no se daba cuenta exacta de lo ocurrido, pero repuesto de la primera impresión de sorpresa comenzó á jurar y á blasfemar con espantosas palabras que salían de su boca, amasadas con espumarajos y acompañadas de un ferocísimo rechinar de dientes, capaz de infundir pavor en el pecho más denodado. A tientas buscaba la navaja, que en la caída había ido á parar buen trecho de su dueño, circunstancia que no pasó inadvertida para Taguicos, quien así que la vió en el suelo la recogió y dijo:

—¡No la busques, home, no la busques, que ya la atropé yo!

Tembló el madrileño al ver el arma en poder de Taguicos y, contándose con los difuntos, hizo un esfuerzo, se puso en pie, y, aunque renqueando un poco, dió señales de prepararse á huir como liebre seguida

de podencos. El mozo le sujetó, echándole al hombro una mano y en poco estuvo que al sentir la tenaza con férrea, enérgica, irresistible presión no diese otra vez con su asendereado cuerpo en el suelo.

— ¡Suelta! — exclamó con voz ahogada.

— ¿Te manco, hum!

— ¡Suelta! — volvió á decir aquel.

— ¿Eres de manteca, ú qué? ¡Paeces una mimbre en lo que tiembras! ¡Ganas m'están dando de arreáte un par de boleos, por traidor y pa que no güelvas en jamás de los jamases á sacar una navaja contra gente que vien de paz! Y, ¿sabes pa lo que va á servir esto? ¡Pus pa esto, mesmamente! — y apoyándola en la rodilla tiró de ella para si con ambas manos y la hizo pedazos.— Ahora, cutre,— continuó Taguicos—vete con Dios y qu'escanses, pero el día que yo ú cualsiquiera d'estos volvamos á topáte rondando á Bernardica ú á otra moza del pueblo, t'estazamos como á un gocho y si traes navaja no faltará una escopeta pa cazáte. Y á santas noches.

El madrileño se quedó un punto pensativo y batallando con dos contrarios sentimientos, pues aunque la corajina le royese las entrañas, bien comprendió que debía estar en cierto modo agradecido á aquellos godos que, pudiendo haberlo hecho á mansalva, no quisieron darle ni una miserable coz, contentándose con la burla de la cuerda, en la cual burla si era verdad que estuvo á pique de dejar los sesos, tambien lo era que, sin duda por la intercesión de la divina misericordia, no los había dejado. Por eso, cuando vió que los mozos se disponían á marchar dijo resueltamente:

— ¡Taguicos!

— Me llamo — respondió este.

— ¿Cuánto vale una cántara de vino?

Taguicos le miró de reojo, y con un poco de socarronería, le contestó:

—Á ocho riales y cuartillo con la de cuarenta envasaron hoy los roblanos que vinon a'n cá Don Miguel.

—Pues ahí va un duro y que se compren dos cántaras,— dijo el otro dando á Taguicos la moneda.

—¡Asina se hace, home, asina se hace!, y si llegas á hacelo endantes t'ahorras la sapada. Bueno. De aquí —agregó mirando el duro,—sobran... ...tres riales y dos cuartillos.

—Todo para vino,—contestó el galan, echando la casa por la ventana — y que os aproveche.

—¡Cutre!, y á ti también va á aprovecháte, qu'ahora mesmo vas á venir con nusotros al hilandero y allá tenemos de bebélo y de bailar con las mozas enantes que se vaigan.

— Pues vamos.

— ¡Ale!

— ¡Viva la gala! — exclamó un mozo.

— ¡Vivan los mozos de Barriales! — voceó otro.

— ¡Y, que viva el madrileño!—dijo Taguicos.

Sonó el tamboril. Los mozos se pusieron en marcha llevando enmedio al recien venido á la pandilla, y se alejaron cantando á grito pelado coplas y más coplas, en cuya casi salvaje entonación adivinábase la alegría que les causaba á un tiempo mismo el triunfo obtenido aquella noche y la dulce perspectiva del vinazo.

Julio PUYOL

Febrero de 1899



PLÁTICAS DE FAMILIA



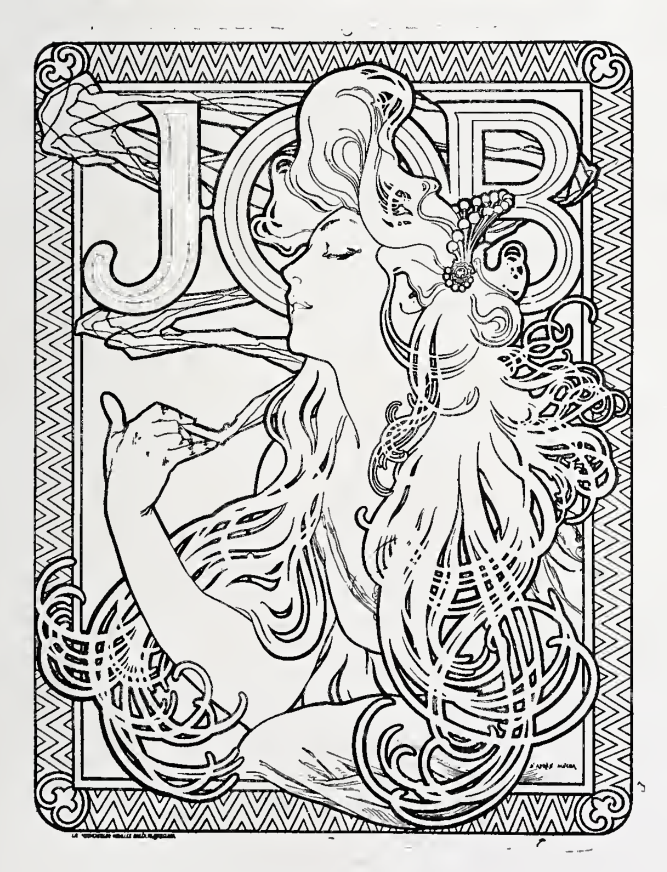
— Siempre serás un perdido, Manolo...
— ¿Á quién se lo dices, hermana mía? Eso lo tenemos todos los de la familia en la sangre, pero no todos podemos gastar buena ropa... como tú.

COMPOSICION DE R. CASAS

OBRA DE SENSACIÒ



Un hermòs tomo d'unas 200 páginas **3 PESSETAS** De venda en las principals llibrerías



OBRAS COMPLETAS
DE
PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

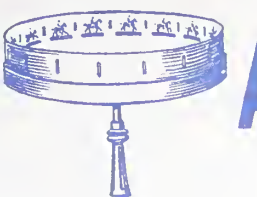
FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º,* 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º,* 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º,* 2 pesetas





ANIMATÓGRAFO FAMILIAR

Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.

PRIMERA SERIE



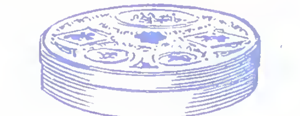
CON DOCE COLECCIONES DE FOTOGRAFIAS INSTANTÁNEAS

Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Ánade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mútuo.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.


HISPANIA
N.º 6. - 15 MAYO 1899
HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

SUMARIO

PORTADA. . . . . por Alejo Clapés.
CABEZA DE ESTUDIO . . . . . . por Julio Borrell.
PESCA DE ESQUILAS EN CANDÁS . . por El Conde de las Navas; ilustración de D. Baixeras.
PRIMERA COMUNION . . . . por J. Sardá.
LA MISSATJERA MES SEGURA. . . . por J. Maragall.
PRÓLOGO DE UN LIBRO . . . . . . por Juan Buscón.
LA FIESTA DEL ARBOL. . . . . .



CABEZA DE ESTUDIO
COMPOSICION DE J BORRELL

PESCA DE ESQUILAS EN CANDÁS

(MARINA)

La tarde antes, Laina, asomada al corredor, había hecho una seña á Mafañera deteniéndole al obscurecer, cuando él iba á la botica por un brebaje para la Señora Higinia, su excelente ama.

Aguardó el mozo, bajó la joven y dando ambos la vuelta á la fábrica de escabeches, ocultos en la calleja vecina, llena de *llamuerga,* (1) convinieron, en un dos por tres, en todos los pormenores de la expedición, tantas veces proyectada.

Aquella noche, Mafañera, tendido en su miserable colchoneta sobre las duras losas de la cocina de la fábrica, y junto á un rimero de *paxas,* que goteaban *salmoria,* (2) creíase acostado en los mullidos y riquísimos almohadones de *El Gran Turco* y no pudo pegar los ojos.

¡ Pescar esquilas á solas con Laina !

¡ Madre de mí alma... que me muera luego... ¿ y qué ?

Provisto de un precioso *truel,* (que él mismo había construído con fina malla, con un trozo de alambre de telégrafos y con una vara de avellano muy derecha), tan cuco, que más que arte de pesca parecía manga para cazar mariposas; de un *tangarte* (3) nuevecito, en cuyo fondo relucían tres sardinas frescas, y del gancho para los pulpos, por si acaso sorprendía alguno adherido á las peñas, arrimado al paredón, defensa de la carretera, al pie de la rampa que hay más allá de los baños, estaba agazapado Mafañera, á las ocho de la mañana, dándole el corazón tan grandes latidos, que parecían crujirle las costillas.

¿ Acudiría la joven á la cita ?

¿ Habría querido, como otras veces, darle una broma pesada ?

No, que tan gentil como *La Princesa Delgadina,* requebrada por su propio padre, según rezan los viejos romances asturianos, apareció la joven en lo alto de la rampa.

Venía vestida con airosa falda de percal rameado, á media pierna, traía los menudos pies, que apenas posaba en el suelo, calzados con zapatitos de lona, un pañuelo rojo de seda anudado al cuello, la cintura rodeada por un galón azul obscuro, la blusa del mismo color y un sombrerillo de palma, en forma de cubilete y á listas rojas y blancas, así como las medias.

El mozuelo que, con la baba caída, veía á la joven de arriba abajo, como á imagen suspendida en las nubes, abarcando en un instante y de una sola mirada aquel que le parecía conjunto de perfecciones, no pudo contener un grito de júbilo y silbó agudamente para llamar la atención de su ídolo.

Laina bajó la cuesta disparada y sin perder un segundo, sin hacer caso de las protestas de Mafareña que quería llevar todo el peso de los útiles de pescar, se apoderó del *truel* y del *tangarte.*

Loca de alegría, comenzó á correr por el *pedreo* escudriñando el terreno.

Por fin, después de mucho ir y venir, entre los innumerables pozuelos que al bajar la marea habían quedado llenos de agua salada, dió con uno de su agrado y junto á el se instalaron, sin consentir la muchacha sentarse sobre la blusa de Mafañera, doblada á modo de almohadón.

El agua del charco estaba tan clara como si hubiese pasado por un filtro Pasteur. En el fondo, asombrado por las rocas, nadaban las esquilas semejantes á los finísimos caprichos de cristal que á la vista del visitante construyen en las fábricas, con el candil soplete. Encogiéndose y alargándose, hendían las aguas, sin alterarlas, aquellos extraños animalejos, nadando hacia adelante y hacia atrás, desde el fondo á la superficie y desde esta al fondo: se distinguían á la simple vista las finas líneas de color vinoso que en sentido horizontal rodeaban su trasparente cuerpecillo, sus delgadísimas antenas, sus ojitos como puntas de alfileres y sus dobles parejas de patas. Aquellas esquilas eran *de sombra,* casi langostinos, y algunas tenían á un lado de la cabeza como una inflamación semejante al haba de las algas marinas que crecían en el fondo de la poza.

Mafañera, con su navajilla, partió en tres pedazos iguales una sardina, atravesó un bramante como diámetro en la circunferencia de la boca del *truel* y, en el centro de la cuerda, ató el cebo de forma que no quedase muy somero, sinó algo hundido en el vacío del aparejo.

Así dispuesto, por el mango y con galante ademán, lo ofreció á Laina.

— Aguarda un poco, — dijo ella, acomodándose bien en la peña bordada de millares de *xorreros* (ca-

(1) Lodo sucio y fétido.
(2) Salmuera.
(3) Cubito de madera.



racolillos no más grandes que los cañamones), de *musion,* de *llamparas* (1) y de *bígarus:* (2)—aguarda, no quiero mojarme los zapatos y he de pescar hoy á mi gusto; pero vuélvete de espaldas hasta que yo te avise, ¿eh?

Y cruzándose una pierna sobre la otra, se quitó en un instante los zapatitos y las medias.

¡Dios poderoso! Mafañera sudaba gotas tamañas como altramuces. Jamás había visto á la joven tan hermosa.

Tratando de separarse los cabellos que se le venían á la frente, con un movimiento brusco, derribó el sombrerito que cayó en el agua, y la brisa, metiéndose resueltamente por aquellos, los agitó de un lado para otro, como si quisiera lucir su negrura y abundancia.

Mafañera, con atropellada solicitud, se inclinó, al mismo tiempo que la joven, en demanda del sombrerito que flotaba en el pozuelo: algunas hebras de endrina hicieron cosquillas al mozo en la frente y sintió hervir su sangre, con el *panizal* (1) de la sidra al escanciarla.

(1) Lapas.
(2) Caracol de mar.

Entonces, quiso hablar para verse libre del peso de algo que llenaba su corazón hacía tiempo; pero la ruidosa carcajada de Laina, que había recobrado el sombrero, le cortó el aliento.

Por fin, fué sumergiendo aquella el *truel* en la poza poco á poco, mientras Mafañera, para atraer á las voraces esquilas, silbaba en forma semejante á la que se emplea para animar al ganado en el abrevadero. Principiaron aquellas enseguida á nadar en torno de la red por su parte externa, clavando los ojos en el pedazo de sardina, brillante como plata bruñida. Visto que por allí no conseguían picar, siempre recelosas, se echaron en brazos del peligro é iban y venían, por encima de la boca del *truel,* del centro á la circunferencia y viceversa, tratando de morder en el apetitoso cebo y salirse de la jurisdicción de la malla en un rapidísimo movimiento de avance y retroceso combinados. Como alguna lograse su propósito, sin que el aparejo de pesca se moviese, las otras se confiaron más. Mafañera, sumamente práctico en tales escaramuzas, dirigía la maniobra.

—Tira pa fuera, que ya están seguras: una, dos, tres... aguarda, aguarda. ¡Dios; esa que grande! *ye* (2) *un llangostino.* (3) ¡Ahora!

Y los animalejos saltaban dentro del *truel* como la langosta terrestre, devastadora de los campos.

Alguna esquila, sobre todo al meter la mano en el aparejo para trasladarlas al *tangarte,* lograba salvar la red por lo alto y caer de nuevo en la agitada charca.

Cien veces se repitió la faena: en el barrilillo, casi mediado, bullía un enjambre de esquilas cubierto con *oclas;* (4) pero Laina no se saciaba y vuelta á zabullir el *truel* en el pozuelo.

La aparición entre las quiebras del peñasco frontero, asiento del mozo, de un cangrejo negruzco que avanzaba de costado, distrajo á la niña, un momento, arrancándole la más alegre exclamación.

—No vale pa ná—dijo Mafañera en tono despreciativo, respondiendo al deseo de la joven apenas formulado—*ye* prieto, cangrejo de tierra, no matri-

(1) Hervor.
(2) Es.
(3) Langostino.
(4) Hierba marina.

culado—¡Qué me maten, si no hemos de aferrar una *piaña,* (1) esas si que mucho bien saben!

Como tuviesen aquel ya agotado, cambiaron de pozo los pescadores.

Conviene advertir que, á más de las esquilas, y sin variar de aparejo, llevaba pescados ya Laina dos *pinxapos escamones,* una *sueya* y una *barbada* (2) pequeñita que cayó por haberse distraido comiendo una *xorra.* (3)

El nuevo estanque estaba situado en el centro de una especie de torre formada por las más altas rocas del *pedreo;* (4) de suerte que, desde las más bajas, á las que llegaron los pescadores entrando por una abertura á modo de saetera, no se veía ni mar ni tierra, sino, tan solo, un girón del cielo.

Antes de entrar en aquella especie de reducto, Mafañera, que caminaba detrás, se fijó en que la marea iba subiendo y llamó la atención de Laina. La rampa que unia la playa con la carretera estaba lejos; y si el agua llegaba á cubrir la arena libre entre las rocas, sería muy difícil ponerse en salvo.

Pero la joven no se cansaba nunca, aunque ofreció detenerse muy poco. Para ganar tiempo habia vuelto á calzarse.

Á los pocos momentos de haber sumergido el *truel* sintió que tiraban de él con fuerza y vió aferrado al aro una especie de culebra con tentáculos. Laina retrocedió, presa de invencible repugnancia y á punto estuvo de abandonar el aparejo; pero se repuso cuando vió que Mafañera, armado del gancho, exclamaba contentísimo: ¡El pulpo, el pulpo!

Inútil fueron todos los recursos que el mozo empleó para enganchar al repugnante animal.

(1) Cangrejo.
(2) Pescado del Cantábrico que sabe á trucha.
(3) Lombríz que sirve de carnaza para pescar.
(4) Playa bordada de rocas pequeñas.

Cuando zambullia el gancho en el agua, con un pedazo de sardina clavado en la punta, el pulpo estiraba uno ó dos brazos hacia la ambicionada presa; pero con vista de lince, al más pequeño movimiento del pescador, volvía á ocultarse debajo de la peña. Irritado Mafañera y queriendo jugarse el todo por el todo, echó una sardina entera en la poza.

El pulpo arrastrado por el apetito, fué saliendo poco á poco hasta enseñar la cabeza y rápido como el pensamiento aferró la sardina, mientras el mozo, no menos listo, logró engancharle por uno de los brazos mayores.

Laina dió un grito de júbilo.

—Tira, tira, que te lleva, que te lleva... ¡se marchó... mira ha dejado en el gancho un pedazo del su cuerpo!

Mafañera, olvidándose por un instante de la joven, echó un terno tan grande como una boya y dió con el gancho tan tremendo porrazo sobre las rocas, que *estrapallo* (1) media docena de *llámparas.*

Y fué lo más original del caso, que como Aharón hizo brotar agua de la montaña al herirla con la vara milagrosa, no bien el iracundo mancebo perpetró aquella injusta venganza de que fueron víctimas inocentes las lapas, una ola furiosa azotó la especie de fuerte natural en cuya base pescaban los jovenes, y, entrando por la saetera, los inundó de espuma.

Tan blanco como ella se quedó Mafañera.

—¡Estamos perdidos!—exclamó Laina, con desesperación, cruzando las manos, mientras alzaba los ojos al Cielo.

—Todavía no,—repuso el mozo con acento animosísimo,—ni que fuese *punta nablero,* (2) y también

(1) Machucó, hizo tortilla.
(2) Gran borrasca, galerna.



los he corrido y aquí me vés. No llores, *llucerín*. (1) Maldito pulpo, él tiene la culpa de todo ¡y cómo debe de estar amolando el diente el indino, con el buen almuerzo que vá á quedarle! porque, para navegar, hay que largar el lastre de la tu pesca. ¡Lástima de *true*!... era tan guapo! ¡Agárrate firme, y el Santísimo Cristo nos valga!

Mientras que así se expresaba el mozo con notable ardimiento, después de haberse asomado por la tronera y abarcar con ojo de pescador en el Cantábrico las dificultades tremendas de la empresa que iba á acometer, obligó á Laina con un ademán imperioso á que montara sobre sus espaldas.

La joven no hizo la menor resistencia y después de santiguarse ella y de balbucear él, «adelante,» suspendiendo de sus brazos las piernas de la joven, salieron del escondite.

El mar cubría el *pedreo* casi por completo, ocultando ya las rocas más pequeñas y estrellándose con creciente furia sobre las mayores. Por muy andada que Mafañera tuviese la playa del Conexal, era dificilísimo acordarse de la situación exacta de todas las rocas perdidas bajo el agua, y, más que nada, sostenerse resistiendo los embates del oleaje. No pesaba mucho la esbeltísima Laina; pero, en tales circunstancias, parecía de plomo. El terror la obligaba á aferrarse al cuello de Mafañera con los brazos cruzados, sofocándole, y á hacerle perder el equilibrio, cuando ella se inclinaba violentamente hacia la izquierda huyendo de una ola, ó tratando de contrarrestar, al hacer contrapeso, el violento vaivén producido por el mal paso que daba el muchacho.

Las fuerzas de éste se iban agotando por momentos; un sudor frío inundaba su cuerpo, más mucho más que el agua salobre que le bañaba de pies á cabeza. La rampa, el ambicionado puerto de salvación, con estar ya casi al alcance de la mano, parecía huir de los jóvenes.

— Déjame encima de esta peña y ve tú solo á pedir auxilio; aquí no debe de subir nunca la marea, y podré resistir hasta la tarde que bajará; déjame, — gimió Laina, al notar que su heróico salvador flaqueaba, *añando* (2) como un beodo, mientras ella desprendiéndose de su cuello se agarró á la roca.

—¡Dejarte yo! antes dejaré la mi vida..., respondió Mafañera, respirando con delicia, al aligerarle la joven de su peso.

—Si seguimos, el *cachon* (3) ha de vencerte y nos ahogaremos los dos sin remedio.

—¡Ahogarte tú, Laina!

(1) Lucerito.
(2) Tambaleándose.
(3) Gran oleaje.

no lo permita el Cristo; antes me coman vivo los *canillones*. (1)

Una ola inmensa derribó á la niña, desde lo alto de la peña.

Mafañera dió un alarido, quiso ampararla; pero cayó también arrollado por el mar, entre unos pedruzcos, quedando ambos un momento bajo las aguas que ya les llegaban á medio muslo cuando se levantaron.

—No hay tiempo que perder: monta... y adelante, así... ánimo; no llores, que de esta libramos y no han de *amentar* (2) por nosotros.

Habrian andado veinte pasos, cuando Laina sintió que un líquido tibio y más espeso que el agua salada le mojaba, á través de la blusa, el brazo izquierdo arrollado al cuello de Mafañera.

Un hilo de sangre manaba de la cabeza del muchacho, hasta caer en el mar; pero como si el peligro pasado redoblase las energías de Mafañera, avanzaba con paso cada vez más firme y con la aceleración que consentían los obstáculos multiplicados en el áspero camino.

Ahora, Laina era la animosa.

—Ya estamos: faltan solo cuatro pasos: aguarda, afírmate, que viene una grande... así: ya pasó.

. . . .

¡Gracias, madre mía, Virgen del Rosario, nos salvamos!

Pero ¿qué te pasa, *ñe*? (3) ¿Ahora vas á caerte? ¿No me oyes? Mafa! Mafa! ¡Dios mio! ¿No respondes á tu Laina que te quiere tanto?

Mafañera, que al soltar su preciosa carga al comienzo de la rampa, puerto de salvación, se habia desplomado; abrió los ojos desmesuradamente y mirando á la joven con arrobamiento:

—¡Madre de mi alma! ¿tú me quieres... me quieres, Laina?... me lo dijiste. ¿*Ye* la gloria en donde entré?... y volviendo á inclinar la cabeza, en brazos de su ídolo, perdió por completo el sentido.

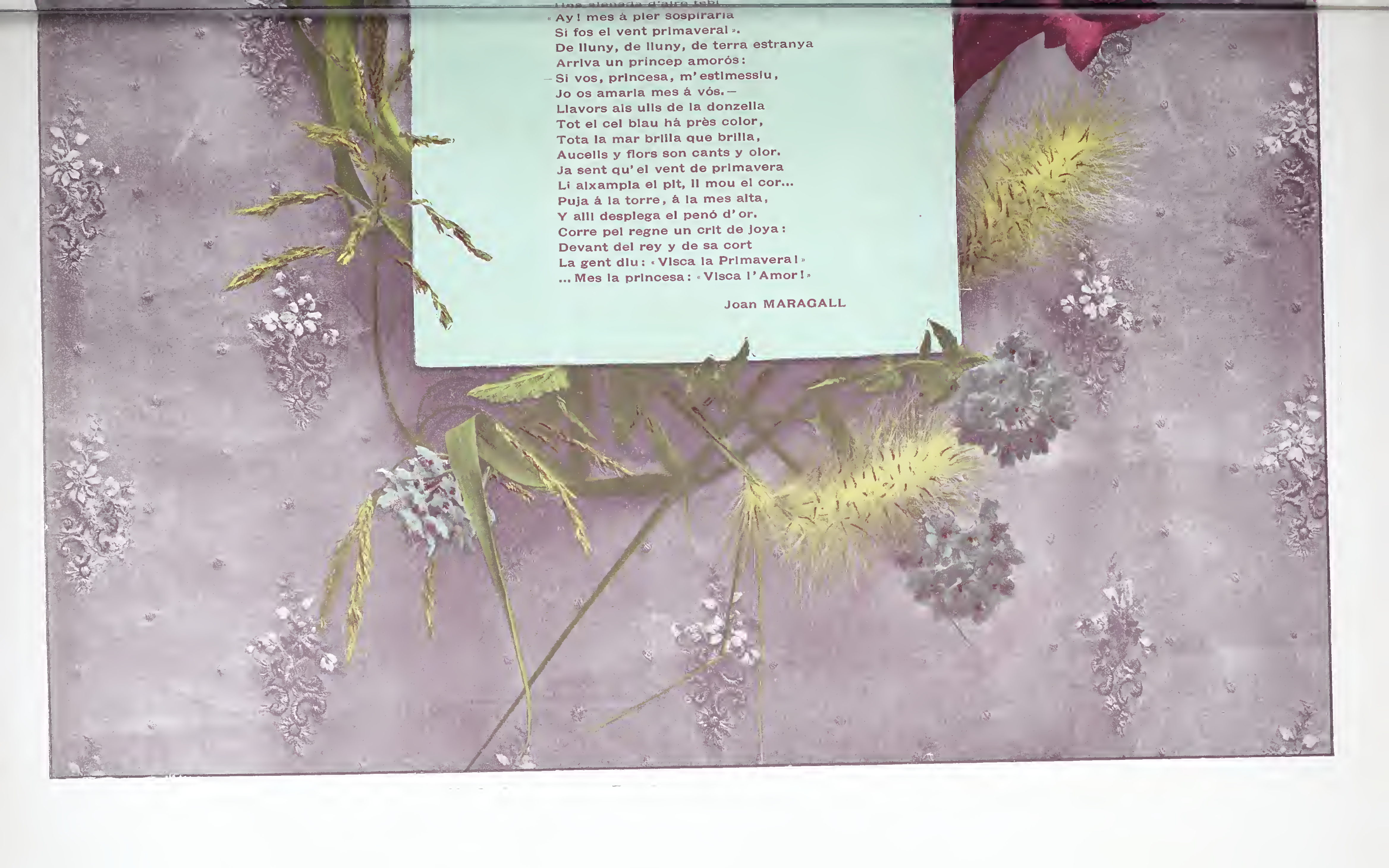
El Conde de las Navas

(1) Tiburones.
(2) Rezar y llorar en la iglesia por los difuntos.
(3) Niño.





PRIMERA COMUNION
COMPOSICION DE J. SARDÁ



«Ay! mes à pler sospiraria
Si fos el vent primaveral».
De lluny, de lluny, de terra estranya
Arriva un princep amorós:
—Si vos, princesa, m'estimessiu,
Jo os amaria mes á vós.—
Llavors als ulls de la donzella
Tot el cel blau há près color,
Tota la mar brilla que brilla,
Aucells y flors son cants y olor.
Ja sent qu'el vent de primavera
Li aixampla el pit, li mou el cor...
Puja á la torre, á la mes alta,
Y allí desplega el penó d'or.
Corre pel regne un crit de joya:
Devant del rey y de sa cort
La gent diu: «Visca la Primavera!»
...Mes la princesa: «Visca l'Amor!»

Joan MARAGALL



LA MISSATJERA MES SEGURA

– La missatjera mes segura
Del primé alè primaveral
Será, de totes les princeses,
La que té el cor mes virginal.
Aneu, princesa, aneu, ma filla,
Á n'el castell de vora el mar,
Y cuan vejeu la primavera
Enarboreu mon estandart. –
Á vora el mar la verge arriva,
Les ones venen, les ones van,
Unes ombriues, altres brillantes...
Pro ella pensa: «Mes brillarán».
Á n'els seus peus les violetes
Tot just comensan á esclatar:
« Axis qu'arrivi la primavera
De mes flayroses n'há de badar».
Ja veu vení un vol d'orenetes
Per sobre el mar qu'el sol hi cau
« Mes ne vindrán – se diu la hermosa –
Cuan tot el cel será mes blau ».

PRÓLOGO DE UN LIBRO (*)

Mi excelente amigo, el distinguido escritor Don Nicomedes de la Trencilla, me dispensa el honor de solicitar un prefacio escrito por mi pluma pecadora, que encabece su precioso libro *Violetas y Galápagos;* y como no quiero resistir al placer de presentar tan eximio poeta al público, ni desairar ruegos de la amistad, ahí van estos renglones, llamados á cumplir el compromiso y á llenar un vacío; ya que no se concibe, en estas modernas edades, el caso de que se eche á la calle un literato nuevo, sin que le acompañe su correspondiente lazarillo.

Si no estoy mal enterado, es costumbre en esta suerte de encabezamientos, meterse á discurrir con muchas honduras y en lenguaje más ó menos disimulado de dómine, acerca del género cultivado por el autor á quien se presta uno, á servir de pregonero é introductor. Á tal efecto, será siempre conveniente hilvanar con académica seriedad algunas apreciaciones generales sobre la poesía, la novela, el cuento corto ó largo, etc., etc. — eso, según la naturaleza del libro — esforzándose el prologuista en demostrar que está enterado como nadie del asunto, que no le queda ya nada por aprender y que, á tener tiempo y espacio, diría cosas magníficas que, por el momento, tiene desgraciadamente que callarse. Con disparar de trecho en trecho algunas citas, que se procurará tengan relación con la obra, aunque esto no sea absolutamente necesario; con intercalar tal cual latinajo que venga á cuento y á medida, siquiera sea á ojo de cubero; con insinuar que la literatura va de mal en peor, y concederle á la postre, algun elogio al padre de la criatura, digo, al autor del libro, pero no elogio franco y declarado, sino con reticencias y hasta gastando un tonillo protector, no habrá más que pedirle el prefacio.

Puede este ser corto, mediano ó largo. La dimensión es particularidad que solo atañe al editor, al que paga de su bolsillo la confección externa, vamos al decir, del tomo. Y hago aquí esta observación, porque lo que es leerse, los prólogos no se leen, sean ellos cortos, medianos ó largos. Lo cual ofrece al ciudadano que se presta á escribir uno, la inapreciable ventaja de la impunidad y hasta de la consideración pública. Son muchos los tratadistas, comentaristas y críticos cuya principal autoridad nace de un hecho negativo: el de no ser leídos por nadie: parécense en eso á muchas mujeres, cuya virtud no se le ocurre á ningun hombre poner en duda, porque no se encontró quien se aviniera á solicitarlas. Hasta cierto punto es, por lo tanto, preferible, que el prólogo sea largo, no solo porque así gana quien la escribe mayor consideración de sabio, sino también por adquirir más completa seguridad de que nadie va á meterse con lo que dice ó deja de decir.

Me afirma una persona perita y honrada, que por razón de persistentes insomnios se traga cada noche en vez del hidrato de cloral, una dosis de prefacio, con lo cual duerme ahora tan guapamente; afírmame, repito, que hoy día es gran costumbre escribir prólogos en que se atiende con preferencia á hablar, no de la literatura, sino del literato; no del género del libro, ni del libro mismo, sino de su autor, familiarmente considerado, y del cual se puede decir con simpática llaneza que es un buen muchacho, de indisputable talento, aunque inexperimentado, del cual se puede esperar mucho, si no se malogra, y tiene buen cuidado de escuchar los sapientísimos consejos que le da su sincero amigo, el prefacista mismo. (Eso último tiene que indicarse con mucho tino y como quien no dice nada.) Encuéntrole á ese sistema grandes ventajas y á él me atengo en esta mi actual empresa. Con hablar un poquito del poeta á quien me comprometí á presentar al público y otro poquito de su poético enjendro, habré llenado mi misión y quedará mi conciencia tan tranquila.

De Nicomedes de la Trencilla no puedo, á la verdad, contar gran cosa. Cuando tuve el gusto de conocerle — en una cervecería y á la una de la madrugada — me hizo el efecto de ser un infeliz. Pero él me aseguró, al cabo de un rato de conversación, que tenía mucho

(*) No se si este libro llegará á publicarse; á todo evento allá va el prólogo que deberia apadrinarle.

talento, que había nacido para poeta, que á versificar con soltura y filosófica trastienda no le ganaba nadie; todo lo cual me dió elevadísima idea del chico, no obstante su aspecto bobo, porque de tales pormenores íntimos ¿quién mejor puede dar fé que el mismo interesado?... Declaróme en el seno de la intimidad, que la poesía lírica española andaba por los suelos y que conmovido él por tan inmerecida desdicha, habíase propuesto realzarla, intento nobilísimo que no pude menos de aplaudir. Añadió, que á su juicio ni Nuñez de Arce, ni Campoamor, ni Ferrari, habíanse mostrado á la altura de las circunstancias y afirmó por último, que la regeneración de la Musa Nacional solo era posible entrando de lleno en el cultivo del género «Simbolismo - decadente - musical - pictórico.» Género, me dijo, en que creo tener cierta superioridad.

Y para darme una prueba de ello, me acompañó hasta mi casa y bajo la lluvia que repicaba gordo sobre mi paraguas, no paró de recitarme los armoniosos infundios de su estro. Y á las tres en punto de la madrugada me soltó por fin, después de susurrar su última composición, un *Soneto-Sonata* verdaderamente delicioso, de pedirme tres pesetas y de suplicarme mi intercesión para entrar en una redacción cualquiera.

¡Qué muchacho tan simpático y tan expontáneo!—me dije, al subir, completamente mareado, las escaleras de mi casa. Al otro día, atendiendo al ruego del joven y eminente vate, visité á varios Directores de periódicos y tuve la suerte de que mi recomendado fuese admitido en *El Quejido del Contribuyente,* diario de gran circulación. Su Director, en vista de las notables disposiciones poéticas de Nicomedes, le acogió con los brazos abiertos y le confió el extracto de las Sesiones del Ayuntamiento.

—Si V. quiere lo haré en verso...—dijo con noble sencillez el nuevo redactor.

—No... no hay necesidad...—repuso su Jefe entre conmovido y admirado.

Asegurada ya holgadamente su existencia cotidiana—en *El Quejido* percibía mi recomendado treinta pesetas mensuales, sin descuento—pudo la Trencilla dedicar los ocios que le dejaba el periodismo, al comercio con las musas. Lo que ha llegado á escribir nuestro poeta en estos dos últimos años es asombroso; pero como no todo lo escrito es aprovechable, conforme él mismo confiesa, decidióse, hace unos días, por seleccionar, entre sus infinitas composiciones, las que más acabadas le parecen y que mejor responden á su artístico ideal. Y de esa selección ha nacido el libro que tengo la honra de apadrinar.

¿Qué diré, ahora, de esta recopilación de poesías, inspiradas en un criterio novísimo, fuera de los archi-usados moldes en que nuestros mejores vates encerraron los frutos de sus liras?... No diré nada: mi aplauso podría parecer hijo del cariño y como tal, parcial. Prefiero callarme y dejar al lector árbitro independiente y juez de sus impresiones estéticas, sin sugestión alguna. Séame solo permitido advertirle, que vá á encontrarse con una poesía nueva en España, con un género desconocido: que la sensación primera que experimentará al leer *Violetas y Galápagos* será algo así como un embrutecimiento; pero embrutecimiento impregnado de arte y de idealismo. Hay que reconcentrarse y establecer un divorcio completo entre las tradiciones del pasado y las aspiraciones del presente, para comprender y saborear las infinitesimales bellezas, las recónditas delicadezas, preñadas de un esteticismo sutil que avaloran ciertas poesías de mi amigo Nicomedes, como por ejemplo *La Sinfonía del cínife* ó el exquisito poemita de *La ninfa y el burgués;* no se sabe con frecuencia lo que quiso expresar el autor, y por mi parte, no he podido todavía, por ejemplo, descifrar el inefable misterio condensado en aquella lindísima *Improvisación pastoril* que empieza así:

Del ceniciento zénit la ceñuda,
cerrada cerrazón cercana cruje;
El viento ruje...
con brutal elocuencia tartamuda;
Y el pastor suda...
En tanto que el espectro virginal
Sibilante suspira y sideral.

Claro está que no se comprende lo que el poeta quiso decir; tal vez ni él mismo lo sabe; ¿pero no constituye esa incognoscencia un verdadero encanto para los espíritus superiores, justamente hastiados de las pedestres claridades á que, hasta la fecha, nos acostumbraron los poetas?...

Y aquí voy á poner fin á mi tarea: el libro está escrito; el prólogo también; venga ahora un editor y sabrá España que, desde hoy, cuenta con un verdadero artista en pensamientos largos y en líneas cortas.

Juan BUSCÓN



LA FIESTA DEL ARBOL

La hermosa y patriótica idea sustentada por D. Rafael Puig y Valls y propagada por sus esfuerzos y perseverancia, tuvo una realización brillante en la tarde del 31 de Abril próximo pasado. La prensa diaria barcelonesa dió cuenta exacta y detallada de una fiesta que debe considerarse como la inauguración y comienzo de otras iguales, inspiradas en el mismo pensamiento: no hemos, por consiguiente, de reproducir aquí descripciones ya conocidas de nuestros lectores: la ceremonia, que ceremonia fué, aunque revestida de un caracter de poesía que raras veces tienen los actos oficiales, correspondió á la belleza de la idea y á lo noble del propósito. Hagamos votos, para que una empresa tan bien iniciada y tan bien acogida en sus comienzos, tenga imitadores en toda España; para que los Municipios de la Península, que tanto pueden y deben hacer en esta materia, hagan lo que ha hecho el de Barcelona, á cuyo primer Magistrado popular, el Dr. Robert, hemos de agradecer el vivísimo interés con que ha patrocinado las iniciativas del Sr. Puig y Valls.

«Del enemigo... el ejemplo», hay que decir, modificando ligeramente, un antiguo refrán. Del implacable adversario, con quien nuestro menguado destino nos puso frente á frente, en lucha desigual, y que tan cara nos ha hecho pagar su fácil victoria, debemos imitar los procedimientos; no intentando crear poderosas flotas, cosa que nuestra pobreza nos tiene vedado, sino haciendo brotar gérmenes de prosperidad y de riqueza, de allí mismo donde reinaban la esterilidad y la desolación. También los yankees habían acometido con ciega obstinación ese destructor empeño de la tala sistemática, implacable, estúpida, que arranca inmensas extensiones de arbolado para convertirlas en terrenos de cultivo: al tesoro bienhechor y positivo creado por la naturaleza, sustituían el tesoro nacido de la mano del hombre, tesoro efímero y ficticio que en pocos años cambiaba las condiciones climatológicas del país, empobrecía el caudal de los ríos, agotaba los manantiales, suprimía las lluvias. La mal entendida codicia del plantador americano ocasionaba los mismos efectos que en nuestra patria han venido causando el avaricioso afán del labrador y la lamentable imprevisión del gobernante. Pero aquella gente eminentemente práctica vió á tiempo el desastre y se esforzó al punto en contenerlo. Y entonces, de aquella raza materializada, brutalmente ávida, cuyo feroz industrialismo no se ha parado

Dr. D. Bartolomé Robert



D. Rafael Puig y Valls



ante ningún género de consideraciones ni de obstáculos, surgió un pensamiento delicado, de una poesía encantadora: la Fiesta del Arbol quedó instituída y desde la región de Nebraska, en donde fué primeramente acojida, cundió por todos los Estados de la Unión. Sus resultados han sido inmensos; la reconstitución forestal se ha convertido, de simple propósito que fué un día, en obra consumada, que no se detiene un momento y prosigue su marcha fecunda y salvadora. Desde 1872, en que dicha fiesta quedó inaugurada, se han plantado en el Norte América 327 millones de árboles, al amparo de esa tutelar institución; esa replantación representa por si sola un caudal enorme: un valor aproximado de 600 millones de dollars; cuanto al valor indirecto, al representado por los lucros inmensos que la agricultura nacional reporta de ese inmenso arbolado, es incalculable. Como incalculable sería también el que en nuestra España podríamos sacar, si, con buena voluntad y firme perseverancia, se consiguiera poco á poco que el arbol, pobre ser casi proscrito de nuestros montes y de nuestras llanuras, volviese, como antaño, á crecer, á desarrollarse, á ejercer en nuestras comarcas la benéfica misión que le confió la Providencia y de que le privó la mano torpemente destructora del hombre.

Á la del niño, mano debil todavía, pero destinada á mayores esfuerzos, se ha querido confiar la replantación de estos hoy humildes tallos que un día han de cimbrearse gallardos y vigorosos: y en esta parte de la fiesta resplandece también una idea digna de sincero aplauso; un símbolo lleno de poesía, á la par que de práctica utilidad. Que la fuerza aún vacilante de la infancia sirva de apoyo y de protección á la infancia del arbol; que dos generaciones, humana la una, vegetal la otra, suban, crezcan y se desarrollen ufanas, unidas por el *padrinazgo* que aquella dispensa á esa: más tarde, el arbol ya erguido y dotado de potente vida pagará con creces la deuda contraída con el hombre. Quiera Dios, y quieran nuestros compatriotas, que la Fiesta del Arbol prospere; que el ejemplo dado en Madrid, en Barcelona, en algunas otras localidades, encuentre el eco que merecen todas las nobles ideas. Si todas las comarcas de España, si las grandes poblaciones, como las pequeñas aldeas, solemnizáran esa fiesta y aportáran á su celebración y á su mantenimiento los mismos entusiasmos, las mismas aficiones que rodean á ciertos espectáculos llamados «nacionales», habríase dado un paso inmenso en el problema de la regeneración material y también moral de este país. Nada tan aplicable á esto, como el axioma que dice que «pequeñas causas producen grandes efectos».

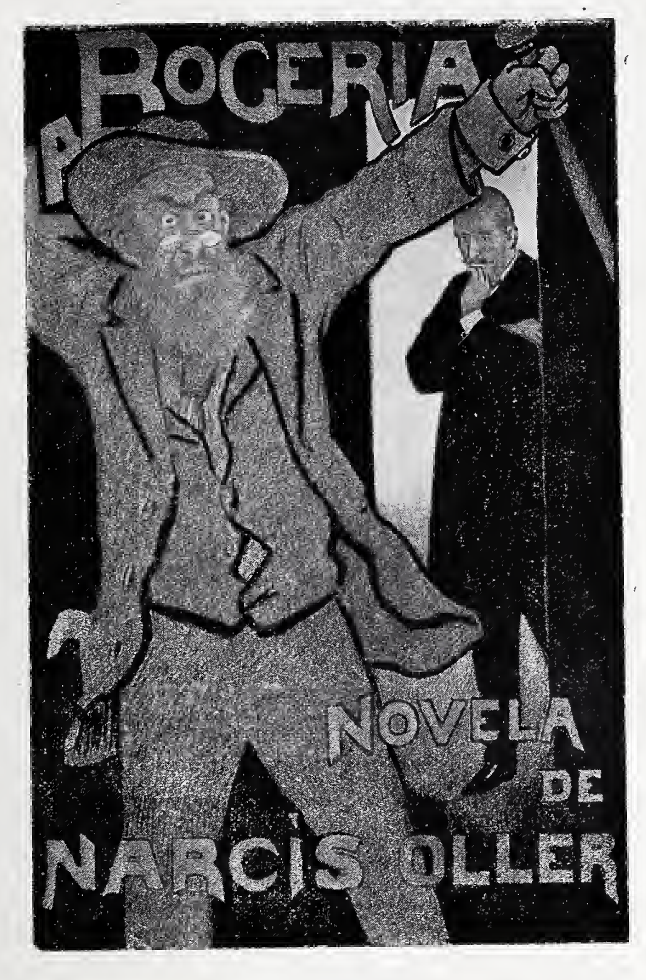


No se nos oculta, que esa empresa ha de encontrar dificultades y que han de pasar algunos años, antes de que se logre, aún en una pequeña parte, el fin deseado. Parece, á primera vista, que ha de ser cosa relativamente fácil el propagar la *Fiesta del Arbol,* el interesar á los municipios españoles, para que secunden el movimiento iniciado y el encontrar millares de niños que alentados por la idea de una diversión, siempre grata á la infantil edad, presten su colaboración semi-inconsciente á un pensamiento utilísimo. Pero si considera con atención el estado de nuestras costumbres y el modo de ser especial de nuestra raza, singularmente la campesina, se verá que el propósito perseguido no es de tan fácil realización como pudiera creerse.

Á la inercia característica de nuestra gente aldeana, inercia que en muchas de las provincias españolas llega á un grado inverosimil, hay que añadir arraigados prejuicios, frutos inevitables de la ignorancia, contra los cuales será difícil luchar victoriosamente. Para millares de nuestros labradores—para millones tal vez — especialmente los que cultivan tierras de producto, el arbol es un ser inútil: más que inútil, perjudicial; viene á ser algo así, como un intruso, un zángano que ocupa, sin dar beneficio alguno, un espacio de tierra mal aprovechado. La extensión que llena el bosque umbroso se le antoja un desperdicio de ganancias: «¿no sería mejór, piensa, que donde crecen troncos cuyo corte solo reditua algún escaso beneficio, muy de tarde en tarde, y ramas de las que únicamente se hace leña seca, crecieran ufanos sembrados ó fértiles cepas?» ...Esto es lo que vé, por regla general, el labrador, y no vé más que esto. La utilidad, la necesidad del arbol y del bosque escapan á su comprensión: aparte de los árboles frutales, no quiere admitir que sean indispensables otros; y lo de que la riqueza forestal sea elemento inprescindible para la oxigenación de la admósfera, la regularidad de las lluvias, el curso normal de los ríos, para evitar inundaciones y para asegurar las cosechas... todo eso suele ser, para su espíritu atrasado, música celestial y charla pura.

Contra esa preocupación y contra esa ignorancia hay que luchar, y luchar de firme. Y la *Fiesta del Arbol* podrá cooperar eficazmente á destruir errores arraigados. Si se consigue propagarla por toda España, se habrá conseguido un gran triunfo, ya que con fiestas se logra más que con leyes y que á los hombres se les convence más por los ojos y por el sentimiento, que por el cerebro y por la razón.

OBRA DE SENSACIÒ



Un hermòs tomo d'unas 200 páginas **3 PESSETAS** De venda en las principals llibrerías

OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º*, 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º*, 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menendez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897.* *Un tomo en 8.º*, 2 pesetas

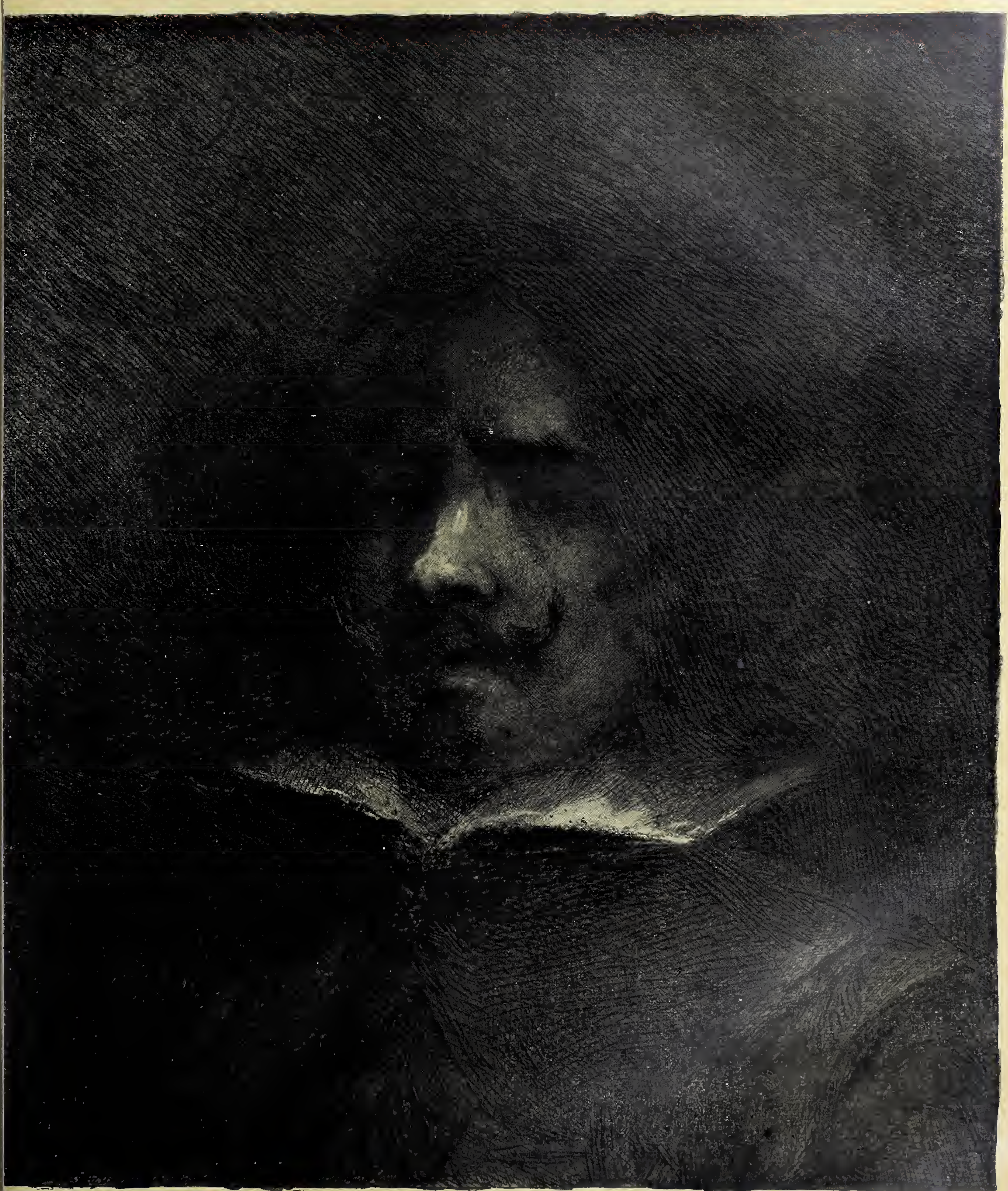






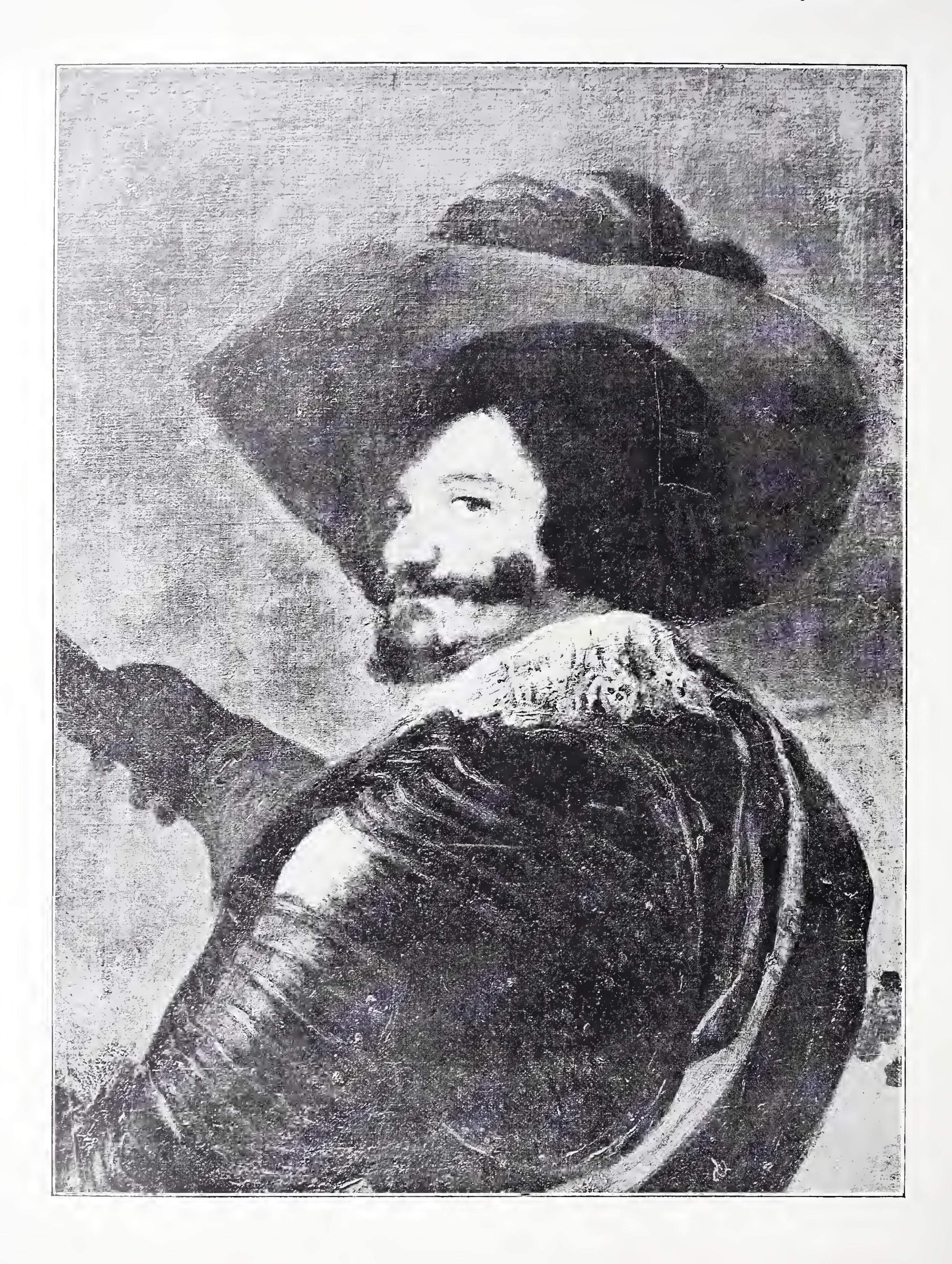
Tintas de Ch. Lorilleux y C.a

HISPANIA



N.º 7. - 30 MAYO 1899 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

F. Domingo







D. FRANCISCO MIQUEL y BADÍA

Director artístico de HISPANIA

† el día 28 de Mayo de 1899

El que fué Director artístico de HISPANIA y queridísimo amigo nuestro, D. Francisco Miquel y Badía ha sido bruscamente arrebatado por la muerte, en plena actividad cerebral, cuando menos podían temer sus cariñosos deudos y amigos este rudo golpe, que nos ha dejado sumidos en el más doloroso estupor.

La prensa diaria ha hecho de Miquel y Badía el fúnebre y sentido elogio que se merecía el eminente crítico, el hombre caballeroso y leal, que después de tantos años de concienzuda é incesante labor periodista no deja más que una estela de profundas simpatías. Aquí, desde las páginas de esta Revista en cuya fundación, organización y desarrollo tomó el Director y compañero, que hoy lloramos, tan principalísima parte, solo podemos, en este momento, hacer una cosa: tributar á su inolvidable memoria el tributo de un agradecimiento y de un afecto que no se extinguirán, en tanto alienten nuestros corazones.

Por HISPANIA sentía Miquel y Badía interés vivísimo y al presente número, consagrado á Velázquez, había llevado los últimos destellos de una inteligencia y los postreros esfuerzos de una actividad que la muerte había de apagar con súbito golpe. El hermoso artículo que publicamos, dedicado al gran artista sevillano, fué uno de los últimos que trazó su incansable pluma.

Goze del eterno reposo y de la eterna dicha nuestro amigo del alma.

EL IMPRESIONISMO DE VELÁZQUEZ

Cuando, un siglo atrás, decía Moratín en sentido ponderativo, que Velázquez hasta llegó á pintar el aire, acaso no se figuró con que propiedad de frase caracterizaba uno de los grandes aspectos de la pintura velazquina, que más admirado debía ser por las generaciones artísticas de nuestra época. Y menos debía de presumir todavía que esta *pintura del aire* viniese, andando el tiempo, á ser el evangelio de toda una escuela y llegase, al cabo, á constituir para los pintores una preocupación universal. Pintar el aire, pintar el fenómeno atmosférico, pintar el ambiente que en mil diversas modalidades rodea la superficie terrestre é invade la vivienda humana y envuelve á los seres y á las cosas, hoy por hoy constituye un dogma aceptado por todo el mundo, pero en los días de Velázquez — desconocidas como eran todavía las visiones desconcernantes de Rembrandt — no pasaba de ser un presentimiento, una adivinación, que apenas si asomaba débilmente al espíritu de algún veneciano ó de algún flamenco.

El clasicismo italiano, que imperaba como una dictadura en todas las escuelas, imponía como único tema digno del arte la representación ideal del ser humano, con toda la pureza tradicional de la línea, con toda la nobleza teatral de la actitud, con toda la fría sobriedad de los colores. No se concebía otra figura que la apoteósica y abstracta, valiosa por su depuración formal, pero aislada, proscrita, divorciada por entero, de las múltiples influencias del mundo exterior. Cielos, mares, bosques, nubes, eran tenidos por excelentes recursos para llenar los huecos que dejaban los personajes. Así, el ser humano lo mismo podía instalarse sobre unos fondos que sobre otros, puesto que era producido, sin ninguna mira de relación con el aire, el espacio, el ambiente, la luz. Adoradores esclusivistas y *á priori* de la forma humana, los grandes maestros del Renacimiento italiano y sus imitadores casi no vislumbraron la poesía de la naturaleza exterior; no presintieron la importancia del paisaje ni alcanzaron á descubrir las íntimas, las misteriosas relaciones que median entre la imagen del hombre y los medios naturales. Todavía parecían resonar en el oído del pintor del siglo XVII las palabras burlonas con que Miguel Angel se mofaba del concepto más complejo que de la vida universal empezaban á tener algunos pintores flamencos y que debía ser el fundamento de la pintura moderna: « En Flandes — decía el colosal escultor — pintan con preferencia *esto que llaman* paisajes, con muchas figuras por aquí y por allá... allí no hay raciocinio, ni arte, ni simetría, ni grandeza alguna, ni el menor cuidado en la elección, porque quieren pintar tantas cosas á la vez... »

¡Tantas cosas á la vez! Esta complejidad de la vida, esta totalidad de la visión, adivinadas en los Países Bajos y gráficamente escarnecidas por Miguel Angel, quiso el destino que fuesen plenamente traducidas en la pintura por el genio de Velázquez. Como Rembrandt en Holanda, el pintor sevillano, á quien poco ó nada entusiasmaban las creaciones del divino Rafael, representó en España la reacción emprendida, en nombre de la naturaleza, contra la pompa del clasicismo italiano. Pocos hombres habría mejor dotados de facultades nativas y mejor orientados por el estudio para emprender semejante evolución. Investigador asiduo de los aspectos naturales, desde la más tierna mocedad; pintor de costumbres luego, al modo de los flamencos y holandeses; paisajista después, gran paisajista, el único que hasta hoy ha tenido la España castellana, se acostumbró de buena hora á contemplar los cambiantes espectáculos de la vida y á observar el mundo exterior, con la distancia suficiente para abarcar el campo de visión en su complejo conjunto. Se interesó por todos los secretos de la naturaleza en su afán de fijarlos en el lienzo, y de los infinitos problemas que han preocupado á los pintores de estas últimas décadas, apenas si hubo uno que no abordara y resolviera. Si un día se le hubiese ocurrido al genial innovador instalar un modelo en los alrededores de la Villa de Medicis ó en los jardines de Aranjuez y pintarlo juntamente con el paisaje... acaso nada hubiera dejado por descubrir á los modernos devotos del *plein-air*.

Mas lo que no hizo Velázquez en pleno campo y al aire libre, lo hizo en el espacio cerrado de los interiores que pintó, puesto que reprodujo la figura del hombre con sujeción á todas las influencias modificadoras del medio ambiente. Pintor de retratos y de escenas de interior, aplicó rigurosamente á estas representaciones pictóricas el caudal de sutilísimas enseñanzas que adquiriera cultivando la pintura del paisaje.

Cuando uno se detiene, por ejemplo, ante el cuadro de *Las Hilanderas,* siente al instante que el artista que ha dado á luz aquel alucinante espectáculo, se ha preocupado mucho menos de pintar circunstanciadamente á unas mujeres ocupadas en su trabajo, que de dar la



Company, fot. - Madrid

el último término, radiante de luz, que en los primeros planos, bañados de ténue y caliente sombra.

Al evocar en la imaginación aquel ambiente suave y penumbroso que convierte todo el primer término de la estancia, llena de aire abrasador, en una gran mancha de sombra vibrante y polvorienta, donde se sumergen algo desnudas, las acaloradas mujeres, entre infinidad de flotantes reflejos y multitud de moléculas de aire circulante, fundiéndose y cruzándose todo en una harmonía total... se vienen á la memoria aquellas palabras de Taine, de que los impresionistas han hecho su fórmula y su credo: «La verdad es que para los ojos del pintor toda la esencia de una cosa visible reside en la *mancha,* que el color más simple es infinitamente complejo, que toda sensación visual es un producto de sus elementos y de los elementos vecinos, que todo objeto dentro del campo visual no es más que una mancha modificada por otras manchas, y que, por consiguiente, el personaje principal de un cuadro es el aire coloreado, vibrante, interpuesto, dentro del cual los seres y las cosas permanecen sumergidos, como los peces en el mar.»

De este concepto de pintura integral, no formulado hasta nuestros días, pero puesto magistralmente en obra por Velázquez, hace dos siglos y medio, se desprenden múltiples problemas que, hoy por hoy, torturan todavía á los pintores y que en gran parte resolvió el insigne sevillano. El fué quien, primero, apeló á esta simplicidad de paleta tan preconizada, tan generalmente tenida por artículo de fe en estos tiempos nuestros, en que tanto preocupan las cuestiones de oficio y procedimiento. Recordad el cuadro *La Familia,* la gran obra maestra del Museo del Prado. Con unos verdes sombríos para el traje de las meninas, con un azul verdoso para la falda de la enana, con un rojo pálido para la casaca del enano, con unos toques de rosa acá y allá y unos grises y negros ligeros que dan la tonalidad general á la escena, tuvo bastante el pintor para colorir este lienzo soberano que Luca Giordano llamaba *la teología de la pintura* y que asombraba á Teófilo Gautier, hasta el punto de hacerle exclamar: «¿dónde está el cuadro?... porque lo que tengo delante de los ojos es la misma realidad.»

Velázquez fué, asimismo, quien, tras largos años de detallar, de ahondar en el análisis de la figura humana, acabó por inventar este método ligero, espontáneo, resumitivo, que los contemporáneos del gran artista

impresión total de un gran pedazo de naturaleza, de exteriorizar de un golpe un conjunto sorprendido, tomándolo, á guisa de paisajista moderno, en un momento dado, con determinado ambiente, con determinada luz. El gran pintor no ha querido ver en la escena ni personajes aislados ni accesorios independientes, sino un cuadro entero, surgido de repente, con sus términos, sus gradaciones, sus fondos y su envoltura aérea. En la tela maravillosa, lo propio que en la vida física, la atmósfera y los seres que en ella se agitan vibran con paralelos movimientos, con igual titilación. Como en un paisaje, todos los elementos componentes viven y palpitan al unísono, lo mismo en

llamaron *manera abreviada* y que llaman *sintética* en nuestros días. Purgados de detalles insignificantes y de parciales minucias deben, en efecto, aparecer los personajes y accesorios de un cuadro, si el espectáculo real que representa ha sido visto á cierta distancia y bajo el fugaz aspecto de una luz y de un ambiente determinados. Ernesto Renan ha proclamado la legitimidad estética de semejante pintura en estas admirables frases de sus *Poemas Dramáticos:* «No conviene mirar el natural, ni de muy cerca ni de muy lejos. De igual modo falseáis la visión poniendo el objeto junto á vuestros ojos que poniéndolo fuera de vuestro alcance visual. De que una cosa sea efímera no se deduce que sea vana. Nada hay que no sea efímero, pero lo efímero es divino algunas veces.»



Company, fot. - Madrid

Arte sutil y repentista como este, que consiste en sorprender la fugacidad de la vida y sus fenómenos, para fijarla rápidamente en un lienzo, era arte digno, muy digno de Velázquez, pero tan difícil de ser realizado con fortuna, que no hubo, después del maestro, quien lo sostuviese y continuase. Para llegar á tal simplificación de los seres y las cosas, para llegar á estos tenues empastes á flor de tela, para llegar á estas indicaciones, no por sumarias menos expresivas, son menester, contra lo que acaso suponen muchos pintores incipientes de nuestros días, largos noviciados como los que pasó el gran pintor en el análisis detenido de la anatomía de los cuerpos, de la expresión de los rostros, de la significancia de las líneas, del modelado de las imágenes heridas por la luz. De ahí que Velázquez, con haber tenido muchos discípulos, no tuvo ningún sucesor, porque, aun descontando el genio y la personalidad, que no se trasmiten ni heredan, no tuvieron los discípulos la ciencia del maestro, y como dice ingenuamente Cean Bermudez, «por no saber dibuxar, se contentaron con imitar sus medias tintas, sus celages y otras partes menores, y la pintura decayó.»

Mas todas estas innovaciones, especialmente relativas al fenómeno ambiente, al dinanismo del mundo físico, las completó Velázquez con otras muy trascendentes, relativas al mundo social, que en tiempos del maestro provocaron grandes indignaciones y que hoy por hoy forman parte indispensable de todo programa naturalista.

En su designio de restituir las representaciones pictóricas á la verdad textual de la vida corriente, empezó por sustituir la composición en forma de pirámide, decretada por la Escuela, por la disposición de las figuras en hileras horizontales, que es la común en la vida; á la actitud teatral de los personajes, opuso una llaneza de gesto, llena de verdad y de distinción; á las exterioridades estruendosas de muchos pintores de su siglo, prefirió el silencio y la intimidad de las existencias recogidas; la simetría tan encomiada por Miguel Angel, reemplazóla por unas disposiciones tomadas como al azar y, sin embargo, ponderadas; y en cuanto al cuidado en la elección de formas, asimismo prescrito por el sublime estatuario, basta recordar que el pintor español rompió con todos los cánones establecidos en materia de tipos ideales de lo bello.


Antonio García, fot. - Valencia

de par en par las puertas de la pintura, no solo á los humildes, á los campesinos y jornaleros, sino á esta especie de corte de los milagros, compuesta de posaderos y aguadores, de tragones y de borrachos, de enanos y de bufones, de idiotas y de lisiados...

¿Cómo habían de importarle al gran pintor la selección de tipos formales ni la gerarquía social, si tenía genio, como jamás tuvo nadie, para ver y crear *la belleza de lo feo*, para magnificar lo más bajo, lo más grosero, lo más deforme, con el prestigio y la dignidad del arte? Al tratar Whistler en su *Ten O'Clock* de demostrar que lo bello puede el artista hallarlo en cualquier condición social y física, dice: «así lo entendió Velázquez, en aquella corte de Felipe IV, cuyas infantas de faldas antiestéticas por lo ahuecadas, son, en concepto de obras de arte, de la propia calidad de los mármoles de Fidias.»

Sí. Lo hermoso y lo feo poseen idéntica belleza, cuando son transformados en arte por un pintor como Velázquez. Por esto hoy reclaman con igual derecho la herencia del gran artista, por una parte, Degas, el pintor cruel de las deformidades y miserias modernas, por otra, Whistler, el exquisito retratista de las aristocracias contemporáneas. Ambos insignes pintores representan modos de arte derivados de aquel genio, y siguen alentando con su obra esta adoración perpétua sentida por los siglos hacia la obra de Velázquez, obra duradera y serena en medio de los flujos y reflujos de idealidad y de naturalismo que agitan y han agitado siempre los destinos del arte.

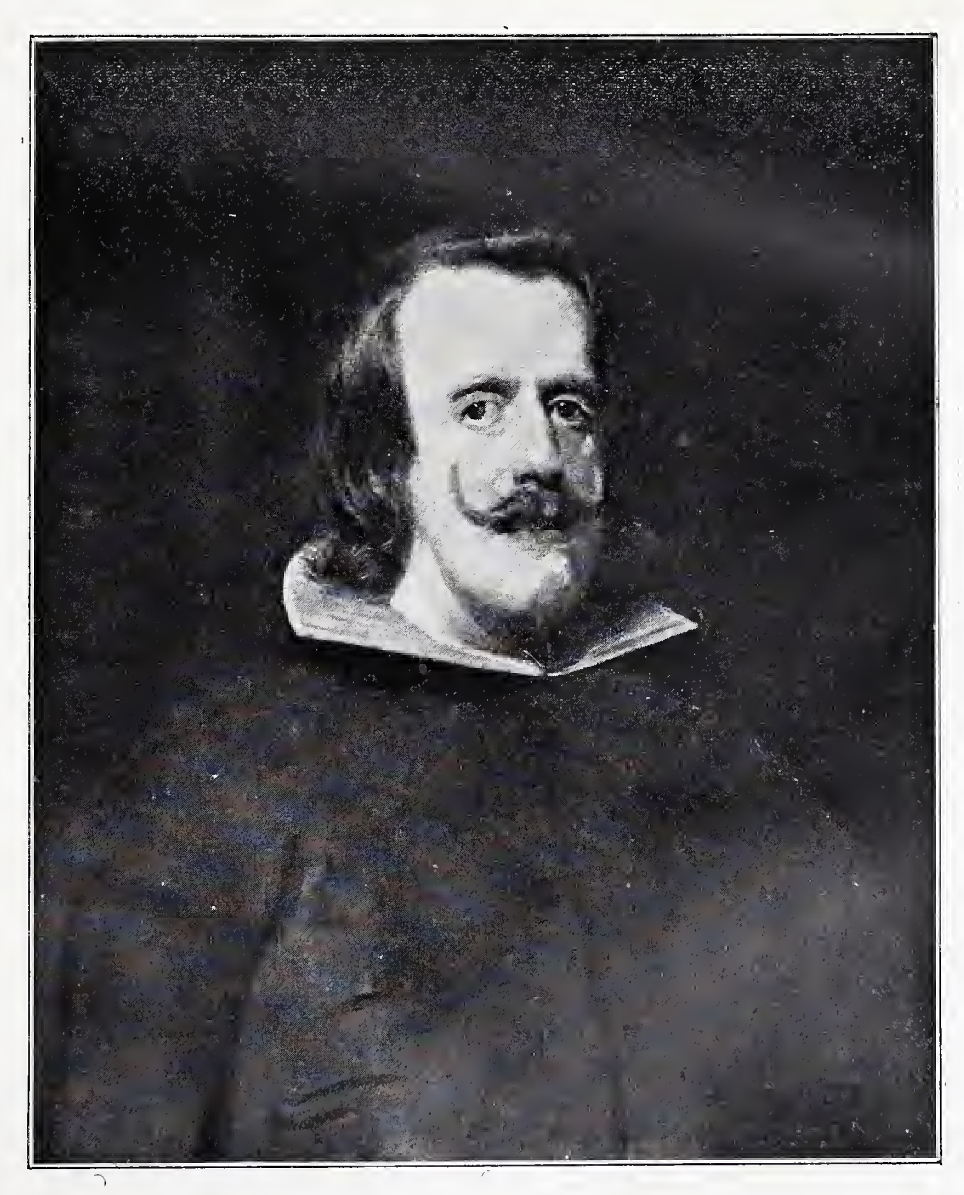
En este punto, la historia artística de Velázquez ofrece más de un episodio que á un tiempo delata su temperamento naturalista y su espíritu innovador. Como le objetaran desde joven, según cuenta Palomino, porque se complacía en pintar viejos deformes y campesinos groseros, cuando podía emular á Rafael de Urbino, pintando con delicadeza asuntos de más seriedad, contestó *que más quería ser primero en esta grosería que segundo en aquella delicadeza.* ¡Cuán apocado é insignificante aparece el famoso programa realista de Courbet, proclamando en favor de las democracias modernas el derecho de figurar en el dominio del arte, cuan apocado é insignificante, al lado de lo dicho y practicado, á comienzos del siglo XVII, por aquel gran caballero que debía ser el amigo y el pintor de cámara de Felipe IV! Palaciego por su estado, noble por su cuna, distinguido en todo por educación y naturaleza, retratista de princesas y ministros, retratista de reyes y de papas, Velázquez fué quien abrió

R. CASELLAS

EL REALISMO DE VELÁZQUEZ

Casi podríamos afirmar que Velázquez no tiene impugnadores, ó que por lo menos, no han llegado á noticia nuestra. Todas las escuelas lo admiten; todas lo celebran con el mayor encomio. Es verdaderamente el maestro inmortal por excelencia y, acaso, en ninguna época han debido ser ensalzadas sus obras en tanto grado, como en los actuales tiempos. El naturalismo que priva ahora se extasía, con razón, ante las pinturas del insigne artista sevillano. Nadie ha sido tan verdadero como él, nadie ha logrado reproducir la realidad con mayor exactitud ni con mayor energía. Diríase que su vista, en punto á descubrir todos los rasgos significativos y característicos del modelo, se adelantó á las más perfeccionadas máquinas fotográficas, á la vez que su inteligencia poderosa y altísima, su pincel insuperable añadían nueva vida, nuevos primores y más verdad, si cabe, á lo mismo que tenía ante los ojos y que por tan maravillosa manera copiaba. Velázquez fué un realista y un verista. No soñó nunca, ni idealizó nunca en el sentido comun de la palabra, y sin embargo, realista y naturalista, puso en todo lo suyo algo y mucho que en la misma realidad no se encuentra, que solo pueden hallar en su mente los artistas creadores, entre los cuales, como uno de los más insignes, figuró y figurará siempre sin duda nuestro eximio maestro.

Trazaba Holbein con segura mano el contorno de sus figuras, y con toques finísimos las modelaba, pero en aquella verdad de sus mejores retratos hay algo



Company, fot. - Madrid



LAS HILANDERAS: COMPOSICION DE DIEGO DE SILVA VELAZQUEZ



que enseguida descubre el estilo peculiar de quien los había pintado. Ribera en sus mártires y apóstoles, viejos y gañanes de la Chiaja, reprodujo con vigor asombroso lo atezado de los rostros, lo rugoso de las carnaciones, el fuego de las miradas, el hervor de las pasiones, todo con exactitud imponderable; más en aquellos rasgos acentuados, en aquel modelado férreo, se marca la índole del ingenio del artista, en quien la rudeza y la vida se compenetraban. Los pilluelos andaluces de Murillo, son trasunto fiel de los que hallaría en Triana y en otros lugares de aquella comarca, como los rostros de varias de sus Vírgenes nos dan el retrato cabal de las garridas mozas que descubriría en las ferias, en los cármenes y en las calles de Sevilla. Murillo es también exacto, hasta el prodigio, en las figuras de que hablamos, mas en todas ellas la transparencia del color, la finura del modelado, ciertas entonaciones doradas, revelan la paternidad, al instante, del autor de los medios puntos y de las Concepciones. El Grecco, á quien revindicamos por nuestro, nos dá en los retratos de hidalgos castellanos, la imagen cabal que tuvieron en vida, su expresión noble, su aire severo, hasta su piedad acendrada; y con ser tan verdadero al abusar de las manchas oscuras en el sombreado, pone en aquellos trasuntos el sello de su peculiar fisonomía artística. Algo parecido puede decirse de los magistrales retratos de la escuela inglesa, de las soberbias pinturas de los Gainborough y de los Reynolds, asunto de admiración en todas épocas y quizas, más privilegiadamente, en la nuestra.

Nada de esto ocurre en Velázquez, el cual pinta de modo que sus testas y sus figuras resulten ser la verdad misma, sin los rasgos, más ó menos convencionales, que se advierten en las obras de los maestros más famosos del universo mundo, que en el concepto de la verdad se hayan distinguido. No hay en los lienzos de D. Diego de Silva Velázquez, ni oscuros acentuados, ni entonaciones doradas, ni contornos secos, ni procedimiento alguno de los empleados adrede por artistas, de superior ingenio, para imprimir relieve, vida é interés á sus pinturas. Copia lo que ve, según hemos anticipado, lo reproduce fielmente, sin añagaza alguna, sin recursos de taller, sin nada que ni aun de lejos tienda á ser manera, en el sentido menos deprimente de esta palabra. Apenas emplea el color, pues se diría que pintó con blanco y negro: los colores le sirvieron exclusivamente para realzar con pequeños toques el modelado de los cuerpos, para lograr que sus cuadros semejaran la realidad misma, produciendo la ilusión de la vida y de la existencia, como ocurre, por ejemplo, en *Las hilanderas* y *Las meninas,* que parecen instantáneos sorprendidos por el pintor de Felipe IV y, por su pincel, agrandados y sublimados. De ahí la desesperación de los que han intentado imitarle y hasta de los que se proponen copiarle, los cuales se estrellan ante su peregrina sencillez, y al propio tiempo su pasmosa grandiosidad, aun que por otro lado no carezcan de dotes envidiables para sobresalir en el arte pictórico.

Los retratos del Rey Don Felipe IV, del Conde Duque de Olivares, del Príncipe Don Baltasar, de la Reina Doña Mariana, de Austria, de la Reina de Hungría, y otros que se vendrán enseguida á la memoria de nuestros lectores, tienen los rasgos cabales de los modelos, diríamos en lo físico y en lo moral, es decir, son retratos acabados suyos, y, á la par, representación del caracter de una época. No cabe en ellos ni más verdad real, ni más nobleza. El mismo pincel que tan magistralmente sacaba las efigies de aquellos augustos personajes, complacíase en dar á sus contemporáneos el trasunto de gentes desgraciadas, ó por la bajeza material ó moral á que llegaron, ó por sus imperfecciones naturales. Tales son aquellos singulares *Esopo* y *Menipo,* en cuyos rostros revive el espíritu satírico de Quevedo; el *Bobo de Coria* y el *Niño de Vallecas,* seres raquíticos, apropósito para inspirar lástima y alejamiento, si el pincel del gran maestro no se hubiese ocupado en pintarlos, logrando que atrajeran las miradas de doctos é ignorantes, cuando de otra manera, las hubieran apartado de su vista. Esto lo consigue el maestro, de quien España celebra el tercer Centenario, con la firmeza de su dibujo, con la seguridad de la pincelada que da un modelado sin tacha, con el peregrino empleo del claro oscuro, sin negros, sin betunes, sin los recursos empleados comunmente por pintores dignos de eterna loa, mas en del expresado concepto inferiores suyos por modo marcadísimo. Las figuras suyas, además, se mueven en el espacio, estan rodeadas de aire y de luz, méritos que de una manera capital brillan en los citados lienzos de *Las hilanderas* y *Las Meninas.* Aquel taller en que se tejen y se estan retupiendo tapices, es una maravilla, un prodigio de perspectiva aérea. ¡Cómo salen de bulto las hilanderas colocadas en primer término! ¡Cómo se precisa el rostro de la anciana que semeja pintado con una mancha de color exclusivamente! ¡Cómo se mueven en medio del aire y de la luz aquellas damas del fondo! ¡Cómo hay allí en todas partes, vida, realidad, ambiente! Por idéntico modo *Las Meninas* presentan ante nuestros ojos asombrados,



DIEGO DE SILVA VELAZQUEZ
COMPOSICION DE A. CLAPÉS

REGALO á los Suscriptores de HISPANIA



Company, fot. - Madrid



Company, fot. - Madrid

la belleza propia del Arte y sube á las más grandes alturas. Tal es el poder del genio y tal el poder del Arte. En tal supuesto, siendo Velázquez naturalista, y realista y verista, se aparta de los que, siguiendo derroteros parecidos, solo consiguen trasladar al lienzo la verdad real, con la probreza y miseria que muchas veces ofrece en el mundo. No le llamaremos idealista en el sentido ordinario de la palabra. Velázquez, repetimos, no fué soñador, ni se entregó en alas de la imaginación, antes puso empeño en no separarse de la copia exacta de lo terreno; mas si no puede dársele aquel calificativo, no cabe, por otra parte, negarle el dón de transfigurar con su pincel cuanto tocaba, y esta transfiguración allá se vá como la idealidad, en el sentido más alto de esta palabra. Los retratos y las figuras de Velázquez, imágenes fidelísimas de los personajes y de las gentes que le rodearon, con todos los rasgos, pormenores y arrequives de los modelos, como lo hemos dicho anteriormente, reunen con todo excelencias y bellezas, un encanto que dimana de su inteligencia de artista, de su corazón prendado de la naturaleza, de su pincel

el cuadro fidelísimo de la cámara regia, con el artista, las Reales personas y las *Meninas* que formaban parte de su Corte. No cabe mayor verdad de la que resplandece en todo el lienzo y singularmente en el fondo, tan portentosamente pintado, con tanta simplicidad, holgura y firmeza.

Privilegio es de los ingenios superiores, agrandar y ennoblecer cuanto tocan, y de este privilegio ha gozado, como pocos, el egregio maestro español. Siendo Velázquez realista, copiando lo que veía por vista de ojos, merced á su pincel lo levanta todo y lo embellece, imprimiéndole el sello altísimo de su genio. Lo que en manos de otro artista hubiera sido vulgar y aun bajo—los enanos y mendigos, verbigracia—tocado por las suyas se dignifica y se sublima, adquiere

y de su mano, que por tan soberano modo respondían á su voluntad. Y en esto bien puede afirmarse que ha sido único en el mundo, que ninguno le ha superado, ni siquiera, se le ha igualado, y que es, por lo tanto, legítimo el orgullo con que España saluda y venera á D. Diego de Silva Velázquez. *Onorate l'altissimo pittore,* diremos nosotros, variando algo el texto del poeta florentino, al concluir estas desmañadas líneas, tributo sincero de admiración á sus obras con motivo del Centenario de su nacimiento, ocurrido en Sevilla, el mes de junio del año del Señor de 1599.

F. Miquel y Badía

EL REY ARTISTA

Entre los monarcas funestos que la crueldad del Destino puso sobre el trono de España, Felipe IV merece un lugar privilegiado. Mucho más inteligente que su predecesor, el estúpido Felipe III, y que su heredero Carlos II *el hechizado* y el imbecil, no tuvo siquiera, para disculpar sus tremendos desaciertos, la excusa que, tal vez, alegarían los dos nombrados reyes, cuando Dios les llamó á cuentas: «Señor, nacimos tontos y la regia diadema, demasiado pesada para nuestras pobres cabezas, acrecentó aún nuestra tontería y la hizo irremediable...» -Felipe IV no había nacido tonto y no lo fué en su vida, por más que la historia de su largo reinado pueda sintetizarse diciendo, que fué una serie, no interrumpida, de tontadas. Su ingenio era vivo y penetrante: su espíritu más inclinado á lo bueno y á lo generoso que á lo malo y á lo ruín, estaba naturalmente abierto á las manifestaciones de lo grande y de lo bello, y una refinada cultura intelectual completaba las nativas dotes que el cielo le concediera. Estaba, pues, en posesión de toda la «primera materia» necesaria para formar un buen monarca. Fué, sin embargo, uno de los peores que ha tenido nuestra patria y su nombre se halla enlazado al recuerdo de una época infausta, sembrada de fracasos. Bajo su gobierno empiezan las grandes desmembraciones del vastísimo y formidable imperio que Carlos V y Felipe II supieron engrandecer y



Company, fot. - Madrid

conservar: la decadencia española inaugurada con el inepto Felipe III adquiere con Felipe IV proporciones espantosas. La pérdida total de las posesiones holandesas, á la que siguen la de Portugal, Artois, del Rosellón, de catorce ciudades en el Hainaut, el Luxembourg y Flandes, forman el calamitoso prólogo de una larguísima cadena de mutilaciones, que se suceden una tras otra y cuyo remate habia de presenciar la España actual, al cabo de dos siglos; noche sombría é interminable de nuestra historia, á penas iluminada, de tarde en tarde, por algunos destellos de victoria y de infecunda gloria.

Pobre é inepto monarca fué Felipe IV y la justicia política y la razón histórica no pueden tener para él mas que censuras y desdenes. Más culpable que su padre y que su nieto, ya que tenia un talento que á ellos habia negado la naturaleza, no cabe alegar en excusa de su funestísima indolencia justificativo alguno. Y sin embargo, la posteridad ha juzgado con marcada benevolencia al regio esclavo del Conde Duque: con todos sus defectos, con todas sus debilidades que tan enormes fueron y tan terribles males originaron, Felipe IV resulta lo que ahora se diría, una figura simpática. En el soberano perezoso, á quien los cuidados del gobierno producían invencible hastío, se vé antes que al rey amodorrado y olvidado de sus altísimos deberes, al rey artista, al príncipe enamorado de lo bello, amigo entusiasta y sincero de las letras y de las artes, cuyo explendor le preocupaba mucho más que los graves negocios de la diplomacia y de las armas.

Ante nuestra imaginación se presenta constantemente Felipe II, envuelto en su sombría grandeza, oculto tras las espesas murallas del Escorial, devorado á un tiempo por su insaciable ambición y por su tétrico fanatismo, difundiendo en torno suyo una atmósfera de pavor que desde el Convento-Alcázar se extiende por todo España y por todo Europa; su sucesor Felipe III, espíritu vacilante, pusilánime y menguado, arrastrando una existencia deslucida, guiado en todos sus actos no por su propia voluntad, sino por la de sus favoritos á los que sacrifica cobardemente después de haberlos encumbrado; Carlos II, espectro miserable de la realeza, consumiéndose en el interior de su palacio víctima de terrores imbéciles y de intrigas palaciegas; aquello ya no es un rey, ni un hombre siquiera: es un cretino sobre cuyas débiles espaldas y sobre cuya frente, tras la cual se alberga el vacio, echó un destino sarcástico un manto real y la corona de los lésares.

En cambio, á Felipe IV le vemos gallardo, espiritual, ingenioso, culto, esparciendo en redor suyo, no el terror, el fastidio ó la tristeza, sino la alegria y el bullicio que nacen de una Corte suntuosa, ávida de placeres, presidida por un dueño afable, rumboso, amigo de festejos y de galantes aventuras. La Corte es siempre el reflejo del alma del Soberano: sombría y lóbrega cuando esa yace sumida en el tedio y en la amargura; feliz y espléndida de luz, movimiento y vida, cuando el rostro del Príncipe sonríe. Aquellos palaciegos que, durante el reinado de los dos anteriores Felipes, temblaban ante el real entrecejo fruncido y fingían cortesana melancolía ó hipócrita devoción, ostentan su alborozo ante la frente risueña de Felipe IV. Los grandes señores imitan el alto ejemplo que se les dá y en las nobles moradas de Madrid, en los paseos, en los salones y en los Jardines del Palacio del Buen Retiro, engalanadas turbas cubiertas de seda, oro y pedrería, se entregan al goce de vivir.

Felipe IV parece haber tomado por modelo á Francisco I de Francia, el Rey caballero, aunque no tenga de ese, ni el genio batallador, ni el afán de gloria, ni el espíritu ambicioso. Pero gusta, como el vencido de Pavia, de suntuosas fiestas y de brillantes pasatiempos; como él, busca en la femenil liviandad el goce fundamental de la existencia; como él se erije en protector y amigo de las artes y de las letras. Rodéase de artistas y de poetas, enamóranle los primores del talento y quiere demostrar que á pesar de ser Rey puede él también competir en ingenio con los primeros ingenios de sus Estados.

Y en este empeño pone más firmeza y voluntad que no pondrá jamás en regir los destinos de su reino. En suma, no es este para él más que un inmenso patrimonio destinado á pagar el coste de su grandeza. Para administrar tan rico feudo, tiene á sus ministros y validos; que cumplan estos su misión; la suya está en apartar su inteligencia de prosaicos cuidados y consagrarla á las aspiraciones del arte. No es un rey político, ni un rey belicoso, ni un rey fanático; es un rey artista, es un rey poeta que, en tanto el de Olivares le deshonra y le empobrece, en tanto pelean sus tercios y sus flotas, casi siempre en vano; en tanto se sublevan las provincias y se pierden los mejores dominios, se preocupa, ante todo, de pulimentar los cadenciosos versos de su musa y halla mayor satisfacción en creerse digno competidor de Calderón, de Moreto y de Quevedo, que en ser un rey temido y respetado.

Y de ahí nace su única gloria, de ahí la simpatía con que la posteridad le ha mirado. Si sus enormes yerros han podido, en parte, serle perdonados, débelo á eso; débelo, sobre todo, á haber sido el protector, el Mecenas, el amigo de Velázquez.

Aunque en rigor de verdad, resulte hoy Velázquez el protector y Felipe IV, el protegido. Si la memoria del políticamente frívolo monarca no es menospreciada, como la de tantos otros de sus congéneres, tiene que agradecerlo á la memoria augusta del gran pintor sevillano. Esa especie de prestigio que sigue beneficiando la figura del penúltimo soberano de la casa de Austria, tiene que agradecerlo al artista sublime, de cuya maravillosa paleta salió tantas ve-



ces la real efigie retratada. ¿ Quién se acordaría ya del insignificante monarca, entre cuyas manos empezó á disgregarse el poderoso imperio de Carlos V, si la posteridad no le contemplase erguido é inmortalizado en los lienzos de Velázquez? La gloria deslumbrante del pintor sirve de refugio á la pálida gloria del rey: es este un pequeño satélite girando en torno de un astro poderoso. Y la indulgencia con que es pronunciado el nombre de Felipe IV nace de este solo recuerdo: Fué un mal gobernante, un monarca inepto, pero séale todo perdonado en gracia á Velázquez, á quien amó y protegió, y cuyo genio supo adivinar y comprender.

Juan BUSCÓN



En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faença, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geográfo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reune excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística,* EDUARDO de ADARO.—Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

El Secretario General,
(Rubricado)
Luis M.ª Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*

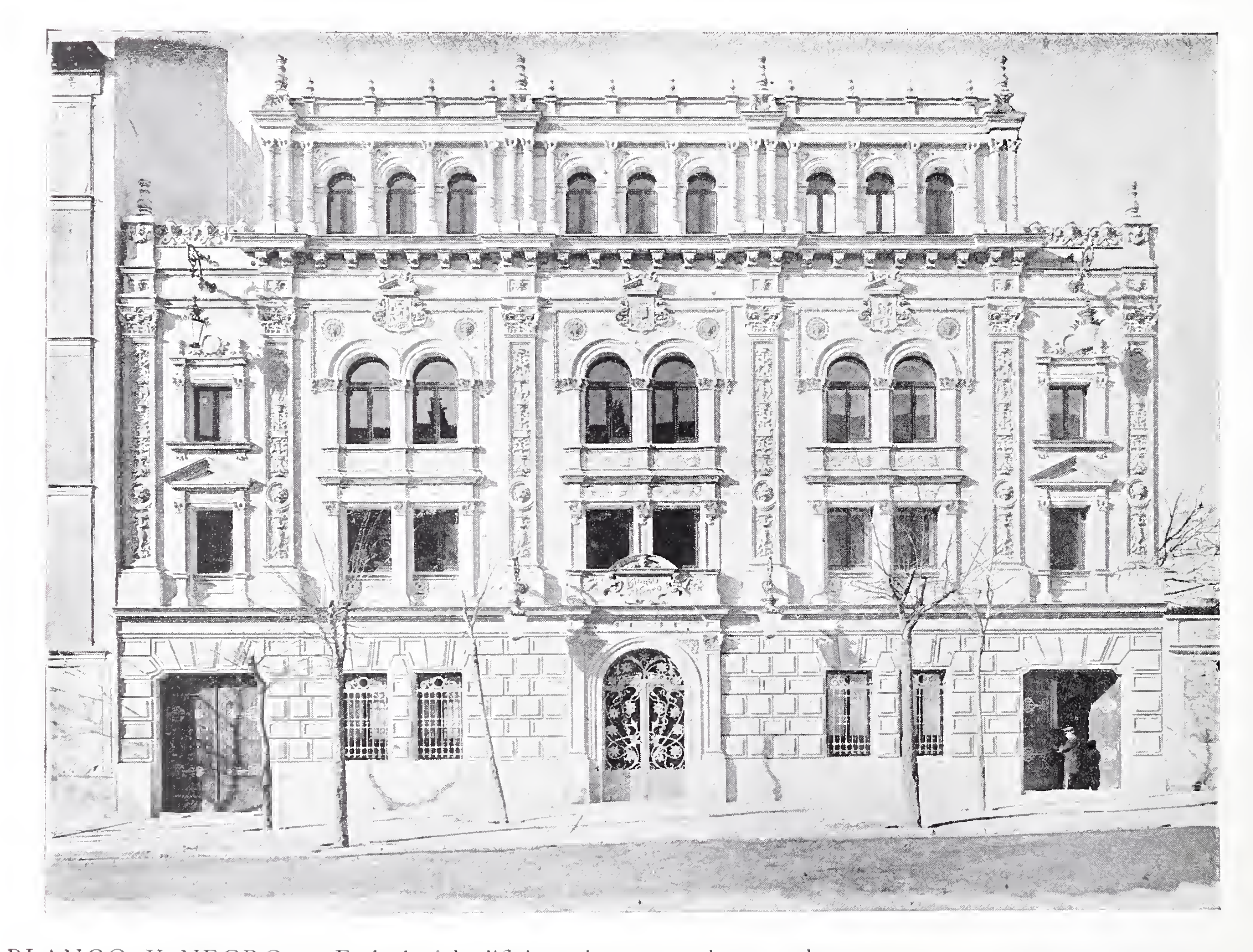


.º 8. - 15 JUNIO 1899

HERMEN

SUMARIO

PORTADA . . . . por Julio Borrell.
BLANCO Y NEGRO. - Fachada del edificio . . . .
LOS CUENTOS DE LA ABUELA. . . . . . . por Brull.
LAS DE LOPEZ . . . . por S. Sánchez Mora; ilustración de L. Bonnin.
LOS TRES VIAJEROS. . . . . por Enrique Nicolle; ilustración de J. Mir.
PINTORES DE BROCHA GORDA . . . . . . por Salvador Martinez Cubells.
EL MANZANARES . . . . por F. Gras y Elías; ilustración de Triadó.
NOTA CICLISTA . . . . por Ramon Casas.
SUERTE DE VARAS . . . . por S. Matilla.



BLANCO Y NEGRO. — Fachada del edificio recientemente inaugurado.



LOS CUENTOS DE LA ABUELA
COMPOSICION DE BRULL

LAS DE LÓPEZ



A principios del año 1879 empezaron á frecuentar el café de Veracrúz — uno de los más intelectuales que existían entonces en Madrid, pues formaban, casi exclusivamente su parroquia, literatos de muchas esperanzas, artistas geniales en embrión y sabios eminentes en perspectiva — las señoras de López Bruma. Terceto apreciabilísimo y cuya aparición causó un efecto monstruo, primero, por no ser muy frecuente en aquel antro la presencia del bello sexo «de circunstancias»; segundo, porque las nuevas parroquianas eran notables, bajo todos conceptos.

Doña Melitona, la mamá, era lo que se suele llamar toda una real moza; algo averiada, si se quiere, por los años, pues se arrimaría ya á los cincuenta; pero imponente, de proporciones catedralescas y muy tentadora para nuestras imaginaciones juveniles, con sus protuberancias y sus andares de diosa. Las hijas de esa sugestiva matrona eran sencillamente dos ángeles: la mayor, Miguelita, rubia, lánguida, esbelta, semejante, conforme decía Paco Jácara nuestro poeta idílico, «á la palmera del desierto», melancólica, poseía, como principal encanto, un mirar tan dulce, que parecía atraer como irresistible imán las miradas de los hombres; la menor, Trinidad, era una morena, de cuerpo pequeñito, pero airoso y movedizo, rebosando vida y alegría por todos sus poros; la cara, sin ser bonita, cual la de su hermana, tenía un algo indefinible, á causa de su sonrisa, á un tiempo amorosa y picaresca, brotando de unos labios rojos y sensuales que dejaban ver dos hileras de dientes menudos y blanquísimos.

Sentáronse desde la primera noche junto á un velador, que quedó ya, desde entonces, de su usufructo exclusivo y á corta distancia de la mesa en que teníamos constituída nuestra peña. Policarpio Ojesto, el futuro gran novelista, Pepe Toquín, el músico de porvenir inmenso, Paco Jácara, el poeta de venideras sublimes inspiraciones, Ramón Baquillo, el pintor que debía ejecutar con sus pinceles tantas obras maestras, y el firmante de estos recuerdos, que se prometía asombrar al mundo con sus elucubraciones dramáticas. Porque si hasta entonces no habíamos hecho gran cosa, nos prometíamos escalar las más elevadas regiones del arte y del pensamiento.

La aparición de las López Bruma y su vecindad causaron en nuestro inteligentísimo cenáculo una impresión hondísima, que se tradujo por la supresión radical, aunque inconsciente, de toda discusión trascendental. Aquella noche, no hicimos más que cambiar de tarde en tarde frases insípidas, sobre ideas vulgares; nuestras miradas, como nuestro espíritu, estaban fijas en el trio femenil ocupado en despachar los tres cafés y las tres medias tostadas que habían pedido. Paco Jácara se absorbía en la contemplación de la niña rubia y lánguido mirar; Toquín y Baquillo no quitaban el ojo de encima la petulante morenita, acariciando el primero los rizos de su negro y ondulante pelo y procurando llenar el otro, de magnéticos efluvios sus insidiosas miradas. Á Ojesto se le congestionaba el rostro en la admiración de los poderosos encantos de Doña Melitona; cuanto á mí, más ecléctico que mis compañeros, las miraba á las tres con igual embeleso y mis sentimientos se revelaron en este concepto que arrancó una protesta indignada del idealista Jácara: ¡Qué serrallo más rico me hacía yo con esa simpática familia!...

* * *

Las tres hermosas siguieron viniendo con matemática regularidad, sin que las

Fundición de Masriera y Campins



inclemencias atmosféricas alteraran nunca el régimen establecido. Invariablemente, entre nueve y nueve y media, la mano de Trinidad empujaba la puerta vidriera del establecimiento y veíamos asomar la gentilísima figura de la muchacha, á la que seguía la poética aparición de Miguelita, cerrando la marcha la majestuosa personalidad de Doña Melitona. Sentábanse en torno del acostumbrado velador, permanecían diez ó doce minutos, charlando entre ellas ó examinando de soslayo á los vecinos y después llamaban el camarero, que sin formular ya el «¿qué va á ser?» colocaba sobre el marmol los tres cafés y las tres medias tostadas.

La proximidad estableció prontas y cordiales relaciones entre nuestra *peña* y las tres señoras. Á los ocho días, nos tratábamos como si nos hubiesemos conocido de toda la vida y estábamos perfectamente enterados de cuanto se relacionaba con la familia López Bruma. Doña Melitona era viuda de un Comandante, muerto en el campo del honor, dejándola con dos hijas, una pensión y unas rentitas, producto de algunos terrenos, allá en Guadalajara. Con esto y algún recuerdo que, por Navidades y por San Juan, las enviaba un pariente muy rico que tenían en Segovia, lo iban pasando las tres, modestamente, pero sin apuros, hasta que llegase el día, si llegaba, que á cada una de las niñas se les presentara un hombre honrado, con buenas intenciones y un *modus vivendi.* Doña Melitona no pedía más que eso: yernos que fueran personas decentes y buenos para asegurarse el pan cotidiano, como Dios manda, trabajando honradamente.

Pero á medida que nuestra intimidad con las López Bruma crecía, se modificaban los sentimientos internos de los *peñistas,* de una manera poco tranquilizadora para la fraternidad que siempre existiera entre nosotros. El eterno femenino había en pocos días introducido en nuestra mútua amistad la cizaña y el recelo. Baquillo y Toquín se disputaban la preferencia de Trinidad, que con habilidosa coquetería sabía mantener latentes las esperanzas de sus dos enamorados, sin inclinarse de una manera definitiva por uno ni por otro. Y lo mismo hacía la angelical Miguelita, cuyas miradas parecían posarse con igual complacencia sobre Paco Jácara y sobre mi, pues debo advertir que, trás algunas vacilaciones, habíame resuelto por consagrar mis homenajes á la preciosa rubia. De ahí, una sorda y mal encubierta enemistad entre el músico y el pintor; entre el poeta idílico y yo; la grata armonía de antaño había desaparecido; la suspicacia y los celos roían nuestras almas. Más de una vez suscitáronse disputas agrias fundadas sobre insidiosos pretextos; y en más de una ocasión nos habríamos echado las tazas de café á la cabeza, á no mediar la oportuna intervención de

Ojesto, el único feliz de todo el quinteto, ya que no tenía rival en sus amorosas pretensiones. Consagrado exclusivamente á D.ª Melitona, esperanzaba un próximo triunfo que nadie le disputaba; y como los ojos y las sonrisas de la madura beldad posábanse en él con manifiesta complacencia, ninguno de nosotros ponía en duda la cercana victoria de nuestro compañero.

* * *

Hacía ya un par de meses que se prolongaba tan difícil situación, sin variar las cosas: en el fondo, cuando menos, porque lo que es en la forma exterior...

Toquín y Baquillo no se miraban ya, ni se saludaban siquiera, por más que, aferrados cada cual á su respectivo propósito, seguian frecuentando el café y sentándose á la misma mesa. Y lo propio hacíamos Jácara y yo. De muy buena gana hubiera andado yo á bofetada limpia con mi odiado competidor y de seguro que él deseaba tambien la oportunidad de hacerlo. Hasta entonces nos habíamos comprimido, pero... ¡Ea! que aquella situación no podía durar más... Para Toquin sobraba en el mundo Baquillo; para mí estaba de más Jácara, y... reciprocamente. Por fortuna, Ojesto que ejercía sobre todos una gran autoridad, se esforzaba en evitar la ruptura de hostilidades.

Asi estaban las cosas, cuando una noche de Abril experimentamos una de las mayores sorpresas de nuestra existencia. Dieron las 9 y media, dieron las 10, luego las 10 y media y... nada: las López Bruma sin parecer.

— ¡Qué cosa más extraña! — murmuraba Ojesto.

Los demás, inquietos y nerviosos, no decíamos nada; pero cada vez que se abría la puerta del café, lanzábamos una mirada codiciosa, que se trocaba al punto en una mirada aflijida.

— Es raro... muy raro... seguía murmurando Ojesto.

Aquella noche abandonamos el café, á la una, con la cabeza gacha, y esperando con ansiedad febril que viniese la noche siguiente.

Pero vino esa, y tampoco parecieron nuestras sílfides.

—Alguna de ellas estará enferma... opinó Ojesto —Trinidad andaba algo resfriada esos días.

Pasaron otras tres noches y... nada:

— Ha de ocurrir algo grave... — declaró el futuro novelista — mañana me paso por la calle del Pez.

—¡Bah! no se tome V. esa molestia, señorito... Me parece que á esas señoras no las encontrará V. en la calle del Pez, ni en denguna otra calle de Madrid...

Y al decir eso, Joaquín el camarero nos miraba con sonrisa fisgona.

— ¿Qué quieres decir tú con eso? — preguntó Ojesto, mientras que los demás, profundamente turbados, mirábamos al camarero con ansiedad.

— Pues quiero decir... que hace cinco noches que tampoco vienen ni Don Pancho, ni Don Narciso... ¿ustedes saben de quienes hablo?... de esos señores viejos, que parecen el uno una momia y el otro un botijo... unos que se sentaban allá, en el otro rincón. Muy ricos, millonarios, á lo que me han asegurado personas que los conocen.

— Bien ¿y qué quieres decir con eso? — volvió á preguntar Ojesto.

—Pues que á esos tios les gusta la carne fresca: ¿se van ustedes enterando?... y á estas horas, las niñas y los viejos están por esos mundos de Dios y, según me ha dicho quien puede saberlo, en camino de París y de Inglaterra.

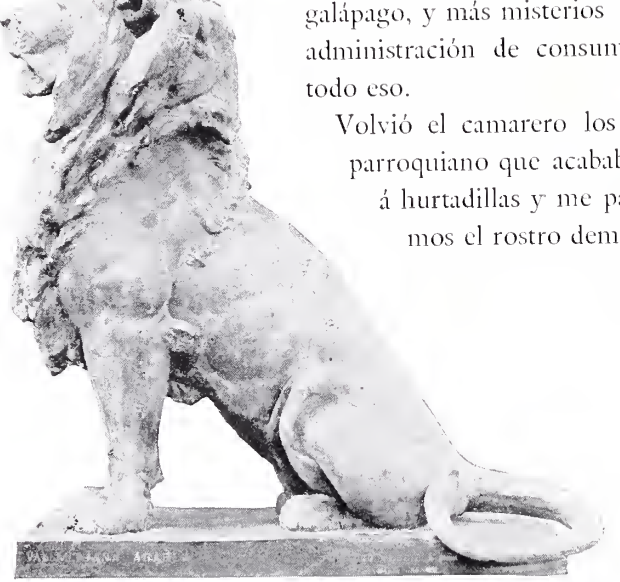
Y en medio del estupor doloroso que nos aplastó de súbito, añadió Joaquin:

—Si había yo visto cosas que, la verdad... Y como la madre era una tunanta con más conchas que un galápago, y más misterios en el alma que luz en la administración de consumos, no me extraña nada todo eso.

Volvió el camarero los talones para servir á un parroquiano que acababa de entrar; nos miramos á hurtadillas y me pareció que los cinco teníamos el rostro demudado y los ojos húmedos.

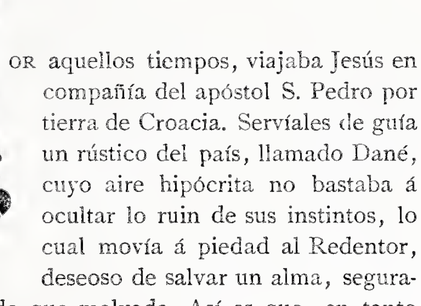
S. Sánchez Mora





Fundición de Masriera y Campins

LOS TRES VIAJEROS



Por aquellos tiempos, viajaba Jesús en compañía del apóstol S. Pedro por tierra de Croacia. Servíales de guía un rústico del país, llamado Dané, cuyo aire hipócrita no bastaba á ocultar lo ruin de sus instintos, lo cual movía á piedad al Redentor, deseoso de salvar un alma, seguramente más estúpida que malvada. Así es que, en tanto S. Pedro clavaba en el guía una mirada recelosa y severa, fijaba en éste el Maestro sus ojos bondadosos y compasivos.

Como la caminata había de ser larga y era la comarca poco menos que desierta, llevaba Dané á cuestas las provisiones del viaje, y entre ellas un carnero recién degollado. Y mientras proseguía su camino, doblando el espinazo bajo la carga, no dejaba el záfio de pensar en el suculento festín que le esperaba al fin de la jornada.



Pero sucedió que, al llegar al lindero de un bosque, se detuvo Jesús y le dijo á Dané:

– Oye: mi compañero y yo vamos á echar una siestecita. Entretanto, puedes asarnos este carnero.

Y tumbándose al pie de un árbol, sobre un tapiz de fresco césped, cerraron Jesús y Pedro los ojos y se quedaron sumidos en profundo sueño.

Dispuso Dané todo lo necesario, y, á poco, de un montón de ramas y de hojas secas brotaba una alegre llama acariciando los costados, el vientre, el lomo y las patas de la res, cuya carne iba tomando un color dorado y despidiendo el más apetitoso aroma. El rústico, que vigilaba atentamente la operación, para sacar el asado, así que estuviese á punto, no pudo resistir á la tentación que se le entraba por ojos y narices. Sacó su cuchillo, abrió de un rápido y certero golpe el vientre del animal, extrajo el hígado (su manjar favorito), y en un par de bocados, glotones, voraces, se lo hubo zampado.

En aquel momento despertó Jesús.

—¡Ave María Purísima! — exclamó restregándose los ojos.— Y ¡qué ganas de comer me han entrado con ese olor tan rico!... Dané, hijo mío, oye: dame el hígado del carnero... es mi bocado predilecto.

Hizo Dané como quien busca y rebusca, y, después de hurgar en las entrañas de la res, dijo con el mayor descaro:

—¡Qué cosa más particular!.. ¡Un carnero sin hígado!..

—¿Te parece á ti si eso es posible?...

—Pués, Maestro, lo que es yo no encuentro nada de hígado.

— Porque alguien lo habrá quitado. ¿No sospechas tú quién pudo ser?

— Lo que es yo, no fuí... ¡Lo juro!

—¿Por qué juras en falso? — preguntó Jesús, entristecido.—¿Por qué no confiesas una falta que sin duda te sería perdonada?

Pero en vano insistía el Maestro: á sus súplicas, como á las intimaciones más rudas de San Pedro, contestaba invariablemente el tuno:

—Yo no he robado nada... Yo no he sido...

Pusiéronse nuevamente los viajeros en marcha y no tardaron en llegar á las orillas de la Kupa, que era preciso cruzar, para proseguir el camino. Pero ¿cómo hacerlo? No había allí ni puente ni vado, y Dané, que indicara un itinerario diferente, reíase en sus adentros.

Pero Jesús, que no había manifestado extrañeza ni despecho, se acercó á la orilla, extendió la mano y al punto las aguas se separaron, abriendo paso. No se había repuesto todavía Dané de su profunda estupefacción, cuando vió á los dos caminantes que, desde la otra orilla, le llamaban para que se reuniese con ellos.

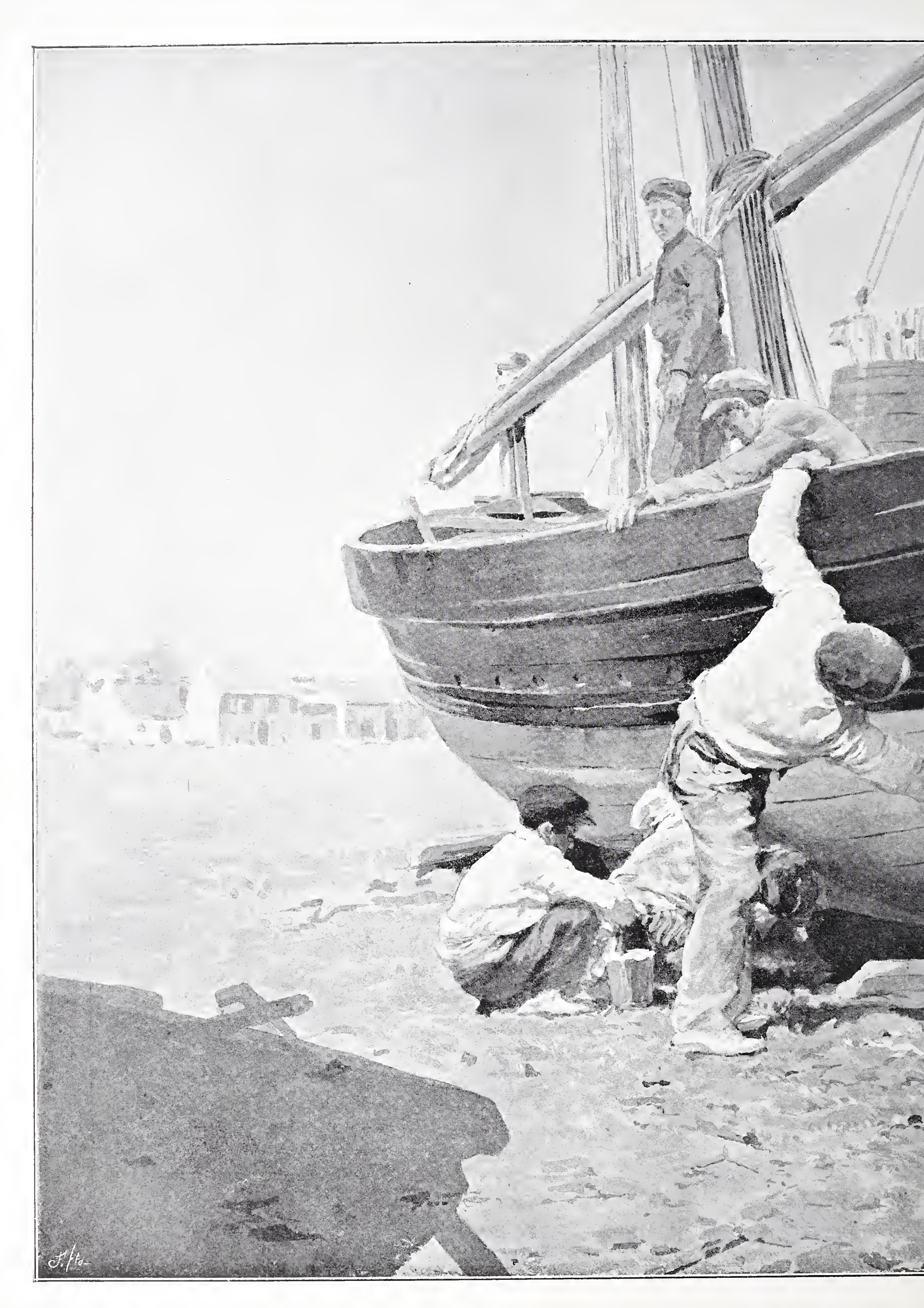
— Esos tíos son brujos... — murmuró el guía.— No conviene enemistarse con esa gente.

Y se dispuso á imitarles; mas, apenas se encontraba á la mitad de aquel milagroso paso, volvieron las furiosas aguas á juntarse.

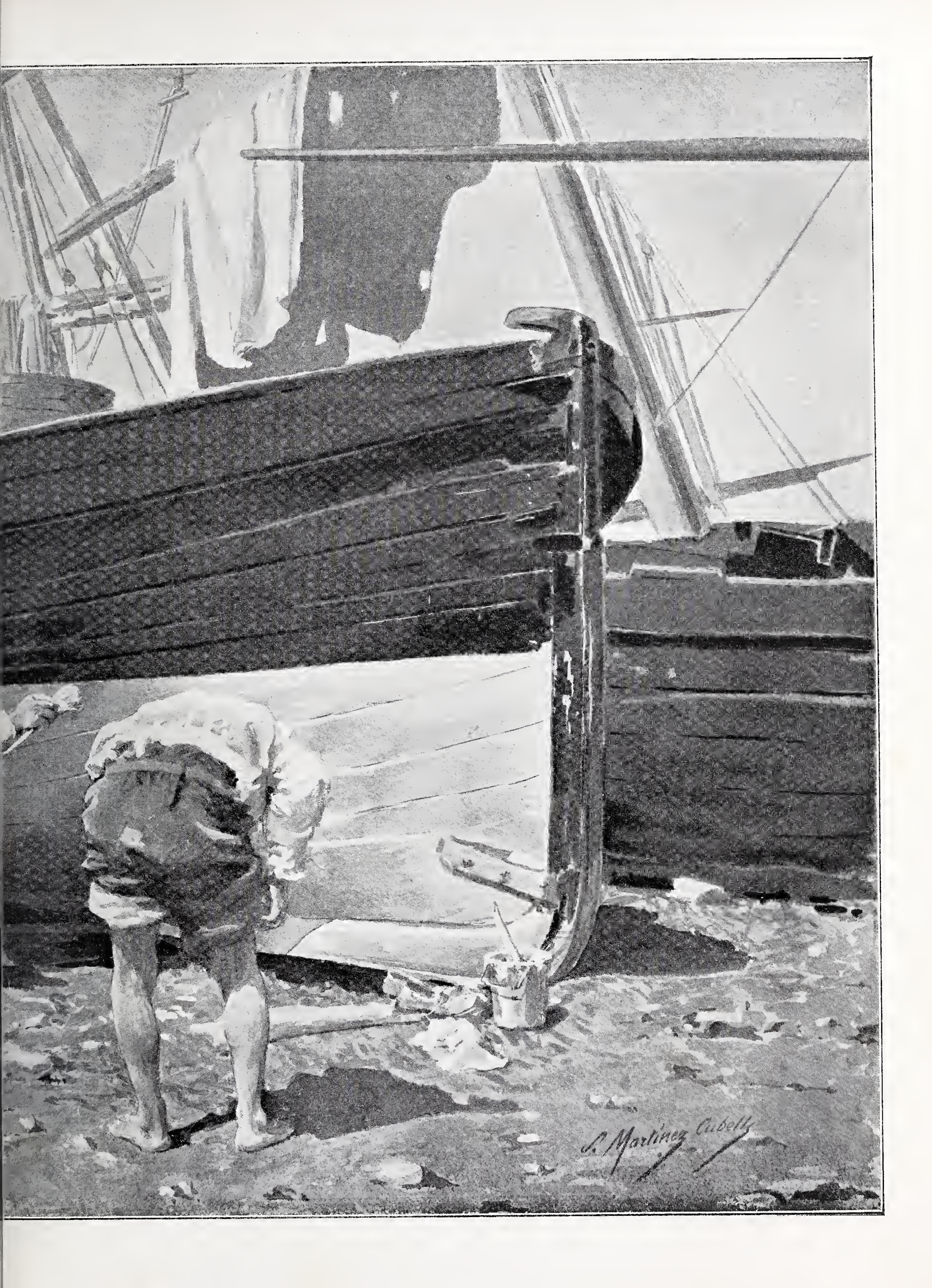
—¡Socorro!... ¡Socorro!...—chilló espantado el pobrete.

—Si quieres que te salve,—dijo el Redentor,—confiesa la verdad: ¿has robado el hígado?...

—No, mi amo: no fuí yo,—repuso Dané, que á testarudo y embustero no le ganaba nadie. Y, á pesar de que el agua



PINTORES DE BROCHA GORDA
POR S. MARTINEZ CUBELLS


S. Martinez Cubells

llegábale ya á la boca, continuó exclamando: — ¡Yo no, mi amo!... ¡Yo no!... ¡Por piedad, salvadme!

Cubrióle una oleada la cabeza é iba á desaparecer para siempre, cuando Jesús, movido á compasión, mandó á las aguas que arrojaran á la ribera, indemne, el cuerpo del pícaro.

Habiéndoseles echado la noche encima, fueron los viajeros á pedir hospitalidad en una hostería. No era esta muy espaciosa, y Dané hubo de acomodarse en el granero, en donde, para secar su cuerpo y sus vestidos, empapados todavía de agua, tuvo la mala idea de encender una fogata. Y bastaron algunas chispas, que se comunicaron á las vigas de la casa, para que á poco ardiera ésta. El guía, que acababa de dormirse, despertóse al sentir el intensísimo calor, y, asomándose á una ventana, se puso á pedir socorro á grito pelado.

—Vamos á ver... — le dijo Jesús desde el pie de la casa; — ¿me dirás ahora quién robó el hígado ?...

— ¡Yo no he sido, mi amo!... ¡Por Dios, salvadme!

Y, aun cuando el pelo se le chamuscaba ya, seguía protestando:

—¡Yo no he sido!... ¡Yo no he sido!...

Por segunda vez se compadeció Jesús del miserable: con un simple gesto de su diestra apagó las llamas, y San Pedro arrimó, aunque de muy mala gana, una escalera, para que Dané pudiese salir de aquel horno.

Al otro día, muy de mañanita, trasladáronse los tres á una aldea vecina en la que se celebraba una gran feria y á la cual acudían en tropel los campesinos de las cercanías, á pie unos, á caballo otros, en carro otros más. El Maestro y su apóstol paseábanse tranquilamente entre aquellas buenas gentes, cuando de súbito óyese el grito de *¡al ladrón!*, y vieron al mismo tiempo á un buhonero que, levantando los brazos al aire, vociferaba, explicando que acababan de robarle unos pendientes y un broche de plata. Formóse un grupo en redor suyo, y uno de los circunstantes exclamó:

—Si te han robado, busca al ladrón. Nosotros somos hombres de bien y no nos da la gana de que nadie pueda sospechar de nuestra honradez. ¡Ea! ¡Registrános!

Aplaudieron todos los presentes el pensamiento; y, como no hubo nadie que protestase, el buhonero hizo un registro escrupuloso de todos los bolsillos, inclusos los de Jesús y de San Pedro, pero sin que apareciesen los pendientes ni el broche.

— Por última vez,— murmuró el Maestro al oído de Dané; — ¿has robado el hígado ?

— No, Señor: yo no he sido.

— ¡Ladrón y embustero! ¡Cúmplase tu destino!

Alejóse Jesús acompañado de su celestial portero, en tanto le llegaba á Dané su turno de ser registrado. Con gran sorpresa del mismo guía, las joyas robadas fueron descubiertas en un bolsillo de su chaqueta; y, por más que el cuitado protestaba de su inocencia, empezó á llover sobre sus espaldas una lluvia de estacazos con que los exasperados labriegos le obsequiaron, hasta que uno de éstos exclamó:

— Hay que castigar á este bribón: ahorquémosle.

Y, sin más preámbulos, fué conducido Dané al pie de un árbol, pasáronle una cuerda en torno del cuello, y un instante después, el cuerpo del desdichado se balanceaba en el aire.





En esto, San Pedro, que estaba apiadado de la suerte de aquel infeliz y veía el dulce rostro de Jesús velado por una nube de honda tristeza, dijo :

— Señor: ¿queréis conceder á ese mentecato un medio postrero de salvación?

— Sí, con tal que confiese su hurto.

— Lo confesará. Dejadme hacer.

Volvióse Jesús hacia el árbol en donde seguía perneando Dané, y bastó la divina mirada para que la cuerda se rompiese y rodara el ahorcado por el suelo. Poco tardó el pillastre en recobrar el sentido; y, temiendo que sus ejecutores volvieran á aquel sitio á repetir la operación, echó á correr como un gamo y se reunió con los dos viajeros.

Jesús parecía dormir al borde del camino, mientras que San Pedro, de rodillas sobre el césped, estaba como absorbido por una operación importante. De un recio bolsón de cuero había sacado un buen puñado de monedas de oro, que, distribuídas en cuatro montoncitos separados, despedían á la luz del sol brillantes reflejos.

— ¿ Qué estáis haciendo, compadre? — preguntó con ávida curiosidad el guia.

— Pues... verás... hago el inventario de nuestros beneficios. Como que vamos á separarnos, quiero dar á cada uno la parte que le toca. Hay cuatro partes: una para el Maestro, otra para mí, otra para tí. .

— ¿ Y la cuarta ?

— ¡Ah!... La cuarta... No sé cómo hacer... Quisiera darla al que robó el hígado del carnero; pero como ignoro quién fué.

— Pero ¡si fuí yo!... — exclamó con viveza Dané.

— ¡ Por fin confesaste ! — dijo Jesús, que se había levantado y escuchaba. — ¡Ea! Te perdono... Anda, y no vuelvas á pecar.

Luego, volviéndose hacia San Pedro, murmuró melancólicamente el Salvador :

— ¡ Infelices humanos !... ¡ Siempre los mismos !... ¡ Prestando oídos á la voz de la astucia y sordos á la voz de la bondad !

ENRIQUE NICOLLE



EL MANZANARES

Río de bellos recuerdos,
río de alegres sonatas,
río de hermosas verbenas,
río de graciosas danzas,
claro espejo de la Corte,
paraíso de las almas,
edén de dulces coloquios,
ilusión de las tapadas,
arboleda de las musas
de la lira castellana,
sitio de bellas intrigas,
de caballerescos dramas.

Río que durmiendo corres,
que deslizándote cantas,
que bellos nombres invocas,
que repites mil hazañas,
que viste tus reyes moros
sin corona y cimitarra,
las glorias de los Felipes,
mil lujosas cabalgatas,
que San Antonio te vela,
que un rico puente te abraza:
¿Qué resta de tu poesía,
que fué el encanto de España?

En tus márgenes no escribe
Ruiz de Alarcón sus dramas,
ni las redes del amor
prepara Villamediana;
ni en la noche misteriosa
el recatado monarca
al pie de tus alamedas
de dulces amores trata;
ni los aceros se cruzan,
ni las mozas se desmayan,
ni se escuchan juramentos,
ni los preludios del arpa.

En tu florida alameda,
como un nido entre las ramas,
no tiene Goya su estudio;
aquella preciosa casa,
que tanto misterio encierra,
que tanto secreto guarda,
gruta de bellas ondinas
de rica y crujiente falda,
que el rumboso don Francisco
en querubes trasformaba,
poniendo el sol en sus ojos
y en sus bellos cuerpos alas.

No recorre tus orillas,
cuando el claro sol desmaya,
Máiquez, solo con su pena,
Máiquez, solo con su fama,
y airado, fiero y celoso
por desdenes que le matan,
recita con todo el fuego
que ha puesto Dios en su alma,
el *Otello,* maldiciendo
á bella y voluble dama,
que le arrojó de la cima
del cielo de su esperanza.

Ya don Ramón de la Cruz,
con su *capa que se escapa,*
forma corro con chisperos,
se codea con las majas,
habla el lenguaje del pueblo,
toma parte en su algazara,
reza en la devota ermita
con toda la fe del alma,
recorre tus alamedas
en la alegre sanjuanada,
y al arrullo de tus ondas
medita, escribe y descansa.

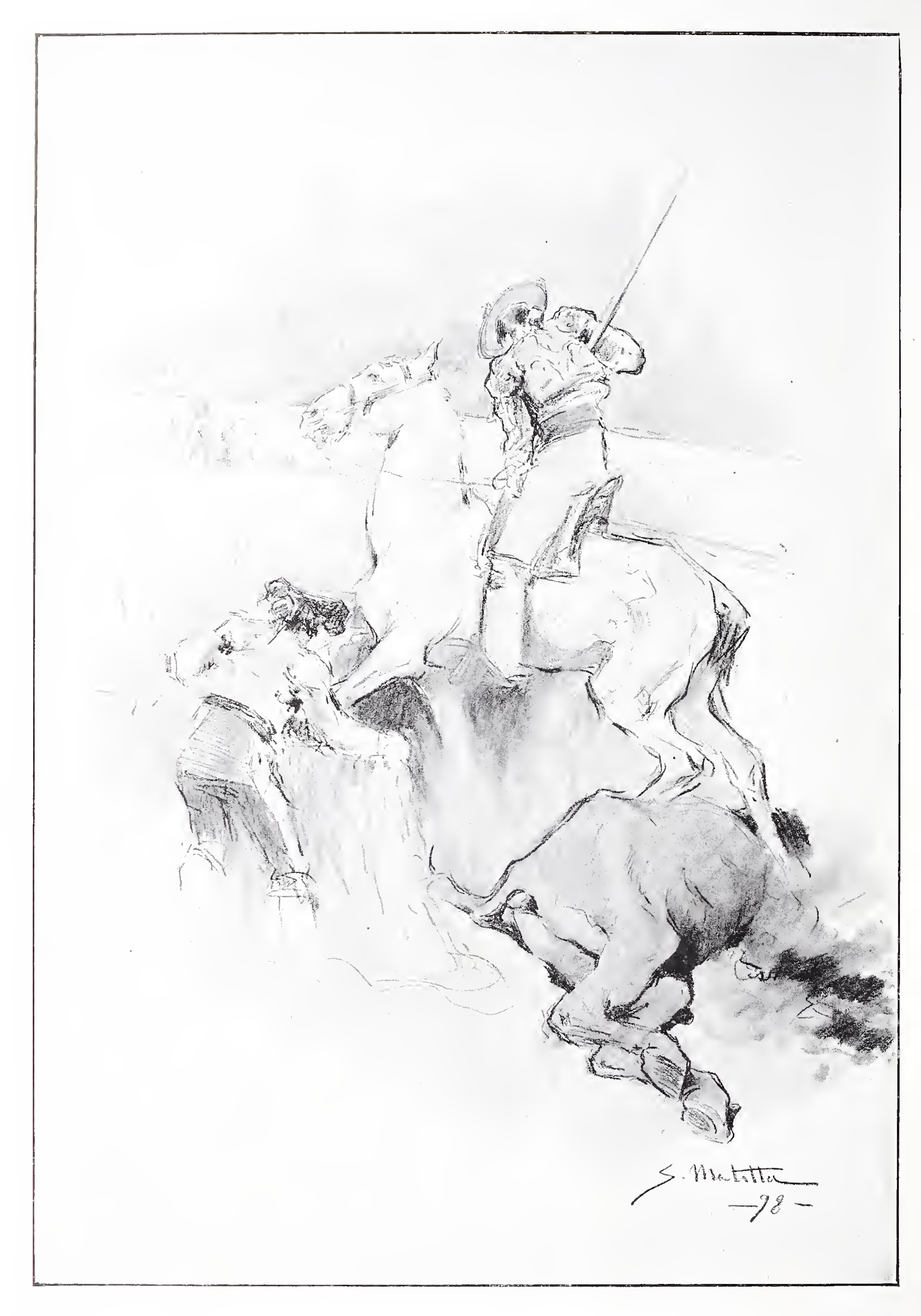
No se escucha junto al puente
la melodiosa guitarra
de Antón el de los cantares,
que con delirio ensalzaba
la bella Virgen del Puerto,
tus fiestas y alegres danzas,
las devotas romerías,
las amantes serenatas,
la niña de ojos azules
que en la Almudena lloraba
pidiendo con puro acento
dulce amor y no venganza.

Hoy no bajan á tu orilla
la Corte ni ilustres damas,
artistas, corregidores,
vates de renombre y fama,
y sólo en la primavera
el pueblo en tu vega canta,
bailando con alborozo
la jota, vito y tiranas,
al son de los organillos,
que los oídos desgarran.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS



NOTA CICLISTA
POR R. CASAS



SUERTE DE VARAS
POR S. MATILLA





OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

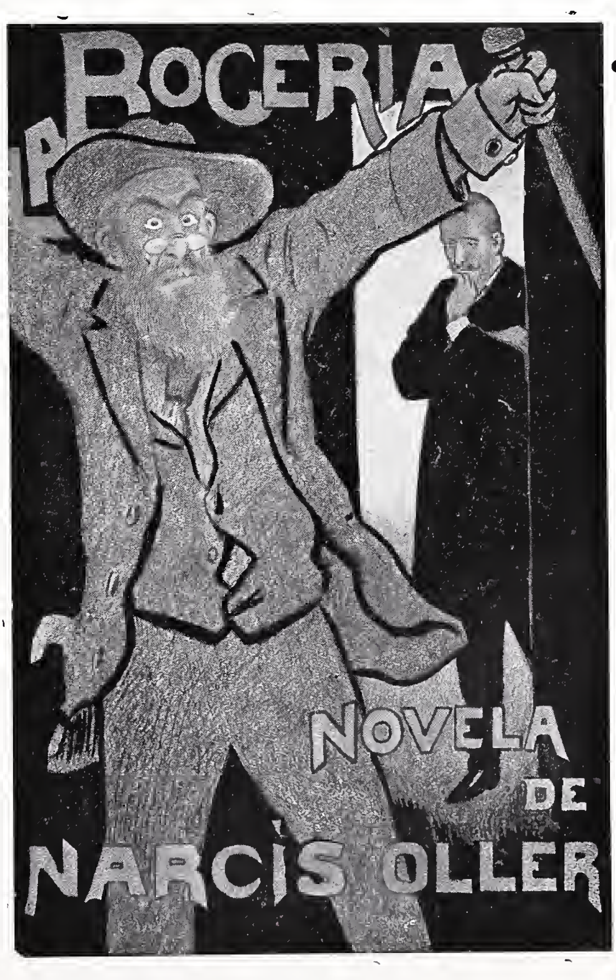
FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º*, 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º*, 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º*, 2 pesetas

OBRA DE SENSACIÓ



Un hermòs tomo d'unas 200 páginas 3 PESSETAS De venda en las principals llibrerías



Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

Papel de los Sucesores de Torras hermanos



9. - 30 JUNIO 1899 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



C. DE HAES.—PAISAJE



A. PARERA.—CONSUELO

GONZALO BILBAO.—MAR DE LEVANTE



J. SOROLLA.—ESTUDIO JAVEA, ALGARROBO



J. SOROLLA.—COSIENDO LA VELA



L. MENENDEZ PIDAL.—SALUS INFIRMORUM



E. CHICHARRO.—LAS UVERAS



J. MONSERRAT.—AMOR Y TRABAJO

El Cuadro de LAS MENINAS

Las obras de arte nos impresionan más ó menos segun las condiciones en que se nos ofrecen á la contemplación. La estatua blanca sobre fondo blanco, el cuadro de tonos grises y finos sobre el muro de color chillón ó junto á un cuadro de tonalidades vivas, pierden en absoluto el efecto que deben tener. Pero aún más esencial es la disposición de la luz: la estatua frente á la luz no acusa el relieve de sus formas, que recobran todo su efecto cuando se coloca la figura á luz alta ó de costado; el cuadro, colocado á luz contraria de la que en él fingió el artista, de modo que si sus figuras aparecen alumbradas por el lado izquierdo del lienzo, este se vea con luz que venga de la derecha, no tendrá el efecto de ser lo pintado como de bulto, cosa real, como pretendió el pintor, sino que aparecerá muerto el claro oscuro. Todo esto lo saben de sobra los artistas; el público no. ¡ Qué raras veces se vé una obra de arte en las condiciones más apropiadas para su efecto! En los museos, es problema muy difícil de resolver el de la luz, pues con ser distinta por su dirección, por su intensidad y hasta por su matíz la de cada cuadro, estos aparecen alumbrados con una luz uniforme, generalmente cenital y por lo comun excesiva. Ciertamente, no es fácil en un museo disponer cada cuadro en exposición aislada, con la luz especial que pida. Por excepción, y con cuadros que lo pidan con más derecho que otros, se ha hecho así, en algun museo: en el de Amsterdam, con el cuadro llamado la *Ronda de Noche,* de Rembrandt, en el de Dresde, con la *Madona* de *Sixto Quinto,* de Rafael; y en Madrid con el cuadro de *Las Meninas,* de Velázquez, para conmemorar de un modo durable el tercer centenario de su nacimiento. El éxito de esta instalación del cuadro de *Las Meninas,* aislado y á su luz, ha sido sorprendente, mayor aun de lo que pudieron prometerse artistas y aficionados, que lo esperaban con afan.

* * *

Segun nos informa Palomino y Velasco, que después de Pacheco es el biógrafo de Velázquez mejor informado y más próximo á los días del artista, éste acabó el cuadro de *Las Meninas* en el año 1656, fecha que tiene su comprobación en la edad, unos cinco años, que representa el personaje principal de la composición que es la infanta Margarita, la cual había nacido en 12 de Julio de 1651. Aun sin tener en cuenta nada de esto, puede asignarse fecha á este lienzo calculándola por el tiempo que abraza la producción de Velázquez, el cual murió pocos años después de pintarlo, murió en 1660, y apreciar que la práctica magistral que se advierte en esa pintura solo pudo adquirirla el autor á costa de muchos años de ejercitarse en su profesión. Á pesar de haberse perdido, por desgracia, algunas obras del artista, buena parte de ellas en el incendio que padeció el Real Alcázar en 1734, puede aventurarse la afirmación de que entre todos los cuadros ejecutados por Velázquez el de *Las Meninas* fué el mejor, el más completo, en el que brilla más alto el genio del gran pintor de la verdad. Ya en su época se tuvo por cosa extraordinaria este cuadro.

Palomino y Velasco en su *Parnaso Español,* califica al cuadro de *la más ilustre obra de D. Diego Velázquez,* que «dejó en ella mucho que admirar, y nada que exceder».—Luego añade: «Esta pintura fué de su Majestad muy estimada, y en tanto que se hacía asistió freqüentemente á verla pintar; y asimismo la Reyna nuestra Señora D.ª María Ana de Austria baxaba muchas veces, y las Señoras Infantas, y Damas, estimándolo por agradable deleyte y entretenimiento. Colocóse en el quarto baxo de su Majestad, en la pieza del despacho entre otras excelentes; y habiendo venido en estos tiempos Lucas Jordan, llegando á verla, preguntole el Señor Carlos Segundo viéndole como atónico: *¿Qué os parece?* Y dixo: *Señor, es la Teologia de la Pintura:* queriendo dar á entender, que así como la Teología es la superior de las Sciencias, así aquel quadro era lo superior de la Pintura.»

El famoso pintor y teórico de Arte D. Antonio Rafael Mengs, dijo más tarde, del mismo cuadro, que «parecía pintado con sola la voluntad,» encarecimiento con el que sin duda quiso significar que en obra tal desaparece por completo todo artificio, desaparece el procedimiento, no porque las ámplias y francas pinceladas de Velázquez no se conozcan, sino porque de puro felices solo dejan traslucir la obra del pensamiento, y para decirlo propiamente la obra del génio, señor absoluto de la mano que pintó en aquel lienzo.

* * *

El cuadro de *Las Meninas,* antiguamente llamado de *La Familia* (la familia real) es un cuadro de retratos, como casi todos los que pintó el autor, que por su condición de pintor realista gustaba de cultivar ese género, tan odiado de otros y al que por otra parte le obligaba su calidad de pintor de cámara. Justamente esto debió dar ocasión ó pretexto al asunto de la composición. El escenario en que se desarrolla la escena no es otro que el obrador de Velázquez, que lo tenía en el *cuarto del Príncipe.*

Aquel aposento tan castellano, tan austero y característico de la España de los Felipes, ofrece sus blancos muros adornados con cuadros, entre los que se descubren dos que Palomino da como de Rulens y D. Pedro de Madrazo se inclina á considerar como las copias de





VELÁZQUEZ.—LAS MENINAS

Mazo, que segun un inventario de 1686 adornaban dicho obrador. Á la izquierda del espectador aparece el propio Velázquez en pie ante un lienzo, en el que está retratando á los Reyes D. Felipe IV y D.ª María Ana de Austria, que se suponen situados enfrente, viéndose reflejados sus rostros en un espejo que hay al fondo de la estancia. En medio de ésta se halla la infanta D.ª Margarita María, asistida por sus meninas D.ª María Agustina Sarmiento y D.ª Isabel de Velasco, la primera de las cuales le ofrece un búcaro, y la enana Mari-Bárbola, más el enano Nicolasito Pertusato, hombrecillo elegante, que apoya el pie sobre el lomo de un perro echado. Detrás de este grupo, en la penumbra, aparece la dueña de honor D.ª Marcela de Ulloa, hablando con un guarda-damas. Al fondo, la puerta abierta deja ver en un tramo de escalera al aposentador de la Reina D. José Nieto, levantando la cortina. Toda la escena recibe luz por el lado derecho.

Cosa singular, con ser este cuadro tan sobresaliente, con ser tan viva la impresión que produce, con no haberle señalado nadie ni el más leve defecto, la crítica pregunta acerca de él y después de ensalzar sus excelencias: ¿Qué pretendió representar aquí el autor? ¿cual es el asunto? ¿Es el retrato de la infanta niña? ¿ó es la inopinada invasión de ésta y de su extraño cortejo en el *obrador* del artista cuando éste se ocupaba en hacer un retrato en grupo de los reyes? ¿Partiría de Velázquez ó le sujerirían los reyes el pensamiento? D. Aureliano Beruete, que en su libro *Velázquez* nos ofrece el estudio más completo y profundo que hasta ahora se ha hecho de las obras del gran pintor español, contesta á todas esas hipótesis diciendo que sea lo que quiera la génesis de ese lienzo, está fuera de duda que Velázquez no podía hallar asunto que mejor conviniese á sus aptitudes y que le permitiesen manifestarlas con superior maestría.» No hay obra suya, añade, en que el motivo haya sido mejor tratado por el artista. Velázquez, pintor, realista por temperamento y por educación, se excede á sí mismo en esta obra, hasta tal punto que si se considera con atención este cuadro, en condiciones favorables de luz y distancia se cree presenciar la escena en él representada. ¡Qué mentís más soberano dá esta pintura á las personas que aprecian la importancia de las obras de arte por la trascendencia de los asuntos! ¡De cuántas composiciones históricas ó religiosas, de cuantos cuadros de tésis hemos perdido el recuerdo, mientras se mantiene innarcesible la frescura de esta escena íntima de familia! Esto proviene de que el cuadro de *Las Meninas* nos impresiona de un modo absoluto, independientemente del asunto representado. Y como los diversos elementos de esta pintura: líneas, color, luz, proporciones, claro-oscuro, etc., no tienen otra finalidad que el arte en si, se sigue que la atracción que ejerce sobre nosotros no puede perder nada de su intensidad.»

* * *

De ninguna de las cuestiones relativas á este cuadro maravilloso ha podido juzgarse de un modo tan completo como ahora en que se vé expuesto en condiciones más favorables que lo estuvo nunca. Anejo á la sala (la que antes se llamaba de Isabel II) del Museo del Prado, que se ha destinado exclusivamente á Velázquez, se ha construído una sala pequeña. Su puerta se halla cerrada por mampara; la empujáis y al principio todo en aquella entrada es oscuridad; pero bien pronto, al volver los ojos hácia la parte de la luz se ofrece ante ellos pasmoso, fascinador el cuadro de *Las Meninas;* no el cuadro, la escena de *Las Meninas,* que resucita, como visión de cosa real, tangible. ¡Qué asombro! Aquello tiene todo el poderoso efecto con que lo vió Velázquez.

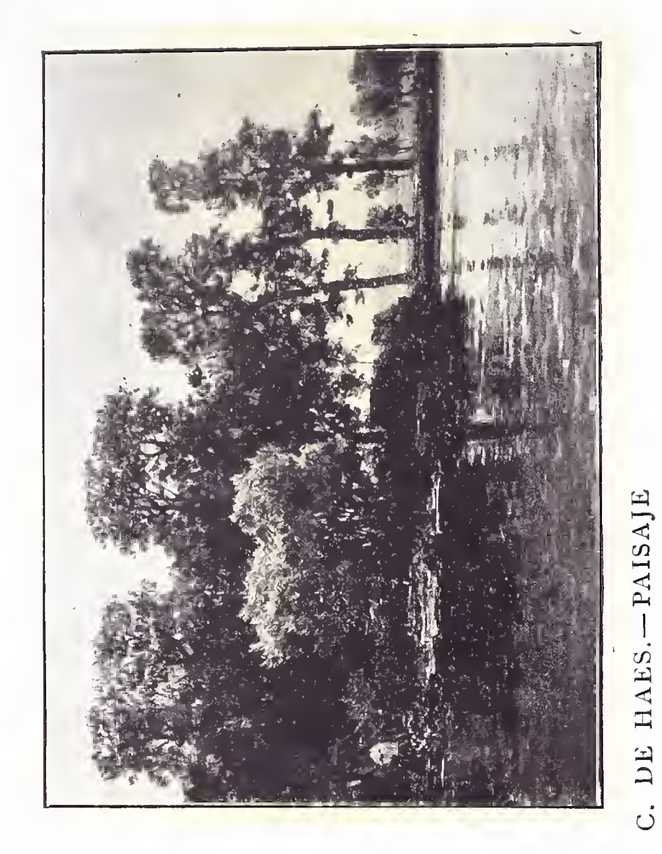
Esta resurrección se ha conseguido sin otro medio que disponer el cuadro á la luz lateral, (la que tiene la composición), de una ventana, cuya madera sirve de pantalla para el observador, que queda en sombra. Desde esta, sentado en la banqueta que para los admiradores se ha puesto junto al muro frontero al que ocupa el cuadro y donde tendrá éste desde hoy, como desde largo tiempo la Venus de Milo, una guardia permanente de adoradores armados de gemelos, se aprecia que Velázquez pintó en este lienzo no solamente todos aquellos personajes que más arriba hemos nombrado y aquellos accesorios que también mencionamos sino lo que no es posible ver, pero se respira en aquel aposento, en el obrador del artista, pues en el creemos hallarnos, el aire, el ambiente, que circula por entre las figuras y que llena todo el grande espacio que hay desde las cabezas de ellas hasta la techumbre. ¡En cuantos y cuantos cuadros, circunscrito el interés á las figuras mismas termina el lienzo poco más arriba de las cabezas y por lo mismo destacan acaso con demasiado relieve respecto del fondo que deliberadamente se trató como cosa accesoria! Por el contrario Velázquez trató con igual interés y aun puede decirse que con igual amor, fondo y figuras, luz y sombras; nada sacrificó; todo lo sintió con igual intensidad; todo lo expresó con igual espíritu realista y sintético que nos encanta. Viendo ahora este cuadro y penetrando todas estas bellezas que atesora y que antes no podían apreciarse de un modo tan acabado, se comprende, por lo menos es nuestra opinión, que Velázquez debió pensar este cuadro, sirviere ó no de primer motivo, el real capricho de un grupo de familia, en fuerza de ver aquel *obrador* y verle invadido, acaso con más frecuencia de la que hubiese deseado para el sosiego de su labor, por la gente de palacio, personas reales y servidores, y ver todo esto á la luz del tal obrador y con el efecto que ofrecía la luz de la escalera contigua. Fué ante todo un motivo de luz lo que le sedujo; por eso realizó una tan justa y admirable armonía de valores; por eso este cuadro el más moderno de todos los suyos, vivirá eternamente en la admiración de la humanidad.

José Ramón Mélida

(De la Real Academia de Bellas Artes)



J. MIR.—EL HUERTO DE LA ERMITA



C. DE HAES.—PAISAJE



C. DE HAES.—PAISAJE

A. MARIÑAS.—VELÁZQUEZ



M. SANTA MARIA.—EL PRECIO DE UNA MADRE



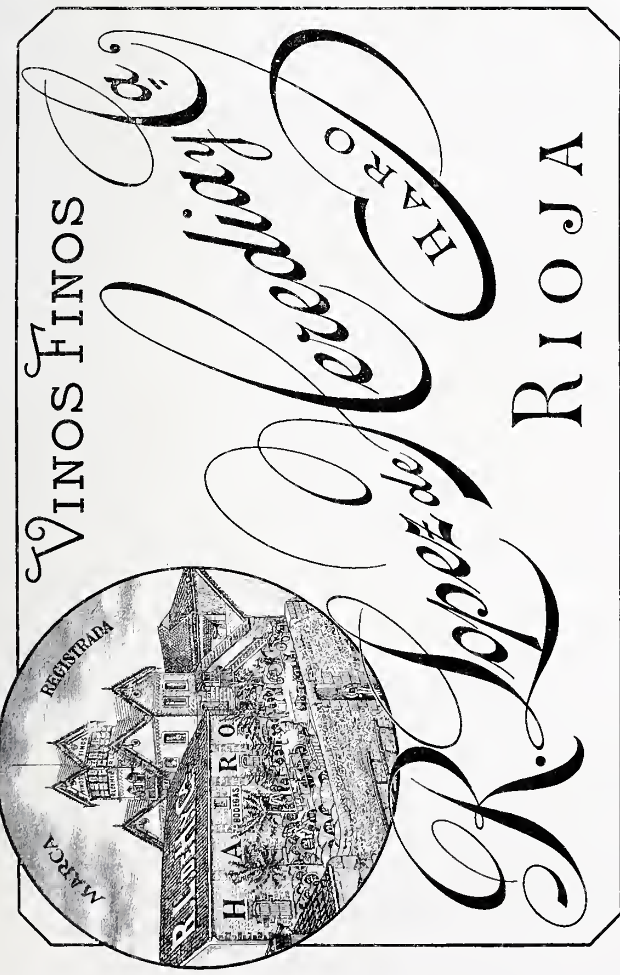
A. GUINEA.—PASCUA FLORIDA



VICTOR MORELLI.— DEFENSA DE LA ESCALERA DEL PALACIO REAL POR LOS ALABARDEROS







OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º,* 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º,* 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º,* 2 pesetas

PANORAMA NACIONAL

BELLEZAS DE ESPAÑA y SUS COLONIAS

Lo forman 2 preciosos albums, lujosamente encuadernados,
que contienen cada uno más de 300 vistas,
fotografías grabadas é impresas con esmero



CADA TOMO **20** PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

·BARCELONA·

Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

Papel de los Sucesores de Torras hermanos



N.º 10. - 15 JULIO 1899 HERMENEGILDO MIRALLES. BARCELONA

SUMARIO

PORTADA . . . . por A Cantó.
ESTUDIO . . . . por L. Bonnin.
UNA CASERA DE ROMPE Y RASGA. . . . . por I. Zuloaga.
EL PAN DE LA GUERRA. . . . . por Blanca de los Ríos de Lampérez; ilustración de Mas y Fondevila
RECUERDO DE UNA CATÁSTROFE . . . . por Julio Borrell.
MARGARITAS Á PUERCOS . . . . por Carlos Vázquez.
DESVARÍO FINAL. . . . . por Manuel Lassala; ilustración de J. Garnelo.
ARTE ANTIGUO . . . . por R. Casellas.

Á los señores suscriptores que hayan satisfecho el precio de suscripción y que se ausenten de su residencia habitual, se les mandará la Revista, franco de porte, al punto que se sirvan indicar.



L. BONNIN.—ESTUDIO

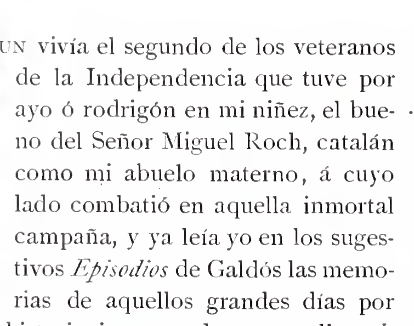


I. ZULOAGA.—UNA CASERA DE ROMPE Y RASGA

EL PAN DE LA GUERRA

PÁGINA VIVA

Ilustraciones de A. Mas y Fondevila



AUN vivía el segundo de los veteranos de la Independencia que tuve por ayo ó rodrigón en mi niñez, el bueno del Señor Miguel Roch, catalán como mi abuelo materno, á cuyo lado combatió en aquella inmortal campaña, y ya leía yo en los sugestivos *Episodios* de Galdós las memorias de aquellos grandes días por ellos alcanzados, la historia imperecedera que ellos vivieron y aun ayudaron á forjar con sus propias acciones heróicas aunque, obscuras y olvidadas.

Así, cuando por una siesta de verano y á tiempo en que más enfrascada y embebecida me hallaba en la lectura de *Gerona*, escuché en la cocina y entre tumultuosa zalagarda femenil, la voz áspera y honda y el fuerte acento catalán del veterano pronunciar nombres de lugares y personajes de aquella gran tragedia que tan absorta y suspensa me tenía, cerré de golpe el libro, solicitada por interés más agudo y corrí á bañar el alma en aquel moribundo rayo de gloria, á leer curiosamente aquella página viva de la epopeya nacional.

Hallábase el veterano, á pesar de su senectud, enhiesto y por encima de su amarillez, rojo de ira, arrogante de apostura y fieramente hermoso, en medio del grupo bullanguero y burlón de la *guasona* servidumbre andaluza, que asaeteándole con pullas y alfilerazos, gozábase en provocarle y enfurecerle como se gozaría en hostilizar á un leon moribundo una turba de gatillos saltarines ó de gozquezuelos ladradores.

—¡*Mare de Deu*, yo cobarde!—gritó el catalán rojo hasta en la calva.—Yo que me escapé el año ocho *da Barselona*, con otros tres de mi compañía y nos fuimos al Bruch y nos juntamos con aquellos somatenes de Vendrell y de Arbós, de donde era el amo que esté en gloria, y despaché yo solo con mi fusil y mi bayoneta cuatro dragones de Schwartz (Dios sabe como pronunciaba este nombre) y un napolitano que me dejó esta memoria!

Y hablando así abrióse la limpia camisa con tal furia, que hizo saltar los botones y nos enseñó el descarnado tórax, sobre cuya amarilla piel destacábase enorme cicatriz roja, que desde el hombro derecho hasta el opuesto costado le cruzaba el honrado pecho, como una banda de gloria.

Yo, que llevaba los ojos inflamados y el alma deslumbrada por el ardor comunicativo de aquella lectura heróica, sentí conatos de besar la cicatriz del veterano, como se besa una reliquia venerable.

Y apaciguado con mi presencia el tumulto cocineril, dije al benemérito, con el cariño y respeto con que solia hablarle considerándole como á un monumento viviente de nuestras glorias:

— Vamos, Señor Miguel, cálmese y no haga caso de esas tontas que se perecen por hacerle hablar, pero le quieren muy de veras y no dudan de que es V. todo un valiente, que tiene muy bien ganadas las cruces que le dió el Rey Fernando; y cuéntenos algo de aquellos buenos tiempos de su campaña.

Sosegóse el viejo y aplacáronle con cariñosas demostraciones las muchachas, que como buenas andaluzas tenían generoso el corazón cuanto pesadas y provocadoras las burlas; y tan gustoso de satisfacer mi curiosidad como de revivir sus verdes años y sus belicosas lozanías, contónos el bueno del Señor Miguel Roch, este episodio que yo escuché como colgada de sus labios y quisiera consignar con su propio estilo breve, cortado y vibrante, donde se sentía la impresión de lo real, el soplo directo, la respiración ardorosa de la epopeya, como no acertaron á conservarla las páginas eternas, pero ya frías é indirectas de la historia.



Dijo el veterano:—Como después de ver la marca que guardo en el pecho, no han de tenerme por cobarde, ahora soy yo quien les va á confesar que hubo un día, mejor dicho, muchos días crueles, en que tuve miedo, sí; pero no del que avergüenza á los soldados, porque no era temor á cosa viva ni á enemigos presentes. ¡Ello... no se como decirlo! Pero ahí va la historia y *ustés* la califiquen como quieran.

Era allá por los fines del año diez, cuando después de defender como leones á la *Moreneta* (la Virgen de Montserrat) á las órdenes del general Eroles, cogidos por la espalda nuestros artilleros y tomada al asalto la montaña, escapamos como



águilas por aquellos picachos y juntándonos luego con las fuerzas del bravo D. Luis Lacy, corrimos la tierra, arrojando cuanto topábamos y nos internamos furiosos, con hambre de matar, hacia los peñascales de la Cerdaña francesa.

En el camino y al revolver de una senda baja que faldeaba un monte por la misma vera de un derrumbadero, sentimos galopar de caballería, nos emboscamos, y á través del ramaje vimos que los que venían eran polacos, gentes de Suchet, de las que amenazaban tragarse el Principado.

¡Caballeros, qué furia la nuestra!... ¡si nos volvimos locos! ¿Que asomaba un caballo? ¡Le hincábamos la bayoneta por la barriga ó por la boca, se encabritaba, y al despeñadero con el caballo y el jinete! ¡Y asi... hasta que no quedó uno!

Pero mientras duró la *faena,* nuestra columna siguió marchando: estábamos solos y sin raciones, rendidos de andar, con los pies hinchados y chorreando sangre, á fuerza de trepar monte arriba. Tratamos de orientarnos; pero... ¡ni señal de pueblos, ni *masías,* ni tropas ni somatenes ni alma viviente! Andando y cayendo, ya sin aliento ni fuerzas, acabamos por esparcirnos y descarriarnos unos de otros. Yo me encontré solo, perdido, medio muerto; y en tal estado me cogió la noche. Una noche fría, en que el viento que me cortaba las carnes y el hambre que me roía las entrañas no me dejaban dormir, y el cansancio y el molimiento no me dejaban velar ni mover pie ni mano.

Allá á la madrugada, el aire fino del amanecer me penetraba los huesos y me avivaba el hambre, un hambre terrible, como la que deben sentir los lobos, ¡como yo no la había sentido nunca! Entonces hice cuenta de que casi no probaba bocado en los tres días con tres noches que llevábamos de marcha, y tocante á vino y cosa caliente... ¡ Dios sabra desde cuando no los catábamos !

¡Señores míos, ustés, á Dios *grasias,* no saben que cosa sea el hambre !

Es á modo de una furia que muerde, y un rescoldo que abrasa y una borrachera que vuelve el juicio y convierte á las personas en perros rabiosos, en fieras bravías... ¡qué sé yo! en algo muy malo...

¡ Aquella mañana yo no era hombre ! Tuve envidia de los lobos, y ánsia de morder y engullir y devorar carne, mucha carne, aunque hubiera sido sangrienta, y caliente y viva, y... ¡yo no sé! ¡Tuve pensamientos que me asustan cuando los recuerdo !

Tanto me apretaba aquel frenesí del hambre, que me hizo moverme, y gateando, á rastros como las culebras, tiré de mí cuanto pude y llegué hasta el mismo sitio de la matanza de la víspera.

Y allí me puse á mirar, á explorar, á husmear como un podenco algún rastro de cosa comible, aunque fueran raices ó cortezas ó madera de fresnos.

De pronto y con la luz del sol, que ya se iba levantando por enfrente, vi relumbrar una cosa, por entre un matorral y á la orilla misma del despeñadero. Arrastrándome por las breñas me acerqué y me encontré con el cuerpo grandón y tieso de un polaco, cuya coraza resplandecía al sol en medio de un charquetal de sangre. El muerto era guapo, muy mozo y rubio como unas candelas, y estaba blanco, blanco, como que no debió quedarle gota de sangre, según se hallaba cosido á bayonetazos. Esto debí verlo claro, aunque yo no creía ver ni entender nada, porque asi lo recuerdo propiamente y lo veo fijo, fijo, como si lo llevara dentro de los ojos.

¡ Maldito si yo reparaba entonces en que aquello era cosa para los cristianos tan sagrada, como el cadáver de un semejante, de un hermano !

Yo buscaba algo que comer, algo que devorar: y como no hallase por allí caballo ni montura ni maleta con cosa de vitualla, ni ración ó mendrugo, me acerqué al muerto, le moví y hallé que á la espalda, aplastado bajo el peso del cuerpo, tenía un morralillo de lona por cuya boca asomaba un pan negro y redondo, un pan de munición, sobre el cual me tiré con ansia de bestia, más que de hombre.

Pero al cogerlo, desatentado, como loco, sentí una cosa fría y pegajosa, que me mojaba los dedos... ¡ Virgen de Montserrat! El pan tan deseado, tan rabiosamente querido, el pan que era la vida que se me venía á las manos, estaba lleno, calado, empapado como una esponja, en sangre humana !...

¡ Y me lo comí, lo devoré como un buitre, como un cuervo de los que revolaban husmeando los cadáveres por lo hondo de la torrentera !

Comí, devoré y me dormí allí mismo, destroncado.

Pero... ¡caballeros, qué sueño, qué calentura, que pesadilla ó que infierno el que me cojió en sus garras !

Yo veía entre sueños, una cosa peor que la guerra, más mala que el hambre, más espantosa que la muerte. Veía una mujer alta, flaca y rubia como extranjera, que pálida, desencajada y echando llamas por los ojos, me gritaba en una lengua extraña, pero que yo entendía muy bien : —¡Español maldito, cuervo del infierno, que te has bebido y paladeado y tragado la sangre de mi hijo, arrójala, miserable, ó te haré arrojar con ella tus entrañas de tigre!

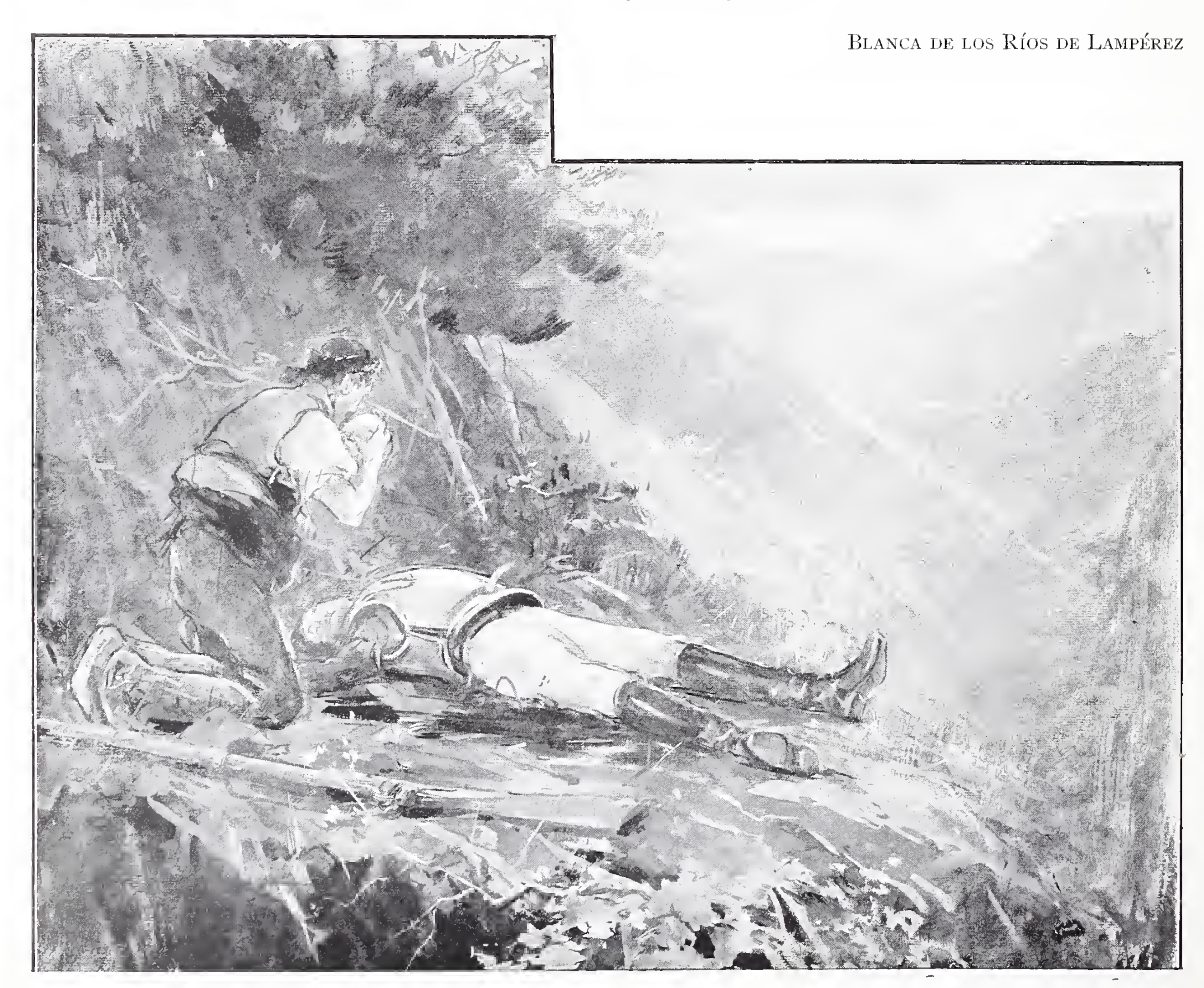
Y yo sentía *mismamente* que me clavaba las uñas como garfios y me desgarraba las carnes y me pisoteaba el vientre y me mordía el corazón como una hiena.

¡ Entonces me despertaba sediento, abrasado, como loco! ¡Y así estuve mucho tiempo, no sé cuanto ! Hasta que una mañana, por misericordia de Dios, desperté de aquel letargo y me encontré en una *masía*, donde caritativamente me cuidaron y sané de las calenturas, pero no del miedo.

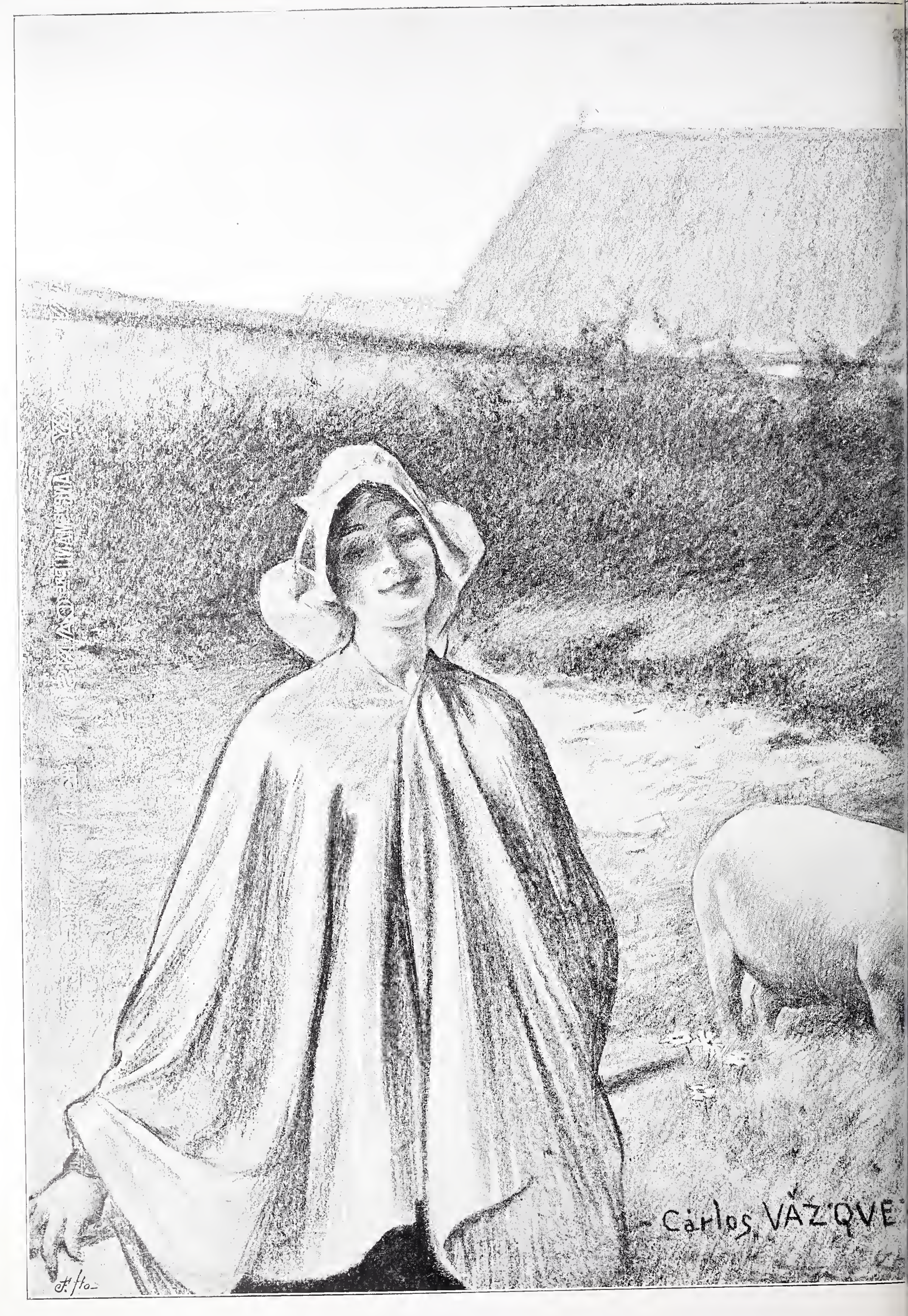
¡El miedo y las pesadillás y la rabia y el asco y aborrecimiento de mi mismo, por haber mordido y tragado aquel pan empapado en sangre humana... eso, no se me quitará nunca !

Cuando lo pienso... yo que, aunque pecador, soy cristiano y temeroso de Dios, y me voy cayendo á pedazos en el hoyo grande, les juro á ustés que, aunque tengo á mucha honra el haber sido lo que fuí en aquella guerra, que era de las buenas y de las santas por la parte de España, daría todas mis cruces—¡y las quiero como á las telas de mi corazón! – por tal de no haber probado aquel maldito pan de la guerra.

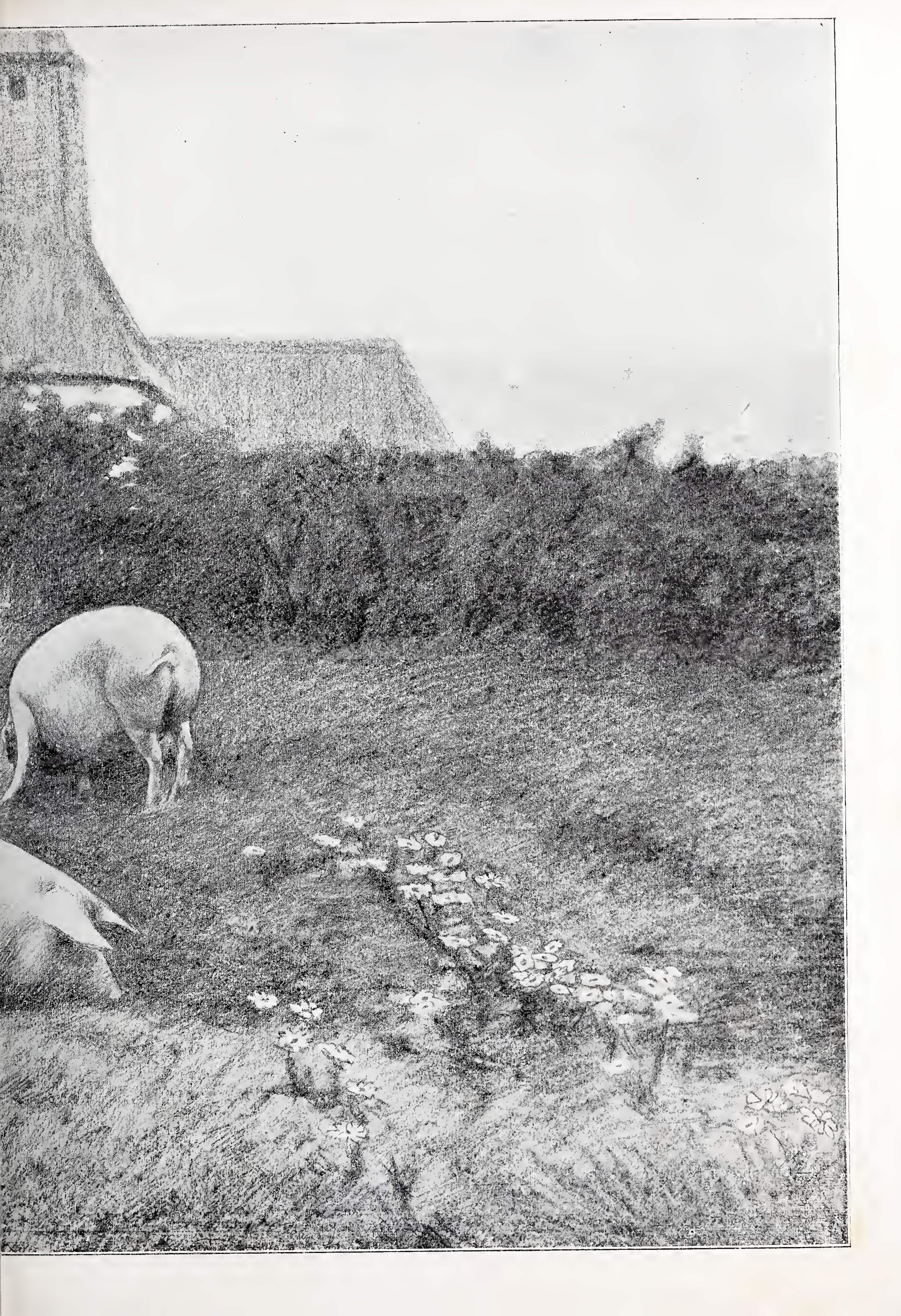
Blanca de los Ríos de Lampérez



J. BORRELL.—RECUERDO DE UNA CATASTROFE

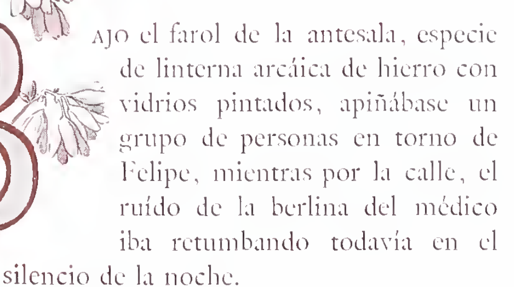


C. VÁZQUEZ.—MARGARITAS Á PUERCOS



DESVARÍO FINAL

Ilustaciones de J. Garnelo



Bajo el farol de la antesala, especie de linterna arcáica de hierro con vidrios pintados, apiñábase un grupo de personas en torno de Felipe, mientras por la calle, el ruído de la berlina del médico iba retumbando todavía en el silencio de la noche.

—¿Qué ha dicho el doctor?—preguntó ansiosamente una señora alta y delgada, que recibía en pleno rostro un gran brochazo de luz verde.

Felipe, con el ojo derecho y la mejilla teñidos de ocre, paseó un instante la vista sobre aquel ramillete de narices azules y frentes de púrpura y, en voz baja, contestó :

— Que hay un nuevo foco en el pulmón derecho, que el corazón está mal, que las pleuras... ¿yo que sé? En fin, que se le dé el medicamento cada dos horas y que no puede augurarse nada bueno.

Lentamente, pasaron todos á un gabinete inmediato, donde Felipe se dejó caer en un sillón, muy abatido.

— Anímate, hijo mío, ten valor — dijo la señora. Quizá la pobre Aurelia estará mejor mañana; á mí me parece que ya no tose tanto. Todos te ayudaremos en estas horas de amargura. Ahí tienes á tus dos hermanas, á tu cuñado, al amigo Suarez y á Petra, mi sobrina, que no abandona á la paciente.

— Mucho te lo agradezco, Petra.

— No seas niño, Felipe; Aurelia y yo somos dos en una; ya lo sabes. No tendría sosiego, si cediese á otro mi sitio. Ea, anímate, que ella es joven y no debemos amilanarnos.

— Dios te oiga. Y usted, amigo Suarez ¡qué mal rato le estamos dando!

— Calle usted por Dios; la sangre de mis venas le daría yo á la pobre Aurelia.

Había tal acento de verdad en el arranque de Suarez, que Felipe se sintió conmovido y le estrechó la mano, poniendo en aquel mudo apretón lo que no quería salir á la lengua.

— Déjate de niñerías, Felipe; sosiégate — dijo la señora con blandura.

— Cumpliré mis deberes, Mamá — respondió Felipe levantándose — pero no quiero que pasen todos mala noche; es menester poner orden aquí.

Después de muchas protestas y ofrecimientos, se convino en que se acostaría todo el mundo, á excepción de Petra que velaría con Suárez en el comedor, por si hiciesen falta en un momento dado, y de Felipe que no quería moverse de la alcoba de la enferma.

* * *

Instalados cómodamente cerca de la chimenea del comedor, los dos compañeros de vela parecían escuchar el ronquido del fuego, hipnotizados por el resplandor de las brasas, atraídos por la metamórfosis gloriosa que en un pedazo de leña aviva todas las energías ocultas y descubre la fuerza candente, purificadora y expansiva. Con la cara arrebolada por los reflejos del hogar, la honda melancolía de Petra perdía toda la austeridad de la aflicción, y Suarez, que se sentía angustiado, tuvo algún alivio al levantar los ojos y dar allí, tan cerca, con una cabeza tan bonita. Pero no, no eran los momentos para dejarse llevar de impresiones idílicas. La pobre Aurelia se moría acaso.





Suarez, por resabios de flirtación, esbozó mentalmente un piropo, mas no despegó los labios, escandalizado de sí mismo y sorprendido de hallar en su corazón un fondo tan contradictorio.

Seguían los dos así callados, cuando se dejó oir claro y vibrante, desentonado, intempestivo, el lloro de una criatura.

— Es Felipín que se ha despertado — dijo Petra levantándose apresuradamente.

— Pues tráigalo usted acá y veremos si se acalla.

Petra volvió al minuto con el niño envuelto en un mantón. Ya no lloraba: un gruñidito suspiroso era el único acompañamiento de los restregones de ojos.

— Ven aquí, picarón, zanguango, que me vas echando un génio... Ajajá! ¿Quiéres dormir al bracito?

Suarez había tomado á Felipín con un movimiento espontáneo y, mientras lo tuvo contra su pecho, la angustia de dentro se hizo tan soportable que casi no la sentía.

Petra le sacó de esta ocupación gustosa con una sonrisa agridulce.

— Bonito está usted, señor de Suarez, ejerciendo de niñera. Ustedes no sirven para eso: démelo acá, que yo se lo llevaré á su abuelita. Temo que vuelva á llorar y alborote la casa.

Suarez se desprendió del niño y otra vez volvió á sentir la angustia.

— ¿Qué edad tiene ese arrapiezo? — preguntó cuando Petra estuvo de vuelta.

— Tres años y dos meses. Muy mala memoria tiene usted.

La mirada que acompañó á estas últimas palabras desconcertó de tal manera al ínclito caballero, que solo acertó á contestar:

— ¡Parece mentira que haga cuatro años que se casó Felipe!

— No, señor,— saltó la dama— que hace ya cerca de ocho.

— ¿Ocho? Calle; pues es verdad. ¡Cómo envejecemos!

— Sí, esa es la ley: envejecer ó morir: no hay escape.

Suspiró la dama y Suarez volvió la vista al fuego.

— Lo he dicho por mí— añadió éste tras una pausa. Usted es siempre joven y... ¡pero qué hermosa es usted, Petra!

— ¿No lo había usted advertido nunca? — replicó ella con sorna.

— No todo lo que se advierte puede decirse á tiempo. De veras, Petra...

— Con esas adulaciones nos engañan ustedes. Tontas de nosotras que... pero vale más callar.

— No creo que haya ofensa alguna en...

— ¡Ofensa! ¡Perdón! Déjeme V. en paz, señor de Suarez. Hablemos de Aurelia.

El caballero se llevó la mano al pecho.

— Está muy grave ¿verdad?

— Gravísima; en todo el día ha cesado el delirio. Apenas conoce á los de casa.

— Ea, no hay que recargar el cuadro de tinta— dijo Suarez muy intranquilo: no perdamos la esperanza.

— Sí, la esperanza, la fé y las demás virtudes: nadie conoce mejor que yo á la mujer de Felipe: su mal es muy hondo.

— ¿ Muy hondo ?

— Sí; pues sí, amigo Suarez, muy hondo — acentuó Petra.

— Baje usted la voz, por favor.

Oh! ¡Qué largo cuchicheo entre dos cabezas próximas, en aquella noche lúgubre, al amparo del silencio solemne, en la semioscuridad del gran comedor de roble viejo, invadido por ráfagas del olor de éter que circulaba por toda la casa! Grandes sombras aleteaban al rededor de la pantalla del quinqué, casi apagado, y el fuego del hogar iba mermando lentamente, cubriéndose de ceniza, perdiendo el fulgor de minuto en minuto.

Entretanto, Felipe había acudido á la cabecera de la enferma. En la puerta del dormitorio, encontró á la doncella de su mujer.

— ¿ Le has dado la cucharada ?

— Sí, señorito. ¿ Qué dice el médico ?

— Que esta noche está peor. Vé y acuéstate vestida, que ya te haré llamar si haces falta. ¿ Dónde has dejado el *plaid ?*

— Á los pies de la cama.

— Está bien. Vete.

Á la ténue luz rosa de la lamparilla puesta sobre la mesita, se distinguían confusamente las colgaduras y los muebles, sumergidos en sombras inquietas; solo algún chispazo se concentraba en los cachivaches del tocador, y una claridad suave y carminosa envolvía el lecho donde Aurelia, con los hombros y la cabeza levantados por almohadas, denotaba su presencia con una respiración breve y presurosa. El aire del cuarto, húmedo y caliente, era opresivo; un aire de pesadilla, empapado del arábigo perfume del papel de Armenia y de los aromas de las pociones.

Felipe se sentó al lado de Aurelia, en el borde mismo de la cama, y la tomó una mano.

Al sentir el contacto, abrió la enferma los ojos y los volvió con ternura hacia su marido.

— ¿ Cómo estás, alma mía ? — preguntó él.

— Muy bien. Ahora mismo voy á ponerme el sombrero. Dí que enganchen.

— Luego, luego, vidita.

— Vámonos. Necesito respirar aire puro.

— Corriente; pero no te fatigues así. Ahora, duerme.

Cerró los ojos Aurelia y Felipe la estuvo contemplando con punzante dolor. Se moría : no se forjaba él ilusiones. Una mujer tan buena, tan cariñosa, morirse así, en una semana ! ¿ Qué mundo es este ?

Allí estaba la pobrecilla, la flor de sus amores, con su hermosura de angel gótico, con el óvalo fino del rostro entre las bandas de rubio cabello! ¡Ah! ¡Cómo revivían en la memoria del infeliz esposo, mil y mil incidentes de aquellos ocho años de ventura!

Largo, muy largo rato, duró esta meditación amarga. Al cabo, Felipe la llamó para darle el medicamento.

Aurelia abrió otra vez los ojos y con sus dos manos ardorosas estrechó la de Felipe. Su voz entrecortada dijo :

— Gracias, Pepe, gracias. Creí no volver á verte.

— Soy Felipe. ¿No me conoces? ¿Estás soñando?

— No sueño, no. No te confundo con él. Acércate, acércate más. Un beso.

— ¿ Un beso ?

— Sí, Pepe; no seas malo. ¿ Ya no me quieres ?

Pero el marido no se movió. Desde el pecho, velozmente, un círculo frío le subía al cuello, á las sienes, á la raiz del cabello, como una vibración extraña y el contorno de Aurelia le parecía que oscilaba, como si fuera á disolverse en aquella luz parca y rosada.

— ¿ Qué estás diciendo ? ¿ Á quién hablas ?

— Agua, dame agua.

— Aurelia, contéstame.

— Aire, mucho aire; me ahogo...

— ¿ Quién es ese Pepe ? ¿ Qué apellido tiene ?

— Horchata... hielo... aire...

La moribunda se llevó las manos á la garganta y dejó oir un estertor agudo y trabajoso.

Felipe se puso en pie, con la cara ágriamente contrariada. La figura de su mujer cabrilleaba con las olas del mar, y ante el espectáculo de la asfixia rápida de Aurelia, el mísero no hallaba en el recinto vacío de su cabeza más que una idea : Pepe... Pepe Ronquillo, Pepe García... Pepe Suarez... ¿quién no se llama Pepe?

De pronto, alguien dió vuelta al conmutador y la luz eléctrica, cruda y descarada, inundó el aposento. La alarma había cundido y en torno de la cama, amedrentados y pálidos, los de la casa se aproximaban al terrible grupo : la muerta lívida y el vivo cadavérico mirándose con horror en aquella hora suprema.

—¡Jesús! ¡Qué trastorno!—exclamó la Mamá, que traía en brazos á Felipín. Y adelantándose hacia Felipe:

— Desahógate, hijo mío; vuelve los ojos á esta criatura.

El viudo se irguió de repente, apartó con la mano al niño y, saliendo de su estupor, rompió en un sollozo :

— Oh! No; dejadme.

MANUEL LASSALA

LA VIRGEN MARIA Y SAN VICENTE FERRER

Díptico de principios del Siglo XVI, propiedad de Don Emilio Cabot

La pintura en tabla que en estas páginas se reproduce, perteneciente á las riquísimas colecciones de nuestro amigo del alma D. Emilio Cabot, es una de las obras de arte antiguo, cuyo descubrimiento más profunda emoción nos ha causado. La historia de este descubrimiento ó, mejor dicho, de esta resurrección, vale la pena de ser contada.

Hará como dos años y medio, tres todo lo más, que Don Luis Quer, el inteligentísimo comerciante de antigüedades, que tantas cosas buenas ha desenterrado para delectación de los *amateurs,* invitó un día á los más íntimos tertulios de su establecimiento á ver un retablo que acababa de exhumar en una de sus provechosas excursiones por las comarcas catalanas. (*) Allá fuimos los tertulios, correspondiendo á la invitación; mas, entre chasqueados y sorprendidos hubimos de quedar, cuando el simpático chamarilero nos mostró la hoja de una puerta, así como suena, la hoja de una puerta pintada al temple de un color grisáceo, con fuertes moldurajes en claro-oscuro que afectaban la forma de los correspondientes cuarterones. Nos quedamos mirando con estrañeza al anticuario, como preguntándole con la mirada, que si era para enseñarnos un madero embadurnado que nos había invitado.

—Es que debajo de la capa de color al temple — manifestó nuestro hombre, contestando á la muda interrogación, — se oculta una pintura antigua, que sospecho ha de ser esplendorosa.

Y así diciendo, fué mostrándonos algunos puntos de la tabla por donde había empezado sus habilidosas excavaciones. Con un instrumento cortante había en parte levantado la costra del embadurnamiento... y aquí aparecía un brillante fagmento de fondo acupuntado, y allí asomaba la cabecita de una figura y más allá surgía el plegado de un vestido. La paciente operación duró bastante tiempo, y no es fácil explicar el interés con que asistíamos á aquella especie de resurrección. El díptico, por fin, apareció un día todo entero á nuestros ojos, claro, luminoso, fresco, como si el artista lo acabase de pintar...

El bárbaro que embadurnara el espléndido retablo no pudo sospechar siquiera que, al profanarlo, lo conservaba nuevo, virgen, para la posteridad, librándolo de los agentes exteriores, de las injurias del tiempo, de los enemigos mortales de la pintura, que hacen palidecer los tonos, que matan la hermosura del color.

(*) El díptico procede de una iglesia de la ciudad de Cervera, donde, completamente embarrada al temple, servía, dentro de la hornacina de un altar, de fondo á la estatua de un santo, tallada en madera.

Pero si el díptico se ofrecía encantador á nuestros ojos, con su clara tonalidad, con su frescura mate de pintura al huevo, con sus blancas ó cerúleas manchas, apenas contrastadas por la gravedad de algunos tonos sombríos, no se ofrecía menos interesante á nuestro estudio en concepto de ejemplar curiosísimo y significativo para la historia de nuestro arte. Aquella tabla, que á todas luces data de los comienzos del siglo XVI, señala por una parte con acentuados caracteres las influencias flamencas que en nuestro arte predominaron desde la mitad del siglo anterior, y marca por otro lado la postrera etapa de nuestra gran pintura ojival. En *La Virgen María* y *San Vicente Ferrer,* el espíritu subsiste gótico, gótica la manera, gótica la co-





te Ferrer, que empieza así: *Timete Deum et date illi honores, etc., etc.* (**)

A los pies del gran predicador se presentan arrodillados y de tamaño mucho menor que el del santo, su patrón, los dos ofertores del retablo: un matrimonio burgués de la época, cuya representación constituye el fragmento más notable de la obra. Concebidas al modo naturalista de los grandes pintores flamencos, surgen ambas figuras estereotipadas con el acento más ingenuo de la verdad y animadas por el soplo más intenso de la vida. Ni Thierri Bouts, ni Quentin Metsys hubieran desdeñado firmar aquellas cabezas, tan maravillosas por su caracter fisionómico, tan maravillosas por su expresión de fervor, que de lejos acusan el ingenio de un retratista excepcional. Con las manos juntas, con sus ojos dirigidos á lo alto, con su ademán de celestial arrobo, los devotos esposos parecen exhalar la tierna plegaria que flota sobre sus cabezas, formulada en ancho filacterio: *Salva nos, domine Jesu.*

Y el niño Jesús, que aparece en el otro compartimento, llevado en brazos por su Santísima Madre, corresponde á la ferviente súplica con otro filacterio que dice: *Salvabo vos.* Esta segunda parte de la tabla, si como realización pictórica no llega ni de mucho al valor de arte de la primera, como fragmento decorativo produce bella impresión. Con su alba túnica recamada de doradas flores y su holgado manto de color de cielo, surge la imagen de María, triunfante como una reina y amorosa como una madre, por entre los resplandores de una aureola flámigera, con estrellada diadema sobre la cabeza y la casta luna bajo los pies.

R. Casellas

loración, góticos los accesorios, góticas las leyendas, gótica la ornamentalidad; pero cierta tendencia á la plenitud de formas, cierta preocupación excesiva del claro oscuro, ciertas tentativas, harto tímidas, de dar movimiento á las figuras, delatan las fluctuaciones de espíritu de un pintor, que de buena gana se iniciaría en las novedades del Renacimiento, sino se sintiese atado al estilo viejo por seculares prácticas de oficio y por respetos á la tradición.

De los dos compartimientos que forman el díptico, el más valioso por su arte es indudablemente el que representa á San Vicente Ferrer en compañía de sus dos patrocinados, los donantes en oración. El santo predicador, destacándose sobre dorado fondo de acupuntura, aparece de pie y revestido con el sayal y el escapulario blancos y la capa negra de la orden dominicana. Con la mano derecha señala una imagen del Salvador del mundo que campea en la parte superior de la tabla, y con la izquierda sostiene un libro abierto, en cuyas páginas vése transcrito en bellos caracteres góticos, aunque con poca gramática, el conocido texto latino, sacado, sino andamos trascordados, de la obra *De fine Mundi,* del propio Vicen-

(**) El buen pintor no andaría muy versado en latines, cuando puso *Timete Deus et date ille honores, etc.,* según puede verse en la adjunta reproducción.

OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

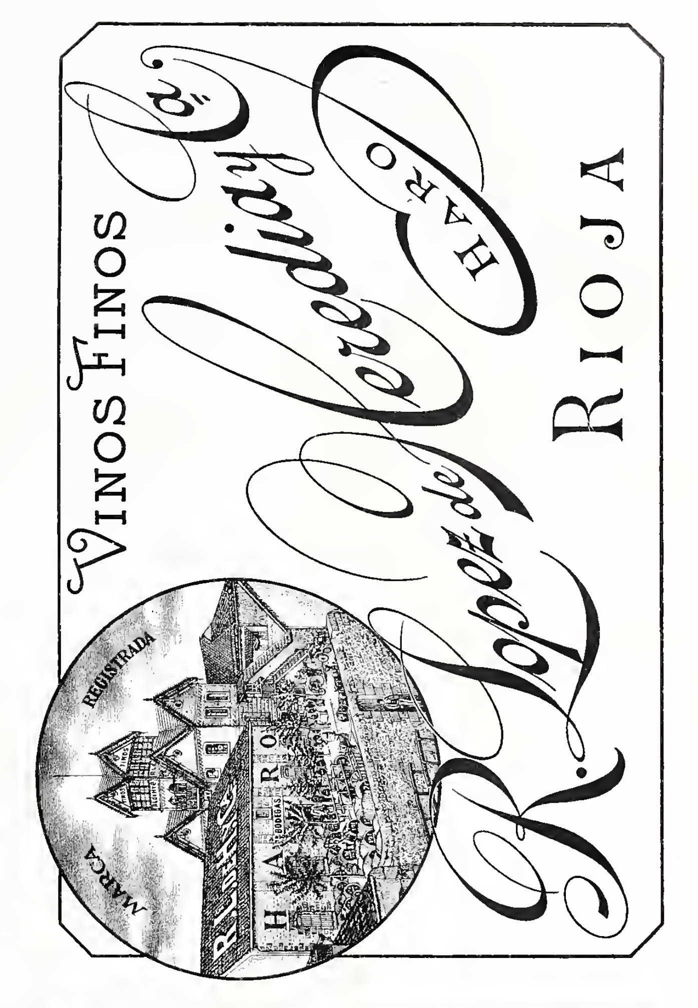
1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

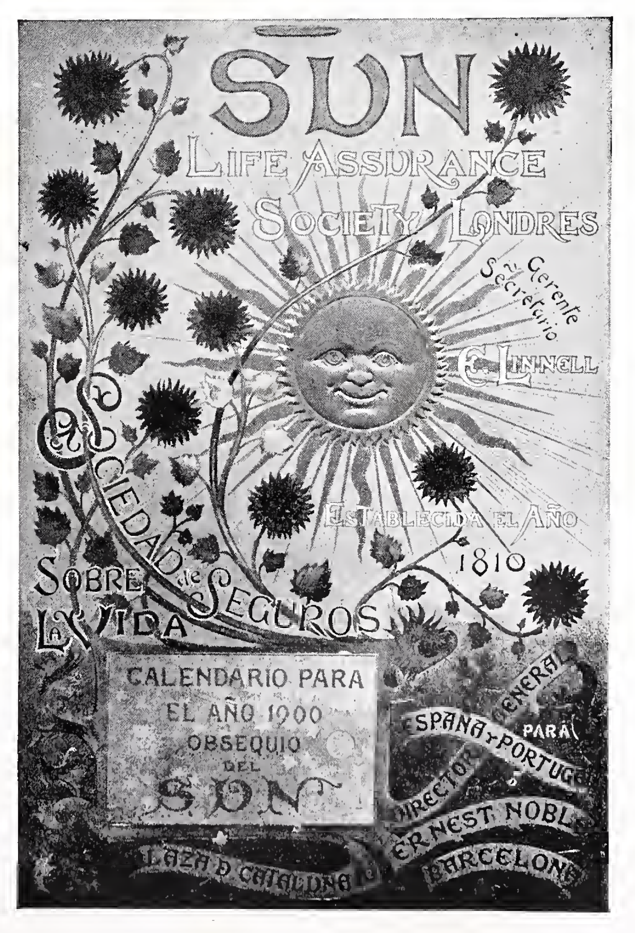
PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º,* 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º,* 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897.* *Un tomo en 8.º,* 2 pesetas







ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.
Mapa de Cuba, doble tamaño
Mapa de Puerto Rico y de la Bahia de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES
Hermenegildo Miralles, Editor
59, Calle de Bailén, 70
·BARCELONA·

Tintas de Ch. Lorilleux y C.

Papel de los Sucesores de Torras hermanos

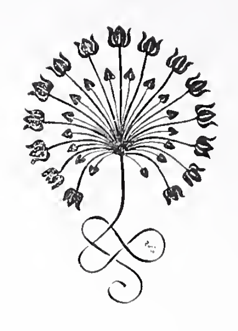
HISPANIA



11. - 30 JULIO 1899 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



J. MIR.—ESTUDIO

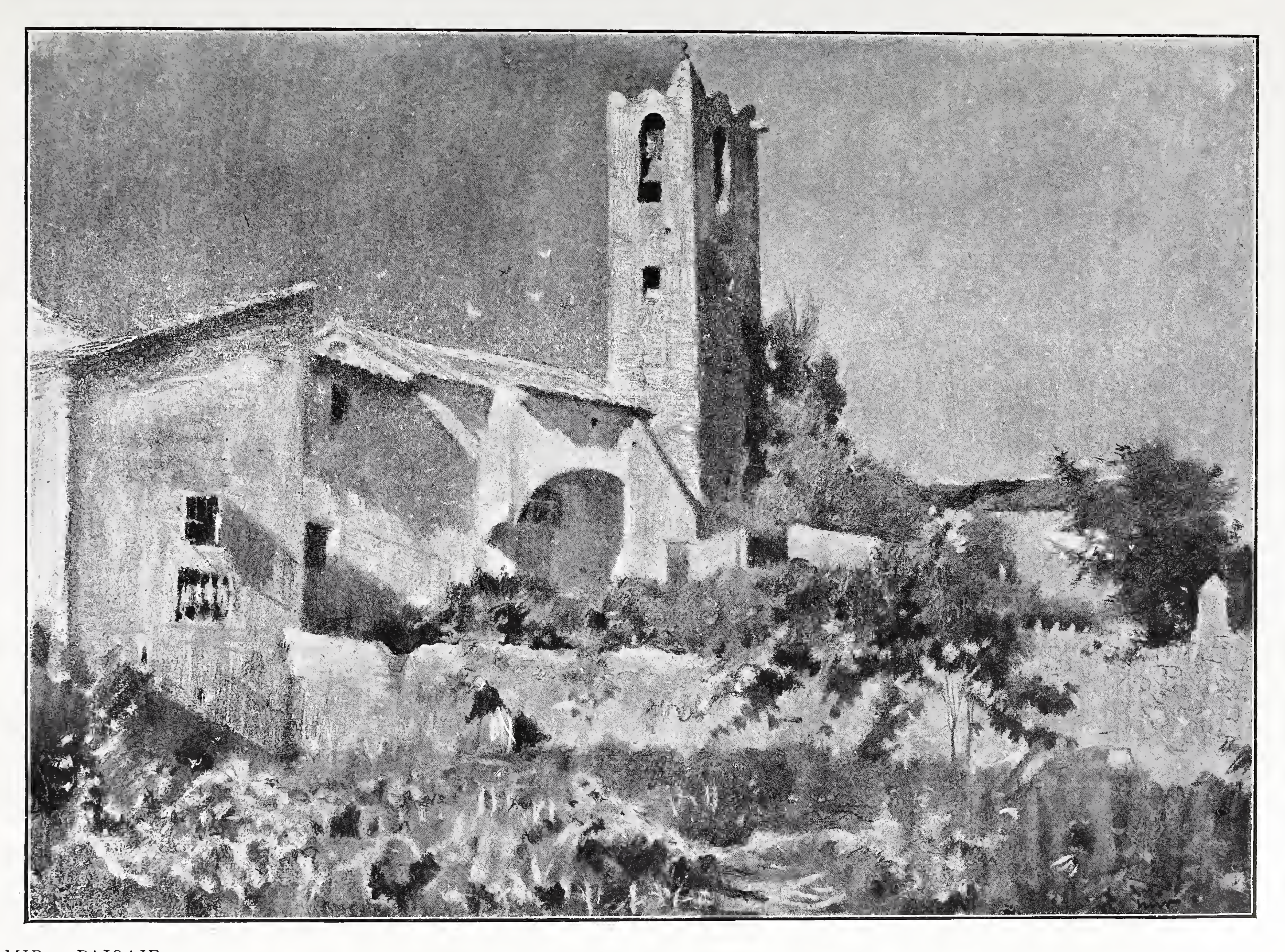


SUMARIO

PORTADA. . . . . por *J. Borrell.*
ESTUDIO . . . . } por *J. Mir.*
PAISAJE. . . . . }
LA MUJER EN LAS NOVELAS DE PÉREZ GALDÓS . . . por *R. Altamira.*
DIBUJO . . . . por *C. Vázquez.*
GRANADINA . . . . por *R. Pichot.*
Á UNA MALAGUEÑA . . . . } por *E. Menéndez Pelayo.*
PUESTA DE SOL. . . . . . . }
EL INCUNABLE. . . . . . . por *El Conde de las Navas.*
ilustración de *García Ramos.*
LOS SABIOS ENEMIGOS . . . por *X.*
ilustración de *R. Casas.*
EL RAYO Y SUS CAPRICHOS.

Á los señores suscriptores que hayan satisfecho el precio de suscripción y que se ausenten de su residencia habitual, se les mandará la Revista, franco de porte, al punto que se sirvan indicar.





J. MIR.—PAISAJE

LA MUJER

en las novelas de Pérez Galdós

La comenzada publicación de una tercera serie de *Episodios nacionales*, trae á la memoria aquellos días gloriosos en que Pérez Galdós, naciendo á la vida de la literatura novelesca, asombraba á la crítica perspicaz por los indicios y promesas de un talento robusto, sólido, originalísimo, de cuya granazón tan dorada y repleta miés había de salir.

La índole de muchos *Episodios*, y aun de varias de las *Novelas contemporáneas*, pudo hacer creer á los lectores superficiales, que Galdós iba á encarrilarse de una manera definitiva por el riel, en cierto modo facil y siempre escurridizo, de la novela que pudiéramos llamar dramática ó de enredo, en que lo movido é interesante de la acción exterior, que halaga la curiosidad del gran público, lo llena todo, con perjuicio de otras condiciones más fundamentales, que son las que han inmoralizado á los mejores novelistas de nuestro siglo. No quiere esto decir, por de contado, que sea despreciable en la novela la acción movida y accidentada, que en la vida real es elemento esencial y el más visible, sin duda. Pero, así como en la vida todo hecho exterior, es pura expresión y resultado de todo un proceso interno psicológico, en que halla su substancia y razón de ser, y su alto sentido y valor de realidad, en el arte, los que solo atienden á tales manifestaciones externas, suelen desligarlas de su raiz y origen, y quedarse con la cáscara seca y fofa que nada dice y nada representa.

En Galdós no era de temer semejante peligro. Desde sus primeras obras, notábase en él la iniciación de lo que le ha convertido luego en uno de los más grandes novelistas de este siglo: la psicología honda y aguda, la observación perspicaz y luminosa, que había de llevarle á esas admirables reconstrucciones de caracteres que acercan su nombre á los nombres ilustres de Balzac y Stendhal. Galdós es, efectivamente, ante todo, un creador de caracteres; y en la serie innumerable y rica que ofrecen sus novelas, quizá no hay otros—si se exceptuan los de curas—más completos y de mayor alteza artística que los caracteres de mujer. Esta condición de la literatura galdosiana, es de las más relevantes, porque, no obstante el extraordinario desarrollo que la novela ha alcanzado en nuestros días, apenas si se pueden citar unos cuantos tipos femeninos, que sean fruto de verdadera penetración psicológica, ó que traspasen los linderos de las más externas, incoloras y futiles manifestaciones del alma femenina.



Ya en *La Fontana de Oro* (1872), había apuntado esa agudeza de Galdós, para sorprender rasgos fundamentales y nuevos en la mujer. En los primeros *Episodios* quedó obscurecida esta cualidad por otras atenciones absorbentes: las mujeres que por aquellas páginas discurren—Inés, su madre, la inglesa de *Los Arapiles* y tantas otras,—no están más que bosquejadas, deliciosas en todo lo exterior, pero, muy á menudo, faltas de consistencia y de armazón sólida; mas en la segunda série, cuando vuelven á encontrarse, en Madrid, *Genara* y *Monsalud,* recobra y afianza Galdós la perspicacia analítica, doblada de maliciosa experiencia (que á veces se aproxima á la de Campoamor), base de tan grandes futuros aciertos. Á medida que avanza la acción, la figura de *Genara*—mucho más real que la de *Solita*—va nutriéndose y macizándose, haciéndose más humana y, por ello más compleja, hasta convertirse en admirable retrato de una de estas damas,—tan abundantes en la historia secreta de la diplomacia antigua, venidas muy á menos en el *ojalaterismo* de tiempos recientes,—que á un ingenio sutil, á una travesura graciosa y chispeante, á un talento claro, y á un espíritu aventurero y atrevido, unen el fuego de las grandes pasiones apoyado en la excelencia de dotes corporales que utilizan á maravilla. Las páginas autobiográficas de *Los cien mil hijos de San Luis,* son un modelo de esa malicia analítica que ha hecho, más tarde, célebre el nombre de Marcel Prévost.

El tipo de *Genara* reaparece más tarde en otras novelas. No es ya conspiradora, ni trashumante, porque los tiempos han variado; pero es siempre la representación de la mujer superficial, que vive de todo lo externo y que, (usando una acepción de la palabra distinta de la poca honesta que por autonomasia tan solo, se le da comunmente)

cabría llamar sensual, contraponiendo los sentidos, como órganos de la exterioridad ligera y egoista, al espíritu, que atiende á más hondas cosas de la vida. Este tipo, reforzado y multiplicado en la realidad, por efecto de una literatura desequilibrada y picaresca, que de Francia ha irradiado á todos los países latinos, tiene también admirables representantes en *La Regenta* de Leopoldo Alas, y merece en todos sentidos — artística y socialmente, — un cuidadoso estudio. En él señalase un grave peligro de cierto intelectualismo superficial y malsano, de que reviste á la mujer una educación aparatosa y extranjerizada, muy en uso, que amalgama elementos tradicionales de pura apariencia, con novedades pegadizas, admitidas por indiscreta concesión á lo moderno, sin pensar bien en sus efectos.

Con más insistencia ha estudiado Galdós la mujer fanática *(Doña Perfecta* y la sobrina del Penitenciario, *María Egipciaca* y otras), advirtiendo, con admirable intuición, la base de ignorancia real y de pasiones mezquinas, en esa misma ignorancia fundadas, que convierten en temibles, aún para los más altos y sagrados intereses de la vida, ese tipo femenino, tan frecuente en nuestra sociedad actual.



Pero los tres caracteres más originales y estudiados, las tres grandes figuras de mujer que descuellan, entre todas, en la literatura galdosiana, son, á no dudarlo, *Camila* de *Lo prohibido, Fortunata* de *Fortunata* y *Jacinta*, y *Augusta* de *Realidad*. Es la primera, expresión de aquel antiguo ideal de *mujer de su casa*, tan deficiente, sin duda, para una razonable ordenación de la vida, pero tan lleno de sólidas y excelentes cualidades. Fiel, hacendosa, limpia de corazón y de cuerpo, esclava y tutora á la vez de su marido, aguda para las cosas pequeñas y *prácticas*, vulgar para otras de alto vuelo, solo le falta á *Camila* un poco más de ambiente espiritual, un horizonte más amplio en la concepción de su papel en el mundo, para ser modelo apetecible de mujeres. Al lado de sus hermanas, neuróticas y sensuales, al modo de *Genara*, representa la protesta viva de todo lo normal, lo sano, lo bueno, sin luchas ni vacilaciones en esferas fundamentales de la moral familiar: y gustosamente le perdonamos sus vulgaridades burguesas, en gracia á sus virtudes, fruto expontáneo, nacido sin esfuerzo alguno de su alma, incapaz tal vez de talla complicada y fina, pero rica en quilates y de peso elevado y seguro.

Fortunata es una felicísima creación en que Galdós ha puesto lo mejor de su ciencia *madrileña*, tan profunda y nutrida de pormenor como la ciencia parisien (menos experimental quizá, sin embargo) de Balzac. Es *Fortunata* legítima hija de esos «barrios bajos» de Madrid, donde vive una población ineducada, pero viva de ingenio, mezcla de grandes latitudinarismos morales y de esas virtudes expontáneas que suelen hallarse en los pueblos medio civilizados: cierta caridad ardiente y franca, en casos de sencilla y clarísima cooperación al desvalido; cierta facilidad para responder con irreflexivo movimiento á la voz de ideas generosas; cierto romanticismo simpático, aunque peligroso, y aún la comprensión de determinadas virtudes domésticas y amores familiares que, bien dirigidos y aprovechados, podrían dar mucho de sí. El contraste entre la mujer del pueblo *(Fortunata)* y la mujer burguesa, también muy madrileña *(Jacinta)*, está perfectamente buscado y visto: y tal ha sido la maña del autor, que la primera, con todos sus defectos, nos atrae más que la segunda con todas sus bondades, quizá por ser éstas pasivas y expresar aquellos el arranque y la fuerza, señales de vida briosa en que toda esperanza tiene asiento. Los que solo conocen la chula madrileña por las caricaturas del *género chico*, no pueden formarse

idea de la admirable verdad de esa humana y atractiva muchacha que Galdós ha sabido traer al arte, sin hacerla bailar *agarrao,* ni cantar *couplets* salpimentados groseramente.

Augusta nos lleva á un mundo completamente distinto: es el mundo artificial y desequilibrado de nuestra burguesía alta, en que vigorosamente medra ese tipo neurótico, abierto á todas las curiosidades malsanas, debil para todos los esfuerzos redentores, superficial é irreflexivo, de que *Augusta* es modelo acabado. Todo lo que en tales mujeres hay, á la vez, de simpático por el calor del afecto, (que saben sentir á menudo hasta el heroismo, hasta la muerte), y de antipático por su ceguera ante las delicadezas y finuras del espíritu, su falta de valentia moral de arranque, para responder á los más ardientes llamamientos de la nobleza de alma, y esa frialdad inerte que las imposibilita para reconocer la falta y redimirse en lo íntimo por verdadera contricción, hállase estudiado y claramente expuesto en el tipo de *Augusta.*

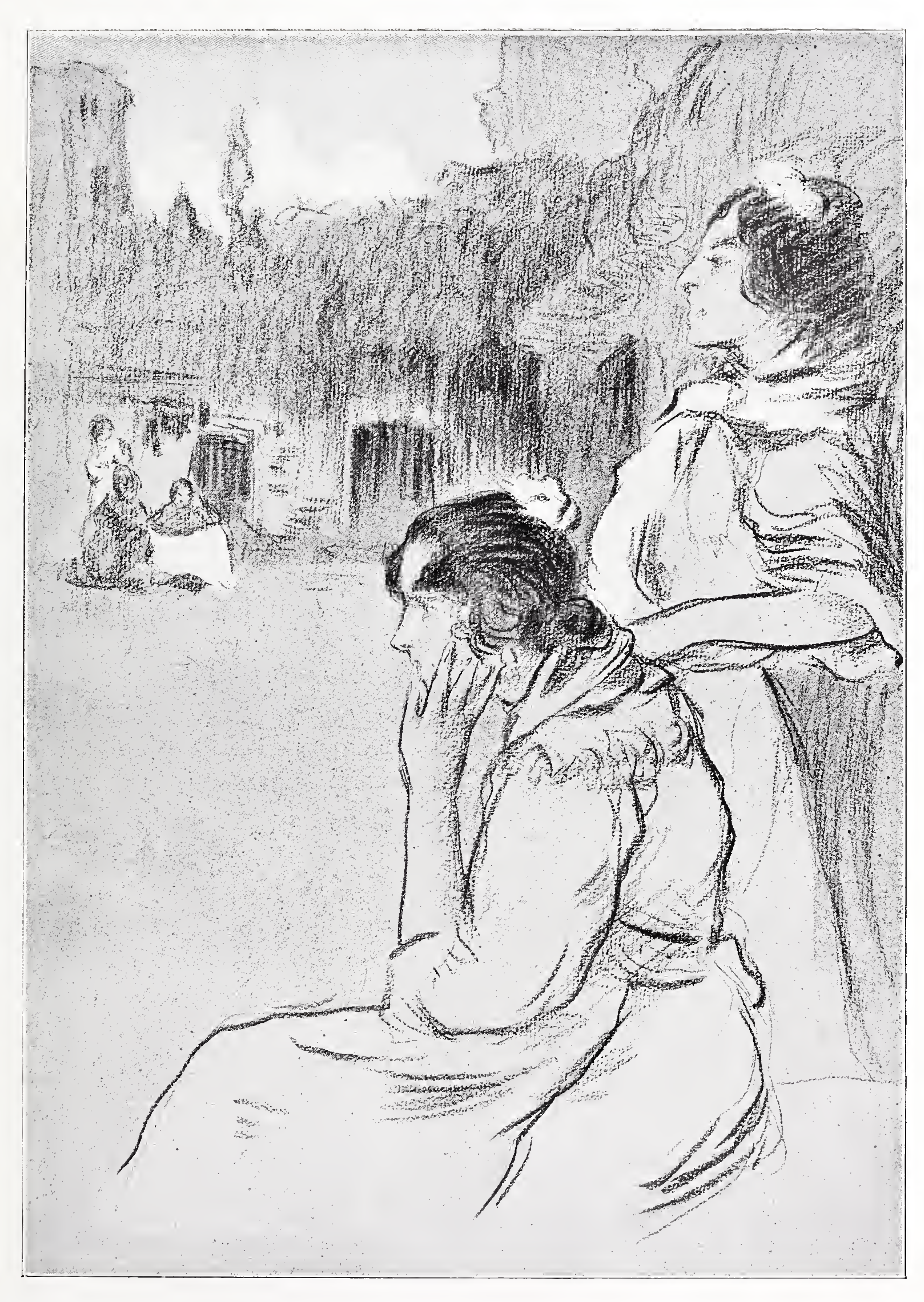
Dejando á un lado la gran parte de culpa, que indudablemente, tiene *Orozco* en la irredimibilidad de su mujer, adviértese al punto, en aquella dramática conversación última de los esposos, que *Augusta* — revelando en esto otro caracter de la especie — es de las que pueden retroceder en el camino de la falta por el temor de las consecuencias exteriores, pero que en el fondo, no dejan nunca de acariciarla y de apetecerla, gozosas de hallar, al cabo, una fuerza superior, extraña, que las arrastre, ó un motivo, como v. gr. el despecho, que las justifique y disculpe. Como representante de todo un mundo—por desgracia no nuevo ni de reducida dispersión geográfica,—es *Augusta,* á mi entender, lo mejor estudiado en la literatura contemporánea. Digna hermana suya en el arte, pero con aspectos nuevos que la diferencían no poco, es aquella *Ana Ozores* de *La Regenta,* que siempre quedará como modelo en la novela española.

Al lado de estas tres figuras maestras, agrúpanse en el mundo de Galdós otras muchas, reveladoras de manifestaciones diferentes del alma femenina: la dulcísima y triste *Marianela,* que recuerda á *Mignon;* la debil flor de Orbajosa, víctima temprana de los vendabales de la vida; la dramática *Gloria,* esfuerzo poderoso de una invención romántica vestida á la moderna, pero inolvidable, á pesar de la inconsistencia real que su propio autor cree hallarle; la clásica y picaresca *Audara* que parece salida de la posada de Monipodio; la mística y soñadora *Leré;* la infortunada *Tormento;* la serie de viejecillas de admirable dibujo, que van desde la trastornada tia de *Miquis* á la mezquina de *Doña Lupe* ó la generosa criada de *Misericordia:* toda una galería de retratos que si no agotan (ni con mucho) la riquísima complejidad de la psicología mujeril, ni siquiera en la común y más frecuente manifestación del amor, pueden ostentar con todo derecho el doble título de genuinamente españoles y de engendrados por el más sincero y sutil arte. Para mayor colorido nacional, aparecen en el fondo las desgarradas y airosas figuras de las manolas de 1808, de las zaragozanas heróicas, de las gerundenses guerrilleras, que forman todo un género en la femeninidad española; y por lo que toca al amor, bastarían para hacer grande la obra de nuestro novelista las invencibles pasiones de *Marianela,* de *Gloria,* de la misma *Mariquilla* la Candiola (en *Zaragoza),* que tienen algo de la sublime apasionada de Stendhal, de la épica protagonista de *La Cartuja,* una de las pocas criaturas del arte, que se muestran realmente animadas por ese sentimiento que todos invocan, y que rara vez nace de veras, penetrando el ser entero, hasta sus más hondas raíces, en el alma de las mujeres y de los hombres.

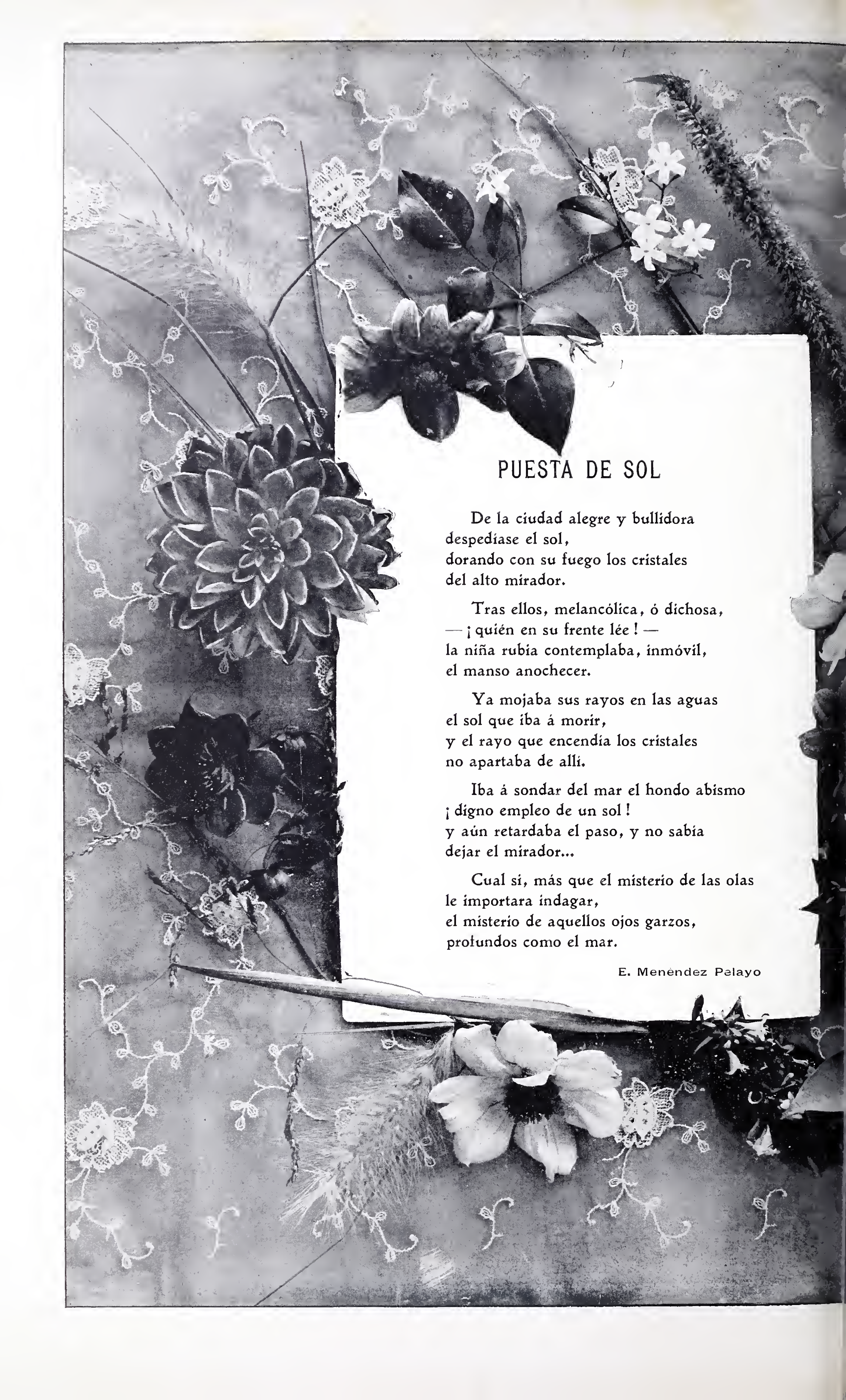
RAFAEL ALTAMIRA



Fundición de Masriera y Campins



R. PICHOT.—GRANADINAS



PUESTA DE SOL

De la ciudad alegre y bullidora
despedíase el sol,
dorando con su fuego los cristales
del alto mirador.

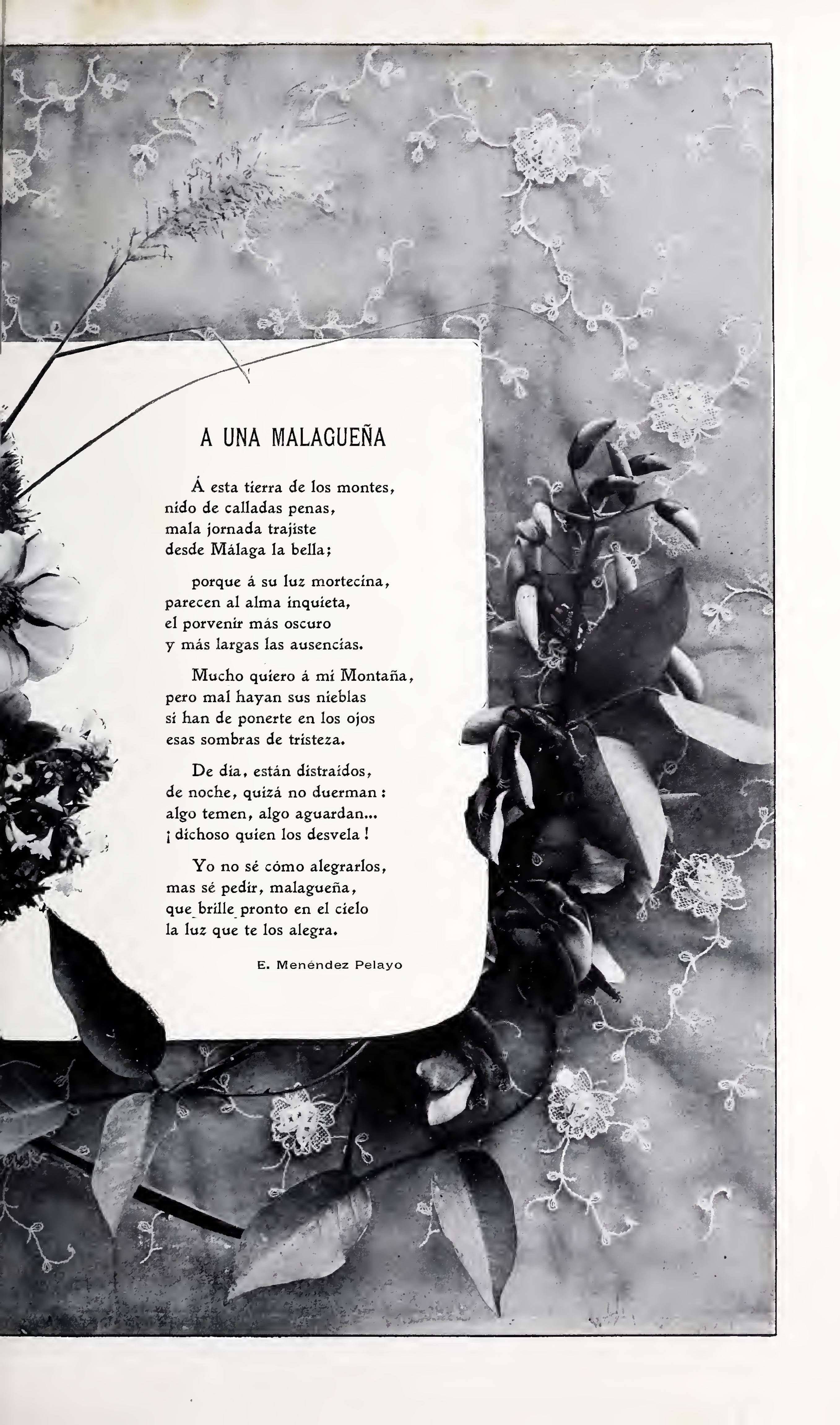
Tras ellos, melancólica, ó dichosa,
— ¡ quién en su frente lée ! —
la niña rubia contemplaba, inmóvil,
el manso anochecer.

Ya mojaba sus rayos en las aguas
el sol que iba á morir,
y el rayo que encendía los cristales
no apartaba de allí.

Iba á sondar del mar el hondo abismo
¡ digno empleo de un sol !
y aún retardaba el paso, y no sabía
dejar el mirador...

Cual si, más que el misterio de las olas
le importara indagar,
el misterio de aquellos ojos garzos,
profundos como el mar.

E. Menéndez Pelayo



A UNA MALAGUEÑA

Á esta tierra de los montes,
nido de calladas penas,
mala jornada trajiste
desde Málaga la bella;

porque á su luz mortecina,
parecen al alma inquieta,
el porvenir más oscuro
y más largas las ausencias.

Mucho quiero á mi Montaña,
pero mal hayan sus nieblas
si han de ponerte en los ojos
esas sombras de tristeza.

De día, están distraídos,
de noche, quizá no duerman:
algo temen, algo aguardan...
¡ dichoso quien los desvela !

Yo no sé cómo alegrarlos,
mas sé pedir, malagueña,
que brille pronto en el cielo
la luz que te los alegra.

E. Menéndez Pelayo

EL INCUNABLE

Cuantas veces paso por delante del armario C, de la Sala II, aunque sea en el mes de Diciembre, me parece que la caldeada atmósfera de aquella inolvidable siesta de Julio me envuelve y penetra hasta el fondo de mi ser, adormeciéndome dulcemente.

Tras el limpio cristal del gran estante de caoba maciza y á la mitad del pluteo tercero, entre dos libros, vestidos de antigua y chillona pasta valenciana, se destaca la roja lomera (legítimo tafilete) del DURANDUS impreso por Fust en Maguncia, año de 1459.

¿Cómo ingresó esta joya tipográfica en la Biblioteca? Ni yo he podido averiguarlo, por más que hice, ni viene á cuento hablar de ello.

De lo que estoy tan seguro, como de haber nacido, es de la procedencia del ejemplar.

Es el mismo que hace veinticinco años «aquella inolvidable siesta de Julio», hojeábamos Teresilla y yo, en el despacho de su tio, tutor y verdugo Don Martin, quien debe de estar saltando en las calderas de Pedro Botero, sin concluir jamás de convertirse en chicharrón.

No cabe duda; la encuadernación, por las tapas, las guardas y los cortes, característica de los libros de lujo de la época de Carlos III; el tercer tejuelo con la indicación INMEMBRANIS; al verso de la primera, guarda el conocido ex-libris del Conde de Mantillón, que lleva sobre la corona ducal del escudo una filacteria con el proverbio latino «Ars longa, vita brevis;» en el folio sexto, desgarrada la vitela y cosida con bramante azul; en el veinte, una gran picadura ó maca de la piel... y sobre todas estas señas particulares y otras, al alcance de cualquier bibliógrafo con vista, una que ni el mismísimo Don Bartolomé José Gallardo, si resucitase, sería capaz de relacionar exactamente en la papeleta del *Durandus,* objeto de estas referencias y espuela de mis recuerdos más gratos. ¡La impresión, en carmín, de la yema de los deditos índice y pulgar de Teresilla en el recto y en el verso del ángulo inferior de la hoja LVIII!

* * *

Más satisfecho que diputado primerizo, en posesión de un acta limpia, llegué muy entrada la tarde á casa de mi novia llevándole, para que se recreara, enrollado en una caña, á modo de cetro ó de antiguo bastón de general, el título de *Archivero, Bibliotecario y Anticuario,* que acababa de ganarme sin recomendaciones.

Teresilla me recibió, como en aquella ciudad solían hacerlo á los Duques de Medinaceli, cuando iban á posesionarse de sus estados.

La casa, desde el portal á los graneros, parecía barnizada de muñequilla; las flores, en tiestos, vasos, jardineras y esparcidas por los muebles, podían segarse; el surtidor de la fuente, á toda llave, llegaba de cuando en cuando, á regar la lona del toldo, en el patio principal; gilgueros, canarios y mirtos, como si obedecieran la orden del día, comunicada por la reina, entonaron al unísono sus arpegios más elegidos y hasta Perico, el negrísimo y arisco gatazo granadino, regalo de un canónigo del Sacro-Monte, bajó al pie mismo de la escalera, detrás de mi novia, haciendo el arco del jaciente y con la cola tiesa como poste telegráfico.

Don Martín, siempre aprovechando, interrumpió los cálculos que hacían sobre su voluminoso cuaderno de cuentas corrientes, y alargándome un pitillo del estanco, exclamó con retintín: — Bien venido muchacho; ya me dijo tu madre, que con buena nota has ganado el titulo de ratón de papeluchos: poca cosa es; pero en fin más vale eso que nada. Y á propósito, un primo mío lejano, canónigo, ya sabes... el del gato, tuvo hace cuatro meses el mal gusto de morirse. Me debía unos cuartejos y, en pago, me dejó sus libros que me parece no valen la cuarta parte de la suma que le presté.

En uno de ellos, muy grandote y en latin, he hallado esta nota. «Aquí Don Martín, que era hombre de mucho orden, tiró de un cajón de su mesa de despacho (en el que nos encontrábamos) y dando enseguida con un papel en forma de volante, que debió de servir de registro al volumen, me lo alargó, añadiendo: Lee; el primer renglón es de letra del Canónigo, lo demás es de otra persona, de tu carrera sin duda, á quien mi pariente debió de consultar.»

El volante decía:

«*Nota Benissime*» en grandes letras de tinta roja, luego en caracteres menudillos y nerviosos:

«*Sobre el Durandus.*»

Si el ejemplar lleva la fecha del 6 de Octubre de 1459, es de la primera edición y, si como muchos bibliógrafos pretenden, los salterios del 1457 y 59 están impresos en caracteres de madera, aquel sería *el primer libro impreso con caracteres movibles fundidos,* en el que se encuentra *la fecha y el nombre del impresor.*

Hay dos clases de ejemplares: unos que se distinguen por las iniciales grabadas en madera, que van á la cabeza de cada libro, y que ya se habían empleado por Fust y Schoeffer en los salterios, antedichos; y otros porque, en vez de aquellos, llevan letras pintadas con diversos colores.

—¿Te has hecho cargo de lo que deseo?—me preguntó el tío de Teresilla con tono impaciente, no bien notó que yo concluía de leer con algún detenimiento la anterior nota bibliográfica.

—Creo que sí. Usted quiere saber lo que vale el libro. ¿No es eso?

—¡Naturalmente!

—Pues para complacerle, necesito, primero, examinar el volumen muy despacio y ver si reune circunstancias especificadas en esta nota, y después, escribir á mi maestro,



porque no tengo aquí bibliografías, ni catálogos donde ver que precios alcanzaron ejemplares del *Durandus*, de la misma edición.

— Pues manos á la obra, que el tiempo es oro. Instálate en ese gabinetillo con Teresa.

Ella te dará el tomazo colorado. Mucho precio ¿eh?... Ahora dejarme concluir estas cuentas.

Cuida tú, muchacha, de que María Antonia no nos haga aguardar como siempre: la cena á las ocho en punto.

No te digo que nos acompañes, porque hoy no vas á dejar sola á tu madre, mañana...

—¿Se puede? Interrumpió en aquel momento el mulero, colándose de rondón, sin aguardar á que le dieran licencia.

—¿Qué ocurre, Lorenzo?

— Naa, que á la generala le ha dao un dolor que se hace forvo revolcándose en el suelo.

La generala era una magnífica *mula de paso*, cabalgadura de Don Martin, quien la tenía en más estima que Calígula á Incitatus, cuando lo nombró consul. El viejo usurero salió disparado tras de Lorenzo, dejándose todas las puertas abiertas y diciéndonos:

— Vuelvo enseguida.

Nos quedamos completamente solos Teresilla y yo.

* * *

De cuantos mezquinos, legítimos é instantáneos placeres ofrece esta broma pesadísima que llamamos vida, no creo que haya ninguno comparable al que experimenta el hombre que comparte las propias aficiones con la mujer amada, y con ella trabaja, ó la tiene por público.

Oirla recitar nuestros versos, sin estropearlos, tocar y cantar juntos, tenerla de modelo, verla, en fin, entusiasmarse con nuestros triunfos en la carrera, en el oficio, ó en la afición que nos domina, constituye una felicidad casi sobrehumana.

En España, donde no abundan las mujeres dadas á lecturas profanas, bien elegidas, es casi inútil buscarlas con conocimientos suficientes para apreciar el mérito de un libro, solo por sus condiciones materiales.

Si existen entre nosotros algunas señoras con aquellos gustos y nociones, serán tan contadas como las que no hablen jamás de moños, modistas y franchutas constructoras de sombreros.

Yo, que fuí muy mediano estudiante de derecho, tuve siempre grandísima afición por libros viejos y modernos, bien impresos ó encuadernados. Se puede tener pasión por las flores y no saber una palabra de botánica.



mente para satisfacer la codicia de Don Martín y tenerle propicio, sino para recrearnos con aquella joya del arte tipográfico, al que es deudora la humanidad de más conquistas, que cuantas realizaron los capitanes famosos por mar y tierra, desde Josué á Shafter y del consul Duilio á Dewey.

El gabinetillo, donde nos instalamos, servía como de desahogo al ámplio despacho de Don Martín. Las paredes de aquel retrete ó camarín, estaban cubiertas de arriba abajo, por una viejísima estantería de pino embadurnado de almagre. En sus tablas, perfectamente coleccionadas, guardaba el tutor de Teresilla periódicos, revistas, copiadores de cartas, facturas, correspondencias de negocios, botes de tinta ya vacíos, frascos de goma, mazos de balduque y cajas de obleas. En una palabra, la habitacion-

Mi incipiente bibliomanía me impulsó primero á seguir la carrera de Archivero, Bibliotecario y Anticuario, y luego, á iniciar á mi novia en los secretos del oficio.

Teresilla compartió conmigo, muy pronto, la chifladura.

Mucho teníamos que hablar de nuestras cosas aquella tarde, pero mi novia ardía, como yo, en deseos de que examinásemos juntos el famoso incunable. Y no cierta-

cita era á la vez archivo, depósito de útiles de escritorio y hasta cuarto de aseo, teniendo en cuenta que en dos rincones fronteros se veían, una aljofaina, en su pie de hierro, con tohallero del propio metal y una mesa de noche cilíndrica, de rica caoba y bronces.

En el fondo del gabinete y frente al hueco de la puerta que comunicaba con el despacho, hueco velado por un biombo japones, había una mesa de nogal muy capaz, sin cajones, de las de hierros dorados con purpurina y en forma de X, que va desde el revés del tablero á los travesaños de las patas. Detrás de la mesa, un viejo sillón frailuno de baqueta y, á los lados, dos sillas de Cabra.

Don Martin, sirviéndose de un término usado en las administraciones de correos, llamaba á aquella *su mesa de batalla,* dando á entender que, como hacen en tales oficinas, se servía del mueble, exclusivamente, para distribuir y clasificar sobre el ancho y despejado tablero, papeles que guardaba enseguida en los respectivos legajos del archivo.

Sobre la *mesa de batalla* abrimos el *Durandus.* Yo me senté en el frailuno y mi novia se arrodilló en una de las sillas de Cabra, de espaldas al balcón que daba al huerto y que tenía por cortina un frondosísimo jazmíz real.

En sus orientales perfumes se impregnaba la brisa caliginosa que subía del huerto y así rezumaba tres finas tallas de la Rambla, formadas en el tallero de pino, como bordaba de líquidos brillantes el cuello y el nacimiento del pecho de Teresilla.

Libre de la tiranía del corsé y dibujando sus proporcionadas curvas en una fina chapona de color de rosa, se dilataba y deprimía suavemente, como cabecea la gallardísima balandra anclada en el puerto, á impulsos de la resaca.

Había clavado Teresilla sus desnudos y redondos codos en el tablero y sus pupilas azules en la vitela del incunable, atenta á mis observaciones y haciéndolas ella, á menudo, muy oportunas. De pronto, el mixto de canario y jilguero, que sin cesar en sus trinos, saltaba del cavizo á la alambrera y del columpio al comedero, volcó el bañito de cristal y como la jaula comenzase á chorrear, salpicando desde el hueco del balcón el brillante entablado del gabinete, corrió mi novia á remediar el percance.

Aún me recreo, recordándola encaramada en la silla para alcanzar la jaula.

Al bajarse, se le enganchó el vestido en un clavo del asiento y...

—¡No mires, tonto! — me dijo poniéndose tan encarnada como las galas de Francia que en un tiesto, sin proponérselo, acababa de regar el pájaro.

Teresilla volvió á arrodillarse, trayendo en la boca una de aquellas flores que parecen refrescar la atmósfera en las ardorosas y tranquilas horas de las siestas andaluzas.

Desde aquel momento, aunque seguíamos hojeando el *Durandus,* ni ella, ni yo parábamos mientes en los sucesivos primores del incunable.

—Sigue, sigue, me decía á cada instante, mientras con sus dientes menudos iba arrancando pintados pétalos á la gala de Francia para mordisquearlos y en los labios encendidos y fogosos, como guindas de Priego á medio madurar, hacerlas, luego, bolitas con la punta de la lengua.

—Sigue, repetía siempre, cuando yo me quedaba suspenso, á medio volver una hoja, mirándome extasiado en sus ojos azules, ó contemplando, con envidia, los restos triturados de la flor.

— Anda, dame esa hojilla...

— ¡Jesús, que porquería! me respondió, sacándose precipitadamente de la boca la última bolita de la gala de Francia y tirándola al huerto por la abertura del balcón.

— ¡Cómo tarda mi tío! sigue, plomo.

Y como quisiese hacerme volver á la fuerza la hoja 58, poniendo las manos en el incunable, imprimió en aquella, por el recto y por el verso, la yema de los dedos tintos en el carmín de la flor.

Al ver manchado el libro, ambos bibliófilos nos quedamos como si hubiéramos cometido una profanación.

Y fué el caso, que el mixto puso sordina y comenzó á cantar muy piano y á compás más lento: que la brisa iba refrescando el vuelo para convertirla en triple esencia de jazmines y que los brillantes líquidos, apenas brotados en el mórbido cuello de Teresa, rodaban suavemente, paralelos por aquel precipicio, de nieve y rosas, burlando mi sed, hasta perderse debajo de la chapona.

Nos faltaba aire: como madre que sale al portal á recibir al hijo que vuelve de la guerra, nuestras almas se asomaban á los ojos para acariciarle con creciente afán.

Teresilla, que parecía mareada, inclinó hácia mi su rubia cabecita que resbaló sobre la palma de la mano, alzando el flequillo, y mostrándome completamente despejada la frente purísima... y en ella posé mis labios sin ruído, sin vehemencia: como se besa una reliquia.

—¿Es el primero, eh?—preguntó en el mismo instante Don Martin, colándose en el gabinetito con cara de ciclón.

— ¿Qué dice V.? — respondí aterrado.

— ¡Pues que he de decir, bolonios! que si en efecto resulta este librote «el primero impreso con caracteres movibles, &., &.» como reza la nota.

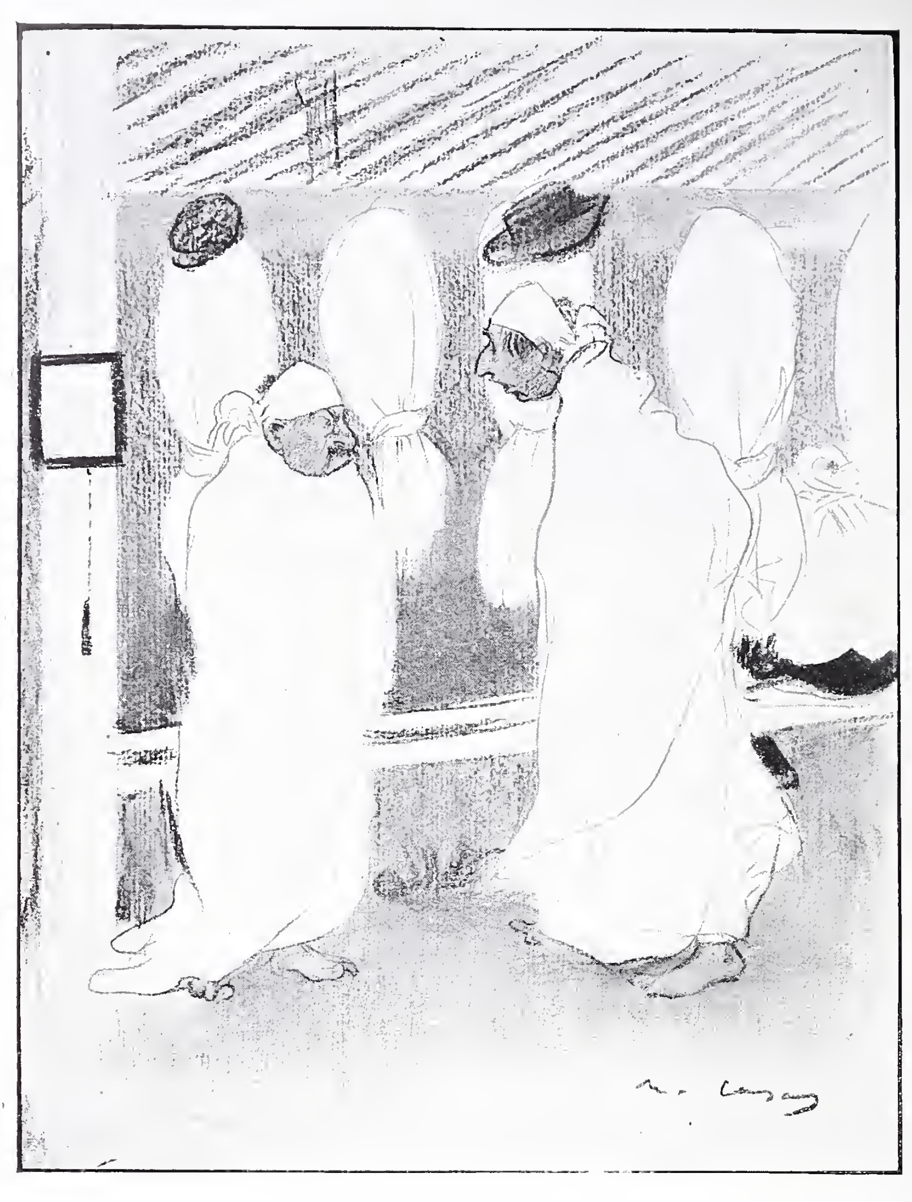
— ¡¡¡ Ah !!! — replicamos, sin podernos contener Teresilla y yo.

* * *

Treinta años han pasado desde aquella tarde: puede que Teresilla no se acuerde jamás del Santo de mi nombre, pero á mí, cuantas veces paso por delante del armario C. de la Sala II, aunque sea en el mes de Diciembre me parece que la caldeada atmósfera «de aquella inolvidable siesta de Julio me envuelve y penetra hasta el fondo de mi ser, adormeciéndome dulcemente.»

El Conde de las Navas

LOS SABIOS ENEMIGOS



Hacía ya cinco años—seis, quizás—que entre aquellos dos eximios varones, nacidos y educados para entenderse y estimarse mutuamente, reinaba una cordial enemistad, un odio casi africano.

Don Sinforoso Laplepa, profesor de Estética, no podía sufrir á Don Hilarión Graells, catedrático de Artes Plásticas. Y Don Hilarión Graells no podía ver, ni en pintura, á Don Sinforoso Laplepa. De lo cual resultaba una perfecta inteligencia interna, fundada en la completa conjunción de antipatías.

Don Sinforoso era un aragonés robusto, de cara apoplética, de un físico más apropiado para un cabo del Resguardo, que para un profesor de Estética. Decíase de él, que era muy bruto.

Don Hilarión, era un catalán magro, larguirucho, de rostro avinagrado y bilioso. Como cascarrabias, se había conquistado una reputación de las más legítimas.

* * *

¿Cuál fué el origen de aquella lamentable malquerencia entre dos varones tan conspícuos que, habiendo entrado, casi simultáneamente, á formar parte del mismo Claustro universitario y tratándose mútuamente, en los primeros tiempos con excelente compañerismo, concluyeron por aborrecerse tan íntimamente?

El origen fué este: un escarceo académico, que acabó por una disputa violenta, sobre el siguiente tema: «¿Tenían las razas greco-latinas de los primeros siglos de la era cristiana, superioridad plástica sobre las razas galo-germánicas, ó bien la tenían éstas sobre aquellas?» —Don Sinforoso, que pretende descender en línea recta de linaje godo, sostenía enérgica y hasta brutalmente, la superioridad de las primitivas—y presentes razas del Norte. Don Hilarión Graells, cuyos abuelos debieron de ser, sospecha él, unos Graellus de la antigua Roma, afirmaba en tonos destemplados y ágrios, la de los helenos y latinos. La controversia adquirió tal caracter de violencia, que á no mediar la intervención de un bedel, los dos sabios se hubieran roto el alma. Separáronse sin haber llegado á las manos, pero desde aquel día, no volvieron á hablarse ni á saludarse siquiera.

* * *

—Si señor—declaró noblemente Don Hilarión todavía trémulo—no vacilo en confesar, que sin la providencial mediación de V. hubiese probablemente desaparecido para siempre, entre estas ondas del mar latino.

—Tanto como eso, no creo—repuso D. Sinforoso—pero hubiera V. bebido un buen trago: esta playa es muy incómoda y algo peligrosa.

Los dos catedráticos salieron del agua reconciliados. ¿Qué menos podían hacer, después del servicio hecho por Laplepa, cuyo brazo musculoso había retirado del peligro á Graells, en el momento que perdía pié y se hundía en el pérfido elemento?

Chorreantes y fresquitos, se dirigieron al sitio donde tenían sus ropitas.

—¡Cuidado, amigo mío!...—saltó de pronto Graells cojiendo á su colega por un brazo y deteniéndole.

—Que... ¿qué hay?—interrogó Laplepa.

—Que si da V. un paso más, se abre V. el pie con ese pedazo de vidrio roto.

—¡Cáspita!—exclamó emocionado el profesor de Estética—de buena me ha salvado V., querido Graells.

* * *

Cinco minutos después, los demás bañistas oyeron las voces irritadas de los dos distinguidos catedráticos, discutiendo é increpándose duramente á propósito de la «Superioridad plástica de la raza greco-latina sobre la galo-germánica y viceversa.»

Y las dos lumbreras salieron del barracón balneario, irremisiblemente reñidos.

X.

EL RAYO Y SUS CAPRICHOS

Las tormentas que han estallado estos últimos días en diferentes puntos de España y particularmente la que descargó en Barcelona en la madrugada del 13 del actual, notable por su duración, impropia de nuestro clima, por los fragorosos estampidos de los truenos y por la intensidad de las descargas eléctricas, nos han traído á la memoria algunas singularidades del rayo, de que hacen mérito varias obras de meteorología y que creemos de oportuna y curiosa reproducción.

El rayo no se distingue únicamente por los estragos que á veces causa en personas y cosas: en ocasiones, es caprichoso, y lo mismo puede dar quince y raya al mejor doctor para curar enfermedades, que competir con el más hábil fotógrafo, aleccionar á un químico en la transmutación de metales ó presentar inesperadas cuanto inexplicables rarezas.

Que puede extirpar radicalmente añejas dolencias, lo prueban entre otros, los siguientes ejemplos:

Un gentleman americano estaba baldado desde su infancia, de todo el lado derecho. Un rayo le devolvió el uso de todos sus miembros, después de haberle causado tan violenta sacudida, que estuvo más de veinte minutos privado de sentido.

Otro inglés pasó veinte años seguidos, tomando inútilmente todos los veranos baños de aguas ferruginosas, y á consecuencia de haber caído junto á él un rayo con cierta violencia, en menos de un segundo quedó radicalmente curado.

Una vieja solterona, llamada Susana Schmacht, estaba tan completamente baldada desde su infancia, que no podía dar un paso sin muletas. Hallábase sola cierto día en su habitación, cuando estalló cerca de ella una descarga eléctrica con aterrador estrépito. La pobre vieja se hincó de rodillas, implorando el favor de Dios, con todo el fervor de que era capaz; en aquel momento oyó llamar á la puerta: era su hermano que acababa de llegar. La paralítica conoce su voz y busca con la vista las muletas que le servían de sostén No viéndolas, se dirige á la puerta, dispuesta á ir á rastras; pero pudo mantenerse derecha. ¡Oh maravilla! Echó á andar, sin necesidad de apoyo. El espanto, la sacudida de la descarga eléctrica, habían producido una curación asombrosa.

El actor inglés Gordley recobró el uso de su ojo derecho, del que estaba enteramente privado, dichosa circunstancia de que fué deudor á un rayo que estalló cerca de él.

Un sacerdote octogenario, que decía misa una mañana en la iglesia de San Marcos de Roveredo, pudo prescindir de usar anteojos, después de haber caído un rayo tan cerca de él, que prendió fuego á su ropa.

En Biberac (Prusia) alcanzó un rayo á dos ciudadanos, á los que hirió gravemente; pero uno de ellos recobró el oído, del que estaba privado hacía largo tiempo; de suerte, que al restablecerse de las heridas que recibió, bendijo al que tan radicalmente le había curado de su inveterada sordera.

Podríamos multiplicar estos ejemplos; pero bastan los apuntados, para demostrar que si los rayos causan estragos, también pueden deparar á la humanidad doliente inapreciables beneficios.

Que esas poderosas manifestaciones de las energías eléctricas pueden competir con el mejor fotógrafo, lo demuestran estos casos que citamos al azar.

Arago cuenta en su *Tratado del rayo*, lo acaecido á un hombre que se hallaba cerca de un árbol en el que cayó un rayo. Aunque tuvo un gran susto, como no se sintió herido, se tranquilizó al poco rato; mas al acostarse por la noche, se encontró, con gran estupor, marcado por una mano invisible. Un pincel misterioso había trazado en su piel la imagen de aquel arbol con todas sus ramas.

En cierta ocasión, el doctor Derendinger, médico de las inmediaciones de Viena, regresaba á su casa por el ferrocarril. Al apearse del tren, echó de ver que le faltaba su portamonedas, que sin duda le habían robado. Este portamonedas era de concha, y en una de sus chapas llevaba las iniciales del doctor, dos D entrelazadas, incrustadas en acero. Algun tiempo después llamaron al doctor para asistir á un extranjero, al que se había encontrado sin sentido al pie de un arbol, víctima de un rayo. Lo primero que vió el médico en el paciente, fué su cifra como fotografiada en la piel del muslo. ¡Júzguese cuál sería su asombro! Merced á sus cuidados, el enfermo volvió á la vida, siendo trasladado al hospital. Una vez allí, el doctor manifestó que entre la ropa de aquél debía haber un portamonedas de concha, como así resultó; el individuo herido por el rayo era el ladrón. Al alcanzarle el flúido eléctrico, había sido atraído por el metal del portamonedas y fundiendo las iniciales incrustadas, dejó impresas sus huellas en el cuerpo, por uno de esos fenómenos tan extraños como conocidos.

Los periódicos ingleses publicaron en 1867 el siguiente caso: Al descargar una tormenta, tres muchachos se cobijaron debajo de un arbol; estalla el rayo y cae en el arbol, describiendo á su alrededor una serie de círculos. Los niños, asustados al pronto, se reanimaron y vieron que uno de ellos presentaba en uno de sus costados la imagen acabada del arbol bajo el cual se habían refugiado. La fotografía era tan perfecta, que se distinguían fácilmente las hojas y las fibras de las ramas.

Para no prolongar más este artículo, lo terminaremos mencionando un caso en que á la fotografía por medio del rayo, se puede añadir la galvanoplastía por el mismo agente y el transporte de metales en mayor ó menor cantidad.

Durante una terrible tormenta que estalló en Nantes el 25 de Julio de 1868, el contador de marina M. P... se vió envuelto en un relámpago muy vivo, á pesar de lo cual siguió andando por no sentir ninguna molestia. Llevaba en el bolsillo un portamonedas que en una de sus divisiones tenía dos monedas de plata y en la otra una de oro de diez francos. Cuando abrió al día siguiente el portamonedas, se quedó sumamente sorprendido al encontrar una moneda blanca en lugar de la de oro. Al pronto creyó que se había equivocado, pero examinando más detenidamente las monedas, vió que la indicación de su valor estaba intacta. Una capa de plata sustraída de la moneda de un franco, recubría las dos caras de la diez; la primera aparecía ligeramente mermada y estaba un tanto azulada. Este fenómeno fué el resultado de una acción galvanoplástica, pero lo más raro del caso, fué que el trasporte de la plata á una superficie de oro, se efectuó á través de la piel que formaba las dos divisiones del portamonedas.

PANORAMA NACIONAL

BELLEZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS

Lo forman 2 preciosos albums, lujosamente encuadernados,
que contienen cada uno más de 300 vistas,
fotografías grabadas é impresas con esmero

CADA TOMO 20 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES
Hermenegildo Miralles, Editor
59, Calle de Bailén, 70
·BARCELONA·

Tintas de Ch. Lorilleux y C.a

Papel de los Sucesores de Torras hermanos



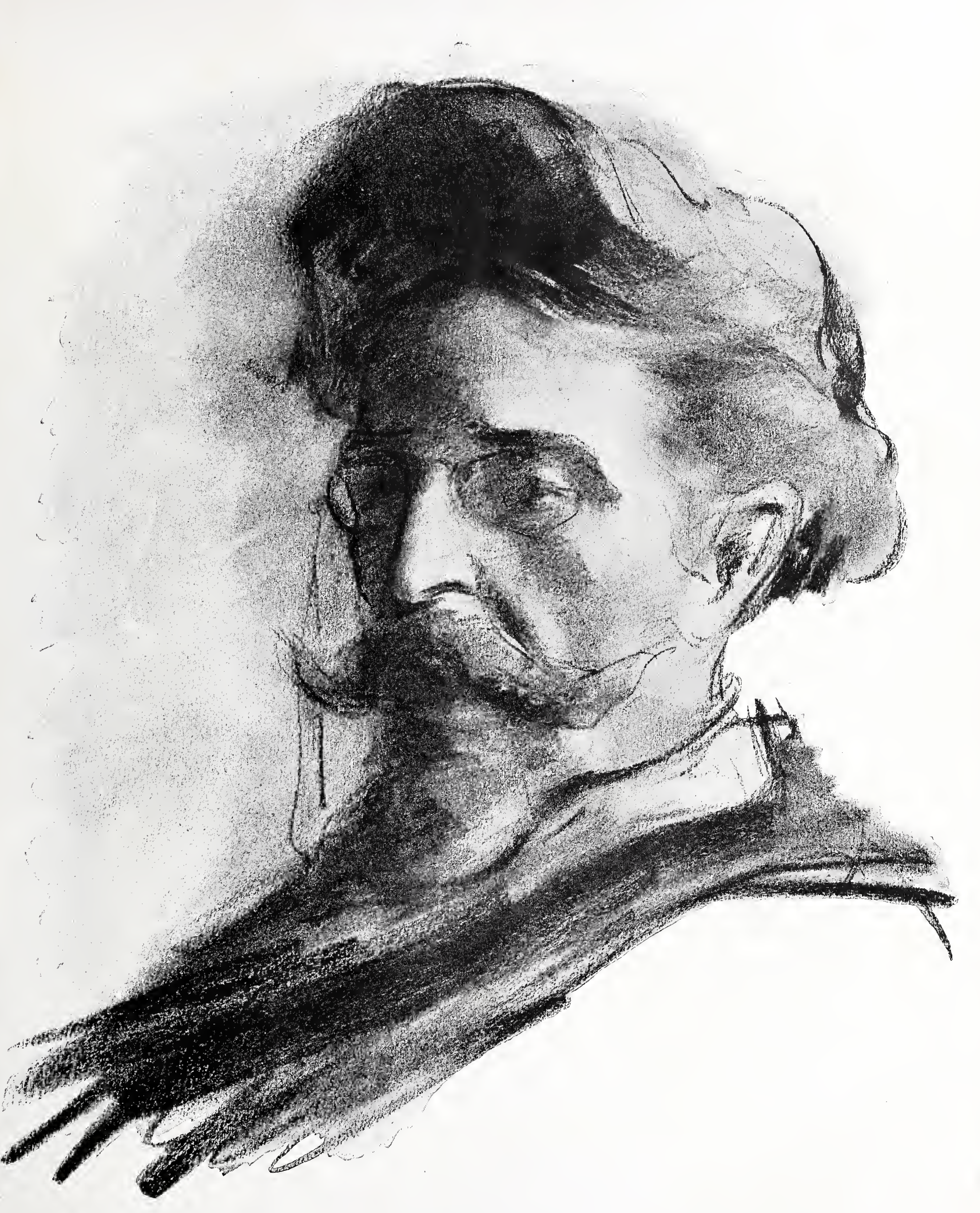
N.º 12. - 15 AGOSTO 1899 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

SUMARIO

Portada . . . . . . por *M. Feliu de Lemus.*
Estudio . . . . . . por *S. Rusiñol.*
D. José M. de Pereda. . Croquis por *A. Clapés.*
Episodios de la historia del teatro español . por *E. Cotarelo;* ilustración de *R. Lorenzale.*
En el baño . . . . por *A. Calbet.*
Balzac . . . . por *Rodin.*
Balzac . . . . por *Falguière.*
La partida de los reclutas. . por *G. Clairin.*
El conocido publicista... . . por *R. Casellas.*
Variedades.



S. RUSIÑOL.—ESTUDIO



D. JOSÉ M. DE PEREDA.—CROQUIS POR A. CLAPÉS



EPISODIOS DE LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL

INCENDIO DEL TEATRO DE ZARAGOZA EN EL SIGLO PASADO

La vieja controversia sobre la ilicitud ó carácter inmoral de todos los teatros y muy, particularmente, del español, había alcanzado en la segunda mitad del siglo XVIII una actitud extrema. Convencidos algunos moralistas, de la inutilidad de sus representaciones, memoriales y libros, que por espacio de cerca de dos siglos habían estado escribiendo contra el espectáculo nacional (lo era entonces) idearon dirigirse al público que no leía, de más directa y eficaz manera, para lograr su objeto. Iniciaron, pues, una serie de misiones, llevadas á cabo por el P. Calatayud, Fr. Diego de Cádiz, el P. Posadas y otros, en diversas provincias de España, encaminadas á predicar exclusivamente contra las representaciones dramáticas, y que, efectivamente dieron el resultado que se proponían; porque fueron cerrándose casi todos los teatros, excepto los de algunas grandes capitales como Madrid, Barcelona, Valencia y Cádiz.

De cuando en cuando, alguna de esas catástrofes que ocurren en las ciudades más populosas, venía á darles nuevas armas y razones para pedir la extinción inmediata de todos los escenarios públicos, ó el compromiso de no admitir de nuevo las comedias en los lugares que ya no existían. Así lo realizaron en la ciudad de Pamplona, que se obligó con un voto solemne, que luego tuvo de desatar el Papa.

El caso más memorable y terrible de estas desgracias colectivas es el del incendio del teatro de Zaragoza, á fines de 1778, cuando las discusiones á que hemos hecho referencia estaban en su mayor fuerza.

En esta ciudad, como en las demás de España, había el Hospital de la provincia gozado el monopolio de las representaciones dramáticas, desde que en el siglo XVI se hicieron comunes. En 1569 construyó el Hospital una casa de comedias ó *corral*, segun entonces se decía, teatro que, con algunas reformas, subsistió hasta 1769, en que bajo la dirección del Conde de Sástago, se levantó uno de nuevo. Empezóse la obra el 26 de Mayo y prosiguiéronse los trabajos con tal actividad, que el 7 de Octubre del mismo año se pudo ya representar en el nuevo edificio. Reputábase como uno de los mejores de España, por su capacidad que era para 1.300 personas, su construcción, comodidad y, hasta por su elegancia extremada en columnas y pinturas, que lo hacían muy vistoso.

En 1778 llegó á Zaragoza una compañía de ópera italiana compuesta de algunos de los cantantes del poco antes suprimido *Teatro de los Sitios* y otros que habían venido de Italia. Representaba esta compañía en la tarde del 12 de Noviembre, la ópera de Metastasio *La Real Jura de Artajerjes.* Habíanse terminado los dos primeros actos, y en el intermedio, se preparaba apresuradamente una decoración de jardín para un baile titulado *Las estatuas animadas*, que se iba á representar, cuando la caída de una vela prendió fuego á la fuente que estaba enmedio de la escena y que, como formada de materiales muy combustibles, ardió con gran facilidad. El telón estaba caído y el público solo había notado el rumor ordinario que produce el cambio de bastidores, y mientras se apagaba la fuente, una bailarina salió por un extremo del escenario y advirtió á los espectadores.

La poca voz de la muchacha, el ruído que había en la sala y el haber dicho *fuego* en italiano, impidieron que tan oportuno aviso fuese atendido. Transcurrieron algunos minutos antes que el primer actor saliese á su vez gritando con fuerza: *fuoco! fuoco!* Pero cuando el público se disponía á salir precipitadamente, apareció el propio empresario en actitud tranquila, diciendo: — «*Señores, no es nada; ya está apagado el fuego.*»

La mayor parte de los asistentes volvieron á sus sitios. Mas si bien era verdad que el fuego de la fuente se había extinguido, no habían reparado los encargados de la escena, en que antes había prendido en algunas bambalinas y

comunicádose al telar en que estaban colgados los bastidores. Pronto ardió toda la parte superior del foro y, aunque el telón seguía bajado, el público advirtió el resplandor y trató de ponerse en salvo. En un instante se desocuparon lunetas, gradas y patio; pero no así los palcos ó *aposentos*, y, sobre todo, el *gallinero* ó *cazuela*, que así se llamaba el gran palco destinado á las mujeres (pues en este tiempo asistían los sexos separadamente al espectáculo), que en este teatro estaba en lo más alto y solo se llegaba á él por estrechos pasillos, largos corredores y escaleras angostas. Las gentes se atropellaban para salir, chocando los que por direcciones distintas buscaban la escalera principal, incluso los cómicos que huían del volcán en que el vestuario estaba convertido.

«Todo era susto y horror (dice un testigo presencial). Llegó éste á lo sumo, quando las arañas de cristal, cortadas las cuerdas por las llamas, cayeron con un estrépito y crujido espantosos; y quando después de encendido el primer telón, el aire que por la puerta de los cómicos entraba en el teatro, no encontrando desahogo por los despedideros, le buscó por los palcos y ventanas próximas á la escalera, apagando las luces y llevando consigo globos de fuego y densas nubes de humo fétido. Entonces, la lobreguez acabó de desmayar á unos y el aire pestilencial que se respiraba privó de sentido á otros; de suerte, que fueron muy pocos los que, ó por hallarse casualmente en sitio algo defendido, ó por una firmeza extraordinaria se mantuvieron con espíritu; y de ellos, cada uno creía ser el único que había quedado vivo; así lo persuadió el no tocar sino cuerpos sofocados y el profundo silencio que se advertía por todas partes, sin percibirse ni un suspiro.» (1)

Llegó el espanto á su colmo cuando, ardiendo ya todo el teatro se comunicó el fuego al Hospital á que estaba pegado. La gritería de los enfermos y la obscuridad de la noche, doblaban el terror y aumentaban la dificultad de acudir en socorro de unos y de otros.

El teatro era una inmensa hoguera. «Las llamas subían tan altas que, según se supo después, se veían á cuatro leguas y más de distancia. Así, no será exajerado decir que llegaron á iluminar toda la ciudad, extendiendo los recelos hasta los parajes más distantes las chispas y materias encendidas que llevaba el aire; y esto, junto al toque incesante de campanas, atraía al Coso un gran número de pueblo de todas clases que pocas veces se ha visto mayor. El ansia de socorrer cada uno á las personas que le interesaban era causa de que quantas calles guían á la del Coso estuvieran inundadas, no solo de los que venían á ella á buscar su desengaño, sino de los que ya se retiraban llorando su desgracia.» (2)

Algunos hombres arrojados llegaron con escaleras de mano á penetrar en los corredores; pero después de lanzar por los balcones, aun á riesgo de estrellarlas, á varias personas que hallaron cerca de ellos, tuvieron que retroceder, por ser imposible caminar en medio de aquel horno y por aquellos pisos que se hundían con estrépito á cada momento.

Entre tanto, en el Hospital se trabajaba por salvar á los enfermos, llenos de tal pánico que «unos tapados con la manta huían, otros temerosos de perder el tiempo marchaban sin ese abrigo, y aquellos á quienes su dolencia no les permitía el poderse mover, clamaban y pedían socorro.» Pudieron salir todos y pudo atajarse el incendio por esta parte.

No así en el teatro que se consumía con rapidez; y cuando las llamas lo permitieron, fueron extrayéndose los cadáveres y depositándose en la acera del Coso, donde se verificaban los reconocimientos, en medio de gritos, sollozos y desmayos; causa á su vez de nuevos inconvenientes, pues, como dice el autor citado, «el dolor se hizo tan universal, que ni las boticas eran bastantes para proveer de remedios, ni se encontraban médicos, cirujanos, ni sangradores que acudieran á tantas partes.» (3)

Antes de esto ocurrió un nuevo incidente que causó nueva alarma al espantado pueblo zaragozano en aquella fatal y larguísima noche del 12 de Noviembre. Transcurrida ya la primera mitad y después de seis mortales horas de esfuerzos desesperados, se habían ido recogiendo los vecinos; y «viéndose que el fuego quedaba reducido solamente al recinto del Teatro, de donde probablemente no podían proceder consecuencias algunas fatales, se seña-



(1) *Relación histórica de los sucesos ocurridos en Zaragoza con motivo del incendio de su Coliseo en la noche del doce de Noviembre de 1778. Escrita sobre documentos auténticos y noticias fidedignas, de orden de la Ilustrisima ciudad, por su coronista D. Thomas Sebastián y Latre... Zaragoza, año 1779. En la Imprenta de Francisco Moreno.* 4.º, 92 pp. V. p. 6. El autor, que lo es de otros trabajos, especialmente de un *Ensayo sobre el teatro español*, ó sea, refundición del *Parecido* de Moreto y de *Progue y Filomena* de Rojas, se halló presente al incendio y salió maltratado de él, figurando en el número de las víctimas, aunque conservó la vida, que se prolongó aún muchos años. Era aragonés. (V. Latassa, continuado por Gómez Uriel, tomo 3.º, p. 178.)

(2) Id. p. 25.

(3) Id. p. 32.



laron los ministros, soldados, trabajadores y demás personas que consideraron precisas para acudir á la menor novedad. Estaba ya toda la ciudad en un profundo silencio, unos llorando en lo interior de sus casas su triste suerte y otros descansando de las fatigas padecidas, cuando entre tres y quatro de la mañana se advirtió prendido otra vez el fuego en el Hospital; y aunque los albañiles que se quedaron de prevención estuvieron prontos para atajarlo, les faltaba gente que ayudase á los trabajos, pues el cansancio la había obligado á retirarse.» El Corregidor mandó avisar al pueblo por medio de pregón. «La voz de la trompeta á una hora tan desusada, en que todos estaban atemorizados, despertó el dolor de los que reposaban y aumentó el de los que se hallaban despiertos; pero se logró el fin, porque concurrieron muchas gentes y se atajó el fuego.» (1)

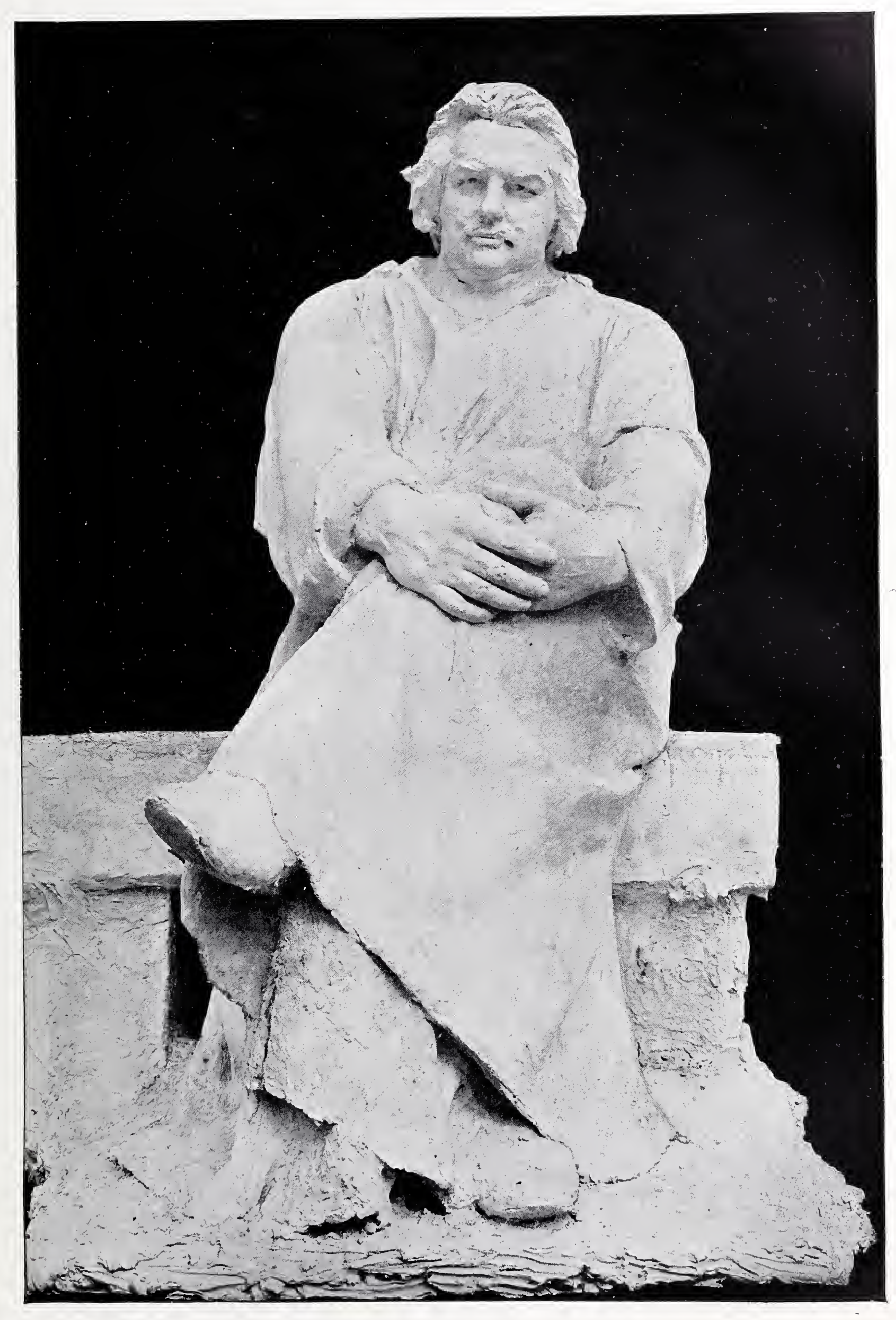
Por una extraña coincidencia, al día siguiente, viernes 13, debían de ser ajusticiados dos reos de muerte que desde el 11 estaban en capilla; y el Regente de la Audien-

(1) Id. p. 37.

EN EL BAÑO.—POR A. CALBET. (E. F.) F.



BALZAC.—ESTATUA POR RODIN. (E. F.) F.



BALZAC.—ESTATUA POR FALGUIÈRE. (E. F.) F.



G. CLAIRIN.—LA PARTIDA DE LOS RECLUTAS. EGIPTO. (N. D.) F.



cia suspendió la ejecución, para no añadir este nuevo horror á los padecidos. El rey conmutó después la pena de los reos.

Derribóse desde la mañana del 13 el edificio y todavía se hallaron entre los escombros «algunos cadáveres, pero tan destruídos por el fuego, que nadie los conocía. De los heridos y maltratados también murieron después la mayor parte, á causa de lo maligno de las quemaduras. Entre ellos fué la más señalada víctima el Capitán general de Aragón, D. Antonio Manso Maldonado, que aun que fué sacado con vida del incendio, falleció tres días después. Sucumbieron también la hija primogénita del Barón de Purroy, el Secretario del Ayuntamiento de Zaragoza, uno ó dos canónigos y otras muchas personas de significación y especialmente mujeres. Casa hubo en las que faltaron cuatro, en otras dos: madre é hija, etc.

Hecho el recuento de los muertos se halló que habían fallecido la noche del incendio y en él, 60 personas: 44 mujeres y 16 hombres; en los días siguientes fallecieron también 17 personas, de ellas 4 mujeres y fueron heridos y lesionados otros 52 individuos. Total 129 víctimas.

La *Gaceta de Madrid* del 24 de Noviembre, trajo una extensa relación del incendio del teatro; antes había cundido la noticia por toda la Península y en Salamanca el después famoso D. José Iglesias de la Casa, compuso á tan triste asunto una larga poesía titulada *Llanto de Zaragoza,* que por cierto no figura en las colecciones de versos del popular epigramático castellano. (1)

Aunque no desprovista de mérito, esta composición se resiente de ser algo afectada y demasiado visibles las imitaciones de Jeremías, Fr. Luis de León y Rodrigo Caro. He aquí algunos ejemplos que se advierten ya en el principio que es así:

¡ Qué triste y angustiada
La ciudad imperial de Zaragoza,
Que tanta preeminencia entre otras goza;
Como viuda se ve desolada,
En lágrimas bañada,
De conorte y solaz toda desierta !

Véanse ahora algunas reminiscencias de la *Profecía del Tajo*:

Estábase alegrando
El pueblo en el profano Coliseo,
La música escuchando
Del ciego Amor, del fabuloso Orfeo,
Y Dios, á cuyo mando
La máquina del cielo se estremece
Y el no ser le obedece,
Llamó al fuego y mandóle
Que á la ciudad castigue
Y que con su furor los amedrente...
¡ Ay esa tu alegría,
Esa fábula, oh pueblo, esa corea
Que vistes en mal día,
Que lloro que acarrea
Á toda esa ciudad ¡ ay cuán amargo
Para tus hijos, cuán pesado y largo !

Tócale luego el turno á la *Canción á las ruinas de Itálica*:

¡Oh cómo ya en la loca y profanada
Casa del Coliseo
El gran pueblo no veo
Con música acordada !
¿ Dónde están los celajes
De transparente viso y aparato;
Los dorados ropajes
Que imitan del pavón el rico boato ?
¿ Dó las aclamaciones
Que al diestro histrión hacían
Y las palmas batían
Y con júbilo en cerco le voceaban ?
¿ Dónde la blanca tez de sus doncellas
El gallardo esplendor de sus garzones,
El placer dellos y el contento de ellas ?

(1) *Llanto de Zaragoza. Elegías al incendio de el Coliseo de esta ciudad en 12 de Noviembre de 1778. Por D. Joseph Iglesias de la Casa... En Salamanca, en la Oficina de la Santa Cruz, por Domingo Casero.* 4.º, XXIV pp. numeradas y dos más de portada y dedicatoria á D. Diego Fernández de Córdoba. Está firmada á 8 de Enero de 1779. Son en todo cuatro *elegías* en silva.

De nuevo en la *Elegía III*, se acuerda de la *Lamentación* del profeta:

¡Quién á mis ojos diera
De lágrimas dos fuentes inmortales,
Y en mi cabeza hiciera
De amargos ríos urnas manantiales,
Para llorar los males
Que esta ciudad padece...
La su voz así suena
Como en el otro mundo,
Y sale su palabra
Cual de pozo profundo,
Y á los que mira en cerco peregrinos
Así dice, anegándose en su pena: —
¡Oh vosotros que vais por los caminos,
Atended y mirad si habéis hallado
Dolor que á mi dolor haya igualado!

La *Elegía IV* empieza con esta doble reminiscencia de Caro y Garcilaso:

Estas ¡ay! ¡oh naciones peregrinas!
Reliquias que aquí veis; este abrasado
Edificio; estas ruínas;
Vigas desmanteladas
Y piedras desgajadas,
Que un tiempo fueron patios del contento,
De zueco vil moradas,
Hoy con memorias del mayor tormento,
Por nuestro mal halladas
Prendas que al pueblo ser les parecía
Dulces y alegres cuando Dios quería.

Y, por último, vuelve á recordarse á Rodrigo Caro, en los versos al final de la obra:

Ved míseros despojos
De su rica estructura,
Del oro hechizador y la pintura
Ruina triste á los ojos,
De máquinas al viento levadizas
Volar negras cenizas,
De dulces instrumentos
Solo quedaron ecos funerales;
De sus gradas y asientos
Apenas hay señales;
De la que le llenó bizarra gente
Lastimosas exequias solamente.

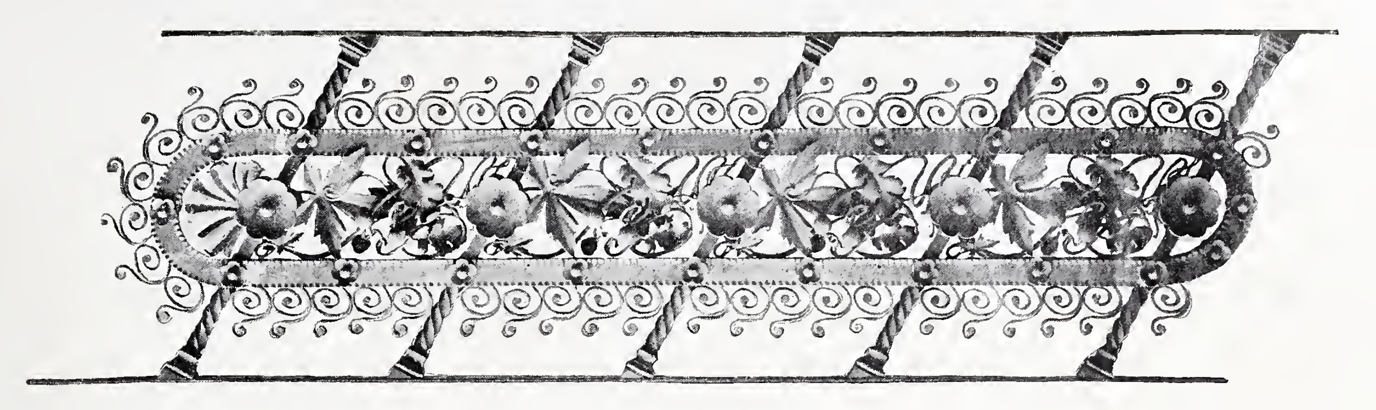
Como era de esperar, los enemigos de las representaciones dramáticas no desperdiciaron esta ocasión de conseguir su exterminio y lograron que en Valencia y en algunas ciudades de Andalucia cesasen las comedias. Sevilla hacía ya cuatro años que carecía de ellas y la prohibición duró hasta 1795. Pero como es natural, las consecuencias fueron más palpables en la misma Zaragoza. «Los clamores repetidos de un considerable número de personas graves y timoratas contra las representaciones teatrales y la súplica formal de los Síndicos, general y personero, para que se hiciera voto de no admitirlas jamás, precisaron al ilustrísimo Ayuntamiento á poner en noticia del Rey, que en atención á los estragos sucedidos y á otras causas que expusieron, había resuelto de votos conforme no permitir ahora, ni en tiempo alguno, diversiones de teatro; pero que por la dificultad de la materia, suspendía el obligarse á ello mediante voto; y para que este acuerdo tuviera la solemnidad y firmeza necesaria pidió al Rey su soberana aprobación. Este pensamiento lo consideró S. M. prudente y piadoso, en tanto grado que lo aprobó en todas su partes, añadiendo que en adelante no se permitan comedias, óperas ni función alguna teatral sin preceder real licencia.» (1)

Mas aunque al principio se ordenó á la Junta del Hospital y Ayuntamiento que «ni aún se detenga en su imaginación el pensamiento de reedificar teatro de comedias», y que «Su Majestad no quiere ni permite se reedifique el teatro ni que sirva el terreno para semejante uso», con otras prevenciones no menos severas, es lo cierto que dos años después ya se representaba en Zaragoza. La limosna voluntaria, con que se había intentado suplir la renta que producían las comedias, no daba resultados; los enfermos del hospital necesitaban la farándula para vivir, y así, con el pretexto de arbitrar recursos para ellos, fueron continuándose las representaciones que el pueblo también deseaba.

Emilio Cotarelo

(1) Sebastián y Latre. *Relación histórica*, pp. 65 y 66.

Fundición de Masriera y Campins



EL CONOCIDO PUBLICISTA...

Cuando el reporter Cerezuela llegó á la redacción y soltó á sus compañeros gacetilleros la gran noticia, exclamando con agridulce acento: —¿Sabéis quién acaba de morir...? Pues, Don Jerónimo Pérez Canto, el *conocido publicista...* — todos los chicos se quedaron turulatos, reflejándose en su rostro un extraño sentimiento que, por una parte tenía bastante de desahogo, y, por otra, algo de consternación.

Lo complicado del sentimiento se explicaba, con todo, con facilidad, pues si bien aquel fallecimiento les quitaba de encima un solemnísimo moscón, también les hacía perder un parroquiano, tanto más querido cuanto era de los que más contribuían, con sus bombos y reclamos, á justificar su modestísimo sueldo de gacetillero en el presupuesto del periódico.

Porque, lo que decían los muchachos con grandísima razón: —¿Qué va á ser de la crónica local, y por consiguiente de nosotros, el día que se nos acaben los secretarios perpétuos, los presidentes universales, los conocidos publicistas, los aplaudidos tenores y demás abonados á gacetilla diaria ó, por lo menos, á turno impar?

No, y lo que es Don Jerónimo, hay que hacerle esta justicia póstuma, era el abonado más constante, más asiduo y más metódico entre todos sus cofrades de reclamo. Por si entraba ó si salía, por si hacía ó si dejaba de hacer, ya estaba el hombre circulando á todas las redacciones sus tarjetas, sus cartitas, sus B. L. M. en los que participaba al Sr. Director «del periódico que tan dignamente, &.» su salida para tal punto ó su feliz regreso, junto con otras circuntancias, no menos interesantes, de la vida particular.

Que iba á baños nuestro personaje... Pues al otro día ya salían sueltos del tenor siguiente en todas las crónicas locales: «Algo quebrantado en su salud, ayer salió para el balneario de Aguas Sosas, el conocido publicista Don Jerónimo López Canto. Le deseamos un pronto alivio á sus dolencias.»

Que volvía, un lunes, de su termal excursión... Pues, el martes, gacetilla al canto: «De regreso de Aguas Sosas, donde ha repuesto un tanto su quebrantada salud, ayer llegó á esta capital el conocido publicista Don Jerónimo López Canto. Nos alegramos de su restablecimiento.»

Que le nacía un hijo... pues, gacetilla de felicitación; que el hijo se le moría... pues, gacetilla de pésame, naturalmente, acompañando siempre al nombre del padre afligido, ó dichoso, la sempiterna muletilla de conocido publicista.

— Pero... ¿de qué demontres será publicista ese señor tan conocido y tan traído y llevado por las gacetas? — se preguntó un día para sus adentros, un sujeto chismoso, á quien se le había subido á las narices la machacona cantinela. Y el chismoso se dió á indagar, y como nada hay que escape á la humana perquisición, conforme reza el Manual del Perfecto Investigador, llegó un día á averiguar que, realmente, allá, en los tiempos felices de su segunda juventud, había Don Jerónimo publicado un opúsculo, su obra única en verdad, pero no, por unigénita, menos real y positiva.

El opúsculo se titulaba sencillamente:

De la Cerámica en general
y de los platos de Alcora en particular

Proceso histórico-crítico de la loza fina, desde el azulejo asirio hasta la vajilla de nuestros días.

Conferencia dada, el día 3 de Diciembre de 18..., en el Centro de las Artes de la Alfarería.

Si el anunciado era kilométrico, la conferencia era cortita. Todo lo que el autor había despilfarrado en título, lo economizaba en texto. Solo en 8 páginas de un format en 8.º «condensaba» Don Jerónimo noticias y opiniones so-

bre la Cerámica, que coincidían maravillosamente con las que daban anónimos autores en robadas enciclopedias.

Desde aquel parto cerámico, Don Jerónimo empezó á ser el *conocido publicista*. Bastó que á un gacetillero amigo se le ocurriese la fórmula, para que ésta se propagase como mancha de aceite por los papeles públicos de la capital. Ser inofesivo como pocos, persona humilde y servicial, sin conocer el lujo de tener enemigos ni adversarios, nuestro hombre no halló resistencias en parte alguna, para la difusión gacetillesca de su fama. Por obra y gracia de la tijera, el suelto del amigo saltó de las columnas de un diario á las de otro diario con vertiginosa rapidez, y del mismo modo que la sombra sigue al cuerpo, desde aquel punto el calificativo de conocido publicista anduvo pegado, cosido, atornillado al nombre de Don Jerónimo, por siempre jamás amen.

Hacer que las noticias menudearan, eso corría de cuenta del interesado.

Con escribir puntualmente á los queridos directores, participándoles un día si y otro también, todas las entradas y salidas, los viajes y residencias, los natalicios de los hijos, sus primeras comuniones, sus graduaciones de bachiller, de licenciado ó de doctor, los casamientos, enfermedades ó defunciones ocurridas en la familia, las tomas de posesión y las dimisiones de cargo, los ascensos en la carrera y los cambios de domicilio... ya estaba el hombre al cabo de la calle.

Cuando de sobreparto se le murió su señora, con tanto escribir y mandar gacetillas suplicadas, apenas si le quedó tiempo para llorarla. Aquella «irreparable pérdida» que para cualquier otro mortal solo hubiera sido origen de infinitas angustias, para él, aparte siempre el natural dolor, fué un manantial inagotable de las más puras satisfacciones.

Temprano amaneció el gacetilleo en los diarios de todos matices: «Sabemos que está enferma, aunque no de cuidado por fortuna, la esposa del cono...» «Tenemos noticia de que se ha agravado en su dolencia, la señora del cono...» «Felizmente ha sobrevenido algun alivio en la enfermedad que padece, la señora del conoci...» «Ha vuelto á recaer la esposa del cono...» «Ayer fué viaticada la...» «Tenemos el sentimiento de participar á nuestros lectores que anoche, á eso de las once, pasó á mejor vida la virtuosa esposa de nuestro amigo el conocido...» «Acompañada de un distinguido cortejo, fué ayer conducida á la última morada la que en vida fué esposa del conocido, &.»

¡Ay, cómo endulzó Don Jerónimo las primeras horas de su melancólica viudez, con la lectura de aquellas gacetillas debidas á su propia inspiración! ¡Con qué sibarítico deleite las recortaba de los periódicos, segun su costumbre de toda la vida, y las pegaba cuidadosamente una á una en las páginas de un album infoleo que, además de libro de honor de una existencia consagrada al auto-reclamo, era también circunstanciado registro de una carrera que podía contarse entre las más expeditivas y aprovechadas!

Porque, en buena hora se diga y Dios le premie tal virtud: Don Jerónimo no pertenecía al número de estos hombres vanidosos, literatos, artistas ó poetas, que todo lo sacrifican á la bambolla del mundo y al bullicio de la fama. Humilde de suyo, siempre pensó que no era conducta sensata, ni cristiana siquiera, desperdiciar los frutos que fácilmente podían sacarse de un renombre que se le había caído encima, sin comerlo ni beberlo, como quien dice. Orgullos á un lado, procuró dar á su impensada fama útiles aplicaciones, y sin despreciar del todo el ruído de la gloria, cosechó modestamente las nueces positivas del provecho.

—¿No soy el publicista de todos conocido?—monologaba el hombre con lógica irrebatible — Pues... ¿qué menos pueden hacer los contemporáneos que ayudar al bienestar y al confort de sus celebridades? ¿Á qué chupar de continuo en los generosos pechos de la prensa periódica, sino se ha de engordar con la lactancia?

Y el hijo de la gacetilla creció, prosperó, subió, siempre al arrimo de aquella madre cariñosa que se había empeñado en hacerle hombre, en improvisarle personaje, en imponerle al respeto de la bonachona multitud. Tras de los cargos honoríficos — léase gratuitos—vinieron las prebendas retribuidas. Primero fué nombrado secretario de «Los Estudios Estéticos», después, presidente de las «Artes de la Alfarería», pero un día amaneció profesor de Cerámica de la Escuela de Artes y Oficios, y anocheció, una tarde, Inspector especial ó cosa así del ramo de Instrucción pública. Y... senador vitalicio y director general y archipámpano de las Indias... hubiera nuestro hombre llegado á ser, á no interponerse la muerte en su triunfal camino.

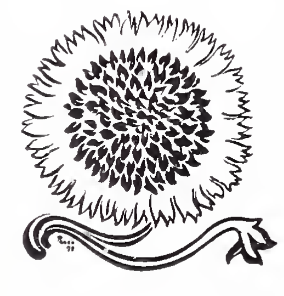
. . . .

Con más ó menos presición, muchas de estas reflexiones se agolpaban al magín de los chicos gacetilleros, mientras el reporter Cerezuela redactaba por su propia mano el suelto de defunción del malogrado Don Jerónimo.

—¿Queréis que os lo lea?—dijo el reporter á sus compañeros, una vez terminado.—Nada menos que un suelto largo y con epígrafe... Tal como le gustaban al difunto, tal como los obtuvo contadas veces, en los días de mayor solemnidad! ¡Con qué gusto se relamería el pobre, si pudiese leerlo! Por un bombo como este... hasta daría la muerte por bien empleada. Pero, ¿qué menos se puede hacer? Este es el último, el que cierra la lista de los miles que le hemos tributado... ¡Oid! «Con la pena más honda y más sincera, tenemos que comunicar á nuestros lectores el sensible fallecimiento de un hombre ilustre, que va á dejar un inmenso vacío en el estudio de las artes industriales en general y en el de la Cerámica en particular, á cuya difusión había dedicado sus excepcionales conocimientos y una existencia en extremo laboriosa. Hoy, á las primeras horas de la madrugada, ha fallecido repentinamente en esta capital, el conocido publicista...»

Pero no pudo continuar la lectura, porque todos los chicos se echaron á reir...

R. Casellas



EL DERRIBO DE LA BASTILLA

La fiesta nacional de Francia, celebrada hace pocos días, trae á la memoria el asalto y toma de la Bastilla por el pueblo, el 14 de Julio de 1789. Dicha fiesta es la conmemoración de este hecho de armas que inició la famosa revolución francesa.

Desde aquel día se procedió con actividad al derribo de la odiada fortaleza. El mismo día 14 de Julio el patriota Palloy, maestro albañil, instaló en ella á su dependiente Houette, y al siguiente llevaba á todos sus obreros á la Bastilla y daba principio á su demolición.

El 16 de Julio habían desaparecido ya los parapetos y una parte de las almenas. En breve Palloy recibió de la Comisión permanente de la Casa de la Ciudad, la autorización de continuar el derribo mediante el pago de 26800 libras. Ochocientos obreros se ocuparon en el derribo; mientras que una numerosa brigada labraba los materiales que se extraían de mil modos, para darles más fácil salida, tanto en forma de sillares, enviados para la reconstrucción del puente de la Concordia, como en la de recuerdos patrióticos, ideados por el ingenioso Palloy. Con el plomo se acuñaron medallas conmemorativas; con el hierro se fabricaron picas; con el marmol se hicieron fichas de dominó y con los registros, juegos de naipes. Todo ello se enviaba á los aficionados de provincias y el patriota Palloy, que ponía su nombre en todas estas obras, recogió una verdadera fortuna.

El derribo de la Bastilla no quedó terminado hasta 1792.

LAS AVES COLECCIONISTAS

La manía de las colecciones, tan difundida en la especie humana, es rara en los mamíferos, pero en algunas especies de aves tiene algo de innata. Nadie ignora, por ejemplo, lo que hacen las urracas, pero no son ellas únicamente las que tienen la pasión del saqueo.

Por ejemplo, el *Anomalocorax splendens*, especie de cuervo de la India, en cuyas grandes ciudades abunda, es un ladrón tan endiablado como la urraca. No tan solo se apodera de las materias que le sirven de alimento, sino que lleva á su nido toda una colección de objetos que no le sirven para nada. El naturalista inglés Jerdon cuenta que cerca de cada pueblo y hasta de cada casa, se encuentra gran número de anomalocorax aguardando una ocasión favorable para robar. Nada hay seguro con ellos; y si se deja en una ventana abierta el contenido de una cestita de labor, guantes, pañuelos, etc., todo desaparece inmediatamente. Abren los paquetes, hasta los que están atados, para ver lo que contienen, y Tennent asegura que para ejecutar sus hurtos, quitan hasta los clavos. Varias personas reunidas en un jardín se asustaron al ver caer de los aires entre ellas, un cuchillo ensangrentado. Pronto se aclaró el misterio: era que un anomalocorax había espiado al cocinero, y aprovechado un momento favorable para escamotearle su cuchillo.

Los tilonorincos son más eclécticos en su elección. Los objetos que roban están destinados evidentemente á realzar el adorno de sus curiosos nidos de recreo, tanto por dentro como por fuera. Gould refiere que el ave amontona allí los objetos de color brillante que puede recoger, como plumas de la cola de los loros, conchas, piedrecillas, huesos blanqueados, etc. Hay ciertas plumas que cuidan de entrelazar en la armazón del nido; otras, mezcladas con los huesos y las conchas, llenan la entrada. La inclinación natural de estas aves á recoger todo lo que les parece conveniente es tan conocida de los naturales, que cuando les falta algún objeto menudo, por ejemplo un amuleto ó una pipa, buscan los nidos de tilonorinco casi en la seguridad de que lo encontrarán en ellos.

Otra ave, el clamidero manchado, se construye también nidos de recreo, que parecen chozas. En el centro de cada uno, á la entrada del pórtico, se eleva una inmensa colección de materiales de toda clase que sirven para adornar el sitio: son conchas, guijas, plumas, cráneos y huesos de pequeños mamíferos, etc. Los pequeños arquitectos no pueden proporcionarse las conchas y las piedrecillas redondas que emplean sino á orillas de las corrientes, y si se tiene en cuenta que sus viviendas están situadas á menudo á considerable distancia de los ríos, se ve cuantos esfuerzos y trabajos requieren sus colecciones. Como los clamideros se alimentan casi exclusivamente de semillas y frutas, es evidente que las conchas y los huesos no pueden haberlos recogido sino para servir de adorno á sus edificios.

Vese que las dos especies precedentes prefieren los objetos de origen animal. Pero para que haya para todos los gustos, la naturaleza ha creado el ambliornis de Nueva Guinea, ave que colecciona materiales de origen vegetal. Delante de su puerta establece un bonito prado hecho de musgo cuidadosamente recogido y que va á buscar, tallo por tallo, á cierta distancia, limpiándolos con el pico, de todo cuerpo extraño. Sobre esta alfombra de verdor, el ave siembra frutos morados de garcinia y flores de vaccinio que coge en las cercanías y que tiene cuidado de renovar tan luego como están marchitos: este adorno tiene cierta analogía con esas «jardineras» que las amas de casa ponen en sus mesas en los días de gran comida. El ambliornis merece el nombre de *pájaro jardinero* que le dan los cazadores malayos.

SENTENCIA JURÍDICA CURIOSA

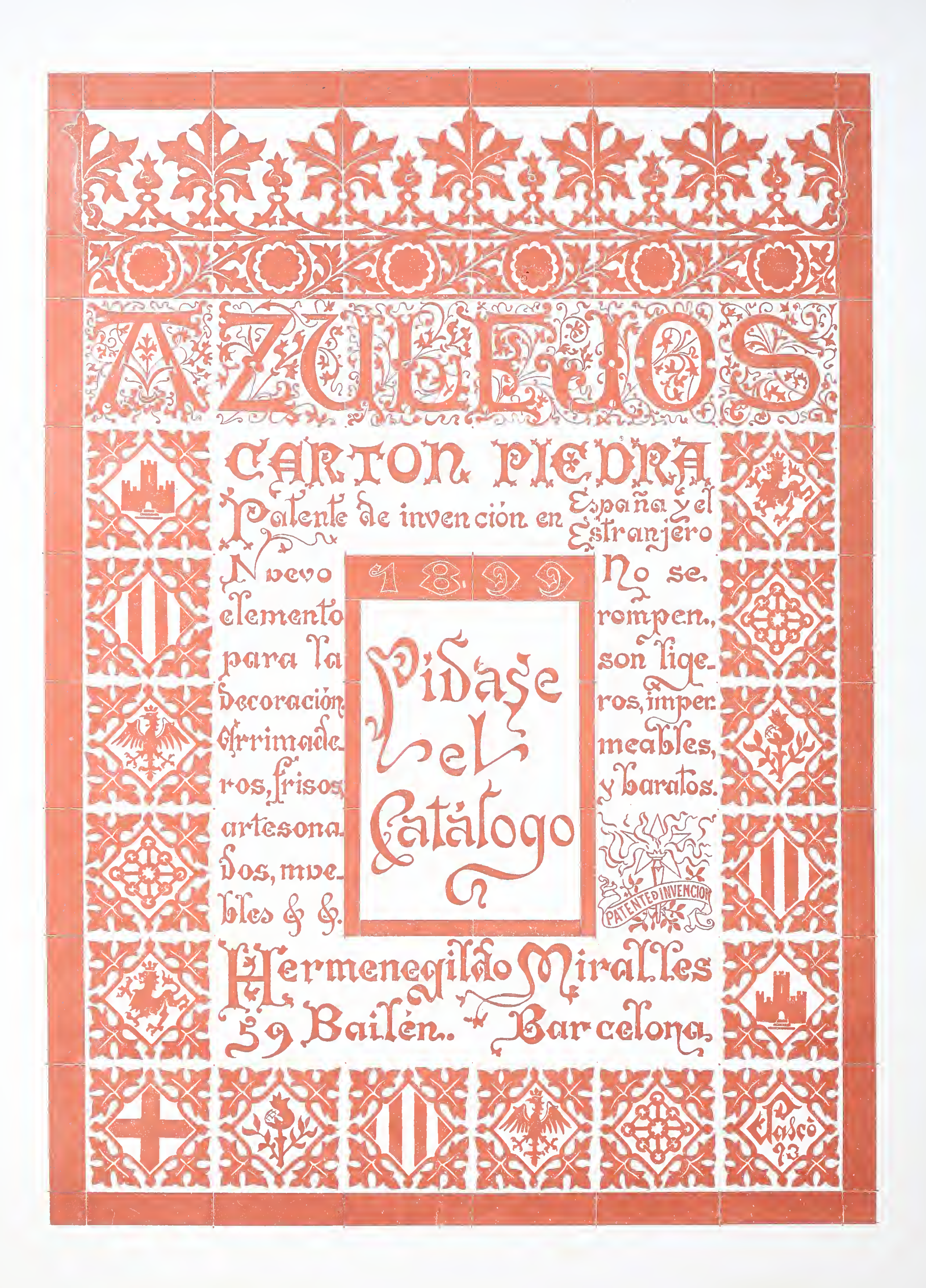
La Audiencia de Leipzig acaba de dar una sentencia tan notable por sus considerandos como por las consecuencias extraordinarias que se deducirán de ella.

El juzgado de Elberfeld condenó en el mes de Diciembre último á dos electricistas que habían unido clandestinamente un hilo al cable general de la luz eléctrica y utilizaban la electricidad por este medio sin necesidad de satisfacer ni un céntimo á la Compañía.

La Audiencia ha anulado la sentencia por los siguientes motivos. La naturaleza de la electricidad es desconocida de los sabios; cuando hablamos de corriente eléctrica, la palabra corriente no se usa más que en sentido figurado. La sustancia de la electricidad no ha sido suficientemente definida por la ciencia.

Para que haya robo es necesario que haya sido robado un objeto material, tal como un acumulador, un hilo, etc. Pero el tribunal, en el estado actual de la ciencia, no puede considerar la electricidad más que como una *energía*, y no considera el hecho de hurtarla más criminal que si se tratase de un olor, del aire ó de un sonido.

En su consecuencia, son absueltos los dos procesados y declarada nula la sentencia del tribunal inferior, que les condenaba á sufrir determinado tiempo de cárcel.



Papel de los Sucésores de Torras hermanos

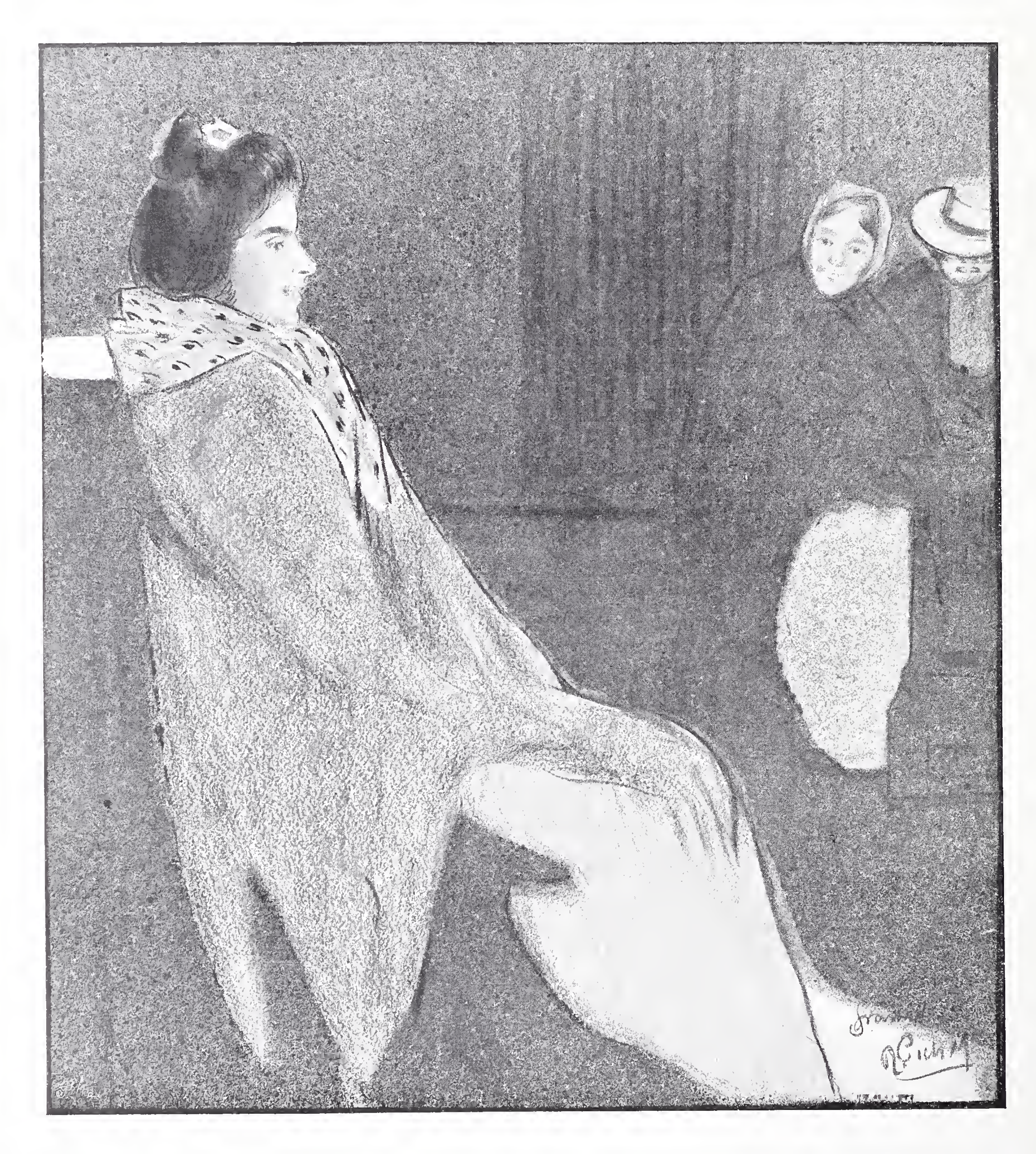
Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª



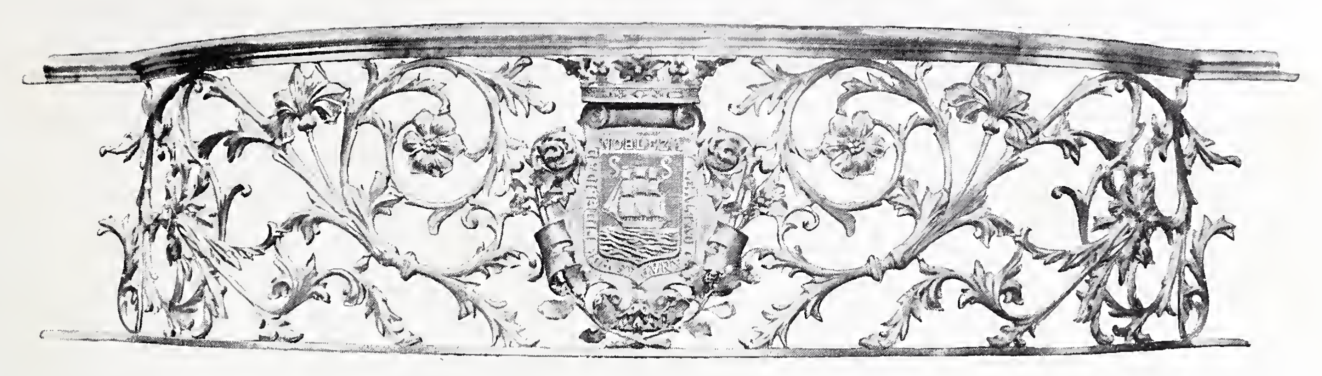
º 13. - 30 AGOSTO 1899 HERMENEGILDO MI

SUMARIO

Portada, por *R. Lorenzale.*— Granadina, por *R. Pichot.*— Moreno, el de Zalamea, por *Blanca de los Ríos de Lampérez;* ilustración de *G. Bilbao.*— Bretones orando, por *E. Buland.*— La Naturaleza descubriéndose, por *E. Barrias.*— El Perdón, por *E. Dubois.*— Estudio, por *A. J. Chantrón.*— Tirititainas paremiológico - musicales, por *F. P.* — ¡ Naturalmente ! y ¡ Esta es !, por *Pedro Gay.* — Variedades.



R. PICHOT.— GRANADINA



Fundición de Masriera y Campins

MORENO, EL DE ZALAMEA

En el sosegado curso de aquella metódica é inalterable vida de la casa de mis abuelos, donde por mitad imperaban el más estrecho orden y observancia religiosa, casi monástica, y la más rigurosa etiqueta, producíase, de vez en cuando, una brusca y enorme desviación, un cambio tan insólito é increible, como si la casa se volcase de improviso, techo abajo y cimientos arriba.

Era el caso, que en aquella ordenadísima y pulcra mesa del comedor de mis abuelos, donde por altos respetos á las reglas de urbanidad y á la blancura de los manteles, no se nos consentía á los niños, no ya comer *con los mayores*, pero ni poner las manos pecadoras que solían escarbar en la tierra de las macetas y acariciar á los gatos, en aquella misma inaccesible y veneranda mesa, regalábase con frecuencia un rústico, un campesino, un patán, — ¡así como suena! — el cual, tan pronto como sentaba las valientes y peludas zarpas sobre los manteles, daba al traste con la blancura de ellos y con todas las pragmáticas de urbanidad y buena crianza habidas y por haber.

Y esta singular perturbación del orden doméstico fué sin duda el motivo de que en mi imaginación infantil se grabase con trazos indelebles la imagen vigorosa del perturbador; porque empeñada mi curiosidad en buscar en su rústica persona cualidades que justificasen el inusitado honor que mis parientes le otorgaban, díme á estudiar y á desmenuzar con los ojos, tan insistentemente, aquella figura, que me la aprendí de memoria, y con tal ahinco, que en la memoria la tengo y la tendré siempre esculpida en alto relieve, como en el más duro bronce.

Desde que, al apearse del sardesco macho que arrendaba á los hierros de una ventana baja, tiraba enérgicamente de la campanilla de la *reja*, vibraba la casa con el alborozo, ruído y animación, que por toda ella difundía su presencia. Al cruzar el patio, las escaleras falsas y ambas cocinas (baja y alta) iba derramando su largueza y jovialidad en cigarros para el mozo y en saludos y piropos, de buena ley, repartidos entre las sirvientas estables y las *allegadizas*, que tanto abundaban en aquella patriarcal vivienda andaluza.

Cuando su voluminosa persona y adherentes *atracaban* á la puerta del comedor, que era estrecha y baja, nos quedábamos á obscuras los de adentro.

— ¡Dios guarde á ustés! — Saludaba el rústico, desalojándose bruscamente de las alforjas, del capote y del fieltro, y entregando á la doncella el acostumbrado regalito, consistente, según la estación, en un puchero de sabroso *dulce de vendimia* (arrope) ó en una cesta de almibarados *damascos* (albaricoques); ó de ambarinas uvas cubierta con anchas hojas de parra ó de higuera, que caldeadas por el sol, trascendían á sávia fresca, con cuyo aroma y con el intenso de la fruta sazonada y el husmillo á caballeriza que la montura comunicaba al jinete, llenábase la pulcra estancia de ácres emanaciones campestres, á las cuales se sumaba, desagradablemente, el tufo al humazo de tabaco de que estaban impregnadas las ropas de Moreno, que así se apellidaba nuestro honrado huesped.

El cual, una vez libre del capotón y del sombrerazo, mostraba haber sido todo *un real mozo* — porque ya pasaba de los cincuenta—y ser todavía colorado y sano, como pero rondeño, limpio como el oro, derecho como un huso, recio como una encina y arrogante como un atleta.

Tenía el magnífico y robusto tipo romano, cabeza pequeña, soberanamente plantada sobre torso agigantado y brioso. Y de su alma rebosaban la misma buena salud, placidez y hermosura que resplandecían en su cuerpo.

Era digno compatriota del más admirable de los personajes calderonianos, y por serlo, le apellidábamos invariablemente, *Moreno, el de Zalamea*, sin que llegase nunca á mi noticia su nombre de pila.



— ¿ Conque paisano del *Alcalde de Zalamea*, eh ? — preguntóle un día mi padre, en tono halagüeño, y el buen hombre respondió candorosamente:

— No zeñó, hogaño l'arcarde é foraztero.

Ni sospechaba la existencia de *Pedro Crespo*, y sin embargo, ¡se le parecía tanto! Mientras almorzaba, engullendo el par de huevos con chorizos, ó sorbiendo del tazón de café con leche, no cesaba de hablar de *aransás* de olivos ó de *pan llevar*, de *garrotales* ó *estacás*, de la *simentera*, de la *cogía* y la molienda; del *ajorro* y del atraso, de la *contribusión*, del *cabirdo* (ayuntamiento); de *hipotecas, pagarés* y *desahucios*, con otras cosas de ese jaez, que para nosotros los niños era letra muerta y monserga insoportable.

Pero al andar de los años y al despertar de la reflexión, fuí yo advirtiendo en el buen Moreno cualidades que, poco á poco, me iban explicando la honrosa acogida que le dispensaban mis mayores.

Había en las groseras delicadezas — no hallo expresión más cabal — en el rumboso desprendimiento, en la pura jovialidad, en el sano y comedido lenguaje, en la bizarra apostura, en el justo y recto pensar y en el siempre hidalgo proceder de aquel palurdo, una levadura tan fuerte y tan castiza de nobleza y caballerosidad, una tan alta y tan íntima distinción, aristocracia y señorío del alma, que rústico y todo, ganas daban de vestirle una toga ó de colgarle una excelencia.

Nada, que aquel hombre parecía vaciado en la misma turquesa que el insigne *Pedro Crespo*. ¡ Y harto lo demostró !

* * *

Los viajes de Moreno á Sevilla no guardaban periodicidad alguna, si no era en los dos términos críticos del año económico-rural, *por San Juan* y *por San Miguel*, en los cuales su llegada era fija, como la del sol en cada día.

Desde tiempo inmemorial, tenía el buen hombre en arrendamiento una casa, un olivar y un molino aceitero, propiedad todo ello de una tía nuestra; y en ambas fechas iba infaliblemente, bien á liquidar los alquileres, bien á pedir ó satisfacer algún adelanto, de los que para ayuda de la siembra ó de la recolección, de muy buena gana le facilitaba mi familia.



Fuera de aquellas épocas, sus visitas no la tenían determinada, si bien solían ser numerosas, por serlo los asuntos que le llevaban á Sevilla.

Pero el año á que me refiero, llegó el día de San Juan, y Moreno, por la primera vez, no acudió á casa de mis abuelos.

— ¡Es extraño! ¿Estará enfermo? Acaso el desembolso que hizo para redimir á su hijo de las quintas le tiene alcanzado de fondos y como es él tan caballero, no pudiendo pagar, no se atreve á presentarse.—Pensó mi familia y temerosa de que se atribuyese á impaciencia interesada el cuidado afectuoso, no intentó inquirir inmediatamente la causa de aquella ausencia.

Pero transcurrió un mes y otro, llegó San Miguel y tampoco apareció Moreno. Entonces, ya la inquietud de mis parientes subió de punto. Escribieron á Zalamea, y no obtuvieron contestación. Preguntaron al aperador del cortijo que unos amigos nuestros tenían en aquel pueblo, y ése respondió que Moreno había estado gravemente enfermo, que tenía grandes penas — no quiso expresar cuáles fuesen; — pero que á pesar de todo ello, sabía por él mismo que no tardaría en parecer por Sevilla.

Y en efecto, una mañana, de las últimas de aquel otoño, y, sin que previamente le anunciase el alegre campanillazo y los bulliciosos saludos de costumbre, apareció Moreno, sin alforjas ni capote ni regalo, y casi sin alientos y sin voz á la puerta del comedor de casa.

Saludó apresuradamente, disculpóse como pudo de la falta del obligado obsequio, arrojó á un rincón el ancho *pavero* y se dejó caer en la silla que acostumbraba ocupar frontera de la puerta. Cuando al darle de lleno la luz, pudimos ver su horrible demacración y rápido envejecimiento, fácilmente adivinamos que el mal que le acababa, más que en el cuerpo, debía residir en el espíritu.

Para disimular la mala impresión todos preguntamos simultáneamente: — ¿ Qué ha sido eso ? ¿ Cómo no ha venido usted ?

— ¡Mírenme á la cara, zeñore! — contestó el labriego amargamente. Y cierto que su aspecto respondía por él con tan dolorosa elocuencia, que nadie se atrevió á articular palabra. Entonces Moreno, dirigiéndose á mi tía, cuyo inquilino era, sacó de la faja unos billetes de Banco, diciendo :

— ¡Ante todo, la obligación religiosa! — Y entregó, casi por fuerza, los billetes á mi conmovida parienta que no osaba recibirlos antes de conocer la situación del fidelísimo arrendatario.

— ¡Ahora — suspiró éste — gracias á Dios, ya nada debo má que mi cuerpo á la tierra que lo *yama* y mi arma ar Señó que la crió !

— ¿Se acuerdan ustede, zeñore — prosiguió rehaciéndose — cuánto me costó *desidíme* á redimí *ar niño* de la quinta? Pó su mare lo jise, que no debiera, y mi corazón que es mú leá m'avisaba que aqueyo no iba erecho. ¿No zerví yo ar Rey y á la patria ¡y á mucha honra! zeñore? ¿Pá qué librá ar zeñorito? Pué... ¡pá su perdisión y la mía!...

Er mu zandio der *zagá* z'enamoriscó de una lambrija, de una cusilona *jambrta*, que porque sirvió á una marquesa z'empeña en arrastrá *faralare* por los terrone de Zalamea. Y como z'enamoró, ze cazó y como — ¡gracias ar mimo de su mare, ese hijo ha salío una *piesa de leva!* — ni er marío ni la mujé servían pá ganá una condená peseta, pero tenían *jumo* é zeñore, que — «Cuando la jormiga se quié perdé — alas le han de nasé.» — ¿Y qué jisieron, zeñorita, si jasta er contálo m'abrasa los labio...! — Aquí, el acongojado padre bajó la voz, y solo pude percibir algunas palabras sueltas: *papeles falsos... chanchullos... escribano... justicia...* y por último, en voz alta: — ¡Vamo que, á *güen componé*, ni un clavo ha queao en mi casa! ¡Y er bribón... er mal'arma é mi Juan... En la carsel, zeñoritos... y por ladrón! ¡Un hijo de este hombre! ¡Era pá matarle! Pero... como es mi hijo y... el único, y tan querío!... Entre matarle ó morirme... ¿qué jase un pare?... Me muero yo, y me muero... de vergüenza, María Santísima!

Y cubriéndose con ambas manos la cara, como si quisiera esconder á todo el mundo su rubor honrado, el gigante de Zalamea lloró como un niño.

De pronto, se levantó, restregóse los ojos y sollozó débilmente: — ¡Toda mi vía trabajando y pá esto!...

Entonces mi tía intentó devolverle sus billetes. El coloso se irguió de súbito y su noble semblante se tornó hosco, duro, casi amenazador: — ¡Eso no, zeñorita! — dijo con muda grandeza: — aun me quean mis mano pá ganáme er bocao de pan que necesite... ya pá mú poco tiempo! — Y recobrando su aspecto de viril resignación:

— He sembrao en mala tierra, es verdad — dijo — pero la cosecha que aquí se perdió... se recogerá ayá arriba!

Tomó el sombrero, revolvió dolorosamente la vista, como si lo contemplara todo por la postrera vez, y acabó por fijar en mi tía, en su señora, como él la llamaba, una mirada al par sostenida y asustadiza, que revelaba algo indefinible, como si el pobre enfermo del alma luchase con un anhelo que no se atreviese á formular.

Por fin, dió un paso hacia su protectora, la miró con expresión suplicante y balbuceó con voz ahogada: — ¡Vaya, por despedía, zeñorita!

Y rápida, furtivamente, como quien comete un delito, le tomó la diestra y se la estrechó llorando y haciéndonos llorar á todos.

Después salió como fugitivo de su audacia y abochornado de su emoción.

* * *

Y en efecto, poco tiempo después, el infeliz padre murió, como había dicho... ¡de vergüenza!

Aquella única familiaridad, aquel increible atrevimiento del pobre campesino, ya decían bien á las claras que despedida tan solemne era la suprema. Solo en tal ocasión hubiera él osado semejante desacato. Y sin embargo su desacato sublime era todo un poema.

Fundición de Masriera y Campins

. . . .

Fundición de Masriera yCampins

Siempre que oigo hablar de socialismo, se me aparece aquel grupo simbólico del labrador y su señora, con las manos asidas y los ojos llenos de lágrimas.

¡Plégue á Dios que no se acaben en España los señores cristianos y los rústicos de la estirpe de los *Crespos* y los *Morenos de Zalamea!*

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ



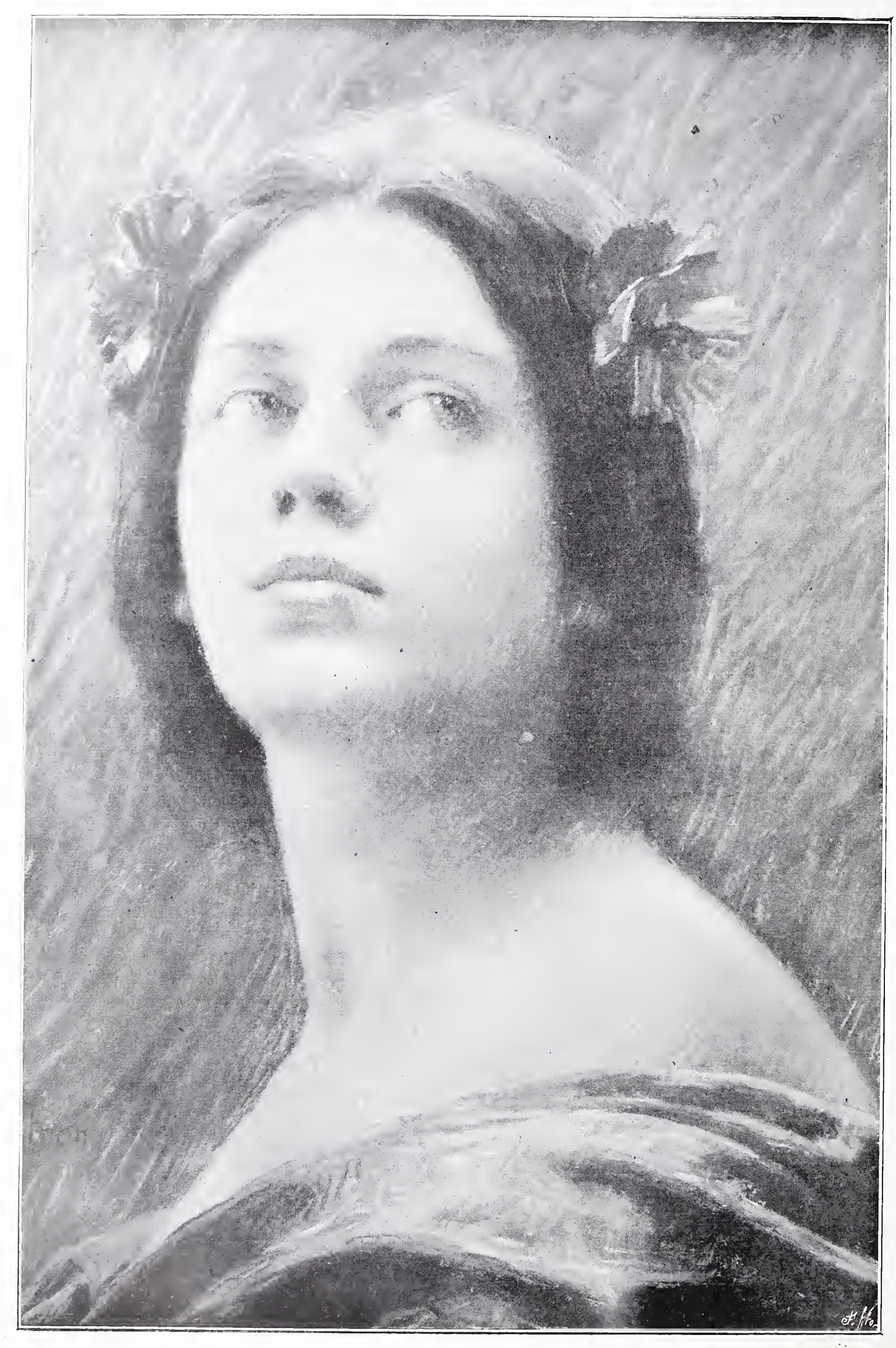
E. BULAND.—BRETONES ORANDO. (N. D. Fot.)



E. BARRIAS.—LA NATURALEZA DESCUBRIÉNDOSE. (E. F. Fot.)



E. DUBOIS.—EL PERDON. (E. F. Fot.)



A. J. CHANTRON.—ESTUDIO. (E. F. Fot.)

Tirititainas Paremiológico-Musicales

EL TENOR

(Para Juan Buscón)

Apártense allá las tiples y las contraltos.

No *rempujen* los barítonos y los bajos.

Cuando se habla de tenores se suprimen las clases y los sexos.

Non si sentono le campane piccole quando suonano le grandi.

Boca abajo todo el mundo.

— «La Música soy yo.»

Ha hablado el tenor, ¡el tenor, la mismísima Música, el rey de los cantantes y de los demás seres no cantantes!

¡Choque esos cinco, cesárea majestad!

Ha hablado el tenor, ¡el tenor, el *amoroso* del mundo de la ópera!

¡Choque, choque, augusta majestad!

El dinamómetro del temperamento del tenor señala la impetuosidad nerviosa, la tirantez de los tendones y de las arterias á punto de estallar, que determinan la vehemencia de los sentimientos vocalmente agudos, estridentes, apasionados, dramáticos y trágicos.

Por esto y otras cosas yo amo á los tenores: tú, lector, también amas á los tenores: en fin, que todos amamos á los tenores.

La voz aguda del *amoroso* acaricia, se ha dicho, y yo no me opongo, porque se confunde con la de la mujer y la del monaguillo ó niño de coro.

Se ha dicho, también, que su voz tiene timbres de bímano felino.

Tampoco me opongo, aunque no me lo explico claramente, porque, en puridad de verdad, no sé qué tienen que ver los gatos con los tenores.

Antes de pasar adelante ¡oh! sí, necesito decir otra vez, que yo amo á los tenores.

Tú, lector, sigue conjugando, pues sé de buena tinta que también amas á los tenores.

La maledicencia se ha cebado en esos acaramelados seres, y ha dicho: *ni hombre tiple, ni mujer bajón.*

Mal dicho.

Maledicencia de maledicencias, todo maledicencia.

Lo mismo que la extraña *jettatura* que padece un amigo mío asegurando que ha de morir á manos de un tenor.

Vamos á ver ¿por qué? ¿por qué ese *arcano* presentimiento?

Esos acaramelados seres no son capaces de esgrimir jamás un puñal homicida. No y mil veces no. Queda esto para los protervos y rencorosos bajos, para las despechadas contraltos, para esos basiliscos humanos que se llaman barítonos.

¡Morir á manos de un tenor!

Oiga mi amigo.

Habría que reformar, hay que reformar á todo trance la fisiología musical en la parte que se refiere á la relación y correlación, entre sí, de las voces ó timbres humanos.

Dice, y dice mal la fisiología, la práctica ó la tradición, que los seres dotados de voz de contra de órgano son generosos, pacíficos, bonachones, pero que, en cambio, son irascibles, violentos, fementidos, ruines de toda ruindad aquellos á quienes la natura puso en sus gargantas timbre de caramillo.

Esto es falso de toda falsedad.

Convénzase mi amigo y contemple con ojos de conmiseración lo que pasa en el país de la ópera que es el país en donde acontecen las cosas más racionales y más lógicas.

¿Quién es, ¡siempre!, la víctima nefanda?

El tenor, muerto á manos de crueles bajos ó traicioneras contraltos.

¿Quién paga los vidrios rotos?

¿Quien es, ¡siempre!, el *trucidatto* y *avvelenatto*?

El tenor, el miserando tenor.

Y todo ¿por qué? Vamos á ver: ¿por qué?

Porque canta mejor que los barítonos y los bajos.

Porque todos los tenores ostentan el título de *comendadores*, en tanto que ellos, los barítonos, han de contentarse con el de *cavalieres*.

Porque el tenor se deja querer más que los bajos, esos *primeros barbas* del país de la ópera.

Porque el tenor *hace* de rey, de duque ó de conde.



Fundición de Masriera y Campins

Porque los dardos vocales de su carcaj amoroso *perforan* los corazones de todas las almas sensibles.

Porque viste mejores telas y se echa encima todo lo más lucido de la guardarropía.

Porque es el más mimado y festejado del público, y el más envidiado del personal cantante y no cantante.

Porque se permite azucarar, confitar y acaramelar las pasadas de su voz...

Y, sin embargo, dramática y *operáticamente* hablando, el envidiado tenor es el ser musical más manso, más sencillo y más sin experiencia de las cosas de la vida.

Diríase que el tenor es al ruiseñor lo que un gorrión á un bajo.

El ruiseñor anida en los rosales, entre el musgo, á la vista de todo el mundo: es el pájaro por excelencia más bucólicamente sencillo é inocente: un chico puede atraparlo con el cebo de un gusanillo.

Atrápenme ustedes á un gorrión ¡vamos á ver! Atrápenme ustedes á un gorrión, á ese granujilla de la familia de los volátiles. ¡Échenles cebo á esos pillos!

Asoma por un campo rural de ópera el cebo de una *Valentina*, una *Elvira* ó una *Violetta*, *gusanillas* que se crían en aquel delicioso país, y ya tienen ustedes al sensible tenor azucarado, confitado... y atrapado en las redes del amor ó en otras redes.

¡Pues ya! ¡Atrápenme ustedes á esos gorriones que se llaman *Silva*, *Bertramo*, *Nelusko* y compañía! ¡pónganles todos los cebos y reclamos que quieran! ¿Que si se dejarán coger en aquellas redes? ¡Quiá! Y eso que la fisiología los llama los seres generosos por excelencia. ¡Vaya por los seres y los *serones* vocales llamados barítonos ó bajos! ¡Abdómenes vocales llenos de vientos de tempestad y maldades! ¡Los detesto!

La naturaleza produce estrabismos y vicios de conformación singulares en lo que toca á gustos y aficiones musicales.

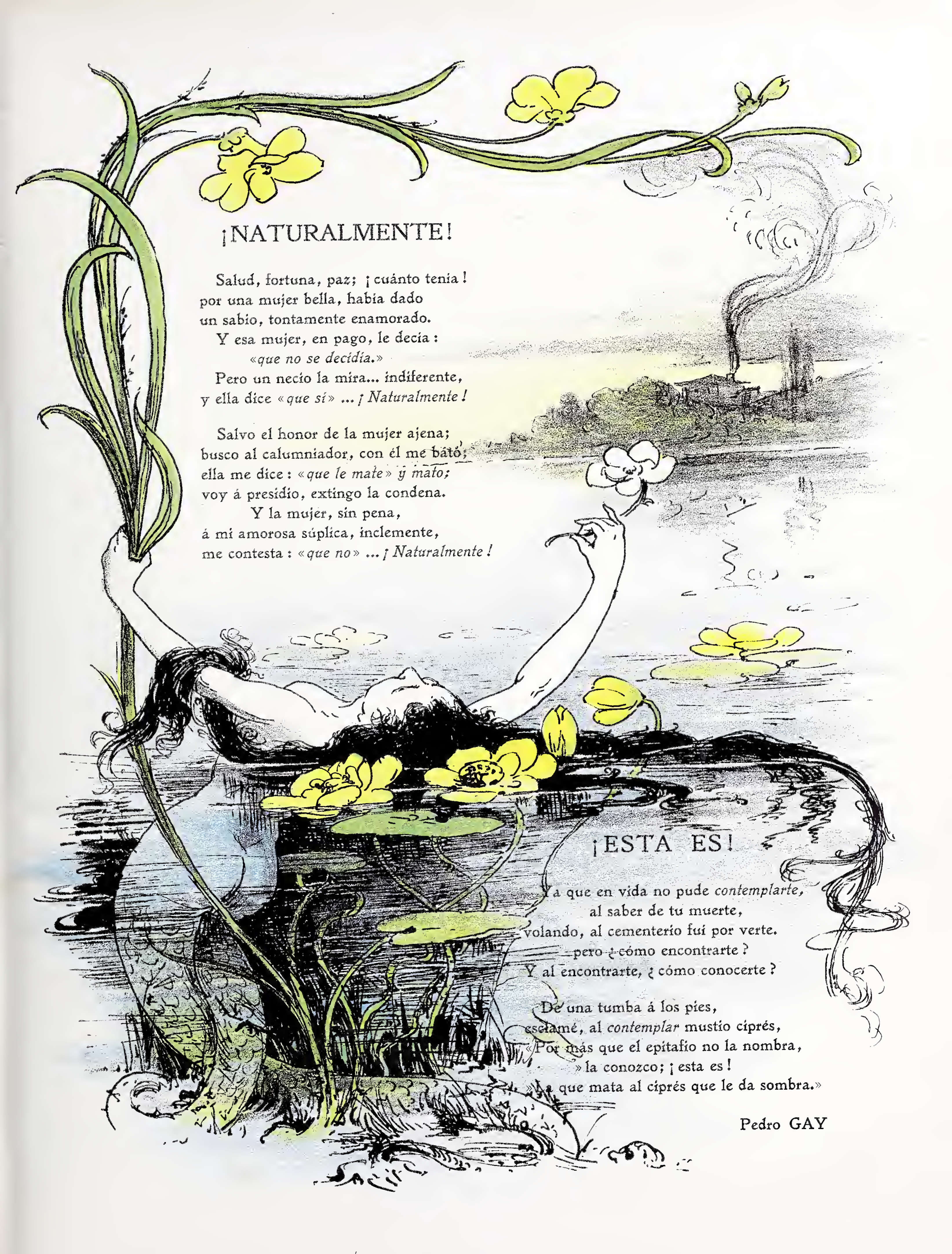


Fundición de Masriera y Campins

Mil veces se ha dicho que no debe fiarse uno de aquellas personas á quienes no agrada la música porque es uno de los ruídos más incómodos ó porque si no les incomoda la oyen como quien oye llover.

Pues para estrabismo de gusto musical, el refrán que uno de esos extraños seres á quienes no agradan ni la música ni su principal ornato, el tenor, aplicó á uno de esos simpáticos seres en pleno ejercicio de sus facultades y en el momento preciso en que iba á acometer un aria lacrimosa de las más estridentes y pistonudas del repertorio: — *El gaitero de Bujalance* — se atrevió á decir — *un maravedí porque empiece y diez porque acabe.*

Me pareció tan injusta la aplicación del refrán á un mísero tenor en el momento supremo de cantar un aria de aquellas en que teme uno que se le rompa alguna cañería importante al que las canta por deberes de sexo, un aria, que por lo que rezaba el argumento, debía de tener, como tuvo, realmente, á la llegada de un pérfido bajo, serias consecuencias: me pareció, digo, tan injusta la aplicación del refrán del gaitero de Bujalance, que no pude contenerme y exclamé: — Señor mío, *quien canta, sus males espanta*: refrán por refrán, déjeme contemplar admirado y enternecido ese espectáculo sin igual en los fastos de la historia, un hombre sencillo que *inocente en paz vivía, víctima* de un bajo hipocondríaco y sañudo que le acecha por los intersticios ó las troneras de la muralla humana de coristas, cómplices impasibles de tan cruento paso: un hombre que, *seca la garganta*, aun *gruñe* y *espanta* porque sabe cómo las gastará el bajo cuando llegue el *terribile momento*: un hombre nacido para amar y ser amado y para rivalizar con el mirlo que *educa* el zapatero de enfrente, que se lamenta como ese *infelice*: un hombre que debería cantar si la yugular y otras venas



¡NATURALMENTE!

Salud, fortuna, paz; ¡ cuánto tenía !
por una mujer bella, había dado
un sabio, tontamente enamorado.
Y esa mujer, en pago, le decía :
«*que no se decidía.*»
Pero un necio la mira... indiferente,
y ella dice «*que sí*» ... *¡ Naturalmente !*

Salvo el honor de la mujer ajena;
busco al calumniador, con él me bato;
ella me dice : «*que le mate*» y mato;
voy á presidio, extingo la condena.
Y la mujer, sin pena,
á mi amorosa súplica, inclemente,
me contesta : «*que no*» ... *¡ Naturalmente !*

¡ESTA ES!

Ya que en vida no pude *contemplarte*,
al saber de tu muerte,
volando, al cementerio fuí por verte.
...pero ¿ cómo encontrarte ?
Y al encontrarte, ¿ cómo conocerte ?

De una tumba á los pies,
esclamé, al *contemplar* mustio ciprés,
«Por más que el epitafio no la nombra,
» la conozco; ¡ esta es !
»La que mata al ciprés que le da sombra.»

Pedro GAY

importantes pudieran resistir sus ímpetus de indignación vocal, no diez minutos sino diez eternidades de minutos: un hombre que prorrumpe en quejas y ayes como los que vocaliza ese *disgraziatto*, ha de cantar para gruñir y espantar sus males y ha de cantar fuerte hasta que se le rompa algo, que en esto consiste la suerte, como en el toreo los lances precursores de cornadas seguras, porque para ganar la vida la pierden los tenores y hasta los hombres todos, y porque las cosas que les pasan á esos seres extraordinarios vocales son para lloradas por las mismas piedras si llorar pudiesen. ¿Cómo no ha de lamentarse y cómo no ha de levantar el grito hasta las bambalinas echando *dós* de espalda y de pecho, cuando ve que el protervo *Bertramo* le está haciendo mal de ojo durante cinco actos de ópera? *¡Cual es la campana*, señor mío, *tal es la badajada!* ¡Y ahí es nada lo que le pasa al tenor en el *Roberto!* ¡Pues, no que no! Usted, señor mío, en el caso de Raul, no se cruzaría de brazos al oir el concierto de badajadas que se arma en aquel famoso *duo* con *Valentina*. ¿Y quién en el trance de *Vasco* no toca á rebato cuando los inquisidores le examinan de astronomía preguntándole si la osa mayor es la mujer del oso, y quién, en fin, como *Otello*, soltará el badajo de las manos si barrunta que Desdémona *(campana cascada nunca suena)* ha puesto asechanzas á sus cuerdas vocales ó... frontales?

¡Pobres tenores!

Entre enemigos andáis.

Por todas partes os combaten y no hay seguridad en vuestra vida, amenazados por la maledicencia y... vuestros pulmones.

Por amor de la ópera debéis aceptar de grado las cosas adversas como son venenos, traiciones, puñales, tentaciones, críticas, silbas y menosprecios.

Eso sí, aceptad tambien las cosas propicias, cinco mil francos por noche, que *quien tiene dineros pinta panderos. ¡C'est la moralité de cette comédie!*

Cantad, tenores, cantad, que *en manos está el pandero que lo sabrán tañer.*

Las aficiones del público de ópera, sus gustos extremados, su inteligencia musical corren parejas con los de la *casa del gaitero* en la que *todos eran danzantes.*

Os miman, os aplauden, os festejan, pues, cantad ¡vive Dios! y cantad aunque no sea *todo vero lo que suena el pandero.*

Cantad echando *dós* de pecho ó de espalda: cantad hasta que os rompáis algo, que ahí están los mañosos profesores de canto que os pondrán tapas y medias suelas á la voz y os la dejarán como nueva.

Para música vamos, tenores, como dijo la zorra: la constelación reinante es constelación de plétora musical y, sobre todo, de plétora de dios-tenor y de ópera.

Para música vamos, sí, pero lo peor es que *lo que se nos viene por la flauta se nos va por el tamboril.*

Para música vamos, á caza de tenores, que *alfaya por alfaya, más queremos panderos que no sayas.*

Cantad, tenores, cantad, que *en manos está el pandero que lo sabrán tañer.*

F. P.



COSTUMBRES AFRICANAS

Las contínuas exploraciones que animosos viajeros vienen haciendo en el continente africano, no ha muchos años casi desconocido en su interior y hoy poco menos que recorrido por completo en sus diferentes comarcas, han permitido averiguar recientemente ciertos usos y costumbres de las tribus que las habitan, algunas de las cuales son dignas de mención por su misma originalidad.

Así por ejemplo, los chulis, habitantes del Alto Nilo á su salida del lago Alberto Ñansa, son negros cuyo aspecto no es del todo desagradable, pero que se empeñan en desfigurarse metiéndose pedazos de cristal en los labios.

El color encarnado que encuentran con abundancia en el óxido de hierro del suelo, les sirve para pintarse el cuerpo del modo más caprichoso, y ora son colorados el torso y las piernas y la cabeza negra, ora sucede lo contrario ó bien su piel negra aparece surcada de rayas trazadas con regularidad. Es tan grande la variedad que un grupo de estos índigenas visto de lejos parece una reunión de soldados con diferentes uniformes.

Los hombres se adornan con estudiado esmero, y su peinado es objeto de los mayores cuidados; sumamente alto, se compone de varios pisos, entre los cuales van sujetos adornos de todas clases, como guirnaldas de hierbas, flecos de lana, argollas ó perlas. El portador de semejante edificio se ve obligado á andar con el mayor cuidado para no descomponer su cabellera, y apenas se atreve á mover la cabeza mientras anda. Llevan brazos y piernas recargados de muchos y pesados dijes de hierro que comprimen los músculos y comunican gran pesadez al cuerpo, de suerte que un rico cuando se pone todos sus adornos ha de volverse del todo para mirar á derecha ó á izquierda. El chuli practica en alto grado los deberes de la hospitalidad y manifiesta su amistad al forastero escupiéndole en la mano.

Otra tribu habitante en la isla de Madagascar, ha poco tiempo dominada por los franceses, se distingue por los malos tratos que inflige á la pobre mujer que acaba de perder á su marido. Esta tribu es la de los sihanacas que viven en la parte oriental de dicha isla. Vestida la desdichada viuda con sus mejores ropas, aguarda en la casa mortuoria el regreso de los que han ido á enterrar á su esposo. Al volver de la cerenonia, los parientes y amigos se precipitan sobre ella, le quitan las alhajas, le desgarran la ropa, le desatan la cabellera, le arrojan un puchero roto, una cuchara rajada ó un trapo sucio y la llenan de maldiciones como si fuera la causante de la desgracia. Le está prohibido hablar: todos pueden golpearla, y este duelo dura meses enteros, á veces un año, terminando por un divorcio en regla, que pronuncian los parientes del difunto para separarla de los restos del que fué su esposo.

Los bakundus, tribu del país de Camarones, perteneciente á Alemania, tienen gran temor á los espíritus, á los que acusan de chupar la sangre como los vampiros; por esto abren dos tumbas para los muertos, una en la selva y otra en la casa mortuoria; de este modo creen burlar á los espíritus, que no saben en cuál de las dos huesas ha sido enterrado secretamente el difunto, y aun por exceso de precaución esconden el cadáver en una excavación lejana. Todavía se oculta más misteriosamente el cadáver de los reyes para librarlo de todas las persecuciones imaginarias; con todo, hay tumbas visibles erigidas por vanidad á pesar del terror, pero las rodean de sólidas paredes de mampostería y de tejidos de hierbas con objeto de oponer suficiente resistencia á las invasiones de los fantasmas.

También intervienen los espíritus en las exequias de los balallis, tribu del Congo francés, aun no perfectamente conocida. Cuando muere un hombre libre (si es esclavo se lo comen) le hacen funerales extraños; se le mete en un largo cilindro de madera, colocado en la casa mortuoria y así queda por espacio de un mes, es decir, hasta la ceremonia del entierro. Aquel día se ponen fetiches en el cilindro, adornándolo previamente de cintas, follaje y telas, y se llevan el féretro corriendo para asustar á los malos espíritus; en estos bruscos movimientos, el féretro, fijado á un pivote que los conductores sostienen por medio de tres pértigas paralelas, rechina desagradablemente. Llegados al sitio de la inhumación, los amigos recogen las telas que han prestado para la ceremonia y meten el féretro en la tumba como un sable en su vaina. Cuando el cilindro queda cubierto de tierra, tienen cuidado de no tapar el agujero hecho previamente á la altura de la boca del difunto, porque seguirá siendo comensal de los sobrevivientes, los cuales cuidarán de servirle vino de palma.

LOS PECES CANTORES

Hay en los mares que bañan las costas del Sur de los Estados Unidos, así como las del Brasil y también las de la Cochinchina, una clase de peces llamados pogonias, notables, entre otras particularidades, por el extraño rumor que producen. Unos observadores dicen que solo lo dejan oir cuando se les saca del agua, pero otros aseguran que lo emiten debajo de ella, que dicho rumor es sordo y cavernoso, que se reunen varios de estos peces alrededor de los buques anclados y que en tal momento se le percibe mejor y más contínuo. Así lo confirman varios viajeros y particularmente un oficial de la marina de los Estados Unidos, el cual refiere que durante una travesía que hizo á los mares de la China y hallándose en la embocadura del Cambodja, llamáronle la atención unos sonidos extraordinarios que se percibían alrededor de la quilla del buque. Asemejábanse á una mezcla confusa de notas bajas de un órgano, con sonidos de campanas, gritos guturales de algún animal y tonos parecidos á los de una enorme arpa. «Aquellos rumores, dice el indicado oficial, aumentaron gradualmente, formando al fin una especie de coro general á lo largo del buque; pero á medida que remontamos el rio, disminuyeron poco á poco, cesando al fin por completo. El intérprete nos dijo después que procedían de una bandada de peces de forma oval y aplanada, que tienen la facultad de adherirse fuertemente con la boca á diversos cuerpos.»

El sabio Humboldt presenció un hecho análogo en el mar del Sur, que viene á confirmar la particularidad que distingue á dichos peces.

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve Tamaño natural: 1m × 1'60


HISPANIA
º 14.-15 SETIEMBRE 1899
HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELON

SUMARIO

Portada. . . . . por *O. Junyent.*
Toda la cara de su padre . . . . . . por *Sancha.*
Don Narciso Oller . . . . por *Ramon Casas.*
Un genio incipiente . . . . por *Narciso Oller;* ilustración de *Mas y Fondevila.*
Los Iris. . . . . por *J. Triquet.*
La Siega . . . . por *J. Mir.*
Su cumpleaños . . . . por *Claudio Omar y Barrera.*
Oller, traducido . . . . por *Pedro Sánchez.*
Variedades.



TODA LA CARA DE SU PADRE.—POR SANCHA



D. NARCISO OLLER.—CARBON POR R. CASAS

UN GENIO INCIPIENTE

DANDO estaba las últimas plumadas en el fleco de la alfombrilla de su dibujo, cuando sintióse Carlos golpear tímidamente la espalda.

—*Cosa c'è?*—exclamó, sonriendo y apartando apenas los ojos de la faena—Ah! eres tú, hermanita? añadió, inclinándose de nuevo sobre el papel, para dibujar unas pestañas más en el miniado fleco—cómo sigue mamá?

—Ahora descansa, gracias á Dios. Voy creyendo que está mejor.

—¿Pues no te lo dije esta tarde?... Pero tú te alarmas en seguida... ...y lo peor del caso es que me alarmas á mí también.

Y esto diciendo, seguía Carlos doblado sobre el papel, los bucles de su rubísimo pelo despeñándosele en cascada sobre la frente, abrillantados por los crudos reflejos que lanzaba la amplia pantalla del quinqué de petróleo alumbrando, solo, el círculo de la mesa en que resaltaban el tablero, una colilla apagada y los brazos del pintor. Sus piernas y una buena parte del saco pobrísimo con que abrigaba desaliñadamente su torso, perdíanse en la obscuridad de la sombra que la mesa proyectaba. Lo demás de la estancia, con ser reducidísima, quedaba apenas alumbrado, para poner de manifiesto la estrechez en que vivían sus moradores, pues sirviendo de comedor, no tenía aparador ni alacena, ni más holgura que el espacio indispensable á una mesa para cuatro, y otras tantas sillas como las que había allí, de enea. Adornos no había que buscarlos: cuantos podía Carlos adquirir los tenía en su estudio, uno de los más aparatosos de Roma. Solo rompían la triste monotonía de las paredes de aquel comedor el gabán de pieles y el sombrero alto de Carlos, colgados de una percha allí clavada, más que por raro antojo, por carencia de sitio en el pasadizo que hacía veces de antesala.

—*Bene, benone, benissimo!*—exclamó el pintor, contemplando su obra á distancia, cargando de negro ciertos toques aquí y allá, acentuando perfiles, prolongando ó ampliando con singular maestría algunas sombras.

En tanto, Adela, su hermana, contemplábale á él, cruzada de brazos, tiritando de frío y sin atreverse á insinuar lo que allí la traía.

—Dí, chiquilla, dime: ¿qué te parece mi dibujo? prosiguió Carlos, levantando de pronto la cartulina y mirándola con ojos encandilados de creador.—¿Entiendes el asunto? Al acabar la chica de cerrar la carta para su novio, ha entrado la mamá, y al verse aquélla sorprendida, ha tirado la carta al suelo, le ha puesto el pie encima y ha mandado á su doncella que le ate el lazo del zapatito. De este modo la correvedile caza la cartita sin que la madre lo note, y etc... ¿Qué título le pondrías tú? Vamos á ver... *La trapisonda.* ¿No te parece? Anda mujer, dí, dime algo... Pero ¿qué vas á decirme? Ahora veo: si ni siquiera lo miras! ¡Siempre igual, siempre igual!

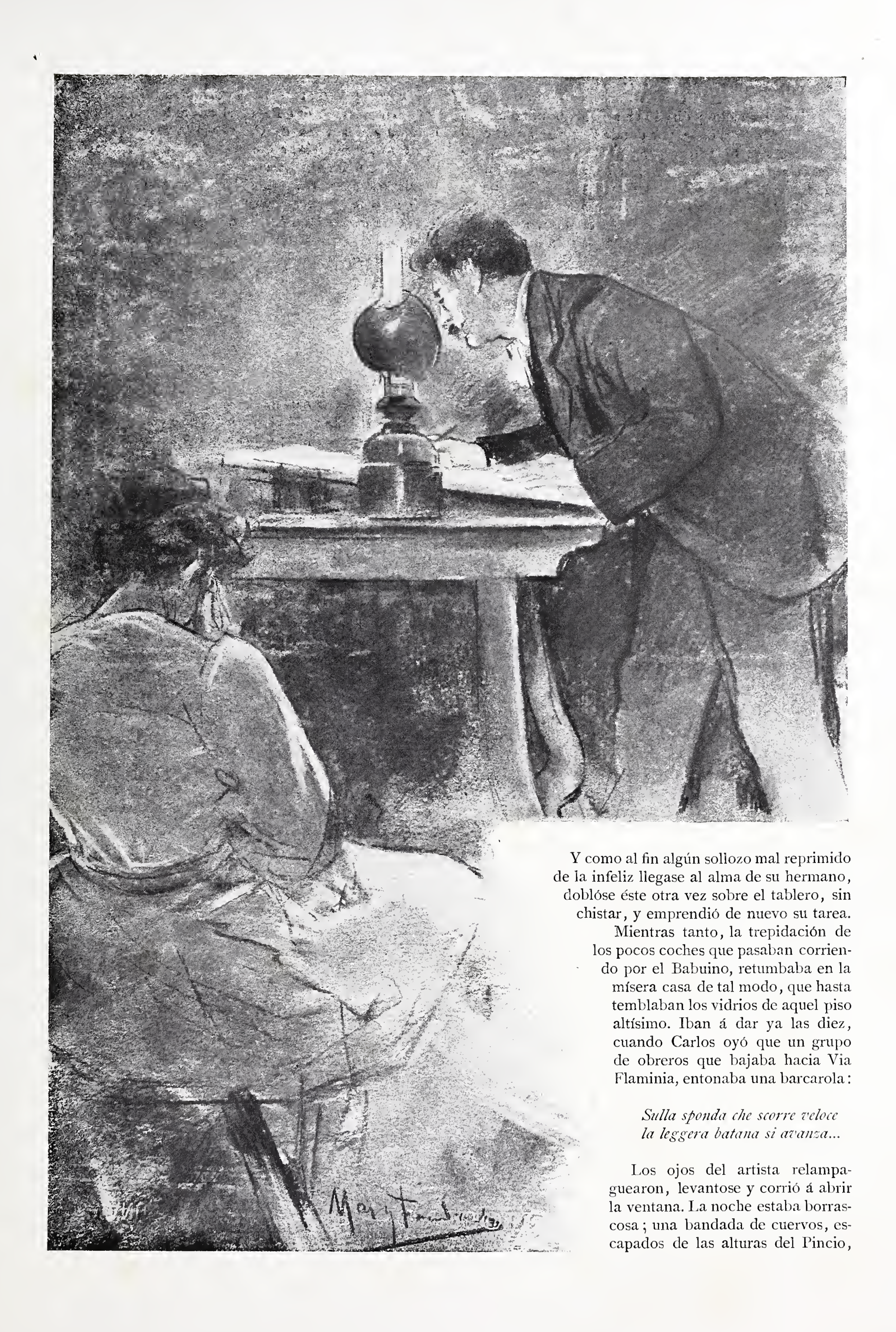
—Hombre, no. No seas injusto conmigo. Estoy pensando que es hora ya de que descanses. Tienes los ojos abotagados. Carlos, tú trabajas demasiado, vas á ponerte enfermo...

—¡Qué gracia tiene! ¡Eres lo más lagarta! Vaya una excusa como la que se te ha ocurrido. Pero no, á mí no me engañas. Siempre ¡siempre lo mismo! Yo me despachurro para manteneros á todas y... vosotras me lo pagáis así, sin dar valor á mis obras, sin tener fe en mi talento, pero... lo diré una vez más gritando... os equivocáis, os equivocáis, óyelo bien.

—Pero, hombre, si yo...

—Aparta, déjate de hipocresías. Si pensáis que me mamo el dedo, sois muy brutas; si señor, muy bestias. Vuestra indiferencia por mis obras, por mis triunfos, por mis luchas, me es... ya sabes tú si me es conocida... ¡Ah! ¿y lloras? También, también es nuevo esto! No, no la conozco no, esa esponjita de que te sirves tan facilmente.

Adela, que era una chica desmedrada y de poquísimos alientos, al verse así acometida por su hermano, no pudo más: dejóse caer en la silla más próxima, llorando, no como éste decía, sino con verdadera amargura. ¿Por qué la atropellaba así aquel hermano á quien idolatraba, á quien admiraba más que nadie, por quien diera el alma y la vida sin vacilar? ¿Cómo hacerle entender que, preocupada por la enfermedad de su madre, no estaba esta noche para contemplar los dibujos, ni celebrarlos? Consideraba que su hermano queridísimo no había cenado aún, que se estaba matando como acababa de decirle... que en casa no había un clavo y que, si Carlos enfermaba, ni para la botica tendrían. Porque él era el puntal de la familia, de él dependía la existencia de todos: de la madre, de Delfina, su hermanita, de la misma Adela. Él era más que esto aún; porque era un genio, sí, todo un genio—que esto no lo reconocía él solo; lo veían también ellas;—él era un genio ¿y cómo no velar por su preciosa existencia? Pero aún más: de no admirarlo como tal y de no agradecerle profundamente cuanto por ellas hiciera, ¿podrían acaso aguantarle las continuas veleidades, los arrechuchos y los alardes impertinentes que las echaba en cara á cada momento, sin más causa explicativa que el indómito impulso de su carácter lunático y arrebatado? Bien estaban en Barcelona las tres mujeres, si había de tratarlas así en Roma aquel déspota! ¿Para qué llamarlas? ¿Cómo habrían respondido ellas al llamamiento á no haberlas el cariño y la admiración impelido á aceptar? Harto le conocían, ¡demasiado recordaban sus rabietas de muchacho!... Y era evidente que Carlos, en vez de corregirse, se estaba haciendo de día en día más insoportable, más cruel. «Ah! sí; es un genio, un genio!—repetía en su aflicción la pobre Adela—pero no creo que los genios estén exentos de respetar los sentimientos y la dignidad de los demás. No creo que estén autorizados para insultar á quien depende de ellos, recordándole deudas que el pobre tiene de sobra saldadas, cuando, como nosotras, las ha pagado con lágrimas de sangre!»



Y como al fin algún sollozo mal reprimido de la infeliz llegase al alma de su hermano, doblóse éste otra vez sobre el tablero, sin chistar, y emprendió de nuevo su tarea.

Mientras tanto, la trepidación de los pocos coches que pasaban corriendo por el Babuino, retumbaba en la mísera casa de tal modo, que hasta temblaban los vidrios de aquel piso altísimo. Iban á dar ya las diez, cuando Carlos oyó que un grupo de obreros que bajaba hacia Via Flaminia, entonaba una barcarola:

Sulla sponda che scorre veloce
la leggera batana si avanza...

Los ojos del artista relampaguearon, levantose y corrió á abrir la ventana. La noche estaba borrascosa; una bandada de cuervos, escapados de las alturas del Pincio,

atravesó las de la calle, describiendo una parábola, á los gritos de guach! guach! guach! Carlos los miró sonriente alejarse por los cielos y dirigió en seguida la mirada á las profundidades de la calle, por donde discurría aquel coro de obreros que oyera cantar, permaneciendo arrobado mientras aquellas voces se fueron alejando y apagando, hasta fundirse con los sordos rumores de la Roma moderna. De pronto, una ráfaga de viento frío produjo una llamarada en el quinqué, ahumando el tubo, apestando aquel comedor y botando á la chica de su asiento, llena de espanto.

— *Cosa c'è?* — volvió á exclamar el pintor, cerrando la ventana.

— Nada. Fué el viento — osó responder Adela, no bien segura aún del humor de su hermano.

Pero ya Carlos no estaba para regañar. El aire de la calle había borrado todas las arrugas de su frente, esponjado su rizada barbilla y desvanecido la congestión de sus ojos, otra vez expresivos y penetrantes y echando chispas de entusiasmo.

— Has oido, Adela? No has oido qué hermosa es esa barcarola:

Sulla sponda che scorre veloce
la leggera batana si avanza...?

¡Oh, qué pueblo éste! No lo hay más artista en el mundo!... *Sulla sponda che scorre veloce*... ¿En qué otra tierra que no sea Italia... dí... pueden cantar los obreros melodías como esta?... Pues digo!... ¿y la letra? La mismísima letra, ¡qué delicada no es! ...*Sulla sponda che scorre veloce*... Pero ¿qué es esto? *Bene, benissimo!* ¿Cómo trabajo yo ahora con esta luz?

— Carlos: déjalo para mañana — suplicó Adela.—¡Si has de estar rendido, hombre! Y además: ¿qué quieres añadir ya á tu dibujo? ¿Por ventura no está acabado? Yo lo veo acabadísimo.

—¿Tal crees?... – preguntó el pintor, contemplando otra vez la cartulina y repitiendo aquel *Sulla sponda che scorre veloce*...

— ¡Vaya si lo creo! ¡Pero si es magnífico! — exclamó la hermana, abandonando ya todo recelo.

— Aaaah! Aca-bá-ramos! Por fin lo has mirado... ¿y te parece bien? ¡Alabado sea Dios!

— No solo digo que está bien, hombre, no; digo que es magnífico, como tuyo que es.

De soslayo miró el artista á su hermana, y viéndole en la cara pintada la ingenuidad, abrió los brazos gritando:

— Ven acá, así te quiero, que ya sabes cuanto estimo tu parecer... ¿Ves, mujer, ves? Si hubieses empezado por ahí, te ahorraras el disgusto que has pasado por tu culpa, por la indiferencia ofensiva con que...

— No, Carlos, no. Es que tú te enfadas, sin darla á una tiempo de... Yo venía pensando en nuestra madre, en nuestra pobre madre, que, como ya sabes, me tiene preocupada y...

— ¿Y quién está ahora con ella? ¿Delfina y Jorge? Ahora entraré yo.—Y arrancando las tachuelas que sujetaban el dibujo al tablero se puso á cantar *sta ben... sta ben... sta ben... sta ben!* — añadiendo luego: —¿Sabes, Adela, que siento un poco de hambre? Á ver si me das algo de comer. Hace más de cuatro horas que hemos abandonado la mesa y hoy, precisamente, no ha pecado de opípara. ¿Verdad?

Una lágrima ardiente asomó á las pestañas de la pobre chica, mientras un sudor frío bañaba todo su cuerpo. «¿Cómo decírselo, Señor, cómo?» Por fortuna, llamaron á la puerta y pudo, acudiendo, ocultar su turbación.

Quien llamaba era Pepe, el adorador, el idólatra, el heraldo de la fama de Carlos y á la vez su correvedile. Era otro pensionado, catalán como Carlos, alto, robusto, estudioso, tan pertinaz como inutil para la pintura, tan bondadoso como corto de alcances para llegar á ser en su vida algo más que un imitador servil de sus maestros. Tenía sin embargo la cualidad grandísima de conocerse bien, que no es poco tener, y era, por lo mismo, reverente, como fué siempre, sóbrio por costumbre y económico por cortedad. Su vida, en Roma, era un sacrificio continuo dedicado con el mayor amor á su amigo Carlos, tan mal interpretado por sus compañeros que, quien menos, le motejaba de portero, otros le llamaban paje, los más perro, y no faltaba en la mesa del café Grecco quien se atrevía, al preguntar por él, á tratarle de Antinóo.

Adela le retuvo un momento, para comunicarle sus apuros y encomiarle la necesidad de que Carlos entregase aquella misma noche el dibujo para hacerse con dinero. Pepe, sin despegar los labios, dejó en la mano de la chica veinte liras, y como ésta hiciese ademán de devolvérselas, escapósele el joven, prometiéndole por señas arreglarlo luego.

— Alégrate Carlos! — gritó, entrando en el comedor.

– ¿Acaso te ha caido el premio gordo? – exclamó el otro, sin levantar los ojos del dibujo que estaba ya, de nuevo, contemplando.

Y Pepe, sospechando en seguida que la actitud de su amigo era para atraerle á admirar su obra, corrió á contemplarla, y apoyado en el hombro del autor, prorrumpió en admiraciones y alabanzas. «Que iba á ser cosa buena, habiáselo dicho ya al empezar: pero lo que estaba viendo superaba sus esperanzas. Ya podía arrollar la cartulina y correr á entregarla; nunca Sir Blunt habría comprado una maravilla como esa.» Carlos hacía arrumacos de modestia, le rogaba que no exagerase tanto, aunque disimulando mal el deseo de que insistiese. Pero Pepe no hablaba por hablar, elogiaba de corazón, pues para él siempre la última obra de su amigo era la mejor.

— Qué he de exagerar, chico, ¿por qué he de exagerar? ¿Cómo quieres que me exprese? Hay en la composición una alianza tan feliz de verdad y poesía! Las figuras están tan bien modeladas, tienen una expresión tan natural y viva! Los muebles, las paredes y tapices tanta calidad! ¿Quieres perspectiva más acertada? ...En fin que... es superior; para mí es superior, una obra maestra. Vaya, arrolla, arrolla esa cartulina y vámonos.

Carlos le escuchaba embobado, y sin poder evitar que sus ojos chispeantes sofocasen á menudo con miradas de despecho á su pobre hermana, que permanecía muy quietecita á dos pasos de él, esperando la decisión que podía sacar á la familia de su apuro. Al fin, reparando en las prisas del amigo, cuando ya estaba arrollando la cartulina, Carlos pidió explicaciones de ellas.

— Si te empeñas... — contestó Pepe, esforzándose en mentir — Pues, mis prisas obedecen á varias causas. La última, como dijo el otro, es que yo acabé los *monises* y necesito que me prestes...

— Pero ¿quién te ha dicho que no tengo?

— Lo supongo.

Carlos se echó á reir. «Vaya, que tenía talento, que lo había adivinado.»

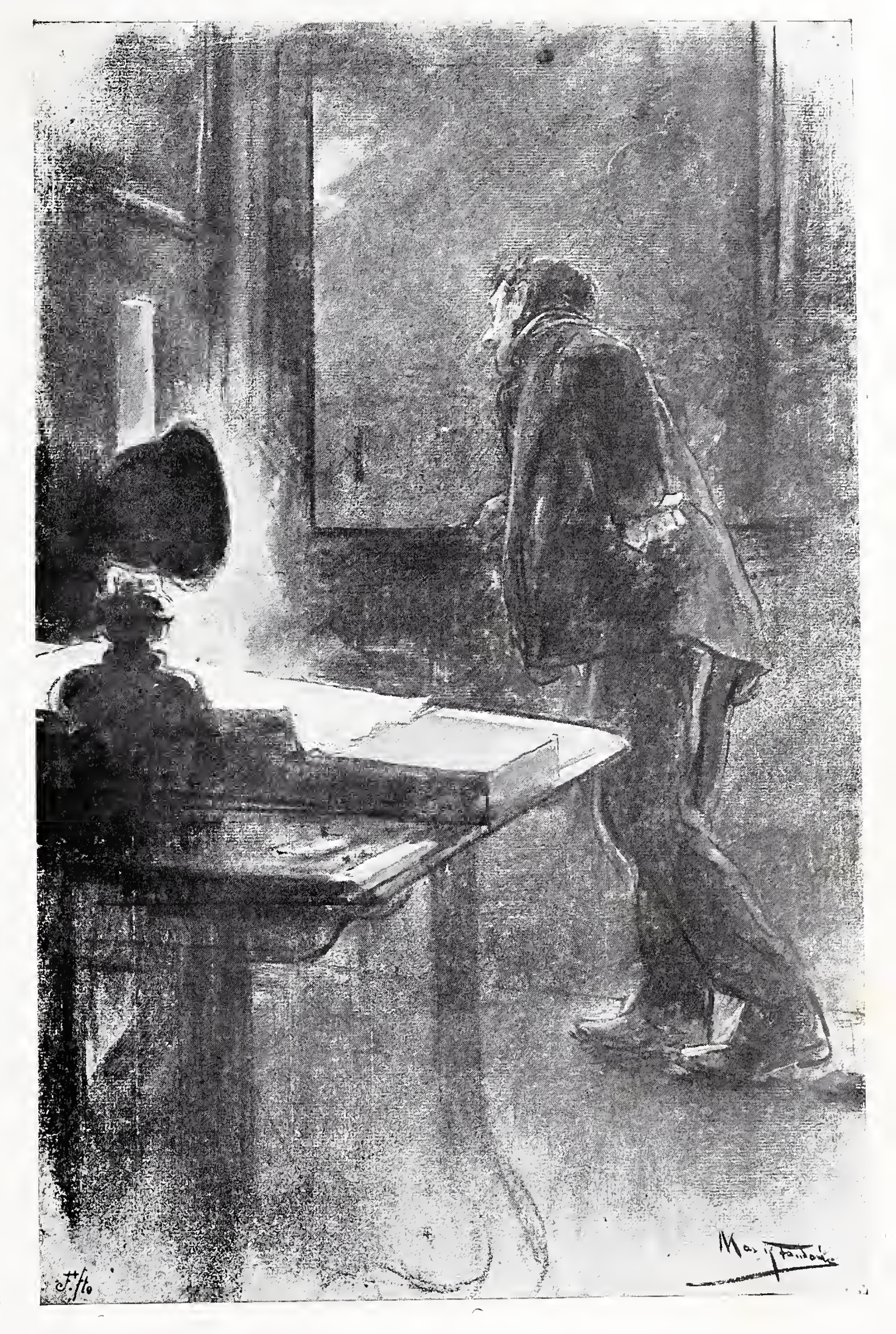
— Vamos á asaltar al inglés... Pero, espera, espera. He pedido que me dieran de cenar y ésta se calla... *Malum signum!* Vas á ver: yo he de tener bombones.

Y sacando del rico gabán una hermosa bolsa de raso azul con grandes letras doradas, continuó, bromeando:

— Bueno; pero hasta ahora no sé más que el último de tus motivos. Dime los otros... Toma, Adela ¿quiéres un *marrón glacé?*

Ésta se excusó, contemplando con tristeza el rasgo de desórden de su hermano. En casa ¡ni un céntimo, la madre enferma y él gastando en golosinas caras! Pero no tardó Adela en culparse á sí misma de este despilfarro: como otras mil veces, como siempre, ¿no había ahora ocultado á su hermano los apuros de la casa? ¡Era tan doloroso para ella aumentar las amarguras de aquel *genio* tan mal apreciado, tan mal tratado por la suerte! Carlos trabajaba día y noche sin descanso, su pincel producía maravillas... pero el público las rehusaba suponiéndolas caras, y de las diez ó doce acuarelas, magníficas, que exponía al año, vendía solo dos ó tres, las más baratas. Con el producto de estas ventas y el de algunos dibujos había el pobre de sostenerlo todo: piso, familia, estudio, y hasta aquel lujo exterior que le imponía el mundo y de que su misma vanidad no podia prescindir. Bendito aún el lunatismo aquel de su carácter que permitía al infelíz pintor horas de alegría loca, y que eran como compensación celestial de las feroces murrias que invadían su espíritu días enteros.

— Ea, tén, toma tú, Pepe. Á Adela, á esta chiquilla tan sentimental — no tan juiciosa, no — tan sentimental, déjala estar: es nuestra pesadilla. Ya lo has visto: hoy no he ido al estudio, no he salido de casa, preocupado por el estado de mamá, ¿gracias á qué? Pues gracias á las exageraciones de esta chica. Cuando vino el médico, he visto confirmado mi dictamen. Y yo, como un bendito, oyendo á ésta me había, á pesar de todo, llegado á alarmar! Pero, ea, dime: ¿qué hay de nuevo? ¿qué ha pasado en mi estudio?



Sin acordarse ya del dibujo que conservaba arrollado en la mano, repantigóse en una silla, apoyando el respaldo en la pared, y atracándose de bombones, dispúsose á oir al amigo que se había sentado sobre la mesa.

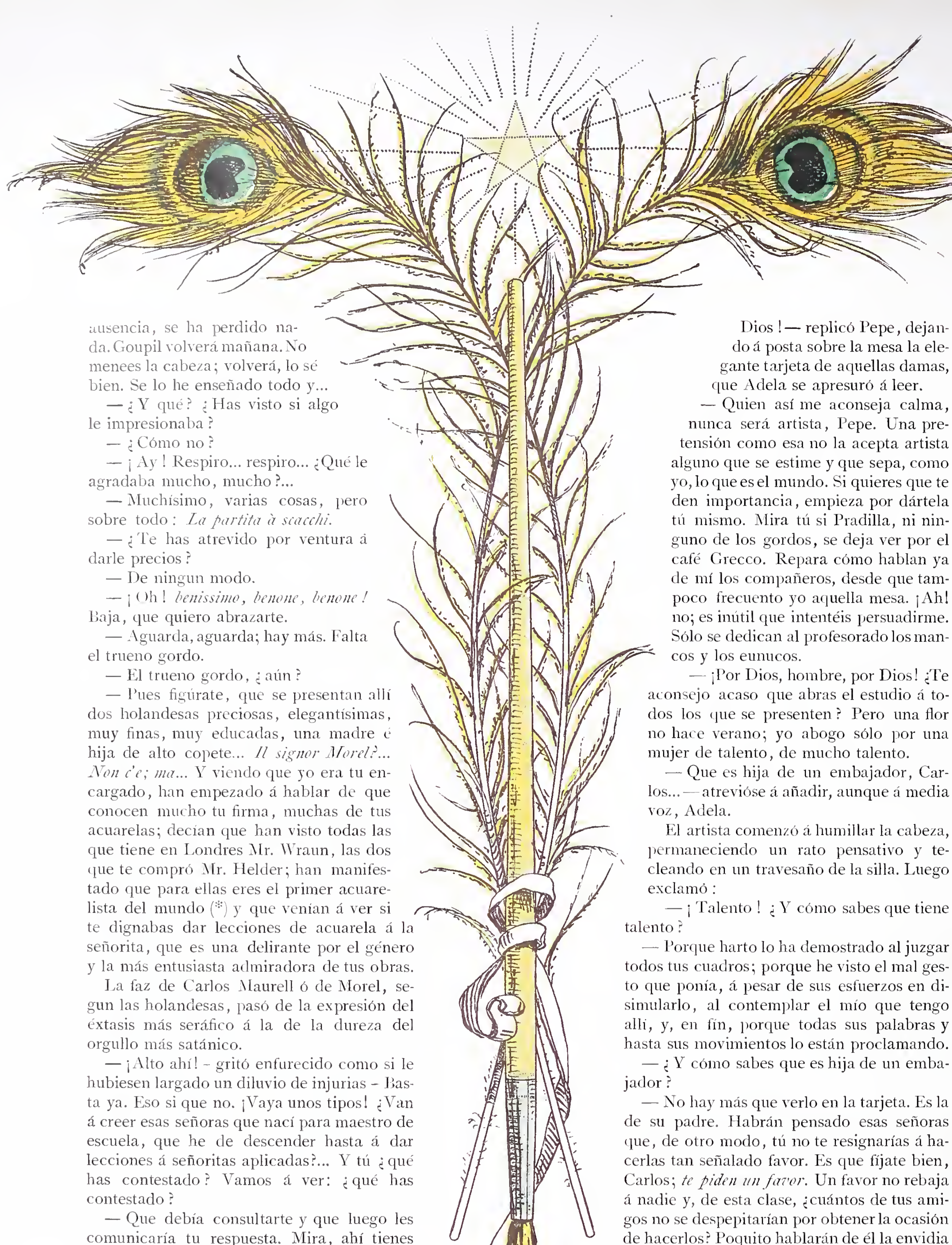
— Pues empiezo... pero asegúrate bien, Carlos, asegúrate bien, que es muy gordo lo que voy á decir... Pues digo, que... ha estado allí... ¡asegúrate, asegúrate, asegúrate!... Goupil, el mismísimo Goupil.

— ¡Cómo, Goupil! — exclamó el pintor, casi lívido de coraje, hundiendo los dedos de su diestra en la enredada madeja de los rizos que se le despeñaban por la frente — ¡Goupil en mi estudio, y yo aquí, en casa, detenido por esta majadera! ¿No lo ves, Adela, no lo ves?

— Hombre, deja que acabe, por Dios! No atropelles así á tu hermana. Pues para que lo sepas: anoche, viendo el calenturón de tu madre, tampoco yo me las prometía tan felices.

— Sí es sencillamente el reuma.

— ¡Ah! ¿y tú crees que el reuma no puede?... Pero en fin no se hable ya de esto; déjame decir que no, por tu



ausencia, se ha perdido nada. Goupil volverá mañana. No menees la cabeza; volverá, lo sé bien. Se lo he enseñado todo y...

— ¿ Y qué ? ¿ Has visto si algo le impresionaba ?

— ¿ Cómo no ?

— ¡ Ay ! Respiro... respiro... ¿Qué le agradaba mucho, mucho ?...

— Muchísimo, varias cosas, pero sobre todo : *La partita à scacchi.*

— ¿ Te has atrevido por ventura á darle precios ?

— De ningun modo.

— ¡ Oh ! *benissimo, benone, benone !* Baja, que quiero abrazarte.

— Aguarda, aguarda; hay más. Falta el trueno gordo.

— El trueno gordo, ¿ aún ?

— Pues figúrate, que se presentan allí dos holandesas preciosas, elegantísimas, muy finas, muy educadas, una madre é hija de alto copete... *Il signor Morel?... Non c'e; ma...* Y viendo que yo era tu encargado, han empezado á hablar de que conocen mucho tu firma, muchas de tus acuarelas; decían que han visto todas las que tiene en Londres Mr. Wraun, las dos que te compró Mr. Helder; han manifestado que para ellas eres el primer acuarelista del mundo (*) y que venían á ver si te dignabas dar lecciones de acuarela á la señorita, que es una delirante por el género y la más entusiasta admiradora de tus obras.

La faz de Carlos Maurell ó de Morel, segun las holandesas, pasó de la expresión del éxtasis más seráfico á la de la dureza del orgullo más satánico.

— ¡Alto ahí! - gritó enfurecido como si le hubiesen largado un diluvio de injurias - Basta ya. Eso sí que no. ¡Vaya unos tipos! ¿Van á creer esas señoras que nací para maestro de escuela, que he de descender hasta á dar lecciones á señoritas aplicadas?... Y tú ¿ qué has contestado ? Vamos á ver: ¿ qué has contestado ?

— Que debía consultarte y que luego les comunicaría tu respuesta. Mira, ahí tienes la dirección que á ese fin me han dejado.

— Ni verla quiero. Mi respuesta ya la sabes y podías suponerla y arrojársela á la cara en seguida.

— Antes de obrar así, tú mismo te persignabas diez veces. ¡ Calma, calma, por Dios ! — replicó Pepe, dejando á posta sobre la mesa la elegante tarjeta de aquellas damas, que Adela se apresuró á leer.

— Quien así me aconseja calma, nunca será artista, Pepe. Una pretensión como esa no la acepta artista alguno que se estime y que sepa, como yo, lo que es el mundo. Si quieres que te den importancia, empieza por dártela tú mismo. Mira tú si Pradilla, ni ninguno de los gordos, se deja ver por el café Grecco. Repara cómo hablan ya de mí los compañeros, desde que tampoco frecuento yo aquella mesa. ¡Ah! no; es inútil que intentéis persuadirme. Sólo se dedican al profesorado los mancos y los eunucos.

— ¡Por Dios, hombre, por Dios! ¿Te aconsejo acaso que abras el estudio á todos los que se presenten ? Pero una flor no hace verano; yo abogo sólo por una mujer de talento, de mucho talento.

— Que es hija de un embajador, Carlos... — atrevióse á añadir, aunque á media voz, Adela.

El artista comenzó á humillar la cabeza, permaneciendo un rato pensativo y tecleando en un travesaño de la silla. Luego exclamó :

— ¡ Talento ! ¿ Y cómo sabes que tiene talento ?

— Porque harto lo ha demostrado al juzgar todos tus cuadros; porque he visto el mal gesto que ponía, á pesar de sus esfuerzos en disimularlo, al contemplar el mío que tengo allí, y, en fin, porque todas sus palabras y hasta sus movimientos lo están proclamando.

— ¿ Y cómo sabes que es hija de un embajador ?

— No hay más que verlo en la tarjeta. Es la de su padre. Habrán pensado esas señoras que, de otro modo, tú no te resignarías á hacerlas tan señalado favor. Es que fíjate bien, Carlos; *te piden un favor.* Un favor no rebaja á nadie y, de esta clase, ¿cuántos de tus amigos no se despepitarían por obtener la ocasión de hacerlos? Poquito hablarán de él la envidia y todos los periódicos de Europa si lo haces. Aparte de que... ganarse la amistad de un personaje como aquel... que pondrá el mayor interés en tenerte contento para que su hija aprenda...

— Harto sabes que es inútil enseñar á ser artista á quien no haya nacido para serlo ! — exclamó Carlos con tonillo pedantesco

(*) Aquí se le cayeron á Carlos los bombones al suelo.

y hasta un tanto ofensivo para su inmejorable amigo.

— Fuera de duda está; pero la chica puede vivir ilusionada, y si su padre la adora ella como es de suponer, no digo el empeño que pondrá en complacerte, cuando necesites de él. Es di-plo-má-ti-co, hombre influyente, amigo de los jefes de partido y de los Cresos de la Roma moderna.

— Pues, ni así he de descender yo hasta convertirme en preceptor de su hija.

— ¡ Qué disparate ! Ya lo meditarás. Mientras tanto, vamos, vamos á ver á sir Blunt. Una vez hayas pensado despacio en lo otro, ¿quién sabe si hasta verás la posibilidad de casarte... *morganáticamente* con ?...

— Cállate, majadero ! — dijo el aludido, abandonando la silla para, con un par de golpecitos cariñosos en la cara de su amigo, premiarle la intención de este último piropo.

Pidió un cepillo, empezó á acicalarse sin despegar los labios, evidentemente preocupado, y, al ponerse el gabán de pieles, para captarse disimuladamente el apoyo de su hermana, prorrumpió :

— Bueno ¿ y qué ? ¿ qué te parece á tí de todo esto ?

— Vas á reñirme ó no ?

— Harto has dicho ya. Con que bien, ¿ eh ?

— Creo, pobre de mí, — añadió Adela — que todo lo que te pueda procurar dinero sin rebajarte, y esto no te rebaja, debes aceptarlo. Mamá está delicada, Delfina y yo no podemos ayudarte.

Carlos no la dejó continuar; de un empujón se la quitó de delante, y calándose nerviosamente el sombrero de copa é irguiendo cuanto pudo la cabeza, estalló, diciendo:

— Pues te equivocas, os equivocáis los dos. Mi estudio no será nunca un colegio, ni yo descendería á aceptar la condición de maestro de escuela, aunque nos muriésemos todos de hambre. Pero mañana iréis á decir á la holandesa, que *por reciprocidad*, entendedlo bien, *por reciprocidad de consideración*, por *cortesía*, por *el respeto que ha sabido merecerme esa señorita comprendiendo tan bien mis obras...* ¿lo entendéis?... *por esto y nada más, me tiene á su disposición.* Y la daré lecciones; pero *de balde*. Ea ! Esto sí; lo otro no.

Pepe y Adela cambiaron una mirada de conmiseración, mordiéndose la lengua, como cada vez que veían al Júpiter de su Olimpo fruncir el ceño. Y éste, emprendiendo de repente á su hermana, pidióla dinero :

— Porque vale la pena de que esas novedades que me traes, las celebremos ¿verdad, Pepe ?... ¿ Pero qué haces ? ¿ Vas á tomar el dibujo ? No, no. Ya es demasiado tarde, no quiero que sir Blunt vaya á figurarse que no tengo para cenar. Déjalo, déjalo; ya veré yo al inglés, mañana ú otro día.

— No, Carlos — replicó Pepe — mañana Goupil irá al estudio, tú no podrás moverte. Deja que yo lo lleve y lo entregue mañana á sir Blunt.

Entretanto, Adela, sorbiéndose una lágrima, entregaba á su hermano el dinero recibido de Pepe. Y como éste se interpusiese, diciendo que quería pagar él, que lo de su inopia fué una broma y nada más, Carlos lo apartó de sí y, más erguido que nunca, tomó las liras de Adela.

— He dicho que pago yo, y no hay que discutirlo. Se trata de celebrar triunfos míos — dijo. Y volviéndoles la espalda, dirigióse al cuarto de su madre.

Pepe aprovechó esta coyuntura para, quieras que no quieras, obligar á Adela á tomar un billete de banco.

— ¡ Fíjese V., por Dios ! Figúrese V. que ahora pagase yo la cena como quería hacer... ¿ no sería lo mismo ?

— Siempre será V. nuestro paño de lágrimas. Es V. un angel ! — exclamó Adela, secándose las lágrimas con el delantal.



Pero oyendo que se acercaban Carlos y Jorge, se esforzó en disimular. Aquel *genio en ciernes* convidaba también al novio de Delfina.

— Vamos ya — dijo radiante y echándose en seguida á cantar :

Sulla sponda che scorre veloce
la leggera batana si avanza...

Y tras él, con el cuello de la americana desdoblado, el fieltro al cogote, las manos dentro de las faltriqueras del pantalón, humildes como dos pajecitos, bajaron los idólatras del *genio*, la escalera de aquel Olimpo.

NARCISO OLLER



J. TRIQUET.—LOS IRIS. (N. D. Fot.)



J. MIR.—LA SIEGA

SU CUMPLEAÑOS

Á la joven artista Teresa Nyssen

Si la Reina cumple años,
la tropa viste de gala
y en el aire coquetea
la bandera roja y gualda.

Si cumple años la esposa,
el marido la agasaja
y hay ternezas de merengue
y cosquillas para el alma.

Si cumple años la niña,
la hija que al cielo encanta,
los besos flamean vivos
en sus mejillas rosadas.

Mas si los cumple la joven,
la estrella que envidia el alba
y con su luz argentina
al Amor provoca y llama;

si los cumple esa nereida
que flota sobre las aguas
y con la espuma se viste
y orna su sien con las algas;

ese vaso de perfumes
que á los hombres embriaga
y con su olor de mil flores
el cielo y la tierra empapa;

entonces, amigos míos,
los corazones se ensanchan
y hay que doblar la rodilla
ante la diosa que pasa.

Y pues hoy feliz los cumple
la joven que nos halaga,
la que es de nuestras tertulias
nervio y vida, luz y gracia,

digámosle á coro todos,
con mucho fuego en el alma:
¡ *ad multos annos,* Teresa !
¡ *ad multos annos,* Sultana !

Claudio Omar y Barrera

23 Agosto 1899



NOTAS LITERARIAS

OLLER, TRADUCIDO

SEGURAMENTE, hace poco, al publicarse la traducción castellana de *L'Escanya-pobres*, editada con tanto esmero por Gili, los admiradores de Narciso Oller, que deben ser muchos, han debido tener una alegría muy grande, pues yo juzgo por mí á los demás; *pero...*, por este mismo juicio, de seguro también, ninguno ha sentido completa, absoluta satisfacción, y todos han debido quedarse como á media miel, deseando, ó esperando, *algo más*.

Es cierto que *L'Escanya-pobres* es una novelita de las buenas, á ratos casi de las mejores, un sagacísimo estudio psicológico; que la traducción de Altamira, en general, en muchas páginas, es excelente, fidelísima, verdadera traducción literaria; que fuera de Cataluña, en el resto de España, aquella era quizás la obra menos leída, menos conocida de Oller; pero, por dicho: todos estos méritos y condiciones, que explican aquella complacencia, no pueden evitar que al que «conozca» á Oller *entero*, y así le estime como uno de los buenos escritores españoles, le deje esta traducción, amargándole el placer, con sentimiento hondo, tristísimo, de desencanto final y ambición no saciada.

Esta noble ambición, para mí, para muchos que releemos á Oller, llega, ó llegaba hace tiempo, hasta desear una traducción completa de sus libros, una *edición castellana* de todas sus obras, para que, como por los cultos del extranjero, se vea claramente en toda España, hasta por el vulgo, que Pereda, Galdós y Valera cuentan con más auxiliares que con los que generalmente se cree, en la suprema empresa de cultivar con gloria la novela nacional; y de esta suerte, ansiando tanto, casi popularizar á Oller en *toda* la patria, no es extraño que, al leer *El Esgaña-pobres*, ó encontrarle en la librería, las lamentaciones hayan subido de punto, tanto como el contento, y la verdad, para decirlo de una vez, que tanto ó más que á celebrar el *suceso* que debemos á Altamira y á Gili, y por lo mismo que con lo que dán hacen pensar en lo que se guardan, se hayan detenido muchos á deplorar mentalmente, en honor de Oller, que se haya traducido ahora tan poco, tan *poca cosa...* relativamente, por supuesto.

Por mucho que valga *L'Escanya-pobres*, y lo vale, es innegable, y por mucho que guste la reciente traducción, que gusta y debe gustar, no se puede ocultar, en justicia, que Oller ha escrito varias obras mejores; que estas, naturalmente, gustarían mucho más, y más aun, que no se revelan en aquella, tan firmes, definidas y potentes como en otras, el genio y el estilo peculiarísimos de Oller, aunque tambien admiren en ella lo sutil del análisis y el vigor y lo pintoresco de la frase. Por tanto, por esas y otras consideraciones que ahora no son del todo oportunas, no hay más remedio, como lógica consecuencia, que, sin resignarse á dolerse, forzosa y siceramente, y reiteradamente, hasta cansar, de eso, de lo incompleto del obsequio, *reducido*, sin duda, por las eternas «exigencias editoriales» de España, que nunca prestan por entero un servicio, reclamar, á la vez, sobre todo, encarecidamente, nuevas traducciones castellanas de Oller, pidiendo casi á gritos *luz, más luz,* á Gili ó á cualquiera de sus colegas, y advirtiendo de paso á cuantos no saben leer catalán, para impedir juicios precipitados y erróneos, que Oller es todo lo que muestra *El Esgaña-pobres*, pero mucho más todavía.

Desde *La Papallona* acá... mejor dicho, desde *La Ma-*

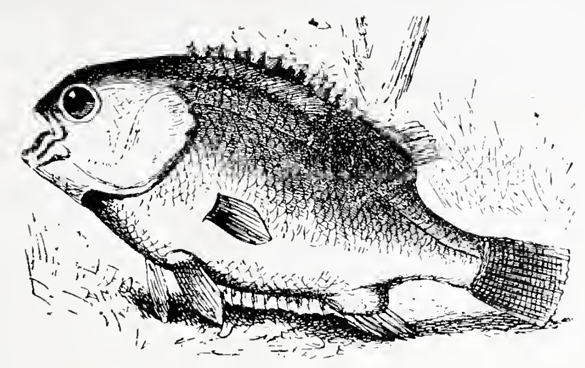
riposa hasta *Figura y Paisatge,* Oller ha escrito varias obras excelentísimas, notables, que aventajan en muchos conceptos á *L'Escanya-pobres,* especialmente en el de retratar al autor de cuerpo entero. Pues una de ellas, *Vilaniu,* aquel *gran galeoto* agigantado, que agigantó á su vez á *Isabel de Galcerán* con hacer resonar el «coro» á su alrededor, ni más ni menos que el mismo autor puede hacer el mejor día con su Olegario agrandando y animando el *escenario* de Pratbell; ú otra, *La Febre d'or,* más rica, más varia y más extensa, más estudiada y más *honda,* con parte de las ternuras y delicadezas de *El Nabab* y algo de las grandezas y las descripciones de *L'Argent...,* una de ellas, cualquiera, *Vilaniu,* si es que no hay quien se atreva con la fortuna y las desgracias de Gil Foix, ó, por mejor decir, no hay editor que se convenga en términos justos con el simpático *Juan Buscón,* es la que se debería ahora traducir al castellano, cuanto antes, atropellando con las exigencias de arriba. Y ¡ah! *lo* de arriba tambien: entonces verían, verán, aquellos lectores aludidos, si *es* ó no mucho más que el ingenio, la observación, el *orden* y la expresiva sobriedad de *El Esgaña-pobres,* las singulares facultades creadoras y literarias que resplandecen en esas otras novelas, las cuales, principalmente, aún más que las preciosas colecciones de los *quadros en prosa,* son las que hacen del estimadísimo novelista uno de nuestros primeros escritores, presentándonos, *íntegro,* al agudo, sutil, brioso, concienzudo y *gráfico* Oller que admiramos de todas veras.

L'Escanya-pobres, en conjunto, es un estudio pasional meritísimo, acabado; parcialmente, en episodios y detalles, abunda en bellezas, en oro de ley; aquella *viva,* rápida, más que pintoresca descripción del segundo capítulo, el paso del tren, parece la verdad misma; la muerte del notario, el *incidente* de la mortaja, aquel terrible contraste de cruel inhumanidad inconcebible y caridad sencillísima, espantan, conmueven extraordinariamente; la boda de Olegario, aquella *mañana de Abril,* aquellas punzantes ironías, llegan al alma, hasta hacen llorar; los días, las escenas de La Coma, el discutirse si sería ó no el avaro aquel jinete que se acercaba á ella, producen honda impresión, inenarrable, una de esas emociones que no se olvidan... en fin, tanta menudencia apuntada y á la vez tanta concisión y sobriedad, tanta claridad y tan ordenada sencillez, tanta observación sagacísima y tanta ternura disimulada, hacen el libro sumamente interesante, emocionante, *sugestivo,* de grande y duradero *efecto;* pero... ¡otro! que un *pero* continuado es la vida, con valer tanto y tanto la novela, cuanto se dice, es fuerza repetir otra vez, porque justicia obliga, que Oller vale mucho más. La misma índole de aquélla, el objeto con que se escribió, el modesto fin artístico que Oller se propuso, la quitan, indiscutiblemente, no mérito, pero sí valor, *importancia,* aun sin pararse á examinar, en ella misma, que la repugnante y horrible Tula, digna del *primer* Torquemada de Galdós, obscurece demasiado al protagonista desde mucho antes del secuestro; y así, limitada á pocas páginas, reducido el campo, reducido con ello el mismo intento del autor, no revela ni puede revelar *El Esgaña-pobres* toda la fresca imaginación, toda la observación íntima y penetrante, todo el poder de asimilación y de expresión, toda la fuerza cómica y dramática, que, natural y sencillamente, siempre sin rebuscos ni efectismos, siempre con asombrosa *simplicidad,* siempre con conciencia y con método, triunfan, y brillan, no ya en *Vilaniu,* y en *La Febre d'or,* en cuyos argumentos y extensión ha cabido de todo, sino en las colecciones de los *quadros,* anteriores y posteriores á los Juegos Florales en que *L'Escanya-pobres* obtuvo el premio.

Venga, pues, venga, sí, cuanto antes, para que todos los españoles conozcan bien á Oller, la traducción castellana de *Vilaniu* ó de *La Febre d'or;* venga si no, si es más hacedero, si parece más fácil á los editores, una traducción, *escogida, combinada* cuidadosamente, de sus mejores *quadros;* tradúzcanse bien *Lo bailet del pá, Lo trasplantat,* los *Recorts de noy, L'indiscreció, La pitjor pobresa, La Bofetada, Los pardals de la Rambla,* tantas otras que ahora no recuerdo por el título; y puede, puede que esto sea lo mejor: hacer una especie de *antología* castellana del Oller cuentista y *costumbrista,* de los *Croquis,* las *Notas de tots colors* y *Figura y Paisatge,* combinando bien los cuadros, alternando los cómicos con los patéticos y los *reales* con los inventados. El caso es que Gili, que Altamira, no se contenten con *El Esgaña-pobres,* y que en Madrid, en Sevilla, en Salamanca, en León, los que conozcan los *originales* de Oller y hayan olvidado algo *La Mariposa,* vean, como tantas veces queda dicho, que en el *mundo hay más,* y mucho más que leer á los rusos y franceses traducidos. Dificultosilla será la empresa, algo difícil la traducción, convenido: la lengua de Oller es un catalán *reconcentrado:* pero nunca han faltado ni faltarán fuerzas á Cataluña para los grandes empeños, y demasiado sabe toda ella, que Narciso Oller es una de sus mayores glorias.

PEDRO SÁNCHEZ

P. DUBOIS. — RECUERDO. (E. F. FOT.)



EL ANABAS

LOS PECES TREPADORES

De tales se puede calificar á los anabas, notables por su organización y sobre todo por una particularidad que han dado á conocer dos observadores dinamarqueses. Estos peces, que viven en los mares de la India oriental, tienen la costumbre de trepar á ciertos árboles y alimentarse del agua acumulada en sus hojas. Uno de los citados observadores dice que cogió uno de dichos anabas en la abertura de la corteza de una palmera que había cerca de un estanque. El anabas se hallaba á cinco pies sobre el nivel del agua y esforzábase por subir más aún, á cuyo efecto se sostenía en la corteza valiéndose de las espinas de sus opérculos, doblaba la cola, cogíase con las espinas de la aleta anal, y desprendiendo entonces su cabeza, elevábase así y se agarraba de nuevo para repetir la misma operación. El naturalista John hace un relato semejante, expresándose en estos términos: «Es un pez que permanece de ordinario en el cieno de los estanques, que se arrastra fuera de ellos por espacio de algunas horas por medio de las inflexiones de su cuerpo, y que con el auxilio de sus opérculos dentados en forma de sierra y de las espinas de sus aletas, trepa por las palmeras situadas á orillas de los estanques, por las que corre el agua acumulada en la copa por las lluvias. Por tal cualidad se ha dado á estos peces en el país el nombre de *pannei-eri* ó sea *trepadores de árboles.*»

Á pesar de estas aseveraciones, otros naturalistas no hacen mención de circunstancia tan extraordinaria; sin embargo, todos están contestes en asegurar que el anabas es uno de los peces que viven más tiempo fuera del agua, que se arrastra horas enteras por el suelo, y que los pescadores le tienen cinco ó seis días en un cesto llevándolo vivo al mercado de Calcuta.

ORIGEN DE LOS PRINCIPALES METALES

Sin pretender trazar una estadística completa que, á pesar de su interés, no podría menos de ser árida, resumiremos en pocas palabras las indicaciones más recientes sobre la producción de los principales metales usuales.

El oro, que es el más precioso si no el más útil, procede ahora en gran parte del Africa del Sur, que excede hoy en producción á los Estados Unidos. Estas dos regiones y la Australasia dan cada una por su parte un quinto de la producción total, siguiendo luego Rusia, que da un décimo. En cuanto al hierro, los Estados Unidos figuran á la cabeza, seguidos por la Gran Bretaña y Alemania, y después por España, Luxemburgo, Francia, Rusia y Austria. España es el país productor por excelencia del plomo, y da dos veces más que Alemania; pero los Estados Unidos suministran casi tanto como nuestra patria. En lo que hace á la plata, estos últimos ocupan el primer puesto, siguiendo luego Méjico; la Australasia, Bolivia y Alemania juntas proporcionan el equivalente de lo que sale del suelo norteamericano. La península de Malaca ocupa un puesto predominante en la producción del estaño, por cuanto da los $^2/_3$ de lo que absorbe el mercado; con las demás posesiones británicas, la proporción es de los $^3/_4$. Puede decirse que la mayor parte del zinc procede de Alemania, pues los Estados Unidos lo producen en corta cantidad. Agreguemos por último que España tiene casi el monopolio del azogue.

LA FECUNDIDAD DE LOS PECES

La fecundidad de los peces es asombrosa. Su multiplicidad excedería á cuanto se puede imaginar si no se opusieran á ello mil causas de destrucción. Un número inmenso de gérmenes perecen antes de salir á luz; las corrientes los dispersan, los temporales los estropean, el sol los seca y de tantos huevos apenas sale un ser viviente de cada ciento. Millares de pececillos son devorados, y cantidades innumerables de adultos sirven de pasto á otros peces, aves, animales y al hombre mismo.

Se ha calculado que las especies siguientes ponen:

Salmonetes	81,586	huevos
Sollos.	100,000	—
Escombros	547,000	—
Carpas	700,000	—
Esturiones	1.468,000	—
Palayas	6.000,000	—
Rombos	9.000,000	—
Mujoles ó lisas.	13.000,000	—

El bacalao, uno de los peces de que mayor consumo se hace, particularmente en España, es asimismo notable por su fecundidad. Leuvenhoek ha calculado que una sola hembra puede poner 9.384,000 huevos. Otro observador ha contado hasta once millones. Así se comprende que á pesar de la encarnizada persecución que se le hace, particularmente en los bancos de Terranova, su pesca no merme de año en año.

El arenque, pez del que asimismo se hace gran consumo, no es tan fecundo. El número de huevos que pone la hembra varía entre 20,000 y 70,000.

PLAFÓN DECORATIVO

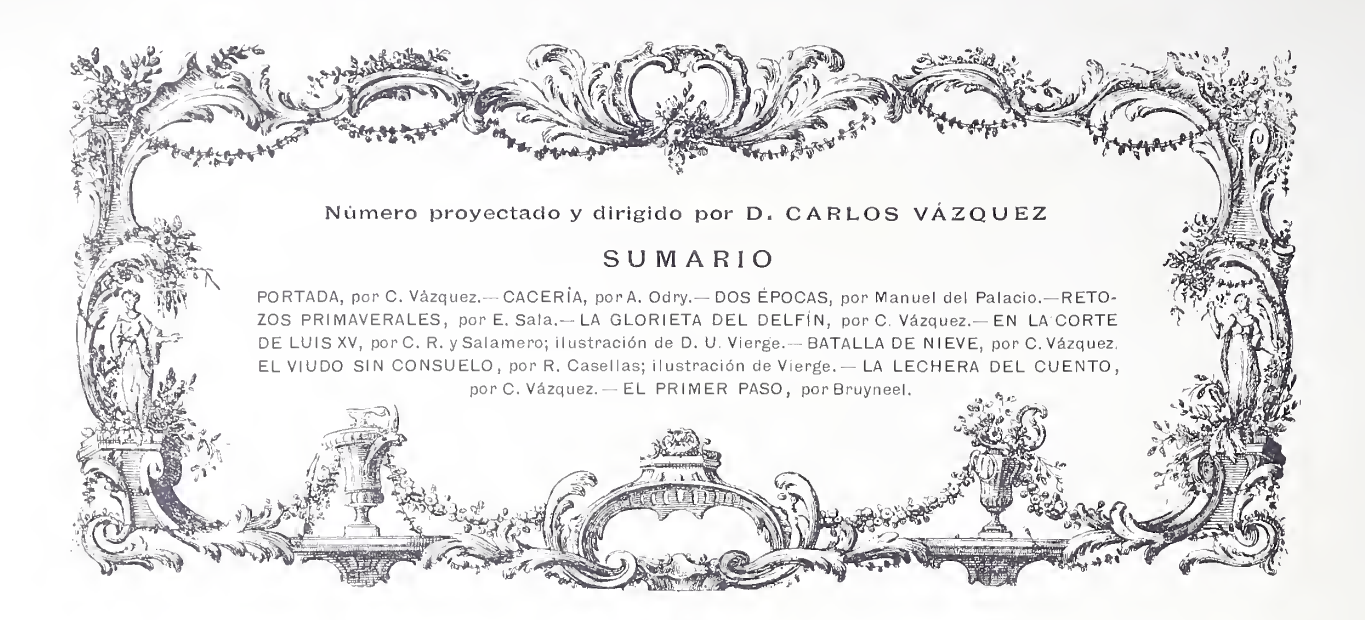


40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60

Papel de los Sucesores de Torras hermanos

Tintas de Ch. Lorilleux y Cª


HISPANIA.
Carlos VAZQUEZ
Carlos VAZQUEZ
1899.
N.º 15. - 30 SETIEMBRE 1899
HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



Número proyectado y dirigido por D. CARLOS VÁZQUEZ

SUMARIO

PORTADA, por C. Vázquez.— CACERÍA, por A. Odry.— DOS ÉPOCAS, por Manuel del Palacio.—RETOZOS PRIMAVERALES, por E. Sala.— LA GLORIETA DEL DELFÍN, por C. Vázquez.— EN LA CORTE DE LUIS XV, por C. R. y Salamero; ilustración de D. U. Vierge.— BATALLA DE NIEVE, por C. Vázquez. EL VIUDO SIN CONSUELO, por R. Casellas; ilustración de Vierge.— LA LECHERA DEL CUENTO, por C. Vázquez. — EL PRIMER PASO, por Bruyneel.

A. ODRY.—CACERÍA



DOS ÉPOCAS

Ostentando por divisa
algunos *reales* de plata,
la historia de *sus amores*
publicó Villamediana.
Y, verdaderos ó falsos,
pues no es cosa averiguada
y, aunque lo suponen muchos,
el que lo sabe lo calla,
motivo fueron bastante
á provocar la venganza
que por mano de asesino
tomó mano soberana.
Y el presumido poeta,
de su dicha haciendo gala,
vino á pagar con el cuerpo
satisfacciones del alma.

Otro rey hubo más tarde,
cuarto también de su raza,
en situación parecida
y á todas luces más clara.
Sin ser poeta ni conde,
ni más que modesto guardia,
alguien, de la esposa dueño,
llegó á gobernar la casa.
Hizo y deshizo á su antojo
leyes, guerras, alianzas,
y fué poderoso y grande
más que ninguno en su patria.
Y, cuando al destino plugo
perdiera cetro y privanza,
cayó sin gloria ni bienes,
pero abrazado á su dama!

Manuel del Palacio



E. SALA.—RETOZOS PRIMAVERALES

C. VAZQUEZ. — LA GLORIETA DEL DELFIN



EN LA CORTE DE LUIS XV

Francia es la tierra clásica de las Memorias y Correspondencias. Ambos géneros de literatura reflejaron á maravilla el carácter nacional, y hoy, sin monarca ni corte, siguen representándolo igualmente que cuando Luis XIV se consideraba como el estado mismo y lo era en realidad. La gente palaciega no podía ser tachada de holgazana, puesto que cortesanos fueron los autores de innumerables volúmenes que acaso no acertaran á componer las más laboriosas academias.

El duque de Luynes ocupábase en Versalles, hacia el promedio del siglo XVIII, en narrar día por día las gestas de Luis XV y de sus servidores con la minuciosidad del que ama su oficio y en él se complace, y algo también con el cuidadoso esmero de quien escribe para la posteridad, siquiera fuese á título de documentación, aun cuando él creyera que de admiración hacia su soberano ó más bien hacia su ídolo. Abarca su trabajo diez y siete volúmenes compactos. El duque de Luynes representa en el reinado de Luis XV lo que Argemon y el abogado Barbier en el de Luis XIV, lo que el admirable Saint-Simon en los veintitrés años que comprenden sus Memorias; pero, así como éste se expresó con el vigor intenso del escritor de raza, la pluma del de Luynes se desliza por el papel sin aventurar más que juicios velados y tímidos, indicio cierto de una naturaleza endeble, á la cual *su* Señor mete miedo. Pero, aun cuando se detuviera en los objetos, retrató, sin querer, las almas que en la corte de Versalles pasaban deleitable vida, sin adivinar la próxima tormenta. Aquellos hombres, como su cronista, pensaban que sus insignificantes acciones habían de convertirse en seculares é imperecederas.

Si deseamos saber cómo eran recibidos en palacio un embajador ó una embajadora, Luynes nos lo dirá sin omitir ni siquiera el vuelo de una mosca, si por ventura se interpuso en la ceremonia. Si apetecemos conocer cómo aquellos personajes se movían en el tablero cortesano, nos describirá sus menores gestos y actitudes.

Trátase de la recepción de una dama, y el duque escribe: «Madame de Luynes hizo una reverencia á la reina y luego á las damas que la rodeaban; enseguida recibió á Madame Zeno, esposa del embajador de Venecia, en el exterior de la cámara; después se saludaron, cumplimentaron y besaron, penetrando en la cámara de la soberana. Madame de Luynes iba delante y á la derecha, seguíala la embajadora, y tras ellas iba el Señor Saintot (introductor). Así que Madame de Luynes se hubo acomodado, la de Zeno inclinóse de nuevo ante S. M. en medio de la cámara, y, ya tocando á la reina, besó el borde de su vestido, haciendo la cuarta reverencia y un rápido cumplimiento. Pasados algunos minutos, llegó el rey por un salón que sirve á la reina de gabinete. Madame Zeno se levantó, todas las demás damas hicieron lo propio, y aquélla hizo dos ó tres reverencias, durante las cuales el rey se adelantó, después de haber saludado al entrar, y la besó en una mejilla solamente. Madame Zeno se inclinó de nuevo. El soberano volvió á su cámara por el camino donde viniera, y la señora embajadora hizo las mismas reverencias que

al entrar, pero después de la segunda se dirigió á las damas: la tercera la hizo en la puerta.»

Una indisposición repentina acometió en cierta ocasión al monarca, quien se vió obligado por ella á pasar la noche en el gabinete, en vez de dormir en su alcoba. El rey pide un sopicaldo, y esta diferencia de lugares en el absorberlo ocasiona un cambio en la etiqueta, que el duque consigna por el tenor siguiente: «Á las siete de la tarde S. M. tomó un poco de pan con el caldo. Todo aconteció del propio modo que si hubiese comido en su cuarto, con la diferencia de que cuando comía en él entraban todos al mismo tiempo que la mesa: los demás días sólo algunos entraban al principio, luego se cerraba la puerta, pasados algunos instantes volvíase á abrir, y todo el mundo se metía dentro.»

Iguales modificaciones acarreaba cualquier acto de Sus Majestades, ya fuese devoto ó puramente palaciego, público ó particular. Cuando la reina comulgaba, en el templo contemplábase la simetría admirable de taburetes, cojines y tapices. Si el rey asistía á vísperas, éstas no se cantaban sin preceptos rigurosos y al acaso, que en el oficio divino también se imponían las variantes: «Cuando el rey oye desde el coro los religiosos cánticos, los cantores están abajo, y al contrario», escribe el cronista.

La etiqueta llega á infiltrarse hasta en el espíritu de los más humildes funcionarios de la casa real. Así lo acredita la querella surgida entre los encargados de cuidar los muebles y los que conservaban los tapices: el lecho, el sofá y las sillas del dormitorio permanecían cubiertos de polvo días y días, á causa de que se disputaban el derecho de sacudirlos los criados y los individuos del guardamuebles.

Una de las cuestiones más graves y complicadas era la referente á la entrada en las habitaciones del rey, las cuales eran *familiares*, *solemnes*, *primeras* y *entrées de la chambre*. Las familiares se verificaban en los momentos en que el soberano al despertar permanecía todavía en el lecho. Entradas solemnes se llamaban las de los primeros gentilhombres de cámara, y acontecían cuando el rey acababa de levantarse. Eran primeras recepciones las en que el rey vestía el traje de mañana. Por último, para la *entrée de la chambre*, el rey se sentaba al tocador y así recibía á los cortesanos.

Los pormenores trascendentales se amontonan en las Memorias del duque. Ejemplo: «La reina se medicinó el jueves por precaución. La ciudad de Versalles envió al siguiente día á un funcionario municipal para informarse de su salud, según costumbre.» «La reina se bañó ayer en las habitaciones del rey.» «El rey ha dado, de aguinaldo, á la reina una muy linda caja de rapé.» «La reina hizo que le sacasen una muela en la noche del 13 al 14.» «Ayer vino Caperón, el dentista, para arrancar al Señor delfín un diente de leche.»

La revolución acabó con el refinado público á quien las Memorias de Luynes iban dirigidas. Hojeando las minuciosas páginas del libro, por todas partes se encuentran indicios de una sociedad agonizante, y se contempla con tristeza el abismo en que se hundieron los descendientes de la corte varonil de Enrique IV.

C. R. y Salamero





C. VAZQUEZ.—BATALLA DE NIEVE





EL VIUDO SIN CONSUELO
Ó
LA ENFERMA POR ENCARGO

El respetabilísimo marqués de La Tabatière, señor grave y ponderado aun entre los que habían alcanzado los majestuosos tiempos del Gran Rey, estaba aquejado por profunda pena desde el día que perdió á Clorinda, la más adorable de las mujeres, la mitad de su corazón. Caballero chapado al antiguo régimen, era de los pocos que habían seguido la tradición de amar á la mujer propia en medio de aquella corte voluptuosa y alegre de Madama Pompadour, en que el amor casero parecía ridícula antigualla ó vergonzosa debilidad.

¡Cuánto había sufrido el buen marqués durante la enigmática enfermedad de su esposa idolatrada!... Una de esas dolencias, lentas, pertinaces y al propio tiempo misteriosas, ante las cuales el médico más conspicuo no sabe qué decir ni qué ordenar... Se había consultado á los más ilustres doctores de París, se había llamado á los más famosos de Montpellier... y todos quedaban indecisos, perplejos, desorientados, á la presencia de la incomprensible enferma, que iba palideciendo lentamente como si perdiese la sangre gota á gota por un desgarro invisible. Poco á poco se marchitaron las mejillas de rosa, paso á paso se nubló el cielo azul de los ojos, se fundió á la postre el poderoso seno de nieve... y un día la adorada Clorinda falleció silenciosamente, sin que nadie pudiera asegurar de qué moría...

La Tabatière pareció volverse loco. Rehuyó los consuelos de la amistad y la compañía de los deudos. Á solas con su dolor, se encerró como en un claustro en la cámara de su esposa, soñando noche y día junto á aquel lecho de muerte que había sido por tantos años el nido de sus amores.

—¡Clorinda amante!... ¡Clorinda querida! ¡Clorinda de mis pensamientos! ¡Clorinda de mi voluntad!... — iba salmodiando por lo bajo, como si rezase una amorosa letanía.

* * *

Los amigos llamaban en balde á la puerta del marqués. Inconsolable en su pesar, se negaba á la solicitud de cuantos le aconsejaban la panacea de las fiestas, las jiras y los saraos como medicina para su aflicción. Mas los camaradas insistían, impelidos acaso por el cariño, ó acaso empeñados en desvanecer un ejemplo de póstuma fidelidad que parecía casi monstruoso en aquel mundo seductor de petimetres y preciosas. El viudo se resistió, se resistió cuanto pudo á aflojar la clausura de aquella religión de sus recuerdos... y todo lo más que hizo, andando el tiempo, fué salir en carroza á las horas silenciosas del crepúsculo y pasear su melancolía por las avenidas más solitarias de Versalles.

Pero quiso el azar que por aquellos días se conmoviera la Corte toda con la noticia de una comedia nueva, *Las virtuosas perseguidas*, de la que se hacía lenguas todo el mundo y que debía estrenarse en el teatro de Madama. El bullicioso acontecimiento llegó á turbar con su resonancia la misma soledad dolorida del marqués. El melancólico señor hasta se vió invitado á la fiesta por el propio autor de la obra, el ingeniosísimo abate De Belcour, inseparable compañero de sus harto remotas mocedades. La Tabatière se resignó á asistir al espectáculo como quien se resigna á un sacrificio.

Cuando, la noche del estreno, penetró el afligido viudo á la fastuosa sala de comedias, chispeaba en toda su deslumbradora brillantez el enjambre de mujeres alegres, de

filósofos galantes, de abates adamados, de poetas eróticos, de políticos distraídos, de artistas académicos y cortesanos ingeniosos que constituían el divino séquito de Luis y de Madama. La visión de tantas beldades congregadas en torno del monarca y de su dulce amiga no logró, sin embargo, subyugar ni por un momento el ánimo del marqués. Al espectáculo de las hermosuras que tenía ante los ojos, espléndidas en su semidesnudez, radiantes de voluptuosidad y juventud, se sobreponía la imagen muriente de la mujer querida, esbelta y frágil como un tallo de azucena, pálida como la luna, lánguida como un desmayo...

* * *

Como la comedia tampoco conseguía interesarle, el marqués salió del salón, dirigiéndose á los solemnes jardines que rodeaban el teatro, como quien busca refugio en la soledad para saborear libremente sus recuerdos.

Pero apenas había dado unos pasos por las rectas avenidas de recortados follajes... cuando de pronto surgió ante su vista una extraña aparición que le dejó confuso y palpitante. ¿Era realidad? ¿Era alucinación? Mas ¿cómo podía ser quimera aquella mujer que tenía enfrente, iluminada por la luna y ofreciéndose como una reproducción exacta, como una copia fidelísima de la mujer llorada? Estaba abatida, triste... Iba envuelta en los encajes de un gran manto que la resguardaba del relente de la noche... Tenía la actitud de quien entretiene el tiempo mientras espera... Parecía soñar, soñar, con los ojos perdidos en la inmensidad del cielo... Y ¡qué semejanza con Clorinda! Los mismos ojos murientes... la misma languidez de desmayo... la misma palidez de flor marchita...

El marqués no pudo contenerse.

— ¿Eres tú, amor mío? — balbuceó con ronca voz.— ¿Eres tú?

— ¡No, señor! — replicó el lánguido fantasma.— Sin duda me tomáis por otra, caballero.

— ¡Oh, no, no! ¡Tú eres Clorinda, la esposa de mis amores!

— ¡Quiá, señor! Yo soy madamisela Laura Bagatelle, la conocida actriz. En la comedia de *Las virtuosas perseguidas,* que se está representando, desempeño el papel de Tarsis, la niña vergonzosa que se consume y muere por no confesar su pasión. Pero como en el primer acto sólo tengo una escena, hacia el final, he salido á los jardines á respirar el aire fresco de la noche...

— Pues bien, Clorinda mía...

— ¡Laura, señor!

— Laura ó Clorinda... lo mismo da. Yo ya no puedo vivir sin ti... y no me abandonarás. Serás mi Clorinda ó mi Laura, como quieras... ¿Verdad, amor mío? ¿Verdad que sí? — suplicaba ardientemente el marqués mientras estrechaba á la joven contra su corazón y le quemaba el rostro con besos llenos de fiebre.

Al primer instante había creído la damisela que se las había con un loco, y estuvo á punto de gritar, pidiendo auxilio; pero... iluminada de pronto por un rayo de luz, tuvo tiempo de vislumbrar el suntuoso porvenir que se abría ante sus ojos si sabía mantener la ilusión del gran señor.

* * *

Desde el día siguiente al estreno de *Las virtuosas perseguidas* en el teatro de Madama, la bella actriz ya no representó la comedia para otro público que á solas con el marqués. Fuertemente posesionada del papel que se le destinaba, lo desempeñó á la perfección. ¿No conocía al dedillo la famosa comedia de Molière *El médico contra su voluntad,* por haberle tocado muchas veces el papel de Lucinda? Pues, en trance tan apurado, ella inventaría un personaje todavía más curioso, «el de enferma por encargo».

Dar á su señor la ilusión de una dolencia poética, matizada de languideces y desmayos, provista de alarmantes peripecias é interesante á todas horas por las alternativas de mejorías y empeoramientos, fué el entretenido programa que ideó la damisela para aquella serie de funciones á puerta cerrada. Puso todas sus artes refinadas de actriz y de mujer en conservarse exangüe, delicada, frágil, como la pálida figura de aquella pobre marquesa que murió sin saber de qué. Por medio de tocados larguidecientes y de trajes vaporosos, caracterizaba á maravilla aquel personaje ideal que debía ofrecer á todas horas la apariencia de una amante que agoniza.

La Tabatière rejuvenecía por momentos. Con aquella zozobra continua, con aquel complicado repertorio de medidas á tomar y de previsiones á atender, al buen señor se le figuraba haber vuelto á sus tiempos más dichosos.

— ¿Cómo estás, queridita?

— Me siento mejor.

— Me parece que estás mala...

— No creas, no.

— Te encuentro más ojerosa...

— Aprensión será.

— Mandaré por el doctor.

— Mañana ha de venir... Aguarda.

— ¿Y si por la noche empeoras?

— ¡No!

— Sí.

— No...

Y, creyendo defenderlo contra la muerte, el marqués rodeaba día y noche á su tesoro de incesantes cuidados y minuciosas precauciones.

* * *

Pero vino un día en que la damisela llegó á cansarse de su papel sempiterno.

En su existencia de actriz estaba acostumbrada á cambiar incesantemente de personajes, interpretando hoy la niña ingenua y la coqueta mañana, ora la zafia, ora la presumida, unas veces la señorita, otras la moza del campo. Aquella variedad de papeles ahuyentaba la monotonía



de la vida. Pero representar siempre la enferma, vivir un día y otro recluída en casa, andar constantemente entre pócimas y tisanas, resultaba oficio triste, tan triste que no se podía soportar. Como se encontraba la chicuela tan fuerte y tan campante, al punto que volvía la espalda su señor ya estaba descomponiendo el ademán enfermizo y ensayando como una locuela las más graciosas figuras del minuet.

Así fué cómo una noche, Laura Bagatelle, aunque temiendo la desilusión que iba á producir al señor marqués, se decidió á hablarle clarito.

— Queridito de mi alma, ¿sabéis lo que acaba de declararme el doctor? Pues que, si quería ponerme bien, debía salir otra vez al mundo y gozar de la vida á mi placer. Conque, si deseáis mi salud y mi felicidad, ya sabéis lo que os toca hacer.

La Tabatière, lejos de mostrar desilusión alguna, como temía la muchacha, tomó aquella manifestación á quema ropa con gran filosofía, hasta encontró juiciosa la prescripción del doctor, dijo que por probar nada se perdía, llegando con sus aquiescencias hasta el punto de hacer sospechar á la linda Laura que, así como ella se había cansado de su papel de enferma, él estaba próximo á cansarse del de enfermero.

Desde aquel instante empezó para ambos una nueva vida. Adoptando otros trajes, apelando á otros tocados, sirviéndose de otros afeites, la damisela recobró el color, descubrió potentes formas como si volviese á la vida por arte de encantamiento. Del brazo del invencible marqués, que parecía haber vuelto á los mejores días de su juventud dorada, Laura se lanzó á una serie de locas correrías por los bosques de Fontainebleau y de Leonart. Sin darse punto de reposo asistían á las regias funciones de Versalles y á las cenas de última hora del Temple ó del Caveau. Y, como lucía las joyas más ricas y las carrozas más lujosas, la damisela llegó á ser una mujer á la moda.

Cuando los tortolillos entraban en un salón en boga, los comentarios y las anécdotas contadas á media voz interrumpían un momento el baile. Damas y caballeros cuchicheaban recordando la historia de la enferma por encargo. Y los hermosos bustos de carne se sonreían, y las pelucas blancas se inclinaban hasta el suelo, al ver pasar aquella singular pareja que representaba la victoria de la seducción, el triunfo de la galantería.

R. Casellas

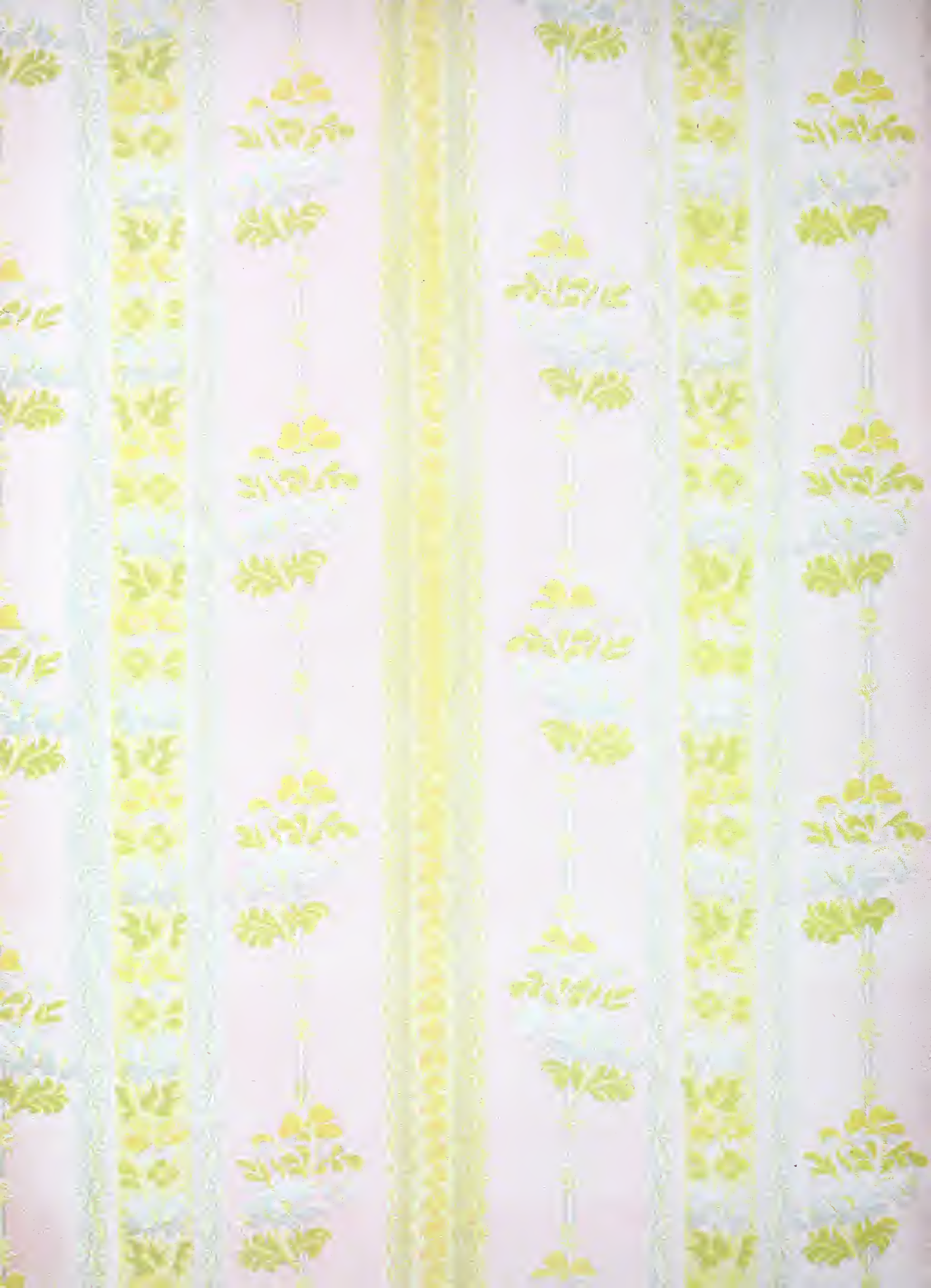


C. VAZQUEZ.—LA LECHERA DEL CUENTO



BRUYNEEL.—EL PRIMER PASO


HERMENEGILDO MIRALLES
59 - BAILÉN - 70
BARCELONA
HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.
PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.
ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.
Á LOS TOROS Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.
LITOGRAFÍA
MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS
RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.
ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.
JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.
IMÁGENES de todas clases.
AZULEJOS CARTÓN PIEDRA
PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR
PIDASE CATÁLOGO





N.º 16. - 15 OCTUBRE 1899
HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

SUMARIO

PORTADA, por *Llimona*.—MIME, por *Mariano Fortuny*.—EL ALTO DEL CENTINELA, por *Francisco Barado*; ilustración de *R. Navarro*.—APUNTES, por *R. Domingo*.—RÁFAGAS, por *A. Avilés*.—TRASEGANDO, por *J. Mir*. VENDIMIA, por *J. Mir*.—IMPASIBLE BONDAD, por *A. Riera*; acuarelas de *Mas y Fondevila*.—LAS VERBENAS, por *R. Marín*.—D. JUAN VALDÉS RUBIO.—VARIEDADES.

La semana próxima publicaremos un Número Extraordinario dedicado exclusivamente á nuestro Prelado



MARIANO FORTUNY.—MIME



EL ALTO DEL CENTINELA [*]

En los aciagos días que siguieron á la entrada de los ejércitos franceses en la Península, Galicia fué una de las regiones españolas que más se distinguieron defendiendo la independencia nacional. Nobles y plebeyos, clérigos y seglares, grandes y chicos, uniéronse sin vacilación alguna y dispusiéronse á sacrificar vida y haciendas en aras de la Patria. Constituyéronse juntas, organizáronse regimientos, estableciéronse fábricas y parques, y el paisanaje armado no contribuyó menos que el ejército al aniquilamiento del invasor. Bien es cierto que la conducta de éste era para soliviantar á los más pacíficos y para mover á los menos animosos. Pero de las mismas tropelías que los extranjeros cometían sacaron partido los españoles; porque el merodeo y el pillaje, con sus excesos y sus infamias, no es lo que menos desorganiza, desmoraliza y quebranta á un ejército regular. Eran, por otra parte, los hombres de aquellos años, gente de verdadera fibra, como educados en la austeridad y en la virtud, y estaban por añadidura aquellos guerreros acostumbrados á vencer sin grandes resistencias á pueblos en apariencia más poderosos.—

Con estas frases comenzó su relato el Señor de Carrizosa, un retirado setentón á quien se lo oí allá por los años 1867 en la histórica ciudad de Santiago. Y en verdad que no deja de ser interesante.

—Lo cierto es—añadía—que aquellos ejércitos de Napoleón eran dignos de impresionar á gente menos curada de sustos que los españoles. Había regimientos de todos colores, nombres y procedencias. Húsares azules y rojos con pellizas cubiertas de cordones de oro, sable corvo y enorme portapliegos; lanceros polacos, blancos y amarillos, con el airoso *chascás* cubierto de plumas; coraceros de alto penacho y reluciente peto; la infantería con el enorme morrión y la casaca azul cruzada por el blanco correaje; los artilleros, no menos lujosos que los jinetes, con su oscuro uniforme con vueltas rojas; y entre todas estas tropas la Guardia imperial con sus colosales gorras de pelo empenachadas, sus grandes casacas y su calzón blanco, gente ésta que no menos llamaba la atención por el uniforme que por su alta talla y su aspecto curtido y veterano. Nunca se vieron uniformes más variados y llamativos, ni tipos más exóticos, ni arreos más deslumbradores. Pero, lo repito, la impresión que todo ello producía en nuestro pueblo no era tan poderosa que bastara á borrar el sentimiento de hostilidad y de resistencia que aquel ejército despertaba. Llegaba éste orgulloso de sus victorias, poseído de su instrucción y de su valor y más poseído todavía de que el pueblo español era un pueblo embrutecido y postrado, sin iniciativas y sin organización, en peores condiciones, por lo tanto, que los que acababa de vencer y humillar. Y la falsa idea de las condiciones de España fué tan perjudicial á Napoleón como á sus



(*) Este episodio está basado en un curioso librito que, con el título de *Proezas de Galicia explicadas bajo la conversación rústica de los dos compadres Chinto y Mingote*, se publicó en la Coruña en 1810.



soldados. Muy otra hubiera sido si no la conducta de aquél y de éstos con los españoles. Pero á esta idea unióse otra circunstancia que no cabe tener en olvido, y es que á los invasores subióseles á la cabeza el vino de España.

Las primeras columnas que pisaron el territorio gallego no guardaban, por regla general, grandes precauciones. Diseminábanse los soldados por pueblecillos y alquerías, y, sin parar mientes en el odio de los aldeanos, entrábanse por cocinas, bodegas y corrales, en los que daban buena cuenta de hogazas, gallinas y conejos, rociando tan copiosamente lo comido que rara vez terminaba el yantar sin que los comensales rodaran por los suelos convertidos en verdaderas cubas. Esta era la ocasión en que los campesinos caían sobre ellos y los degollaban, arrojando luego sus cuerpos á los pozos, simas ó ríos, con objeto de borrar la huella de la matanza. El toque de corneta sonaba en balde para muchos desperdigados. En los alojamientos no era raro que al sueño del extranjero siguiera la muerte. Hombre ó partida suelta que fuesen sorprendidos en camino ó vereda, eran blanco de los fuegos del paisanaje, que disparaba á mansalva, protegido por asperezas y espesuras. Esto desesperaba á los generales y jefes enemigos, y ahora mismo recuerdo las frases que atribuían á Soult los gallegos: *Une fraire qon cinconte omi tenibü el atrevimant de fazer frent a un exercite bitorioso qomo el de moa: esti seti farsa, futre; é de afusilé tuti.*

Pues... sucedió que como, por efecto de estas sorpresas y degollinas, los jefes franceses dieran órdenes más severas á sus soldados y dispusieran mejor sus alojamientos, también los aldeanos hubieron de mostrarse más cautos y más astutos. Tenían que apelar á los rebatos, guerrillas y emboscadas, luchando sólo cuando las probabilidades de triunfo no eran dudosas; porque las ordenes del enemigo eran severas y la menor sospecha motivaba un fusilamiento. Pero esto no amilanó á mis paisanos. Y en prueba de ello voy á contaros uno de tantos episodios, que, si bien sencillo, pinta la osadía y la fiereza de aquella gente.

Era uno de los primeros días del invierno de 1809, año de terrible recordación para los españoles. Muchas familias residentes en las ciudades habían emigrado á los campos; otras, temerosas de las correrías de franceses y guerrilleros, tomaban el camino de la ciudad. La mía se hallaba en aquéllos desde los primeros días del año anterior; pero también nos alcanzaban los estragos de la guerra, y también contribuían mi padre y hermanos á la defensa tomando parte en algunas algaradas y rebatos. En estos casos nos capitaneaba Mingote, el hercúleo Mingote, un mocetón de la comarca, gran cazador y experto práctico, valeroso y atrevido como pocos y fanático como ninguno. Contaba yo sólo trece años, y, aunque mi edad no me permitiera contribuir muy eficazmente á tales empresas, ello es que llegó un instante en que quise poner á prueba mis fuerzas, y ofrecíme á Mingote para llevar las municiones en cierta correría proyectada por éste. Sabíase que el ene-

migo se hallaba en unos pueblecillos vecinos, con alguna avanzadilla sobre la carretera que conduce á Monforte, y tratábase de darle una sorpresa. Para ello se eligió el amanecer de uno de los primeros días de Diciembre. Creyóse que el frío y la niebla facilitarían la correría. Además dejóse en paz al enemigo desde algunos días antes. Degollados los centinelas que vigilaban el campo, fácil sería acuchillar á las desprevenidas guardias. El resto se dejaba á la casualidad.

Como se ideó, realizóse el plan.

Mingote, yo y tres mozos muy ágiles y corredores nos dirigimos á un cabezo que dominaba la llanura, envuelta por una niebla densa y oscura. No había amanecido y pudimos oir el último alerta del centinela. Trepamos con el mayor cuidado por la maleza y llegamos anhelosos á corta distancia de éste. No nos oyó. Su silueta destacábase confusa entre la niebla. Cantaba, cantaba con voz queda un aire de la patria... Entonces se adelantó Mingote, y, antes de que alarmado pudiera el centinela dar un solo grito, ya aquél le oprimía el cuello entre sus manos de hierro. Fué obra de un segundo. Cuando los demás camaradas llegamos, el soldado estaba en tierra, sujeto por las rodillas y brazos del fornido gallego.

Pero... aquel soldado no era un veterano de los ejércitos imperiales. Era un adolescente, casi un niño, rubio, fino, delicado, simpático. Sus ojos azules reflejaban el temor y la súplica. Cuando se vió rodeado por nuestra gente y se dió cuenta de su suerte, sólo acertó á decir estas palabras:

— *Seti alemán, seti alemán, cristiano.*

¡ Pobrecillo ! Era uno de tantos extranjeros como nutrían los ejércitos franceses, y en aquel terrible trance no acertaba á encontrar palabra más eficaz para mover nuestra compasión que el nombre de cristiano.

Pero Mingote era un mozo tan duro de alma como de cuerpo.

— E ¿qe xente é esa? — preguntó á sus camaradas.

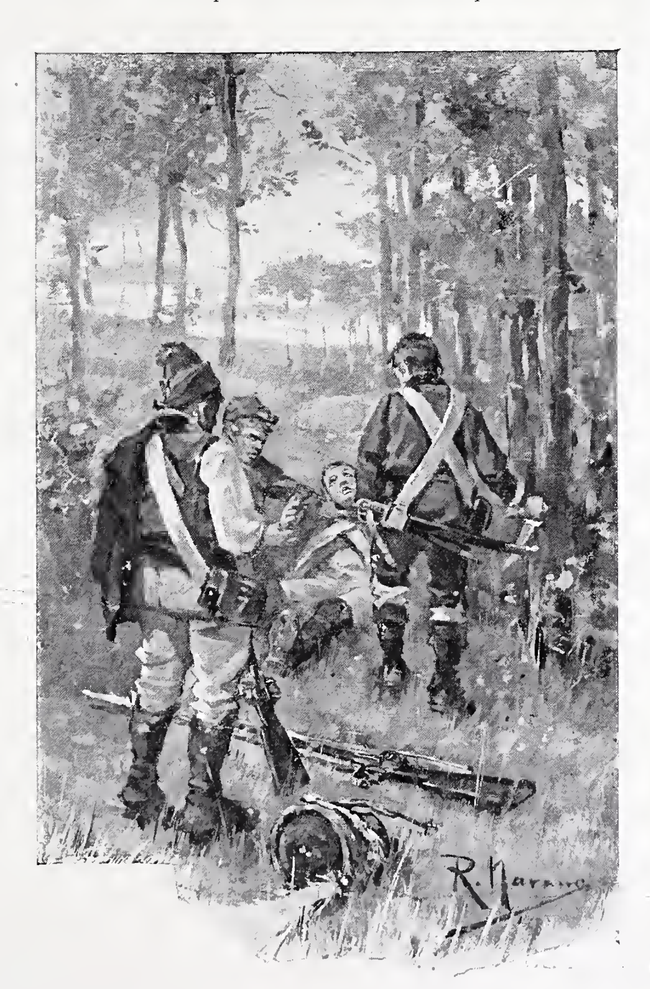
— Son os qompañeiros dos franzeses, qe beñen á axudarlos, — le contestó Chinto, su vecino.

— Esos son os qe eu busco,— replicó Mingote;— poix xa qe é alemán qe diga o credo, qe si fora franzés, nin astra eso lle deixaba, porqe xa estam qondenados.

Y en balde repitió el infeliz: *Seti alemán, cristiano,* porque un tremendo cuchillazo de Mingote le dejó sin vida.

La sangre del pobre mozo manchó la blanca alfombra de escarcha; sus ojos azules quedáronse mirando al cielo, contraída y desencajada la faz por las angustias de aquel sacrificio terrible é inesperado... Han pasado muchos años, y aun parece que contemplo esta escena de fría crueldad, que veo entre la niebla la borrosa silueta del pobre soldado y que oigo el dulce cantar quizás aprendido en las márgenes del viejo Rhin. La niebla que envolvió este episodio no favoreció del todo la sorpresa del destacamento. Advertidos por casualidad los franceses, hicieron frente á los nuestros y los rechazaron sin gran esfuerzo.

Cuando á todo correr atravesábamos aquellos campos, saltando arroyos y zanjas, de regreso á nuestros refugios, todavía pudimos ver las llamas de una inmensa hoguera que destruía los pueblecillos. ¡Cuánta víctima inmolada estérilmente!... Algunas veces, en el transcurso de mi vida, sobre todo estando *de facción,* he recordado al soldadito alemán; y si por acaso llegué hasta el lugar en que ocurrió esta escena, no he dejado de descubrirme y de saludar con respeto *el alto del centinela,* que así lo hemos llamado desde entonces. El nombre de *cristiano* no debe haberse dado para los hombres que se encuentran cara á cara con el odio en el alma y el acero en la diestra. Por lo menos en aquella ocasión sólo valió á la víctima *un credo...* que no era poco tratándose de un ejército de condenados.



Francisco Barado







ROBERTO DOMINGO.—APUNTES



(APUNTES DE MI CARTERA)

Va á partir el tren para Sevilla.

Á la bella y alegre capital andaluza se dirige la enamorada pareja que acaba de recibir la bendición nupcial.

Yo, que presencio desde el andén la despedida de los novios por deudos y amigos, sorprendo en las miradas de los recién casados chispas de amorosos efluvios.

Coincidiendo esta observación con el anheloso resuello y el apresurado rodar del tren, me recuerda aquel terceto del Dante:

« *Cuali colombe dal dissio chiamate,*
Con l'alli aperte e ferme al dolce nido
Volan per l'aer, dal voler portate... »

Y, mientras doy la vuelta á mi tibio hogar de soltero, entreténgome en traducir así los apasionados versos de la *Divina Comedia* :

«Cual palomas que, á impulsos del deseo,
Volando por el aire, al dulce nido
Amantes van, con rápido aleteo...»

* * *

— *(Hablando)* ¡ Cuánto celebro verle á V.!

— *(Pensando)* ¡ Cuánto siento encontrarte, antipático, pesado, chinche! Ahora me vas á secuestrar una hora para hacerme perder el tiempo oyendo sandeces!!!

* * *

Un mendigo nota que uso lentes, y me dice:

— Señorito, un centimito por Dios, y para que le conserve á V. esa divina vista!

Es decir:

— Socórreme, si no por caridad, por egoísmo.

Lo cual representa en el mendigo bastante conocimiento del corazón humano y... del arte de pedir con fruto.

* * *

¿Quién puede á veces separar en el mundo lo tétrico de lo jocoso?

Encuentro á Basilio, antiguo y honrado capataz de campo, y, viéndole de luto, le pregunto:

— ¿Qué es eso, Basilio? ¿Por qué va V. de negro?

— ¡ Ah, señor! — me contesta con voz acongojada; — ¡ porque hace ocho días que he tenido la *probabilidad* de perder á mi esposa!

* * *

Entro en casa de mi amigo X***, á donde voy á visitar á un individuo de su familia, huésped allí para pocos días.

Pregunto por él, y me dice X***:

— Ayer se marchó. Por cierto que hemos sentido que haya estado aquí tan corto tiempo.

Entonces Conchita, una niña muy linda y muy parlera, exclama:

— Papá: pues ¿no le decías ahora mismo á mamá: « ¡ Gracias á Dios que se marchó tu primo! » ?

* * *

Al hacer su visita de despedida un joven paleto, díjole el dueño de la casa:

— Ya sabe V. que aquí se le estima muy de veras: conque mande V. lo que guste.

Y el paleto contestó:

— Pues mandaré una carguita de melones, que es lo mejor que hay en mi pueblo.

* * *

Encuéntranse en la calle dos amigos que no se han visto en muchos años, y dice el uno:

— ¡Chico, qué viejo estás! ¡Parece mentira que seamos contemporáneos!

Y el otro contesta:

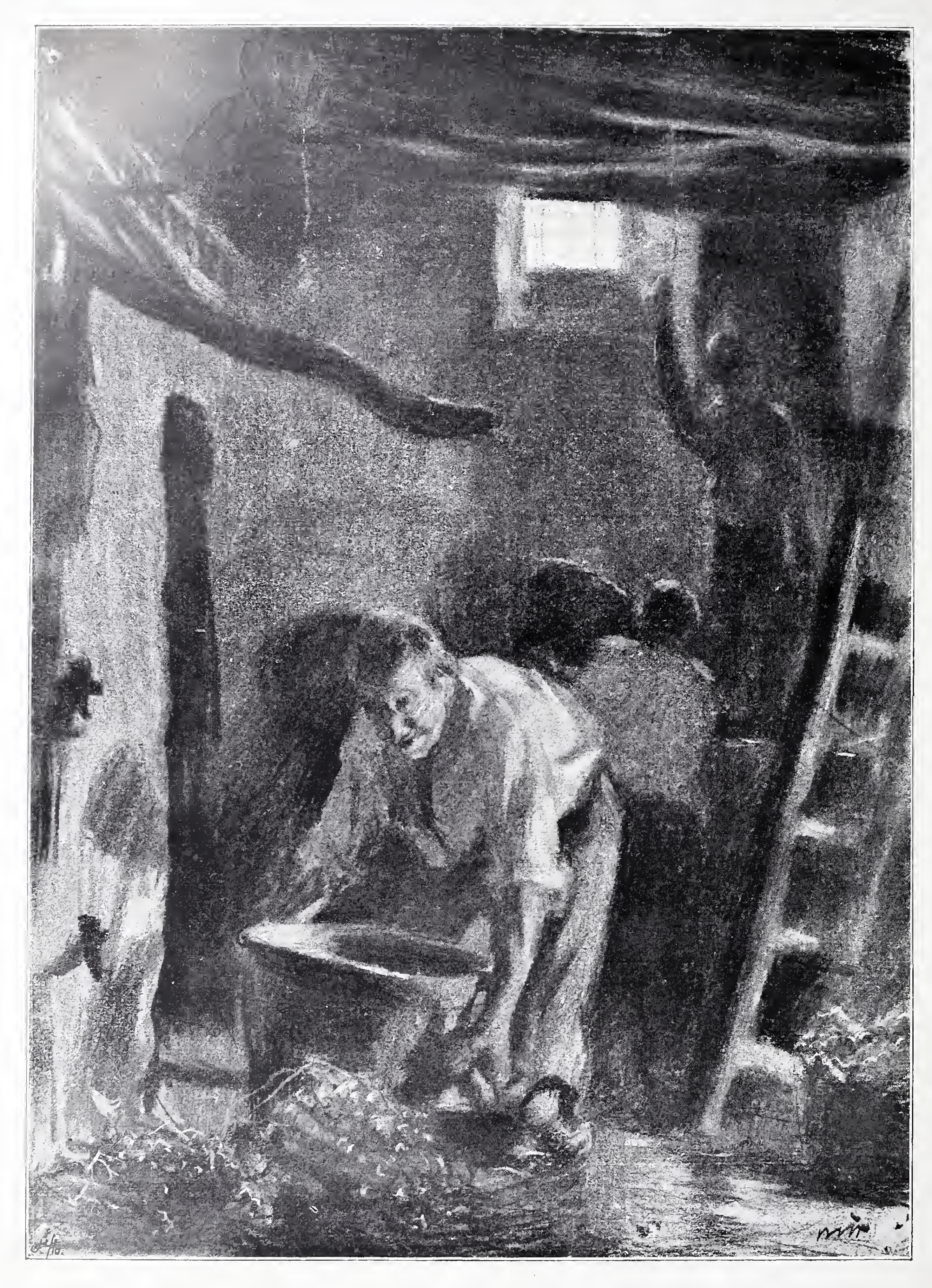
— Pues, además de ser verdad, no dudes de que lo parece. Lo que hay es que á mí no me has visto en muchos años, mientras que tú te has estado mirando todo ese tiempo al espejo diariamente. Yo te resulto viejo de pronto, y tú has envejecido lo mismo, aunque sin notarlo. Pero fíjate bien, porque yo, además de ser yo, soy ahora un verdadero espejo tuyo.

* * *

Dan las 12 de la noche del 1.º de Noviembre. La tensión nerviosa que me produce mi trabajo de todo el día me tiene cuasi desvelado. Paréceme oir las discordes notas del violín en la famosa *Danza macabra* de Saint-Saëns, y chocar de huesos y voces estridentes que cantan:

Chacas, chacas, chas,
Tú envejecerás;
Chacas, chacas, chas,
Y aquí pararás;
Chacas, chacas, chas,
Por siempre jamás;
Chacas, chacas, chas,
Como estuve estás;
Chacas, chacas, chas,
Lo que soy serás;
Chacas, chacas, chas,
Hodie mihi, mihi;
Chacas, chacas, chas,
Tibi, tibi cras;
Chacas, chacas, chas,
Chacas, chacas, chas!!!

ANGEL AVILÉS



J. MIR.—TRASEGANDO



J. MIR. — VENDIMIA



IMPASIBLE BONDAD

HABÍA terminado la cena. Los camareros no dejaron sobre la mesa sino las cajas de cigarros y las botellas de distintos licores de buenas marcas que debían favorecer la digestión con su alcohol refinado, impregnado de diversos perfumes que recordaban vagamente los de las frutas de que eran la quintesencia. Algunos de los comensales, con el rostro congestionado y medio entornados los ojos, saboreaban los placeres de la digestión, sintiendo cómo su sangre corría más rápida, y estaban como amodorrados, ni más ni menos que las serpientes después de una abundante comida. Otros, por lo contrario, sentíanse en vena de hablar y se entregaban á las delicias de una discusión que enardecía los ánimos y satisfacía el hambre de los espíritus, no menos imperiosa que la que hace contraer el estómago.

Como todos los que estaban reunidos alrededor de la mesa eran hombres de talento, y de instrucción vastísima la mayoría de ellos, su conversación resultaba agradable y salpicada de esos rasgos de ingenio que raras veces brillan, con la espontaneidad que les da más valor, fuera de ocasiones semejantes, que es cuando se pueden decir las enormidades de mayor calibre sin que alguien se ofenda al oirlas.

— Tengo para mí,—decía uno,—que el hombre egoísta, incapaz de realizar lo que se llama una buena acción en favor del prójimo, no es digno de vivir en una sociedad donde el altruismo ha de acabar por ser dueño y señor absoluto, si se quiere que alcancemos la perfección tras de la que corremos todos, como lo hicieron antes nuestros antepasados.

— Razón tienes de sobra; pero eso me lo sabía yo de memoria hace muchos años.

— ¡ Y yo !

— ¡ Y yo !

— ¡ Y yo !

Uno de los que no habían despegado los labios hasta entonces, se echó al coleto un gran trago de kummel y replicó:

— Pues no os quejaréis de mí si contradigo esas teorías que os parecen la última palabra del adelanto moral y que profesáis con tan rara unanimidad.

Todos se aprestaron á escuchar, porque el que había tomado la palabra pasaba por ser uno de los hombres más inteligentes de su época y que jamás aceptaba sin contraste nada de aquello que á juicio de la mayoría era verdad inconcusa.

— Conste que por esta vez,—prosiguió diciendo el orador,—no hablo por mi propia cuenta, y que, si las teorías que exponga os parecen raras y atrevidas, se debe únicamente á que he conocido á un hombre que pensaba lo contrario que todos vosotros acerca de la bondad y del altruismo. Antes de trabar conocimiento con ese hombre compartía también vuestras ideas: después que le hube tratado y supe apreciar lo que valía, pensé de muy distinto modo.

Hace tres años, necesitando calmar mis nervios y regenerar mi sangre empobrecida por esos excesos de trabajo á que nos obliga la lucha por la vida, fuí al campo. No marché, como podéis comprender, á una de esas playas donde uno se codea con la misma gente que en la ciudad y donde es preciso atenerse á las mismas reglas de etiqueta que en los salones y hoteles. Tomé el tren, que me dejó al pie de los Pirineos, y, montando á lomos de un poderoso mulo, atravesé montañas y prados, vadeé ríos, sorteé precipicios, conocí el vértigo de las alturas y la impresión deprimente que sobre nuestro espíritu ejercen esas cañadas majestuosas y horribles á la par donde toman origen los ríos que después fertilizan las llanuras y son manantial de vida para las plantas; vida esplendorosa que brota de lo obscuro entre combates y dificultades, como el espíritu del hombre toma ser entre la oscuridad y las impurezas del claustro materno.

No diréis que de cuando en cuando no sé hablar como lo hacen esos oradores que encantan al vulgo.

— ¡Ea! Despotrica de una vez, y sepamos lo que piensa tu desconocido.

— Á eso voy. Después de dos jornadas de diez horas

cada una, mi guía me llevó á una aldea misérrima situada en la falda de una montaña abrupta. Un río caudaloso bullía cien metros más abajo, encajonado entre dos murallas de granito que contenían su caudal. Entre la aldea y el río había una faja de tierra de labor, en pendiente; más allá un bosque de abetos; al otro lado del río, otra montaña de desmesurada altura, cubierta por entero de una vegetación primitiva; á la espalda, más bosque; hacia el norte, una angosta cañada por donde llegaban las aguas del río; y, por último, muy al sur, á una hora ó más de la aldea, las montañas dejaban sitio al río, que se explayaba á sus anchas, regando una vega fértil, aunque reducida. Para llegar á ella había que seguir un estrecho sendero que bordeaba el precipicio en cuyo fondo corría el río.

Aquel camino seguíalo yo cada mañana y cada tarde, pues no me sentía con fuerzas para escalar las montañas. Llegado á la vega, la atravesaba en toda su extensión é iba á tenderme bajo un grupo de pinos centenarios que marcaban la frontera de nuevos montes y otros precipicios.

Mi patrona me llevó un día á la casa de un vecino para hacerme conocer á un *señor* que, como yo, había sido ciudadano, pero que desde cuatro ó cinco años antes vivía en aquella aldea completamente retirado, sin recibir visitas ni cartas y sin llegar jamás, en sus excursiones, hasta la villa que era cabeza del partido judicial de aquel rincón de mundo.

De buenas á primeras, no pareció muy satisfecho mi desconocido de la visita que le hacía. Pero, hablando hablando, llegamos á estimarnos, y en lo sucesivo hacíamos juntos las excursiones por la montaña ó por la vega. Era mi camarada un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, fuerte y ágil. Sus facciones, regulares y acentuadas, sólo adquirían expresión al hablar. En silencio parecían cortadas en el granito rojo de los montes. La frente era despejada y revelaba inteligencia y una voluntad poco común.

Jamás me preguntó una palabra de lo que ocurría en el mundo que voluntariamente había abandonado. Por lo mismo no encauzaba yo la conversación por tales caminos. Hablábamos de generalidades, de sociología, de arte, de derecho (objeto de burla para él), de medicina; de una porción de cosas que demostraban la vasta erudición de aquel hombre, al que reconocí desde mi primera entrevista una superioridad abrumadora. Sus juicios y sus ideas, que parecían venir de muy alto, pesaban sobre mi espíritu con igual majestad que las montañas sobre valle. Supe que en su juventud había sido gran cazador, gran jinete y nadador incansable. En cambio, como sabéis, no poseo yo ninguna de esas habilidades.

Paseábamos una tarde por la vega, departiendo no sé sobre qué asunto, cuando de repente advertí que mi interlocutor miraba con fijeza hacia el río. Un hombre había caído, ó se había tirado, y las aguas le arrastraban. Mi compañero podía salvarlo indudablemente. Pero, inmóvil, como hipnotizado, con el ceño fruncido, brillantes los ojos, no hacía ademán de volar en socorro del desdichado.

— ¿ Qué hace V. ? — pregunté.



— Nada, — replicó; — miro ese drama.

— Pero este hombre va á perecer y V. puede salvarle...

Mi compañero no contestó. Más fijamente que nunca miraba al punto donde las aguas se habían tragado su presa. El hombre se había hundido. La catástrofe quedaba consumada.

Instintivamente me aparté de aquel hombre pronunciando frases de acerba reprobación. La impasibilidad con que había presenciado aquella desgracia me causaba invencible repulsión. Marché hacia el pueblo. El hombre permanecía quieto en su sitio. Medio kilómetro escaso habría andado cuando sentí detrás de mí un paso acelerado y firme. Apreté el mío, pues no quería la compañía de aquel hombre. Á los pocos pasos me había alcanzado, sin embargo, y me dijo con una rudeza que me produjo honda impresión, así como su voz concentrada y dura:

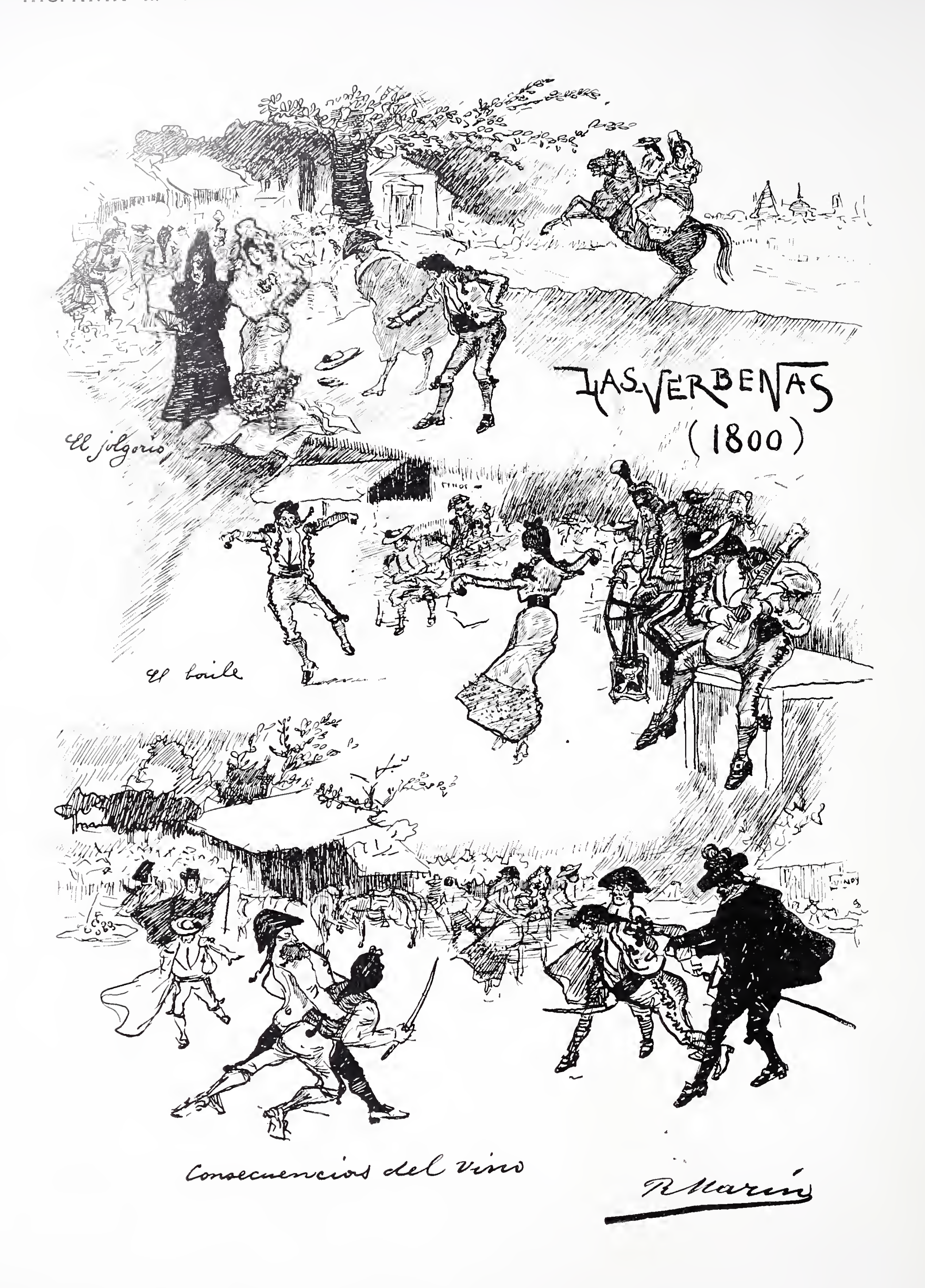
— Es V. un niño todavía. Cree V. que yo tenía deber de salvar á ese hombre. No. Ni siquiera me asistía el derecho de hacerlo. Cuando conozca la vida como yo, pensará V. de distinta manera. Cada cosa, cada ser, tiene un destino. ¿ Quién es un hombre para arrogarse el derecho de cambiar esos destinos? ¿Quién le ha dado permiso para substituir á la Voluntad y á la Fuerza que todo lo dispone? El acontecimiento más fútil en apariencia es origen de nuevas causas. La impresión más tenue no se recibe sin que quede huella. Cuando un hombre muere es porque su vida ya no podía ser útil y sí un elemento perturbador. Hay más bondad en dejarlo perecer que en salvarlo. Contrarrestar las leyes naturales es exponerse á represalias sangrientas.

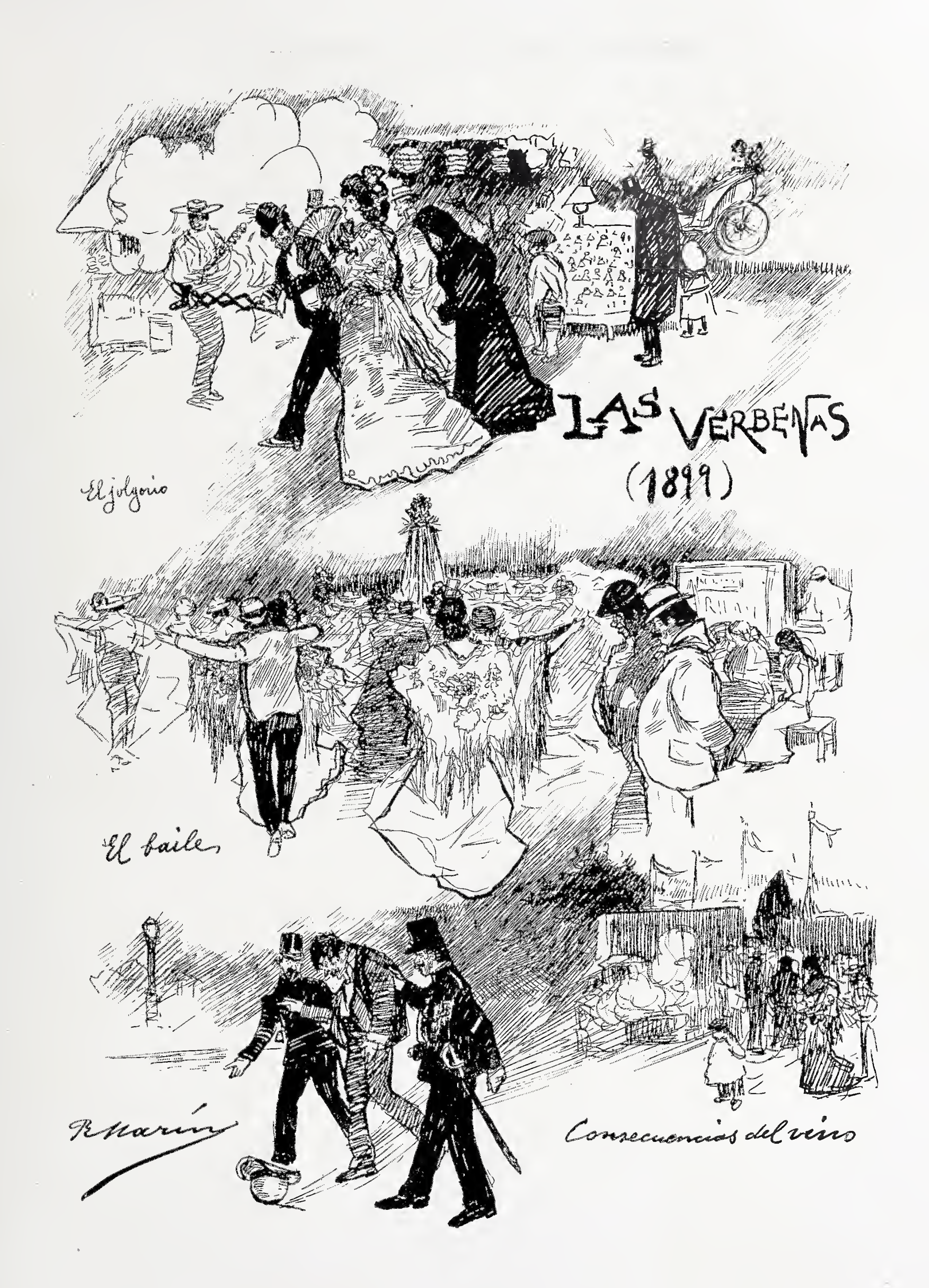
Decía todo esto mirando á lo lejos y como teniendo ante los ojos una visión tremenda. Sus facciones, tan inmóviles durante aquella catástrofe, estaban ahora convulsas.

— Yo también había pensado como V. y sentía lo que llamaba impulsos generosos. Pero el desengaño llegó abrumador. Un día salvé con peligro de la mía la vida de un hombre. Este hombre provocó una guerra en la que murieron millares de infelices y quedaron asoladas comarcas enteras. De aquella espantosa lucha yo era el causante, y sobre mi conciencia cayó el peso. Otra vez salvé á una mujer, y esa mujer llevó la deshonra y el crimen á mi hogar, antes apacible. La bondad consiste en mirar impávido cómo pasan hombres y cosas. Un hombre ha muerto, pero la humanidad vive y cumple su evolución inacabable. ¡Paz al muerto, — añadió con acento solemne aquel extraño filósofo, — y tregua para los vivos!

Amanecía. Pálidos por la velada y quizá por lo que acababan de oir, todos los trasnochadores abandonaron el restaurant y fueron á terminar en la cama la digestión de la copiosa cena, en tanto que, con la tripa vacía, pesado el paso, macilentos los rostros, un ejército de obreros iba á encerrarse en los talleres para cuidar, máquinas humanas, las más preciosas de hierro que cumplían un trabajo tan incesante como inútil.

A. Riera


LAS VERBENAS
(1800)
El jolgorio
El baile
Consecuencias del vino
R. Marín


LAS VERBENAS
(1899)
El jolgorio
El baile
R. Marín
Consecuencias del vino



En nuestro propósito de que en las páginas de HISPANIA consten, por lo menos, los nombres de todos nuestros compatriotas contemporáneos que se distingan, por sus conocimientos y méritos propios, en literatura, ciencias y artes más ó menos bellas y más ó menos útiles, publicamos hoy la fotografía, á caballo, del Teniente Coronel del arma de caballería, Profesor de la Escuela Superior de Guerra, D. Juan Valdés Rubio, que en el arte ecuestre ha llegado, indiscutiblemente, á ocupar el primer puesto; y no nos atreveríamos á emitir esta nuestra idea si no estuviera robustecida y confirmada por la valiosa opinión de sus discípulos sobresalientes, que hoy son sobresalientes maestros, los que reconocen, y se enorgullecen al decirlo, que no hay ni ha habido en la Península Ibérica ninguno que se aproxime siquiera á él en la práctica, y ni muy remotamente en conocimientos teóricos.

Para probar lo dicho basta con examinar detenidamente y con conocimiento de causa la fotografía, y se verá que, hallándose el caballo en el periodo álgido del salto y aun con la parte anterior de la columna vertebral más elevada que la posterior, está el jinete con la cabeza elevada, la vista algunos kilómetros más allá del salto, las rodillas clavadas, más que pegadas, á la montura, el asiento lo mismo que éstas, las piernas en contacto completo con el caballo, la vertical que pasa por los hombros detrás de la que pasa por las caderas, y la que pasa por los talones más retrasada que la que pasa por las rodillas; en una palabra, está en el máximum de corrección.

Los factores que más perjudican al jinete son el tener mucho peso y mucha estatura, y ambas propiedades concurren, desarrolladas en alto grado, en el Sr. Valdés; razón por la cual, al preguntarse sus discípulos «¿Qué sería capaz de hacer nuestro maestro si pesara 20 kilogramos menos y tuviera 20 centímetros menos de estatura?», se contestan: «No podemos alcanzar á comprenderlo. Nuestro maestro es la excepción que confirma la regla sobre el peso y la estatura, pero hay que convenir en que es una excepción excepcionalmente excepcional.»

LOS BAÑOS DE LUZ ELÉCTRICA

En Alemania se ha establecido como agente terapéutico el baño de luz eléctrica, ó sea la exposición sistemática del cuerpo humano á los rayos del arco voltaico. El principio es el mismo que los de los baños de sol ordinarios; pero la ventaja que, según parece, tienen los eléctricos es que la luz está siempre disponible, que se puede regular según las fuerzas del enfermo y el grado de la enfermedad, que las bacterias nocivas que haya en el cuerpo se destruyen con mayor rapidez que con la luz solar y que la acción en el corazón es muy escasa. Los baños se administran en una caja cubierta por dentro de espejos, en la cual se sienta el paciente completamente desnudo, sobresaliendo la cabeza por un agujero en la cubierta de la caja. La sensación que se experimenta es de un calor agradable que va aumentando ligeramente y que produce al poco tiempo un sudor copioso, afirmándose que se han efectuado curas, ó conseguido por lo menos grande alivio, en enfermedades tan graves como la gota, el reumatismo, la nefritis, el asma, los catarros crónicos, las enfermedades de la piel y de los nervios.

DESARROLLO DEL TELÉFONO

Apenas se han cumplido veinticinco años desde que se empezó á hacer uso del teléfono, y su desarrollo es portentoso.

Según el *Scientific American,* hoy existen en el mundo entero 1.300,000 estaciones telefónicas, representando la longitud de sus conductores más dé 2.500,000 kilómetros.

Cuentan los Estados Unidos con 773,000 estaciones y 1.330,000 kilómetros de alambres. Alemania, en Europa, es la nación que posee más estaciones, pues tiene 150,000; Inglaterra, 70,000; Suecia, 56,000; y Suiza, 30,000. Francia, incluyendo Argelia y Túnez, se envanece con 20,000 estaciones telefónicas.

Los conductores eléctricos como causa de difusión de enfermedades

No se puede pensar en todo. Las Compañías de electricidad, que ponen, ó al menos deben poner, todo su cuidado en aislar perfectamente los hilos para suprimir los peligros de incendio y otros, no sospechaban que estos hilos son capaces de conducir, no solamente la electricidad, sino también enfermedades infecciosas.

El mecanismo de esta imprevista transmisión es bien sencillo.

Ocurre á menudo que el cable principal, para pasar de la calle á la casa en que se ramifica, va metido en un tubo cuyas extremidades y secciones quedan abiertas. En invierno, la temperatura más elevada del interior provoca corrientes en estos tubos que ponen en comunicación las casas de una calle ó las habitaciones de una misma casa. Por consiguiente, las enfermedades que, como por ejemplo las eruptivas, se pueden contagiar por descamaciones del enfermo, pueden por este camino propagarse de vivienda en vivienda. El peligro no es solamente teórico: un periódico de medicina inglés cita un caso en que la enfermedad ha entrado por este camino. El remedio es facil de hallar: basta tapar la entrada de los tubos con una sustancia antiséptica.

LUCES DE BENGALA GIGANTESCAS

Como puede presumirse tratándose de algo que sale de lo ordinario, estas luces se han quemado el 4 de Julio en los Estados Unidos, es decir, con motivo de la fiesta nacional americana. Se encendieron en la cumbre del Pike's Peak y se componían de 1,500 libras (de 453 gramos) de pólvora azul y encarnada. Trenes enteros de excursionistas acudieron á ver aquella luz de Bengala poco común, que ardía á 4,500 metros de altura. Esta iluminación, formidable por todos conceptos, se divisó desde Denver, ciudad situada á 120 kilómetros por el norte, y desde Pueblo, á 72 kilómetros por el sur.

CINEMATÓGRAFO PARA CIEGOS

Este título podrá parecer extraño y sin embargo es exacto. Un físico ginebrino, M. F. Dussaud, acaba de inventar un cinematógrafo que no puede llevar otro nombre. Como los ciegos *ven* con los dedos, dicho físico ha tenido la idea de recurrir á su sentido táctil para inculcarles la noción del movimiento, y la ha realizado de un modo muy sencillo. Hace desfilar por sus dedos *relieves movibles* que representan las fases sucesivas de un fenómeno cualquiera, por ejemplo, el vuelo de las aves, y de este modo logra darles la ilusión de ellos.

COMPOSICIÓN DEL AIRE

El doctor Bouna, en una comunicación dirigida á la Sociedad de Artes de Génova, ha presentado el balance de los elementos químicos que se han descubierto y caracterizado en el aire atmosférico.

Hasta 1895 se consideraba el aire como exclusivamente compuesto de dos gases, oxígeno y nitrógeno ó ázoe; pero entonces Ramsey y Raleigh descubrieron el *argón,* y luego, puestos sobre la pista de los descubrimientos, indicaron en 1898 la presencia en aquél del *neón,* del *nyptón, mitargón, xenón* y *helión.*

Al mismo tiempo, Crooke ha descubierto el *monium,* mientras que Curic encuentra el *polonium,* el cual tiene un poder radiante invisible, análogo al de los rayos Roentgen, y señala el *coronium,* cuya presencia, comprobada en la atmósfera del sol, es fácil percibir en las solfataras del Vesubio. Tal vez las erupciones de este volcán, vistas desde el sol, serían parecidas á las manchas de este astro vistas desde la tierra.

Brush acaba también de caracterizar el *eteriom,* que es diez mil veces más ligero que el hidrógeno y cien veces mejor conductor del calor que él. Algunos le han confundido con el vapor de agua.

PLAFÓN DECORATIVO



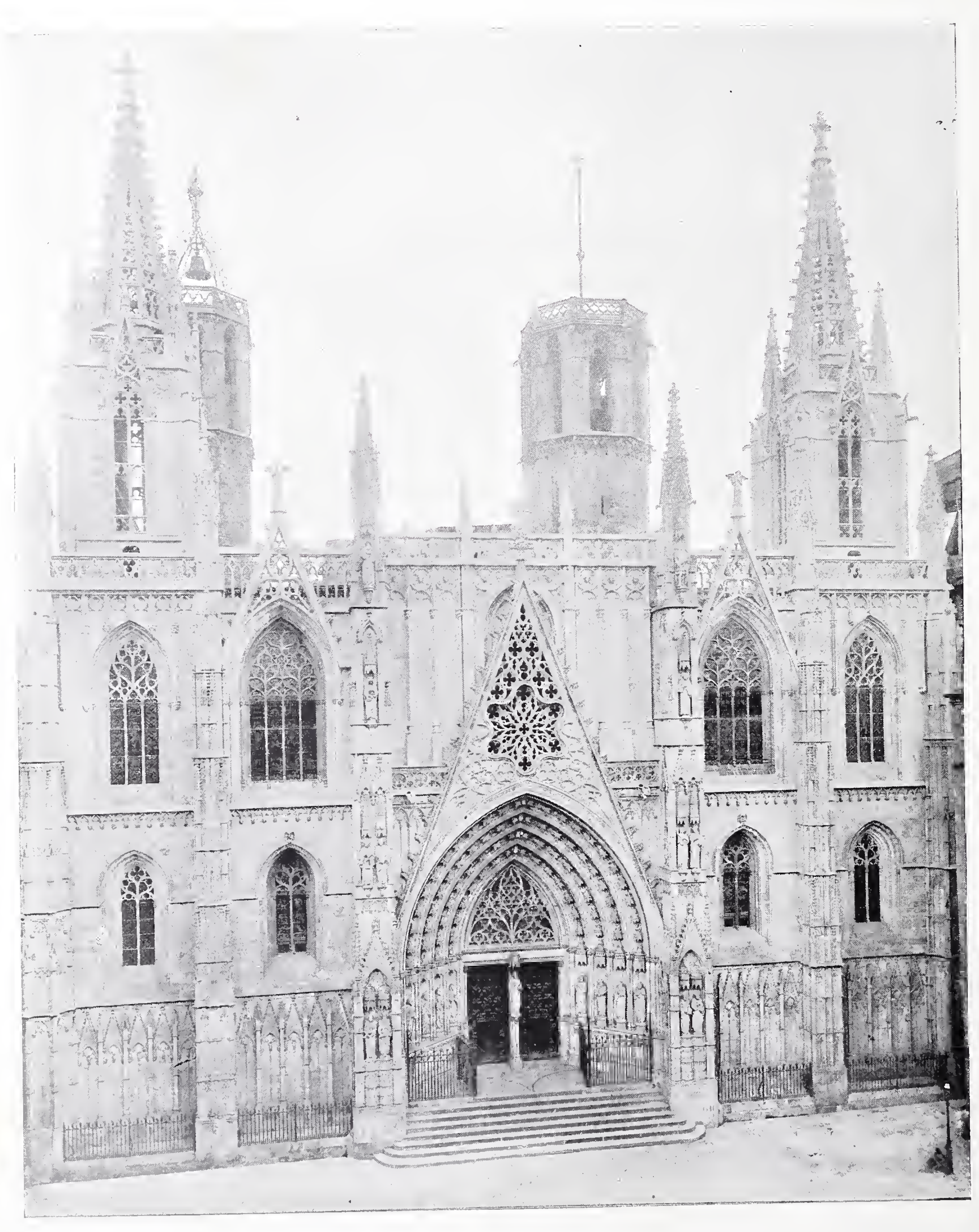
40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60



HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

Número de regalo para los abonados que han pagado por anticipado la suscripción anual

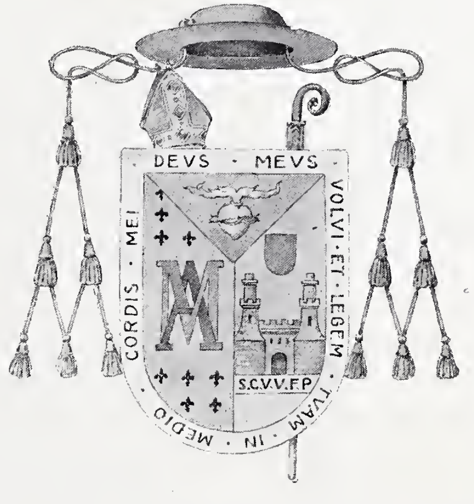
Para la venta, en toda España, 4 REALES



FACHADA DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BARCELONA

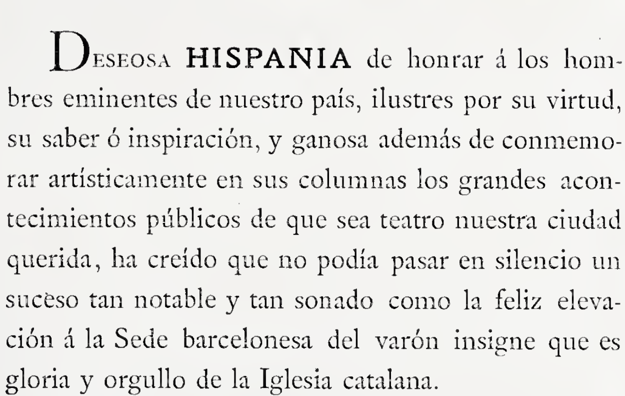


DEDICA RESPETUOSAMENTE ESTE NÚMERO LA REVISTA HISPANIA





D. MANUEL BARGUÑÓ, Pbro.
Rdo. Mayordomo de S. E. I.



Deseosa **HISPANIA** de honrar á los hombres eminentes de nuestro país, ilustres por su virtud, su saber ó inspiración, y ganosa además de conmemorar artísticamente en sus columnas los grandes acontecimientos públicos de que sea teatro nuestra ciudad querida, ha creído que no podía pasar en silencio un suceso tan notable y tan sonado como la feliz elevación á la Sede barcelonesa del varón insigne que es gloria y orgullo de la Iglesia catalana.

La entrada en Barcelona de un nuevo prelado siempre fué motivo entre nosotros de generales regocijos, de grandes solemnidades, y ahí están las crónicas, los dietarios y los papeles públicos barceloneses que amorosamente relatan las ceremonias y fiestas con que,



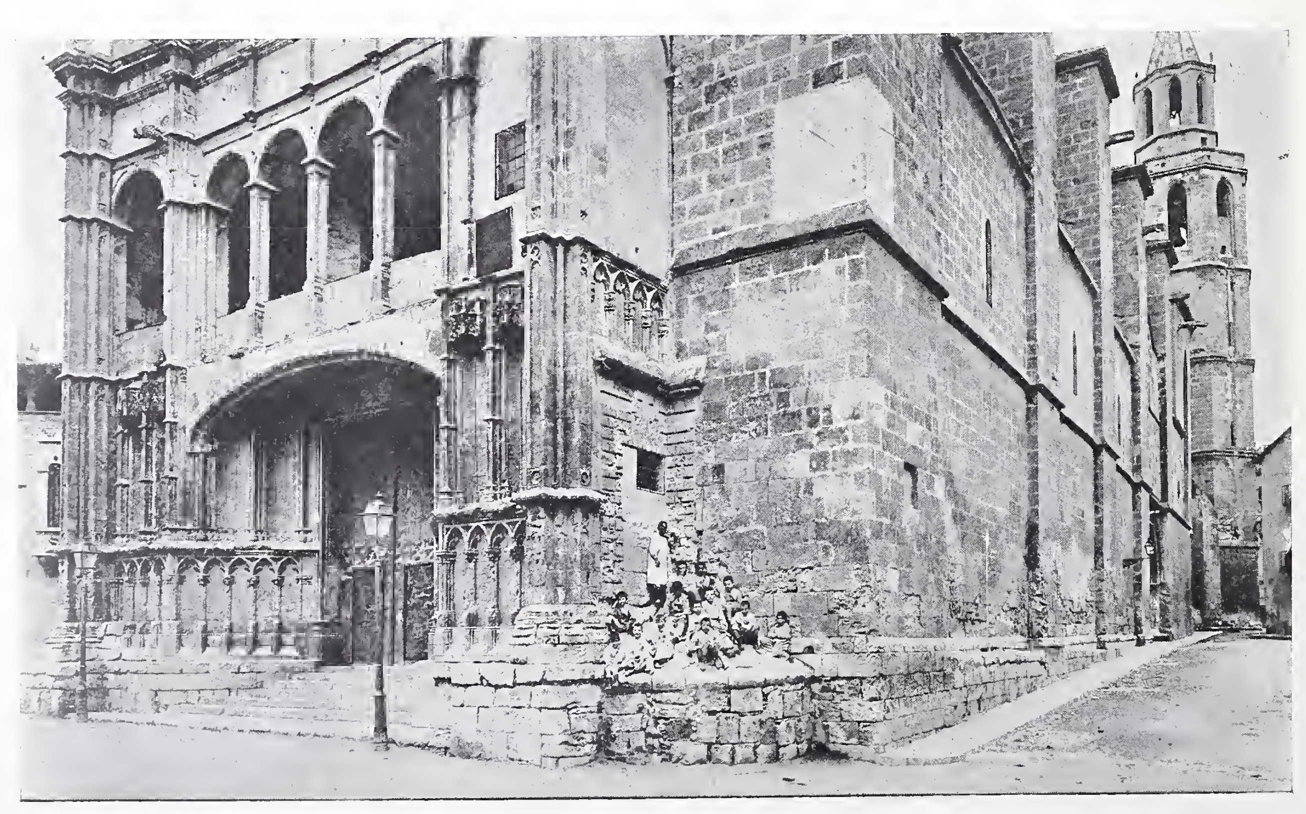
Rdo. D. RAMÓN QUINTANA, Pbro.
Familiar de S. E. I.



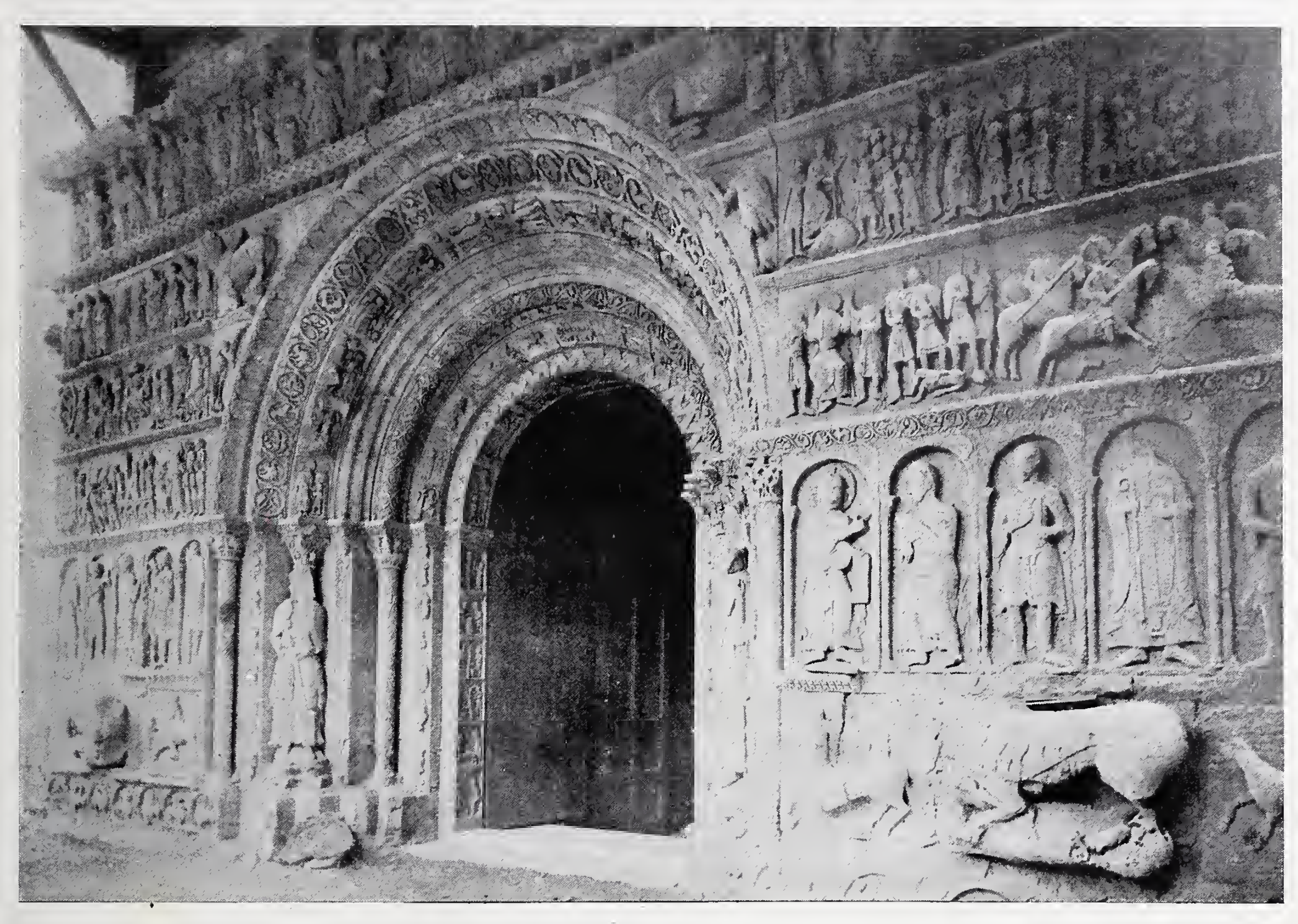
VILLAFRANCA DEL PANADÉS.
Casa donde nació el Excmo. é Ilmo. Dr. Morgades
el dia 10 de Octubre de 1826



VILLAFRANCA DEL PANADÉS
Iglesia Parroquial donde el Excmo. é Ilmo. Dr. Morgades fué bautizado, donde celebró la primera misa en 1852 y ofició por primera vez de pontifical en 1882



VILLAFRANCA DEL PANADÉS. PORTADA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE Sta. MARIA



Audouard, fot.

PUERTA DE LA BASILICA DE SANTA MARÍA DE RIPOLL
RESTAURADA POR S. E. I. Y CONSAGRADA EL 1.º DE JULIO DE 1893



VISTA GENERAL DE SANTA MARÍA DE RIPOLL, RESTAURADA POR S. E. I.



SAN AGUSTÍN

Pintura sobre tabla, del siglo xv, existente en el Museo Episcopal de Vich, fundado é inaugurado por el prelado, el 7 de Julio de 1891



ELEMENTO OFICIAL AGUARDANDO LA LLEGADA Á BARCELONA DEL EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO EL DÍA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1899

en todos tiempos, fué celebrado tan fausto acontecimiento. Mas cuando el prelado que viene á sentarse en el Solio que en lo antiguo ocuparon los Olegarios y en lo moderno los Urquinaonas, es el hombre preclaro que, impulsado por su amor al arte cristiano y á las viejas glorias de la patria, ha restaurado la histórica Basílica de Ripoll y ha fundado el incomparable Museo Episcopal de Vich; que, llevado de su piedad por los perseguidos y desheredados, ha anatematizado las bárbaras matanzas de cristianos en Armenia y publicado fervientes pastorales en pro de los vejados obreros; que, predicando además con la eficacia del ejemplo, ha instaurado *colegios* para los pobres y los desvalidos, y casas de refugio para las extraviadas en los senderos de la vida; cuando el venerable prelado que viene á regir la diócesis barcelonesa puede con justos títulos apellidarse el restaurador de los monumentos cristianos



GUARDIA MUNICIPAL Á CABALLO
en traje de gala



PASO DEL LANDAU DE S. E. I., REGALO OFRECIDO AL PRELADO POR LA SRA. MARQUESA DE MORAGAS, POR LA AVENIDA CENTRAL DEL PARQUE, EL DÍA DE LA ENTRADA EN BARCELONA



S. E. I. BENDICIENDO POR PRIMERA VEZ AL PUEBLO DE BARCELONA AL LLEGAR Á LA SANTA CATEDRAL

de la patria y el erector de dignos mausoleos á los despojos de nuestros héroes y nuestros príncipes y el fundador de museos y bibliotecas y el instaurador de institutos de piedad social y el protector de los que padecen y el defensor de los que sufren persecución... entonces sube á su más alto grado el júbilo que unanimemente han de sentir por muy variados conceptos los hombres patriotas y los hombres piadosos, los artistas y los filántropos, cuantos hombres de buena voluntad adoren la tierra que les vió nacer ó amen la cultura pública ó aspiren á la paz de las almas y á la humana fraternidad.

HISPANIA que consagra constantemente sus columnas á las manifestaciones de las artes gráficas y de un modo muy entusiasta y particular á la reproducción y estudio de los monumentos arquitectónicos, escultóricos y pictóricos que nos legaron los artistas catalanes de otros siglos, se complace en rendir el tributo de su admiración y su respeto ante el prelado ilustre que, en templos y cenobios, tantas ruínas artísticas ha resucitado y tan preciosas reliquias del pasado ha reunido, para enseñanza y delectación de las futuras generaciones, en el portentoso museo de Vich, donde se guarda, entre otros inapreciables tesoros del arte pretérito, la historia viviente de más de ocho siglos de pintura catalana.

Para dar forma adecuada á su homenaje, **HISPANIA** ha apelado á los modernos medios de reproducción artística, á fin de ofrecer al lector, á guisa de biografía viva, gráfica, imaginada, un desfile de lugares, monumentos y escenas que, refiriéndose á la vida privada y pública del prelado venerable, suscite el recuerdo y la visión de las principales etapas de su paso fecundo por la tierra, desde el día que vió la luz en la humilde casita de Villafranca del Panadés hasta el día de su feliz entrada en nuestra ciudad, como Obispo de la diócesis barcelonesa.

Plácese finalmente **HISPANIA** en hacer público su agradecimiento hacia el bondadoso prelado por las múltiples atenciones que le han sido dispensadas en el Palacio Episcopal y por las facilidades que generosamente se le han prestado en el cumplimiento de su artística misión.



MACERO (PORRER) DE LA STA. CATEDRAL BASÍLICA



Audouard, fot.

Excmo. Ilmo. Dr. D. JOSÉ MORGADES y GILI

OBISPO DE BARCELONA

MONAGUILLO

AL DOCTOR MORGADES

BISBE DE VICH

N' hi ha un jardí á la montanya
á quatre dits del cel blau,
cistell de flors que sostenen
Monseny, Cabrera y Puigmal,
al seu entorn dantse 'ls brassos
com tres rabassuts gegants.
Lo Ter per regarlo hi baixa
aygues de neu y de glas,
les marinades y pujan,
s' hi quedan Abril y Maig.
De les flors que s' hi esbadellan
s'en pot fer l'Esglesia un ram,
hon no hi mancan roses veres
com les de Llució y Marciá.
Del martiri entre les roses
hi poncellen lliris blanchs,
sor Arcángela Ferreras,
Teresa de Bergadá;
com sant Just humils violes,
girassols com sant Bernat.

Claret allí 's feu apóstol,
Miquel Argemí 's fèu sant,
allí Balmes 's fèu sabi
com al mon no n' hi ha cap.
Mes ¡ay! en eix hort dels Angels
tambe 'l segle hi ha sembrat
entre les flors ses espines,
entre 'l forment son agram:
anau Vos á tráuren l' herba,
anauhí flors á plantar;
lo gran Oliva us hi espera,
vos hi crida Otto y Gotmar;
bisbat que us tinga per bisbe
com jardí reflorirá.

Jacinto Verdaguer, *Pbre.*

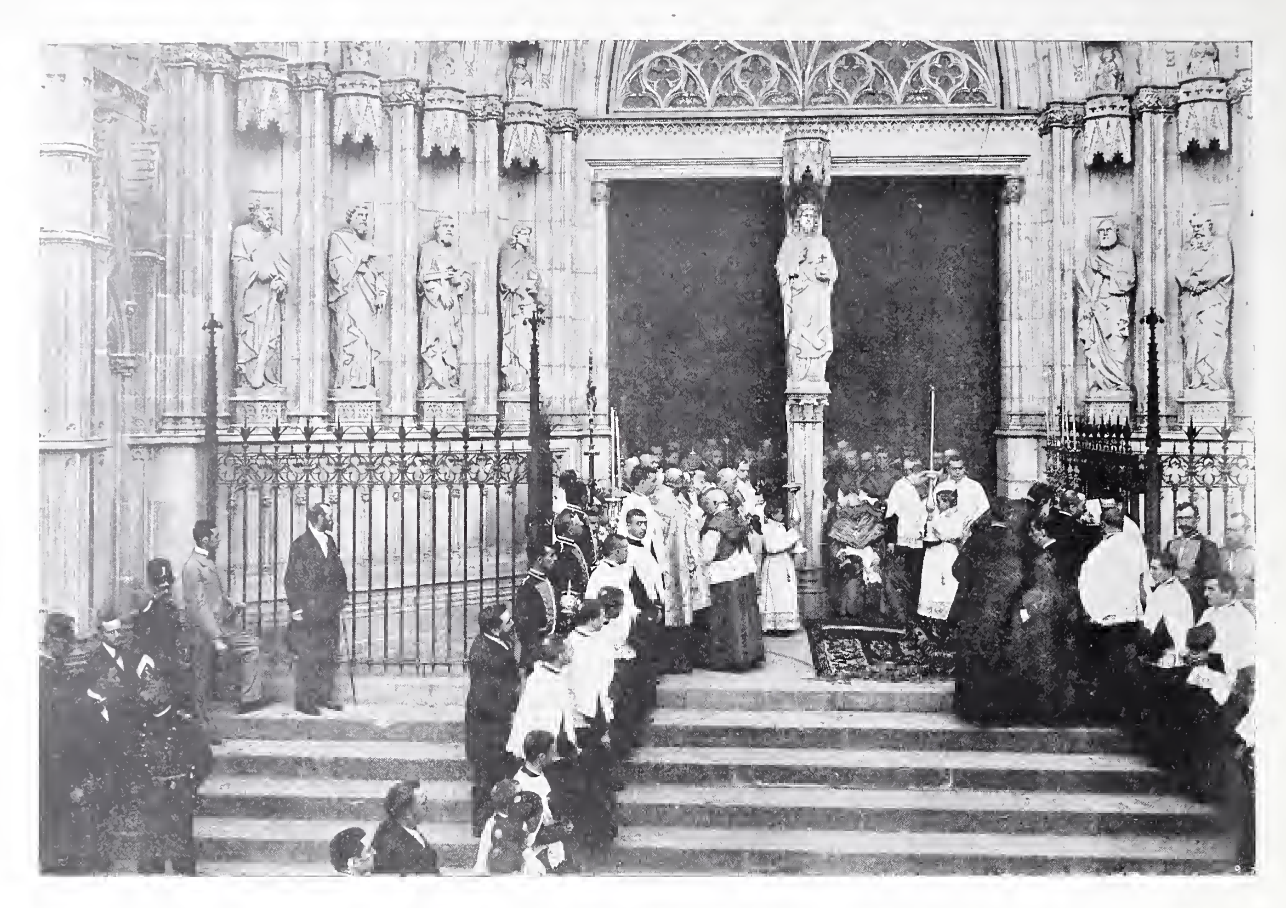
Barcelona, Juliol 1882



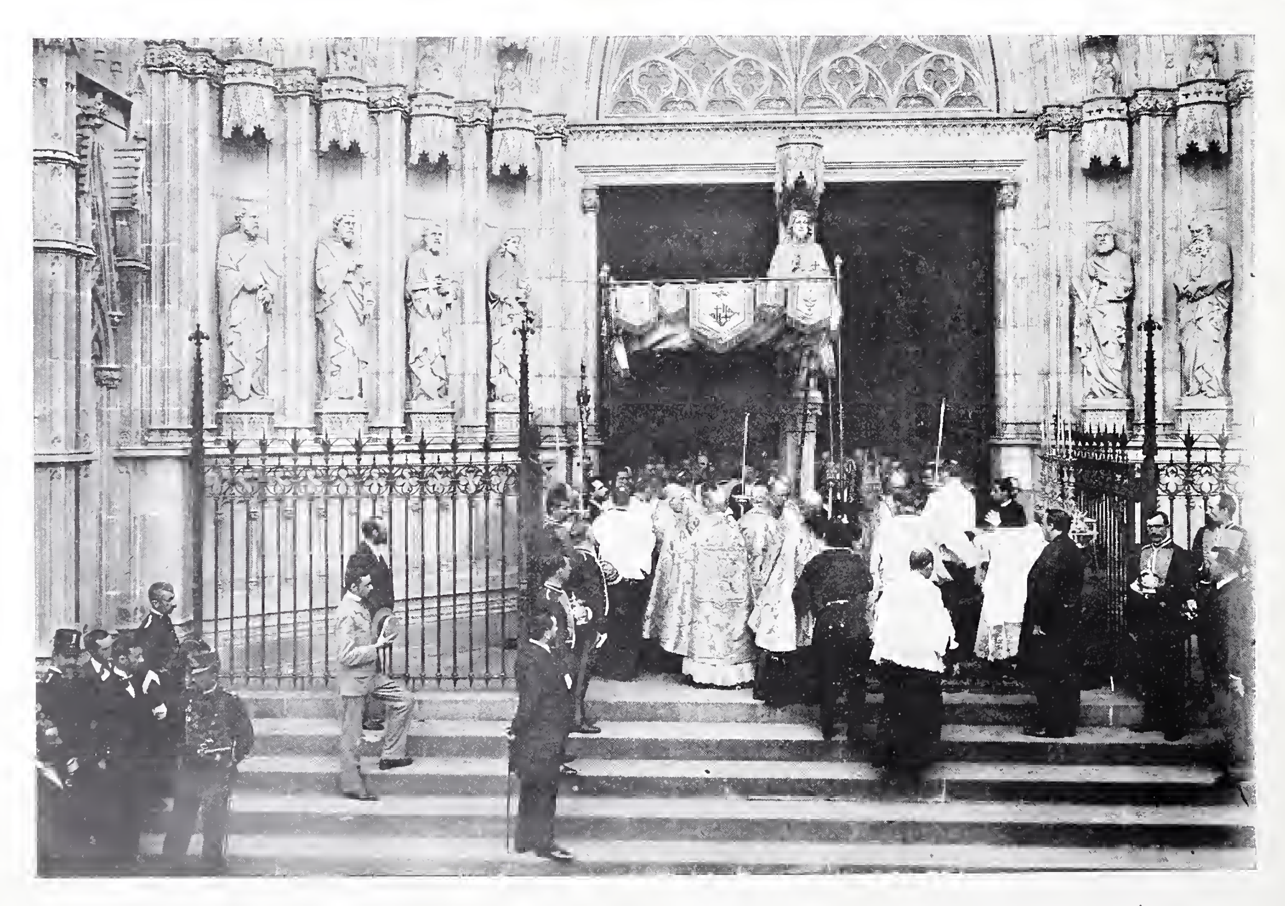
MONAGUILLO



SALIDA DEL E. I. Sr. OBISPO DE LA SANTA CATEDRAL



ENTRADA SOLEMNE Á LA SANTA CATEDRAL LA MAÑANA DEL DÍA 1.º DE OCTUBRE DE 1899



RECEPCIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO DE S. E. I. POR EL Excmo. CABILDO Y CLERO DE LA SANTA CATEDRAL BASÍLICA



EL OBISPO Y EL CABILDO CATEDRAL EN EL PATIO DEL PALACIO EPISCOPAL EL DÍA 1.º DE OCTUBRE DE 1899 EN QUE CELEBRÓ EL NUEVO PRELADO DE BARCELONA LA PRIMERA MISA PONTIFICAL

El Excmo. é Ilmo. Dr. MORGADES

EN LA INTIMIDAD

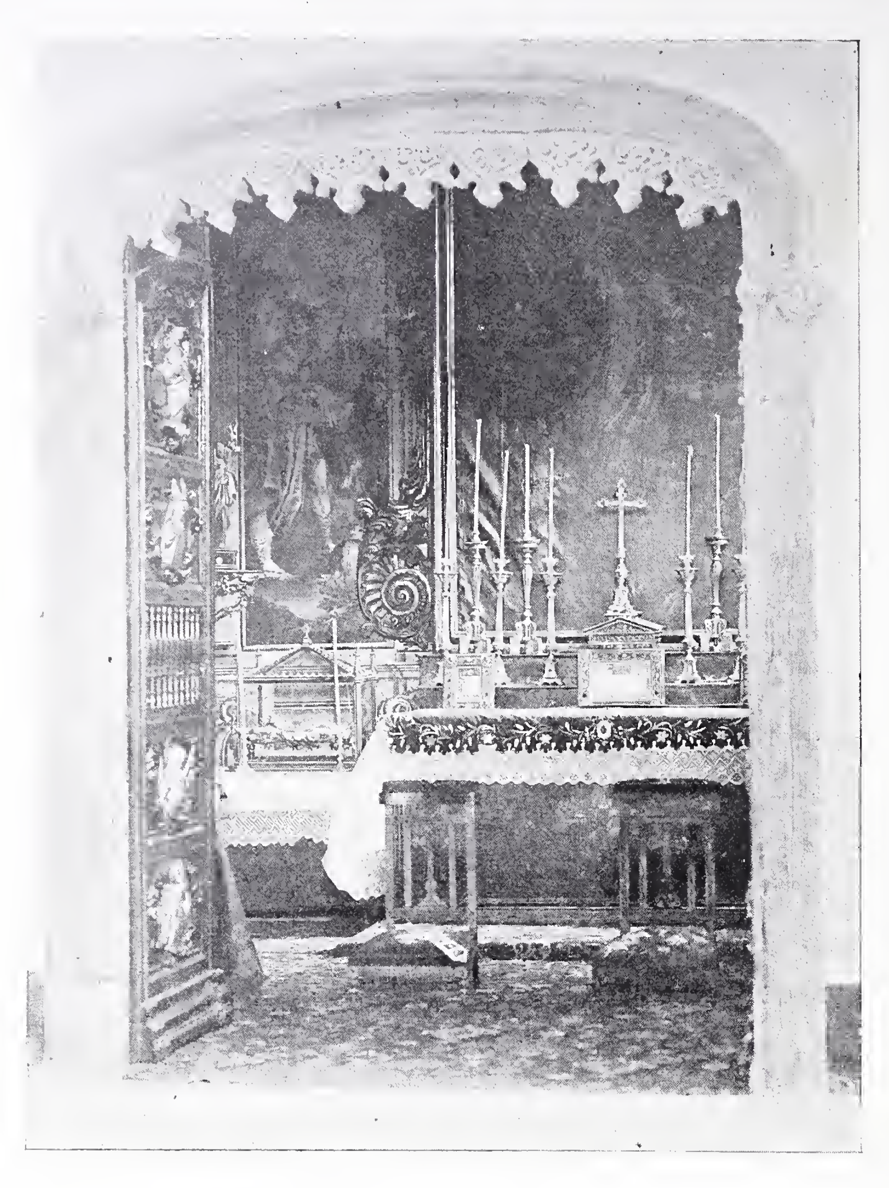
La vida que lleva S. I. en el Palacio Episcopal de Barcelona no es solamente la vida del prelado virtuosísimo, consagrado á las prácticas de una piedad ejemplar, sino la del varón activo, príncipe de la Iglesia militante, que, á pesar de la edad y de los achaques que ésta trae aparejados, se preocupa asiduamente de los asuntos públicos y de los problemas sociales que, al agitar al mundo contemporáneo, no pueden pasar sin advertencia y sin sanción ante el pastor de almas que atienda al bien espiritual y al bien temporal de sus diocesanos.

De ahí la vida laboriosa, tan laboriosa como fecunda, del Dr. Morgades.

De no impedirlo alguna momentánea indisposición, generalmente el Obispo se levanta en Barcelona, como se levantaba en Vich, á las cinco y media de la mañana. Una hora escasa transcurre por lo general hasta que se prepara para el santo sacrificio, que celebra en la capilla particular de Palacio. Una vez la misa terminada, se queda en la capilla, para oir otra, en acción de gracias.

Esta es la primera etapa de la jornada, consagrada por entero al servicio de Dios.

Pasa luego el prelado á sus habitaciones y, después de desayunarse tomando chocolate, lee los periódicos y las revistas del día con especial detención. S. I. cree en la eficacia que para el bien social tiene la prensa periódica, cuando va iluminada por la luz de la fe y de la moral católicas. Buena prue-



PALACIO EPISCOPAL. CAPILLA PARTICULAR DE S. E. I.

ba de la atención que dispensa á los diarios, son los fragmentos de trabajos periodísticos con que, entre textos sagrados y citas de Santos Padres, ha documentado más de una vez sus elocuentes Cartas Pastorales. Y todavía puede decirse más: puede decirse que en ocasiones se ha dignado colaborar en las columnas de la prensa diaria, puesto que durante la última cuaresma, se vió honrado más de una vez un popular colega local, *La Veu de Catalunya*, con artículos religiosos del venerable Obispo, llenos de sublime doctrina y de evangélica unción.

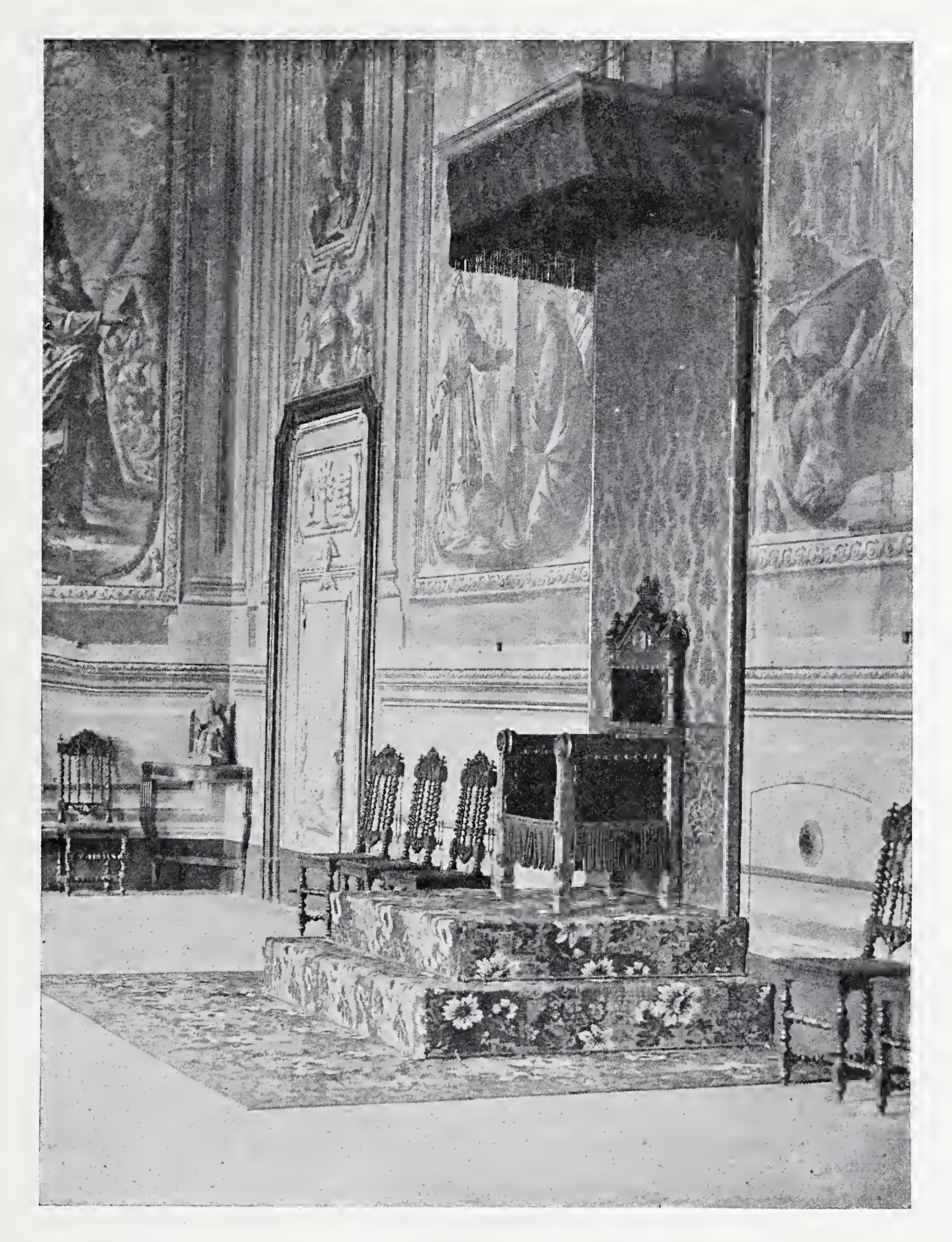
Tras la lectura de la prensa, siguen para el prelado las horas de comunicación con los fieles diocesanos. La audiencia empieza á las diez y no termina hasta las doce y media. El humilde y el poderoso, el entendido y el ignaro, el que va para una consulta del espíritu ó para un asunto eclesiástico, todos reciben la misma cariñosa acogida del Obispo, cuya caridad es inagotable y cuyas bondades no tienen límite.

Hablando de su episcopado en la Sede vicense, dice un biógrafo: «Pronto acude á Palacio todo el mundo, unos para buscar remedio á sus necesidades, otros consuelo á sus penas y muchísimos consejo en los

negocios más difíciles de la vida. Algunos se sienten algo cohibidos ante aquella mirada intensa, penetrante, con resplandores de acero, pero todo el mundo sabe que aquella mirada se nubla con frecuencia y se empaña con las lágrimas.»

Después de la audiencia, se ocupa S. I. en el despacho corriente, en la firma de documentos, hasta la hora de sentarse á la mesa, que es á la una.

A las dos y media da principio á los rezos de la tarde, y luego se dispone á recibir



PALACIO EPISCOPAL. SALÓN DEL TRONO

la visita de las autoridades de la ciudad, de los forasteros distinguidos que solicitan verle ó de los amigos particulares. Los que han tenido la fortuna de tratar al doctor Morgades conocen este especial encanto de su conversación, llena á un tiempo de sencillez y perspicacia que, junto con su innata afabilidad, constituye un bellísimo rasgo personal de los que más seducen á cuantos han concurrido alguna vez á Pala-



PALACIO EPISCOPAL. DESPACHO DE S. E. I.



PALACIO EPISCOPAL. DORMITORIO DE S. E. I.

cio, durante aquellas horas de recepción.

Terminada ésta, S. I. sale en coche, generalmente para visitar las Cuarenta Horas, y luego vuelve á Palacio, donde se dedica á escribir su correspondencia particular ó á redactar esas Cartas Pastorales ó esos otros escritos propios de su alto ministerio, que por la elevación de su doctrina y por su aliento humanitario, tan profundas huellas han impreso en el espíritu catalán de nuestros días.

«Siempre despierto,—ha dicho sobre este particular, uno de los más ilustrados biógrafos del eminente prelado—siempre vigilando lo que pasa á su alrededor, no escapa á su mirada ninguna de aquellas cuestiones que se relacionan con su deber de enseñanza; esta es la causa de que en sus pastorales se hallen tratados todos los problemas palpitantes de interés religioso, moral y social, y hasta político, cuando en este último aspecto, insiguiendo la máxima de Donoso Cortés, por el sabio obispo citada en su reciente pastoral, de que en toda cuestión política va involucrada una cuestión teológica, ha visto palpitar á ésta en el asunto público del día.»

A las ocho y media de la noche, el venerable señor se levanta de su bufete para rezar el rosario, y después de un rato de oración mental en comunidad con sus familiares, se sienta á la mesa. Cena frugalmente á las nueve y media, y á las diez se retira á su dormitorio.

Así transcurre, atareada, activa, fecunda, la existencia del doctor Morgades, de quien ha dicho un escritor: «estudia, observa, tiene la mirada certera, la voluntad firme y nunca encomienda á otro lo que por sí mismo puede hacer.»

¡Vida ejemplar y laboriosa, digna á la vez de un santo y de un hombre ilustrado de nuestro siglo!

GUARDIA MUNICIPAL Á PIE
en traje de gala



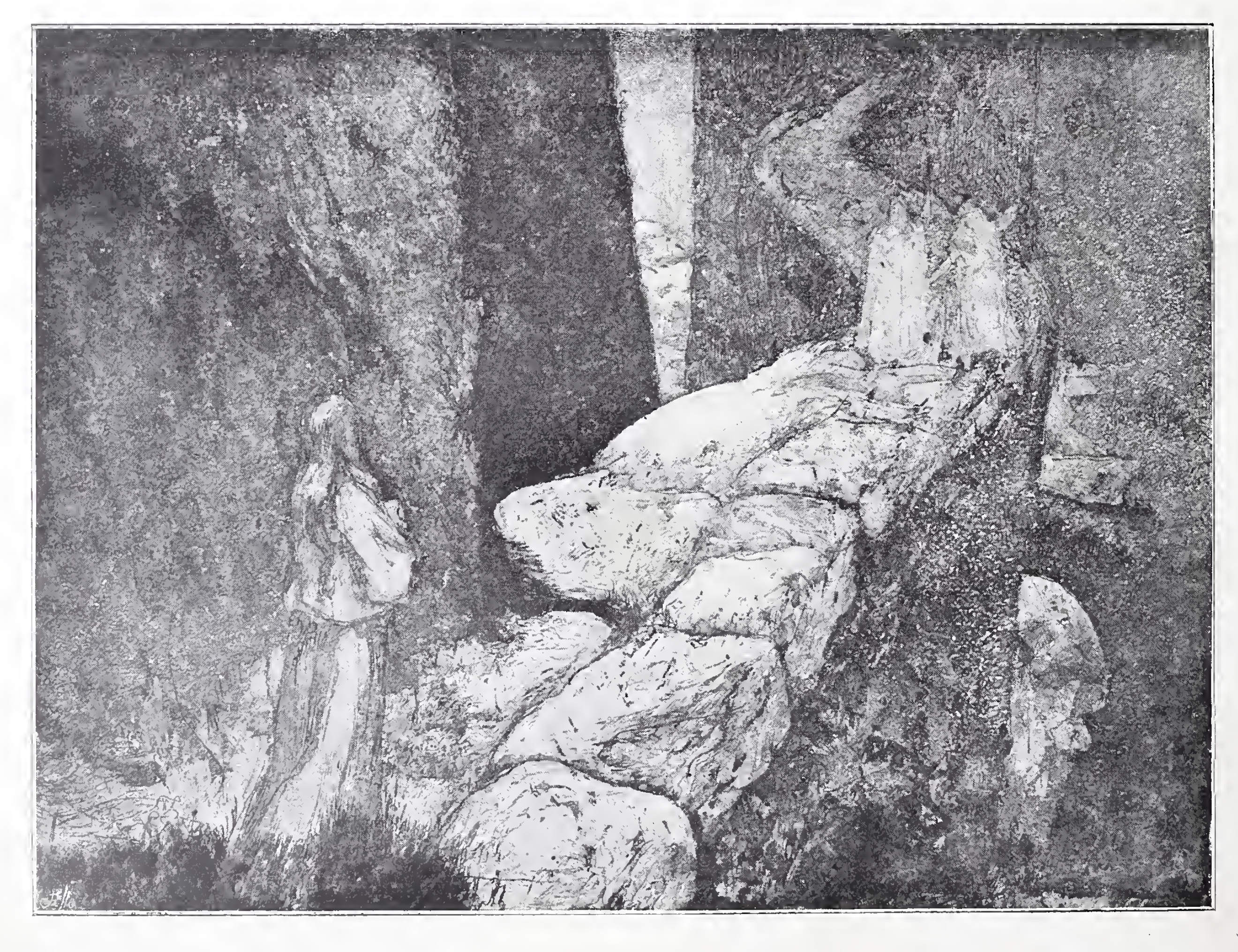
Tintas de Ch Lorilleux y C.a
Papel de los Sucesores de Torras hermanos



N.º 17.-30 OCTUBRE 1899 HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

SUMARIO

PORTADA . . . . por *Alejo Clapés.*
PARSIFAL . . . . por *Mariano Fortuny.*
AMORES . . . . por *Rafael Altamira.*
EL REGALO DEL NOVIO . . . . por *Salvador Viniegra.*
PROCESIÓN DE LA BUENA MUERTE EL MIÉRCOLES DE CENIZA. . . . . por *A. Mas y Fondevila.*
DESPUÉS DE LA TEMPESTAD . . . . por *Charpentier.*
RIO TORMOS. SALAMANCA . . . . acuarela por *O. Junyent.*
ARCONES ITALIANOS DEL RENACIMIENTO. . . . . por *José Ramón Mélida.*
PAISAJE. NOCHE DE NOVIEMBRE . . . . por *Cristóbal de Castro.*



MARIANO FORTUNY.—PARSIFAL



LÁPIDA SEPULCRAL

Proyecto del arquitecto D. José Puig y Cadafalch. Fundida en bronce por Masriera y Campins

AMORES

Con gran asombro del jefe de estación, bajaron en Arenal aquel día cuatro viajeros del tren de Madrid. Eran cuatro mujeres. Sin saludarse, sin mirarse apenas, dando á entender que no se conocían, emprendieron el camino del pueblo, una detrás de otra. Vestían de negro. La que iba delante, con paso agitado, nervioso, era morena pálida, de grandes ojos negros febriles, y señalábase al punto por la elegancia de su traje, la distinción fina y señoril de su continente, gracioso y animado todo él por cierto aire de viveza, de fuego, que arrastraba tras de sí la mirada de los hombres. Parecía una niña al andar; pero en las leves arrugas é hinchazones de su cara, en las curvas pesadas de su cuerpo, marcábase sin lugar á duda el paso de los años. La segunda era delgada, alta, encendida de rostro, morena también, de hermosos ojos obscuros y fresca boca, gravemente contraída. Llevaba manto de luto, que le desfiguraba el talle, de suave esbeltez. La tercera, muy blanca de cara, con una blancura transparente que recordaba la de los granos de arroz, caminaba despacio, ceñuda, con gesto de suprema tristeza que á veces se iluminaba con relámpagos de ira ó de vergüenza; y en su mano fina, enguantada, oprimía un libro encuadernado en tela roja. La última era bajita, gruesa, de ojos pequeños llenos de luz, y la más vieja de las cuatro. Su traje era sencillo, falto de elegancia; pero la modestia natural con que lo llevaba producía al instante grata simpatía hacia la dueña.

Mientras caminaban iban pensando las cuatro en lo mismo, es decir, en *las otras;* y cada una hubiera dado gustosa parte de su vida por saber si era idéntico el motivo que las reunía allí, en aquel pueblo apartado, humilde pueblo de pescadores y de labriegos miserables. Cuando llegaron á las primeras casas dividiéronse. Dos de las viajeras siguieron hacia la plaza; otra torció á la izquierda, por un sendero que cruzaba los rastrojos; y la última, después de vacilar un momento, se dirigió á un hombre que allí cerca cavaba sus campos.

—¿Hace V. el favor de decirme por dónde se va al cementerio?

El cavador alzó la cabeza al oir tan extraña pregunta, y quedóse mirando á la mujer, que parecía como avergonzada. Luego, con gran calma, sin dar aparentemente valor á la cosa, contestó:

—Por ese camino que ahí empieza va V. derechamente al cementerio.

Dió gracias la mujer y tomó la dirección indicada. Iba ahora de prisa, como deseando llegar pronto, y mirando recelosamente á todas partes. Al volver de un recodo vió que á poca distancia, delante de ella, caminaba la mujer del libro. Gran congoja le sobrecogió al comprender que iban las dos al mismo sitio, porque, en la fina intuición de su alma cariñosa, no le cabía ya duda de que un propósito igual las conducía. Instintivamente moderó el paso, y la otra siguió, erguida, trágica, insensible á todo, como un fantasma del dolor para quien el mundo es nada. El camino subía en zigzag por una colina en cuyo remate se levantaban las tapias del cementerio. En la ladera crecían, agarrándose con sus gruesas raíces al pedregoso declive, viejos algarrobos de hoja fuerte y obscura; y, de uno en otro, volaba á intervalos numerosa bandada de gorriones, con alegres chillidos.

La puerta del sagrado lugar estaba cerrada; pero la



LÁPIDA SEPULCRAL

Proyecto del arquitecto D. José Puig y Cadafalch. Fundida en bronce por Masriera y Campins

mujer del libro empujó con fuerza, y las inseguras hojas cedieron. El escenario no podía ser más humilde. Muchas cruces en el suelo, sin verjas, sin flores, sin adorno alguno; y en aquella fúnebre monotonía, que respiraba envidiable paz, destacábase bruscamente un sepulcro de piedra arenisca, amarillenta, construído en uno de los ángulos. Sobre él caía á plomo la luz del sol, rodeándolo de una aureola animada que parecía dar vueltas sin cesar.

La mujer se acercó hasta tocar la piedra. En la lápida había un nombre y dos fechas, la segunda de las cuales indicaba que aquel mismo día cumplíase un año desde que el muerto halló eterno reposo bajo aquella losa pesada, signo de la suprema libertad. Permaneció un momento, la mujer, de pie, inmóvil: veíanse luchar en su cara la expresión de un rencor agudo con la de un amor infinito que por instantes crecía. Y al fin venció, anegándole los ojos en lágrimas, haciéndola caer de rodillas, con la cara entre las manos... Acercóse entonces la otra suavemente, como si resbalase por entre las negras cruces, cada vez más humilde, más pequeña. Al otro lado del sepulcro se arrodilló también en silencio; y sus labios descoloridos, que apenas se dibujaban en la faz exangüe, murmuraron un rezo que parecía un sollozo.

Y así continuaron ambas, absortas en su propio dolor, sin pensar la una en la otra, ajenas á todo... hasta que un rumor de voces que se acercaba les hizo levantar la cabeza. Las otras dos viajeras entraban en el cementerio acompañadas por el sacristán, muy asombrado de ver la puerta abierta.

— Espere V. ahí fuera,— dijo la morena de grandes ojos febriles, en tono imperativo. Y el sacristán, como buen aldeano, socarrón y servil al propio tiempo, saludó obsequiosamente y salió, con ánimo de escuchar desde donde no fuera visto.

Las cuatro mujeres quedaron solas frente á frente, y por primera vez se miraron, recelosas é inquietas. La del mantón dijo al cabo, estremecida, como si un viento de indignación la agitase, y señalando la tumba:

— ¡ Ahí no tiene derecho á arrodillarse nadie más que yo!

Y, como notase un movimiento en las otras, añadió al punto:

— Soy su viuda. Murió en mis brazos, yo le cerré los ojos, para mí fueron su última mirada y su último pensamiento. Me quería con toda su alma, y yo lo quise como á nadie en el mundo, rodeándolo de felicidad, sacrificándole gustosa mi ser entero, que ya para nada sirve, puesto que no sirve para él. Fué dichoso conmigo: yo borré toda su historia pasada...

— ¡ No lo injuries! — interrumpió la nerviosa. — Su alma era más grande que tú la supones. Te quería inmensamente: tanto lo sé, que mi corazón todavía sangra por ello. Tú me lo quitaste: tú rompiste el lazo íntimo, apretado, que nos unía. Por ti soy yo, hace años, una muerta que anda, que parece estar en el comercio de la vida y que en realidad no alienta ni halla nada que le anime á su alrededor... No, ya sé que no tienes culpa. ¿Qué sabías tú, pobre mujer? Lo hallaste en tu camino y lo amaste, porque era forzoso que todos lo amasen, cuan-

do llegaban á conocer los tesoros de su intimidad, de una manera invencible, absoluta, que, una vez impresa en el espíritu, no se borra jamás sino con la muerte. Pero él era bueno; y, aun queriéndote, aun siéndote fiel como te fué, aun rompiendo con todo lo demás del mundo, guardaba allá en lo hondo de su memoria un recuerdo de gratitud, de inefable poesía, para las pobres almas que se consumieron en su fuego y se entregaron á él absolutamente...

— ¡ Ah ! ¿ Crees que no lo sabía yo ? — replicó la viuda.—¿Crees que no he torturado mi corazón mil veces con esa idea de que algo, que yo no sabía definir, pero que veía con la intuición segura de una mujer enamorada, sustraía al calor de mi cariño, á la penetración múltiple de mi afecto (que se abrazaba á él y calaba en todo su ser como si tuviera millones de brazos que entrasen adentro por los poros de su cuerpo bendito), una parte de su intimidad, cerrada para mí, á pesar de toda mi locura de amor ?... ¡ Dios me perdone, y perdóneme también él, que ahí bajo reposa ! pero esa tortura levantó en mí más de una vez el odio hacia mi Guillermo, un odio doloroso, especie de clavo candente que hacía chirriar, quemándolas, mis entrañas, y, por momentos contradiciéndose con el amor, lo convertía en humo entre agudos lamentos, como el fuego al agua en que se sumerge.

— ¡ Y te quejas ! — dijo entonces la dama del libro, adelantándose iracunda, la voz vibrante, amenazadora.— Tú lo has gozado, tú has sido suya, su mujer; contigo ha edificado su hogar, ha conducido su vida durante años. Todo lo que podía darte, lo has tenido, ¡ y aun eras capaz de odiarlo! ¿Y yo, yo?—Golpeóse el pecho con furia.—Yo estuve á punto de ser lo que has sido tú; yo tuve casi en mis manos la felicidad; y luego he sufrido el tormento de ver que todas sus protestas de amor se cumplían en otra, que todo lo que decía quererme desvanecíase como un fantasma.

— ¡ Á ti te conozco ! — exclamó la viuda. — Sé quién eres, sé tu historia. No culpes á nadie de lo que fué culpa tuya. No supiste comprenderlo; quisiste jugar con un alma tan sincera y tan noble, y la perdiste. ¡ Fué justicia !

— Sí, lo confieso, — replicó la del libro. — Era yo una niña: mi inexperiencia me llevó á herirlo cruelmente; pero rescaté mi falta con largueza. Cuando quise acudir á él, su alma estaba ya cerrada para mí. Supliqué, y no contestó siquiera á mis súplicas. Hablaba á todos de mí, menos á mí misma; y más de una vez tuve la ilusión de que volvía á ser mío, de que su espíritu sentía la nostalgia de los días felices. Pero no : todo aquello era pura poesía del cerebro, bordada sobre un fondo de indiferencia personal. Comparando aquel frío con el calor suave de su cariño anterior, creí que me había tenido en un perpetuo engaño, y lo odié, lo desprecié, pateé con rabia su recuerdo, sin conseguir arrancármelo, amándolo siempre, pero segura ya de que nunca juntaríamos nuestras vidas como soñé en un tiempo que se juntaran. É, irritada contra mí, irritada contra todos, he vivido con el infierno en el alma, no sabiendo en rigor si lo adoraba ó lo aborrecía.

—¡Veo que ninguna de las dos habéis sabido quererlo!—dijo con tristeza la de los ojos febriles. — Tú lo has gozado tuyo, lo has tenido á tu lado, has compartido con él la intimidad de la vida, y ¡aun has podido odiarlo á veces!... Tú sólo lo has conocido á medias, sólo has vivido con él en sueños, y fué un sueño más el que lo perdieras. Pero yo, yo lo he tenido todo, he sido suya... suya,—repitió con exaltación.—En mis brazos ha desfallecido de amor; lo he cuidado enfermo; lo he velado dormido, contemplándolo, robando á mi cuerpo el descanso para poderlo ver más y más; lo he consolado en sus penas; lo he inspirado en sus creaciones y lo he ayudado á formarlas; he despertado en él alegrías; le he hecho conocer sentimientos nuevos; le he dado mi salud, mi sangre, mi cuerpo, mi salva-

Proyecto del arquitecto D. Enrique Saguier. Fundida en bronce por Masriera y Campins

ción, todo... Mientras fué mío, su nombre era glorioso, brillaba en el mundo, todos me lo envidiaban; y yo no veía más que á él, importándome poco reputación, maledícencia, desprecio de las gentes. ¡Fuí para él, para él sólo!... Y todo eso lo perdí un día, bruscamente, sin gradaciones, sin compensación, pasando de las delicias de una felicidad inmensa, que creíamos eterna uno y otro, á las negruras del abandono, á la tristeza horrible de ver cómo se desvanecía su amor, mientras el mío seguía cada vez más firme, más vehemente, como hoguera inextinguible que el viento del desengaño sólo servía para avivar, avivar, quemándome en ella el ser entero. He llorado por él más que por mis padres, más que por mis hijos muertos, mas que por nadie de los que me amaron; he sufrido cruelmente, muriéndome en silencio, no ahorrándome ni un desengaño, porque todo lo suyo lo he querido saber para continuar nutriendo mi muerte con su vida. ¿No es mi tormento mayor que el tuyo, mujer, que lo has visto morir adorándote, y mil veces mayor que el tuyo, que no llegaste á gozar de las mieles y el fuego de sus abrazos?... Y yo ni un momento lo he odiado, ni un momento lo he maldecido; porque mi amor es más grande que todo, más grande que el dolor, que el desengaño, que la ofensa, que la ingratitud, que la muerte. Me di á él por toda una eternidad, y suya sigo siendo. Nunca habeis podido vosotras quererlo como yo lo quiero, porque sois esclavas del amor propio, y yo me purifiqué, con sus besos, de todo egoísmo.

Calló la dama, y su figura elegante, hermoseada por el arrebato de la pasión, parecia elevarse al cielo radiante de luz, espiritualizada, magnífica, como grandiosa creación de las más nobles energías del alma. La viuda, anonadada por aquella revelación súbita, había caído al suelo y, recostada sobre una cruz, lloraba convulsivamente.

La cuarta de las viajeras, que hasta entonces nada había dicho, se acercó á ella y le rodeó el talle con sus brazos, apretándola contra sí.

— Y tú, tú, ¿ quién eres? ¿Qué te trae aquí? — exclamó la exaltada.

— ¡ Yo ! — dijo la humilde alzando el rostro, bañado en lágrimas. — Soy la más triste y la más felíz de todas. Lo amé y nunca supo nada de mi amor. Pasó á mi lado ignorando lo que yo era para él, y sufrí, porque así le agradaba, el tormento de ser la confidenta de todas sus ilusiones. Cuando se casó lo perdí por entero. Nunca me quejé. Con tal de que fuera él feliz, ¿qué me importaba lo demás? Á las tres os envidio y á las tres os quiero, porque le habéis dado momentos de dicha en la vida. La muerte nos une. ¿ Vamos á ser más crueles que ella ?

Besó á la viuda, y, levantándose, acercóse á la de los ojos febriles, la cogió de un brazo y llevósela junto al sepulcro.

— Pídele perdón, — dijo.—Has cedido al orgullo y has derramado amargura sobre la que más amó él.

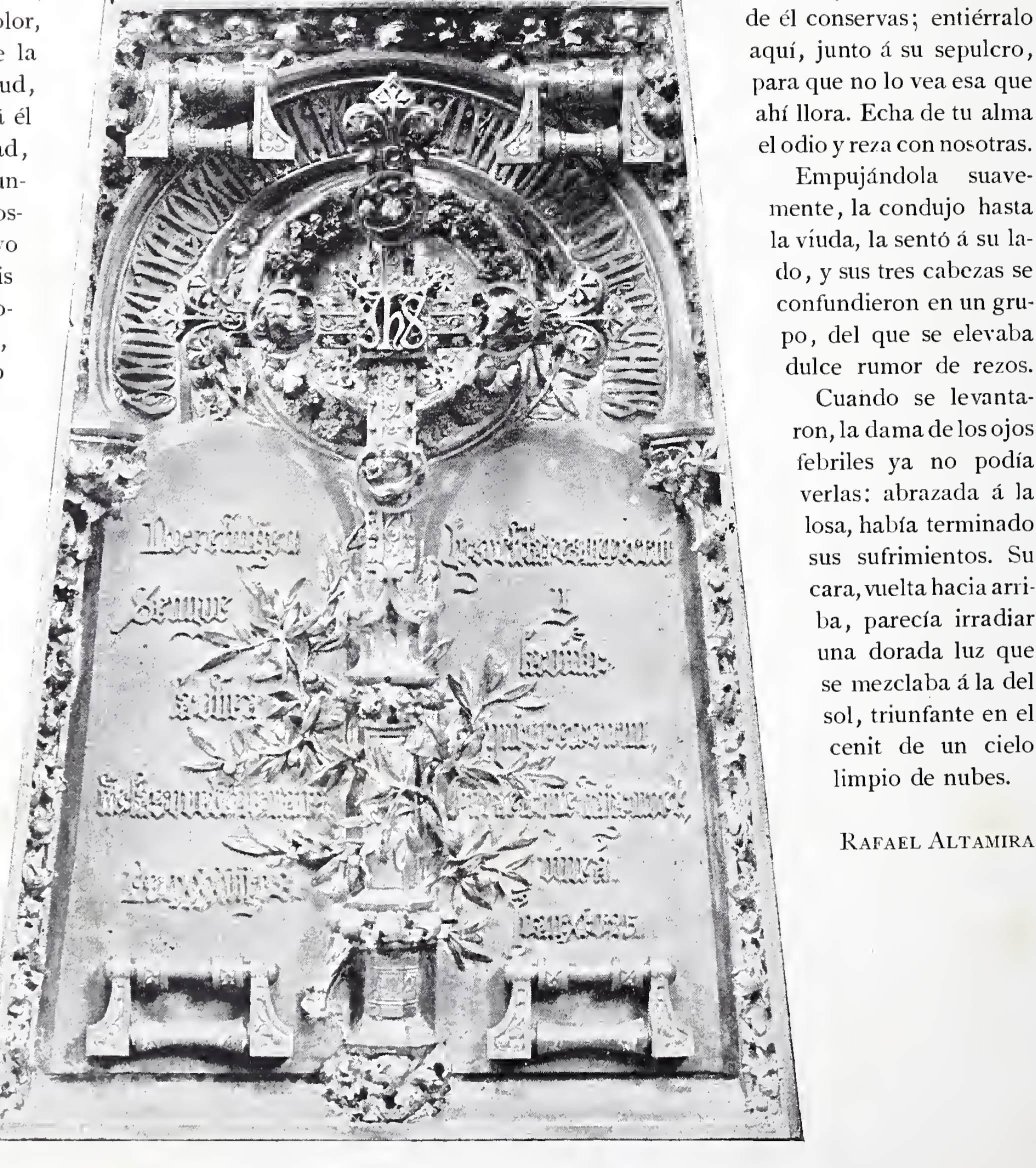
Luego llamó á la del libro.

— Arroja ese recuerdo que de él conservas; entiérralo aquí, junto á su sepulcro, para que no lo vea esa que ahí llora. Echa de tu alma el odio y reza con nosotras.

Empujándola suavemente, la condujo hasta la viuda, la sentó á su lado, y sus tres cabezas se confundieron en un grupo, del que se elevaba dulce rumor de rezos.

Cuando se levantaron, la dama de los ojos febriles ya no podía verlas: abrazada á la losa, había terminado sus sufrimientos. Su cara, vuelta hacia arriba, parecía irradiar una dorada luz que se mezclaba á la del sol, triunfante en el cenit de un cielo limpio de nubes.

Rafael Altamira

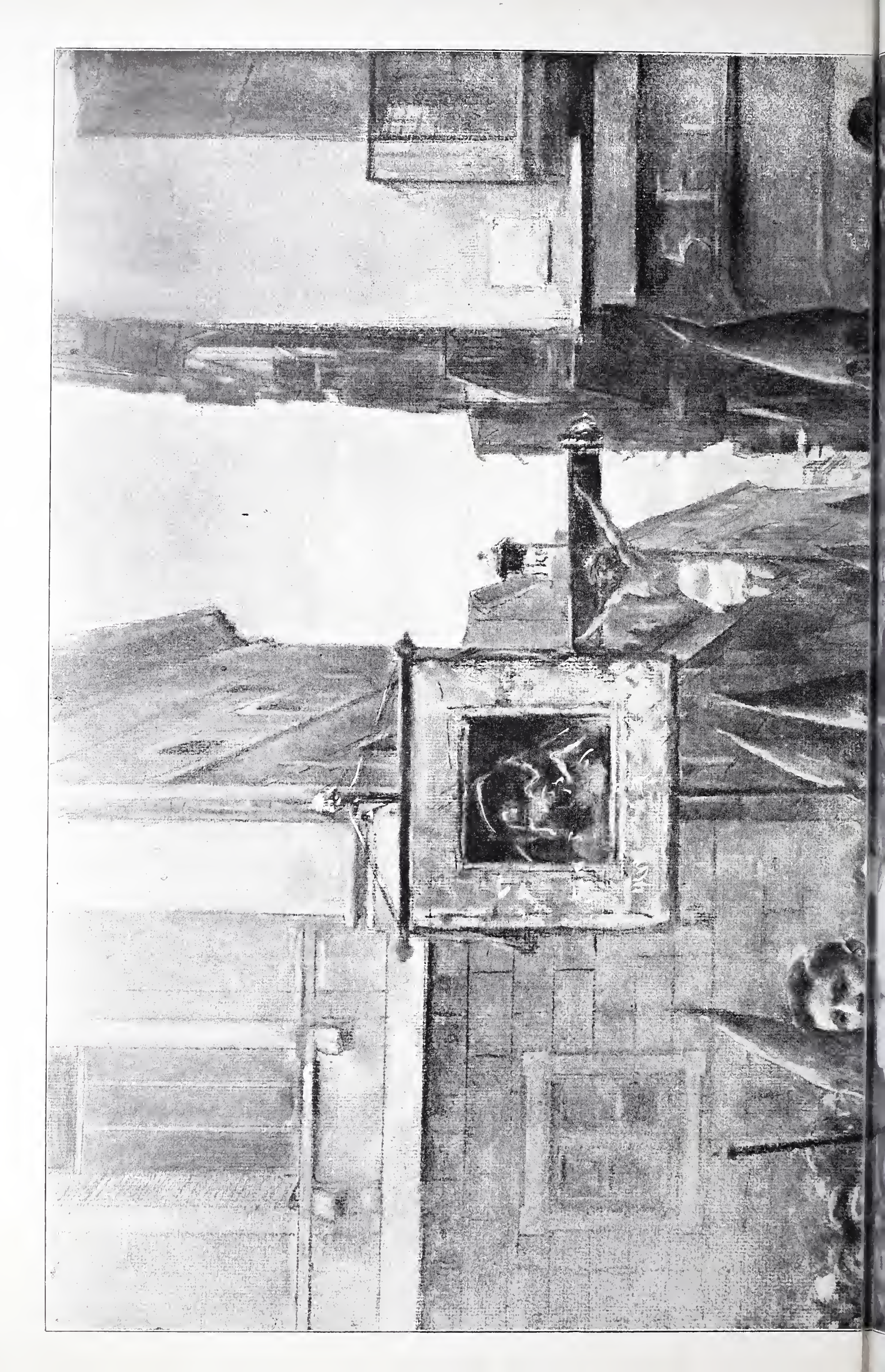


LÁPIDA SEPULCRAL

Proyecto del arquitecto D. Luis Domenech y Montaner. Fundida en bronce por Masriera y Campins



SALVADOR VINIEGRA.—EL REGALO DEL NOVIO





MAS Y FONDEVILA.—PROCESIÓN DE LA BUENA MUERTE EL MIÉRCOLES DE CENIZA



CHARPENTIER.—DESPUES DE LA TEMPESTAD. (E. F. Fot.)

O. JUNYENT.—RIO TORMOS. SALAMANCA



ARTE ANTIGUO

ARCONES ITALIANOS DEL RENACIMIENTO

existentes en el Museo Arqueológico Nacional

El movimiento artístico iniciado y mantenido por Italia desde el siglo XIII se reflejó, como no podía menos, en el mueblaje, y fruto de ello son las formas nuevas é invenciones decorativas que dan á los muebles italianos de aquellos tiempos fisonomía especial y característica. Entre los arcones en que el arte de los tallistas luce su invención y prolijidad, se distinguen los *cassoni*, que en Siena y en Florencia se producían primeramente. Justamente estos muebles, las arcas de novia, tan usuales allá como en España, señalan claramente la evolución que se operó en el arte del mueblaje. Las arcas, ó *cassoni*, más antiguas están decoradas por un sistema que podemos llamar pictórico y que difiere totalmente de la decoración tallada que en Occidente dabamos á tales muebles. No es la talla, es la marquetería el sistema empleado por aquellos decoradores. Pactican la *tarsia* ó mosaico. Vasari nos informa de que hasta mediados del siglo XV se practicó la combinación de blanco y negro; después idearon los *intassiatori* la coloración de las maderas con aceites, y llegaron á emplear hasta pastas de colores. Uníase á todo esto el dorado. Con tales elementos se hicieron obras importantes, llegándose á producir composiciones con efectos de perspectiva. No hablaremos aquí de otras variedades decorativas aplicadas al mueblaje en Italia: el mosaico ó taracea, llamado *lavoro alla certosa*, marquetería así llamada por haberse practicado en las cartujas de Lombardía y que debió ser importada de Oriente; la decoración obtenida con aplicaciones de estuco, ideada en el siglo XIV por Margaritone d'Arezzo; y, por fin, la pintura, en que se distinguió Dello Delli, que se dedicó exclusivamente á decorar cofres en los que ponía estucos Donatello. De estos *cassoni* del siglo XV, con pinturas y pasta dorada, posee un buen ejemplar, que el Papa Pío IX regaló al Marqués de Salamanca, nuestro Museo Arqueólogico Nacional, y otro presentó en una Exposición de arte retrospectivo, en Madrid, la casa de Fernán Núñez.

De esas aplicaciones de pasta se pasó á la talla, que en los arcones italianos representa el Renacimiento. Donde principalmente se tallaron arcones fué en Venecia, en la segunda mitad del siglo XVI. Pocos muebles hay que representen mejor el gusto artístico de aquel tiempo y de aquel país que los arcones tallados, arcas de novia en que suele no faltar el escudo de armas, cuyo estudio heráldico podrá ser algún día interesante, y campean la libertad de composición y la fantasía que avalora las obras de los italianos. Ningún país ni época alguna ha producido

muebles más suntuosos que estos, los cuales están ideados del modo que mejor podían harmonizar con las grandes composiciones decorativas de la escuela veneciana. También los tallistas florentinos produjeron muebles de este género, y la diferencia entre los arcones de uno y otro origen se advierte observando que en los venecianos hay en las líneas generales y en la disposición y actitudes de las figuras algo de atormentado y exagerado, mientras que en las tallas florentinas hay un reposo y una severidad característicos.

La primera cosa en que se diferencian los arcones italianos de los de distinto origen es la forma de *sarcófago* que afectan y que para los italianos de aquel tiempo no tendría nada de fúnebre por ser una forma artística que ellos aplicaron lo mismo á las urnas sepulcrales que á los dichos muebles. Descansan, pues, éstos sobre cuatro garras de grifo; afectan pronunciada curva por su parte inferior, curva que enlaza con la que desarrolla la esfinge ó quimera que matan los ángulos del friso en que aparecen las historias y el escudo de armas que constituyen el motivo decorativo principal; y con el derrame de sus molduras termina la tapa el gracioso conjunto.

La notable colección de antigüedades que formó en Italia el opulento banquero D. José de Salamanca ha enriquecido nuestro Museo Arqueológico Nacional con algunos arcones italianos, preciosas muestras de aquel arte industrial, que también se ve representado con excelentes ejemplares en los Museos de Londres y de París. Reproducimos aquí dos de dichos arcones de la colección de Madrid.

El primero ostenta el escudo dentro de una cartela sustentada por dos ángeles. El escudo es oval, femenil por consiguiente: el escudo de la novia á quien fué regalado el arcón. Á cada lado, en el mismo friso, se desarrolla un asunto histórico, que seguramente guardaría relación con las tradiciones de la familia ó de la localidad de que la agraciada fuese originaria. Las figuras, muy bien puestas y modeladas, son de alto-relieve, y casi exentas las esfinges de los ángulos. Á los costados se ven trofeos militares. En el cuerpo inferior destaca por su mayor realce una guirnalda de flores, y á los lados se ven guerreros montando caballos marinos, uno de éstos con cabeza de carnero. La ornamentación de motivos clásicos de todas las molduras se recomienda por su excelente dibujo y su primorosa talla. El tono de la madera es obscuro, y muchos detalles, especialmente de las figuras, están dorados. Longitud, 1'75 metros; altura, 0'57 m.; anchura, 0'77 m.

El segundo arcón es algo mayor, pues mide de largo 1'85 m.; de alto, 0'73 m.; y de ancho, 0'63 m. También es de madera de tono obscuro con trozos dorados. El escudo de la novia está dentro de una cartela, coronada por un querubín y sustentada por dos ángeles. Á cada lado, dentro de sendas cartelas muy bien compuestas aparece un relieve, que representa el de la derecha la siega y el de la izquierda la vendimia; emblemas, sin duda, de los bienes que el novio ofrecía á su prometida. De los ángulos destacan sirenas. La parte inferior está dividida en compartimientos, en los que se repite un motivo ornamental, menos en el del centro, donde se ve un mascarón interpretado con la fantasía característica de aquellos decoradores. Sobre el friso hay una faja de palmetas y graciosas cabecitas. La tapa ofrece análogo aspecto que en el anterior y en todos los arcones italianos. Adviértase que la composición general arquitectónica de estos muebles responde exactamente á los principios clásicos, de tal manera que ni la libertad ni la fantasía de los entalladores les hizo faltar á la disposición clásica que pedía sobre los soportes el arquitrabe, el friso y la cornisa.

José Ramón Mélida





PAISAJE

TARDE DE NOVIEMBRE

La tarde avanza, avanza...
La noche viene cerca,
y el sol ya no ilumina
montañas ni veredas.
¡ Qué triste que está el campo !
¡Qué sola está la casa de la tristona huerta!
¡ Qué seca está la viña !
¡ Qué lástima da verla !

La brisa juguetona
los árboles orea
y cruzan las palomas,
del llano, hasta la sierra,
rozando con sus plumas
el suelo que pardea,
y allá abajo, en la umbría, los bueyes silen-
echados en la tierra, [ciosos,
rumian en silencio
los tallos de las yerbas...

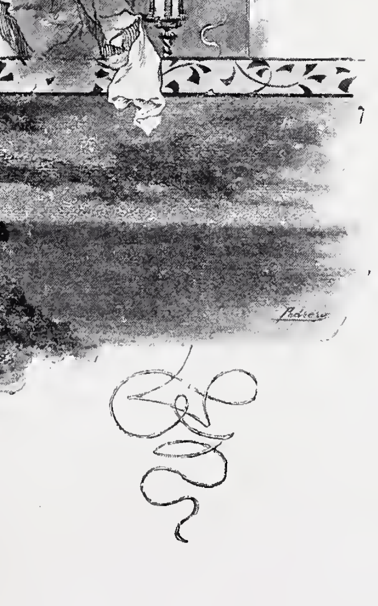
Tendido en el repecho
que el olivar faldea,
miré el paisaje hermoso
y augusto de la vega.
... El río, mansamente,
cruzaba la alameda.
Los árboles cantaban el himno de las hojas,
Salían de los nidos estrofas de poemas,
y, oculta en las cañadas,
alguna liebre inquieta
buscaba su escondrijo, que esconden los matojos
debajo de las piedras.

Tendido entre los álamos,
de espaldas en la tierra,
yo ví morir la tarde
y ví la noche inmensa
que, en alas de la sombra,
llegaba, fría y negra.
...Ya los trabajadores
regresan á la aldea,
en grupos bulliciosos
que ríen y bromean;
las hembras de sus mozos,
los mozos, de sus hembras;
los viejos, de labranza,
las viejas, de la guerra.

Yo ví por el camino,
sus negras siluetas,
oí sus risas francas,
sentí sus voces frescas,
y, al verlos tan alegres,
me dió no sé que pena...
Envidia de sus almas
joviales y risueñas;
pesar de sus amores, sin celos ni inquietudes,
sin dudas y sin quejas...

...Allá van, tan contentos,
por la ancha carretera,
hablando de labranza,
de amores y de guerra,
y aquí me quedo, solo,
sin nadie que me vea,
sin nadie que penetre mis ánsias infinitas,
sin nadie que adivine mis sueños de poeta,
á solas con la tarde
que muere entre las peñas,
á solas con la noche que avanza, negra y fría,
que avanza, fría y negra...

Cristóbal de Castro



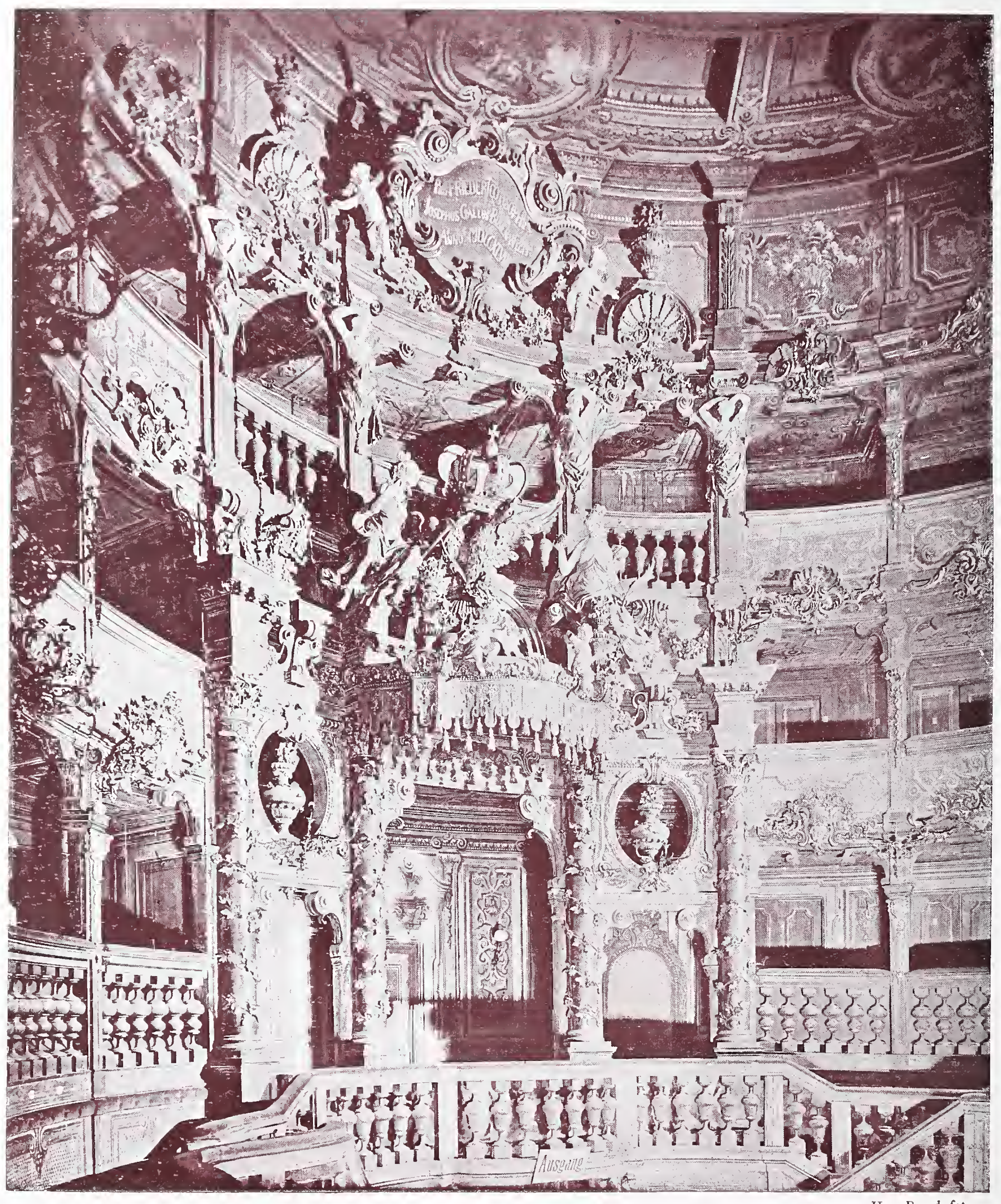
PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'00



N.º 18. - 15 NOVIEMBRE 1899 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



Hans Brand, fot.

BAYREUTH.—ANTIGUO TEATRO DE LOS MARGRAVES

DONDE WAGNER, PARA CELEBRAR LA COLOCACIÓN DE LA 1.ª PIEDRA DE SU NUEVO TEATRO, EN 22 DE MAYO DE 1872, DIRIGIÓ LA IX SINFONÍA DE BEETHOVEN



CASA «WAHNFRIED» DE WAGNER, EN BAYREUTH

Hans Brand, fot.—Bayreuth

RICARDO WAGNER

NOTAS BIOGRÁFICAS

NACIÓ Guillermo Ricardo Wagner el 22 de Mayo de 1813 en Leipzig. Muerto su padre seis meses después, contrajo su madre segundas nupcias con Luis Geyer, pintor y artista dramático á la vez, trasladándose la familia á Dresde. Tomó Geyer gran cariño al joven Ricardo y quiso dedicarle á la pintura, pero Wagner demostró suma torpeza para el dibujo, sintiéndose, en cambio, atraído con pasión por la música, hasta el punto de que á los nueve años tocaba en el piano la obertura de *Der Freyschütz,* su obra predilecta. Desde el principio de sus estudios en la *Kreutzschule,* demostró gran facilidad para versificar y dedicose con preferencia al conocimiento de los clásicos griegos, apasionándose por Sófocles y Eschylo, y también por las obras de Shakespeare, que le impulsaron á escribir un gran drama, cuyos 42 personajes morían todos en el transcurso de la obra y reaparecían en el quinto acto, en forma de espectros. Resuelto á dedicarse á la música, tomó las primeras lecciones del organista Müller, componiendo poco después una obertura á gran orquesta, y perfeccionó luego sus estudios con el excelente profesor Teodoro Weinling, que le hizo profundizar en el conocimiento de la fuga y contrapunto, é inicióle en las grandes obras de los clásicos, al par que le enseñó á adquirir la INDEPENDENCIA en su estilo de composición. Durante estos estudios escribió una Sonata, una Polonesa y una Sinfonía que revelaron, ya, sus progresos en el arte musical.

Á los 20 años, en 1833, hallándose en Wurtzbourg, dió su primera obra á la escena, componiendo libro y música de *Die Feen (Las Hadas)* que, inspirada en Beethoven y Weber, presentaba algunos trozos muy recomendables. Tres años después, fué nombrado maestro director del teatro de Magdebourg y allí compuso su segunda ópera *Das Liebesverbot (Prohibición de amar)* en la que se notan claras reminiscencias de las obras francesas é italianas de la época. Escribió luego la obertura *Rule Britannia* y pasó breves temporadas al frente de los teatros de Kœnigsberg y Riga, en donde contrajo matrimonio con la célebre cantante Minna Planner, de quien estaba perdidamente enamorado. Juntos embarcáronse en 1839 para Londres y durante una penosísima travesía, recogió Wagner de labios de los marineros, la leyenda del *Holandés volante,* de la que, más tarde, hubo de sacar gran partido. De Londres pasó á Boulogne donde trabó conoci-



LUDWIG SCHNORR
célebre tenor que estrenó el *Tristan é Isolda*

miento con Meyerbeer, á quien hizo oir la parte que tenía terminada de su nueva ópera *Rienzi,* logrando recomendaciones de dicho compositor para los teatros de París. Poco le sonrió en Francia la fortuna, pues á pesar de aquellas recomendaciones y de repetidas promesas, no consiguió ver ninguna obra suya en escena: exhausto de recursos pecuniarios apuró todos los medios en la lucha por la existencia, llegando hasta á solicitar una plaza de corista, que no le fué dable obtener por falta de voz. No quedándole otro camino que el de escribir música en consonancia con los gustos de aquella sociedad, compuso varias melodias francesas para poesías de Victor Hugo, Ronsard y otros, entre ellas la titulada *Deux grenadiers* de Heine, mereciendo especial mención la obertura para el *Faust* de Gœthe, y dedicóse á reducir para piano las partituras de *La Favorita*, *L'elisir d'amore, Il Guitarrero* y muchas más.

De regreso á Alemania, en 1842, estrenóse por fin su ópera de espectáculo *Rienzi* en el teatro de la Ópera de Dresde, con éxito grandioso, por la famosa tiple Schrœder-Devrient y el no menos célebre tenor Tichatschek. Al año siguiente, dió á la misma escena su nueva obra *Der Fliegende Hollander,* conocida también con el título de *El Buque fantasma*, basada en la leyenda antes mencionada, en la que Wagner, rompiendo con los moldes de la tradicional ópera, estilo Meyerbeer, Rossini ó Donizetti, echó los cimientos de su drama musical, para ir perfeccionándolo progresivamente en sus creaciones sucesivas. Intercaladas con aquellas, escribía el oratorio *La cena de los Apóstoles*, un poema sobre *Manfred* y una marcha fúnebre sobre motivos de *Euryanthe*, para la traslación de Londres á Dresde de las cenizas de Weber. En 1845 terminó la composición de *Tannhäuser* que fué estrenado también en Dresde por los mismos artistas, desempeñando Juana Wagner, sobrina del autor, la parte de Elisabeth; la obra obtuvo poco éxito, por alejarse aun más de los gustos del público, siendo vivamente combatida por los maestros de la crítica, entre ellos Mendelssohn, Sphor y Schumann. Sin desalentar por ello, emprende la composición de *Lohengrin,* basado su poema, como el de *Tannhäuser,* en las leyendas del trovador Wolfram de Eisenbach y cuyo estreno tuvo lugar en Weimar, durante las fiestas del aniversario de Gœthe en 1850, alcanzando un éxito tan extraordinario que, á partir de él la fama de Wagner fué ya universal. Á esta obra siguieron: el poema sacro *Jésus von Nazareth;* el drama histórico *Frédérich Barberousse;* y el poema mitológico *Siegfried's Tod,* inspirado en los Nibelungos y los Eddas escandinavos.

Mezclado en las revueltas políticas de la época en pro del partido revolucionario, fué condenado á prisión, pudiendo fugarse, merced á un pasaporte con nombre supuesto que le facilitó su amigo Listz: entonces, comenzó para Wagner una época de destierro, cuyas penalidades se prolongaron doce años. Dedicóse en un principio á dar á conocer en opúsculos y escritos sus teorías políticas, sociales y artísticas; entre ellos, los titulados: *Arte y revolución*, *El judaísmo en la música*, *La obra de arte del porvenir*, y más tarde su obra teórica más perfecta, *Ópera y drama*. Después de escribir un drama en tres actos titulado *Wieland der Schmiedt (Wieland el herrero)* que no llegó á poner en música, dedicóse en 1851, en Zurich, á planear su Tetralogia, *Der Ring des Nibelungen*, y al efecto comenzó por la 3.ª parte *Götterdämmerung (El ocaso de los dioses)*, refundición de su drama *Siegfried's Tod,* escribió luego la 2.ª parte *Siegfried*, al que siguió la 1.ª; *Die Walküre (La Walkyria)* y terminando por el prólogo *Rheingold (El oro del Rhin)*. Seguidamente, púsolos en música por su orden natural, dejando terminados en 1857 el prólogo, la 1.ª parte y la mitad de la 2.ª, abandonando la Tetralogía sin terminar el 2.º acto de *Siegfried*, desalentado por las extensas proporciones de su trabajo. Deseoso de construir una obra representable más facilmente, é iniciado en las doctrinas filosóficas de Schopenhauer que se hicieron dueñas de su espíritu, emprendió la composición del drama musical *Tristan und Isolde,* que quedó terminado en 1859; mas no consiguiendo hacerlo poner en escena, marchó á París, en donde poderosas influencias lograron de Napoleón III que mandara representar el *Tannhäuser* en el teatro de la Ópera. Quiso Wagner preparar al público francés, escribiendo la célebre *Lettre sur la musique*, para exponer su credo artístico, compendiado en forma de carta á su amigo Federico Villot, que puede considerarse como la profesión de fe de la teoría wagneriana; pero sus numerosos adversarios calificáronla de jactancia de un orgullo desmesurado, y á los pocos días fracasaba el *Tannhäuser* en París, del modo más ruidoso. Despreciando los insultos de un público incapaz de comprenderle, trasladose Wagner á Viena en 1861, donde en medio de la mayor miseria quédanle todavía alientos á su espíritu para crear la deliciosa comedia musical de los maestros cantores, *Die Meistersinger von Nürnberg*.

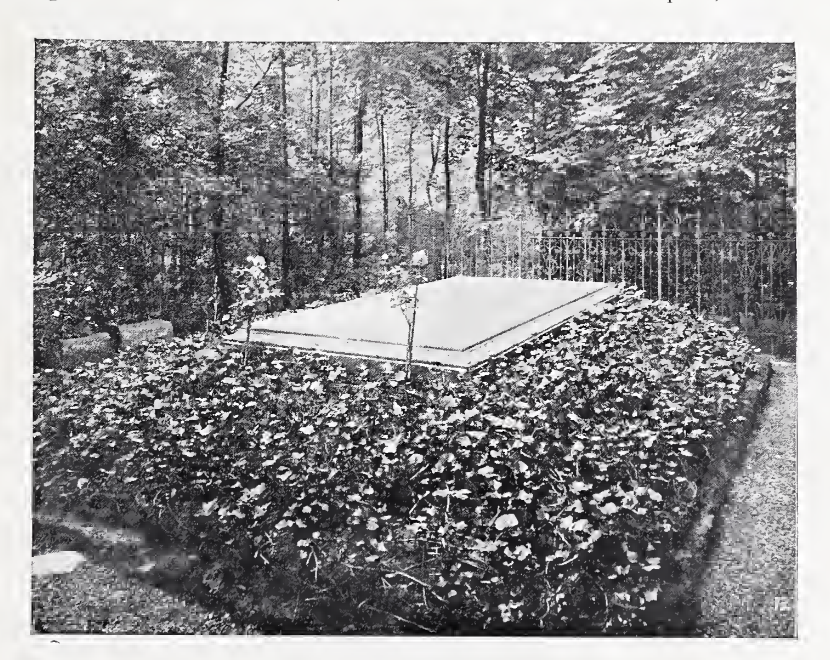
Los años posteriores fueron para el artista los más terribles en su lucha por la existencia. Perdida la esperanza de ver representadas sus obras, excluídas de todas partes, vivió tristemente, hasta el día en que halló en su camino á un personaje augusto, cuya intervención, tan providencial como inesperada, cambió



EL PERRO «MARKE»
fiel compañero del maestro

súbitamente la faz de su destino. El joven rey Luis II de Baviera, admirador apasionado de las obras de Wagner, apenas subido al trono en 1864, llamóle á su lado, brindándole con expléndida protección. Al año siguiente estrenábase *Tristan* en Munich, con una ejecución maravillosa por los esposos Schnorr encargados de los protagonistas, llevando la batuta el eminente maestro Hans de Bulow; pero, una desgracia inesperada vino á entorpecer las representaciones: Schnorr, el sin rival Tristan, al quedar yerto en la escena de la muerte, después de la agitada desesperación de la agonía, fué víctima de un enfriamento debido á las corrientes de aire del escenario, falleciendo á los quince días y privando á Wagner de su intérprete predilecto. Envidiosos los cortesanos de los favores que su rey dispensaba al artista, se conjuraron contra éste, obligándole á separarse de su protector, por lo que se trasladó á Suiza, é instalóse en la poética quinta de Triebschen, á orillas del lago de los Cuatro cantones, en donde terminó la partitura de los *Maestros cantores*, cuyo estreno tuvo lugar en Munich el año 1868, bajo la dirección de Hans de Bulow, con el éxito más entusiasta. Allí también reanudó sus trabajos sobre la Tetralogía, abandonados en 1857, terminando el *Siegfried* en 1869 y el *Göterdämmerung* en 1874; así es que entre el primer esbozo y la conclusión de esta obra mediaron 22 años. Impaciente Luis II por saborear las primicias de *El anillo del nibelungo*, dispuso se estrenaran en Munich las partes del ciclo ya terminadas, verificándose la primera representación del prólogo *Rheingold* en 1869 y al año siguiente la de *Die Walküre;* mas estas audiciones, asaz imperfectas, á causa de la deficencia de los elementos escénicos, avivaron en el monarca y en su fiel amigo los deseos de construir un teatro especial, para representar en las debidas condiciones la Tetralogía completa.

En 1870, Wagner, viudo hacía cinco años de su primera esposa, casó con Cosima Listz, hija del ilustre pianista y divorciada de su esposo Hans de Bulow, naciendo de dicho enlace un hijo, al que llamó Siegfried, nombre de uno de sus héroes favoritos, y en cuyo honor compuso la deliciosa obra *Siegfried-Idyll.* Al siguiente año, visitando casualmente la villa de Bayreuth, encontró allí Wagner el sitio á propósito para su soñado teatro, é instalándose en ella fundó una sociedad por acciones, para la realización de su proyecto. En 1872 colocábase la primera piedra, celebrándose un festival en el antiguo teatro de la villa en que una masa de 400 ejecutantes interpretó la sinfonía, con coros, de Beethoven, bajo la batuta del propio Wagner; y quedó terminado el teatro en 1876, inaugurándose con la representación de la Tetralogía completa, por tres veces consecutivas, dirigida por Hans Richter é interpretada por los más eminentes artistas alemanes. Si el resultado artístico superó á las más halagüeñas esperanzas, no pudo decirse otro tanto del económico, por lo que permaneció cerrado seis años el teatro, para volver á abrirse en 1882, con el estreno de *Parsifal*, última obra y testamento musical de Ricardo Wagner, bajo la dirección de Hermann Levy, dándose 16 audiciones con éxito sin precedente. Á los pocos meses, minada su naturaleza, hacía tiempo, por una enfermedad del corazón, pasó Wagner á Venecia é instalóse en el Palacio Vendramin-Calergi, en donde falleció el 13 de Febrero de 1883, á los 70 años de edad. Sus restos fueron transportados con gran pompa á Bayreuth y después de celebradas solemnísimas exequias, volvieron á la tierra sus cenizas, á los acordes de la marcha fúnebre del *Ocaso de los Dioses*, quedando sepultadas en el jardín posterior de su casa Wahnfried, bajo una sencilla losa sin inscripción alguna, no lejos del teatro que simboliza la obra de uno de los más colosales genios de la humanidad.



TUMBA DE RICARDO WAGNER
en el jardin de su casa



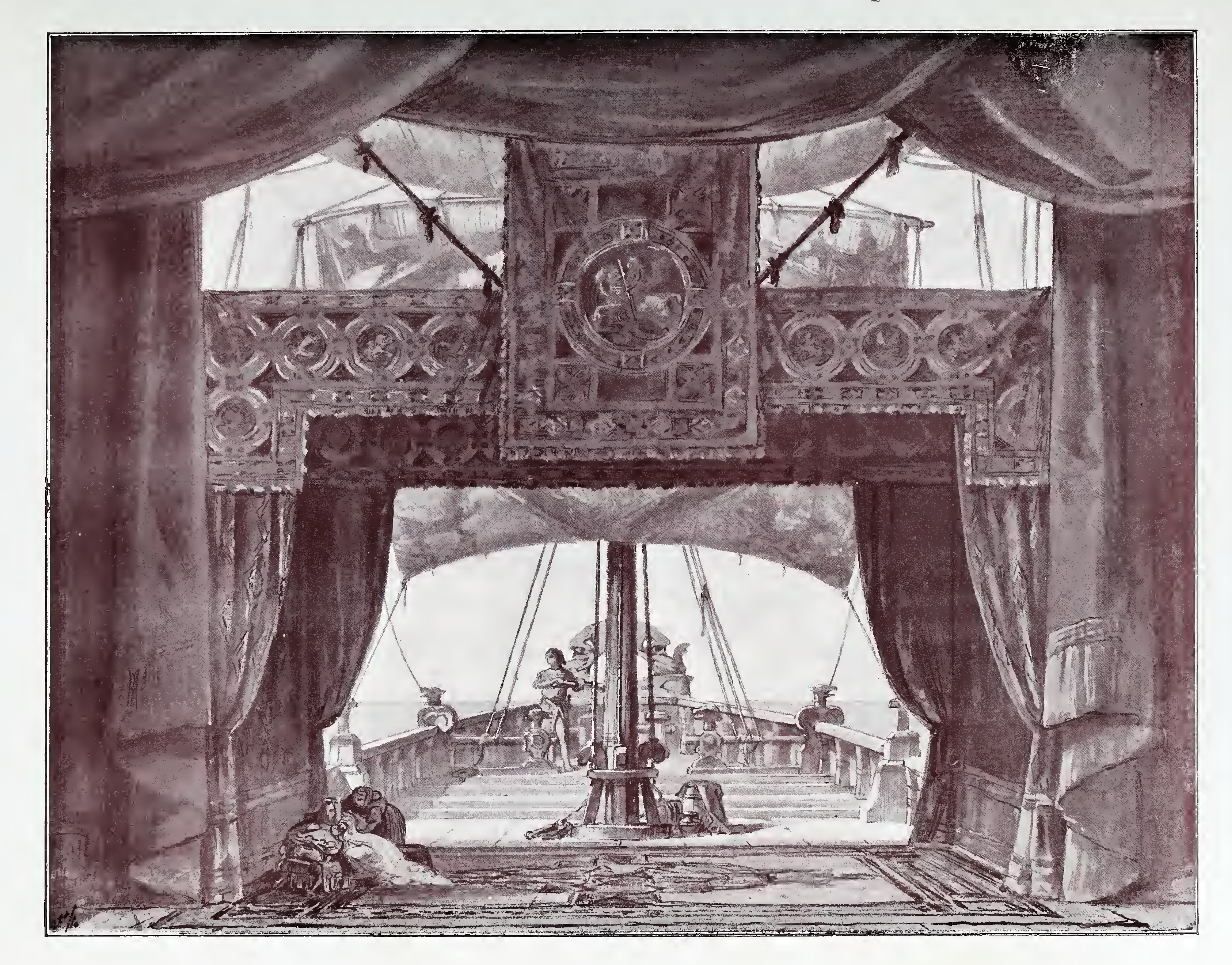
SOBRE el puente de un navio que conduce á Cornouailles á Isolda, princesa de Irlanda y prometida esposa del rey Marke, levántase una tienda, cerrada con rica tapicería, en la que aparece aquella, recostada sobre un lecho, inmóvil, como muerta, oculto su rostro entre almohadones, en compañía de Brangania, su doncella. De lo alto de la arboladura, llega la voz de un marinero entonando una canción nostálgica, poema sin nombre, fiel reflejo de la gente de mar; al oirla, levántase Isolda sobresaltada y al tener noticia de que la travesía toca á su término, prorrumpe en furiosas imprecaciones, invocando á los elementos para que hagan pedazos la nave y sepulten todo cuanto en ella respira. En vano Brangania intenta consolarla é indagar la causa de tan vivo dolor: «¡aire... aire... se me oprime el corazón!» exclama Isolda y manda descorrer los tapices que ocultaban el resto del buque. Descúbrese este en toda su extensión, apareciendo junto al timón Tristan, el héroe sin par, el sobrino del rey Marke, silencioso, impenetrable, en pie, los brazos cruzados, la vista hacia el mar, ensimismado. Ordénale Isolda, por mediación de Brangania, comparecer ante su presencia, mas el héroe rehusa la entrevista con respeto y cortesía: «si yo abandonara el timón — responde — ¿como conduciría segura la nave al país del rey Marke?»; y al reiterar la sierva el mandato de su señora, se interpone Kurwenal, fiel escudero de Tristan, entonando un aire de triunfo por la muerte que este dió á Morold, prometido de Isolda, aire que repiten todos los tripulantes.

Encolerizada la soberana por tamaño insulto, revela á Brangania la causa de sus desdichas: «En una barca flotante cerca de la ribera de Irlanda, yacía un hombre herido de muerte; experta Isolda, en el arte de curar, cicatrizaba sus heridas con jugos balsámicos, cuando un día advirtió en la espada del desconocido una mella á la que ajustaba exactamente un pedazo de hierro, hallado en la cabeza de Morold, que le fué enviada como sarcástico testimonio de su muerte. Un grito escapó del fondo de su alma, al reconocer, oculto bajo el nombre de Tantris, al guerrero Tristan. Blandió Isolda el arma, para vengar aquella afrenta, pero una mirada que centelleó en los ojos del herido, dirigida, no á la espada, á los ojos de Isolda, movió á ésta á compasión, y el hierro cayó de sus manos. Curado el guerrero de sus heridas, marchó á su patria, dejando una deuda de eterna gratitud, que pagó más tarde, cuando de nuevo á Irlanda volvió, pidiendo la mano de la princesa para su tío el rey Marke de Cornouailles.»



Enamorada del héroe arrogante, que debe ponerla en manos de otro, es para Isolda insoportable tal suplicio, y recordando las artes mágicas de su madre, manda abrir el dorado cofre lleno de venenos y bálsamos, y escoge para Tristan el brebaje de muerte.

Preséntase Kurwenal á suplicar á Isolda, de parte de su señor, que, llegando al término del viaje, se apreste para ser presentada á su futuro consorte, el soberano; pero la princesa le ordena transmita al altivo guerrero su negativa, mientras no solicite el perdón de la ofensa inexpiada. Aparece Tristan y detiénese en el umbral en actitud á un tiempo altiva y respetuosa; Isolda presa de violenta agitación le contempla en silencio, largo rato; ambos reprimen el sentimiento que



TRISTAN É ISOLDA. ACTO PRIMERO.—F. SOLER Y ROVIROSA

llena sus almas, y por fin, la hija de Irlanda reprocha al héroe su conducta, en quejas y amenazas que son contestadas con frias y breves respuestas, sin que ninguno de los dos se atreva á confesar el verdadero sentimiento que aletea en sus corazones: el amor. El dialogo aumenta, por momentos, en vigor dramático, y al reclamar Isolda satisfacción por la muerte de Morold, replica Tristan tendiéndole su espada: «Si Morold te fué tan caro — torna á empuñar este hierro — y sin desmayar tu brazo — hundelo pronto en mi pecho.» Interrumpidos por las voces de los marineros que se preparan para arriar las velas, apercíbense de que concluye la travesía. «¿Donde estamos?» pregunta Tristan, «Cerca del fin; — responde Isolda, añadiendo — dime, Tristan, ¿expiarás tu culpa?» á lo que este replica: «La soberana del secreto me impone silencio: si adiviné lo que ella ocultó, he de callar lo que ella no comprendería.» Á una señal de su señora, vierte Brangania el brebaje en la copa, trocando, secretamente, el filtro de muerte que Isolda había ordenado, por él de amor. Esta, con frases de ironía, ofrece á su enemigo el veneno libertador, el filtro del eterno reposo, y el joven héroe lo acepta exclamando: «El honor de Tristan es su fidelidad inviolable; el suplicio de Tristan es su resistencia heróica. ¡Quimera del corazón! ¡sueño del presentimiento! ¡consuelo único del dolor eterno! ¡filtro bienhechor del olvido! yo te bebo sin vacilar» y lo lleva á sus labios. No comprendiendo Isolda la serenidad de Tristan, exclama: «¿Me engañas también ahora?... Compartamos, pues, la bebida» y arrebatándole la copa añade: «Traidor, yo bebo contigo.» Ha llegado el momento sublime. Ambos, poseidos de la más intensa emoción, permanecen inmóviles, como petrificados, cruzando con terror sus miradas, cuya expresión pasa, en un instante, del menosprecio de la muerte al fuego del amor. Llevan sus manos temblorosas al corazón, oprimiéndolo fuertemente, y súbenlas luego al rostro; búscanse de nuevo con la mirada, que vuelven á cruzar con pasión creciente, abátenla llena de turbación, y por fin, en el colmo del extravio arrójanse uno en brazos de otro. Así permanecen en silencio, abrazados, en tanto que el navio echa anclas y la tripulación victorea al rey Marke que se acerca, acompañado de su corte, cuya llegada vuelve á la realidad á los amantes. Su desesperación no reconoce limites al convencerse de la astuta estratagema de Brangania, que trocando el filtro mortal por el amoroso, condénales á nueva vida de sufrimientos, en lugar de la Muerte redentora que anhelaban.



Así termina el primer acto del drama.

* * *

Mientras el rey Marke asiste á una nocturna partida de caza, su esposa Isolda aguarda en el jardín del palacio á Tristán. La entrevista de los dos amantes ocupa, casi por completo, el acto 2.º del poema, que transcurre en una clara y apacible noche de verano. Los sones de los cuernos de caza, que vibran cada vez más distantes, indican el alejamiento de la regia comitiva, hasta que extinguidos por completo, percíbese solo el murmullo del arroyo y el susurrar del follaje en la paz de la noche. Isolda ordena á su fiel sirvienta que apague la antorcha que arde junto á la puerta de su estancia, señal convenida con Tristan para que pueda llegar sin temor; pero Brangania se resiste, advirtiéndole el peligro de que la cacería tan improvisadamente organizada sea, solo, una estratagema, para sorprender á los amantes. Arrastrada por su anhelo amoroso y su fiebre de impaciencia, que le hacen imposible soportar por más tiempo el suplicio de la espera, coge Isolda la antorcha encendida y exclamando con trágico ademán: «aunque esta fuera la luz de mi vida, no titubearía un momento en apagarla», la arroja al suelo, en donde se extingue.

Llega Tristan impetuosamente; Isolda sale á su encuentro con un grito de júbilo y se precipita en sus brazos. Comienza entonces el diálogo amoroso, en que después de expresarse mútuamente el júbilo de verse otra vez reunidos, se entregan á una maravillosa exaltación poética, casi imposible de describir: dulces recuerdos, ardientes anhelos, deseos que renacen de si mismos, sueños languidecientes, tales son las sublimes esencias de esta página ideal. El filtro amoroso corroe cada vez más profundamente sus almas, embriagándolas de modo tal, que la gran sed de la pasión solo se sacia en apariencia, para inflamarse de nuevo con más ardor. Admíranse los enamorados de la ciega alucinación que les ha separado tanto tiempo, pues ¿cómo pudieron ignorar sus verdaderos sentimientos hasta llegar á sacrificar sus vidas en aras de un ódio ilusorio? Ahora, en cambio, toda disensión ha cesado, todas las barreras han desaparecido y solo experimentan la necesidad de mezclar sus existencias en un solo ideal y de confundir todas sus sensaciones, pensamientos y recuerdos en la poderosa vibración del presente. Su lenguaje es altamente simbólico, las imágenes se suceden unas á otras, y las palabras desviadas de su propio sentido se repiten hasta el infinito; pero sus ideas se sintetizan en los dos vocablos DÍA y NOCHE, cuyo simbolo es la expresión del ambiente que respira esta escena de amor. El DÍA es para ellos la imagen del mundo real, del error, de la vanidosa apariencia que les ha separado tanto tiempo; la NOCHE es, en cambio, el reino de la sombra, expresión de la verdad, del ideal, del amor sin limites, que les pertenece por entero y en cuyas profundidades millares de soles les sonríen. Juntos, en el sublime transporte de la pasión, entonan Tristan é Isolda un himno de invocación, sinfonía majestuosa que canta los esplendores, las armonías de esta noche impregnada de poesía y respira una paz profunda. Sus palabras se responden, se mezclan por instantes y terminan uniéndose en voluptuoso éxtasis.

La voz de Brangania, que vela en acecho para evitar

TRISTAN É ISOLDA. ACTO SEGUNDO.— F. SOLER Y ROVIROSA

una sorpresa á los amantes, les advierte que pronto se disiparán otra vez las tinieblas de la noche, cediendo su sitio al luminoso día. Lejos de volverles á la realidad, sirve el aviso tan solo de exaltación á sus almas, que al vislumbrar la proximidad del odioso astro, que de nuevo ha de separarles, invocan, en un canto sublime, á la Muerte como solución única de todos los obstáculos y mentiras de la vida, de todos los dolores de la existencia.

Precipítase bruscamente la tragedia. Delatados por el cortesano Melot, sorprende el rey Marke á los enamorados, apareciendo de súbito ante ellos, rodeado de su corte. El soberano ultrajado en su dignidad, presa del dolor más profundo, prorrumpe en amargas lamentaciones, arrancadas menos por la infidelidad de la esposa, que por la traición del deudo y del amigo. Ni un solo reproche á Isolda: su magnanimidad es tan elevada, que el único sentimiento que llena su alma es la aflicción producida por la felonía del ídolo de su vida, el héroe Tristán. No encontrando éste una sola palabra para su defensa, convencido de la magnitud de su culpa, busca la muerte, provocando al delator Melot en desafío; y sin hacer uso de su espada, déjase herir en el pecho, cayendo en brazos de Kurwenal.

* * *

El trágico drama amoroso se desenlaza en el castillo natal de Tristan, en Kareol, lugar de Bretaña, á donde ha sido conducido por su escudero. Herido de muerte, yace el héroe en una camilla, colocada bajo un tilo en la terraza de la abandonada fortaleza, desde donde se domina el mar. Una triste melopea que un pastor entona en su caramillo, despierta á Tristan de su prolongado sopor. Las notas de la canción hieren su alma, evocándole recuerdos de la infancia, y en el delirio que le consume, desfilan ante su imaginación los episodios más salientes de su vida; pero todos sus dolores de antaño se funden ahora en un dolor supremo: el martirio de la ausencia, el ardiente anhelo de contemplar, otra vez, la imagen adorada de Isolda. Consuélale Kurwenal, al manifestarle que un enviado marchó á Cornouailles en busca de Isolda: y el desespero truécase, entonces, en delirio amoroso, que le hace presentir, en la exaltación febril de su impaciencia, la llegada de la anhelada nave conduciendo al único alivio á sus sufrimientos. Mientras el noble escudero se esfuerza en calmar á su señor, suena, de pronto, una alegre melodía del caramillo, que sustituye á la quejumbrosa de antes: es la señal convenida para anunciar la aparición del navío. Tristan la recibe con marcados transportes de júbilo, y Kurwenal sube á lo alto de un torreón, desde donde le relata los accidentes de la travesía, hasta que al ver á Isolda echar pie á tierra, corre á su encuentro.

Entonces, Tristan entrégase á un delirio que consume sus últimas fuerzas; al oir la voz de Isolda se incorpora y arrancando los vendajes de su herida, que mana abundante, corre enloquecido á su encuentro. Por fin, llega la joven y se arroja al cuello de su amante, como extraviada por el presentimiento de una catástrofe: es el momento fatal, pues apenas resta aliento á Tristan para pronunciar por última vez el dulce nombre de «¡Isolda!» cayendo expirante en brazos de su adorada, de los que el cuerpo inerte se desliza hasta el suelo. Isolda se arrodilla junto á él, le llama, le suplica que respire un instante más, le acusa de infidelidad por no haberla esperado y cae desvanecida sobre el cadáver. ¡Todo en vano! ¡Es demasiado tarde! Los labios de Tristan se han cerrado para siempre, sus ojos no se abrirán más, su corazón cesó de latir.

Llega en otro navío el rey Marke, acompañado de Brangania, Melot y su cortejo. Kurwenal, para defender el cuerpo inanimado del héroe, les cierra el paso, y entablada la lucha mata al traidor Melot, pero á su vez es herido de muerte por un soldado, y el fiel escudero rueda expirante á los pies del cadaver de su señor. Marke que enterado por Brangania del secreto del filtro, venía á otorgar su perdón á los amantes, queda aterrado ante aquel cuadro desolador. Isolda, inconsciente del soplo de vida que aun respira y con la mirada fija sobre Tristan entona en loor de éste el canto de Muerte, himno de glorificación de su amor, y en transportes de éxtasis divino contempla la imagen etérea y luminosa de su amante, elevándose, circundada de fulgores, á través de los espacios infinitos. Por último, como transfigurada, expira en los brazos de Brangania y cae suavemente sobre el cuerpo inanimado de Tristan, mientras el rey Marke bendice solemnemente los restos de aquella sublime tragedia de amor.



TRISTAN É ISOLDA. ACTO TERCERO.—F. SOLER Y ROVIROSA



Hans Brand, fot.—Bayreuth

TEATRO WAGNER EN BAYREUTH.—VISTA LATERAL

LA PARTITURA

El preludio del 1.er acto de Tristan é Isolda está formado por un encadenamiento de *leimotiv* ó temas conductores, que, siendo los más importantes de la obra, describen musicalmente el pensamiento que la sirve de base. Se inicia por una frase musical entonada por el violoncelo y continuada por el óboe, que expresan respectivamente los temas ó motivos de la *confesión (declaración de amor)* y del *deseo*, apoyados por los acordes del *dolor*. Repetida esta frase por cuatro veces, como una triste interrogación, estalla, después de una pausa, en la orquesta la *pasión declarada* de Tristan, seguida inmediatamente del tema de la *mirada*, para indicar que aquella pasión se originó de repente, en el primer encuentro de sus miradas. Este tema desarrollándose en progresión ascendente va describiendo la *pasión impetuosa* y el *ardor palpitante*, hasta que tras una escala del *deseo*, aparecen los otros dos temas que caracterizan á los dos filtros, esto es, el *filtro amoroso* y el *brebaje mortal*. Combinados todos estos motivos forman una melodía amorosa en que se destaca un nuevo tema, la *privación de amor*, y juntos con los del *dolor amoroso* y la *pasión revelada*, desarróllanse en enérgico *crescendo*, hasta ir á parar al de la *redención (ó liberación por la muerte)*. Repítese este último nueve veces, alternando con el del *deseo*, y se llega al punto culminante del preludio, en un *fortíssimo* que dominan los temas de la *mirada*, el *deseo* y la *confesión*. Entonces decrece la exaltación, los tres temas referidos se repiten en *diminuendo*, y languidecen cada vez más, hasta que se apagan, expirando en un último *pianíssimo*.

Comienza el acto 1.º con la canción de un marinero, impregnada de melancolía, en cuyo 3.er compás aparece el tema de la *travesía (ó viaje por mar)*, que se repite constantemente durante el acto en diversas transformaciones. Las primeras palabras de Isolda son apoyadas por el tema de la *mirada* y seguidas del de la *cólera* de la soberana, que se suceden alternados con los del *deseo* y de la *travesía* en los recitados de esta 1.ª escena, reflejando fielmente la agitación del alma de aquella. Al descorrer Brangania los tapices, óyese de nuevo la canción del marinero; y las sordas exclamaciones de Isolda al contemplar á Tristan, se manifiestan en la orquesta con la frase interrogatoria del preludio, que en ascendente progresión nos conduce á un nuevo motivo, el de la *muerte*, que hace referencia á la de Tristan. Los elogios entusiastas que de Tristan hace Brangania se expresan por el tema de la *mirada*, y al dirigirse hacia él, se repite la *travesía*. En el diálogo entre ambos, el *deseo* seguido de expresiones melódicas entrecortadas, revela la turbación del héroe, hasta que Brangania repite el mandato de Isolda, apoyado en el tema de la *muerte*. Kurwenal interviene entonando la canción de Morold, á manera de aire popular, de ritmo rudo y tono viril, al par que burlesco, que termina con el motivo de *gloria á Tristan*, en forma de estribillo, repetido por la tripulación.

La relación que hace Isolda á Brangania del modo como conoció y curó á Tristan, da lugar á la aparición del tema de *Tristan herido*, que se repite durante toda la escena, con diversas y numerosas transformaciones, y está

basado en el tema del *dolor* de la primera frase del preludio. Intercalados en él aparecen, subrayando las exclamaciones de Isolda, los temas del *deseo*, de la *mirada*, de la *cólera* y de *gloria á Tristan*. Sigue á continuación un hermoso canto que entona Brangania al tratar de calmar la desesperación de su señora, cuya melodía retrata fielmente el deseo de apaciguar y persuadir que domina en la sierva. Al replicar Isolda, de nuevo acompaña á sus frases el tema del *deseo*, y en el momento en que escoge el filtro para Tristan, el motivo del *filtro amoroso* es rapidamente substituído por el del *brebaje mortal*, que retumba lugubremente en la orquesta.

Acompaña á la entrada de Kurwenal, el tema de la *travesía*, combinado con el canto de los marineros. Contesta Isolda con la misma frase que antes sirvió para expresar su voluntad imperativa, acompañada de los motivos de *Tristan herido* y de la *muerte*, seguidos del *brebaje mortal* y de la *cólera*, al expresar aquella sus siniestros proyectos.

Preséntase Tristan y durante la larga pausa que sucede á su aparición, la música describe, á maravilla, el estado de ánimo de ambos personajes, al mirarse frente á frente. El nuevo tema que se inicia, denominado de *Tristan heróico*, consta de dos partes: una frase incisiva y penetrante en el metal y en la madera, expresando los deseos de *venganza* que devoran á Isolda, á la que acompañan una serie de acordes bruscos para describir la *resistencia* del héroe, terminados por la expresión del *temor* que, al propio tiempo embarga su ánimo. La grandiosa escena que les sigue, está basada en dicho tema, acompañado del *brebaje mortal*, de la *cólera* y una variación del tema de *Tristan herido*. El juramento de Tristan al coger la copa que le ofrece su rival es una hermosa invocación basada sobre el tema de su *muerte*, y después de haber Isolda apurado el filtro, repítense, durante la grandiosa escena muda, todos los temas del preludio, que expresan admirablemente los diversos sentimientos que se suceden en el ánimo de ambos personajes, hasta terminar en una melodía de *ardiente júbilo*, traduciendo los efectos del filtro amoroso. Finalmente, el tema de la *travesía*, enlazado con el canto de *júbilo de los marineros*, describen la alegría de éstos al anclar la nave y saludar al rey Marke con grandes aclamaciones, mientras cae la cortina con una última aparición del tema del *deseo*.

* * *

Aparecen en la introducción del 2.º acto, iniciado con el majestuoso motivo del *día*, una serie de nuevos temas, íntimamente enlazados y relativos todos á Isolda, que expresan la *impaciencia*, la *espera*, la *sombra protectora*, la *dulce ansiedad*, y por último el *ardor amoroso*. La 1.ª escena está formada con la combinación de todos estos temas que se reproducen hasta el infinito, que después se entremezclan con los del *deseo* y la *muerte*, y por fin se asocian



Hans Brand, fot.—Bayreuth

INTERIOR DEL TEATRO WAGNER

al nuevo tema del *amor*, de una importancia capital en todo el acto. La llegada de Tristan queda expresada en la orquesta por un hermosísimo *crescendo*, que iniciado en el tema del *éxtasis*, se desborda en un torrente de melodía, llegando al punto culminante con el tema del *ardor amoroso*, al unirse los amantes en estrecho abrazo. Enlazados ambos motivos con el del *deseo*, comienza el grandioso diálogo de amor, en que después de apasionados transportes de júbilo, basados en los anteriores temas, aparece en todo su explendor el del *día*, del día enemigo que simboliza todos los obstáculos que se oponen á su felicidad. El empleo renovado é incesante de este tema, sirve para acompañar las quejas de ambos enamorados contra el misterioso día, y conforme lo indica el dialogo, van asociándose luego al mismo los motivos del *deseo*, el *ardor amoroso*, el *éxtasis*, la *cólera* de Isolda y la *muerte*, hasta que por fin, se opone al tema del *día*, la *invocación á la noche*, hermosísimo himno en que las dos voces se contestan, se mezclan y se unen en una melodía amplia y sostenida del más elevado estilo, que cruzan los temas del *día* y del *deseo*, apareciendo en su segunda mitad el nuevo tema de la *felicidad* inefable que expresa la experimentada por los amantes, terminando con el motivo de la *muerte libertadora*.

La voz de Brangania advierte á los amantes los peligros que les amenazan, con un canto lento y monótono, de un efecto extraordinario, basado en el motivo del *día*, mientras en el acompañamiento aparecen los diversos temas de la *invocación á la noche*. Comienza luego la 2.ª parte del diálogo amoroso con el tema de la *felicidad*, que se combina con el de la *muerte libertadora*, hasta confundirse ambos en el *canto de muerte*. Inicía Tristan este nuevo himno, y lo continua Isolda, alternando sus voces, que por fin se confunden en un potentísimo *crescendo*, en que además de la frase inicial del canto, aparecen combinados con los motivos del himno á la *noche*, del *día* y del *deseo*, unos nuevos diseños expresando la *serenidad*, la *unión eterna*, la *delicia suprema* y formando en conjunto la maravillosa obra de arte, que en el final de la obra sirve de base al canto de muerte de Isolda.

La brusca llegada del rey Marke, cambia la fisonomía de la escena y reaparecen los motivos del *dolor* y del *día*, acompañados de otros dos nuevos, impregnados de sublime tristeza: el de la *queja* de Marke, expresando el sentimiento de aflicción que le domina, y el de su *consternación*, derivado del anterior, que acompañan la larga lamentación del soberano. Después de las frases de Tristan, seguidas de los temas del *deseo*, de la *invocación á la noche*, y de la *felicidad*, desafía á Melot, con los temas del *día* y del *deseo*, y termina el acto elevándose en doloroso *fortíssimo* la frase de la *consternación* de Marke.

* * *

Da principio al preludio del 3.^er^ acto una frase formada por dos nuevos temas: el de la *fatalidad* (variante del *deseo*) y el de la *soledad*, siguiendo luego otra frase con el tema de la *privación de amar*. Ambas frases se repiten alternadas varias veces, para revelarnos la terrible soledad, la amargura y la desesperación de Tristan en su destierro, Al descorrerse la cortina llega del interior de la escena una melodía de *tristeza*, ejecutada á solo por el cuerno inglés, que constituye la melopea del pastor. En la escena se reproducen los temas de la introducción, hasta que aparece el motivo de *Kareol*, para expresar el sentimiento de satisfacción de Kurwenal, al recordar á Tristan los días de su juventud, y que alterna con la *canción de Morold*. Tristan evoca entonces las tristezas de su vida, y aparecen los motivos de la *fatalidad*, el *día*, la *noche*, el *deseo*, la *muerte* y la *mirada*. La exaltación apasionada del herido al enterarse de que volverá á ver á Isolda, se traduce por una impetuosa metamórfosis del tema del *deseo*, que se convierte en aire de *júbilo* de Tristan, y que domina toda esta escena, alternando con el *deseo* y la *privación de amar*. Óyese de nuevo la *melodía triste* del pastor, que desarrollándose musicalmente, vuelve á revelar á Tristan la causa de sus sufrimientos, y le sume de nuevo en su terrible desesperación, mientras reaparecen todos los temas dolorosos de la obra, hasta llegar á maldecir el filtro amoroso, orígen de sus desdichas, surgiendo entonces el nuevo tema de la *maldición del amor*.

Sigue, á continuación, la escena llamada de la visión de Tristan, en que éste, llegado al colmo del delirio, divisa en su imaginación el navío que se acerca conduciendo á Isolda; la visión se expresa por una melodía deliciosa, denominada del *lazo de amor*, entonada por Tristan y acompañada en la orquesta por los temas de la *felicidad* y de la *adoración*. Mas de pronto, el caramillo del pastor nos envía una *alegre melodía*, para anunciar la aparición del navío, que nos lleva á una página descriptiva, de una emoción incomparable. Las impresiones de Kurwenal al referir á Tristan, desde lo alto del torreón las peripecias por que pasa la nave, se reproducen en la orquesta fielmente por un movidísimo *allegro*, cuyas vibraciones pasan repetidas veces de la tristeza á la alegría, hasta que al quedar solo Tristan y arrancar los vendajes de sus heridas, estalla en un poderoso *crescendo* el canto de alegría, de exaltación suprema, sobre el tema de la *felicidad*, que es acompañado de la *redención*, la *invocación á la noche* y el *deseo*. La lucha del moribundo entre la muerte y la vida se describe magistralmente en la orquesta, hasta el momento de aparecer Isolda, cuya exclamación va acompañada del tema del *ardor amoroso*. Tristan cae en sus brazos, con una nueva aparición del motivo de su *muerte*, seguido de la *confesión* y el *deseo*, y finalmente expira con el motivo de la *mirada*, de súbito truncado.

El dolor de Isolda se expresa con los temas de la *privación de amar*, de la *pregunta* y del *canto de muerte*, y la siguiente escena del combate, con los de *Kareol*, del *júbilo* y de la *consternación* de Marke, que se transforma luego en motivo de *magnanimidad*.

Y por último, llegamos á la incomparable muerte de Isolda, que entona dulce y tiernamente el *canto de muerte* de la gran escena de amor del acto 2.º De nuevo, se entrelaza este canto con el tema del *ardor amoroso*, alternándose entre la voz humana y la orquesta, como contestación una de otra, y desarrollándose cada vez más poderosos y exaltados. Y estalla, por última vez, el tema de la *felicidad* que se eleva victoriosamente para transportar las almas de los enamorados á las regiones etéreas, y se apacigua en seguida gradualmente, como un soplo que expira, atravesado por el principal motivo del drama, el del *deseo*, para indicar la fusión de todos los anhelos terrestres en la paz eterna.



Hans Brand, fot.—Bayreuth

LA ORQUESTA INVISIBLE, EN EL TEATRO DE BAYREUTH

PROGRAMA AL PRELUDIO DE TRISTAN É ISOLDA (*)

Un antiguo poema, un primitivo poema de amor, que incesantemente se renueva y que aparece reflejado en todos los idiomas de la Europa medioeval, nos habla de Tristan é Isolda.

El fiel vasallo, que amaba á Isolda, sin querer confesárselo á sí mismo, habíala solicitado para su señor, é impotente ella para resistirle, dejábase conducir como prometida esposa del rey. Celosa de sus derechos hollados, la Diosa del amor vengóse: el filtro amoroso destinado, según la costumbre, por la previsora madre de Isolda al que iba á desposarse con esta, solo por razón de Estado, hizo la Diosa que, por ingenioso descuido, fuera escanciado á la joven pareja, la cual, inflamada por el brebaje, en súbito fuego devorador, hubo de confesarse un amor mútuo y exclusivo. Entonces, el deseo, el anhelo, las delicias y las miserias del amor, despertaron infinitos en sus almas; mundo, poder, gloria, explendor, honor, caballerosidad, fidelidad y amistad, todo, en fin, desvanecióse como un sueño. Solo una cosa sobrevivió aun: el anhelo, el inextinguible anhelo, deseo reengendrado eternamente, sed ardorosa y consunción; y como redención única: morir, dormir, no despertar jamás.

El músico, al escoger este tema para introducción de su drama de amor, sintiéndose por completo en el Elemento musical más genuino é ilimitado, no podía preocuparse de otros límites que de los que él trazara á su obra, ya que el agotamiento del tema era imposible. Á este fin hizo que de un solo trazo, pero en extensa y encadenada progresión se hinchara la ola del insaciable deseo, naciendo de la confesión tímida y de la más tierna atracción; creciendo al través del vacilante suspirar, del temor y de la esperanza, del lamento y del deseo, del gozar y del sufrir; hasta que llegando á lo más poderoso de su impulso, al dolor más violento, encontrara la brecha por donde el corazón se abriera camino hacia el océano de la infinita delicia del amor. ¡Mas, en vano! Impotente, desfallece de nuevo el corazón para consumirse en el deseo, en el deseo inasequible, pues todo deseo logrado es solo el gérmen de otro nuevo, hasta que en el postrer desfallecimiento alborea en el alma desgarrada el presentimiento del deleite supremo: es la delicia de la muerte, del no ser, es la última redención en este maravilloso reino, del que más nos alejamos, cuanto con más impetuosa fuerza nos empeñamos en penetrar en él. ¿Llamaremos á esto Muerte? ¿Ó es, más bien, el obscuro mundo del misterio del que una hiedra y una vid surgieron en íntimo abrazo sobre la tumba de Tristan é Isolda, como la leyenda nos relata?

RICARDO WAGNER

(*) Aun á riesgo de dar á esta página un sabor exótico y literariamente poco castizo, hemos preferido traducirla en esta forma, por respetos al pensamiento de Wagner y á su personalísimo estilo.

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60

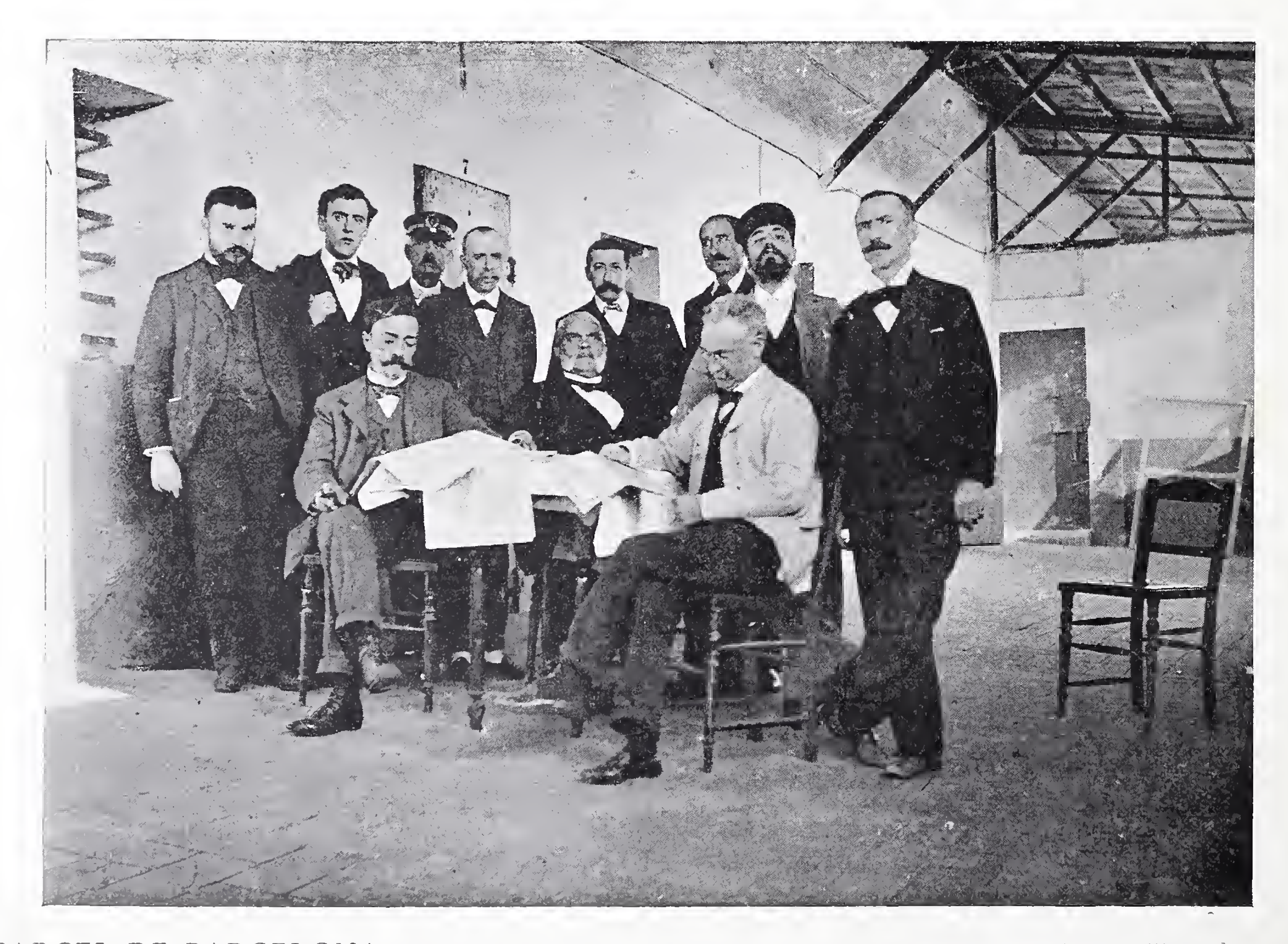


° 19.-30 NOVIEMBRE 1899

HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

SUMARIO

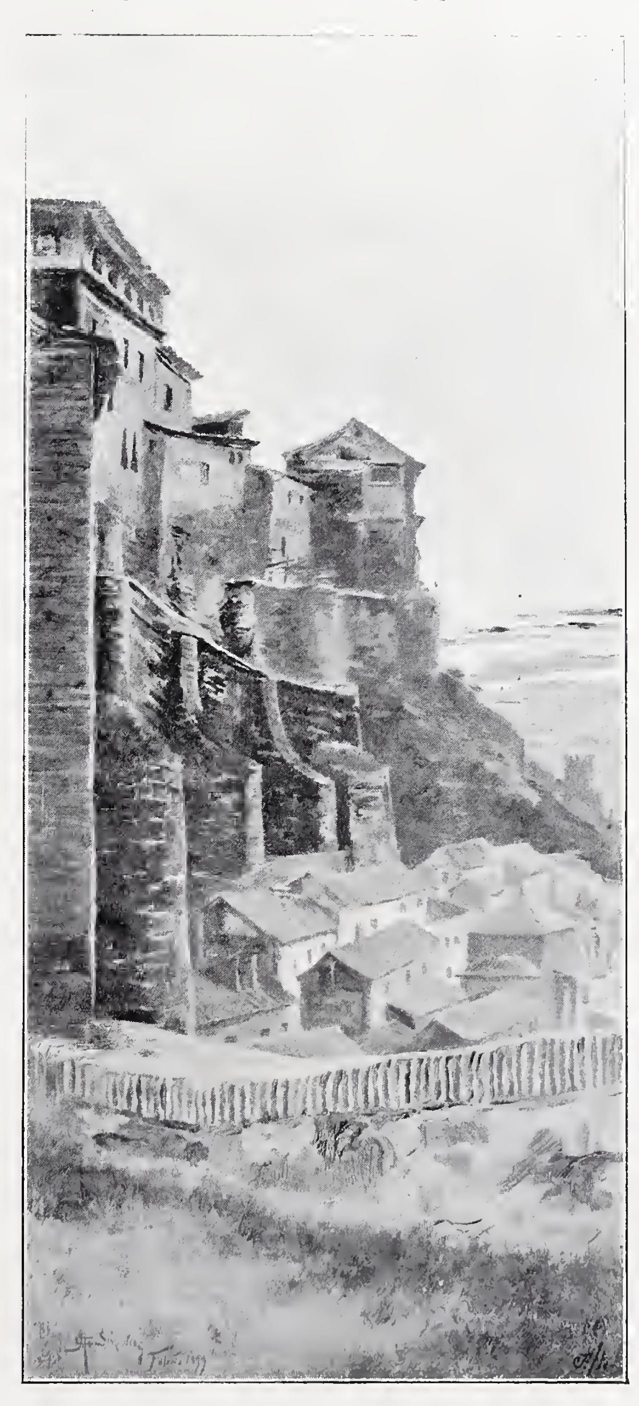
Portada: Mme. Réjane . . . . Fot. *Reutlinger.*
Señores industriales presos por lo del día . . .
Lo que no se ve en Toledo . . . . por *S. Sanpere y Miquel;* ilustración de *González Simancas.*
El viaje á la muerte . . . . por *D. U. Vierge.*
Diógenes . . . . por *E. Boisseau.*
Salomé . . . . por *J. Romani.*
Cantares . . . . por *Melchor de Palau;* ilustración de *Triadó.*
Apuntes del natural . . . . por *J. Sardá.*
Madame Réjane . . . .



CARCEL DE BARCELONA: Primera sección de señores industriales presos por lo del día (hoy en libertad)

LO QUE NO SE VE EN TOLEDO

Lo que no se ve en Toledo es todo aquello que dejaron de mencionar en sus guías el señor Conde de Cedillo y el inmortal Baedeker, pues lo que ellos anotaron más de un inglés y de un americano lo vieron todo, porque para muchos de esos anglosajones un viaje no es otra cosa que una comprobación de lo que sus guías escribieron, y pescarles en falta les da más gusto que el comprobar la exactitud de sus recomendaciones. Lo que les desespera, á los que no van disfrazados de *touristes*, es la falta de indicaciones precisas sobre lo que no se ve en una ciudad sin un guía práctico, no uno de esos guías alquilones á tanto por hora ó por día, sino un guía de esos que llevan al viajero á tal hora á esa calle ó esa otra, de día ó de noche, ó á tal patio ó á tal zaguán ó azotea, para ver los restos perdidos de una edad remota ó de una civilización muerta, ó los fragmentos extraviados de las artes decorativas de todas las edades de una ciudad histórica.



Varias veces he tenido dentro y fuera de España el placer de haberme hecho ver lo que no se ve por un viajero distinguidos cicerones, y por mi parte siempre he estado á la recíproca, porque es muy sugestivo sentir las emociones estéticas que uno deliberadamente quiere causar en los otros.

Hame tocado esta vez en Toledo la dicha de que me acompañara un hombre que se consagra, ó, mejor, que consagra todo el tiempo que tiene disponible, á ver lo que no se ve en Toledo, ó, como él dice, «lo que se pierde en Toledo», lo cual no es del todo exacto, puesto que está para perderse, y aun lo que en efecto acaba por perderse se encuentra vivo en sus cuadros y en su álbums.

Primero, digamos de sus cuadros, ó sea de los cuadros del capitán y profesor del Colegio de huérfanos militares de esta, D. Manuel González Simancas, bien conocido en Barcelona en todos los centros artísticos.

Seis son los cuadros de los que presentamos sus reproducciones fotográficas, enviadas por el Sr. González Simancas á la Exposición Nacional de Madrid; y de ellos nada diremos como obras pictóricas, pues no los hemos visto, que en la Exposición están y nosotros en Toledo, sino como de cuadros vivos contemplados *in loco*, con la fotografía en la mano.

Toledo tiene su remoto pasado histórico en la época visigótica, y, para todo viajero ilustrado, la primera preocupación es saber qué queda, qué puede verse de la monumental corte de los Recaredos y los Wambas.

González Simancas se lo dirá y se lo enseñará á quien acuda á su ilimitada amabilidad. El, incansable llevará, al que lo sea tanto como él, por los mil vericuetos de las calles toledanas para enseñarle las piedras que del palacio godo, ó de la goda basílica de Santa Leocadia, se encuentran empotradas en las antiguas calles de la ciudad, y por



remate le llevará á ver, en las horas crepusculares, como conviene á la tan nubosa civilización visigótica, los restos de las murallas del más popular de los monarcas de aquella edad, del rey Wamba.

Aquí las tenemos: á la luz incierta del crepúsculo apenas se distingue, en último términ(, la hermosa vega que riega el Tajo serpenteando entre la famosísima fábrica de armas y los históricos molinos del Ángel, lugar amenísimo en donde los árabes tenían sus deleitosos y predilectos cármenes y almunias.

Destácase en primer término, á la izquierda, la grandiosa masa de edificaciones que constituye el actual monasterio carmelitano, antiguo seminario; y por el frente se ven, perdiéndose poco á poco entre la bruma, esas construcciones que parecen cimentadas en lo que resta de las murallas visigóticas, buscando las puertas antigua y moderna de Bisagra, con su iglesia de Santiago, una de las que más puro conserva el estilo mudéjar y la que más recuerda las furiosas predicaciones de San Vicente Ferrer, que tan crueles fueron para los judíos españoles.

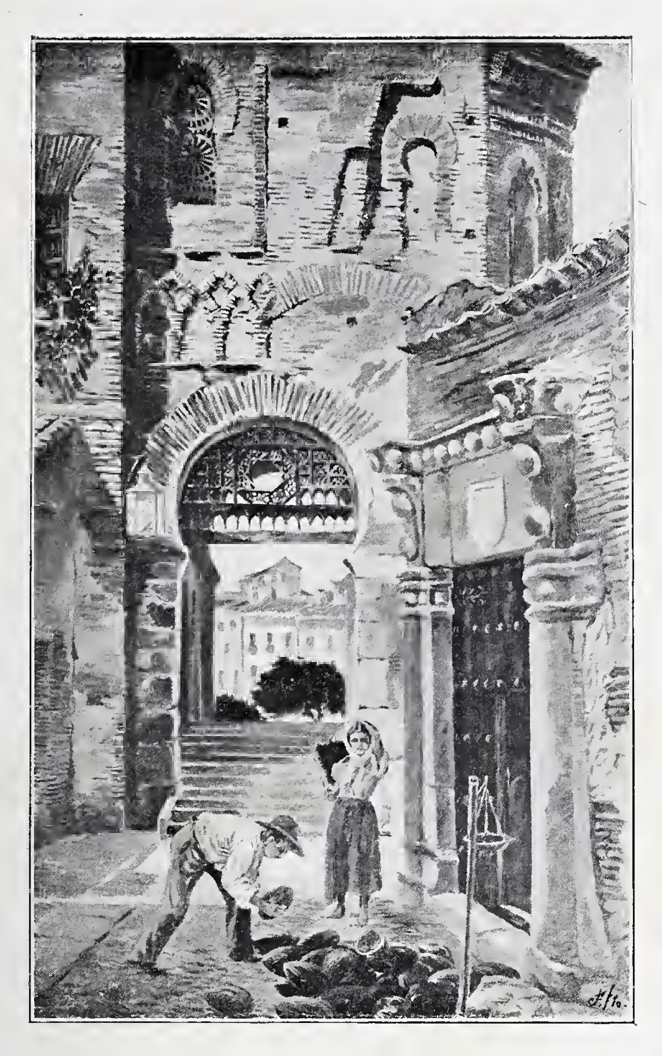
Hela aquí, en su segundo cuadro, la famosa iglesia de Santiago, enclavada entre las dichas puertas de Bisagra, formando su torre y fachada principal el fondo del cuadro, vista desde el interior de un patio que ofrece una sucesión de planos todos pintorescos y bien contrastados por lo quebrado del suelo toledano, pues nada el arte ha puesto de su mano para producir tan deliciosas perspectivas.

El arte y el artista se ven en este tercer cuadro. El artista ha agrupado elementos de los que ya no se ven en Toledo, pero que renacen de sus carteras; y el arte árabe toledano dibuja una calle como pueden verse aquí muchas parecidas, pero ninguna igual á la que ha producido la hábil combinación de líneas y formas que un día dibujaron cuerpos reales.

Reaparece lo real en el vendedor de melones del arco de Zocodover. En efecto, el arco árabe que da paso al antiguo Zoco, siendo testigo de los más notables hechos de la accidentada historia de Toledo, sirve, al par que un portalón del siglo XVII, de decorado ó fondo de este cuadro de marcado sabor toledano... y en el que el pintor ha sabido reunir con gran arte muchos detalles que retratan las luchas y sucesiones de los tiempos en la antigua corte visigótica.

Como á un artista, y es artista todo aquel que siente el arte, le gusta vivir en las ciudades históricas y sobre todo en las arqueológicas la vida antigua, y así uno se siente romano en el Foro de la Ciudad del Tíber, cristiano perseguido en sus catacumbas, moro en Granada y Sevilla, esbirro ó patriota perseguido en los canales de Venecia, y hombre de capa y espada en las calles de Siena ó de Toledo; así el capitán Simancas hubo de verse, un día, envuelto en roja capa, pelando la pava con la arriesgada doncella ó la inocente novicia del monasterio de Santo Domingo el Real, que bajaba á la reja en las altas horas



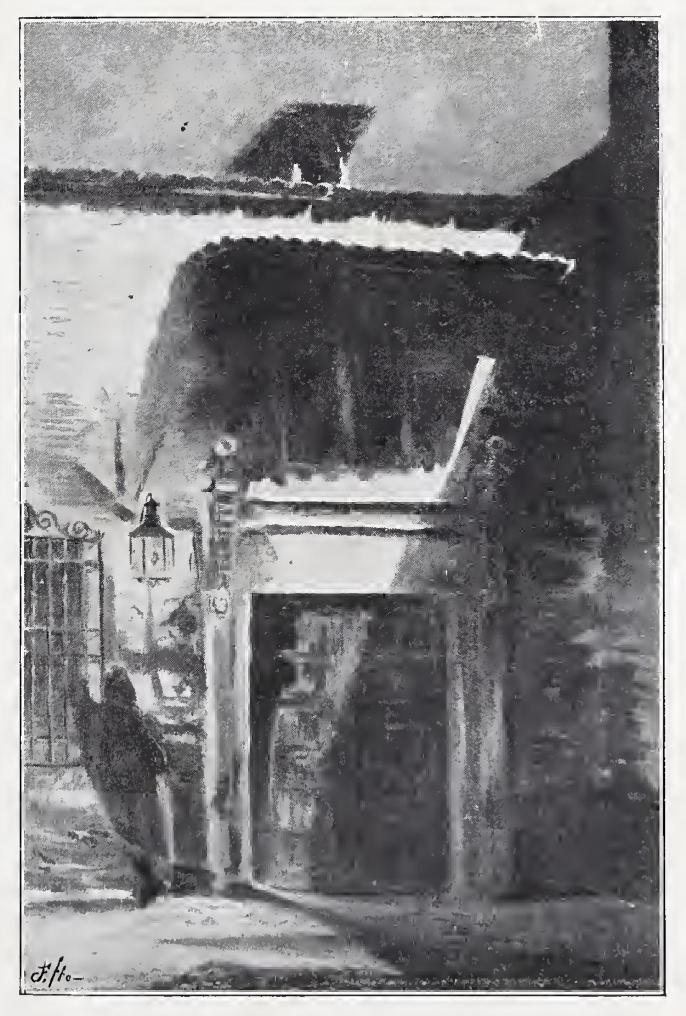


González y Simancas como rebuscador de antigüedades y de ignorados ó escondidos tesoros artísticos, como autor «de lo que se pierde en Toledo»; y de este González y Simancas sí que podemos decir de él con el mismo elogio, lo que la Academia de Bellas Artes de San Fernando, que acaba de nombrarle su correspondiente por el feliz, pero no casual, descubrimiento de la antigua y hermosa fachada árabe de la ermita que se disputan los visigodos de Atanagildo, los monarcas toledanos y Alfonso VI, que la recuperó, dejando en señal de su conquista en ella su escudo.

Del resultado conseguido por la tenaz investigación del Sr. González y Simancas dió detallada noticia el Sr. Amador de los Ríos en la *Ilustración española y americana;* y, aunque hoy se lo quieran disputar otros, la opinión unánime de Toledo, consagrada por el voto de la Academia de San Fernando, deja la cuestión resuelta.

Y, en verdad, ¿quién más que el Sr. González Simancas estaba en disposición de hacer tan grande descubrimiento, que grande es por tratarse del monumento más antiguo del arte árabe español, como que data del año 980? Cuando nadie más que él se consagra á buscar por dentro y por fuera de las casas y de las iglesias, los restos de las varias civilizaciones que se han sucedido en Toledo, ¿pudiera otro, como el acaso no le favoreciera, encontrar *lo que se pierde en Toledo?*

Conveníame á mí visitar la iglesia de San Sebastián, que no se abre más que una vez al año al culto, y acompañáronme el Sr. González Simancas y otros toledanos, quienes, por la dicha circunstancia, no conocían el interior de



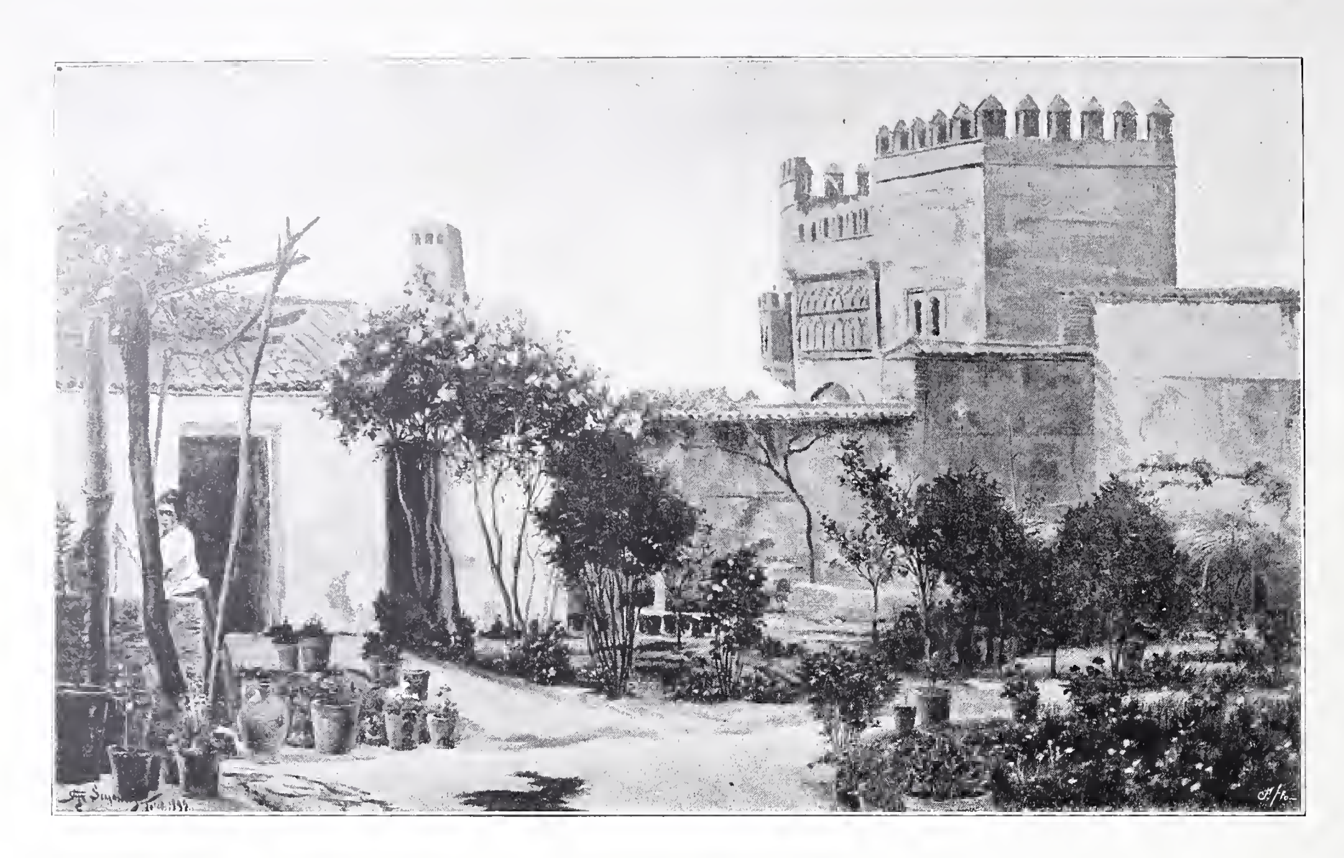
de la noche, desafiando las indiscretas luces de una luna y de un farol, garantía de la honestidad de aquellos galanteos, aunque tengan lugar á la puerta falsa del convento que podría abrir un galán á lo Tenorio.

Hoy, esas calles y esas casas que aquí vemos retratadas, las alumbra esa luz que habíamos todos creído inventada para que diera más claridad que el gas; pero nada de esto, nada tan obscuro ni tan triste como esas bombitas eléctricas destinadas á alumbrar las ciudades. No: no hay necesidad de venir á Toledo para ver una ciudad así iluminada: Gerona no nos dejará mentir. Así, las calles toledanas de la edad media no sufren de que las iluminen los maravillosos candiles de los últimos años del siglo XIX, y que por su mezquindad no valen más que los míseros faroles de aceite que han conocido todos los toledanos, pues el gas nunca pudo subir á estas alturas.

Reaparece lo real aquí con la vista interior del jardín del Cristo de la Luz. No se ha buscado, existe el contraste formidable entre la sencilla y más que modesta vivienda del Conserje y la robusta é imponente masa de la formidable Puerta del Sol, la más hermosa de todas las puertas militares levantadas en España por el arte musulmán.

Todo lo que vemos en este cuadro, todo existe: la torre y la blanca morada, el pozo y las lilás, las macetas sin cuento, llenas de las más variadas y exquisitas flores, y todo el sol y la luz que recoge ese Toledo desde las alturas en que está colocado.

Pero ese cuadro del jardín de la ermita del Santo Cristo de la Luz nos lleva, como de la mano, al estudio del señor

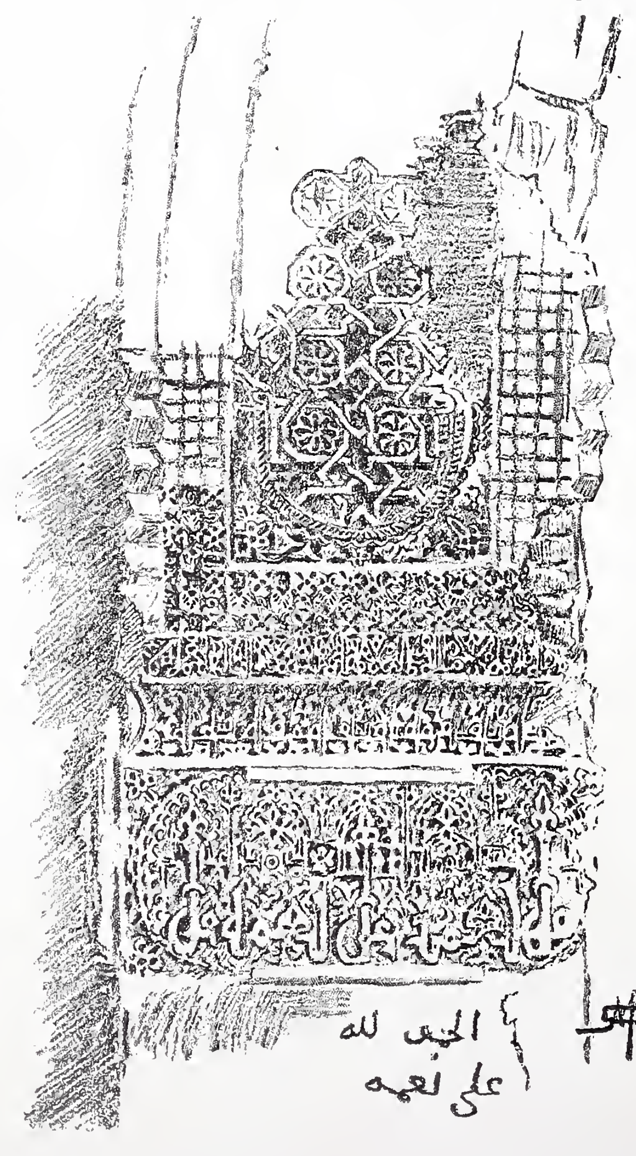


la iglesia mozárabe (?), sin duda una de las más antiguas de Toledo. Los arcos de herradura, los techos planos que sostienen los grandes frisos que sobre aquéllos se levantan, ¿encierran, debajo de las infinitas capas de cal que han recibido, labores árabes ó mozárabes? El Sr. González y Simancas ha quedado en averiguarlo y lo averiguará.

Y así son Toledo, Granada (en donde he visto nuevas salas árabes arrancadas á los funestos blanqueadores), Sevilla y todas las principales ciudades de Andalucía. En arrancando á los antiguos monumentos los blancos sudarios de los bárbaros de la reconquista y de la edad moderna, reaparecen los antiguos monumentos visigóticos y árabes.

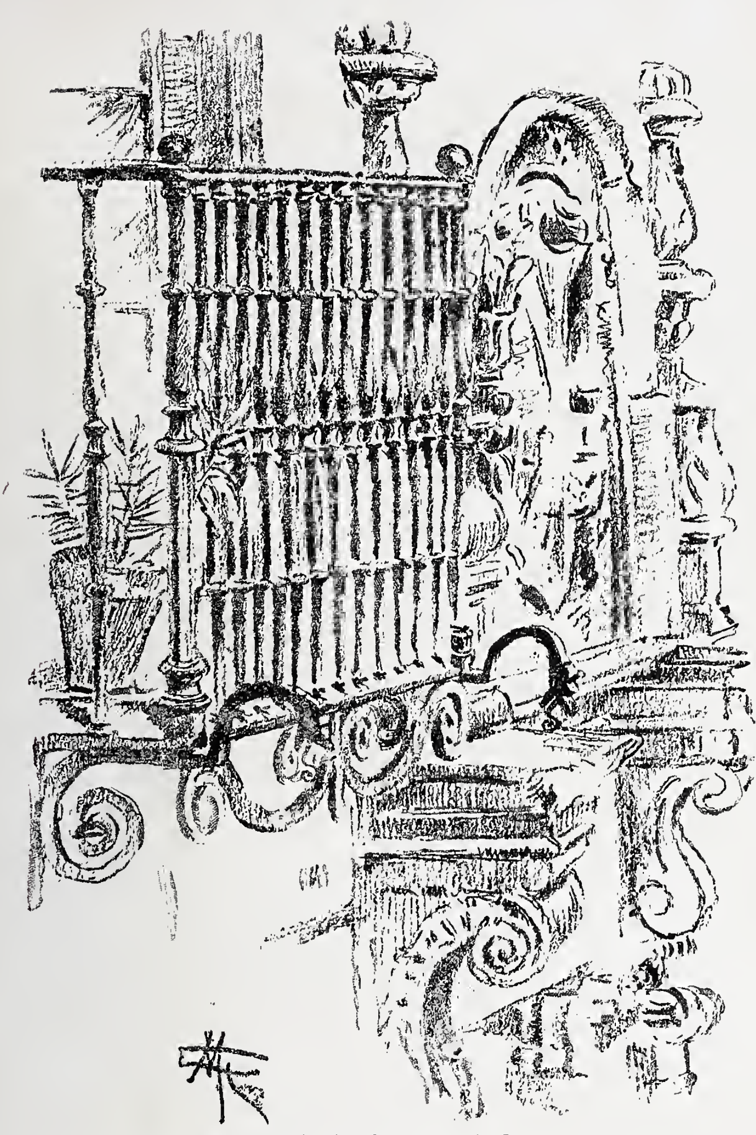
Creemos, pues, que, de continuar el Sr. González y Simancas con la misma constancia que ahora, registrando los rincones de Toledo en sus álbums, va á recoger una verdadera y riquísima enciclopedia de las artes decorativas, desde el estilo visigótico al del siglo XVIII, entrambos inclusives.

Porque, para el Sr. Gonzalez Simancas, no hay estilo que merezca sus preferencias. Como no ejerce la arquitectura, no puede tenerlo, y como pintor todo lo ve por el lado decorativo: así recoge lo mismo lo árabe que lo gótico, lo mudéjar que lo plateresco y en prueba de ello aquí van tres dibujos destinados á probar lo que hemos dicho y la habilidad y pericia del Sr. González Simancas en esta clase de estudios.



De la casa de los Colones, de la que no queda ya mas en pie que una columna de su antiguo patio, es este fragmento empotrado en el interior de una jamba de la puerta de entrada. Este fragmento del arte árabe no lo puede recoger la máquina fotográfica por causa de su emplazamiento; pero la vista y el lápiz del Sr. González Simancas han bastado á recogerlo y conservarlo para el arte decorativo y para la historia del arte árabe toledano, tan serio, tan arquitectónico en todos tiempos.

Si la antigua casa de los Colones ha desaparecido, para dar lugar á unos grandes lavaderos, la casa Marrón desaparecerá para convertirse su solar en... ¿quién puede decirlo? Y ¿qué será de sus labores góticas, de las más puras que puedan verse, que aun hoy se dejan ver en medio de mil remiendos? ¿Irán



al Museo provincial de Toledo? No hay más que ver ese Museo, que debería ser para el arte español riquísima biblioteca, para convencerse de que lo que se pierde en Toledo no se encuentra en dicho Museo: ¡tan grande es la incuria toledana!

Ejemplos de renacimiento y plateresco son los adjuntos apuntes del artesonado de la casa Monarris, antes Condes de Añover, de quien es el escudo que en el mismo se ve, y su pintoresca entrada con su balcón de típicos balaustres toledanos, que probarán cómo el Sr. González Simancas lo mismo atiende á la nota artística, que á la nota pintoresca, y cómo lo que él reune difícilmente podría encomendarse á la máquina fotográfica por la dificultad del punto de vista.

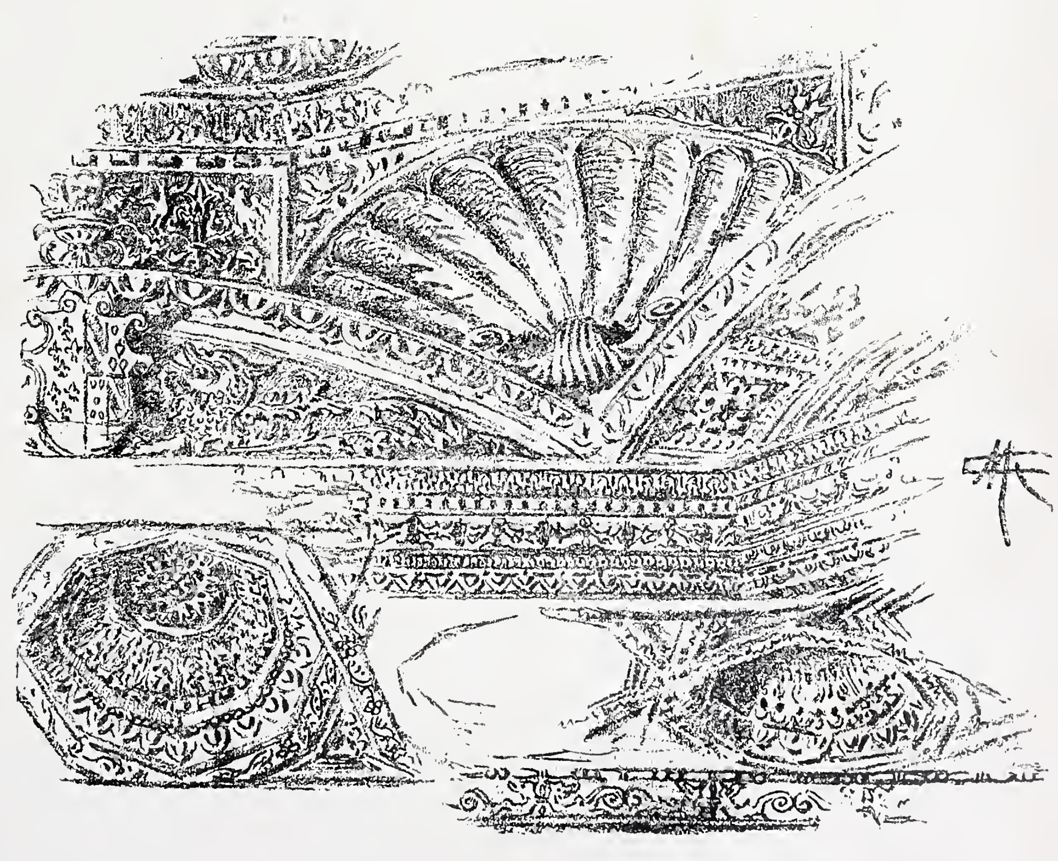
Podríamos todavía presentar al Sr. González Simancas como arqueólogo, pero este aspecto tenemos que reservarlo, ya que lo más interesante de momento se relaciona con el descubrimiento de la fachada de la Ermita del Santo Cristo de la Luz, pero esta vez no con la fachada propiamente dicha, sino con su interior. Pero ¿por qué no podemos decir que, habiéndose sacado (¡quién sabe cuando!) de la nave central de la antigua mezquita un capitel de hojas de palma, compañero del que ha quedado en pie, seguramente por la mala calidad de su piedra, que comprometería la seguridad de la obra, reemplazándole con un capitel toscano que sienta tan bien en aquel interior como á un Cristo un par de pistolas, el Sr. Simancas ha buscado en Toledo, y ha encontrado, ese capitel dentro de una casa propiedad de D. C. F.?

Á la vista tengo el hermoso dibujo de ese capitel, que el Sr. González Simancas me ha ofrecido también para la *Hispania;* pero no he podido aceptarlo, porque creo que en primer término debe conocer de él la Academia nacional de Bellas Artes.

En suma, que el Sr. González y Simancas está preparando para nosotros una obra de incalculable utilidad; y digo para nosotros, porque sólo en Cataluña se cultivan las bellas artes industriales en toda su extensión, y sólo á Cataluña interesa conocer los elementos constitutivos de los varios estilos españoles, si quiere con sus productos imprimir aquel sello local que asegure su aceptación en los mercados castellanos.

S. Sanpere y Miquel

Ilustraciones de M. González Simancas





EL VIAJE A

SOBRE la amarillenta tierra que el soplo de Otoño ha despojado ya de la esplendorosa vestimenta de esmeralda, y que las primeras heladas brisas de un Invierno que se acerca rápido, va llenando de seca hojarasca, la movediza turba comienza su odisea. Con paso lento y corto, alargando el cuello, batiendo á veces, torpemente, las casi inútiles alas, la compacta tribu avanza poco á poco.

Las primeras etapas se salvan casi alegremente. El término del viaje, término funesto, se halla todavía lejano y los presentimientos siniestros que empiezan á atormentar el espíritu de los veteranos, no hacen todavía mella en los bisoños, cuya inexperiencia no abriga aun el más leve temor y solo encuentra motivos de jolgorio y de encanto en aquel inesperado viaje.

¡ Y tan inesperado, para la gente novel que hasta entonces no se había movido del corral nativo, ni visto más tierras ni vislumbrado más horizontes, que los de la apacible y retirada granja en donde viera la luz del día! Con el corazón regocijado y los ojos ávidos de nuevos espectáculos, prosiguen su camino los pavos adolescentes, enamorados de aquel cambio repentino que acaba de experimentar su hasta entonces monótona existencia: la peregrinación cuyo ignorado desenlace no sospechan ni remotamente, se les presenta llena de atractivos: todo es para ellos motivo de curiosidad y objeto de asombro; un mundo completamente distinto del que habían visto desde el nacer, desfila ahora ante sus miradas, y lo que más aumenta su júbilo que expresan en sonoros *glu, glu, gluuuú...* es el encuentro, de tarde en tarde, con otras tribus de congéneres, de compañeros y de hermanos, que al volver de una encrucijada les salen al paso y enderezan su rumbo por el mismo camino; un camino cuya última etapa ignoran todavía.

Pero entre tanto los jóvenes andan contentos sin preocuparse de nada, sin soñar poco ni mucho en el día de mañana, los veteranos del cortejo andan mustios, cabizbajos, alicaídos: un secreto presentimiento, quizás algo más que un presentimiento, les dice que aquello no puede acabar en bien. Entre los ancianos de la tribu hay más de uno que recuerda, que el año anterior, en la misma época, hizo una excursión analoga, en numerosa y grata compañía; recuerda, hasta, que pasó por el mismo camino, dos veces: una al ir, otra al volver; recuerda las largas etapas andadas y su entrada después de muchos días de viaje en una ciudad grande y hermosa, mucho más grande, mucho más hermosa, que las aldeas cruzadas durante la expedición. Y recuerda por último, que si al ir eran muchos, al volver eran muy pocos: ¿donde habían quedado aquellos sus deudos y amigos que con él salieron tan gozosos de la granja natal?... En la ciudad: en la ciudad llena de movimiento, de vida, resplandeciente de luces, henchida de gentes bulliciosas; ¿qué había sido de ellos?... Misterio terrible, enigma indescifrable



LA MUERTE

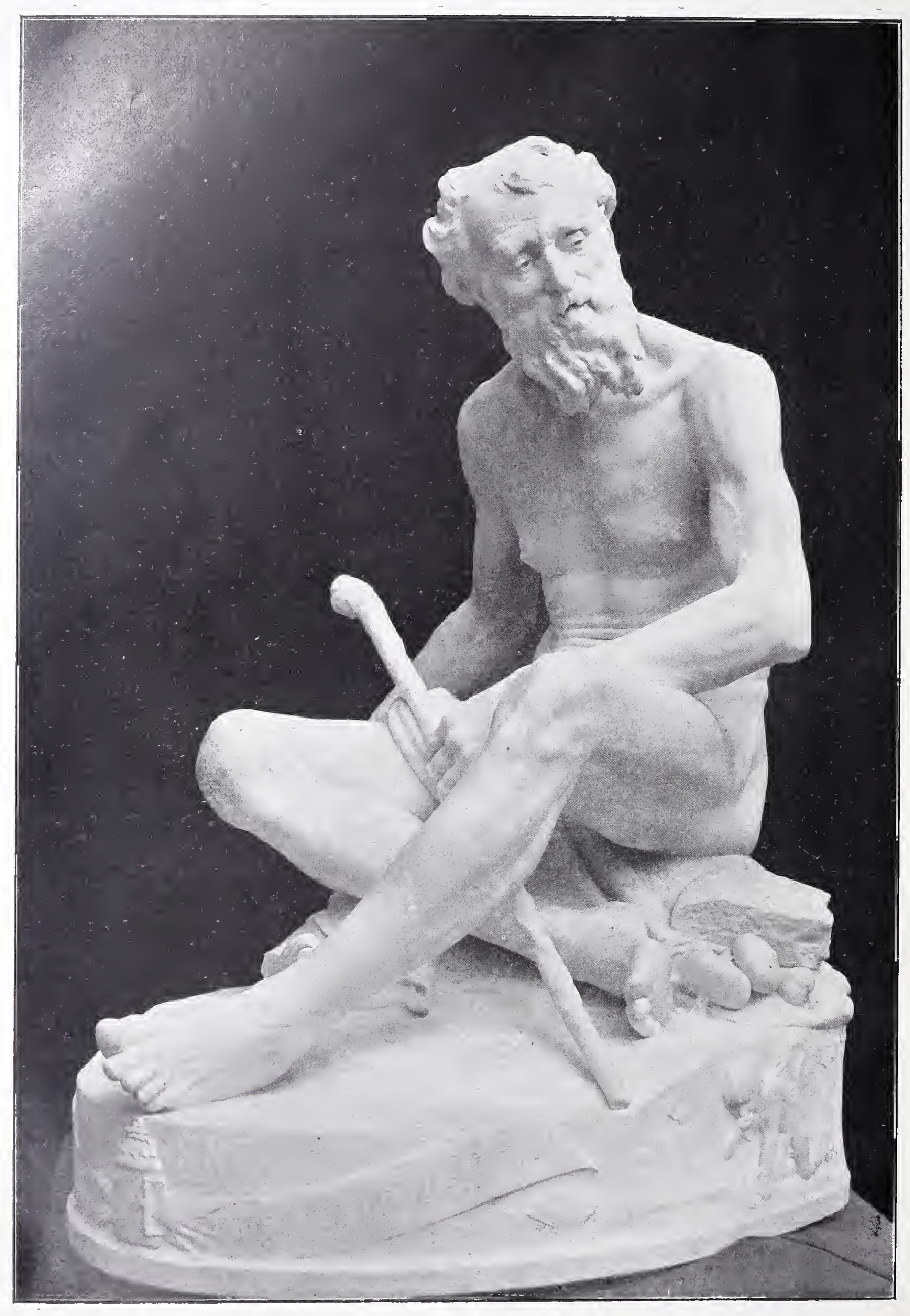
que, durante un año entero, había torturado su pobre cerebro y que en estos momentos se le presenta más amenazador que nunca, y le hace extremecer y pone su piel de pavo, de piel de gallina.

La alegría de sus jóvenes compañeros le entristece aun más y á menudo le tienta la idea de decirles: ¿á qué este júbilo y esta zambra? ¿sabéis siquiera ¡oh insensatos! á donde nos conducen nuestros guías, estos hombres cuya mano nos alimentó y que ahora nos llevan lejos del tranquilo corral en que vivimos felices y sin cuidados?... ¿No teméis acaso, que esta alegria se trueque dentro de breves días en horrible espanto?...— Pero una segunda reflexión detiene en el pico del viejo pavo la advertencia pronta á salir: ¿á qué enturbiar, piensa, el gozo de estos inocentes?... cúmplase nuestro destino, ya que de todos modos no hay medio de evitarlo.

Las etapas suceden á las etapas y el viaje prosigue lento, interminable: á las jornadas alegres que iluminaba un sol hermoso y reconfortante siguen las jornadas tristes: las caminatas bajo una lluvia fría que cubre la ruta de lodazales y deslustra los relucientes plumajes de los viajeros: sopla un cierzo helado, á cuyo hálito se ponen las carnes extremecidas y solo algún *glu, glu, gluuuu* melancólico y prolongado turba, de tarde en tarde, el silencio consternado de la andante multitud. Ya no expresa la gente joven el regocijo de los primeros días, trocado ahora por la amarga añoranza del perdido corral: ¡ah! si fuese posible volver colas y desandar lo andado y refugiarse otra vez en aquel rincón de tierra tan tranquilo y resguardado, donde la vida se deslizaba sin emociones, pero sin cuidados... Pesar estéril ¡ay! no cabe más que seguir trotando... y contemplar con mirada de angustiosa envidia el vuelo del pájaro que libre y sin yugo alguno vuela rápido por el aire y desaparece en la inmensidad.

Y prosigue la caminata, hasta que una tarde, cuando el sol se oculta ya, llega la manada á las puertas de una ciudad, que debe de ser muy grande y muy hermosa, muy rica, de cuyo seno surge como un poderoso murmullo de vida. En aquel momento un estremecimiento de curiosidad y hasta de gozo sacude á la volátil cohorte: los jóvenes sienten renacer su espíritu, baten alas y abren sus picos voceadores. Un hombre gordo, bien vestido, respirando salud y bienestar, contempla sonriendo el paso de la turbulenta grey; el pavo más viejo de la tribu se detiene un momento, mira al hombre y exclama en su lenguaje algo que quiere decir:

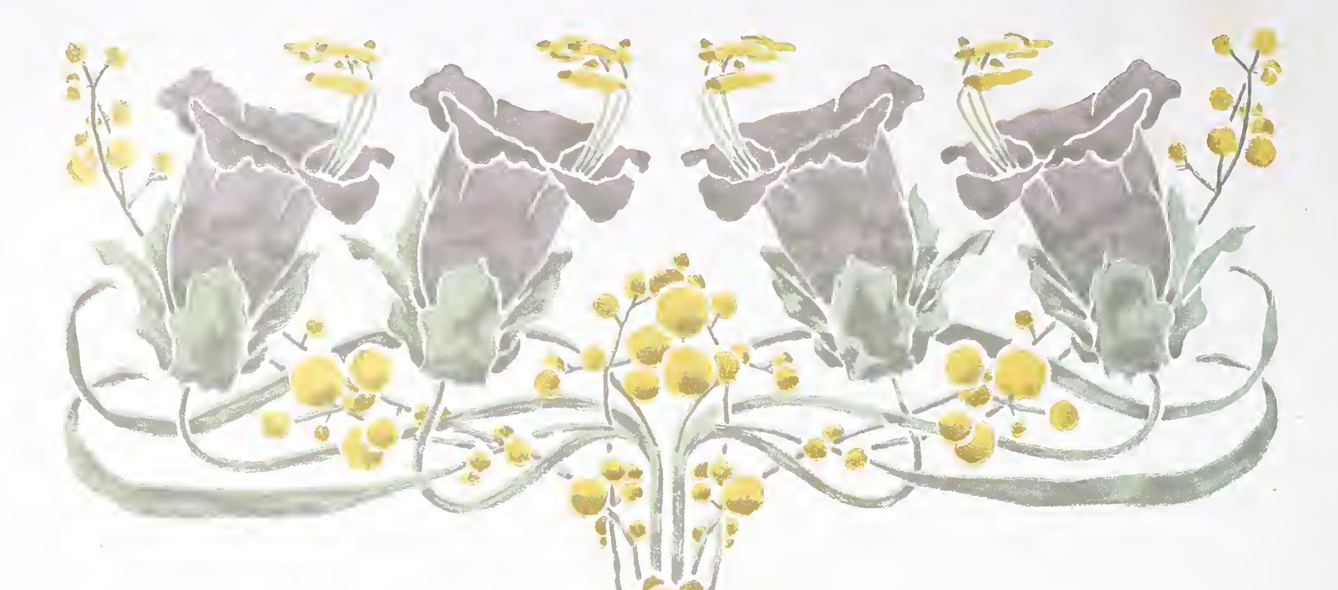
Ave, Cesar, morituri te salutant.



E. BOISSEAU.—DIÓGENES. (E. F., Fot.)



J. ROMANI.—SALOMÉ. (E. F. Fot.)



CANTARES

I

Andando de noche
llegué al cementerio,
toditos los muertos, debajo sus cruces
estaban durmiendo.

II

Yo tuve celos de un ave
que se posó en tu ventana,
y de un tiro la maté;
¡ Pajarillo de mi alma !

III

Mis labios sobre los tuyos
todas las noches yo sueño;
¡ ay ! cuando será, bien mío,
que esté soñando despierto.

IV

Así á las puertas del cielo,
dos almas piden entrada :
« Yo he llorado mucho, mucho. »
« Yo he secado muchas lágrimas. »

V

¡ Mira que casualidad !
me juraste amor eterno,
al tiempo que una campana
estaba tocando á muerto.

VI

Arrebujada en la cama
oyes mis pobres cantares,
felices ellos que llegan
adonde no llega nadie.

VII

La escalera de tu casa
tiene escalones bien raros;
son de ilusiones, si subo,
si bajo, de desengaños.

VIII

Me han dicho que están quejosos
los rosales de tu cara,
pues no les deja crecer
la sombra de tus pestañas.

IX

Á la virgen del Olvido
dijo la de los Dolores :
« ¡ ay ! si no fuera por ti,
pobrecitos de los hombres ! »

X

Sé que con otro te ríes,
sabiendo que por ti lloro;
si el río sale de madre
ha de arrastrarnos á todos.

XI

Pensando en ti, vida mía,
salí al campo y dí un suspiro,
y un pájaro que lo oyó
besó á su hembra en el pico.

XII

Dos deudas tengo en el mundo,
dos deudas tengo sagradas;
debo mi cuerpo á la tierra,
y debo á mi Dios el alma.

MELCHOR DE PALAU



J. SARDÁ.—APUNTES DEL NATURAL

Madame RÉJANE

De cuantas actrices he aplaudido, no sé ninguna que á mis ojos, haya personificado, encarnado, tan maravillosamente sobre la escena, cual Réjane, á ese ser caprichoso y complejo, lleno de ternura y de perfidia, de egoísmo y de abnegación; felino en amor, y en amistad fiel cual el can; á ese ser delicioso en suma, sin rival en el mundo y que se llama la Parisien.»

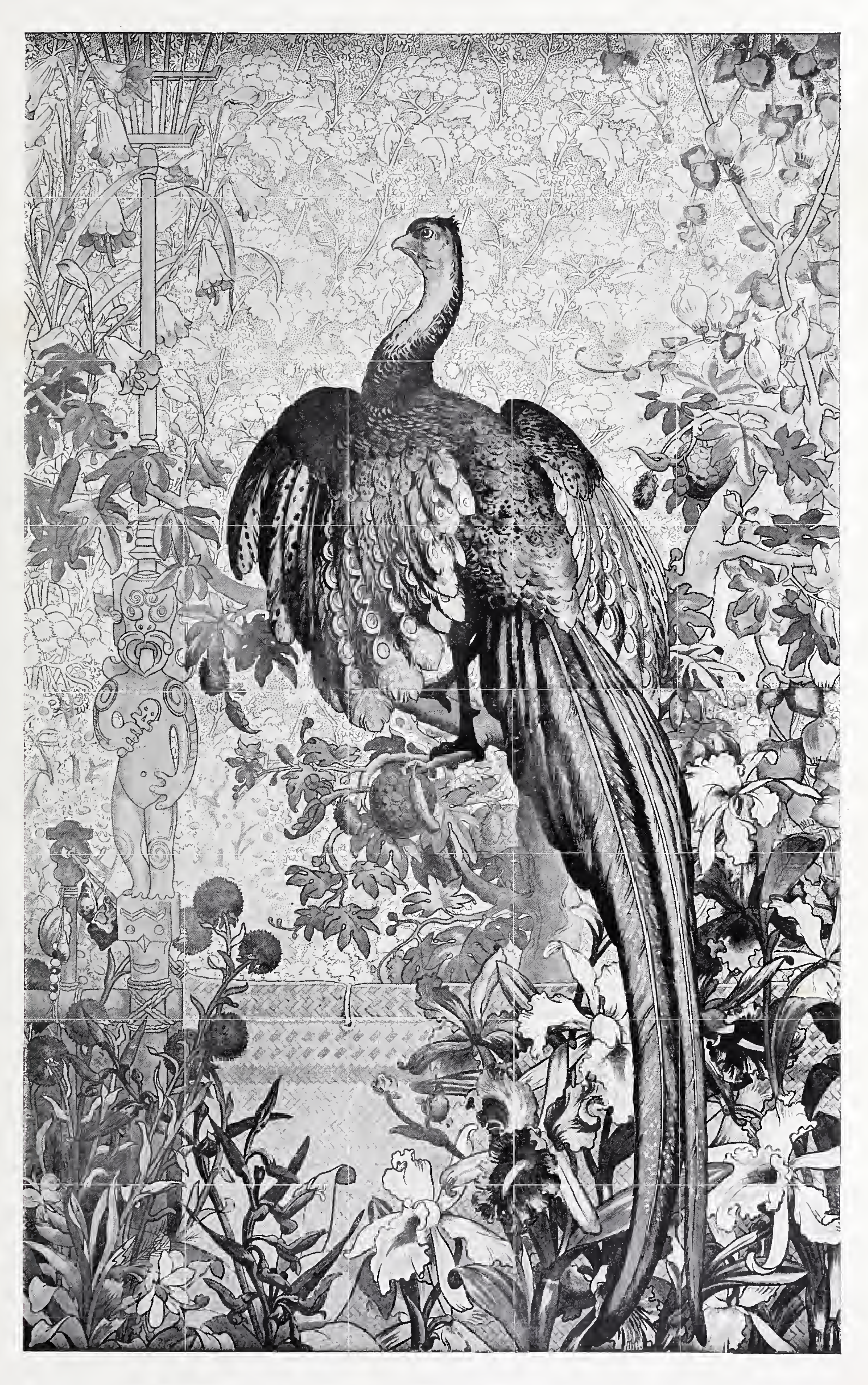
El elogio no puede ser más completo: y quien lo tributa no es ningun revistero de teatros, ni ningun crítico más ó menos autorizado é influyente, severo ó galante: no; es un elogio salido de la pluma del viejo Sardou, el más exigente de los dramaturgos contemporáneos y el que mayor número de valiosos intérpretes ha visto desfilar ante su severa mirada, en todos los teatros de París. Sardou es un hombre que no está nunca contento...— decía gruñendo un excelente actor.— Y que cuando lo está no lo confiesa... — replicaba una actriz de mucho mérito.— Júzguese, pues, de la perfección que habrá debido alcanzar Réjane, para que el autor de *Madame Sans-Gêne* se tuviera por satisfecho y lo declarase en términos tan entusiastas. Y para que otro autor ilustre, de menos boga y de menos habilidad escénica que Sardou, pero mucho más literato y mucho más artista dijese un dia: Réjane?... *eh! bien, c'est la première comedienne de France.*

Y esa calificación no parecerá exagerada á los que hayan seguido con alguna atención el movimiento teatral francés durante estos últimos veinticinco años. Dios sabe, empero, si es difícil conquistarse un primer puesto, una reputación avasalladora, indiscutible, en un país que, como Francia, ha contado durante ese espacio de tiempo con artistas de tanta valía como, por ejemplo, Aimée Desclée, la ideal intérprete de Dumas, hijo, como la Croizette, como la Reichemberg y como la gran Sarah. Verdad es que las dos primeras han desaparecido ya, hace años de la escena y de la vida, pero dejaron un recuerdo que había de ser por lo brillante, altamente peligroso para sus sucesoras. Y si ellas desaparecieron, vive todavía la *doyenne* del Teatro francés y vive también Sarah Bernhardt, la potente y genial actriz, á cuyo lado parecía, punto menos que imposible, naciera y se cimentara otra gloria, sino bastante para obscurecer la suya, suficiente para brillar con propio resplandor.

Las comparaciones son siempre odiosas, conforme se ha dicho muchas veces, y á menudo son pueriles. Seríalo querer establecer un parangón entre Réjane y Sarah Bernhardt, dos artistas de temperamento muy distinto, de estilo y de procedimientos también muy opuestos, aunque más de una vez hayan cultivado el mismo repertorio; si de Sarah puede decirse que es la primera «dramática» de la escena francesa, á Réjane puede aplicársele lo de la *comedienne*, en el sentido algo limitado de la palabra. En la «comedia» no encuentra hoy Réjane quien la supere, y en esta sola afirmación queda condensado el más justo y más cumplido elogio que sea posible hacer de su talento, ya que en ese género tan difícil, se ha mostrado muy á menudo su gloriosa rival á una altura incomparable. Lo que caracteriza especialmente el modo de ser artístico de Réjane es, aparte de su rara intuición que le hace adivinar y comprender é interpretar con psicológica maestría la naturaleza del personaje creado por el autor, es la prodigiosa variedad de matices con que borda su papel; variedad que arranca más aun que del estudio profundo, incesante de su arte, de la riqueza y de la exuberancia de su temperamento. De ahí, esa consumada perfección con que sabe encarnar tantos y tantos diferentes tipos teatrales; de ahí ese realismo exquisito con que personifica todas sus creaciones, imprimiéndolas una vida intensa. Una de las mayores dificultades que ha de vencer un artista y una de sus mayores ventajas si consigue superar tal dificultad consiste en lo que los actores de allende los Pirineos llaman *entrer dans la peau du bonhomme:* Réjane sabe entrar con una facilidad, una seguridad y un tacto increíbles: poco importa que los papeles que se le confíen, sean de una complexidad y de una contra-oposición, capaces de desconcertar á la actriz más clarividente y experimentada; Réjane posee el don rarísimo de esa asimilación, de esa compenetración llevada al último grado, que caracteriza á los grandes actores. En su ya larga y brillantísima carrera ha personificado los tipos más opuestos y en todos ellos ha demostrado la posesión de esa facultad tan poco común, aun en actrices de primer orden. De *Fanny Lear* á Madame de Cézambre (en *La Glu*), de *Germinie Lacerteux* á *Frou-Frou*, de *Lysistrata* á *Madame Sans-Gêne* media un abismo; no puede ya darse tipos, ni género más distintos, más opuestos... Réjane los interpreta y les da vida con la misma maestría, con la misma gracia, con la misma profundidad de concepción... y no siendo nunca la misma. Si la frase no resultase pedantesca diríamos que es una artista Proteo, cuya voz, cuyo gusto, cuyo mirar, cuyo ser, en fin, pueden tomar todos los aspectos de la mujer.

¡ Y son tan pocas, tan pocas las artistas de quienes se puede decir hoy lo que decimos de Réjane!

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60



PÍDASE EN LAS LIBRERÍAS Y TIENDAS DE JUGUETES

Tintas de Ch. Lorilleux y C.a

Papel de los Sucesores de Torras hermanos


HISPANIA

SUMARIO

Portada . . . . por *A. Mas y Fondevila.*
Boceto . . . . por *Serafina Ferré.*
Magia celestial . . . . por *Juan Buscón;* ilustración de *Mas y Fondevila.*
Noche Buena en Salamanca . . . . . . por *D. U. Vierge.*
Las Nodrizas . . . . por *Etcheverry.*
La Serpiente de ocho cabezas . . . . . Cuento japonés.
Serenidad. . . . . por *Henri Martin.*
La primera condecoración que hubo en España.

Este número extraordinario se vende á **4 REALES** en toda España



SERAFINA FERRÉ.—BOCETO



MAGIA CELESTIAL

(CUENTO DE NOCHE BUENA)

La noche, con todo y ser Noche Buena, era verdaderamente infernal: el frío no podía ser más intenso; una espesa capa de nieve congelada cubría los techos, las calles de la ciudad, y un viento huracanado soplaba con feroces aullidos, haciendo saltar tejas, pedazos de cornisas, trozos de chimeneas y postigos, que se estrellaban con terrible estrépito sobre el endurecido suelo.

Á pesar de todo, siguiendo el buen Jesús la costumbre que se ha impuesto desde tiempo inmemorial, quiso descender del Paraíso, para echar una ojeada sobre la tierra y contemplar de cerca la celebración de la Noche Buena. Sabido es, en efecto, que cada año, en tal fecha, se para en una comarca diferente y recorre con sobrenatural velocidad las distintas ciudades y aldeas, que honra con su presencia, aunque de riguroso incógnito.

En ese año pues, que no recuerdo bien cual era, llegó á la ciudad á que me refiero y cuyo nombre tengo ya olvidado, en compañía de sus dos discípulos y apóstoles predilectos, San Pedro y San Juan. El primero iba de mal talante, como santo habituado ya á todas las comodidades y á quien imponen una obligación desagradable; apenas envuelto en la atmósfera terrestre, sentía ya la añoranza del cielo y, sobre todo, la de su portería, en donde se estaba tan ricamente. San Juan, que siempre acogía con entusiasmo todos los deseos de su divino Maestro, iba tan contento y tan alegre, como si efectuase una de aquellas deliciosas giras que los bienaventurados hacen frecuentemente por las regiones siderales, llenas de soles resplandecientes y de mundos maravillosos.

—¡Ave María!... ¡y que desierto está eso!... ¡pues si no se ve un alma! — exclamó Jesús, á poco de haber penetrado en la ciudad.

—¡Claro!... — gruñó San Pedro — ¿Cómo quiere su merced que nadie se divierta en pasear por las calles con este tiempo de los demonios?

—¡Bah!... peor podría ser... — observó el optimista Juan.

Siguieron los tres viajeros su camino y no tardaron en llegar delante de un gran caserón con trazas de palacio, cuyos anchos ventanales resplandecían, proyectando en la negrura de la calle el reflejo de la expléndida iluminación del interior. Y con la luz llegaba afuera ensordecido rumor de música, cantos y risas, en tanto que un apetitoso aroma de cena rica filtraba en olorosas ráfagas.

—¡Á fe mía! — exclamó el Salvador — que con el ejercicio y este aire tan fresquito, se me ha despertado un hambre más que regular. Y puesto que aquí se celebra la Noche Buena, paréceme que podríamos llamar y pedir sitio en la mesa, para tres caminantes cansados y hambrientos.

— ¡ Gran idea ! — opinó San Juan. — También á mi me entró apetito y creo que me sabrá á gloria un alón de pavo y un traguito de tinto superior.

— Pues yo entiendo — opinó San Pedro displicente — que mejor haríamos en abstenernos. ¿Qué gusto le vamos á encontrar nosotros, habituados á los manjares celestiales, á esas gazofias de los hombres?

— ¡ Vaya ! no te hagas el desdeñoso, Perico...— repuso Jesús sonriendo. — Sábete que también en la tierra se puede comer cosas ricas, que si tu no las catastes en tu tiempo, fué porque eras un pobre pescador, alejado siempre de las mesas opíparas. No olvides, además, que cuanto comen los hombres se lo envía mi Padre celestial y que no hay, por lo tanto, que despreciarlo.

Mordióse los labios el buen Apóstol y algo mohino siguió tras el Maestro que llamaba ya á la puerta del caserón. Abrióse ésta, al cabo de un buen rato, y apareció en el dintel un mocetón con rica vestimenta de lacayo, que midió de pies á cabeza, con orgullosa mirada, á los tres viajeros, cuyo aspecto era mejor humilde que opulento y les preguntó luego con mucha insolencia para que llamaban.

— Para calentarnos á la lumbre del hogar y comer un bocado, pues venimos ateridos de frío y la tripa vacía — contestó Jesús. — Anda y dile á tu amo lo que deseamos de su caridad.

— Mi amo no recibe á estas horas á desconocidos — replicó muy arrogante el lacayo. — Con que seguid vuestro camino... y abur.

— Oye, no seas mastuerzo — saltó el divino portero, ya sulfurado — y obedece á quien tiene derecho á mandarte.

Aunque de mala gana, accedió el mocetón á transmitir la súplica, pero volvió á los dos minutos y con rostro que expresaba maligna satisfacción, dijo :

— No había necesidad de que me molestara. Mi amo dice que aquí no es mesón ni casa de refugio y que vayan ustedes enhorabuena.

Sonrió el Redentor tristemente, hizo un gesto con su diestra y desapareció en la obscuridad de la calle, al tiempo que el lacayo cerraba con estrépito la puerta.

En aquel momento, el dueño de la suntuosa morada se ponía en pie y con una copa de exquisito vino en la mano brindaba á la salud de sus numerosos y alegres convidados : acogieron éstos con un formidable ¡ hurra ! el brindis del anfitrión, llevaron las copas á sus labios... y al punto arrojaron al suelo copas y líquido, haciendo una mueca espantosa. Jamás brebaje de tan infernal sabor había entrado en humanas bocas y la distinguida concurrencia, creyendo que se trataba de una broma de pésimo gusto, abandonó la casa y dejó plantado al anfitrión, llenando á éste de apóstrofes y de reconvenciones, á que no sabía aquel, en su indecible estupor contestar ni una palabra en su disculpa.

Pocos momentos después, llegaban Jesús y sus dos compañeros en frente de otra casa de buen aspecto y de cuyo interior salían también ecos de fiesta y de jolgorio. Era aquella la morada del Alcalde de la ciudad, que celebrando la Noche Buena, había reunido en torno de su mesa á varios deudos y amigos.

— Veamos si aquí tendremos mejor acogida — dijo Jesús. — Y llamó á la puerta.

La cual no se abrió siquiera; pero se oyó descorrer un pequeño ventanillo y una voz áspera que decía :

— ¿ Quién es que se atreve á llamar á estas horas en casa del Sr. Alcalde ?

— Unos viajeros recien llegados, que piden por amor de Dios, un poco de fuego y un poco de alimento — contestó humildemente el Salvador.

No había pasado un minuto, cuando otra voz, más desabrida que la primera, exclamó :

— Aquí no se abre la puerta á vagos y correntones: id enhoramala y agradeced que no os haga llevar á la cárcel.

Cerróse el ventanillo; echó Jesús un suspiro y alzando su mano poderosa tocó con ella la puerta de la inhospitalaria morada.

— ¡ Habráse visto desvergüenza semejante!...— chillaba en aquel momento el Alcalde, penetrando en su comedor en donde había hasta veinte ó treinta personas disponiéndose á hacer honor á una suculenta cena. — Ea, señores, á comer... y sobre todo, á beber.

Pero apenas alargaban los convidados los dedos hacia los platos y los vasos, cuando ocurrió un hecho extraordinario. Los capones y pavos de dorada piel, los soberbios pescados, los ricos jamones, los pasteles y frutas que cubrían la mesa, se convirtieron en asquerosos sapos, en enormes y repugnantes sabandijas, en carcomidos pedazos de madera, en motas de tierra llenas de gusanos; y los exquisitos mostos que un segundo antes llenaban los frascos y las copas, trocáronse en hediondo brebaje mal oliente.

Estupefactos, aterrorizados, quedáronse los comensales: y pasado el primer minuto de asombro gritaron á una :

— ¡ Brujería !... ¡ brujería !

— Sí... sin duda... brujería debe ser... — balbuceó el primer magistrado, pálido como un difunto — y de fijo que los brujos serán esos vagabundos que acabo de echar á cajas destempladas: pero me la pagarán. Voy á correr tras ellos con mis alguaciles y en la cárcel purgarán su delito.

Llamó á sus guindillas que comían en la cocina y al mismo tiempo asió, entre trémulo y furioso, su bastón de mando de puño dorado y borla de seda; pero de pronto, el bastón se convirtió en negra serpiente, que retorciéndose entre los dedos del Alcalde, le picó en la nariz y se puso luego á culebrear sobre los manteles. Y no fué necesario otro prodigio más, para que los convidados, locos de terror, se disparasen por las escaleras, buscando la salida, mientras que el dueño caía desmayado sobre una silla.

Á todo esto, Juan y los dos apóstoles seguían su camino; después de cruzar la ciudad en toda su extensión, paráronse ante una de las últimas casas; una casita de miserable aspecto, por cuya puerta agrietada filtraba un tenue rayo de luz, y tras la cual vibraba el rasguear de una guitarra, acompañando unos villancicos, que entonaban dos voces frescas, infantiles.

— Huéleme que aquí seremos más afortunados — murmuró Jesús asestando con los nudillos un golpe á la puerta.

Que se abrió en seguida, apareciendo un hombre pobremente vestido.

— La paz de Dios sea en esta casa — dijo el Redentor — ¿Queréis, buen amigo, conceder una hora de descanso en vuestro hogar y un mendrugo de pan á unos viandantes rendidos por el cansancio, el hambre y el frío?

— Adelante, caballeros — repuso afablemente el hombre—siéntense sus mercedes junto á la chimenea y cuando se hayan recalentado cenarán con nosotros. Y perdonen, si en una noche como esta, no puedo ofrecerles más que pan de centeno, queso de ovejas, castañas asadas y vino peleón; pero somos tan pobres, que aun para nosotros es regalo lo que á vuestras mercedes les parecerá miseria.

Entraron los ilustres caminantes en la humilde vivienda: todo en ella revelaban penuria y privación y no había allí más que una nota alegre, mejor dicho, dos: los semblantes sonrosados y risueños de dos niños, que pegados á las faldas de su madre, contemplaban curiosamente á los recien venidos.

Sentáronse éstos al amor de la lumbre, que amortiguada y parca, arrojó de pronto brillante llama, caldeando la habitación cual si ardiera en la chimenea un recio tronco, en vez de un montón de broza. Jesús besó á los dos niños en la frente y les hizo sentar sobre sus rodillas, escuchando gozoso su charla inocente. Luego se volvió hacia la mujer del huésped y le dijo:

— Comadre, cuando gusteis haremos honor á vuestra colación.

— Triste colación, señores míos, pero tomadla con la buena voluntad con que nosotros os la damos—repuso ella.

— ¡Cómo!... á eso llamais triste colación—exclamó el Hijo de María extendiendo sus manos sobre la mesa en que acababa de servir la mujer los frugales manjares, antes anunciados por su marido.— Pues yo creo que con ella se contentaría un potentado.

Y en efecto: sobre la tosca mesa de pino humeaba un plato de perdices, un dorado faisán, otro plato de salmonetes y varias fuentes conteniendo frutas de todas clases, dulces y turrones. Cuanto al vino peleón, había cedido el puesto al más selecto amontillado que pudieron producir jamás las soleras de Jerez y al más exquisito nectar, que con el nombre de Lácrima Christi, dieron los viñedos de Sicilia.

Tan absortos quedaron ante tal prodigio, marido y mujer, que no acertaban á decir palabra ni se atrevían á acercarse á la mesa; pero cediendo luego á las instancias de los misteriosos viajeros y al ejemplo de los niños que preocupándose poco de las causas, se atenían únicamente á los efectos, y devoraban ya de lo lindo, concluyeron por sentarse y comer de aquellos manjares tan sabrosos, que nunca tuvieran al alcance de sus dientes. Como así lo confesaban ingenuamente, añadiendo que en su pobreza siempre tuvieron por imposible el probar lo que el destino reserva solo á los ricos.

— ¡Vaya! que no sereis tan pobres como dais en decir... — exclamó Jesús.

— ¡Ah! señor...—repuso la mujer—crea vuesa merced que gente más pobre no la hay en toda la comarca y que si no nos quedaran los restos de este milagroso festín, mañana, día de Navidad, no tendríamos que llevar á la boca más que un zoquete de pan y unas migajas de queso.

— Pues yo habría jurado que en aquella arca vieja que distingo en el rincón, guardabais algun dinerillo.

— ¡Dinero!... pero si no hay una mala moneda en casa. En ese cofre no hay más que trapos viejos.

Y al decir esto y para que no creyeran sus huéspedes que mentía, levantó la mujer la tapa del arca; pero al punto retrocedió dos pasos y quedó inmóvil, petrificada por indecible sorpresa. Aquel desvencijado mueble estaba repleto de monedas de oro y plata, que á la movediza llama del hogar lanzaban vívidos destellos.

Alelados por la realidad de tal milagro, contemplaron los dos esposos al ser extraordinario que tenían en su presencia; y vieron en su hermoso semblante una expresión de tan supremo poderío y de tan augusta bondad, que cayeron de hinojos con los ojos bañados en lágrimas. Y en tanto los dos apóstoles reían silenciosamente, gozándose en el religioso estupor de aquella pobre gente, exclamó Jesús: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad...» Posó sus divinas manos sobre las cabezas de los niños que se habían quedado apaciblemente dormidos, envió una sonrisa de despedida á los padres y desapareció con sus dos discípulos en la negrura de la noche.

Buen rato permanecieron los habitantes de la pobre casa, sumidos en inmensa estupefacción. Hasta que, por fin, preguntó la mujer, después de acariciar tímidamente aquel tesoro que, lejos de evaporarse, continuaba brillando á la luz del hogar.

— ¿Qué dices á eso, marido?

— ¿Qué digo?... — opinó el hombre rascándose la cabeza — pues mira, digo que así me lleven los demonios, si no ha estado aqui esta noche, el mismísimo Rey del Cielo, Nuestro Señor Jesucristo, con sus dos menistros.

Juan Buscón







D. U. VIERGE.—NOCHE BUENA EN SALAMANCA



ETCHEVERRY.—LAS NODRIZAS. (E. F., Fot.)



LA SERPIENTE DE OCHO CABEZAS

Habéis oído contar alguna vez el cuento de la Serpiente de ocho cabezas? ¿No? Pues voy á contároslo. Es una historia algo larga y para referirla, desde el principio, habrá que partir de muy atrás; nada menos que desde el principio del mundo.

Un tiempo después de creado el mundo, llegó á ser propiedad de un hada muy poderosa, que cuando estaba á punto de morir, lo repartió entre sus tres hijos, dos varones y una hembra.



Á esta última que se llamaba Ama, la dió el sol; al hijo mayor, llamado Susa, el mar; y al segundo, de cuyo nombre no me acuerdo, la luna.

Ama, como dueña del astro del día, lo regía tan bien que jamás hubo alteración en sus evoluciones y por todas

partes difundía la vivísima luz y el benéfico calor que eran el regocijo del universo. Por esto era Ama bienquista de cuantos en él habitaban.

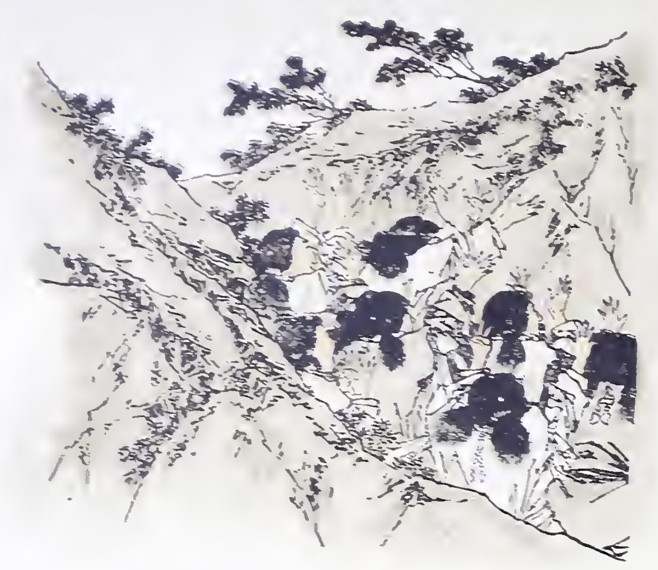
El Hijo-Luna se portaba con toda regularidad, y todavía se puede ver su cara redonda, en una noche clara, cuando la luna está llena. Pero Susa se mostraba colérico y disgustado, por no tener más que el húmedo y frío mar donde vivir. Comparaba la parte del mundo que se le había designado, con la otorgada á cada uno de sus hermanos, y no se mostraba conforme con eso, creyendo que el hada, su madre, le había sacrificado en sus intereses. El alegre resplandor del sol, la serena claridad de la luna le llenaban de gozo y de envidia, mientras que el mar, proceloso las más de las veces, oscuro y opaco á



poca distancia de la superficie, lleno de rocas, asilo de monstruos y poco variado en plantas, le causaba tedio y tristeza, y anhelaba salir de él, aunque para ello tuviese que desposeer á sus hermanos de su parte de herencia. La ambición y el egoismo son tan antiguos como el mundo. En tal disposición de ánimo, se lanzó violentamente al cielo, precipitándose en una hermosa estancia del interior del sol, en donde su hermana estaba con sus doncellas, tejiendo telas de oro y plata, y destrozó sus husos, pisoteó sus labores, y en breve tiempo hizo todo el daño que pudo, asustando mortalmente á las pobres muchachas. Ama, que no podía esperar la brusca arremetida de su hermano, y que no contaba con fuerzas que oponerle, no tuvo más remedio que huir con toda la rapidez que pudo, abandonando á Susa sus dominios, y descendiendo á la tierra, que reco-



rrió algún tiempo en todas direcciones, buscando un sitio en donde guarecerse de la incomprensible saña de que era víctima. Por fin, en la ladera de una escarpada montaña, llena de rocas y despeñaderos, halló una cueva que le pareció á propósito para su objeto, y en ella se refugió. Cuando hubo penetrado en la cueva y cerrado la puerta, el mundo entero quedó sumido en las más profundas tinieblas, porque ella era el hada que gobierna el sol y podía, á su albedrío, hacerlo lucir ó no. Y lo cierto es, que no falta quien diga que la luz del sol no es, en realidad, otra cosa sino el fúlgido resplandor de sus brillantes ojos. Sea lo que fuere, lo cierto fué que causó gran trastorno su desaparición. ¿Qué podría hacerse para que el mundo volviera á tener luz? Se discutió toda clase

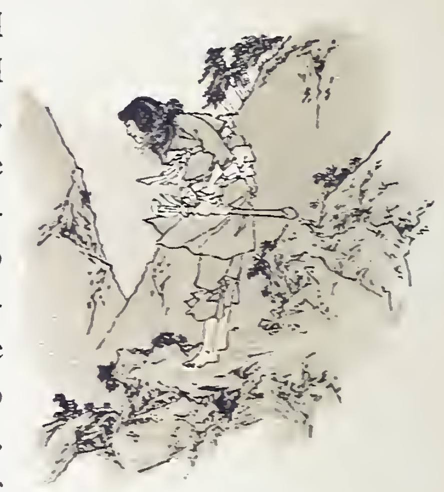


de planes, y por último, sabiendo que Ama era curiosa y le gustaba siempre ver todas las cosas que hasta ella llegaban, las demás hadas adoptaron el plan que más pudiera llamar la atención de una mujer. Reuniéronse en buen número delante de la puerta de la cueva y comenzaron á llamarla, prodigándole los más lisonjeros epítetos, excitándola á que se reuniese con ellas para solazarse alegremente, ofreciéndole la primacía entre todas y, por fin, se pusieron á cantar y á bailar con grande algazara. Aparte de eso, le preparaban una añagaza, para el caso en que se dejase ver, sin permitirlas entrar en la cueva.

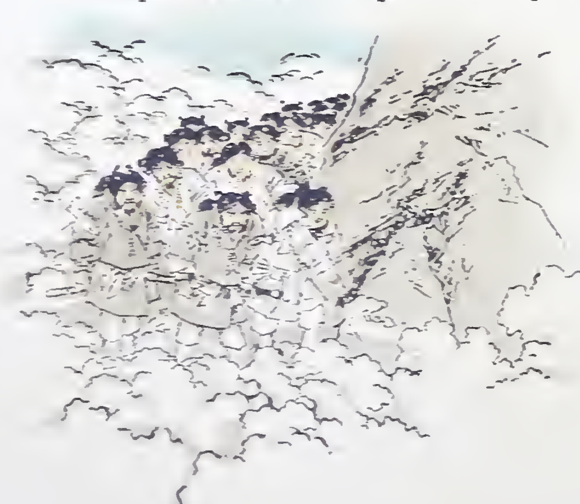
Cuando Ama oyó el ruido de la danza, de los cantos y de las risas, no pudo resistir á la tentación de entreabrir un poquito la puerta, para ver, por el resquicio, la fiesta á que se entregaban las demás hadas. Esto era precisamente lo que ellas esperaban.

—¡Mira,—le gritaron—mira esta nueva hada que es más hermosa que tú! —y al mismo tiempo le entregaban un espejo.

Ama no sabía que la cara que le ofrecía el espejo era, solamente, la reflexión de su propia cara, y sintiendo cada vez más curiosidad por conocer á la nueva hada, se aventuró á abrir la puerta; entonces se apoderaron de ella las otras hadas; y seguidamente amontonaron á la entrada de la cueva, tantos y tan enormes pedruscos que, en adelante, nadie pudo penetrar en ella. Comprendiendo que había sido sacada mañosamente de la cueva por las demás hadas, y que allí no podía permanecer cómodamente por más tiempo, Ama accedió á volverse al sol y á alumbrar al mundo, como antes, con la condición de que su hermano había de ser castigado y despedido ignominiosamente, porque en realidad ella no viviría segura con él. Así se hizo. Á pesar de la resistencia que opuso Susa, el cual se encontraba muy á gusto en el sol, tuvo que ceder al número y al poderío de sus agresoras, que le apalearon hasta ponerle á las puertas de la muerte, y en seguida fué expulsado de la compañía de las demás hadas, con orden de no presentarse jamás ante ellas.



Por esto el pobre Susa, arrojado del país de las hadas, y no queriendo volver al mar, tuvo á su vez que descender á la Tierra. Vagó por ella largo tiempo, solo y desamparado, lamentando su ambición por la que tan duro castigo se le había impuesto, alimentándose de raíces y albergándose en grutas y cavernas.



Yendo un día por la orilla de un río, acertó á ver

á un hombre y una mujer, ya ancianos; esta segunda con su hija en brazos y gritando amargamente.

—¿Qué os sucede?—les preguntó Susa.

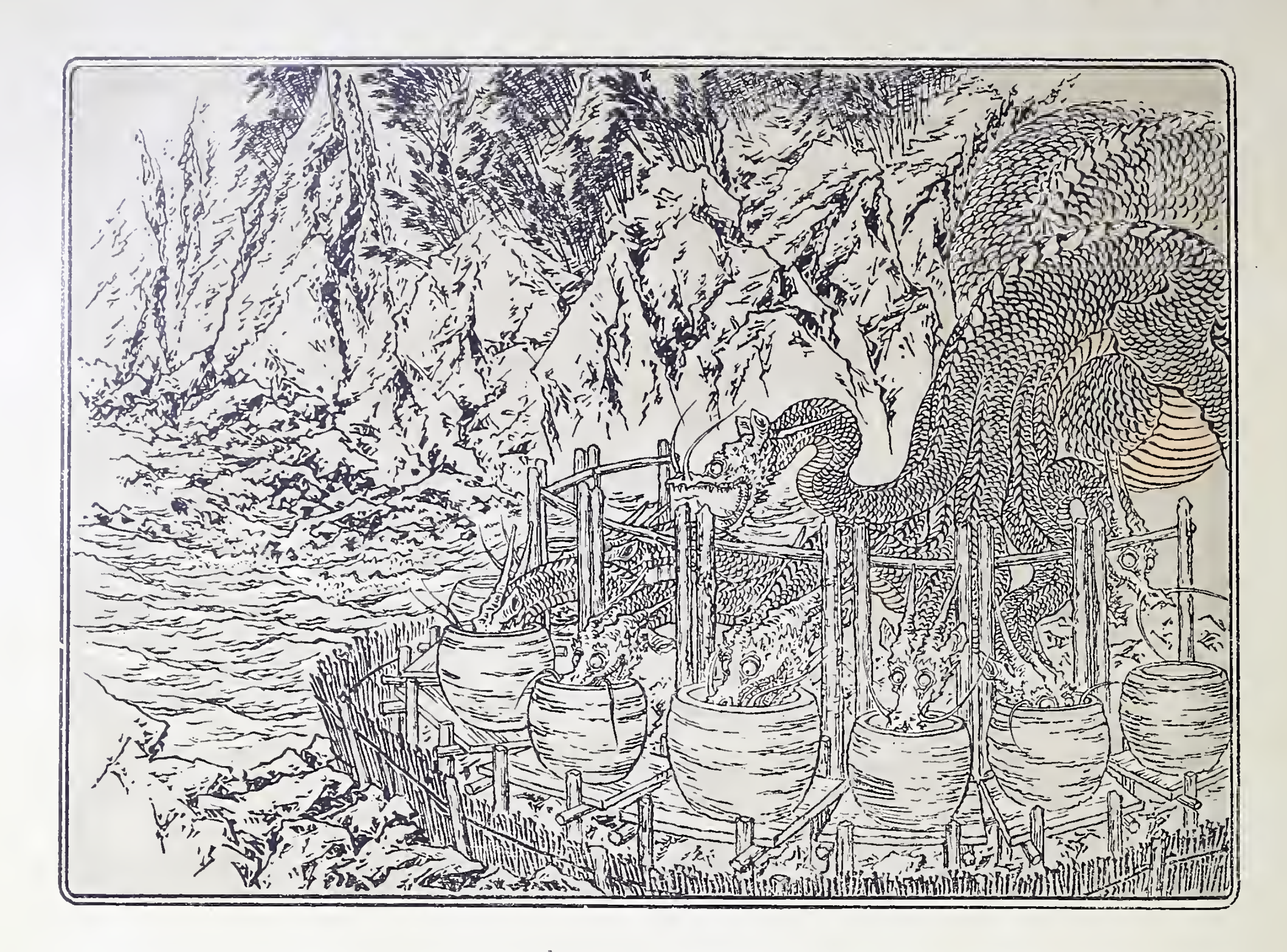
—¡Oh!—contestaron con voz entrecortada por los sollozos,—teníamos ocho hijas, pero en un pantano que hay cerca de nuestra choza vive una gran Serpiente de ocho cabezas, la cual sale todos los años y se come una de ellas. Ya no nos queda más que esta hija y como hoy es el día en que la Serpiente vendrá á devorarla, nos quedaremos sin ninguna. ¡Buen señor! ¿No podrás hacer algo para protegernos?

Susa, que deseaba favorecer á los afligidos ancianos y darles al propio tiempo una muestra de su ingenio y de su poder, se quedó un rato reflexionando hasta que por fin dijo:

—No será cosa difícil lo que pretendéis; os aseguro que la Serpiente no volverá á haceros daño, pues soy un espíritu poderoso y salvaré á vuestra hija.

En seguida les dijo que preparasen cierta cantidad de cerveza, y les enseñó cómo habían de hacer una empalizada con ocho puertas, y delante de cada puerta un altillo de madera, encargándoles que pusieran en cada uno de estos una tina de cerveza. Hiciéronlo así y precisamente cuando acababan de arreglarlo todo tal como Susa les había ordenado, empezó á percibirse un lejano rumor, semejante al que produce el vendaval precursor de una tempestad. Este rumor fué creciendo en intensidad, acompañado de agudos y discordantes silbidos, que infundirían pavor en el ánimo más sereno. Al mismo tiempo, de las alturas vecinas se levantaban nubes de polvo, se desprendían peñas, se desarraigaban plantas y árboles, no pare-





ciendo, sino, que un terremoto conmovia toda la comarca.

Los ancianos estaban aterrados, y aunque hubieran deseado huir, el pavor les tenia como petrificados y sin ánimo, ni fuerzas para moverse. Demasiado sabian lo que todo aquel estrépito significaba, por haberlo oido, por su desdicha, en más de una ocasión, y por esto su espanto era mayor, y mayor también su ansiedad por ver en qué vendria á parar aquello y el resultado que darian los preparativos de Susa, del cual no se atrevian á separarse.

La causante de tan extraños fenómenos era la serpiente, que, por fin, apareció. Era tan colosal, que su cuerpo se arrastraba por ocho colinas y ocho valles ocupándolos con sus anillos. Eran estos de un color verdoso, salpicados de grandes manchas negras, y tan enormes que semejaban descomunales oleadas de un mar tempestuoso. Las cabezas, de fauces tan grandes y abiertas que por ellas podia pasar fácilmente un buey, se agitaban á un lado y otro, como buscando la presa que aquel dia esperaban. Las lenguas, en continuo movimiento, sobresalian considerablemente de la boca, y por fin los ojos, desmesuradamente abiertos, despedian un brillo semejante al de las llamaradas de un vasto incendio.

Y así como tenia ocho cabezas, también tenia ocho narices, y por consiguiente un olfato ocho veces más fino y sutil que el de cualquier otro animal; de suerte que olfateando la cerveza desde larga distancia, se fué arrastrando hacia ella, llegó á la empalizada, metió cada una de sus cabezas en cada una de las tinas y tanto bebió, que acabó por emborracharse. Cuando todas las cabezas se doblaron y se quedaron dormidas, Susa,

saltando fuera del agujero, donde había permanecido oculto, desnudó su espada y se las cortó todas. Al ir cayendo una cabeza tras otra, brotó de ellas tan copiosa cantidad de sangre que con ella se formaron ocho ríos de caudal espeso, amoratado y mal oliente cuyas oleadas inundaron por largo rato la comarca, hasta que la sangre hubo cesado de manar. Susa contemplaba aquella escena maravillado, á la vez que dándose el parabien por la original idea que tuviera para exterminar la Serpiente, pues de lo contrario, y á no haberse valido de la astucia, difícil le habría sido dar fin de ella, á pesar de su poderío.

Cuando fué mermando el caudal de los ríos de sangre, acercóse al animal, y á fuerza de repetidos y poderosos tajos con su cortante espada, le hizo pedazos el cuerpo; pero, cosa extraña, al llegar á la cola, la espada se rompió, quizás porque tropezara con alguna cosa muy dura. Como la Serpiente estaba ya muerta, no había peligro en subir encima y averiguar qué cuerpo duro podía ser aquél. Con gran sorpresa, vió que era también una espada cuajada de piedras preciosas; la espada más rica y admirable que pueda verse, y de la cual se apoderó Susa, para conservarla como recuerdo de su victoria sobre el monstruoso animal.

El vencedor no podía explicarse la procedencia de aquella arma y únicamente supuso que procedería de alguna hada y que, extraviada por ésta, la encontró la Serpiente y se la tragó.

Los padres de la joven, salvada de morir tan desastrosamente como sus siete hermanas, llenos de indecible regocijo, no sabían qué hacer por demostrar su agradecimiento



al libertador de su hija; en su pobreza procuraron agasajarle de mil modos, y se ofrecieron ellos y cuanto valían á su entera disposición, llevándole á su choza y brindándole con los rústicos manjares que constituían su alimento.

Sucedió, pues, lo que había naturalmente de suceder, esto es, que pasado algún tiempo Susa se casó con la linda muchacha á quien había salvado, y fué con ella muy afectuoso, aun cuando tan rudo se había mostrado con su



hermana mayor. Pasó el resto de su vida en un magnífico palacio, que había construído á propósito para ambos, y también vivieron con ellos los ancianos padres de su esposa.

Cuando éstos murieron, y Susa y su mujer los siguieron al sepulcro, la espada fué á parar á manos de sus hijos y sus nietos, que conocedores de su origen por la tradición, la guardaban con el mayor cariño, en un precioso estuche, como prueba fehaciente de la proeza de su antecesor, hasta heredarla el emperador del Japón, quien la conserva como una de sus joyas más estimadas y preciosas.



HENRI MARTIN.—SERENIDAD. (E. F., Fot.)

LA PRIMERA CONDECORACION QUE HUBO EN ESPAÑA

El establecimiento en España de las condecoraciones que tienen por objeto premiar el valor y el mérito parece dimanar de una época reciente, porque apenas se ha conservado recuerdo de las antiguas. Sin embargo, si se examina la historia, veremos que su introducción entre nosotros data del mismo tiempo que las que se consideran como primitivas en otros países.

La primera que se conoce es la que instituyó el rey D. García Sánchez II de Navarra, en 1048, estando en la ciudad de Nájera, y se denominó de la *Jarra y la Azucena*, en honor á la Virgen de la Azucena que se veneraba en aquella ciudad. El monarca dispuso que los caballeros que perteneciesen á esta orden llevasen en los días de ceremonia manto blanco con una jarra y un ramo de azucenas bordados en el lado izquierdo.

El dia de su instalación, que fué el 25 de Marzo, asistió el rey á la misa mayor en el convento de Santa María la Real acompañado de toda la nobleza, y después de concluída la misa, tomó uno de los muchos collares de oro que había mandado hacer, y de los que pendía una medalla en que estaba esculpida una jarra igual á la del manto, se lo puso al cuello y distribuyó los restantes entre sus hijos y los principales caballeros del reino.

Algun tiempo después cayó en desuso esta condecoración y permaneció olvidada hasta que en 1403 la renovó el infante Don Fernando de Castilla que después fué rey de Aragón. Se observaron para su renovación las mismas ceremonias que había dispuesto Don García, y recibieron el collar los infantes de Castilla, los maestres de las órdenes y otros distinguidos personajes.



Estableció también este reformador, que diariamente llevaran los caballeros condecorados una banda blanca y que encima del jarro de azucenas ostentasen un grifo también blanco. Á fin de asegurar la duración de esta orden formó las oportunas ordenanzas que contenían ocho artículos, en los que se señalaban las obligaciones de los que pertenecían á la orden y fiestas y ayunos que habían de guardar. En los dos últimos se determinaba que el que se encontrara en batalla con un cuerpo de más de 200 moros y llevando igual ó menor fuerza saliera vencedor, podía dorar una de las alas del grifo; y si repitiese igual hazaña doraría las dos alas, pero haciéndolo saber al mismo tiempo al rey por conducto de un faraute para que se hiciera público en la corte su valor.

Los soberanos extranjeros no se desdeñaron de engalanarse con esta insignia, pues vemos que el emperador Segismundo la recibió en cambio de la del Dragón, que había enviado al rey Don Fernando que la renovó; también Alonso V de Aragón condecoró con ella á Felipe, duque de Borgoña, que le habia enviado el collar del Toisón. Después que esta última orden tuvo entrada en España, se perdió enteramente la de la Jarra y hasta casi se olvidó su institución.

PARA REYES

el mejor regalo para un niño es el

Panorama Nacional

Resulta un recordatorio de la historia de España
que instruye y deleita á la vez

Dos tomos lujosamente encuadernados, conteniendo 640 páginas de monumentos y escenas españolas,

40 PESETAS

También es un regalo util el

Atlas Geográfico

SEGUNDA EDICION

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal
Mapa de Cuba, doble tamaño
Mapa de Puerto Rico y de la Bahia de Manila

COMPLETO Y ENCUADERNADO, 12 PESETAS

JABON PEARS
NO TIENE RIVAL
PARA EL CUTIS

Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

Papel de los Sucesores de Torras hermanos

HISPANIA



° 21. - 30 DICIEMBRE 1899 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



J LLIMONA.—ESTUDIO

Los Tres Príncipes

· Leyenda de la Edad media ·



Por aquellos tiempos — la época exacta no se ha podido nunca averiguar — se encontraba el Rey de Armenia en tan precaria situación, con motivo de guerras recientes, inundaciones, mala administración de sus consejeros y otros estragos, que en sus cofres no quedaba ya ni una moneda de oro. Y como los pueblos andaban más pobres que el soberano, y era tanta su miseria que no se veía medio de hacer efectivo el menor impuesto, estaba el desdichado monarca, que se le podía ahogar de un cabello.

Después de reflexionar maduramente acerca de su situación, llamó una mañana á su presencia á sus tres hijos, les expuso el estado del Reino y de la Hacienda, la necesidad de poner remedio á tan graves males y concluyó diciendo:

«Es preciso que cada uno de vosotros trabaje por su parte, para salvarse y salvarnos. Y puesto que en mi corte no hacéis nada de provecho, he pensado una cosa. Os ausentaréis mañana y no habréis de regresar hasta dentro de un año. El que regrese, llegado este plazo, con más riquezas, ganadas conforme mejor le dicten su ingenio y su esfuerzo, ese será mi heredero y ceñirá la corona de Armenia. Id y que Dios os ayude.

Al día siguiente los tres príncipes se ponían en camino, montados en briosos corceles y seguidos, cada cual, de un escudero. Pero al llegar á una encrucijada se separaron, deseándose mutuamente buena suerte y acariciando sus respectivos proyectos. El hermano mayor, que se



llamaba Jalino se fué hacia el Norte; el segundo llamado Alfiano tomó la dirección del Sur; el tercero, que tenia por nombre Lariso, torció hacia el Este.



Jalino era un mozo robusto, fuerte, de instintos brutales, muy aficionado á cosas de guerra, gran amigo de ir á mandobles y estocadas. Ocurriósele que lo mejor que podria hacer seria reunir una cohorte de aventureros y de rufianes prestos á todo, con los cuales se entraria por las regiones vecinas, haciendo una guerra de pillaje.

Alfiano no tenia gustos bélicos, pero si muchisima trastienda, gran astucia y una vocación especial para los negocios. «No hay nada como el comercio — solia decir — y con mucha maña y pocos escrúpulos, se logra cuanto se quiere.» Convencido de la verdad de este axioma, resolvio lanzarse al campo de la especulación, sin pararse en barras.

No se parecia en nada Lariso á sus hermanos: no tenia ni el temperamento batallador del uno, ni la inteligencia y astucia del otro. Sus inclinaciones no le habian llevado, hasta entonces, más que a la molicie y á la pereza, preocupandose solo del cuidado y adorno de su persona, que era, en verdad, seductora. No le habia gustado nunca el combatir; menos aún el trabajar; pero poseia en cambio, á la perfeccion, el arte del enamoramiento y pintábase solo, para rendir la virtud de las bellezas más esquivas.

Volaron los dias, pasaron las semanas, transcu-

rrieron los meses y llegó, por fin, el plazo fijado por el Rey. Rodeado este de su corte, que gracias á lo calamitoso de los tiempos, parecia mejor reunion de mendigos que de nobles señores, esperó que se presentaran sus hijos con la ansiedad natural de un padre amante y el afan, todavia mayor, de un hombre sin dinero y que aguarda que se lo traigan.

Compareció, el primero, Jalino, cubierto de riquísima armadura, atezado el fiero semblante por las intemperies, luciendo en la frente la cicatriz de un enorme chirlo. Inclinóse, brusco, ante el Rey y con voz bronca, dijo:

—Padre y Señor: supongo que los clarines de la fama habrán regocijado vuestros oidos con el anuncio de mis altas empresas. Con mi espada y mi valor conquisté gloria y riquezas. Otro dia y más despacio os referiré mis combates: ahora solo he de deciros que, además de las armas arrancadas á mis contrarios, pongo en vuestras manos esta caja de hierro, dentro de la que encontraréis cincuenta mil monedas de oro.

Estallaron grandes aplausos y el monarca abrazó á su primogénito, el cual se colocó á la derecha del trono. Apenas habia cesado el palmoteo palaciego, se presentó Alfiano, modestamente vestido, pero con rostro satisfecho y sonriente.

— Coronas de laurel merece mi hermano — dijo con cierta ironia — por su gran valor. Pero haré observar que, mientras él ha tenido que compartir el botin con sus guerreros, de cuanto yo gané comerciando, no he tenido que dar un doblon á nadie. También de mis atrevidas empresas mercantiles habla la fama, pero eso me importa poco. No he trabajado por la gloria, sino por el producto y á vuestras plantas, pongo, Padre y Señor, esta caja de plata, en la que encontaréis cien mil monedas de oro.

Mayor fué todavia el entusiasmo de los cortesanos, al escuchar las palabras de Alfiano y éste fué á situarse á la izquierda del trono, luego que su padre, hondamente conmovido, húbole abrazado. Y seguia aun el placentero murmullo, cuando avanzó hácia el regio sólio, el hermoso Lariso, más seductor que nunca, maravillosamente vestido de preciosas telas, engarzadas de rubíes, esmeraldas y topacios.

— Reciban mis hermanos el parabien que mi corazón y mi boca les envian — exclamó haciendo un graciosísimo saludo — Pero si alguien ha merecido el galardon que tú, Padre y Señor ofreciste á quien venciera, creo que ese soy yo. Puedo decir, sin vanidad, que desplegué en mi empresa mas valor que Jalino y más destreza que Alfiano. También ha sido mi resultado mayor y á tus plantas pongo esta caja de oro, en

la que encontrarás doscientas mil monedas de oro.

Tan suspensos quedaron los cortesanos, que ni acierto tuvieron para aplaudir y aclamar. Y el Rey poniéndose en pie, lleno de asombro, murmuró:

— Pero como pudiste, hijo mio...

Hizo una señal Lariso y aparecieron cuatro pajes lujosamente ataviados, en medio de los cuales venía una mujer envuelta en un espeso velo de tisú de oro. Cojióla de la mano el príncipe, deslizose el velo hasta los pies de la dama y á los ojos de la estupefacta concurrencia, presentóse la más desdichada figura femenil que pueda imaginarse. Tenía el rostro picado, la nariz torcida, la boca desmesurada y con dientes amarillos; faltábale un ojo y en cambio le sobraba el promontorio que lucía sobre las espaldas.

— Es tan fea — observó el príncipe — que á pesar de ser hija del Rey de Samarkanda y de llevar una dote opulenta, no lograba encontrar esposo. Al presentarme en la corte de su padre, se enamoró de mí... y yo, sacrificandolo todo al deber filial y al bien del Estado, la di mi mano.

Llorando á lagrima viva estrechó el viejo monarca al joven príncipe entre sus brazos, diciéndole:

La hermosura y el amor serán siempre más poderosos que las iras del guerrero y que las astucias del comerciante. ¡Venciste, hijo mío! ¡tuya será la corona de Armenia!

Juan BUSCÓN



LA ASTILLA DEL CRISTO

I

El trece de Septiembre al obscurecer, el pobre Pachón iba ya acercándose á la inmensa cola de chicos y grandes que, á la fuerza, se disponían á tomar billete para el último viaje.

Tendido boca arriba, clavaba el enfermo sus ojos, preñados de tristeza, en una malísima fotografía colgada en la pared junto á la cama.

Reproducía la estampa aquella, con su negra encarnación, su luenga y lacia cabellera, sus rígidas extremidades y sus escurridas nagüillas de terciopelo morado con cuatro anchos galones de oro horizontales; la vera y milagrosa efigie del Santísimo Cristo de Candás, hacia el cual, como Pachón en sus últimas, pescadores y aldeanos del Concejo de Carreño vuelven los ojos siempre que truena de tejas arriba ó de tejas abajo.

¡Es mucho cuento! Todo el mundo reniega de esta pícara vida, pero cuando se acerca la señora de la guadaña no hay uno solo que se deje segar de buen grado: por el contrario, se aferran á la existencia como lapa á la roca.

Pachón no tenía parientes ni otros amigos que su compadre Casielles, «más bruto que un arado» (así dicen en Andalucía), aldeano y padre de la gentil Benita.

De ésta, Dios sobre todo, me propongo hablar más despacio en otra ocasión, á fin de que sus singulares encantos lleguen á conocimiento de los que no tuvieron la fortuna de tratarla.

Allí estaba, á la cabecera de su padrino, limpiándole el sudor de la frente con amoroso tiento, humedeciendo los marchitos labios con una muñequilla mojada en agua de limón y prodigándole toda suerte de consuelos para el alma y para el cuerpo.

Pachón, dentro de la gravedad de su estado, parecía haber revivido después de recibir los últimos sacramentos; pero, según el médico, aquella crisis favorable duraría poco.

—¿No ha vuelto tu padre?—preguntó el enfermo á su ahijada, quizás por la décima vez en el transcurso de media hora.

—Paréceme que llega en estos momentos,—respondió la joven dando un gran suspiro que podía traducirse «¡Gracias á Dios!»



No bien asomó Casielles su cabezota por la puerta de la alcoba, el doliente, fijándose en el voluminoso lío que su compadre traía colgado del paraguas sobre el hombro, le dijo con tono de amargo reproche:

— ¡ Así tardaste ! ¡ No parece sino que te dispones á pasar *El Puerto* según el equipaje que llevas ! En fin, no perdamos más tiempo, que ya la muerte abáfame (1). Benita, hija mía, salte para el corredor un momento.

Y como la joven, ni curiosa ni contrariada, no obstante su sexo, obedeciese inmediatamente, Pachón se incorporó con mucho trabajo y, cogiendo á Casielles la diestra, le dijo dulce y reposadamente:

— No para echártelo en cara, te recordaré lo que hice por ti, pagando con liberalidad servicios que me prestaste y legando, como lego, á Benita cuanto pertenéceme, con la obligación de que, soltera, casada ó viuda, te mantenga con mucho decoro. Si hablo de ello es porque el favor que puedes prestarme es tan grande que, aunque yo viviera más años que Matusalén, ni con lo que hice por vosotros hasta aquí, ni con cuanto hiciese, sumado, en lo sucesivo, llegaría á pagarte la mitad de la deuda.

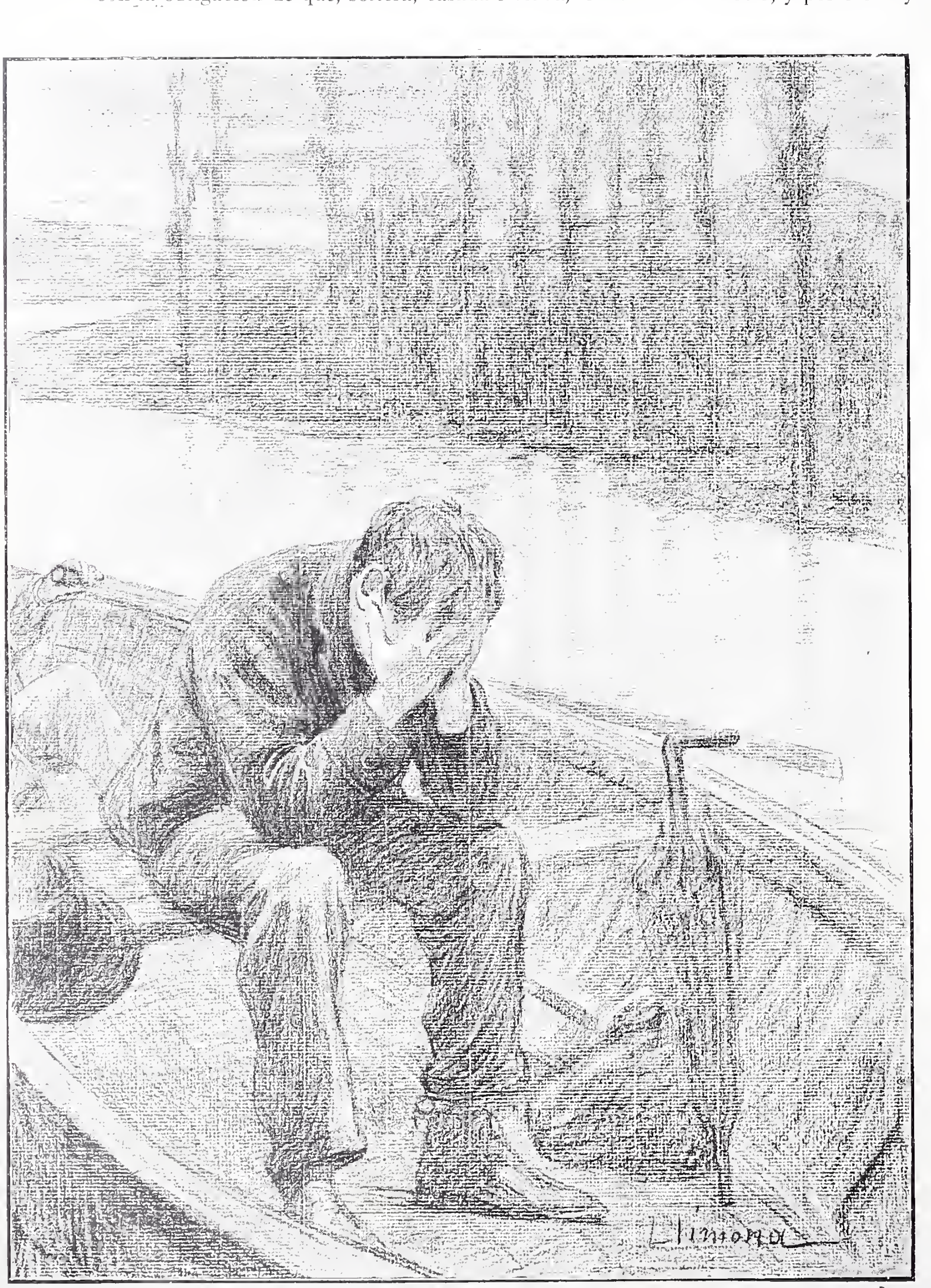
— ¿Y de qué trátase? — preguntó Casielles secándose dos lagrimones con los nudillos.

— Ya te he dicho que siéntome morir...

— ¡ Hombre ! No tan...

— Sí: no me interrumpas; que si el tiempo es oro, como dicen los ingleses, en cualquier ocasión de la vida, cuando ésta se escapa á caños, es oro acuñado en libras esterlinas, que pasan en las cinco partes del mundo. Muérome á chorros, pero me resta una esperanza. Tú sabes mi gran devoción al Santísimo Cristo de Candás.

— Sélo, y por eso voy á pedirle por ti, subiendo de rodillas las escaleras del su camarín.



— No bastará, Casielles.

— Pues subirélas de... coronilla. ¿Qué quieres más?

— Quiero ... quiero ... — Aquí el enfermo bajó la voz cuanto pudo, y, haciendo un supremo esfuerzo, exclamó al fin:

— Quiero que me traigas una astilla de la Imagen.

— ¡¡Una *astiella* del Santísimo Cristo!! — repitió Casielles con más terror que si le hubiesen pedido que arrancase el corazón á Benita.

II

Sobre las negras aguas del Nalón, poco más abajo del peñasco desde donde se asoma, para mirarse en la corriente como en un espejo de azabache, el vetusto castillo de Priorio, solaz, amparo y refugio de los Obispos de Oviedo en los tiempos medios, se deslizaba una barca tripulada por un rapaz rubio como «lus respigus» (2).

Á falta de chachareras, avecillas que, en casi todas las provincias de España, á tales horas (al caer de la tar-

(1) *Abafar*. «Echar l'alientu ó la cara dalgún. Á los deus cuando se machaquen ó pónense fríos.» — *Rato y Hevia*. Vocabulario de palabras y frases bables. Madrid, Ginés Hernández. 1891.

(2) *Respigu*, m. La flor que brota en lo alto del maiz y en el centro de las berzas, lechugas, etc. — V. *Espigu*, Rato y Hevia.

de) suelen hacer la cama en las arboledas que bordean los ríos, el muchacho, con voz fresquísima, entonaba la siguiente cantinela:

« Á rodear carreteros,
ramos de laurel.
Al son que el carro canta
quisiera saber
quién te ha dado esa cinta
dorada, encarnada de amor,
con cuatro alfileres
y en medio una flor.
¡Ay que viene una quinta
y lleva á las niñas su amor!
¡Ay! ¡Se lo lleva á todas!
¡Adiós, corazón!
¡Se lo lleva á todas!
¡Adiós, niña, adiós! »

Sin parar mientes en las dulces lamentaciones del barquerillo, é insensible también á los halagos del paisaje y á las caricias de la brisa, Casielles, sentado en la popa del bote, con ayuda de la navaja iba reduciendo á la nada un gran zoquete de pan y un cuarterón de Cabrales muy habitado.

Mientras que el viajero engullía tan pastoriles y sanísimos manjares, su pensamiento tornó el vuelo querencioso hasta la Capital del Concejo de Carreño, y allí mariposeaba con alas de pavo.

Describió en primer término tres ó cuatro círculos en torno del histórico campo de Baragaña, al que Casielles pudo llegar á tiempo de ver encendida la *foguera* la víspera del Cristo. Cruzó después desde la explanada donde están las escuelas públicas hasta el *Cay* (3), por encima de la procesión que sale en la mañana del catorce, precedida del que quema los voladores y va rodeado de más *rapazucus* que de moscas un plato de almíbar.

Fué luego aleteando encima de todos y cada uno de los puestos de ablanes (4), de manzanas, de langostas cocidas y de aquellos muñecos en pasta pajiza imposible de analizar, y de arte caldeo asirio (palomas, Cristos, jarras y florecillos), para posarse al fin sobre el varal de un carro lleno de verdores y de botellas de sidra.

Al llegar á este punto, el compadre de Pachón sonrió acordándose de la *moña* (5) monumental que, mediante una verdadera jauría de *perrinas* (6), sacara del carro para encasquetársela hasta las orejas. En plata, que la borrachera de Casielles le llevó media vara, lo menos, á la del Patriarca Noé.

El buen aldeano, á la manera que el *memorialista* de la zarzuela, guardaba su miajita de ortografía para las ocasiones, era poseedor de cierto caudalillo de filosofía práctica que, no obstante sus cortas luces, aplicaba con tino.

Buscó, pues, en los pliegues de la memoria y se tropezó con esta máxima epicúrea, aplicable al caso como parche de ungüento al uñero: «Al cuerpo hay que le dar lo que pide más que el alma se enrabie.»

Y, por ello, el pensamiento de Casielles, desde el varal del carro, tendió por último el vuelo rastrero de las gaviotas, cuando pescan sardinas, hacia «la fuente de Saltarua, que fai á la xente aguda» al anochecer y tras de una de aquellas gentiles menestralas de Gijón de las que cuentan las malas lenguas que vienen á Candás el 14 de Septiembre «á ganar pa el refaxo.»

Casielles, relamiéndose, pareció *remocicar*... (7) pero, súbitamente, como si sintiera en la nuca la maza del carnicero que abate la res, abrió los ojos y la boca de par en par, dió un grito, dejó caer la navaja, que fué á clavarse en el fondo de la barca, temblando á manera de dardo que da en el blanco, y rompió por fin á llorar como lloraría un elefante en leche.

¡¡ Con las glorias... y de tanto pensar en ello, se había olvidado por completo de la astilla del Cristo; de los ruegos é instrucciones de Benita sobre el modo y manera de procurarse la reliquia; de la salvación, en fin, de su querido compadre!!

III

Cuando, de vuelta de Candás, volvió á entrar Casielles en la alcoba de Pachón, tenía ya éste quebrado el cristal de las pupilas, el aliento suspiroso, sudores fríos inundaban su escuálido cuerpo de pies á cabeza, y con las manos, manojos de sarmientos, inciertas y temblonas, se afanaba por estirar el embozo de la cama.

Ver Benita á su padre, preguntarle rápidamente «¿La traes?» y gritar á Pachón con voz llena de caricias, mientras hacía por incorporarle, fué todo uno:

—¡Padrino, padrino mío! ¡Aquí está su compadre con la astilla del Cristo! ¡Mírela, mírela!

Y, no de otra suerte que la mies, revolcada en el fango por la tormenta primaveral, á los halagos del sol, cuando pasa aquélla, va irguiéndose poquito á poco hoja por hoja, tallo por tallo, hasta recobrar gran parte de su esbeltez y lozanía; al moribundo, cuya faz cadavérica se iluminó á las voces de la joven, se le fué aclarando la vista y serenándosele el aliento, y dejó de sudar, y pudo al fin incorporarse, y, con manos inciertas y temblonas, se apoderó afanoso de la astilla y, cubriéndola de besos balbucientes, rompió á llorar.

¡Se había salvado!

IV

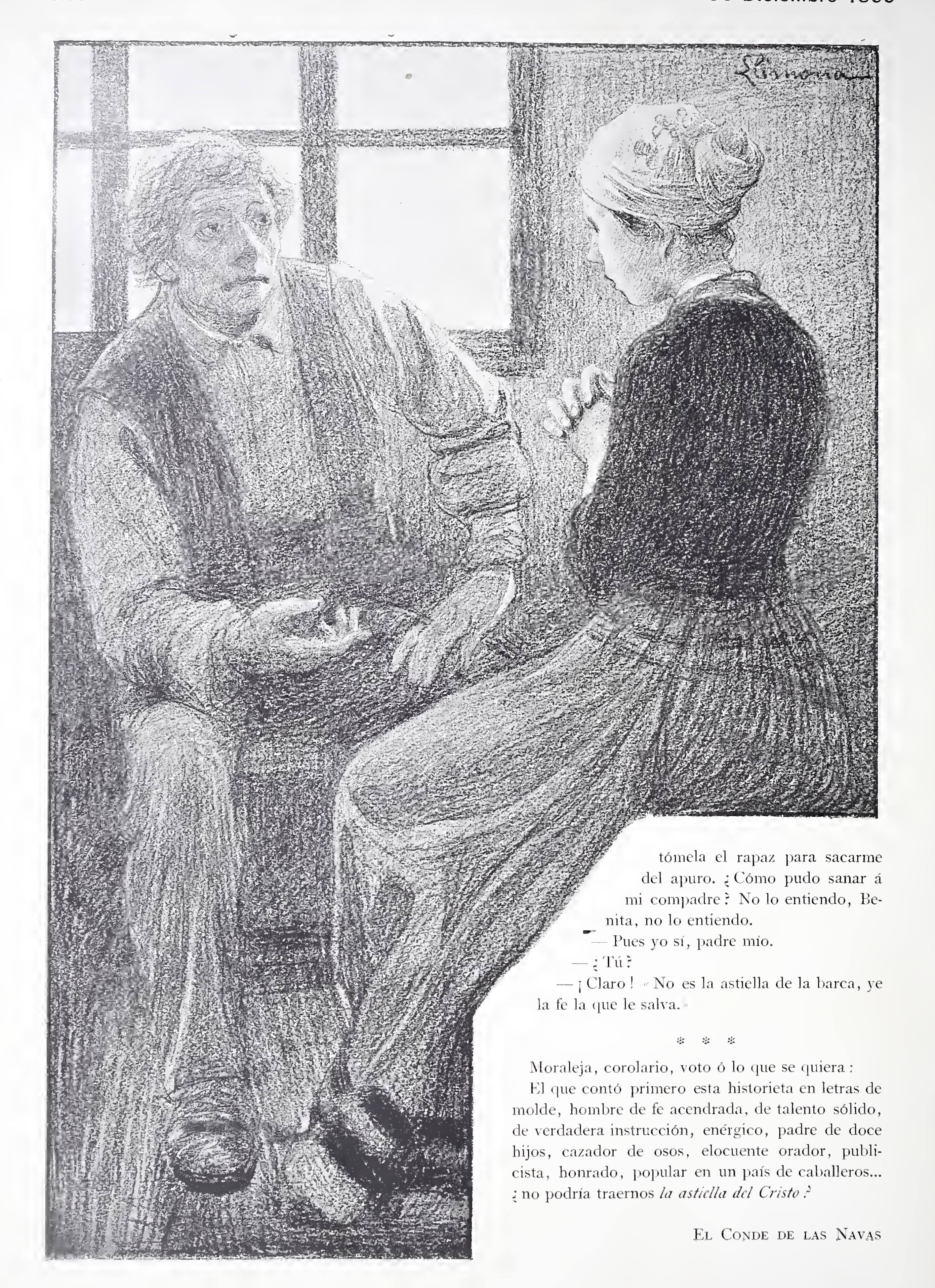
—¿Cómo te las compusiste, padre, para alcanzar la reliquia? ¿El sacristán del Cristo cedió á tus ruegos y ofrecimientos? ¿Pudiste burlar la vigilancia y cortar la astilla?—preguntaba Benita á su padre una hora después del milagro y mientras Pachón dormía tranquilamente.—Respóndeme, padre. Pareces dormido. ¿Qué te pasa?

—Pásame... pásame... Vuy á decírtelo, Benita mía: olvidéme de la astilla...

—¿Cómo?

—Sí, hija: *esa* que truje ye de la barca de Priorio: cer-

(3) *Cay*, m. Muralla, defensa contra el mar, muelle. Rato y Hevia.
(4) *Ablanes*, f. Avellanas. Rato y Hevia.
(5) *Borrachera*. Término muy familiar en Asturias.
(6) *Perra chica*. Moneda de cinco céntimos.
(7) *Rejuvenecer*. «Siluetas ovetenses», pág. 42.



tómela el rapaz para sacarme del apuro. ¿Cómo pudo sanar á mi compadre? No lo entiendo, Benita, no lo entiendo.

— Pues yo sí, padre mío.

— ¿Tú?

— ¡Claro! «No es la astiella de la barca, ye la fe la que le salva.»

* * *

Moraleja, corolario, voto ó lo que se quiera:

El que contó primero esta historieta en letras de molde, hombre de fe acendrada, de talento sólido, de verdadera instrucción, enérgico, padre de doce hijos, cazador de osos, elocuente orador, publicista, honrado, popular en un país de caballeros... ¿no podría traernos *la astiella del Cristo*?

El Conde de las Navas



En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faença, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geográfo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reune excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística,* EDUARDO de ADARO.—Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

El Secretario General,
(Rubricado)
Luis M.ª Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*

ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

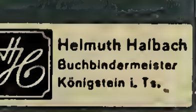
aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.
Mapa de Cuba, doble tamaño
Mapa de Puerto Rico y de la Bahia de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

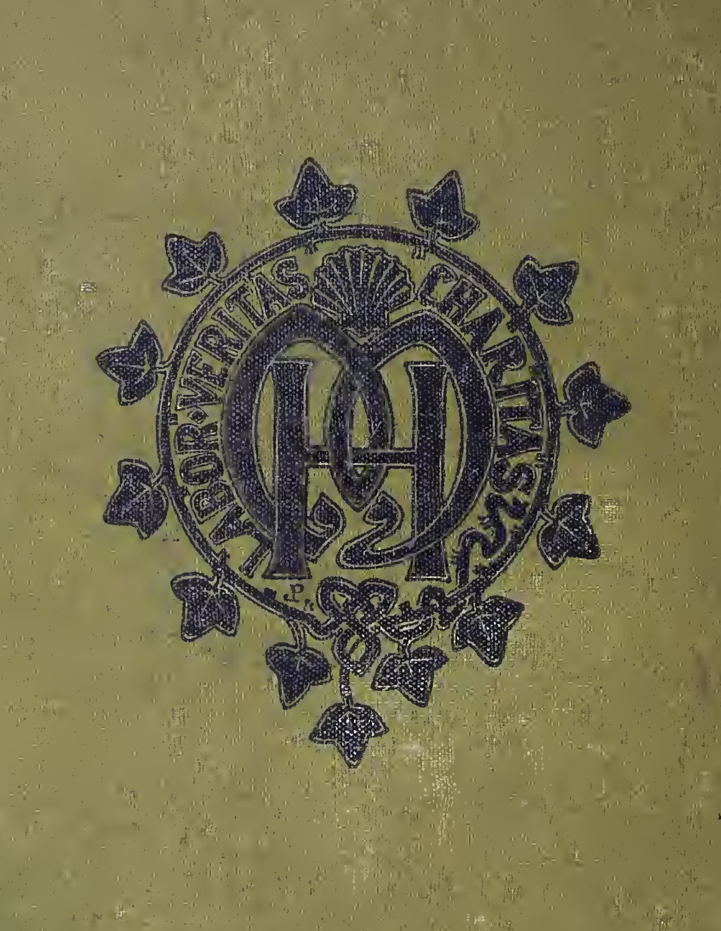
LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES
Hermenegildo Miralles, Editor
59, Calle de Bailén, 70
·BARCELONA·

Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

Papel de los Sucesores de Torras hermanos


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00617 4896


LABOR·VERITAS·CHARITAS